A detailed portrait of Juana I of Castile, the 'Mad Queen', with a somber expression. The background is dark with intricate floral patterns. A decorative box with floral motifs contains the text.

Yolanda Scheuber

Juana la Reina loca de amor

*Europa siglos XV y XVI. Juana I de Castilla,
traicionada por todos, vive apasionadamente una
trágica historia de amor, ambición y soledad.*

se

Turbias pasiones, odios profundos, envidias desmedidas, mentiras infames y ambiciones descontroladas marcaron la desgraciada vida de una reina predestinada a cargar con el peso de más de doscientas coronas que la hundieron en la desesperanza, pero jamás en el olvido.

Toledo, 1479. Nace Juana I de Castilla, tercera hija de los Reyes Católicos. Pese a tener una esmerada educación, ni sus padres,

Isabel I de Castilla y Fernando II de Aragón, ni su esposo Felipe de Habsburgo por el que sentía un amor y unos celos desmedidos, la consideraron capaz de gobernar.

Relegada a un segundo plano, olvidada, su padre y su esposo ejercieron la regencia hasta que su hijo Carlos I tuvo la mayoría de edad.

A la muerte de Felipe, su padre Fernando, para evitar que reinara, la encerró en Tordesillas en 1509 donde vivió en cautiverio hasta el día de su muerte acaecida el 11 de

abril de 1555.

La apasionante historia de una reina que tuvo que superar con entereza, silencio y tenacidad las traiciones, el acoso y los obstáculos que se encontró en el camino de su desgraciada vida.



Yolanda Scheuber

**Juana la reina,
loca de amor**

ePub r1.0

Himali 24.11.13

Título original: *Juana la reina, loca de amor*

Yolanda Scheuber, 2007

Diseño de portada: Carlos Peydró

Editor digital: HIMALI

ePub base r1.0



Nací signada por un futuro que me
predestinó
a cargar con el peso de más de
doscientas coronas,
las cuales, lejos de elevarme a la
gloria,
me hundieron en la desesperanza y
el olvido...

Dedico este libro:

A mi madre, Velda: por ser la primera persona que me hizo conocer a Juana cuando yo apenas tenía cinco años.

A mi padre, Roberto: por el aporte de su sencilla y humana visión de la

vida.

A mi esposo, Nicolás, compañero de vida: por apoyarme y darme fuerzas para no claudicar en este empeño que me llevó más de una década.

A mis hijos, Nicolás, Santiago y Magdalena: por respetar mi silencio en las horas que escribía.

A mi hermana, Victoria: por su amorosa dedicación, paciencia y asistencia en la corrección de los originales.

A Juana I, reina de Castilla: por haber dado a la historia un ejemplo de humildad y entrega, tan escasos en estos tiempos, inmolándose en Tordesillas por

el amor a sus hijos y por la paz de sus reinos.

A la gloria de san Francisco de Asis: día en que terminé de redactar el manuscrito.

Agradezco sinceramente:

A la Universidad de Castilla-La Mancha que me orientó en la búsqueda de datos sobre el nacimiento y los primeros días de vida de la infanta Juana.

A la Subdirección General de

Museos Estatales del Ministerio de Cultura de España; al Museo del Prado de Madrid; al Museo Thyssen Bornemisza, al Consejo de Museos Reales de Bruselas y al Centro de Estudios de Pintura Flamenca del siglo XV e Instituto Real del Patrimonio Artístico de Bruselas, por su asesoramiento y colaboración desinteresada.

Al capellán mayor de la Capilla Real de Granada del Arzobispado de Granada, Manuel Reyes, por su asesoramiento.

A Carmen Vaquero Serrano —amiga de tan lejos— que me ayudó a descifrar

algunas claves de la nobleza toledana del siglo XV.

A Martha Corbalán que puso a mi disposición una extensa bibliografía sobre el cardenal Cisneros.

A Sergio Ramos, Miguel Romero, Diego Ballestrini y Diego Varas, por asistirme con el sistema informático.

Personajes

Casa Trastámara

Juan II, rey de Castilla: abuelo materno de Juana.

Isabel de Portugal: abuela materna de Juana y esposa de Juan II de Castilla.

Juan II, rey de Aragón: abuelo paterno de Juana.

Juana Enríquez: abuela paterna de Juana y esposa de Juan II de Aragón.

Enrique IV: hermanastro de Isabel I e hijo de Juan II de Castilla y María

de Aragón.

Isabel I, reina de Castilla: madre de Juana y esposa de Fernando II de Aragón.

Fernando II de Aragón: padre de Juana y esposo de Isabel I.

Isabel, infanta de España: hermana de Juana, esposa del príncipe Alfonso de Portugal y luego de Manuel I de Portugal.

Juan, príncipe de Asturias: hermano de Juana y esposo de Margarita de Austria.

Juana I de Castilla: hija de Isabel I de Castilla y de Fernando II de Aragón, esposa de Felipe de Habsburgo.

María, infanta de España: hermana de Juana y segunda esposa de Manuel I de Portugal.

Catalina, infanta de España: hermana de Juana, esposa del príncipe Arturo de Inglaterra y luego del rey Enrique VIII de Inglaterra.

Casa Habsburgo

Maximiliano I: emperador del Sacro Imperio Romano Germánico, esposo de María de Borgoña y padre de Felipe el Hermoso.

María, duquesa de Borgoña: hija de Carlos el Temerario, esposa de

Maximiliano y madre de Felipe de Habsburgo.

Felipe de Habsburgo: archiduque de Austria y esposo de Juana I de Castilla.

Margarita de Austria: hermana de Felipe y esposa de Juan de Aragón.

Leonor, Carlos, Isabel, Fernando, María y Catalina de Habsburgo: hijos de Juana I de Castilla y Felipe de Habsburgo.

Felipe II: hijo de Carlos V de Alemania y I de España, y nieto de Juana y Felipe.

Casa de Borgoña

Carlos el Temerario: duque de Borgoña, padre de María y abuelo materno de Felipe.

Isabel de Borbón: primera esposa de Carlos el Temerario, madre de María y abuela de Felipe.

María de Borgoña: hija de Carlos el Temerario e Isabel de Borbón, esposa de Maximiliano I y madre de Felipe.

Margarita de York: segunda esposa de Carlos el Temerario.

Otros

Príncipe Carlos de Viana: hermanastro de Fernando II de Aragón, hijo de Juan II de Aragón y Blanca I de Navarra.

Hernando de Talavera: confesor de la reina Isabel I de Castilla.

Tomás de Torquemada: inquisidor general del reino.

María de Santiesteban: nodriza de la infanta Juana.

Teresa de Manrique: aya de la infanta Juana.

Fray Andrés de la Miranda: preceptor de la infanta Juana.

Alexandro Geraldini: preceptor de las infantas María y Catalina.

Beatriz Galindo, la Latina: consejera de Isabel I y preceptora de Juana.

Beatriz de Bobadilla: dama de honor de Isabel I.

Don Diego de Deza: confesor de Fernando II de Aragón, preceptor del príncipe Juan y obispo de Salamanca.

Don Diego Ramírez de Villaescusa: confesor de Juana y obispo de Málaga.

Pedro González de Mendoza: cardenal y arzobispo de Toledo.

Boabdil: último rey moro de Granada.

Don Fadrique Enríquez: gran almirante de la Armada española.

Don Martín de Moxica: tesorero de la corte de España en Flandes.

Príncipe de Chimay: caballero de honor de Juana en Flandes.

Fray Tomás de Matienzo: consejero y confesor de Juana en Flandes.

Gutierre Gómez de Fuensalida: embajador español en Flandes.

Francisco de Buxleiden: arzobispo de Besançon, consejero de Felipe.

Don Juan Rodríguez de Fonseca: obispo de Córdoba, capellán de los Reyes Católicos y director espiritual de Juana.

Príncipe Leopoldo Graf von Hohenstaufen: noble del Sacro

Imperio Romano Germánico.

Luis XII: rey de Francia y esposo de Ana de Bretaña.

Ana de Bretaña: viuda de rey Carlos VIII de Francia, esposa del rey Luis XII y reina de Francia.

Don Lorenzo Galíndez de Carvajal: consejero y asesor de Juana.

Antoine Laclaug, señor de Montigny: consejero de Felipe.

Hughes de Melun, vizconde de Gante: caballero de honor de Juana.

Don Diego Hurtado de Mendoza: cardenal de España.

Don Francisco Ximénez de Cisneros: confesor de la reina Isabel,

arzobispo primado de Toledo,
cardenal primado y regente de
España.

Don Pedro Hernández de Velasco:
duque de Frías y condestable de
Castilla.

Juana de Aragón: hija bastarda de
Fernando II de Aragón, duquesa de
Frías y esposa de don Pedro
Hernández de Velasco.

Don Juan López de Lezárrega:
secretario privado de la reina Isabel.

Don Juan Manuel, señor de Belmonte:
representante de Felipe en España.

Luis de Ferrer, Hernán duque de
Estrada, Bernardo y Luis de

Sandoval y Rojas: carceleros de la reina Juana en Tordesillas.

Germaine de Foix: segunda esposa de Fernando II de Aragón.

Prólogo

La alienación de Juana I de Castilla ha mantenido y mantiene todavía serios interrogantes que se desarrollan en las páginas de este libro.

Queda aún la duda respecto de si tal alienación fue la causa de su encierro, o si el encierro fue la causa de aquella.

A pesar de haber transcurrido más de cinco siglos desde que sucedieron estos acontecimientos históricos, creo que no existe un corazón humano que no llegue a conmoverse por los setenta y seis años que estoicamente vivió Juana

en este mundo.

Los hechos que a continuación relato muestran las luces y sombras que han iluminado, pero también opacado, como un reflejo, las conductas de aquellos personajes que fueron principales protagonistas de un tiempo histórico trascendente para España, y para la historia del mundo.

La luminosa estela de los magníficos reinados de Isabel y Fernando, los Reyes Católicos, proyectan un cono de sombra sobre el destino de aquella hija, heredera de todos sus reinos quien, si embargo, se vio obligada a padecer cuarenta y seis años de forzado encierro,

desde 1509 hasta su muerte, acaecida en 1555.

Esos interrogantes, que aún se manifiestan en el imaginario de la gente, han despertado, desde muchos años atrás, mi interés por investigar la vida de Juana I de Castilla, cuya historia he plasmando en esta novela.

La autora.

SALTA-ARGENTINA,
a los 450 años de la muerte de Juana I
de Castilla.

Nacimiento de la infanta

Dio la vuelta a la página del salterio y observó el calendario de mayúsculas iluminadas. Buscó con ansiedad aquel punto púrpura, apenas perceptible, que había marcado nueve meses atrás con sangre de su cilicio y se sorprendió. El día marcado estaba llegando a su fin y señalaba viernes, 5 de noviembre del año del Señor de 1479. La festividad religiosa celebraba a santa Isabel, madre de san Juan Bautista: su

onomástico. Pero en aquel trajinar nadie lo había advertido. Solo su confesor se lo había recordado en la misa del alba. Hacía dos días que habían llegado al castillo del conde de Cifuentes, en su marcha itinerante, para proclamar al pequeño infante Juanito, de un año y medio de edad, príncipe de Asturias. Tan digno título había sido otorgado por las Cortes perpetuas del reino, en el año 1388, al hijo o hija mayor que, además, fuera heredero de la corona de Castilla. Su Castilla. La legendaria Asturias recibía ese honor por haber sido el primer reino cristiano de la península ibérica entre los años 718 y 910.

En ese instante, un trueno retumbó ensordecedor y la tormenta, que parecía subir por el río Tajo, continuó por un buen rato anunciando su llegada. Cuando las campanas llamaron a completas, la noche se había instalado definitivamente, depositando su espeso y oscuro manto sobre la noble e imperial Toledo que, erguida hacia los cielos castellanos y envuelta entre resplandores violáceos, se agrupaba sobre un enorme peñasco desafiando el tiempo y el espacio. Con sus altas torres mudéjares, con sus cúpulas y sus espadañas, aparecía ante su vista, sorpresiva, cambiante y al mismo

tiempo inmutable, sintetizando en una mezcla fuerte de sarraceno y gótico la verdadera reliquia de la que otrora fuera la magnífica joya de la dominación musulmana.

La luz instantánea de un rayo destacó su contorno sobre el fondo, tanto como el perfil de los cerros más cercanos y de los montes y sierras más alejados que la circundaban.

Sus imponentes murallas, aquellas que circunscribían el refugio de los toledanos, donde encerraban lo que poseían como el tesoro más precioso y donde se recluían tras el toque de queda, habían cerrado sus puertas. Una a una,

cada tarde, las entradas de la ciudad se iban clausurando mientras oscurecía. La del Sol, de estilo mudéjar, llamada así porque estaba orientada a la primera y última luz del sol; la de Bi-Al Mardon, la más antigua de la ciudad; la de Hierro; la de la Sangre; la de San Martín, de estilo gótico; la puerta de los Doce Cantos o de Alcántara, junto a la puerta Vieja de la Bisagra o de Alfonso VI, por la que un lejano y glorioso 5 de mayo del año 1085 entrara el monarca como nuevo señor de la ciudad y del reino, junto al Cid Campeador, se volvían impenetrables antes de dar las vísperas, resguardando, cual un

magnífico tesoro, los sueños, dominios y vigilias.

Las nubes parecían desplomarse sobre la tierra reseca y la lluvia comenzaba a caer en abundancia. Pero, a pesar de los buenos designios que el agua traía, la intranquilidad y el desasosiego le habían vuelto a invadir.

A través de los pequeños cristales circulares de la ventana, miró la inmensidad de aquella lejanía y el torreón de la Cava le pareció un espectro gigantesco y sombrío. El firmamento se quebraba en mil fragmentos enceguecedores y únicos, mientras un estruendo atronador

convertía aquel momento fugaz en un cataclismo similar al inicio de los tiempos. Cielo y tierra parecían fundirse en un torbellino inagotable de viento y de agua, donde una vez más volvía a repetirse el mágico ritual de la lluvia.

Todo vibró —hasta su cuerpo— y la criatura que llevaba dentro se agitó en su vientre cuando una ráfaga de aire helado penetró fugitiva por la angosta ventana, mal cerrada, intentando apagar el fuego de los candeleros.

Las hambrientas nubes de borrascas continuaron devorando a su paso, una tras otra, las frágiles constelaciones, prosiguiendo sin prisa y sin pausa su

marcha amenazadora, buscando otros suelos igual de sedientos que los de la silenciosa llanura castellana. La oscuridad se había vuelto más profunda, y el contraste de los relámpagos más intenso. Por fracciones de segundos su blanca luz iluminaba las siluetas, como al acecho, de enormes masas de rocas y violentas pendientes, apareciendo entre el ramaje de álamos, almendros y olivos las blancas, conventuales y rústicas construcciones de los cigarrales toledanos que tan exactamente se identificaban con la tierra y el paisaje.

Un tropel de caballos aterrados, desbocados, enloquecidos de temor ante

la magnitud de la tormenta, se perdió entre las sombras detrás del alcázar, y los búhos, aleteando nerviosos, buscaban cobijo bajo los aleros del torreón. El arco de la Sangre y la puerta de Hierro se divisaban borrosos y sintió la sensación de que la ciudad amurallada iba a desintegrarse sumergida en aquel vendaval.

Volvió la mirada hacia el río que, impetuoso, abrazaba la ciudad, trazando una curva tan cerrada que parecía sujetar los muros anclados en la historia y observó, en el foso circular que formaba el Tajo, una masa informe de espuma, de barro y de furia que se

estrellaba contra las piedras de los puentes de Alcántara y de San Martín. Un mal presagio cruzó por su mente. Sentía deseos de poder volar y buscar un refugio muy lejos de allí. Quería olvidar, debía hacerlo. Pero la idea volvía una y otra vez a su mente. Tenía que olvidar que había marcado con sangre la fecha de aquel nacimiento.

Con un gesto cansado cerró el libro y lo dejó caer sobre la mesa. Sintió su cuerpo destemplado y se cubrió los hombros con su capa de piel. Un suspiro profundo escapó de su boca, aliviando en algo la tensión que aquella idea obsesiva le provocaba.

Isabel I, reina de Castilla, de León, Toledo, Valencia, Galicia, Murcia, Extremadura, Sevilla, Jaén, Córdoba, Algeciras, los Algarves, Málaga, Mallorca, Gibraltar, Asturias, Aragón, Cataluña, condesa de Barcelona, señora de Vizcaya y de Molina, duquesa de Atenas y de Neopatria, condesa de Rosellón y de Cerdeña, Córcega, Sicilia e Islas Baleares, marquesa de Oristán y de Gociano, era una reina hermosa, con una historia personal tan sorprendente como apasionante. Pero más allá de su apariencia exterior, poseía, además, cierto atractivo inexplicable que trascendía su belleza convencional. No

era muy alta, pero su cuerpo era flexible como un junco y resistente como un mimbre, sorprendentemente bien formado a pesar de los nueve meses de gravidez que le pesaban en el vientre.

El tercer vástago de los reyes de Castilla y Aragón estaba a punto de nacer, y esto hacía que Isabel, la reina guerrera, aquella que iba a las batallas vestida con su armadura y dispuesta a cortar cabezas, atravesar corazones y matar con fiereza, enarbolando en su mano derecha la espada de la justicia y la victoria, mientras dejaba escapar de su garganta el grito de guerra de Castilla: «¡Santiago y san Lázaro!»,

perdiere esa presencia, algo varonil y un tanto intimidatoria, que la caracterizaba, para transformarse, después de nueve lunas, en una mujer atractiva, dulce y maternal.

Su rostro de finos rasgos gozaba a todas luces de los más hermosos ojos que se hayan visto en una reina. Profundos y mansos, cual el agua de un estanque, podían volverse de repente, ante la más mínima contradicción, en un mar embravecido de esmeraldas fundidas. Aquellos bellos ojos, severos o vivaces según las circunstancias, estaban rodeados por cobrizas pestañas algo más oscuras que sus largos

cabellos color miel, a los cuales recogía prolijamente debajo de un velo blanco. Su boca sensual y orgullosa revelaba la impetuosa sangre trastámara que corría por sus venas, haciendo de ella una mujer fascinante en todos los aspectos.

Así le pareció a la única persona que en aquellas horas la observaba en silencio. Sentado junto al fuego de la chimenea, jugando con una pequeña copa de aguardiente entre sus dedos, Fernando II de Aragón la contemplaba sin poder quitarle sus ojos de encima.

Seguro de su lejanía, y no pudiendo reprimir el impulso, se levantó sin hacer el menor ruido y se acercó despacio,

abrazándola por la espalda. El sobresalto de la reina fue mayúsculo, pero el rey la tranquilizó hablándole con dulzura al oído.

—Celebro volver a estrecharos entre mis brazos.

Isabel se dio vuelta y le miró a los ojos.

—Sí, lo celebro —prosiguió Fernando—. Tanto como esta lluvia bendita. Este será un año de buenas cosechas y abundantes recaudaciones. Sin embargo, vuestros ojos reflejan angustias y desconozco los motivos que puedan provocar tanto pesar.

Aquellas palabras sacudieron el

corazón de la reina.

—Hubiera deseado que los motivos que me confunden en estos instantes fueran traslúcidos y mansos como el agua de una fuente. Pero mis temores son profundos, esposo mío. Tan profundos como la esfera celestial y tan oscuros como un océano, porque presiento que este hijo que se agita dentro de mis entrañas está llegando en un momento poco propicio —respondió con tristeza Isabel.

—¿Cuáles son vuestros miedos, reina mía, si siempre habéis confiado en el Altísimo?

—Tal vez un mal alumbramiento. Un

futuro incierto. Un hijo enfermo. No lo sé, Fernando, no lo sé. Solo sé que si me abrazáis tendré el valor suficiente para enfrentarlos.

—No temáis, señora mía, y confiad en Dios que está en los cielos de Castilla. Cielos que no son solo su paisaje, sino el sustento de esta tierra que hoy está de parabienes. La lluvia es una bendición y una señal de abundancia.

—En Él confío. Pero no puedo apartar de mis oídos la risa extraviada de mi madre. Ella trajo desde Portugal la semilla de la insania y mucho me temo que germine en la sangre de alguno

de nuestros hijos.

—Confiad en nuestra buena estrella, Isabel, porque su luz nos ayudará a concertar una adecuada y conveniente política matrimonial para nuestros infantes. Alianzas dinásticas que beneficiarán a España. No temáis, que yo os amo.

Fernando la miró a los ojos y la reina se sintió conmovida.

Con sus veintisiete años, el rey poseía un linaje destacado. Había nacido el 10 de marzo de 1452 (un año después que Isabel), en un pueblo aragonés llamado Sos. Desde muy temprana edad, su padre le había

adiestrado en las obligaciones reales y a los trece años tenía bajo su mando a las fuerzas militares de Aragón. Sus condiciones de inteligencia y sentido práctico habían hecho de él un estadista, un gobernante tenaz de diplomática paciencia y un oportunista político. Sin embargo, todas estas virtudes se veían disminuidas, en parte, por su atractiva figura, pero sobre todo por su carácter apasionado y su notable encanto en el trato.

Hijo de Juan II de Aragón y de Juana Enríquez, poseía una religiosidad menos obvia que la de Isabel, aunque era piadoso, de modo tal que, junto a los

rasgos de político sagaz y calculador, coexistían en él las virtudes de un cruzado en potencia. Pero no todo eran rosas en su vida. Desde su cuna, Fernando había sentido que el rencor, las intrigas y la muerte le rondaban. En noches interminables, cuando se desvelaba preocupado por los problemas de inestabilidad en el reino, la imagen de su madre moribunda lo perseguía. La veía aterrorizada y temerosa, como queriendo escapar del fantasma del príncipe de Navarra, Carlos de Viana, su hijastro y treinta años mayor que Fernando. Aquel príncipe, quien fuera también hijo de

Juan II de Aragón, con su primera esposa, Blanca I, reina de Navarra, heredó al morir su madre aquel reino, pero la influencia de Juana Enríquez sobre el rey de Aragón, y el odio que sentía por su hijastro, provocaron las discordias entre padre e hijo y la división de Navarra en dos bandos. Los agramonteses, partidarios del rey Juan II de Aragón y I de Navarra y los beaumonteses, partidarios del príncipe Carlos de Viana, quien se vio forzado a defender la herencia de su madre, enfrentando a su padre y a la nueva esposa de este.

Juana Enríquez fue la mujer a quien

Juan II de Aragón amó más que a nadie en este mundo y por la cual mandó asesinar, el 21 septiembre de 1461, a su primogénito Carlos.

«... Manuscrito he leído en que lo confesó la reina al tiempo de morir el rey don Juan su marido, que había dado veneno al príncipe don Carlos...».

Quince días después de la muerte del príncipe de Viana, el 6 de octubre, Fernando fue jurado como heredero del reino de Aragón ante las Cortes de Calatayud. Con los años (en 1512), Navarra pasaría a manos de Fernando (y luego, en 1515, formaría parte de la corona de Castilla), pero aquella corona

heredada quedaría por siempre manchada con sangre de los Trastámara.

Fernando de Aragón había recibido, en 1468, el trono de Sicilia y, en 1479, el de Aragón.

—¿En qué pensáis, esposo mío?

—En mi madre. Con cada parto temía perder la vida.

—Y yo, con cada parto, temo perder un hijo.

—Todos tememos a la incertidumbre. Es algo natural a la condición humana el ensombrecernos ante el peligro.

—También el cansancio ensombrece mi ánimo. Pediré a mis doncellas que

entibien los aposentos para retirarme a descansar y no tomaré ningún alimento, pues tengo el presentimiento de que el alumbramiento se producirá en unas pocas horas.

—Aguardad, Isabel. No os marchéis todavía.

La volvió a abrazar y besó su boca aún joven y plena de deseo. Ella respondió dócil y enamorada, voluntariamente entregada a los fuertes brazos de su amante y apuesto rey.

Aquel amor había fructificado en los pequeños infantes, Isabel y Juan, que alegraban con sus vidas la vida de los monarcas y, arropados por las ilusiones

dinásticas de sus progenitores, dormían serenamente en las habitaciones cercanas. Un tercer hijo estaba por llegar y ampliaría con su nacimiento las aspiraciones y los dominios de la corona española, deseosa de contrarrestar el creciente poderío francés.

—Os amo más que a nadie en este mundo —le susurró el rey al oído— y en eso me parezco a mi padre, que amó a mi madre incondicionalmente. Pero os amo, no solo porque sois mi esposa y la madre de mis hijos, sino porque sois la magnífica reina de Castilla que gobierna con firmeza necesaria todos los reinos

heredados por legítimos derechos. Os admiro. Por eso nuestra divisa «tanto monta, monta tanto...» es el resumen del poder que un día no muy lejano nuestro cetro ejercerá sobre toda la península ibérica.

La reina guardó silencio. «Tanto monta...» era la divisa de Fernando, aquella que inventara Nebrija en recuerdo de Alejandro Magno. Sin embargo, ahora también era la suya.

Vigorosa y enérgica cual una verdadera amazona, Isabel gustaba de la caza tanto como de la guerra, poseyendo, entre sus muchas virtudes, un destacado sentido del deber.

Extremadamente piadosa, desde muy niña había jurado consagrarse a la causa de establecer la religión católica dentro de todos sus reinos, aunque fuese a costa de cualquier sacrificio, siendo, además, la poderosa administradora de una no menos importante y vasta región de España, a la que se había propuesto dedicar sus actos de gobierno y todos sus pensamientos. Un solo fin guiaba siempre su mente. Y ese era el bien de su reino.

Encandilaba verla sentada, majestuosa, en su trono impartiendo justicia o empuñando la espada de las batallas. Con su notable inteligencia

sabía disimular muy bien el dominio que ejercía sobre los demás, a través del sabio proceder de pedir consejos a sus asesores y a su confesor Hernando de Talavera. De aquel modo tan sutil hacía parecer que sus ideas provenían de otras personas, sin aparentar ser autoritaria.

—Sois en verdad una mujer extraordinaria, señora —continuó Fernando—. Hermosa, inteligente, voluntariosa y austera. Una combinación de virtudes que se han dado en vuestra persona para mi propia bendición. Me siento un rey muy afortunado. ¡Y quiera Dios que la buena estrella que por tantos años alumbró con benevolencia la Casa

Trastámara, lo siga haciendo como hasta hoy!

Isabel le buscó con la mirada: «... la Casa Trastámara...», y a su mente acudieron como un torbellino las imágenes de su padre Juan II de Castilla y de León, tan lejanamente muerto pero tan cercano a su corazón. Había sido el cuarto rey de la dinastía Trastámara, iniciada en 1369 por Enrique II (un hijo bastardo de Alfonso XI). Isabel tenía solo tres años de edad cuando su madre, Isabel de Portugal, la llamó para darle la infausta noticia de su muerte. En ese año la reina portuguesa comenzó a padecer los primeros síntomas de

enajenación mental, síntomas que ya no la abandonarían hasta el día de su muerte.

Isabel había nacido el 22 de abril de 1451, en Madrigal de las Altas Torres. Un pueblo de nombre hermoso para una reina inigualable. A los tres años de edad, en 1454, moría su padre y era proclamado rey de Castilla su hermanastro, Enrique IV (hijo de Juan II de Castilla y de su primera esposa, María de Aragón, muerta en 1445). Desde el momento de su ascenso al trono, Enrique IV demostró endeblez e indecisión, defectos que le impidieron ejercer su autoridad y hacer frente a una

nobleza dominante. Con el tiempo, dejó el gobierno en manos de sus favoritos mientras los nobles se agrupaban para hacer valer sus influencias políticas. Su prestigio decayó por completo cuando, presionado por ellos, convirtió en heredero de Castilla a su hermanastro Alfonso.

Al cumplir Isabel los doce años, Enrique IV la mandó llamar a su lado, junto a su hermano Alfonso, y allí permanecieron en la corte castellana bajo su custodia. Pero los tres hermanos estaban destinados a no vivir en paz y en armonía y la relación se fue tornando, con el paso del tiempo, cada vez más

difícil.

En el año 1465 una facción de la nobleza, encabezada por el marqués de Villena, depuso a Enrique IV y nombró al príncipe Alfonso, rey de Ávila. Alfonso era el único hermano que tenía Isabel —por parte de padre y de madre— y ella le quería con todo su corazón. Fue su inseparable compañero y aquel con quien pudo compartir los solitarios y despojados años de su infancia castellana. Por desgracia, murió envenenado un amargo 13 de julio de 1468, cuando solo tenía dieciséis años. El trágico acontecimiento sumió a Isabel en un total desconsuelo. Íntimamente

había sentido una especial predilección por él, pero, aceptando la voluntad divina, se recluyó en el dolor de una adolescencia despojada de afectos, la cual le marcaría su alma para siempre. La muerte de su hermano Alfonso puso fin a la guerra civil y Enrique IV volvió a ocupar el trono de Castilla y apartó a Isabel de la corte. A partir de entonces, la princesa no volvió a gozar en plenitud de la compañía de su madre y, aunque debió acompañarla durante su voluntaria reclusión en el desolado castillo de Arévalo, la amó sin condiciones hasta el día de su muerte. De su inestimable educación se ocuparon: su madre;

Gonzalo Chacón, comendador de Montiel; y Beatriz Galindo, «la Latina». Sus buenas influencias hicieron que Isabel destacara en retórica, filosofía e historia.

Creció en la soledad y en el anonimato detrás de los anchos muros de aquella fortaleza, rodeada de un ambiente austero, rayando con lo monacal, con la sola compañía de su madre enferma, a quien con el tiempo debió dejar para casarse. Sin duda, aquella niñez moldearía un carácter sobrio y sensato que la distinguiría, después, como una de las reinas más singulares de la historia, no ya de

España, sino del mundo.

Una fuerte ráfaga de viento la rescató de aquellos tristes recuerdos. Entonces se dirigió a su esposo.

—Todo nacimiento exige servicios al reino y una política real de definiciones concretas y precisas. ¿Acaso habéis olvidado los motivos que condujeron a nuestro matrimonio hace diez años? Recuerdo que Aragón había sufrido una formidable rebelión en Cataluña y en Navarra. Los rebeldes habían ofrecido la corona de Navarra a mi hermanastro Enrique IV, entonces vuestro padre solicitó apoyo a Luis XI de Francia mediante la cesión de los

condados de Rosellón y Cerdeña y, así, pudo paralizar el movimiento. Pero para mí lo más importante era la necesidad que sentía como princesa de tener un esposo de sangre real que me ayudase a reforzar mi causa en Castilla. De aquella unión, doblemente convenida, surgió este amor profundo. Un amor igual al nuestro es lo que más deseo para cada uno de nuestros hijos.

—También yo lo deseo, reina mía. Nuestra hija mayor, Isabel, ha sido prometida al príncipe Alfonso de Portugal. Algún día llegará a ser su reina y nuestra divisa flameará en el país vecino. Para nuestro hijo

primogénito, Juan, planificaremos una red de poder indestructible en Europa y luego buscaremos la mejor alianza política para este otro hijo que está por llegar.

De pronto los reyes guardaron silencio. Un silencio roto solo por el repicar de las gotas de lluvia sobre los cristales de las ventanas. Y aquel ruido familiar y lejano les transportó a los años de infancia, donde las ilusiones todavía estaban intactas y los sueños rondaban por sus mentes iluminando un futuro que podría ser glorioso. Luego llegaron los años de la adolescencia y los compromisos asumidos, más tarde la

juventud, donde parecía que todo lo soñado poco a poco iba a hacerse realidad. Bisnietos de Juan I de Castilla y primos entre ellos, Isabel y Fernando habían vivido sin conocerse, ella en Segovia, él en Zaragoza, hasta que fueron prometidos para casarse. Fernando había sido elegido, entre todos los demás, como su esposo, cuando la infanta era aún una desdichada princesa en la corte de su hermanastro Enrique IV. A los dieciséis años, demostrando una gran inteligencia y perspicacia política, había preferido a Fernando de Aragón antes que al duque de Guyena, posible heredero al trono de Francia, o al rey de

Portugal, Alfonso V (cuñado y favorito de Enrique IV, por ser hermano de Juana de Portugal, esposa del rey castellano), que también aspiraban a su mano.

No había sido una decisión apresurada sino, por el contrario, muy meditada. Impulsada por su natural curiosidad femenina, solicitó informes, deseando saber, además de la elegancia, sobre los aspectos de la personalidad de cada uno de sus pretendientes. Alguien en la corte le había comentado que el duque de Guyena era débil y enfermizo. Al rey Alfonso V lo conocía, pero era mucho mayor que ella y se hablaba de los sospechosos intereses que este

monarca tenía sobre el reino de Castilla. Isabel rechazó a ambos declarándose contraria a aceptarlos como futuros esposos y recurrió a la ayuda de las Cortes castellanas para eludir aquellos compromisos.

Después de muchas noches de insomnio, Isabel aceptó el desafío realizando una acertada elección. Decidió desposar al príncipe Fernando de Aragón. En su mente se sentía como una futura reina, aunque su hermanastro todavía viviera y reinara. El matrimonio de Isabel y de Fernando se hizo realidad en las Capitulaciones de Cervera, el 7 de enero de 1469.

Isabel había meditado mucho sobre la situación, pues con el duque de Guyena, hermano del poderoso rey francés Luis XI, o con el monarca lusitano, Castilla, su Castilla nunca podría mantener la preponderancia política en la península. Y a Aragón, debilitado por las luchas internas, no le interesaba demasiado gravitar, pero, unido a Castilla, podría convertirse en una verdadera amenaza para Francia.

Intuyendo las condiciones de inteligencia, el sentido político de Fernando, y previendo su futuro papel, la heredera de Castilla vio en aquel joven príncipe las condiciones de un

verdadero rey para los tiempos que se aproximaban. Fernando era un buen estadista y un magnífico diplomático pero, más allá de todo, tenía un temperamento ardiente. Y aquello terminó por decidirla.

Confiaba en que Enrique IV no la forzaría a aceptar a Alfonso V (el cual se había apresurado a enviar embajadores ante Isabel para conseguir el sí), pero se equivocó, porque cuando el rey se dio cuenta de que era imposible convencerla, amenazó con enviarla a prisión.

Los acontecimientos se precipitaron y la princesa rompió manifiestamente

con su hermano, escapando a Valladolid en los primeros días de octubre de 1469. Descubriendo el juego peligroso que había iniciado Enrique IV, depositó todas sus esperanzas en el príncipe Fernando, que no la defraudó en aquellos momentos cruciales.

Con un grupo de fieles servidores, el temperamental aragonés se disfrazó y emprendió el viaje del encuentro. En su primera jornada pernoctó cerca de Burgo de Osma y, fingiéndose criado de unos mercaderes, cuidó las mulas y sirvió la cena. Cuando aquella hubo concluido, en lugar de retirarse a dormir, salió con sus hombres de la

aldea en plena noche.

El 9 de octubre de 1469 entraba Fernando en la población de Dueñas, desde donde envió una carta a Isabel, que se hallaba cerca de Valladolid, y el 14 de octubre, cinco días después, los futuros esposos se veían por primera vez en la vida.

Uno de los enviados de la princesa, Gutierre de Cárdenas, fue quien le mostró a su prometido desde lejos. — Aquel es... —le dijo, señalando al apuesto príncipe, e Isabel al verle se enamoró de él.

A la histórica entrevista entre los futuros reyes, que duró más de dos

horas, asistieron también cuatro caballeros aragoneses y dos damas de honor de la princesa. Aquel conocimiento mutuo alentó el éxito de la acertada elección.

Con la mayor celeridad posible fueron dispuestas las ceremonias de los desposorios, que comenzaron el día de san Lucas, miércoles 18 de octubre de 1469, en el palacio Vivero de Valladolid. En presencia del nuncio papal, Antonio Veneris, el arzobispo Carrillo y miembros de la corte de Isabel, entre ellos el almirante Fadrique Enríquez, los Manrique y otros grandes de España, intercambiaron votos y

firmaron documentos que los unían como esposa y esposo. Esa noche, Fernando durmió en casa del arzobispo. La ceremonia religiosa se llevó a cabo al día siguiente, el 19 de octubre, en el mismo palacio de Vivero, donde además asistieron dos mil observadores que compartieron la misa nupcial en la que los esposos intercambiaron los votos matrimoniales. Después de la ceremonia hubo festejos, bailes y justas hasta que, al anochecer, los esposos se retiraron a la cámara real. Todo fue celebrado muy pobremente, pues Fernando llegó sin dinero e Isabel carecía de él. La madre del príncipe, Juana Enríquez (de la

familia de los almirantes de Castilla), no pudo asistir a la boda de su amado hijo porque había muerto en 1468, tras una dolorosa agonía producida por un cáncer de pecho.

La boda se celebró sin que los contrayentes obtuvieran la correspondiente dispensa pontificia de su parentesco por consanguinidad y se hizo correr el rumor de que ya la habían obtenido (aunque esta no llegó hasta agosto de 1472, cuando le fue entregada en mano a Fernando por el Legado Rodrigo de Borgia, el que luego ascendería al trono de San Pedro, en el año 1492, con el nombre de Alejandro

VI).

Los jóvenes príncipes eran entre sí muy distintos, por no decir opuestos. Isabel era activa, impulsiva, visionaria y poseía un auténtico fervor religioso. Celosa fuera de toda medida, andaba siempre atenta para ver si Fernando amaba a otras mujeres (y si sentía que miraba a alguna dama o doncella de su corte con señal de amores, buscaba con mucha prudencia los medios y maneras para deshacerse de ella). Decidida al extremo, una vez que tomaba una resolución toda persuasión resultaba inútil. Llorar para ella era un signo de debilidad que jamás se permitía y, si

alguna vez una lágrima escapaba de sus ojos verdes, lo hacía en soledad, encerrada bajo doble llave en el silencio de sus aposentos.

Los celos de la reina no impidieron que Fernando, acaso como una reacción natural y humana, tuviera no pocos devaneos con otras mujeres. A los diecisiete años, y antes de desposarse con ella, ya tenía dos hijos bastardos (Alfonso y Juana). El más ilustre de todos fue Alfonso de Aragón, a quien le fue otorgado el arzobispado de Zaragoza a la escasa edad de seis años, con todas las rentas correspondientes (convirtiéndose en una de las personas

más ricas del reino). Había sido el fruto de sus amoríos con Aldonza Roig d'Iborra —más tarde vizcondesa de Éboli—. La lujuria fue, sin duda, el pecado más grave del rey Fernando, aunque la envidia, el egoísmo y la avaricia también llegarían con los años a corromper su corazón.

Observador, prefería las obras a las palabras. Práctico y poco escrupuloso no se interesaba demasiado en guardar las formas cuando estas no se acomodaban a su vida y a sus necesidades.

Intuitiva, Isabel había estudiado con minuciosidad las capitulaciones

matrimoniales, con el fin de tener plena garantía de poder cuando muriese su hermanastro Enrique IV. Su propósito era reinar en Castilla, no solo de nombre, sino también de hecho (dejándole a Fernando el título de rey, aunque este solo fuera puramente honorífico).

Las dificultades no tardaron en llegar. Desde un primer momento, Fernando de Aragón se enfrentó con Carrillo, arzobispo de Toledo y primado de España quien, por haber sido el principal autor de la boda, se jactaba de ser el auténtico dueño de la península ibérica. Como el príncipe aragonés no

se dejó dominar, el arzobispo comenzó a odiar a los monarcas de tal manera que no ahorró esfuerzos en luchar en contra de ellos.

En 1473, el papa Sixto IV ordenó cardenal al sucesor de Carrillo, Pedro González de Mendoza, cuarto hijo del marqués de Santillana y hermano del primer duque del Infantado, a quien todos llamaban en Castilla el tercer rey, por el poder que ostentaba, llevando una vida más apegada a los placeres terrenales que a los celestiales.

Al enterarse de su nombramiento, el arzobispo Carrillo se retiró despechado a Alcalá de Henares y se dedicó a la

práctica de la alquimia, jurando que si algún día el destino hacía entrar a la reina Isabel por una puerta de su casa, él saldría por la otra sin mirarla.

El lunes 12 de diciembre de 1474 murió el rey Enrique IV, a los cincuenta años de edad. Fue sepultado en el monasterio de Santa María de Guadalupe, sin la pompa usualmente acordada para la muerte de los reyes. Fernando de Aragón se encontraba en Zaragoza y pudo comprobar, entonces, la malquerencia de la corte castellana. La camarilla cortesana que rodeaba a su esposa retrasó la noticia del fallecimiento pero, en cambio, se

apresuró a proclamar a Isabel como reina de Castilla. Notificado por sus asesores, Fernando inició el camino hacia Segovia, residencia de Isabel, pero al llegar a Turégano recibió órdenes de detenerse hasta que se levantara la sesión de las Cortes, el día 19 de diciembre, y porque la reina deseaba primero ser reina completa y propietaria absoluta de su reino. Así se había autoproclamado, el martes 13 de diciembre de 1474, como soberana de Castilla y León, en la iglesia San Martín de Segovia.

Fernando quedó sorprendido y cuando, al cabo de algunos días, pudo

llegar a Segovia, convencido de que los nobles castellanos que rodeaban a Isabel le eran hostiles y amargado porque la reina seguía los consejos de aquellos interesados cortesanos de conducta inicua, hizo todo lo posible por lograr imponer algunos puntos de vista en lo que a la política de Castilla se refería.

Fernando, fiel al régimen peculiar de sus reinos, dominados por una política tradicionalmente autonómica y pactista, y acosados por la crisis, pretendió ofrecer a todos los pueblos peninsulares idénticas oportunidades en el plano político y económico. Una nueva ordenación hispánica alboreaba en su

mente.

Por su parte, Isabel mantenía el sentimiento integracionista de la monarquía castellana, como cuando sujetó en los comienzos de su reinado a las comarcas galaicas.

Enrique IV dejó al morir una hija de doce años llamada Juana, conocida vulgarmente como «la Beltraneja». Se sospechaba que su padre era el duque de Alburquerque, Beltrán de la Cueva, y favorito de la reina Juana de Portugal, esposa del rey castellano fallecido.

Los rumores de que Enrique había sido sexualmente impotente (ya que se había divorciado con anterioridad de

Blanca II de Navarra sin dejar descendencia), y de que su hija Juana era ilegítima nunca pudieron comprobarse, pero su mujer y la pequeña infanta fueron desterradas en 1468 al castillo de Alarcón. Y aunque al morir el rey de Castilla, en 1474, Juana de Portugal sostuvo los derechos de su hija por el trono castellano, murió en 1475 sin poder lograr su cometido.

Por el Pacto de los Toros de Guisando, realizado en Ávila en 1468 (y no porque declarase espuria a Juana, sino por evitar a toda costa una sangrienta guerra civil), Enrique IV había proclamado a Isabel como

legítima heredera de sus reinos, accediendo, el 19 de septiembre de 1469, a reconocerla como su legítima sucesora en perjuicio de su propia hija.

«... La muy ilustre princesa doña Isabel, mi muy cara y muy amada hermana, se vino a ver conmigo cerca de la villa de Cadahalso donde yo estaba aposentado... e la dicha hermana me reconoció por su rey e señor natural, e yo movido por el bien de la dicha paz e por evitar toda materia de escándalos e división... determiné de la recibir e tomar por princesa e primera heredera e sucesora destos mis dichos reinos...».

Este fue el origen de la legitimidad

de la sucesión de Isabel I de Castilla, quien tuvo el recato de no exigir a su hermano una declaración expresa reconociendo que Juana era hija adulterina.

A pesar de todo, no pudo evitarse la guerra civil. Guerra más deplorable y vergonzosa, por enfrentar a Isabel (quien, contando apenas once años de edad, había sostenido entre sus brazos, ante la blanca pila bautismal, a Juana, su sobrina recién nacida) con su propia sangre. La misma contra la que guerreó después, sin respeto alguno de parentesco, ya fuera este carnal o simplemente sacramental.

Esta guerra de sucesión planteó, además del problema jurídico de los derechos respectivos de Juana e Isabel, uno más trascendente: el de la rivalidad por la hegemonía peninsular entre las dos casas reinantes, la castellana de los Trastámara y la lusitana de los Avis.

Para contrarrestar los negativos efectos internacionales, una dinámica política de alianzas se fue gestando entre los reinos de occidente en torno a estas dos mujeres, pretendientes al trono de Castilla. Así, Portugal y Francia apoyaron a Juana, La Beltraneja, mientras que Aragón y sus aliados (Nápoles, Borgoña e Inglaterra) se

declararon partidarios de Isabel.

Al principio, la situación militar fue desfavorable, aunque el pueblo apoyaba con fervor la causa isabelina. Una parte de los nobles se pasaron al bando de Juana, entre ellos, el marqués de Villena, el duque de Arévalo y el turbulento arzobispo Alfonso Carrillo, quien llegó a decir públicamente: «... Yo he sacado a Isabel de hilar y la enviaré nuevamente a coger la rueca...». Por su parte, el anciano rey, Juan II de Aragón, arriesgó cuantos recursos pudo para ayudar a Isabel y sus esfuerzos dieron valiosos resultados.

Isabel pudo reinar gracias a la

sentencia arbitral de Segovia de 1475, que permitía reinar a las mujeres.

En 1476, dos años después de la muerte del rey Enrique IV, Isabel venció definitivamente al bando de Juana, el cual estaba apoyado por Alfonso V de Portugal, tío de «la Beltraneja», con quien Juana llegó a comprometerse en matrimonio para destronar a Isabel.

Por el Tratado de Alcaçobas se puso fin a la guerra, reconociendo a Isabel como la reina legítima de Castilla y delimitándose, además, el área de expansión castellana en la costa atlántica africana.

La idea de una España unida había

triunfado y se preparaba el camino hacia la monarquía unificada. Pero existía algo que preocupaba por sobre todas las cosas a Isabel I de Castilla: para que España lograra la unidad y la cohesión interior definitiva, debía afirmarse con habilidad una monarquía fuerte.

El 19 de enero de 1479 dejaba de existir, en Barcelona, Juan II de Aragón, a los ochenta y un años de edad, y el reino castellano se unía definitivamente al reino aragonés. Fernando era el único heredero al trono de su padre y, junto a Isabel, gobernarían en forma conjunta, tanto en las escrituras como en los sellos y en la administración de justicia; pero

las armas reales castellanas precederían siempre a las aragonesas, reservándose la reina el manejo de las rentas y las designaciones de los prelados. El escudo de los reyes encerró desde entonces las armas alternadas de Castilla, León, Aragón y Sicilia bajo el águila de san Juan.

El pacto establecido entre la autoridad real y el derecho a los nombramientos estaba estrechamente vinculado a la reforma espiritual, basada en el rigor y el celo religioso de Isabel, que estaba decidida a promover, no solo prelados ejemplares sino, además, a todos aquellos que mejorasen

con su conducta y espiritualidad la vida religiosa. Los reformistas más entusiastas de la iglesia española apoyaron la autoridad real sin titubeos.

La unión de las dos coronas preparó el camino para la reconquista de Granada, el descubrimiento de América y la adquisición de Navarra.

Aquella alianza matrimonial y dinástica se transformó en la conjunción perfecta. Lo mejor de todo era que funcionaba con sorprendente armonía y, aunque Fernando ostentaba la categoría de rey y disfrutaba de prerrogativas que llegaban incluso a las funciones de gobierno, era Isabel la que recibía

vasallaje como gobernante directo y disponía de todo el poder para asignar fondos y nombrar funcionarios.

Cuántas cosas habían pasado desde entonces... Un torbellino de recuerdos se agolpaba en sus mentes. Fernando miró a Isabel y ella le sonrió con complicidad.

La tormenta se iba alejando, escondida entre las sombras, y la reina volvió de sus ausencias cuando Fernando con voz firme rompió el silencio.

—Estoy convencido que un designio divino rige nuestras vidas.

Isabel le miró entre sorprendida e

incrédula.

—Toda España nos pertenece, esposo mío. Menos el deseado reino moro de Granada. Pero sé que algún día estará bajo nuestras coronas y aquel fruto tan ansiado será agregado a nuestro escudo. Pero no debemos olvidar que nada en esta vida es para siempre. Así como un glorioso día llegaron hasta nosotros estas coronas, en otro día aciago volverán a perderse, pasarán a otras manos, a otras dinastías. Solo ruego a Dios que sea cuando el último de nuestros descendientes se haya marchado de este mundo.

—El tiempo no se detiene, Isabel.

Jamás espera. Por eso, nuestras alianzas deberán tender a lograr la hegemonía europea con una monarquía prominente, superior en autoridad a todas las demás.

—Es un asunto que siempre me ha preocupado —respondió la reina.

—Pero debéis marchar a vuestro reposo, querida mía. Estáis pálida y cansada.

—Mi corazón os agradece la deferencia.

—Después del alumbramiento volveremos a tratar este tema que me desvela.

—No me importará discutirlo contigo. Solo que hoy me siento más

agotada que nunca y el vientre me pesa demasiado. Creo que el parto está muy próximo, lo presiento, y necesito reponer mis fuerzas para afrontarlo con entereza. Que tengáis unas buenas noches, mi señor.

—Y que mejor sean las vuestras, reina mía —pero al inclinarse para besar sus mejillas, Fernando notó que estaban demasiado frías.

—Isabel...

—¿Sí?

—No olvidéis que os amo con todo mi corazón.

—Eso es bueno —respondió la reina, y sonriendo con dulzura se alejó

envuelta entre las negras sombras de la noche. Una noche borrascosa que presagiaba regir hasta los últimos días de su vida.

Fernando se volvió una vez más para mirar cómo se marchaba. La sombría silueta de Isabel se iba desdibujando sobre el gris pasadizo de piedras hasta que desapareció tras una puerta.

El monarca se sentó nuevamente junto al fuego de la chimenea y permaneció pensativo y en silencio. Una ráfaga de viento golpeó una ventana y se filtró por la sala, mientras el rey volvió a beber un trago de aguardiente.

—... Os recordarán siempre, Isabel.

Mientras esté a vuestro lado nadie podrá vencernos... —y llevándose nuevamente la copa a los labios, bebió el último sorbo...

De todos los proyectos que llevarían a cabo los Reyes Católicos, ninguno sería más tortuoso para el reino que aquel de las alianzas matrimoniales que, planificadamente, irían concertando para todos sus hijos. El deseo de aislar a Francia (vieja y beneficiosa aliada de Aragón) influyó para formar una alianza con Borgoña; y, junto a la búsqueda de la unificación de los estados peninsulares, fueron los dos motivos más importantes que llevaron a los reyes

de España a forjar esas uniones. En 1477 el ducado de Borgoña se había aliado con los reinos de Castilla y Aragón para luchar en contra de Francia. Era conveniente que toda alianza, para que tuviera mayor validez, fuera reafirmada con un pacto matrimonial que sellara los destinos de la península ibérica, definitivamente.

En tal sentido, Isabel y Fernando no hicieron otra cosa que seguir las costumbres de la época. Los matrimonios dinásticos eran una práctica tan antigua como las relaciones internacionales y, por lo tanto, el establecerlos lo más temprano posible

era un hábito dentro de las casas reinantes —incansables, todas, en la ampliación de sus fronteras.

Con cada hijo que llegaba al mundo los reyes se entregaban, por vocación y razón social, al gran juego del poder y la dominación. La corona era un bien de familia que se transmitía por concepción y por sangre, y era repartido en cada sucesión entre consanguíneos (intereses de estado ante los cuales, Isabel y Fernando, no vacilaron en usar a sus hijos como señuelos). Y dadas las ventajas que suponía la unión política de Portugal con el resto de la península, concertaron el matrimonio de su hija

mayor, Isabel, con Alfonso, hijo del rey Juan II, de la casa lusitana.

Isabel estaba temerosa como nunca por aquel inminente alumbramiento, pues parecía no traer consigo buenos augurios. El astrólogo real le había pronosticado que la conjunción de los astros que los cielos mostraban en esas fechas podría influir negativamente sobre la pequeña criatura por nacer.

El efecto de aquellas palabras había sido demoledor y, a pesar de que Isabel jamás se dejaba llevar por las predicciones de los magos, presentía que aquel parto no sería igual a los anteriores. Entre atemorizada e

incrédula escuchó en silencio sus designios y los guardó en secreto dentro de su corazón, pero el fantasma de la duda no dejaba de perseguirla.

El conocimiento procedente de las estrellas preparaba a los hombres para afrontar con garantías de éxito el futuro, pero ante el cúmulo de interrogantes que le planteaba aquel complejo sistema de conocimiento, mezcla de saber matemático y de adivinación, la reina enfrentó, preguntó e inquirió al sabio con desasosiego y angustiante incertidumbre.

—Contestadme con precisión. ¿Qué ocurrirá? ¿Qué designios regirán su

vida?

—Majestad, debéis estar serena. Vuestro niño nacerá bajo la constelación del Escorpión. El agua será su elemento, aquel que le transmitirá sus características particulares y que influirá en su carácter dubitativo y por momentos inflexible.

—¿El agua? ¡Pero si el agua es bendita! ¿Acaso no pedimos la lluvia para nuestros campos o no deseamos el agua fresca para calmar la sed?

—El agua, majestad. Desde el agua mansa y bendita de vuestro vientre hasta el agua oscura de un océano desconocido. Desde las gotas dulces de

la lluvia hasta las gotas saladas de las lágrimas. El agua es uno de los cuatro elementos y sin la cual nadie podría vivir...

La reina intuyó un futuro incierto, mas no pudo descubrir bajo aquellas palabras, dichas en clave por el viejo sabio, ninguna trama secreta.

El dolor de la contradicción y la agonía de la incertidumbre quebraron su corazón de madre. Solo una luz de esperanza parecía querer encenderse desde el rescoldo de su alma, reavivando con su tibieza sus cristianas devociones. Entonces, quiso olvidar con plegarias aquel incierto destino y

comenzó a rezar en todas las horas del día implorando por un buen alumbramiento.

Impregnada de un auténtico fervor religioso pensó que la energía de la gracia sería más fuerte que la caprichosa predestinación de una historia individual con sabor a desgracia y a tragedia. Lejos estaba de imaginar la reina lo que los grandes pensadores de la época aspiraban a construir: un sistema universal que revelara las correspondencias existentes entre el macrocosmos celeste y el microcosmos humano, ambos, obras de un solo Creador.

El día marcado en el salterio con sangre de su cilicio había llegado a su fin. La reina de Castilla presentía que el plazo estaba cumplido.

El sábado 6 de noviembre amaneció frío y lluvioso, sorprendiendo a Isabel con los dolores de parto y un temor intensificado dentro de todo su ser.

Reinaba en aquellas horas en el castillo un profundo silencio, interrumpido solo por las lejanas voces de las dueñas, de los guardias que velaban la vida de los reyes y por los gemidos del viento, que hacía girar las veletas de las torres y se filtraba aullando entre las retorcidas callejuelas

que lo rodeaban. La gran tormenta desatada en las vísperas anunciaba la llegada prematura de un invierno envuelto en nieblas. Nieblas densas que ocultaban por completo, bajo su blancura espectral y mortecina, las murallas de Toledo (aquellas murallas árabes que ni su propia reina podía traspasar sin antes hacer los votos por los cuales prometía que, un día no muy lejano, arrancaría a los moros de los reinos españoles).

Desde lo alto del alcázar —al que se llegaba por un estrecho sendero que subía serpenteando— se había perdido por completo la vista de la tenebrosa

roca toledana, desde donde se arrojaban, según la tradición y la leyenda, a los supuestos criminales y traidores del reino.

Cuando las campanas llamaron a primas, el nacimiento se tornó inminente. Acostada sobre la inmensa cama, Isabel pidió a sus doncellas que le frotaran las piernas y el vientre para aliviar los calambres y las fuertes contracciones que habían comenzado con regularidad. Ordenó que llamaran de urgencia a la partera real y, cerrando los ojos, esperó el momento tan ansiado y tan temido, entre fuertes dolores que le cortaban el aliento.

Isabel jadeaba, con la respiración dificultada por la presión que aquel nuevo heredero ejercía sobre todo su cuerpo, cuando la vieja comadrona llegó deprisa. Después de revisarla controló que estuvieran listas las vasijas con agua caliente, los paños blancos y las filosas tijeras, anunciándole serenamente:

—¡Vuestro hijo, mi señora, está a punto de nacer!

El resplandor del fuego de la chimenea iluminó el rostro dolorido de la reina y un profundo suspiro escapó de su boca acompañando a un fuerte pujo.

—Los hijos son bendiciones... como

el agua a la tierra... ¡Bienvenido sea! —
respondió jadeante Isabel.

Un nuevo heredero de sus
majestades llegaba a la vida y una nueva
alianza volvería a tejerse, buscando solo
el beneficio de los reinos.

La reina continuó con su trabajo de
parto y, antes de que las campanas
llamaran a tercia, dejó escapar un fuerte
grito de dolor que, traspasando las
gruesas paredes de los aposentos,
retumbó en el patio empedrado del
castillo rompiendo la quietud de la
mañana. Sobre las blancas sábanas
manchadas de sangre, Isabel había
arrojado una niña sanísima, regordeta y

rubia (herencia de su bisabuela materna, la inglesa Catalina de Lancaster, y a quien pondrían por nombre Juana), que comenzaba a llorar.

Sí, Juana. Juana como san Juan el Evangelista. Juana como su antepasado Juana Manuel, esposa de Enrique II de Castilla, que había vivido dos siglos atrás. Juana como su tatarabuelo Juan I de Castilla y esposo de Leonor de Aragón. Juana como su abuelo materno Juan II de Castilla. Juana, como sus abuelos paternos Juan II de Aragón y Juana Enríquez. Juana también como su tía paterna, que junto a Leonor y María eran las tres hermanas de su padre.

Juana como su hermano, el heredero de Castilla. Porque Juana era uno de los nombres de la estirpe de los Trastámara y por tal motivo había sido elegido por Isabel y Fernando sin titubeos.

—¡Es una infanta hermosa! — anunció la comadrona, mientras cortaba el cordón que la unía a su madre y limpiaba su cuerpecito con los blancos y suaves paños.

—¿Una niña? —preguntó la reina extenuada, movida por la curiosidad y la incertidumbre.

La reina sonreía mientras seguía en posición de parto. La vieja mujer extrajo la placenta apretando con fuerza el

vientre real y de los labios de Isabel no escapó ningún quejido. Luego la vendó con fuerza y esperó unos minutos para ver su reacción, pero Isabel era fuerte y aquello solo era una circunstancia pasajera. Sin embargo, la hemorragia era por demás intensa, porque el esfuerzo había sido mayor que en los partos anteriores, pues la criatura había sido más grande que sus dos hermanos ya nacidos.

Entre berridos, las doncellas se llevaron a la pequeña Juana. La bañaron con agua tibia y, después de arroparla y ponerla presentable, se la mostraron a su madre, quien la tomó entre sus brazos.

—Es sana y fuerte, ¡toda una futura reina! —dijo Isabel con regocijo y satisfacción al comprobar que el trágico designio no se había cumplido en aquel feliz alumbramiento. Sin embargo se sentía débil y tenía la desagradable sensación de que sus fuerzas la estaban por abandonar.

Con ternura la besó en la frente y le susurró suavemente al oído:

—Hijita mía habéis llegado al mundo en la magnífica Toledo. ¡Bienvenida a esta tierra que os ha visto nacer!

Volvió a besarla y, entregando la niña a la doncella, pidió que alistaran a

la nodriza, María de Santiesteban, la que en adelante se encargaría de dar de mamar a la recién nacida; hizo recomendaciones precisas sobre la vajilla de plata de la pequeña y dio instrucciones tajantes sobre sus ajuares y cobertores de pieles. La infanta Juana, tercera en la línea de sucesión al trono, acababa de llegar en los umbrales de un invierno que se anunciaba demasiado frío.

—Después que llevéis a la infanta, tirad unas semillas de espliego al fuego. Avisad al rey que Juana, su tercera hija, acaba de nacer y servidme un vaso de leche tibia con miel y canela. Necesito

reponer fuerzas pues creo que estoy al borde del desmayo.

Y diciendo esto, la reina cerró sus ojos. Con este gesto imperceptible despedía a todas las mujeres que estaban a su alrededor, a excepción de las dos doncellas que lavarían su cuerpo con compresas de agua tibia y perfumada con esencias de nardos y rosas. A su lado también quedaría su amiga de infancia en Arévalo y principal dama de honor, Beatriz de Bobadilla, hija del alcalde de aquel castillo y esposa de Andrés de Cabrera, su tesorero.

En brazos de su flamante doncella y

envuelta entre las tibias mantillas de lana manchega, la nueva infanta de España, Juana de Castilla y Aragón, abrió la boca para llorar. El rey llegó de prisa a conocer a su hija recién nacida y quedó sorprendido del gran parecido con su madre, Juana Enríquez. Luego se acercó hasta la cama donde se encontraba la reina adormilada y, besándola en la frente, le acarició los cabellos. Isabel le tomó las manos entre las suyas y le sonrió con dulzura.

Rumbo a las habitaciones de la infanta, la joven doncella trataba de calmar a la niña, que seguía llorando, y apresuró su paso en dirección a los

aposentos destinados en aquella ocasión para la niña, donde la estaba esperando su ama de leche, María de Santiesteban. La nueva nodriza que amamantaría a la pequeña era robusta, pero aquella mañana temblaba como una hoja pues estaba medio muerta de frío, ya que solo llevaba encima una camisa blanca de hilado de algodón. La habían escogido a toda prisa entre las mujeres al servicio del alcázar y obligado a bañar y frotar sus pechos para estimular la leche tibia que no dejaba de fluir por sus oscuros pezones. Había parido un niño veinte días atrás y la reina, enterada apenas llegada a Toledo, la había elegido entre

otras cinco mujeres bajo las mismas circunstancias. Las órdenes de Isabel habían sido terminantes:

—¡Buscad una nodriza, pero tened en cuenta que sea aseada, prolija y cumplida; que tenga buen aliento en su boca y abundante leche en sus pechos, pero, sobre todo, que tenga buen carácter, pues a través de la leche se lo puede transmitir al niño o a la niña por nacer!

La nueva adquisición de las coronas de Castilla y Aragón no se hizo rogar y con desesperación abrió su boquita, pero esta vez vio calmada su ansiedad por el tibio y abundante alimento.

—¡Qué bien mama la niña! —dijo la nodriza a la doncella, que miraba embelesada a la inocente criatura.

—Tal vez nació con hambre —respondió la doncella.

—Sin embargo —prosiguió la nodriza—, siento que la pobrecilla, ajena a su naturaleza real, tiene las mismas necesidades de alimento y de abrigo que el más pobre y desvalido de los siervos de este reino.

—¿Pero no tiene, acaso, mejor suerte que vuestro hijo recién nacido?

—La infanta tiene un futuro incierto. En cambio mi pobre niño tiene un destino preciso. Nació siendo un súbdito

y así vivirá y morirá. Mas ella es una princesa de España, nacida para ser reina en algún país lejano.

—Tal vez esta Princesita española nunca llegue a ser feliz en el país donde le toque reinar, pues siempre será considerada una extranjera, vaya donde vaya —dijo la doncella.

—¡Virgen del Rocío, paloma mía! Nunca envidiaré su suerte —se lamentó la nodriza.

La niña continuó mamando y ambas mujeres entrecruzaron una mirada compasiva. Cuando se hubo saciado, la doncella la tomó nuevamente entre sus brazos y, volviéndose hacia la nodriza,

le ordenó:

—En cuatro horas volveréis a alimentarla. Pero si la infanta comienza a llorar de hambre, ¡habré de buscaros antes!

La doncella la apoyó sobre su pecho con ternura para darle un poco de calor y la besó en la frente. Juana dormía plácidamente.

La habitación más iluminada del alcázar había sido destinada a la recién nacida y ya se hallaba dispuesta y entibiada por el fuego de una gran chimenea. La cuna había sido traída por el cortejo dos días antes y colocada en el centro del espacioso recinto. Un rayo

de sol se filtró por la ventana iluminando el cabezal de roble y haciendo resaltar el grabado de los escudos de Castilla y Aragón entrelazados. Debajo de los emblemas y pendiendo de un cordón de seda color añil, un ángel de oro velaría los sueños de la infanta. La pequeña imagen dorada y enternecedora, capaz de aliviar en algo la dureza de aquel destino, era la misma que había custodiado los sueños de infancia de la reina y de sus dos primeros infantes, Isabel y Juan.

Su alteza real, Juana de Castilla y Aragón, profundamente dormida y ajena a todo lo que acontecía a su lado, fue

depositada con suavidad sobre el lecho immaculado y abrigada con ternura, por su doncella, con los suaves cobertores de piel. Luego la mujer se alejó deprisa por los corredores del castillo, rumbo a las habitaciones que ocupaban los otros dos infantes.

En Toledo las campanas repicaron anunciando la buena nueva. Las iglesias del Cristo de la Luz, de San Sebastián, de Santa Eulalia, del Cristo de la Vega, de San Vicente, de San Miguel y san Román, de Santo Tomé y de Santa María la Blanca, de Santa Leocadia y San Cipriano, la iglesia de la Magdalena, la de los Santos Justo y Pastor, la iglesia

de San Lorenzo y el convento de San Clemente, el más antiguo de Toledo, celebraron el feliz acontecimiento. El rey Fernando cabalgaba eufórico y sonriente, sin poder disimular su alegría, por la abierta plaza de Zocodover, ostentando con orgullo otra hija recién nacida y la flamante corona del reino de Aragón. Iba seguido por un cortejo tan exótico como llamativo que incluía al final del mismo un elefante africano. Sus guardias reales enarbolaban a los cuatro vientos los pendones carmesí con los castillos dorados de Castilla, los leones púrpura sobre fondo blanco del reino de León y las banderas de Aragón, con los

cuatro palos rojos sobre un fondo amarillo que ondeaban ruidosos acompasando la marcha de los caballos.

Con el transcurso de los años, la pequeña Juana descubriría, de labios de su hermana Isabel, los detalles de aquella curiosa anécdota sobre su nacimiento. Y mucho tiempo después, al encontrarse aislada y en soledad, volverían a ella las representaciones y las voces antiguas salidas de su fantasía, trayendo a su mente las felices y añoradas imágenes de su perdida infancia.

Durante los ocho días siguientes a aquel nacimiento, la reina Isabel estuvo

en cama como dormida. Las fuerzas la habían abandonado esta vez y todo el reino se preocupó por este alumbramiento que podía costarle la vida. Pero pasado aquel periodo, Isabel comenzó a recuperarse y a levantarse a ratos, hasta que se encontró totalmente restablecida con la energía que le caracterizaba.

Unos días más tarde, la pequeña infanta Juana fue consagrada a los santos, como era la costumbre, recibiendo las aguas bautismales y la unción del santo crisma. El cortejo real salió del palacio de Cifuentes y se encaminó por las sinuosas calles de

Toledo que conducían a la iglesia de San Salvador.

(El alcázar aquel había pertenecido a don Enrique de Villena —el Nigromántico—, quien había sido el dueño y señor de aquel solar. Se había casado con doña María de Albornoz, quien, al morir sin dejar descendencia, lo donó a su primo el condestable don Álvaro de Luna —valido de Juan II de Castilla—, quien vino a heredarle a su hijo Juan. Años más tarde, todas sus posesiones fueron tomadas por el rey Enrique IV —hijo de Juan II de Castilla—, y así pasó a formar parte del patrimonio de la corona castellana).

Atravesó la plaza de Valdecalderos y desembocó frente al convento de Santa Úrsula, lindante con la iglesia de San Salvador donde se realizaría el bautismo, situada al frente del convento de san Miguel de los Ángeles. El lugar estaba repleto de gente que se agolpaba en puertas, balcones y calles para ver pasar a la nueva infanta de España. Pajecillos, hombres de armas, niños y mujeres le saludaban al pasar. Las aceras estaban entoldadas para resguardar del sol a la recién nacida. En los portales de la iglesia, en lo alto de las escalerillas, esperaban la llegada del cortejo real varios prelados, obispos

con mitra y báculo, sacerdotes con ricas vestimentas y varios monaguillos que sostenían cruces parroquiales de rica orfebrería con vistosas mangas bordadas. Escoltas reales enarbolaban los pendones carmesí con banda y dragantes dorados de sus Católicas Majestades, palcos adornados con tapices heráldicos y recubiertos por el dosel de escudos de las Casas reales acogían a numerosos nobles. Los pajes de los reyes encabezaban la procesión. El primero portaba una espada y otros dos llevaban, uno el orbe, y el otro un copón. Tras ellos una serie de nobles y, siguiendo al grupo, iba el aya de la

pequeña infanta que sería cristianizada, Teresa de Manrique, llevándola en los brazos. Otro paje portaba un cojín con la corona y, detrás, los reyes, junto al cardenal Mendoza, marchaban a caballo. A la derecha de la comitiva, un grupo de niños tocaba unos instrumentos musicales.

Un intenso aroma a mirra, incienso y canela flotaba en el aire de la iglesia de San Salvador. Don García Álvarez de Toledo, primer duque de Alba, y su esposa, María Enríquez, iban a officiar de padrinos de Juana, junto al nuncio de su santidad Sixto IV y el conde de Cifuentes. Los duques de Alba eran

devotísimos de los monarcas y estaban emparentados con Fernando de Aragón por doña María Enríquez. Los reyes, vestidos de terciopelo y oro, llegaron a los portales del atrio en medio de una fastuosa procesión. Les seguían los embajadores de Portugal, Francia, el Sacro Imperio Romano Germánico y el Vaticano; los nobles del reino y los oficiales del ejército español, quienes ocuparían los lugares respectivos fijados por el protocolo.

El sol brillaba con intensidad haciendo resaltar las púrpuras de los prelados. Juana, envuelta en sus blancos cobertores, fue llevada dentro del

recinto sagrado bajo palio por el confesor de la reina (aquel que sería, años más tarde, arzobispo de Granada), perteneciente a la Orden de los Jerónimos: Hernando de Talavera. Celoso defensor de la fe, tanto como lo había sido su antecesor y confesor de la adolescencia de Isabel, el dominico Tomás de Torquemada.

Dentro del recinto sagrado, la infanta fue depositada en los brazos de don García Álvarez de Toledo, quien avanzó ceremonioso, junto a su esposa, hasta la pila bautismal de estilo visigodo adornada con relieves. Al resplandor titilante de mil velas, la

infanta fue ungida con los santos óleos y lavada su frente con agua bendita por el primado de España, el cardenal Mendoza.

La luz de los cirios destelló con sus dorados reflejos en los ojos de la pequeña, que no pudo contener el llanto, asustada por tanto ajetreo. Cuando la ceremonia hubo concluido las campanas echaron a vuelo, mientras cientos de palomas y cigüeñas revoloteaban asustadas sobre las altas cúpulas de Toledo.

Desde el día de su nacimiento, Juana de Castilla había pasado, sin saberlo, a desempeñar su papel en el ajedrez de la

política internacional. Esta situación la llevaría, con los años, a transitar por caminos empedrados por casilleros negros, cada vez más sombríos, donde su figura terminaría por confundirse con la misma oscuridad.

La conducción de la política exterior española había sido siempre una de las principales preocupaciones de Fernando de Aragón. Experimentado y sutil, albergaba el propósito de reedificar y, de ser posible, extender más aún el radio de influencia español en el Mediterráneo occidental y en la Europa central. Incansable en la ampliación de sus reinos, esta forma de llevar la

política le provocaría la confrontación con otros estados cristianos.

De todas las batallas que desde adolescente había tenido que librar, la que más le entusiasmaba era la que desarrollaba en su mente y concretaba sobre el tablero de ajedrez. Los dos ejércitos saltaban al campo con los mismos efectivos e idénticos objetivos: capturar al rey enemigo. El resultado dependía siempre de la estrategia, la paciencia, la astucia, la capacidad de previsión y el dominio de la técnica de cada uno de los participantes. Como en la vida real. Y eso le agradaba.

Después de aquel nacimiento, una

inmensa misión aguardaba a los reyes de España: despojar al reino de todos los infieles. Para eso se necesitaba mano dura y ansias de grandeza, cualidades que ambos soberanos poseían en abundancia.

Apenas habían transcurrido las primeras semanas de vida de la infanta cuando su padre desplegó el mapa de Europa y lo depositó sobre el tablero de ajedrez. Idearía su mejor jugada, porque las oportunidades estaban en el futuro y, a veces, la más mínima circunstancia podía ser causa de grandes acontecimientos. Al rey Fernando le complacía jugar al ajedrez, dejando en

calculado abandono a las piezas de su juego, para luego burlarse del incauto que se decidiera tomarlas creyendo que eran descuidos, cuando en realidad eran astutos engaños. El cálculo exacto y las definiciones precisas serían el rumbo de aquella partida, porque el menor error lo pagaría muy caro. Debía definir el destino de sus hijos, por lo que el tema no admitía dudas ni dilaciones. ¿Acaso la verdadera realeza no se apoyaba sobre la estructura de un linaje firme y no improvisado? ¿Y las virtudes de los antepasados no irrigaban la sangre de sus descendientes homónimos?

La doble puerta de la sala se abrió y

en el umbral brilló majestuosa Isabel de Castilla. Su vestido color azul, bordado en finas hebras de oro, hacía resaltar su imagen sobre las piedras grises. Fernando se alegró de verla y caminó a su encuentro jubiloso. La tomó de las manos, la besó en la boca y, abrazándola por la cintura, la acercó hasta la mesa que sostenía el mapa y el tablero con los sesenta y cuatro escaques blancos y negros.

—Hoy es una fecha muy especial. Consolidaremos las alianzas ambicionadas para nuestros hijos, pues nada vale más que unos buenos esponsales para sellar los pactos

políticos con otros reinos.

—No lo dudo —respondió la reina.

—Deberemos expandir nuestra divisa en Europa central, también en Portugal.

—Esa tendrá que ser nuestra estrategia —acotó Isabel.

Ambos se miraron y se sonrieron. ¿Por qué les nacía de repente aquel desesperado afán por lograr una alianza indestructible?

—No nos retiraremos de la partida hasta haber logrado una definición que nos satisfaga a ambos, pues solo existen dos maneras de lograr la unión con otros reinos: con el acero de las espadas o

con el oro de las alianzas —expresó serenamente la reina.

—Os complaceré —respondió el rey, mientras abría la caja de madera y comenzaba a sacar cuidadosamente, una por una, las treinta y dos piezas de ébano y marfil.

Isabel eligió las de color blanco y planificó mentalmente los pasos a seguir. Fernando hizo sus cálculos y elaboró sus tácticas. La estrategia ya estaba en marcha y nadie los podría detener. Y en el silencio de aquella sala, roto solo por el crepitar del fuego en la chimenea y el movimiento imperceptible de las jugadas, España intuyó un futuro

de grandeza y avanzó sobre Europa en forma de pinza, abriéndose en dos.

—¡Jaque al rey! —exclamó Fernando, y colocó sobre Austria su reina negra.

—¡Magnífico! —respondió Isabel, y se alegró tanto como su esposo, aligerada del terrible peso que aquel proyecto ejercía sobre sus sentimientos —. Es el mejor avance que podíais haber hecho.

Iluminado por el resplandor del fuego, el rostro de la reina reflejaba su hermosura. Buscó con los ojos, sobre la cartografía, el espacio minuciosamente calculado en su mente y planificó los

pasos a seguir. Solo que guardaría el secreto dentro de su corazón, pues aún no era tiempo para anunciar nada.

—¿Queréis continuar? —le interrogó el rey, y observó que, mientras le miraba enamorado, Isabel capturaba la reina con un movimiento sorpresivo de su caballo atacante.

—Sois tan astuta como prudente, y una experta tanto del juego como de la política.

—Tanto en la política como en el ajedrez se deben esperar las oportunidades. Para lograr los mejores avances, no debéis dejar que os sorprendan. Siendo niña, mis

preceptores me daban clases de conducción sobre un tablero de ajedrez y me contaban la historia de este juego que, según se cree, se le atribuyó al griego Palamedes. Lo inventó durante el sitio de Troya para distraer a los guerreros durante los días de inacción. Los chinos o los persas lo dieron a conocer a los árabes y llegó a Europa después de las Cruzadas. Pero lo más atractivo de esta historia es que a su inventor, habiéndolo propuesto a su soberano, este, encantado, le ofreció la recompensa que deseara. Pidió un grano de trigo para el primer escaque, dos para el segundo, cuatro para el tercero y

así sucesivamente, fue duplicando siempre el número, hasta la sexagésimo cuarta casilla. El monarca ordenó a su ministro que cumpliera aquella petición tan modesta pero, hecho el cálculo, descubrió que todos los graneros del reino no bastaban para contener la cantidad de trigo pedida, equivalente a un cubo de más de mil metros de lado. ¡Cuánto deseo que así de inmensos sean los reinos para nuestros hijos!

Fernando la escuchaba con atención y cuando terminó, mirándola a los ojos, se acercó y le dijo al oído:

—Así serán, Isabel, pues cuando uno desea algo fervientemente con el

corazón, siempre lo consigue.

La jugada de Isabel había sido brillante y su proyecto dinástico vislumbraba ser de igual magnitud al de Fernando. Pero, inevitablemente, tendrían que contar con la colaboración de sus infantes. En su política de cerco contra Francia entrelazarían con los años una doble alianza con la corte imperial de Austria, inclinada a este mismo sistema de bodas regias, tal como rezaba su propio lema: *Bella gerant fortes, tu, felix Austria, nube* («Deja que los fuertes hagan la guerra, tú, feliz Austria, cástate»).

El futuro les ofrecía una oportunidad

histórica propicia. Penetrarían a través de un matrimonio concertado en pleno corazón de Europa, en una de las Cortes más codiciadas y de refinado buen gusto por el arte, como era la del Sacro Imperio Romano Germánico.

El 22 de julio de 1478 había nacido, en Brujas, Felipe de Habsburgo, futuro duque de Borgoña, de Luxemburgo, de Brabante, de Güeldres y de Limburgo, rey de los Países Bajos y conde de Tirol, Artois y Flandes. Único hijo varón de Maximiliano I de Alemania y de María de Borgoña (María era hija y heredera de Carlos el Temerario y de Isabel de Borbón). El pequeño príncipe

flamenco representaba, ante los ojos de España, el consorte ideal para la infanta española que acababa de nacer.

El castillo de Habichtsburg («burgo del halcón») había dado nombre a la Casa de Habsburgo a la que pertenecía Maximiliano I de Alemania. Castilla y Aragón soñaban con una alianza matrimonial que aumentara sus dominios e influencias en la Europa que se extendía más allá de los Pirineos. Incansables en la ampliación de sus fronteras, buscarían por todos los medios, trece años más tarde, la posibilidad de forjar un plan que estableciera una segunda alianza entre su

hijo Juan, príncipe de Asturias, y Margarita de Austria, de la Casa Habsburgo y hermana de Felipe. Margarita había nacido en 1480, dos años después que su hermano, y aunque en 1483 surgiría un grave impedimento, pues la princesa flamenca sería comprometida en matrimonio a Carlos, delfín de Francia (el mismo que subiría al trono en ese año con el nombre de Carlos VIII), y obligaría a Margarita a trasladarse a dicho país (pues Francia estaba acostumbrada a educar a sus futuras reinas desde pequeñas), Isabel y Fernando albergaron siempre la secreta esperanza de que finalmente todo saldría

como ellos lo habían soñado. El tiempo les dio la razón y, para beneplácito de los Reyes Católicos, el compromiso lograría romperse y, en el año 1491, el rey Carlos VIII rechazaría a la princesa de Austria y tomaría por esposa a Ana de Bretaña, quien había estado comprometida, a su vez, con Maximiliano I, padre de Margarita. España no se haría esperar y ofrecería a su heredero, estableciendo de este modo una estrategia de alianzas matrimoniales que ayudaría al pacífico mantenimiento de una política exterior peninsular de carácter expansionista.

Con el transcurso de los años, el

poder y la diplomacia de los reyes españoles manejarían aquellas concertaciones y, con no pocos esfuerzos, España se aliaría con Portugal, los Países Bajos, Austria y también con Inglaterra. Alianzas, bodas, conspiraciones, amigos y enemigos, todos tenían un lugar preciso en aquellos cerebros calculadores y realistas.

Isabel y Fernando, dispuestos a no mostrar debilidad para evitar ser vulnerables ante las potencias enemigas y frente a una nobleza rebelde y ambiciosa que les rodeaba, se propusieron luchar más allá de cualquier interés adverso y hacerse de una vez y

para siempre con la victoria final, llevando la divisa española detrás de los Pirineos. Esta situación les obligó a adelantarse en ideas y tiempo al resto de los monarcas europeos. La política internacional se transformó en algo más que un juego, donde ya no se utilizaban piezas de ébano y marfil, sino personas de carne y hueso, destinadas, a través de los acuerdos concertados de antemano y con varios años de anticipación, a reinar sobre tierras lejanas y desconocidas. Siempre, en el nombre de España, constituyéndose de facto en la primera unificación europea.

La política de alianzas

matrimoniales tenía en el reino peninsular suficientes antecedentes, pues había conducido, bajo distintas circunstancias históricas, a la unión sucesiva de los reinos de Aragón y Cataluña en 1137; de Castilla y León en 1230; y de Castilla y Aragón en 1479. Para poder pedir una mano y ofrecer otra, había que demostrar poder y riqueza y disponer, además, de fuerzas militares. Durante 1480, Fernando de Aragón consiguió que todo el poder y las riquezas de las grandes órdenes militares religiosas (verdadera amenaza para la corona) fueran a parar al erario, instituyéndose en el gran maestro de

todas ellas. Cada una de las órdenes estaba gobernada por un gran maestro, sometido directamente a la orden del papa. La de Santiago, la de Calatrava y la de Alcántara aportaban anualmente trescientos mil ducados. Así evitó que los grandes señores feudales dispusieran de aquellas rentas y concentraran gran parte del poder político.

La Iglesia y la Monarquía habían creado las órdenes militares, de carácter mixto religioso y militar, con el propósito de defender la fe cristiana y, en el caso de España, reconquistar la península de mano de los infieles. Eran órdenes donde no había soldados, sino

monjes que empuñaban las espadas en nombre de la religión católica.

Estas legendarias órdenes tenían su historia. La de Santiago había sido fundada en 1161 por el rey Fernando II de León para protección de los peregrinos a Santiago y era, después de la corona, la que mayor cantidad de tierras poseía; la de Calatrava había surgido en 1158 creada por san Raimundo Serrat, abad de Fitero, para defenderse de los moros; y la de Alcántara había sido iniciada en 1156 por Suero Fernández de Barrientos, a imitación de los Templarios, para combatir a los moros. Esto hizo que el

rey Fernando II de Aragón se hallara asistido por un Consejo sometido directamente a la autoridad del papa.

La península ibérica, cuya mitad meridional estaba ocupada por los musulmanes, conoció el florecimiento de estas tres órdenes que tuvieron un papel relevante en el avance de las armas cristianas hacia el sur. Sus actividades guerreras proporcionaron al reino grandes posesiones territoriales y también muchas riquezas, convirtiéndose en una magnífica fuerza de combate.

Competidoras potenciales del poder, provocaron miedos, recelos y envidias en quienes lo detentaban, y Fernando de

Aragón no permaneció ajeno a este sentimiento. Deseoso de fortalecer el suyo, se hizo nombrar su gran maestro, incorporándolas a la corona.

El uso que el monarca hacía de la diplomacia era, sin duda, el más eficaz. El reino compartido con Isabel se consolidaba cada día más. Habían logrado establecer un equipo regular de embajadores, agentes y espías, implementando el primer servicio diplomático regular de toda Europa.

Estas acciones le hicieron sentir que la tierra se volvía más segura bajo sus pies y lo dispuso a no claudicar al trono de sus conveniencias. Así, Castilla y

Aragón, unidas desde las raíces, jamás podrían ser separadas, aunque esto implicara luchar en contra de su propia sangre.

Infancia en Segovia

Los primeros doce meses de vida de la infanta Juana transcurrieron serenamente, como los de cualquier criatura de su edad y condición real y, por lo tanto, alejada de su madre, a la que ni siquiera conocía. La reina Isabel se hallaba dedicada por completo a la expansión de su reino, anexando el archipiélago de las Canarias (labor que completaría en 1493) y enarbolando el gran ideal de la reconquista. La caída de

Constantinopla en aquel año del Señor de 1480 había sido el acicate fundamental para continuarla, pues tanto Isabel como Fernando, temerosos de que el empuje turco llegase al sur de la península, aceleraron la reconquista. El sentido de unidad territorial, cuyo máximo objetivo significaba que todos los reinos españoles se vieran libres de los infieles, se había convertido para ella en una obsesión. Y aquella idea ocupó, con dedicación exclusiva, su tiempo y su mente. Había dejado de pertenecerse a sí misma para volcar todo su valor y energía en conseguir para España lo que ningún otro monarca

había logrado en su historia. Bajo la presión de obligaciones estrictas, aquel duro oficio de ser reina le exigía una salud de hierro y un carácter muy templado. Cualquier otra mujer hubiera visto en él una intolerable esclavitud, sin embargo, para ella se había convertido en una pasión que movilizaba todos los actos de su vida.

El año 1480 fue crucial para Castilla. Se reunieron las Cortes en Toledo para reestructurar la organización del reino. Las instituciones se vieron fortalecidas a través del Consejo Real, el cual incrementó el control sobre la justicia, la hacienda y

las órdenes religioso-militares, que desde aquel año se encontraban bajo el mando del rey Fernando.

Había llegado el momento crucial de terminar con los privilegios de la nobleza tan celosamente mantenidos. La justicia estaría solo en manos de la reina y España entera sería un reino unificado. El reino cristiano más grande del mundo logrado por el sacrificio y la fama de sus glorias. Ese era su sueño. Por tal motivo no era bueno mantener sus tierras enajenadas, porque implicaba no recaudar los suficientes impuestos para ser amados y perder el poder para ser temidos. Por eso no había tiempo que

perder.

Isabel les había hablado duramente: «Podéis seguir en la corte o retiraros a vuestras posesiones, como gustéis, pero mientras Dios me conserve en el puesto a que he sido llamada, cuidaré de no imitar el ejemplo de Enrique IV y no seré un juguete de mi nobleza».

Tal vez, el gran sacrificio de dedicar la vida entera por una noble causa le valiera algún día una grandeza inesperada.

Los reyes estaban deseosos de conquistar el reino nazarí de Granada, aquella ínfima porción musulmana del magnífico Imperio árabe (que en otros

tiempos llegara hasta los Pirineos) conservada al sur de la península. De ese modo, España, afianzando dominios e influencias, se tornaría impenetrable para las apetencias francesas, pues no solo estaría unificada sino además aliada mediante contratos matrimoniales —operaciones políticas— con Portugal, Alemania, Austria, los Países Bajos y, posteriormente, con Inglaterra.

Sin embargo, el camino hacia la unificación no era fácil ni sencillo, y la prioridad española tuvo que esperar un tiempo más porque Italia pedía ayuda para socorrer a Nápoles del acoso de los turcos. Los Reyes Católicos

enviaron una flota al mando de Enrique Enríquez en 1481. Aprovechando el conflicto, Muley Hacén tomó Zahara en la península y comenzó de este modo la guerra por Granada (un conflicto que duraría diez años).

Pero Fernando e Isabel no dejaron nada librado al azar. Entablaron contactos epistolares con Maximiliano I de Alemania. En ellos, los reyes solicitaban que su tercera hija en la línea de sucesión al trono, Juana de Castilla y Aragón, al llegar a la adolescencia fuera prometida en matrimonio a Felipe de Habsburgo, el primogénito de la corona de Austria.

El pedido despertó optimismo dentro de la corte austríaca pero hizo resurgir ambiciones dormidas e intereses olvidados. Aquella concertación permitiría ampliar, para ambos reinos, sus zonas de influencias.

Maximiliano I convocó a su Consejo y, aunque la respuesta se hizo esperar, una vez obtenido el consentimiento y la certeza de que aquello era lo más conveniente para cada reino, comunicó su beneplácito al compromiso matrimonial. Desde su infancia, Juana de Castilla y Aragón y Felipe de Austria habían quedado prometidos en matrimonio e indisolublemente unidos

para toda la eternidad. Mas ellos dos, por aquellos días, lo ignoraban.

Bajo ocultas conveniencias que cada reino conservó en el más estricto de los secretos, se fueron manejando los hilos de sus destinos. Cuando en 1482 murió María de Borgoña, madre del pequeño príncipe Felipe, de cuatro años de edad, el niño heredó repentinamente todas las posesiones borgoñonas de su madre en los Países Bajos, convirtiéndose en el duque de Flandes y Borgoña más joven de la historia. Su padre se instituyó a partir de esa triste fecha en su regente, gobernando dichos territorios hasta que Felipe alcanzara la mayoría de edad.

Por aquellos años, la corte de Isabel y de Fernando era itinerante, y sus reyes, dos peregrinos incansables, dos nobles andariegos. Los distintos alcázares y palacios de los nobles eran en cada momento, o por temporadas, su hogar y su reposo. Uno de aquellos alcázares reales se hallaba en la antigua ciudad de Segovia. Encerrada entre altas murallas y encaramada sobre una meseta, se levantaba altiva y majestuosa entre los valles de los ríos Eresma y Clamores.

En el solar central de la ciudad se alzaba la catedral donde había sido coronada, en 1474, Isabel I como reina de Castilla y, en el otro extremo,

dominando la confluencia de los ríos, erguía sus altas torres, desafiante, la más antigua y hermosa de las moradas reales castellanas.

Lo más extraordinario de aquella construcción era su carácter austero. Un plan global abarcaba todos los aposentos que conformaban la fortaleza evitando que fuesen alcanzados por los ataques exteriores. Un laberinto de pasadizos, sótanos, celdas, fosos, habitaciones, salas, galerías y patios, constituían los eslabones de unión entre los aposentos de los reyes y el resto del castillo. Dentro de esta intrincada construcción, el ala del levante había

sido destinada a los pequeños infantes de Castilla. Los aposentos eran espaciosos, desprovistos de muebles y habían pertenecido en tiempos pasados al rey Enrique IV. Los príncipes habían pasado a disponer de ellos después de una orden dada por su madre, la reina. De aquel modo, permanecían dentro de los límites controlables sin fastidiar al resto de la corte adulta.

La hija mayor de los reyes de España, la infanta Isabel, había cumplido sus doce años en aquel año del Señor de 1482. Prometida en matrimonio con el príncipe Alfonso, futuro rey de Portugal, tenía, a partir de

aquel cumpleaños, derecho a sus propias habitaciones. Sus dos hermanos, Juan y Juana, aún compartían los mismos aposentos, dado que con cuatro y tres años de edad, respectivamente, no podían gozar de aquellos privilegios.

Para aquel trío de niños reales, alegres y vocingleros, nada era más divertido que escapar corriendo al gran patio del castillo. Sobre una de sus altas paredes de piedra se levantaban varios jaulones de aves que se paseaban nerviosas cuando les veían aparecer. Batiendo sus alas contra las mallas que los tenían aprisionados, mansos faisanes, perdices veloces y

amenazadores halcones hacían las delicias de los pequeños.

Desde las almenas del castillo, cientos de tórtolas descendían volando con rapidez cuando Juan y Juana aparecían corriendo y sacando de sus bolsillos puñados de pan y de trigo que iban esparciendo por el patio para darles de comer. Saciadas, las aves levantaban vuelo batiendo las alas sobre sus rubias cabezas, para después dirigirse con rumbo a Poniente. Y cuando al atardecer el sol se ocultaba, volvía a escucharse en el aire el aleteo constante de las bandadas de palomas que retornaban a sus palomares. Los

niños se sentían felices rodeados de aquellas aves, pero lo que más alegraba sus corazones era alimentar a los conejos. Con una canasta repleta de diminutos repollos y zanahorias, sus nodrizas les seguían hasta las madrigueras. A Juana le encantaba levantar entre sus brazos a los más pequeños, por la suavidad y la ternura que aquellos animalitos le prodigaban, y así se quedaba durante horas jugando con ellos.

En el otro extremo del patio había un laberinto de madroños, retamas y naranjos que conducía hasta una gran fuente de piedras grises y musgosas. En

las calurosas tardes de verano, los infantes caminaban a hurtadillas hasta ella para mojarse, no solo las manos y las mejillas, sino también los cabellos y los vestidos. Cuando eran sorprendidos por sus doncellas escapaban corriendo para ir a esconderse debajo de alguna cama y evitar, así, la consabida reprimenda.

Aquel jardín era el sitio preferido de la reina. En las noches de estío le deleitaba caminar bajo el cielo estrellado observando las constelaciones y aspirando el intenso perfume de las flores. Y cuando el silencio se tornaba más profundo, se

sentaba en un banco de piedras y meditaba en soledad sobre los futuros pasos a seguir para la buena conducción de sus reinos.

El año de 1483 transcurrió sin sobresaltos. Con un otoño agradable y seco llegó noviembre esparciendo sus colores ocres por toda la naturaleza y, con él, el cuarto cumpleaños de la infanta Juana. Aquella tarde del 6 de noviembre, los reyes de Castilla y Aragón se mostraban distendidos y cariñosos dispuestos a festejar en el alcázar de Segovia el onomástico de su tercera hija.

Un año había transcurrido desde que

la corona española se lanzara a la conquista de Granada, sin la sospecha ni el temor de que alguien o algo pudiera impedirselo. Con aquella actitud decidida distraían el ánimo de los nobles que, embarcados en aquella guerra, no soñaban con intentar nuevas aventuras políticas.

El nuevo orden se consolidaba sin pausa. La Santa Hermandad restablecía lentamente la pacificación en las llanuras, poblados y caminos del reino castellano, constituyéndose en el brazo derecho de la corona, mientras un ejército de hombres, alcaldes y cuadrilleros, elegidos anual mente,

ejercían los poderes de policía, erigiéndose en los tribunales de justicia. Sin respetar feudos ni privilegios llegaban a las cárceles por igual, nobles o bandidos, siendo sometidos a rápidos sumarios que les condenaban a la prisión o a la muerte. Eran tiempos de grandes contrastes. Los hombres se estremecían ante la inminencia del castigo divino pero mostraban un temple de acero en los campos de batalla.

Aquel día de noviembre, como por encanto, todas las preocupaciones habían quedado atrás. La reina Isabel vigilaba la disposición de los cuencos y disfrutaba aspirando los suaves aromas

de las infusiones y de los panecillos recién horneados. El aya de los infantes, Teresa de Manrique, caminó en dirección a sus aposentos. Avanzó por la galería inferior del castillo que se orientaba hacia el río Eresma, después dobló hacia la derecha y entró por el patio del laberinto. Caminó sobre el ala oriental y levantó sus ojos hacia las angostas ventanas del primer piso. Las tres caritas de los príncipes de Castilla y Aragón se reflejaron apretadas contra los pequeños vidrios circulares.

—¡Esperad, ya bajamos! —se escuchó una vocecita, mientras con sus manitas saludaban alegremente.

Una ráfaga de aire helado sacudió las ramas de los árboles y las hojas cayeron a puñados sobre el camino de piedras. El viento las arremolinó sobre un rincón y con un silbido sacudió la falda de la doncella.

La mujer se sujetó el tocado y mirando hacia arriba les sonrió, mientras proseguía su camino hasta el gran arco ojival sin detenerse, pero la puerta se abrió antes de que ella llegara y los tres infantes aparecieron sonrientes y nerviosos. Los tres tenían ciertos rasgos distintivos que permitían adivinar que eran hermanos. Los mismos ojos verdes de la reina y la nariz recta del

rey. Pero de los tres, Juana era sin duda la más bella. Sus cabellos rubios como el trigo maduro enmarcaban unos ojos que parecían haber absorbido todo el verde de los olivares de Castilla. En su rostro, la nariz era más delgada y elegante, un tanto sensual y un buen atributo para su boca pequeña y carnosa.

—Mis pequeños príncipes, ¿estáis preparados para visitar a vuestros reales padres? —preguntó la doncella con una amplia sonrisa.

—Sí, lo estamos —respondieron a coro los pequeños.

—Pero yo, siento algo de miedo —agregó Juana con timidez.

—¿A qué le tenéis miedo, mi princesa?

—Tengo miedo de que no me reconozcan. Hace mucho tiempo que no vienen a vernos.

—No debéis temer, mi niña. Vuestras majestades os harán sentir muy feliz pues hoy han pedido estar con vosotros. Debéis comprender que los asuntos del reino les obligan a permanecer demasiado tiempo ausentes. Pero siempre os recuerdan y os aman con todo el corazón.

—Sin embargo, yo siento que vos sois nuestra madre. A ella no la recuerdo —volvió a insistir la pequeña

Juana.

—Alteza, solo deseo que estéis tranquila y sonriente. Será un grato cumpleaños donde todos vosotros lo pasaréis muy bien.

—Si nos aburrimos, prometednos que vendréis a buscarnos —rogó el pequeño Juanito tiritando de frío, a pesar de ir bien envuelto en su capita de pieles.

—Solo lo haré si vuestra real madre lo ordena. Pero no os preocupéis, que voy a contaros un secreto —dijo la doncella bajando la voz, como para que solo ellos tres pudieran oírla—. No os aburriréis. Vuestras majestades han

dispuesto para vosotros una mesa repleta de dulces y confituras.

—¡Bravo! —exclamaron a dúo los más pequeños.

—¿Os quedaréis con nosotros todo el tiempo? —preguntó Isabel con timidez.

—Permaneceré en la antesala, no muy lejos de vosotros. ¡Pero no penséis más en ello y apresuraos que llegaréis tarde!

A pesar de los consejos de la doncella, los niños se mostraron poco decididos y de no haber sido por las apetecidas golosinas prometidas, algo escasas en la corte castellana de

aquellos años, de buen agrado hubiesen dado media vuelta y salido corriendo en sentido contrario.

Tomados de la mano de su aya, los tres pequeños príncipes se detuvieron en la entrada. Sentados en sus altos y oscuros sillones de madera, los reyes esperaban ansiosos la llegada de sus amados hijos y al verles de pronto, parados en el umbral de la puerta gótica, les sonrieron con ganas y les tendieron los brazos.

—Vosotros sois los tres infantiles más hermosos de Castilla —exclamó el rey con ternura.

—De toda España —agregó la reina

—. Pero daos prisa, mis tres amores, que quiero besar vuestras sonrosadas mejillas.

Los tres niños, que ya se habían quedado solos, se fueron acercando tímidamente. La primera en saludar con un beso fue Isabel, mientras Juan y Juana, entre temerosos y sonrientes, esperaban, con sus dedos en la boca, ser levantados por aquellos brazos reales. Así lo hicieron sus progenitores para luego sentarlos sobre sus regazos. La reina sonrió feliz y Juana apretó su rubia cabecita sobre aquel pecho materno hasta entonces distante y desconocido. Después miró a su madre como

implorando ayuda.

—¡Qué maravilloso es volver a veros y compartir con vosotros el cuarto cumpleaños de Juana, «mi suegrita»! ¿Y sabéis por qué llamo así a vuestra hermana? —interrogó la reina a su hija mayor—. Pues ella es idéntica a vuestra abuela paterna, Juana Enríquez. ¿Y sabéis por qué llamo «mi ángel» a Juanito? —preguntó la reina a los más pequeños—. Porque él es el único niño de la casa—. Los tres infantes se miraron entre sí con asombro y luego se pusieron a reír por las ocurrencias de su madre.

—¿Y cómo creen que llamo yo a

Juana? —preguntó el rey con una amplia sonrisa.

—«Madre» —contestaron entre risas los tres infantes a coro.

—Muy bien, habéis acertado. La llamo «madre», pues como ha dicho la reina, ella se parece mucho a mi madre. Ahora bien, como veréis, solo ha faltado a esta fiesta de cumpleaños vuestra pequeña hermana, la infanta María —dijo el rey enternecido.

—¿Por qué no ha venido? —interrogó Juana con tristeza.

—Porque vuestra hermana menor aún no ha cumplido los ocho meses de edad y lo único que un niño desea en su

primer año de vida es leche tibia, ropa limpia y sueños tranquilos.

—Y unos papás que le besen y le sonrían —agregó Juana.

El rey rió sonoramente ante la ocurrencia de aquella hija. Juana era muy receptiva de todas las manifestaciones de afecto y eso debería ser tenido en cuenta, si alcanzaba el tiempo. Ese tiempo que se escurría como el agua entre las manos y a la velocidad de un rayo, entre la reconquista planificada y la unificación anhelada.

Los reyes ocuparon la cabecera de la mesa y, después de pronunciar las

oraciones para bendecir los alimentos, autorizaron a los pequeños para que iniciaran el banquete. El rey Fernando guiñó un ojo a Juana y la infanta le miró entre embelesada y sorprendida. Sin embargo, aquella feliz coincidencia, donde padres e hijos se encontraban juntos por primera vez en ese año, terminó abruptamente.

Alguien entró de prisa a la sala y les habló al oído a los reyes. Ellos se levantaron y fueron hasta la puerta que se había vuelto a abrir. Allí esperaron. Las voces de los que se acercaban por uno de los pasillos resonaron en medio del silencio en el que se habían sumido

los infantes. Había llegado al castillo un monje de nombre Torquemada. El religioso traía noticias urgentes para la corona y había que tomar decisiones de inmediato. Juan y Juana se sobresaltaron cuando el monje, al llegar, lo primero que hizo fue clavar sus ojos penetrantes en los suyos. Aquella figura vestida de negro habló con voz grave y gesticuló con sus largas manos cual si fuese un ave que estaba por levantar vuelo. Luego de departir unos instantes con los reyes, partió raudo por los pasillos del castillo, llevándose consigo a los monarcas y dejando solos a los tres pequeños. —¿Tor quemada? ¿Acaso

alguna persona moriría quemada en el fuego de la hoguera? —se interrogó Juana, y un escalofrío le recorrió la espalda, como si los ojos de aquel monje continuaran clavados en los suyos.

Ante aquel torbellino de miradas, pasos apresurados, voces disonantes, los niños, entristecidos, tomaron en silencio sus tazas de leche caliente con miel y comieron las confituras, pero de sus boquitas enmieladas se les había borrado, tal vez para siempre, la sonrisa de la infancia. De los ojos claros de Juana cayeron dos lágrimas hasta su boca que la niña secó con sus manos.

Aquel año de 1483 habíase creado el Consejo de la Suprema y General Inquisición para defensa de la religión cristiana. En un principio, cumplía con la finalidad de sus majestades, deseosas de consolidar la unidad religiosa y política y reprimir a los falsos judíos conversos (llamados «marranos») que conformaban una poderosa burguesía urbana. Pero después se la utilizó con fines oscuros orientados a imponer la voluntad de los monarcas de manera tortuosa, cuando era ineficaz o imposible recurrir a la justicia ordinaria. Cinco años antes, en el año del Señor de 1478, Isabel había

solicitado al papa Sixto IV la bula de autorización para el establecimiento de dicho tribunal dentro de sus reinos. La institución permanecería bajo su directa intervención y los bienes de los condenados pasarían siempre a la corona. El papa autorizó a los Reyes Católicos la constitución de la Inquisición, mediante la bula *Exigit sincerae devocionis*. En septiembre de 1480 había sido implantada por orden real y en 1482 el propio pontífice había nombrado ocho inquisidores para el reino de Castilla.

Como inquisidor general había sido designado durante 1483, el fraile

dominico Tomás de Torquemada, cargo al que le confirió sus rasgos de extrema dureza en defensa de la ortodoxia religiosa. Severo y cruel se transformó en el representante de la intolerancia y del fanatismo. Alma del rigor antisemita, comenzaba a distinguirse dictando reglamentos y ordenanzas de cárceles, con tanta severidad que se constituyeron con el tiempo en un modelo de crueldad. (Mientras ejerció el cargo logró enviar a la hoguera a más de tres mil personas. Paradójicamente, su verdadero nombre era judío: Thomás de Turrecrematha Bacca aureus).

Los tribunales de la Inquisición se

multiplicaban por toda la geografía del reino al igual que los autos de fe, actos donde el garrote vil y la hoguera iban a acabar con el derecho a la vida de miles de almas, tras ser sometidas a tormentos terribles en busca de acusaciones a terceros o de autoinculpaciones. Declaraciones que, en numerosos casos, aún siendo falsas, eran un modo de evitar la hoguera, o entregarse a la muerte por no padecer más sufrimientos.

Montados a caballo o en mulas, los hombres de la Inquisición llegaban a todas las ciudades, pueblos y aldeas. Los negros jinetes del miedo y del espanto llevaban consigo un verdadero

arsenal de instrumentos de torturas. No solo implantaban el terror a través del sometimiento físico, sino que también lo hacían mediante la tortura psíquica.

La Inquisición española se tornó inflexible en lo que a normas de seguridad se refería, permitiendo el empleo de los tormentos cada vez que alguno de los acusados se negaba a confesar. Por su parte, Torquemada, hombre austero y de arraigadas convicciones, contaba con el consentimiento de la corona para limpiar de herejes el suelo español.

Este monje autoritario había sido confesor de la reina siendo ella una

adolescente, en la corte de Enrique IV. En cada confesión le recordaba: «Sea cual sea el rango, lo primero es el deber». Este mandato caló muy hondo en el corazón de Isabel y se tornó en su prioridad por el resto de sus días.

Con el transcurso del tiempo, Fernando se convirtió en el gran maestro e Isabel en la ideóloga de aquel plan: la Guerra Santa. La única guerra que podía unificar una España dividida entre cristianos e infieles. (Después vendría la expansión del imperio, forjado con grandes dificultades, y la corona española, imponiéndose sobre todas las de Europa).

Los monarcas, convertidos en hábiles artífices, fueron enlazando los acontecimientos de tal manera y con tanta rapidez que la nobleza española no tuvo tiempo ni forma para someter a juicio las decisiones de aquella alianza indestructible que conformaban Castilla y Aragón.

Penitencias y ayunos, procesiones y flagelaciones, plegarias y muertes pasaron a formar parte del ritual cotidiano durante la primera infancia de Juana. La infanta fue creciendo entre la represión de los cuerpos y la tortura de las almas en su más rígida y cruel expresión, envuelta en una atmósfera de

misticismo cristiano militante que alimentaba un acendrado odio por el islam.

En 1485 la corona aragonesa de Fernando recuperó de manos francesas el reino de Nápoles y, deseosa con Castilla de aislar a Francia, sellaba con los Habsburgo el pacto matrimonial de sus hijos, Juana y Felipe. Definitivamente.

Durante los años que siguieron la vida en el castillo no fue fácil para nadie y, mucho menos, para los hijos de los Reyes Católicos. Pero, a pesar del clima en que se vivía, era necesario y estricto que los infantes continuaran

educándose en un ambiente, dentro de lo que el sistema castellano permitía, lo más confortable posible.

Siguiendo con las arraigadas costumbres, existían grandes diferencias entre la educación que se prodigaba a cada uno de los sexos. Si bien el príncipe como sus hermanas estaba formando y moldeando su carácter a gusto de los monarcas, el niño poseía un libro de gramática latina, no muy usada, junto a una Biblia y un pequeño libro de salmos.

En cuanto a Juana, si bien estaba recibiendo una esmerada educación gramatical, se le exigía además que

aprendiera a coser, bordar, hilar, cantar y tocar el clavicordio, a la vez que se le enseñaba a tener siempre una expresión serena en el rostro, mirar en línea recta al frente, sin fruncir el ceño y a no reír demasiado. Su carácter se perfilaba fuerte pero sensible. Dos buenas virtudes para una futura reina consorte. Sin embargo, había algo que ella no alcanzaba a comprender y eso eran las ambivalencias del mundo familiar que la rodeaba (por un lado, las astucias políticas con que se manejaban determinados asuntos del reino y, por el otro, los marcados y rígidos principios religiosos y morales a los que la reina

se aferraba).

Debido a su carácter y a la indiferencia materna, Juana volcó todos sus afectos en su hermano Juan y, dada la escasa diferencia de edad, se convirtieron en compañeros inseparables.

Durante los inviernos pasaban largas horas junto al fuego, absortos y pensativos, frente a un tablero de ajedrez.

Así se encontraban aquel día del año del Señor de 1488, mientras sus doncellas, sentadas en un rincón de la sala, bordaban un mantel para el altar de la capilla real. Ambas mujeres se

hallaban entretenidas en una no menos curiosa conversación.

—¿Creéis que se logrará la unificación definitiva de España a través de una guerra por Granada?

—Pues claro que lo creo —respondió una de las doncellas casi en secreto—. Lo sé, y os diré como lo he sabido.

—Pues dímelo, no me hagáis morir de la curiosidad.

—Escuchad lo que voy a deciros. Es un secreto y, como tal, debéis guardarlo dentro de vuestro corazón. He heredado de mi madre unos viejos naipes de tarot. Me los dejó antes de morir, hace más de

diez años, bajo la más estricta de las confidencias. Temía ser acusada de hechicera y morir quemada en la hoguera. Tanto, como lo temo yo. Esos naipes me han descifrado que el triunfo será para la corona castellana.

Las dos mujeres guardaron silencio. La doncella del príncipe Juan poseía uno de esos juegos de naipes que habían llegado a Europa a principios del siglo XIII, importados por los nómades del oeste del Himalaya y de la India y que la Iglesia católica había prohibido. Con el tiempo, al igual que su madre, se había convertido en una experta en el arte de tirar las cartas. Y como si aquellas

fueran el tesoro máspreciado, las llevaba consigo dentro de una pequeña bolsa de paño negro. Si alguien por casualidad le preguntaba por el contenido, respondía que allí guardaba las llaves de las habitaciones de los infantes. Y eso también era verdad.

La mujer colocó los naipes sobre la mesa, cubierta en gran parte por el extenso mantel que ambas bordaban.

—¡Qué raros símbolos! —exclamó la doncella de Juana, y tomando una de las barajas entre sus manos la examinó detenidamente. La extraña figura le hizo contener el aliento, causándole cierta aprehensión. Era la representación de la

muerte, con una gran hoz entre sus manos.

—¿Qué significa?

—Significa la muerte. Es, por cierto, una carta muy temible. Representa la transformación. Simboliza el movimiento, el pasaje de un plano de existencia a otro desconocido.

La doncella de la infanta se tornó pensativa, luego miró hacia donde estaba Juana, de nueve años de edad, jugando una partida de ajedrez junto a su hermano Juan, un año mayor que ella y, sin poder apartar la mirada de la niña, exclamó:

—¡Ojalá estas cartas pudieran

descifrarle lo que será de ella!

—Intentadlo. Solo debéis pensar en lo que realmente os preocupa de su destino mientras mezcláis los naipes. Luego, separad las veintidós cartas de los arcanos mayores del resto del mazo, mezclad de nuevo las cartas, y colocadlas sobre la mesa con las figuras hacia abajo. Pensad luego en una pregunta y cortad tres veces con la mano izquierda hacia el mismo lado. Volved a juntar las cartas encimando los tres montoncitos en el sentido inverso. Extended el mazo con las imágenes del revés y retirad tres cartas al azar conservándolas en la mano, en el mismo

orden en que las habéis sacado. Luego, colocad la carta que habéis extraído primero en el lado izquierdo y las otras dos a continuación. La primera carta os representará el amor, la segunda la vida y la tercera su relación con el poder del reino.

—¿Podrías decirme algo?

—Lo intentaré.

La curiosidad pudo más que la prudencia y con toda rapidez la doncella mezcló y separó los naipes en tres grupos, mientras pensaba: «¿A qué país y a qué rey destinarán a mi pequeña princesa?».

La primera carta que apareció fue el

carro, la segunda la muerte y la última el diablo.

—El amor, el dolor y la codicia de personas muy cercanas a Juana dominarán su vida.

—¿Qué queréis decir?

—El carro representa el amor. Su misión es unir lo terrenal con lo celestial, descubriendo la chispa divina que subyace en el corazón de la persona amada. Es esa luz interior que es capaz de producir en el ser amado actos ligados con el profundo sentimiento del amor. Su amor será eterno y tan intenso y profundo que ni la muerte podrá jamás con él. La posición de frente del

personaje señala que su accionar será directo y las cabezas de los caballos, inclinadas hacia la izquierda, indican una gran intuición. El carro simboliza también lo que hay que vencer, las pasiones e instintos que existen en cada persona y que conviven con la luz. El personaje es un rey que tiene como meta el corazón de la infanta. Apuesto y de refinado buen gusto por el arte, atraído por la buena vida de una corte elegante, los placeres y las bellas damas. Tal vez resulte ser demasiado alegre, si lo veis con ojos castellanos.

—Y decidme entonces, ¿qué significa esta carta con la figura de la

muerte?

—Es un terrible designio. El llanto y el dolor dominarán su vida, sobre todo por otro sentimiento. Esta figura, con su ausencia de vestimenta e incluso de carne, muestra el abandono de todas las atribuciones terrenales, conservando solo el armazón necesario para una nueva envoltura, ya que sin transformación el hombre permanecería detenido en el tiempo. La muerte está segando en un espacio negro, trabajando contra oscuras pasiones humanas, así como también esforzándose en el camino de su evolución. El perfil, enteramente a la derecha, indica cambios. Cambios en

el estado de conciencia, cambios en la vida, cambios que acompañan el paso de un tiempo cumplido y la entrada a otro tiempo diferente.

—Y el diablo, ¿a quién representa?

—Es un naipe que conozco muy bien y representa la traición. Anuncia una gran evolución, que si bien es, por una parte, el símbolo del mal, es también la del triunfo, constituyendo una suerte de puente entre el bien y el mal. Representa al hombre actuando en el pecado sin apoyo espiritual, con la permanente tentación de transgredir las leyes de Dios y ceder a sus instintos. La traición vendrá de alguien que detenta un gran

poder, no importa si es legítimo o no.

—¿Y quién será el traidor? — preguntó con amargura la doncella.

—No puedo decir su nombre. Podría morir en la hoguera si lo delato. Siempre se ha de sentir lo que se dice, pero nunca se ha de decir lo que se siente. Solo puedo decir que estas cartas presagian un trágico destino. Todo cuanto rodea el destino de la infanta está sumergido en un oscuro laberinto plagado de intrigas, traiciones y poderes mezquinos.

—Desdichada aquella que, por un accidente de su nacimiento, jamás podrá vivir la vida que hubiese elegido. Solo

le pido a Dios que no sea mi pequeña Juana la traicionada.

—No olvidéis que la infanta llegó a este mundo un día seis de Escorpio y desamparo, un sábado de hojas muertas, niebla y frío, para habitar en un tiempo mutilado, aquel que hoy ocupa su existencia.

—No comprendo de qué habláis —respondió la doncella de la infanta tristemente confundida.

Aquellas cartas simbolizaban un verdadero jeroglífico. Más exactamente el emblema de un enigma y, escondida dentro de todas ellas, la propia Juana, como centro de aquel misterio hecho de

símbolos y entretelado de alusiones poco auspiciosas, invisibles pero presentes, como los misteriosos sueños premonitorios que moverían más tarde su conciencia.

Ambas mujeres guardaron silencio y miraron en dirección al tablero. Los pequeños príncipes continuaban jugando una entretenida partida de ajedrez.

—*¡Jaque mate!* —exclamó Juana, mientras reía en la penumbra de la sala abovedada.

—¡Eres mala! —replicó Juan—. ¡Jamás puedo hacer contigo una buena jugada!

—¡Silencio, niños! —intervino la

doncella de Juana—. ¡No debéis reñir, es solo un juego para que os entretengáis!

—La jugada se ha dado como la había planeado —respondió, por lo bajo, Juana—. Jamás debéis pelear por un juego —continuó la doncella—. La vida es demasiado corta para desperdiciarla en rencillas. Y ahora, id terminando, pues iremos a comer junto a vuestras hermanas más pequeñas, las infantas María y Catalina, que os aguardan impacientes.

Y, tomándolos de las manos, las doncellas les hicieron abandonar la mesa y la sala, mientras dos criados les

seguían por detrás apagando el fuego de los candeleros.

Los niños caminaron disgustados por los oscuros pasillos sin hablarse y precedidos por las fieles mujeres. En el salón iluminado, ubicado sobre el ala oriental del alcázar, les aguardaban María y Catalina, de seis y tres años respectivamente. La cena les fue servida de inmediato. Tomaron sopa de gallina, comieron guiso de lentejas y se regocijaron con las natillas rociadas con miel. Los infantes permanecieron en silencio. Luego se retiraron a sus aposentos sin mirarse ni hablar y, antes de que las campanas tocaran las

vísperas, todos dormían plácidamente.

Durante la primavera de 1491 la vida de los infantes castellanos transcurría sin sobresaltos, mientras los reinos de Castilla y Aragón continuaban la guerra por la definitiva reconquista de las tierras de Granada.

La Santa Hermandad proseguía restableciendo, con mano de hierro, la seguridad y el orden, controlando la prepotencia de los señores feudales. Y la Inquisición (existente en Europa desde 1231, al crearla Gregorio IX, y convertida en España, por obra y gracia de los reyes, en una jurisdicción del reino en materia religiosa) surcaba la

península de norte a sur sentenciando con dureza a los sospechosos de herejías doctrinales, prácticas de brujerías y otras supersticiones.

Juana había presenciado más de una vez, escondida detrás del arco de alguna angosta ventana del castillo, entre el asombro y el miedo, aquellas tortuosas procesiones encabezadas por el Santo Oficio. Veía marchar lentamente, entre fúnebres cánticos, a los inquisidores del reino, vestidos con sus túnicas color crudo y sus caperuzas negras, enarbolando en lo alto una cruz blanca envuelta en crespones negros.

Con ellos caminaban los alguaciles

que los asistían en su trabajo y los frailes dominicos con sus recios hábitos y los pies desnudos. Después de los monjes, cuya expresión en sus rostros revelaba un fanatismo extremo, seguían los alabarderos vigilando a los presos torturados con sus carnes desgarradas y sangrantes por las pinzas al rojo vivo. Descalzos, indefensos, encadenados y envueltos con los horrorosos sambenitos amarillos, llevaban sobre sí la marca de los tormentos. Sus rostros demacrados, su mirada perdida, dejaban translucir los terribles suplicios. Eran los pecadores, los que habían osado profanar a la Santa Iglesia, y para aquel

sacrilegio no había otro fin, más que arder por toda la eternidad en los fuegos del infierno.

Detrás de aquel escalofriante cortejo, marchando al paso, una multitud de mendigos, prostitutas, niños y gitanos le seguía en silencio. Aquellos prisioneros de guerra, moros, judíos o presuntos herejes eran sacados para morir de las oscuras y húmedas mazmorras de los castillos del reino. Aquellos castillos donde la corte itinerante de Isabel de Castilla y Fernando de Aragón pasaba ciertas temporadas.

Sobre la llanura reseca, lejos de la

ciudad, se levantaban las piras y hacia allí se dirigía la lúgubre procesión. Cada condenado era atado a un palo con los ojos vendados y con las piras de leña humedecidas bajo sus pies. El verdugo encendía el fuego con una tea ardiente y en un instante las llamas comenzaban a devorar lentamente aquellos cuerpos flacos, mientras el eco agónico de sus gritos aturdía los oídos de Juana y el olor a carne quemada penetraba por su nariz, hasta descomponerle el estómago. Entonces, al borde del desmayo, se dejaba caer al piso de rodillas, implorando por aquellas almas desdichadas, pero sobre

todo, por el peso de aquellas muertes sobre el alma de su madre.

—No permitáis, Dios mío, que en Castilla se cometan muertes tan atroces. Perdonad a mi madre. ¡Perdonadla!

Su madre cuando la oía implorar de aquel modo, le respondía:

—El Santo Oficio es el Tribunal de Dios que castiga a quienes no aceptan los dogmas de la fe cristiana. Y yo, como reina de Castilla, estoy decidida a hacer de este reino, no solo un solar regido por la ley y la justicia, sino, sobre todo, por un solar cristiano.

Juana no terminaba de escuchar las palabras justificadoras de su madre,

pues siempre concluía tapándose sus oídos con las manos, actitud que exasperaba a la reina.

Con los años, aquellas visiones de horror fueron marcando a fuego el alma sensible de Juana, que no cesaba de implorar a Dios por la protección para su progenitora.

Todos los bienes de los condenados por la Inquisición eran confiscados pasando a las vacías arcas reales, ávidas de recaudar riquezas para preparar el golpe final sobre el reino infiel de Granada.

Desde el púlpito de cada iglesia los frailes dominicos predicaban contra la

herejía dictando los autos de fe. Era deber de todos los súbditos observar a sus vecinos e informar con toda celeridad a los inquisidores o a sus sirvientes si descubrían algún comportamiento sospechoso y, aquel que no lo hacía, también era considerado culpable. Todo sospechoso de la más leve falta debía ser delatado y llevado ante los tribunales del Santo Oficio para ser torturado hasta confesar sus culpas y las de su prójimo, aunque estas no fueran ciertas. Muchos llegaban a mentir para dejar de ser torturados, y otros eran castigados inocentemente por estar falsamente acusados. Los monjes

llegaron a instalarse sobre los tejados de sus conventos para observar, durante el sábado judío, las chimeneas de la ciudad. Aquel que no encendía fuego era sospechoso. Aquel de cuya chimenea no salía humo era llevado ante el tribunal. A aquel que no confesaba se le torturaba en la parrilla, en el potro o en el agua, o se le dislocaban sus miembros en la rueda. Así la víctima, bajo aquellas circunstancias, estaba dispuesta, no solo a reconocer sus propias faltas, sino también las de sus vecinos y, si estas no existían, llegaba hasta a inventarlas.

La Inquisición se había convertido en un poderoso resorte político y social

para salvaguardar la unidad de la fe y el absolutismo regio, eliminando toda disidencia. En realidad, la idea de «hereje» iba vinculada a la de «rebelde» en la mentalidad de las gentes del tribunal del Santo Oficio.

Lograr que los hijos de sus majestades permanecieran tranquilos, en tan trágicas y terribles circunstancias, se había convertido en el desvelo cotidiano de sus buenas doncellas. Los niños se aferraban patéticamente unos a otros en torno a estas mujeres, a quienes consideraban como sus segundas madres, pues el temor a ser separados y a quedar solos se hacía en ellos cada

vez más profundo.

—Temo más a la soledad que a la propia muerte —le manifestaba Juana a su doncella—. El estar aislada y sola es algo que no podría soportar jamás. Creo que antes me volvería loca.

—Mi niña, ¿por qué habláis así? Eres una infanta hermosa, con un gran futuro. No quiero veros triste —respondía la mujer para consolarla y le buscaba de inmediato algún entretenimiento para hacerla sonreír.

Juana sentía, en lo más profundo de su ser, el culpable deseo de ser amada y tenida en cuenta por su madre. Pero la reina, lejos de conocer las necesidades

afectivas de su hija, continuaba guerreando para consolidar la unión de todos sus reinos. Aquel sentimiento solo conseguía entristecer su noble corazón, al comprender que exigía demasiado, pues bien sabía al estudiar la vida de los santos que el verdadero amor es aquel que no pide nada a cambio. Pero ella no era una santa, aunque se empeñara por llegar a serlo.

La no correspondencia de aquel amor filial le llevó hacia sus más extremas y rigurosas consecuencias. Juana se sintió cada vez más indigna pues, por la necesidad de ser querida, comenzó a sentir en ella una verdadera

carencia provocada por una falta, por una imperfección del alma. Entonces, el natural deseo de ser amada se convirtió en culpa, la culpa en castigo y el castigo en dolor.

—Madre, quiero llegar a ser santa. Sé que no es fácil, que soy imperfecta, porque siento que no me basta solo con amaros, sino que a la vez necesito que me correspondáis. Muy pocos son los que trascienden esta limitación y esos pocos son los santos; y en el caso de los amores humanos, solo los heroicos y puros. Quiero ser heroica, pura, y aprender a amar, aunque no sea correspondida —imploró Juana.

Su voz resonó con fuerza en aquel atardecer de abril, cuando el aire cargado de aromas campesinos se volcaba sobre el jardín castellano de Segovia. Era uno de aquellos escasos momentos durante el transcurso de su infancia que compartía con la reina, su madre.

—Juana, mi hija muy amada, debéis saber que el amor es una actividad solitaria y un proceso de purificación de nuestra natural imperfección. Si os habéis propuesto seguir el camino de la santidad, debo deciros que os felicito y que me siento orgullosa. Pero también tengo el deber de aconsejaros y

advertiros de que habéis elegido el camino más difícil de una existencia humana. La imagen perseguida y siempre esquiva de la santidad, recién cobrará forma en vuestra alma cuando logréis comprender el misticismo del amor santificado por la no correspondencia. Más tarde, con las piezas de este rompecabezas, que estoy segura os hará ganar el cielo apetecido, iréis formando a costa de sacrificios y resignaciones las figuras de la soledad, de la autosuficiencia y, por último, la de la libertad de tu espíritu. Estas son las tres etapas del duro camino hacia la realización íntima del alma. En cuanto al

amor que me reclamais, debéis saber, hija mía, que todo cuanto vuestro padre y yo estamos haciendo es solo por vosotros. Por lo tanto os pido seáis más justa y comprensiva respecto al escaso tiempo que ambas podemos compartir y, aunque mi deseo es estar la mayor parte de las horas con vosotros, mi deber es dedicarlas a la dirección del reino.

Juana guardó silencio. Sentía que su madre era como una muralla de piedras, contra la que nada se podía hacer.

A la madrugada siguiente, la reina partió hacia Toledo.

El tiempo continuó su curso inexorablemente y Juana volvió a sentir

dentro de su alma que se quedaba sola. Como siempre.

Durante el año transcurrido entre 1490 y 1491 los sueños dinásticos de Isabel y Fernando parecían haberse hecho realidad. Estaban a punto de concluir aquella partida de ajedrez imaginaria que habían iniciado en 1479, al nacer Juana, con un jaque mate al futuro emperador del Sacro Imperio Romano Germánico. Aquel año se concretaba la alianza matrimonial entre Margarita de Austria (la única hija mujer de Maximiliano I) y el príncipe Juan (el único hijo varón de Fernando e Isabel). La princesa había sido

desposada con Carlos VIII de Francia, pero el matrimonio nunca llegó a consumarse, porque el rey de Francia abandonó el compromiso desposándose con la duquesa Ana de Bretaña, viuda del rey Luis XI. Los reyes de España, enterados de la ruptura de aquel compromiso, no se hicieron esperar y, ese mismo año, solicitaron la mano de la hermosa princesa austríaca, despreciada por el monarca francés y esperada por el príncipe de Asturias.

Los finales del año 1491 trajeron para la vida de Juana, y de España, cambios difíciles y notables. La infanta había cumplido doce años y con aquel

cumpleaños se terminaban, también, la infancia y la libertad de las que había gozado y compartido, hasta entonces, con sus hermanos menores. En aquel cumpleaños, Beatriz Galindo, la Latina, le había obsequiado un libro que se titulaba: *Visión deleitable de la filosofía y las artes liberales*. Juana ya estaba madurando y era hora de que comenzara a leer aquellas obras que le abrirían el espíritu y el alma hacia una visión más amplia de la vida. Con aquel cumpleaños, la niñez de la infanta llegaba a su fin. De allí en adelante, recordaría siempre sus juegos y sus aventuras que solo vivirían en su

memoria y recuerdos, como aquella vez, cuando tenía diez años, y al cruzar el río Tajo con su cortejo, su mula resbaló y Juana cayó al agua helada. Había desaparecido de la superficie y todos gritaban temiendo por su vida, pero cuando su nodriza y sus doncellas se habían tirado al río para buscarla, Juana emergió del agua tomada de las orejas del animal, entre el miedo, los gritos y el asombro de sus doncellas. Nunca más volvería a corretear por los corredores de los castillos escondiéndose por sorpresa detrás de las columnas que sostenían los anchos arcos ojivales de sus galerías. Extrañaría no volver a

vendarse los ojos con un paño negro para jugar a la gallina ciega entre los naranjos y limoneros del patio. Tampoco podría entretenerse, durante los largos inviernos, horas enteras frente al tablero de ajedrez, ni podría volver a cabalgar libremente seguida de sus pequeños pajes, por las mesetas de Segovia o de Toledo, mientras el viento juguetón le arrancaba antojadizamente sus tocados dejando sus largos cabellos en libertad. No volvería a lanzar la flecha de su ballesta, a la que siempre acertaba en el blanco, ni podría disponer del tiempo sin tiempo para mojar sus manos o sus pies en la vieja fuente de piedras del

jardín de la reina. No volvería a atrapar las mariposas dentro de su tocado en los frescos y espesos bosques de encinas y se terminarían para siempre los cuentos de brujas y de hadas que su nodriza le contaba y que le producían una impresión deliciosa de terror. Jamás le estaría permitido volver a dar los paseos en aquellas mañanas calurosas de verano junto a sus hermanos, cuando bajo los castaños de apretada sombra entretejían guirnaldas con las que adornaban sus cabezas. Todo terminaría de repente. Abrupta y dolorosamente.

De ahora en adelante, al convertirse en mujercita, sería recluida dentro del

castillo donde tendría sus propios aposentos, de conformidad con la costumbre de rigor en Castilla. Los reyes redoblarían sobre ella la vigilancia y la educación, intensificando el estudio, la lectura y las labores, prohibiéndosele las charlas acostumbradas con sus hermanos, capaces de banales distracciones.

Piedad, pudor y honor eran las tres palabras claves que resumían el comportamiento ideal para una infanta de España, nacida para reinar sobre algún confín de la tierra. Las angostas y altas ventanas de los castillos constituirían de ahora en adelante la

gran diversión y también la gran tentación para una Juana ávida de conocer más allá de los gruesos muros y los profundos fosos de las fortalezas reales. La Iglesia se convertiría en un espacio privilegiado cuando llegara la Cuaresma, o la celebración de Corpus Christi, donde sacaban el Santísimo en procesión y desfilaban las hermandades de caballeros y las cofradías, o la festividad de la Asunción, o las ferias de agosto en honor de la Virgen del Sagrario, o las festividades de san Isidro, donde la Familia real concurría en pleno. Permanentemente, las infantas eran escudriñadas por doncellas y pajes

a los efectos de que no tuvieran ocasiones de arriesgar o cruzar una mirada con algún joven noble desconocido, o guardarse de sonreír en exceso. Tanto educadores como confesores impartían por aquellos días una estricta disciplina basada, primeramente, en el control de la mirada.

—Volved vuestros ojos a Dios, abridlos al cielo y a los bosques, a las flores y a todas las maravillas de la creación; pero, en cambio, bajadlos en todos aquellos lugares en que exista ocasión de pecado —le aconsejaban sus preceptores.

—Una verdadera infanta debe apartar los ojos de todo lo que pueda perturbarla, comenzando por las pinturas. Debéis tener cuidado también con los ojos de los demás, porque vuestra curiosidad puede resultar corruptora para vuestras buenas obras y para vos misma. Guardad cuidadosamente vuestra lengua para no ofender a Dios y reprended con toda energía el pecado de hablar en exceso y las palabras ociosas. En cuanto a las mismas palabras honestas, no usaréis de ellas sino con discreción. Controlar las propias palabras quiere decir también controlar la risa, los gestos y los juegos,

cuyo exceso es pecado.

—El camino de la perfección que la Iglesia propone tiene como finalidad esencial la profundización, en soledad, de vuestra devoción interior a Dios y a la Santísima Virgen. Una vez amordazados todos los sentidos, la soledad interior aparece siempre en vuestras habitaciones, en los salones, en los paseos. La verdadera devoción os alejará del mundo y os acercará a Dios.

Controlar la mirada, la palabra y la sonrisa y, sobre todo, guardar silencio, era el mandato para ser una buena infanta de España. Una princesa atenta escuchaba aquellos consejos y los

aceptaba con docilidad. Sin embargo, en las calurosas tardes del verano castellano, en el silencio letal de la siesta, y burlando la vigilancia de su soñolienta doncella, Juana escapaba sigilosa, envuelta en su fresco sayal, corriendo descalza y en puntillas por los silenciosos claustros del alcázar. Escaleras arriba subía hasta el salón de las lecturas encerrándose en él. Aquel lugar le atraía demasiado, pues solo la biblioteca personal de su madre estaba compuesta de doscientos un volúmenes, a los que se le sumaban los libros que pertenecían a la biblioteca del castillo. Sentada en la cómoda poltrona de la

reina, y envuelta en aquella agradable penumbra, se deleitaba en esa recomendada soledad con las lecturas épicas o con aquellos libros religiosos de imágenes pintadas en oro, púrpura y añil. Miraba asombrada las escenas de los *Evangelios del Monje Ottfried*, impresos en hojas tan finas como los pétalos de un lirio. Releía más de una vez la anónima *Epopeya Heliand* sobre la vida del Salvador, y la vida de Santa María Egipcíaca, el *Libro de los Tres reyes de Oriente*, el *Libro de Apolonio*, o la *Crónica de los emperadores*. La lectura le apasionaba pero, entre todos aquellos tesoros literarios prolijamente

alistados en los inmensos estantes, había uno que la desvelaba de sus siestas, y ese era el *Libro de Gudrun*. Sus centenares de páginas elogiaban la firmeza de su heroína, con la que se sentía totalmente identificada, pues aquella doncella era raptada por el valiente y apuesto Hartmut de Normandía. Entonces, Juana soñaba con un príncipe igual de heroico, arrogante y apuesto. Y, cuando se acercaba la hora en que el castillo volvía a despertar, marcaba la página con una rosa (la que con el tiempo había llegado a marchitarse, perfumando intensamente las finas hojas del libro) y corría

nuevamente a encerrarse en sus
aposentos.

Rendición de Granada

Al concluir 1491, Boabdil, el último de los reyes moros, llamado también el Desventuradillo o el *Zogoibi* («el pobrecito infeliz»), había sido capturado por los ejércitos reales españoles y, sin esperanzas de auxilio y acosado por el hambre, había capitulado, siendo forzado a arrodillarse ante el rey Fernando II de Aragón y V de Castilla.

En el salón de los Embajadores de la magnífica Alhambra (que debía su

nombre al color de sus muros, Al Hamra, La Roja), negoció su rendición: treinta mil piezas de oro y un principado en las Alpujarras, que sería un protectorado de la corona de Castilla en la costa sur de España, a cambio del reino de Granada.

El último territorio ocupado por los moros no era muy grande en verdad, pero sí muy rico y poderoso. De clima suave, fértiles campos, vinos deliciosos y frutos y especies en abundancia que se vendían a buen precio en los puertos del Mediterráneo. En estas comarcas afortunadas, la antigua y noble civilización musulmana había

conservado su prestigio y un elevado nivel cultural, superior a Castilla y Aragón. La tradición reconquistadora, la necesidad de dar cauce a las energías de la nobleza y ganar las tierras a los mahometanos, que amenazaban con convertir el Mediterráneo en un lago privado, y el completar una obra de siglos para la unificación, habían impulsado a Isabel y a Fernando a tan heroica hazaña. A tal efecto, les sirvió de pretexto para reiniciar la guerra la negativa de los soberanos granadinos a pagar los tributos a los reyes castellanos (que desde el reinado de Enrique IV habían dejado de hacer) y la toma por

sorpresa de la plaza de Zahara, en 1481, por parte de los musulmanes, rompiendo una tregua establecida entre ambos bandos. En realidad, dicha tregua había sido violada antes por los propios cristianos en las cercanías de Ronda.

—... Decid a la reina y al rey de Castilla que en Granada no batimos oro, sino acero... que los reyes de Granada que pagaban tributo han muerto y que en este reino no se fabrican ya para los cristianos más que hierros y hojas de cimitarra contra nuestros enemigos — había sentenciado el rey Abulhasán (Muley Hacén), padre de Boabdil, a don Juan de Vera, embajador del rey

Fernando, que había sido enviado a Granada.

—Uno a uno he de sacar los granos a esa Granada —respondió el rey— y... recogeremos esta Granada, semilla por semilla —había acotado la reina.

El asedio a la deseada Granada, una ciudad cercana a los cincuenta mil habitantes, había comenzado en abril de 1490. Poco a poco, el cerco se había ido cerrando sobre aquella dulce fruta apetecida y un año más tarde, el 25 de abril de 1491, se levantaba altivo el campamento de los ejércitos de sus reales majestades a las órdenes de don Rodrigo Ponce de León. De un trazado

perfecto, con calles perpendiculares que lo recorrían de norte a sur, agrupaba, por orden, una región de pabellones amplios a cuyo alrededor se levantaban los cobertizos y chozas. Un poco más alejadas de todas las fortificaciones se habían construido las defensas, los fosos profundos, las empalizadas, cordones de piedras y mampostería, retenes de agua y todo cuanto pudiera servir para forzar la desesperada acción de los ejércitos moros. En el centro, como un bastión glorioso, la torre de guardia, hecha en madera, se erguía majestuosa como un paradigma de la gloria venidera.

Durante la primera quincena de julio

de 1491, la reina Isabel y sus hijos se habían instalado en el campamento granadino. Juana miraba asombrada a los ejércitos reales, que iban y venían con sus vistosos estandartes, campanillas de plata y cintas de colores y deseaba con toda su alma que su madre pudiera recuperar cuanto antes aquella fruta perdida. Pero el destino de Granada no era fácil y estaba marcado a fuego. Mediaba el mes de julio cuando la noche entera se transformó en una inmensa hoguera. El resplandor era tan intenso que a lo lejos parecía el sol asomando sobre el oriente. Era el día 14 de julio y, mientras los infantes dormían

y la reina rezaba las horas canónicas bajo la luz de las velas en su tienda de campaña, el fuego se adueñó del campamento cristiano. Nunca se supo a ciencia cierta si fueron las velas de los candeleros de la reina, el descuido de alguna de sus doncellas, o si fue (como dice la leyenda) una mora enamorada de un cristiano que apareció muerto en una situación sospechosa y, para vengar la muerte de su enamorado, le prendió fuego al campamento. Lo cierto es que Isabel y sus hijos se salvaron por milagro. La reina, advertida de la tragedia, lo primero que hizo fue despertar a sus hijos, que se encontraban

en la tienda contigua, y se los llevó deprisa, en medio de las llamas y el humo, que se esparcía con la velocidad del viento a lo alto de una colina. Juana, aferrada a su madre, lloraba por no poder respirar, mientras Isabel, presurosa, la ponía a resguardo y la consolaba. Desde aquella altura, la vega parecía un volcán refulgente. Las lenguas de fuego se elevaban varios metros sobre las cabezas de los acampados transformando aquel solar en un verdadero infierno. Todos corrían para poder salvarse y defender sus posiciones, pues esta situación era propicia para que se produjeran los

ataques enemigos. Todos los sacrificios y el tiempo dedicado a levantar aquel campamento habían desaparecido en pocos minutos, consumidos por las llamas, envueltos en columnas de humo y de cenizas. Juana jamás pudo olvidar aquella noche horrible, cuando veía correr como teas ardientes a los soldados, para luego caer calcinados a la vera del río.

Apagado el fuego y enterrados los muertos, la reina no se dio por vencida, ni aún vencida, y ordenó la construcción de una ciudad fortaleza (Santa Fe) situada a mil metros más al oeste del campamento desaparecido. Dos

ejércitos trabajaron en ella: el ejército de las armas y el de la construcción. Santa Fe se transformó en la fortificación para el acoso y la conquista definitiva de Granada. Su fruta soñada.

El 25 de noviembre, Boabdil se vio obligado a pactar y entregar la ciudad. En las Capitulaciones de Granada, el rey moro había acordado con los Reyes Católicos entregar la ciudad el 6 de enero de 1492, día de Epifanía.

Apenas iniciado el mes de enero de 1492 había sucedido lo mejor. La guerra civil, animada por los propios reyes y promovida por las rivalidades entre los reyes nazaríes Abulhasán, su hijo

Boabdil y el tío de este, Abdallah, el Zagal, llamado el Valiente, había concluido. Los tres soberanos aspiraban al poder en el reino granadino y sus discordias promovieron que este quedara finalmente en las manos de Isabel de Castilla y Fernando de Aragón.

Como todos esperaban, los reyes culminaron la unificación de sus reinos con la conquista de estas tierras. La romántica Granada, coronada por las rojizas torres de su magnífica fortaleza y encerrada entre las mil treinta torres y los siete portales de sus inexpugnables murallas, les pertenecía.

Aquellos muros de piedras guardaban celosamente todo el esplendor oriental de un paraíso terrenal en el que había reinado, durante siete siglos, el último baluarte árabe.

En la confluencia del Darro y el Genil, se levantó desafiante y orgullosa la recién fundada ciudad de Santa Fe. La ciudad de la reina. Dueños absolutos de Granada, los monarcas sentían un gran aprecio por aquella ciudad de especial encanto, ganada con su propio esfuerzo. Hasta allí había llegado Juana, nuevamente, acompañada de sus dos hermanos mayores.

—Madre —le había suplicado—

dejadme ir con vosotros. No quiero permanecer al margen de esta magnífica historia que inauguráis con la unificación.

La reina se había rehusado pero, ante las reiteradas súplicas de Juana, aceptó que los acompañara. Así, la que nunca se dejaba vencer había sido vencida por cansancio.

Cuando los últimos rayos de sol del primer día del mes de enero se fueron apagando, cientos de antorchas resinosas fueron encendidas en medio de la oscuridad. El resplandor del fuego realzaba la magnificencia sin igual de las blancas tiendas de campaña y por la

puerta de Elvira, una de las más históricas de la Granada árabe, los soldados de la guardia real iban y venían sin cesar. Por los empedrados callejones las sombras de las casas fueron borrando la luz del sol mucho antes de que anocheciera y el frío viento serpenteaba por aquellos estrechos laberintos intensificando su rigor. Todos los habitantes se aprestaban a celebrar, en las primeras horas del día siguiente, uno de los actos más trascendentes de la historia española, cerrándose así una puerta abierta setecientos años atrás, desde la costa africana del Mediterráneo. La ceremonia de

rendición había sido adelantada para ese día por petición del rey Boabdil, pues los musulmanes que rechazaban el acuerdo habían creado tumultos y confusión. El rey nazarí temió por la vida de los quinientos rehenes que había entregado y, aunque las condiciones estipuladas contemplaban el perdón de todos los musulmanes, el respeto a sus propiedades y leyes, la libertad de culto y el uso de la lengua, pensó que ningún pacto era seguro, porque podía no cumplirse o romperse con gran facilidad.

La mañana del 2 de enero amaneció fría, pero con un sol que se insinuaba

esplendoroso, el cual, apenas se levantara, comenzaría a entibiar el aire. A lo lejos, presidiendo el paisaje, Sierra Nevada coronaba con sus imponentes penachos blancos aquel espectáculo sin igual.

Al alba, en la ciudad en cruz de Isabel, Santa Fe, la alegría reinaba por doquier. El cardenal Mendoza, rodeado de las tropas cristianas, fue el primero en entrar a la ciudad de Granada para ir a ocupar la Alhambra y comenzar así con los preparativos de la llegada de los soberanos.

Desde temprano se fueron aprestando caballos y jinetes y, cuando

las campanas llamaron a tercia, los soldados del ejército real salieron de sus tiendas, vistosos y ricamente ataviados. Llevaban cintas rojas atadas a los escudos y estandartes cruzados, mientras el tintinear de pequeñas campanillas de plata resonaba en la límpida atmósfera. Encabezaban la marcha las ondulantes banderas de todos los reinos españoles, mientras a lo lejos se oían resonar las trompetas de la caballería.

La reina Isabel cabalgaba feliz y serena sobre un caballo blanco, que lucía la insignia de Castilla en la testera protectora, mientras la gualdrapa

parecía barrer el suelo al avanzar majestuosa. La bandera real de los reinos unificados, color carmesí con una banda de oro, rematada por cabezas de serpientes, flameaba en la mano de su escudero, que la seguía a pocos pasos. Ataviada con un vestido de terciopelo genovés color celeste pálido, adornado con mil perlas, llevaba sobre su espalda una larga capa azul bordada con guardas de oro y una sobre capa de pieles blancas que solo le cubría los hombros. Sus cabellos iban recogidos bajo un velo de muselina blanco al que sujetaba la sólida corona de oro del reino de Castilla. A su lado, en un brioso alazán,

cabalgaba el rey Fernando, ataviado con un jubón de lama de oro, manto carmesí y medias al tono, luciendo sobre su cabeza la sobria corona de oro de rey aragonés. Detrás de los soberanos cabalgaba Juan de Aragón, príncipe de Asturias, de tan solo trece años, vestido de caballero, título que le había sido conferido en la primavera de 1491.

Detrás del heredero venían sus dos hermanas, Isabel de Aragón, pálida y rubia, ataviada con un vestido color bordó y, a su lado, Juana de Castilla, tercera infanta de España.

Con sus escasos doce años, Juana tenía el porte de una bellísima princesa.

Su vestido azul oscuro, tan oscuro como la noche granadina, hacía resaltar el trenzado de sus cabellos realizado con delgados hilos de oro. Un cuello de encaje inmaculadamente blanco destacaba su rostro de finos rasgos.

Con la mirada siempre puesta sobre la hermosa ciudad morisca que se levantaba frente a ellos, Juana se dirigió a su padre:

—Decidme, padre mío, si lo que estoy viviendo en este día es real o es solo obra de mi imaginación. Siento como si estuviera dentro de uno de esos cuentos con final feliz que cuando niña solía contarme mi nodriza.

Fernando detuvo su corcel y, mirando a Juana, le sonrió y le dijo:

—Escuchad, hija, Granada aparece ante nosotros como una fantasía, una ilusión, aquella que por diez largos años vuestra madre y yo acariciamos. Pero es tan real y tan palpable como nosotros mismos. Esta ciudad que veis, maravillosa y altiva, representó antiguamente, no un imperio dominador y poderoso como lo fue el de Córdoba, sino un reino reducido e impotente, tributario del de Castilla desde su misma fundación. Un reino plantado a orillas de un glorioso pasado, que consciente de su propia indigencia,

buscó apoyo en la amistad con sus enemigos, y refugio y consuelo en el arte y la poesía. Pero, sobre todo, y a pesar nuestro, quiero que sepáis, Juana, que fue un reino que supo construir historia. Una historia que seguirá latiendo por siempre en el corazón de este pueblo. Por todo esto es que hoy Granada os parece irreal.

—Así la siento padre. La siento como si fuera un sueño. Es como si en estos instantes la historia se hubiera detenido, pero a la vez siguiera viva y palpitante. Es una sensación rara y a la vez maravillosa.

La reina Isabel les estaba mirando.

Ella nunca había demostrado una especial predilección por un hijo sobre los demás, pero estaba casi convencida que Fernando prefería a Juana sobre todos los otros. Simplemente porque Juana se parecía extraordinariamente a su madre, la reina de Aragón y de Navarra, Juana Enríquez. Y al verles cabalgar juntos, no le quedaban dudas. Mientras Fernando y Juana avanzaban ágiles por el camino, tras ellos marchaba el ejército castellano con sus pesadas armaduras, moviéndose con gran lentitud, obstaculizados por las vistosas gualdrapas y enarbolando en lo alto su bandera carmesí cuartelada con

los blasones de los reinos.

La mañana que recién comenzaba era una campanada de gloria también para el clero, porque anunciaba el total restablecimiento de la civilización cristiana en aquellos reinos, tan largamente dominados por los infieles.

Pero no era el deseo de vengar el tiempo de dominación musulmana lo que la reina llevaba aquel día en su mente, sino algo mucho más honorable. Isabel amaba el poder y lo deseaba para Castilla. Pero lo que más anhelaba era apretar entre sus manos la llave de aquella ciudad por la que tanta sangre había corrido. Aquella por la que había

sacrificado sus mejores años de juventud, resignando hijos y comodidades, dejando de pertenecerse a sí misma para entregarse sin condiciones al servicio de su reino.

Desde el inicio de la reconquista había tenido siempre presente la enorme responsabilidad de convertir a España en el reino más grande y glorioso que haya conocido la humanidad. Por vencedora, y por ser dueña absoluta de sus dominios, un solo pensamiento parecía guiarla en ese día: que aquella ruina humana llamada Boabdil, otrora el poderoso rey nazarí, que resistiera con valentía negándose a morir,

desapareciera cuanto antes de su vista.

La reina cabalgaba absorta en estos pensamientos cuando llegaron ante las puertas de la Alhambra. Una larga fila de alabarderos escoltaba su marcha al mismo momento en que resonaba un floreo de trompetas y dos ujieres con varas blancas caminaban seguidos a caballo por el último rey de los moros. Sobre un corcel negro, ricamente ataviado en colores dorados y esmeraldas, rodeado de cincuenta nobles moriscos, Boabdil portaba entre sus manos un almohadón carmesí, donde se hallaba depositada la ansiada llave de oro de Granada, su paraíso perdido.

El *haik* blanco flotaba sobre sus hombros al trotar, mientras sus ojos, con tristeza infinita, parecían mirar sin ver absolutamente nada.

Al llegar frente a los soberanos españoles dirigió hacia ellos una mirada de melancolía, mezclada con el rencor y la nostalgia de quien siente todos sus sueños truncados, y se quiso apejar del caballo para besar la mano del rey, pero Fernando de Aragón no le consintió que desmontara ni que le besara la mano, entonces el rey moro le besó en el brazo y le dijo: «Tomad, señor, las llaves del que es vuestro reino, que yo y todos los que estamos dentro somos vuestros. Que

Dios os haga en él más venturoso que a mí».

El rey Fernando recibió las llaves y se las entregó a la reina, la reina las pasó a manos del príncipe Juan, quien a su vez se las alcanzó a don Iñigo López de Mendoza, conde de Tendilla, el cual, con el duque de Escalona, el marqués de Villena y otros caballeros, con tres mil caballos y dos mil soldados reales, enviaron entrar en la Alhambra. Con el orgullo inocultable de ser los vencedores se apoderaron de la fortaleza, e izaron en sus almenas el estandarte de la cruz y los pendones de Santiago y de Castilla.

Boabdil miró por última vez a la reina y, como queriendo cumplir con ella hasta en su último deseo, espoleó su corcel negro e indicó a quienes le acompañaban que lo siguieran. Su caballo partió raudo, sin detenerse, hasta llegar a la cima de la Colina de Padul, desde donde observó por última vez Granada. No pudiendo contener la emoción que lo embargaba, lloró lastimosamente. Viéndole así, su madre, la sultana Aixa, la primera esposa del sultán Muley Abul Hassan, que iba en la comitiva, le consoló con ironía:

—Hacéis bien en llorar como mujer lo que como hombre no supisteis

defender.

El rey moro enjugó sus lágrimas y se abrazó a su madre, quien le acarició los cabellos. Y no pudiendo contener tanta tristeza rompió a llorar desconsoladamente. Así dejó aquellas tierras, sin verlas más que borrosas a través de sus lágrimas.

Desde muy temprano, todos los caminos que conducían a Granada, y muy especialmente los que llevaban a la Alhambra, fueron rociados con agua bendita para ser purificados de la contaminación musulmana. El sol parecía una bola de fuego suspendida en el cenit. Sus destellos dorados y rojos

semejaban el color de las granadas maduras y un cielo transparente, festoneado de nubes blancas, enmarcó el momento sublime de la entrada triunfal de los reyes. A partir de aquel día, la Alhambra se transformaría en su residencia temporal.

El palacio árabe medieval más impresionante y magnífico que jamás haya existido se levantaba altivo sobre la colina, esperando a sus nuevos moradores.

El séquito real apresuró su marcha hasta llegar al frondoso bosque que envolvía, como en un halo de misterio, la fortaleza y traspasó la puerta de la

Justicia. Aquel portal había sido construido por Yusuf I, de la dinastía nazarí, entre los años 1333 y 1353, y tenía una especial magnificencia. Su entrada estaba formada por dos arcos en herradura en cuyas claves aparecían una mano y una llave. La mano, especie de talismán árabe, era el símbolo de la consagración de la ciudad a Alá y de la aceptación de los cinco preceptos del Corán; y la llave representaba la entrada del Paraíso que Alá concedió a Mahoma. Sobre uno de los arcos, los reyes se detuvieron para hacer colocar una imagen de la Virgen y el Niño.

La marcha prosiguió hasta la

Alcazaba, la parte más antigua de la Alhambra, defendida por altas torres de gran valor estratégico y sobre la torre de la Vela hicieron izar las banderas de Castilla y Aragón.

Juana, absorta, contemplaba las torres Bermejas y parte de la ciudad que se extendía más abajo.

Lentamente, y como queriendo gozar de cada instante único e irrepetible, prosiguieron hasta llegar al palacio de Comares, donde sería celebrada la fiesta de la reconquista. Sin duda, era el más suntuoso de la Alhambra. Con una riqueza indescriptible en su fachada, estaba coronado por un alero de mayor

valor ornamental, abriéndose en el centro el patio de los Arrayanes, con su extenso y bello estanque dominado por la torre de Comares. Aquel lujo oriental no solo se exhibía dentro de los salones, sino también en los jardines de flores y frutos perpetuos que perfumaban el aire y en las fuentes cantarinas que refrescaban y mostraban un total y perfecto manejo del agua.

«La vista confunde lo líquido y lo sólido, el agua y el mármol, y no sabemos cuál de los dos es el que se desliza», habían sido las palabras del poeta nazarí del siglo XIV, Ibn Zamrak, al definir la esencia misma de la

Alhambra.

Aquella decoración hipnótica había deslumbrado a Juana e impactado sus sentidos. Alfombras, doseles, estrados, tapices, armas y perfumes formaban una conjunción suntuosa, junto a toda la nobleza española envuelta en los más exquisitos trajes. El salón lucía majestuoso. Cuando los soberanos se hubieron sentado en la mesa principal, las damas y caballeros de la corte se fueron ubicando frente a las largas mesas y, cuando las trompetas sonaron imponentes, comenzaron los festejos por la reconquista de la corona española.

Los reyes, felices, anunciaron:

«(para que) nos dé ocasión para poner en obra muy prestamente lo que teníamos en pensamiento hacer...», entre los aplausos de júbilo y, unos minutos después, el gran senescal apareció en el umbral del luminoso pórtico. Haciendo una señal abrió el paso a una interminable fila de sirvientes que entró de inmediato portando sobre sus hombros inmensas fuentes repletas de tiernos y dorados corderos manchegos, sabrosas truchas del Tormes y apetitosos pavos asados. El vino desbordó las copas y después de las bendiciones se inició el banquete.

Al llegar a los postres, montañas de

turrone de miel, yemas y almendras invadieron las mesas, acompañados por un buen jerez de Sanlúcar de Barrameda, mientras todos reían y participaban animadamente de la fiesta de la reconquista. Sobre la media tarde se dio inicio a uno de aquellos pintorescos espectáculos de entretenimientos. Llegaron los juglares con su música y, con ellos, dos nobles vestidos de árabes, con sus largos ropajes brillantes y las cabezas cubiertas por turbantes de terciopelo carmesí, rodeados de grandes rollos dorados. Un poco después les siguieron otros dos, con los rostros pintados de

negro, a la usanza morisca, y largas batas de raso amarillo. Después del teatro, comenzó el baile.

Juana se hallaba sentada entre su padre y su hermano contemplando extasiada el deslumbrante colorido. Aquel espectáculo resultaba para ella algo demasiado atractivo y sus ojos, acostumbrados a los trajes austeros de una rígida corte castellana, no dejaban de mirar con asombro.

Los festejos concluyeron al dar las vísperas. Cansada, por el día tan agotador como alegre, fue conducida por su doncella hacia los nuevos aposentos que le habían destinado en el palacio de

los Leones. Atravesó el patio en silencio mientras contemplaba uno de los lugares más deliciosos de la Alhambra. Sus ciento veinticuatro columnas, con sus correspondientes arcos, semejaban un nutrido bosque de palmeras en cuyo centro, como en un oasis, se levantaba imponente una fuente con doce leones. Aplacados los acordes de la fiesta, solo llegaba hasta sus oídos el rumor del agua que parecía rimar con la esbeltez de las columnas, con el verde fresco de los limoneros y con la postura hierática de los felinos. Aquel sonido suave pero monótono le acompañó hasta la intimidad de sus habitaciones y, con

aquel murmullo que parecía acunarla, se durmió enseguida.

A pesar del cansancio, sobre la medianoche se sintió sacudida de su pesado sueño. Entreabriendo los ojos en medio de la penumbra que la rodeaba, permaneció inmóvil, tratando de recordar dónde se hallaba. La tenue luz de la luna se filtraba suavemente a través de las celosías, bañando todo con ese tono propio de total recogimiento.

Agudizó aún más su vista y fue entonces cuando resaltaron las inscripciones de las paredes con sus adornos vegetales. De pronto recordó todo. Encendió una vela y observó más

claramente aquellas escrituras árabes, cúfica y nasji, de una elegancia especial y de rasgos voluptuosos e indescifrables. Aquellos jeroglíficos eran inscripciones embellecidas por el dorado y el color. La bóveda del techo había sido labrada íntegramente en infinidad de hojas copiadas de los follajes de los jardines y elaboradas, según la tradición, con una mezcla muy trabajada de yeso, cáscaras de huevos, aceites y almendras.

De pronto, una sensación extraña invadió su cuerpo. Aquella fortaleza tan extraordinariamente grande, capaz de albergar hasta un ejército de cuarenta

mil hombres, parecía hallarse presa de un secreto sortilegio. Sortilegio del cual no lograría desprenderse jamás, permaneciendo en el tiempo como una posesión fantasmal y perpetua de los reyes moros.

Decir Alhambra significaría decir por siempre: presencia árabe. Un enclave musulmán en una tierra fanáticamente cristiana, que valiente y dignamente habían conquistado y por la que habían luchado y muerto, defendiendo su gran ideal.

Las sombras de aquellos seguirían rondando eternamente dentro de esos muros, cual prisioneras del inagotable

deseo de permanecer allí como dueñas absolutas.

—Qué extraño —se dijo Juana en voz muy baja—, cada vez que pienso en alguien o en algo, aparece en mi mente la idea obsesiva de la eternidad. De ese tiempo infinito sin principio ni fin. Tal vez porque ella significa la mediación entre dos mundos, el espiritual y el real. Como en los sentimientos, donde existe una atracción magnética que no solo une a los cuerpos con las almas, sino con nuestros propios espíritus. ¡Qué extraño!

Quizá fue aquella búsqueda inconsciente y obsesiva dentro de su mente lo que le hizo estremecer.

Se levantó de la cama y sin hacer ruido se acercó a la puerta de la habitación contigua. La abrió suavemente y vio que su doncella dormía con total placidez. Entonces, colocándose una capa de lana sobre su largo camisón, se calzó unas gruesas medias para que nadie escuchara sus pasos y, tomando una vela, se encaminó hacia la puerta. Conteniendo la respiración para no ser oída, observó si algún guardia rondaba por las espaciosas galerías del palacio. Todos dormían vencidos por el cansancio. Presurosa cruzó frente a la puerta de la sala de los Abencerrajes; entonces,

sobre su espalda sintió la sensación del aliento helado de aquellas almas, trágicamente decapitadas, por sospechas de traición, en manos del rey Abulhasán. Se estremeció. ¿Acaso la muerte le estaba siguiendo?

Aceleró sus pasos pero, al pasar frente a la fuente, la tenue luz de la vela iluminó pobremente el fondo y el agua hizo resaltar unas macabras manchas rojas.

Sintió miedo. Una fuerza magnética la atraía. Miró hacia el otro extremo del patio, donde se levantaba la sala de los Reyes, y escuchó unos pasos que se acercaban. Apagó la vela y corrió a

refugiarse tras el marco de una puerta. El centinela de guardia continuó su ronda y Juana, abriendo la puerta con cuidado, se escondió dentro de la sala de Dos Hermanas. La blanca luz de la luna reflejó la imponente cúpula de mocárabes, produciéndole una sensación de especial encanto.

En puntillas, y tal como había llegado, se dirigió hacia el fondo del salón desde donde se abría el mirador de Lindaraja.

El palacio de los Leones se erigiría en el palacio de la intimidad y de los aposentos y vida familiar de los reyes. Carecía de toda proyección al exterior y

aquel era su único mirador. Juana se acercó sigilosa. Desde allí se abría una bella perspectiva del Albaicín y del Sacro Monte. Absorta, contempló la única vista de Granada que podía divisarse desde el palacio.

Algo relucía más que la propia luna, y le llamó la atención. Sobre uno de los minaretes brillaba una inmensa cruz de plata. Se persignó y comenzó a rezar en silencio, pero al volver la vista la cruz había desaparecido.

Entre sorprendida e incrédula dirigió su mirada hacia el Sacro Monte y allí vio plantadas otras cuatro cruces iguales a la anterior. Se refregó los ojos

con desconfianza, pero al mirar nuevamente en la misma dirección todo había desaparecido.

Con el corazón agitado desanduvo el mismo camino y volvió a acostarse sigilosamente.

Debió quedarse dormida con un sueño ligero porque la despertó, hacia el amanecer, el suave canto del mirlo que daba la bienvenida a los primeros rayos del sol. Sentía su cuerpo destemplado y dolorido tras el cansancio de una noche de desvelos, entonces saltó de la cama y se dirigió a su secreter en busca de un pequeño cofre de madera de sándalo. Lo abrió y sacó de él un punzante y viejo

cilicio. Desprendiendo su camisa, se lo colocó sobre la tersa piel de su cintura y, para que el dolor fuera más intenso, se acostó sobre las frías baldosas del piso. Los pinchos de hierro traspasaron su carne y, para darse ánimos y no claudicar, comenzó a rezar en voz alta.

Creía necesario prolongar aquella tortura por el bien de su alma, entonces comenzó a dar vueltas sobre sí misma para que el dolor se tornara más agudo.

Entraba el alba por el horizonte, disolviendo las sombras y derramando fulgores de oro sobre todas las cosas. De pronto, la puerta se abrió. La silueta de la reina se dibujó al trasluz,

inquisidora y oscura. Enmarcada en el claro resplandor que provenía de la galería se dirigió a Juana con severidad.

—¡Levantaos Juana, y responded si habéis dormido toda la noche sobre estas frías baldosas!

Observaba Juana asombrada la imagen de su madre sin escuchar su plática.

—Juana, ¿me habéis oído?

—Sí, madre, os he escuchado, y no he dormido en el suelo como tú presientes. Solo hago penitencia al alba, ¡porque anoche he tenido visiones!

—¿Qué visiones habéis tenido para que os torturéis de ese modo?

—He visto cruces cristianas reluciendo sobre las cúpulas y los montes de Granada.

—Debéis haberlo soñado.

—No, madre. Algo me despertó y me atrajo hasta el mirador de Lindaraja. De allí pude ver lo que os estoy relatando.

—Me sorprendéis, hija mía. Al alba he dado las órdenes al ejército para que reemplace las medialunas paganas por la santa cruz de Cristo. He dispuesto la fundación de tres iglesias en las principales mezquitas de la ciudad, que serán dedicadas a santa María de la Encarnación; al apóstol Santiago,

patrono de España; y a san Miguel. El cardenal Mendoza será el encargado de consagrarlas y dotarlas de cruces, vasos y ornamentos que yo habré de remitirle, porque los moros son los enemigos de nuestra fe católica y necesito recuperar los siete siglos perdidos de dominación musulmana.

—Tengo miedo, madre mía.

—¿A qué teméis Juana, si vuestras visiones son cristianas?

—No le temo a estas visiones.

—¿Entonces?

—Temo por las que vendrán, porque tal vez me anticipen los dolores de una vida para la cual no estoy preparada.

Madre, ¿habéis tenido vos alguna vez una visión?

La reina intuyó que aquella situación estaba tornándose demasiado complicada. Entonces, sentándose sobre la cama, invitó a Juana a hacer lo mismo.

—Hija querida, a lo largo de mi vida con frecuencia he tenido discernimientos e intuiciones que me han señalado el mejor camino a escoger. En aquellas ocasiones, sentía como la voz del mismo Dios que guiaba mis pasos. Pero visiones de las que vos me habláis, de las que han gozado los santos, no he tenido jamás.

—Es extraño. Lo que vos habéis ordenado hoy, yo lo he visto anoche ejecutado. Y mucho me temo que estas visiones anticipen a mis días dolores irremediabiles.

—No temáis Juana y escuchad mi consejo: acercaos con frecuencia al confesor y confiad en él vuestras angustias y desvelos. Nadie mejor que él para aconsejaros en nombre de Dios.

La reina se sintió turbada por aquella conversación y una sombra fugaz cruzó por su mente: ¿por qué le desvelaba tanto aquella hija si era la más sana, la más fuerte? Sin embargo, sentía que era la que más la necesitaba.

Juana, que la miraba, le sonrió.

—Madre, ¿en qué dirección vais?

—En dirección a vuestra alma,

Juana.

—No, madre. Quiero saber cuál es el itinerario de vuestras actividades.

—Voy al salón de los Embajadores.

Me espera una audiencia con un navegante genovés.

—Dejadme que os acompañe.

—Daos prisa entonces, porque se me hará tarde.

Ayudada por su doncella, la infanta se vistió con rapidez y partió junto a su madre por la galería del poniente. Después de algunos minutos, ambas

mujeres ingresaron a la sala de la Barca (nombre que provenía de la forma abarquillada de su bóveda), pero que, más bien, debía ser llamada sala de la Bendición o de la Bienvenida, ya que era la antesala de las audiencias reales.

Isabel I de Castilla avanzó majestuosa, ataviada con un austero vestido color escarlata. Llevaba el acostumbrado velo blanco sobre sus dorados cabellos y un broche de plata ceñía el plisado immaculado de un gran cuello.

Juana le seguía con pasos ligeros para no quedarse atrás. Su túnica gris oscura hacía resaltar aún más sus

profundos ojos verdes.

El salón de los Embajadores era un recinto amplio y uno de los más ricamente adornados de toda la Alhambra. Allí se encontraba el trono. Este salón había sido mudo testigo de uno de los momentos de mayor grandeza y de mayor desgracia del reino nazarí. Desde aquellos balcones, dominadores de la ciudad y de la vega, contempló Boabdil el cerco cada vez más estrecho de las tropas cristianas. Desde allí también había visto alzarse, en el corazón mismo de la vega, la ciudad cristiana que fundara la reina Isabel: Santa Fe, debiendo firmar el acta de

capitulación de su reino.

Isabel avanzó iluminada por la clara luz del día y con la secreta esperanza de que aquella no iba a ser una audiencia como las demás. En el salón del Trono le aguardaba el rey Fernando. Juana se sentó a los pies de los reyes y desde allí observó la audiencia con mucha atención.

Fue durante aquella entrevista que Isabel tuvo la impresión, única y definitiva, que bajo el carácter serio y reservado de aquel navegante extranjero se escondía un potencial de grandeza. Tenía ante sus ojos a un hombre plenamente fiable destinado a hacer

realidad todas las promesas latentes.

En su primera audiencia con los Reyes Católicos, acaecida en Córdoba en 1486, la proposición de aquel misterioso desconocido había resultado interesante. Pretendía ir a alta mar, cruzar el océano siguiendo la dirección del poniente y descubrir una nueva ruta que llegara hasta las tierras que Marco Polo describía en sus viajes: Cathay (China), Cipango (Japón) y las Indias, ricas en especias y tesoros. Su demanda era apoyada con un razonamiento inaudito, ya que, al igual que muchas personas cultas de la época, admitía la esfericidad de la Tierra. Y esto fue lo

que más deslumbró a la reina. Según sus propios fundamentos nadie podría realizar aquel descubrimiento. Solo él había sido elegido por Dios para llevarlo adelante y por tal motivo se hallaba dispuesto a entrar al servicio de los reyes de España.

Oídas sus explicaciones, los monarcas decidieron a su vez pasar aquellos proyectos a una comisión de estudios. De todos modos, por aquellos años nada podían hacer, dado que todos los recursos del reino estaban destinados a solventar los gastos de la guerra emprendida contra el reino granadino. Pero, conquistada Granada y

resueltos algunos inconvenientes, los reyes podían dedicar su atención a esta nueva y original empresa de Cristóbal Colón.

La buena estrella guiaba los pasos del almirante, debido a que la corona de Castilla se hallaba por aquel entonces impregnada de la atmósfera expansiva que siguió a la conquista de Granada (lo que hizo que accediera sin complejos a financiar un proyecto que terminó costando relativamente poco dinero, si se compara con las empresas llevadas a cabo por los portugueses, en los años inmediatamente precedentes).

Casi un mes después, el 31 de enero

de 1492, llegó a Roma la noticia de la toma de Granada. El cardenal y vicescanciller español del Vaticano, Rodrigo de Borgia, organizó fastuosas celebraciones. Por la noche, con el repique de las campanas y la ciudad iluminada como si fuese de día, aunque bajo una lluvia persistente, cientos de fieles siguieron al cardenal por la Plaza Navona, con los cirios encendidos, hasta la iglesia española.

A la mañana siguiente las celebraciones continuaron. Los mensajeros venidos desde España hicieron erigir en esa plaza la construcción de una torre de madera en

conmemoración de Granada, destinada a una representación para evocar la caída del último bastión musulmán. Las estatuas de Isabel de Castilla y Fernando de Aragón se hallaban enmarcadas por un arco de triunfo, al pie del cual yacía el rey Boabdil bajo un montón de trofeos.

El 5 de febrero, el cardenal Borgia brindó a los romanos unas corridas de toros, preparadas en la plaza de Testaccio, lugar predilecto para los festejos cortesanos, donde cinco toros inmensos, traídos desde los Lagos Pontinos, fueron largados al ruedo y muertos casi inmediatamente.

El año 1492 parecía ser el año clave para España. Se había logrado la tan ansiada reconquista, la caída de Granada había marcado el fin de la presencia árabe en la península y, si bien años antes se había permitido que los árabes permanecieran en los territorios reconquistados, el 31 de marzo, los reyes de España obligaron a los árabes y a los judíos a convertirse o abandonar el territorio español, prohibiéndoseles llevar consigo algún objeto de plata o de oro.

Juana quedó profundamente impresionada. No solo la corona había triunfado sobre los infieles sino que,

detentando el máximo poder adquirido, los expulsaba de su territorio. Muy pocos abjuraron y unos trescientos mil se exiliaron en Italia, Portugal y el norte de África. Los reyes determinaron que quien no quisiera convertirse al catolicismo debía salir de España. Árabes y judíos tuvieron que abandonar la península o convertirse, dando origen en esta ocasión al término «converso».

El 17 de abril de 1492, tras casi tres largos meses, los reyes llegaron a un acuerdo con Cristóbal Colón, firmaron las Capitulaciones de Santa Fe accediendo a todas sus pretensiones, a la financiación de sus viajes y al reparto

de sus descubrimientos. La historia demostraría posteriormente que aquella decisión sería la más importante de todo su reinado. Los reyes y su corte se quedaron en Granada hasta los primeros días de junio, en que partieron para la Pascua del Espíritu Santo a Córdoba que fue, en aquel año del Señor, el 10 de junio.

El 18 de agosto de ese mismo año se publicó la primera gramática de una lengua romance (la de Antonio de Nebrija, importante latinista), fijándose el 19 de agosto (un día después) como fecha límite para que los judíos abandonaran España.

Los Reyes Católicos habían conseguido, en diez años de su reinado, lo que por siglos no se había logrado. La religión católica se imponía sobre las otras y el drama estaba a punto comenzar.

No es aventurado suponer que Colón, al zarpar hacia América aquel 3 de agosto, tuviera en su tripulación varios judíos (conversos o no). La intolerancia de los reyes al expulsar a los judíos de España significó el quedar sin financieros y sin grandes hombres de letras (así como, al expulsar a los árabes, se había quedado el reino sin agricultores). La importancia lingüística

de este hecho fue enorme, pues los judíos sefardíes que se establecieron en el norte de África y en los Balcanes llevaron consigo y conservaron la lengua.

El 12 de octubre de 1492 Cristóbal Colón tropezó sin saber con América y España se encontró de pronto con un imperio de verdad. Un imperio que no había sido deliberadamente planeado, sino producto de la pura casualidad, y que se presentaba como un nuevo desafío. Un modo de vengar rotundamente las viejas rivalidades militares y religiosas entre la cristiandad y el islam, cuyos límites

estaban claramente trazados y cuya relación normal había sido siempre la guerra.

El nuevo mundo emergía produciendo un cambio en la balanza de las fuerzas, a pesar de que ningún reino de la Europa occidental tuviera entonces una organización capaz de administrar posesiones lejanas. España podría llevar la fe cristiana, el comercio y las armas a otros confines jamás soñados.

La alianza matrimonial

Por una bula papal, Isabel tenía la facultad de elegir, entre todas las órdenes religiosas, los prelados que estuvieran más capacitados para brindar una buena formación a sus infantes.

Entre los preceptores encargados de la esmerada educación de los jóvenes príncipes de España se destacaban: Beatriz Galindo, llamada la Latina por ser profesora de tan noble lengua, la cual era, además, esposa de Francisco

Ramírez, secretario del rey Fernando. Tenía un profundo conocimiento, además, de todos los clásicos y había sido profesora y camarera de la reina Isabel.

La lista continuaba con el franciscano fray Pedro de Ampudia, quien había dirigido los estudios de la princesa Isabel. El dominico fray Andrés de la Miranda, que era el preceptor de las infantas Juana y María. El preceptor Alessandro Geraldini, un italiano oriundo de la Umbría y devoto de san Francisco de Asís, dirigía los estudios de las infantas María y Catalina y, junto a Pedro Mártir de Anglería y

Lucio Marineo Sículo, formaban a los infantes en las ciencias y los buenos principios. Luis Vives era otro de los preceptores de los jóvenes príncipes y el que seguiría a Catalina cuando partiera hasta Inglaterra. La formación del príncipe Juan recaía principalmente en manos del dominico fray Diego de Deza.

Pero de todos ellos, Geraldini era el preferido de la reina por su notoria piedad. En las largas noches invernales animaba las veladas leyéndole a los infantes *Il Cantico di Frate Sole* o *Laudes Creaturarum*, escritos por san Francisco en 1225, o *I Fioretti di San*

Francesco, del año 1390, de autor desconocido. Libros que con el transcurso del tiempo fueron despertando en la fervorosa Juana una profunda devoción.

Siempre cercana al sentimiento de culpa, por no poder ser como ella pensaba que su madre deseaba, y siendo esta la causa de un conflicto interior que la abrumaba, Juana pasaba por algunos periodos de tristeza y rebeldía, sin causa aparente para quienes la rodeaban.

Por momentos, aquel sentimiento de disgusto llegaba a transformarse en sentimiento de odio, dentro de aquel noble corazón adolescente que tanto

afecto reclamaba. El examen de conciencia que fray Diego de Deza solía aconsejarle era un aliado de la enemistad que sentía contra sí misma. De la Orden de Santo Domingo, aquel religioso era profesor de teología de la Universidad de Salamanca y confesor del rey Fernando (además de preceptor de Juan, príncipe de Asturias).

Sin embargo, Juana no le prestaba la más mínima atención, gracias a la facilidad de abstracción que con frecuencia practicaba. Aunque, dentro de sí, sentía un hueco que no llenaba, ni la imagen de Dios, por quien se desvelaba, ni las ideas que entretenían

sus desvelos.

En busca de una utópica felicidad dentro de una corte austera como la española, donde aquella palabra no se mencionaba jamás, porque no estaba permitido para el alma disfrutar del placer sino solo del deber, pasaba la infanta sus días. Había que desconfiar siempre de la felicidad, porque, según diría Tomás de Torquemada: «Es pecado complacerse en cualquier deseo terreno. Es pecado aceptar el placer». Y así fue que Juana, resuelta siempre en soledad y en aborrecimiento de su propia imagen, fue ganando fama de mística. Si bien por momentos era verdad que se amaba a sí

misma, también sentía con frecuencia que el amor que se profesaba se iba transformando en disgusto y, a fuerza de conversar con espectros y de estrecharlos entre sus brazos, sentía que ella misma se iba volviendo un fantasma. Su ocupación predilecta pasó a ser, por entonces, la excitación deliciosa que le procuraba la búsqueda de la perfección inalcanzable, cuyo medio consistía en azotarse en secreto.

Y fue al observar todo aquello que la reina Isabel, preocupada por el comportamiento de esta hija, nombró a don Diego Ramírez de Villaescusa capellán y confesor de la princesa. Con

el tiempo, aquel sacerdote sería el único oído atento que durante el transcurso de los años escucharía con afecto, paciencia y comprensión las angustias que dominaron a Juana.

Al igual que todos los miembros de la Casa real, el padre Diego había sido elegido con el más escrupuloso cuidado. En adelante sería el responsable de una tarea nada fácil: guiar la conciencia de una de las infantas de España, destinada, al desposarse, a defender los intereses de la corona en algún reino lejano.

En las primeras confesiones Juana no se sintió bien. Presentía que no se trataba de resolver el caso íntimo de su

conciencia, sino de un asunto mucho más trascendente que estaba tomando estado público. Por tal motivo, la intervención del aquel sacerdote asumió inmediatamente la forma de un proceso de intimidación moral.

—¡Madre!, ¡todos vosotros me queréis someter, no convencer! — reclamó Juana contrariada. La reina que la escuchaba en silencio se levantó de su poltrona; disgustada y sin dar explicaciones traspasó el umbral sin saludarla.

¿Qué hacer entonces? Entre lúcida y confundida, Juana terminó por escoger la solución extrema y, como la heroína

de su libro, decidió tentar al destino confiándose al padre Diego. Tal vez su madre no se equivocaba y ella necesitaba un guía espiritual para su alma. Esa alma suya que se debatía entre las incertidumbres y los tormentos.

El sacerdote se sintió muy complacido al enterarse del paso dado con mucho esfuerzo por Juana y reflexionó acerca de aquella célebre frase de Aristóteles: «El primer paso es el que cuenta. Los primeros principios son tan pequeños y difíciles de advertir como poderosos en influencias, pero cuando se han hallado es fácil añadir el resto». Con Juana, tal vez resultara fácil

añadir el resto.

Aquello era un buen comienzo. Al sacerdote le agradaba la inteligencia de la infanta. Sobre ella convergían la astucia y el ingenio de su padre y la fe instintiva, terca y militante de su madre, y aquella conjunción de virtudes se veía coronada por el severísimo sentido del deber y de la corrección.

En el primer encuentro entre el padre Diego y Juana, la reina les presentó y, para entrar en confianza, el sacerdote solo habló de cosas intrascendentes, mientras Juana permanecía en silencio escuchando atentamente y observando todos sus

gestos.

Una semana más tarde, la infanta acudió a la capilla real dispuesta a confesarse. De rodillas ante el confesionario fue interrogada por el clérigo, también de rodillas ante ella debido a su alcurnia.

—Princesa, ¿cómo marcha vuestra vida interior y qué pecados debéis confesar?

—Os lo diré padre, pero antes deberéis prometerme responder a una inquietud que me desvela la mente y el alma.

—Os lo prometo. Decidme, alteza, ¿qué os aflige?

—Quiero saber si lo que yo os confíe en el confesionario permanecerá solo en el secreto de vuestra conciencia.

—Sí, y para siempre. Ningún sacerdote puede divulgar un secreto que se le ha confiado en el confesionario. Porque no es a él a quien se lo confían, sino al propio Dios a quien está representando.

—Me siento más tranquila y, por lo que acabáis de decirme, voy a confesaros que soy una persona muy rigurosa conmigo misma. A diario realizo un profundo examen de conciencia y la práctica no menos constante de la oración. Pero lo primero

pertenece más bien a la conciencia moral y tiene un significado eminentemente práctico; no es una meditación sobre los misterios y verdades espirituales, sino una rigurosa contabilidad moral. El examen de conciencia es un ejercicio para conservar ágil el alma y prepararla para los combates de la vida diaria. La oración a su vez participa del rito y es la parte imprescindible de ese conjunto de prácticas que me unen con el mundo material por un lado y con el sobrenatural por el otro. Castigo mi cuerpo, humillo mi inteligencia y hasta renuncio por épocas al precioso don de

la palabra, mortificándome. Todo esto lo hago para agradar a los dos seres que más amo en la vida: a Dios y a mi madre. Cuanto más cerca de Dios me siento creo que más cerca de ella me encuentro, y estoy segura de que la oración y la mortificación son las dos alas con que vuela mi espíritu hasta la cumbre de la perfección y de la unión con Dios.

El padre Diego quedó totalmente sorprendido con aquella confesión, pues no se la esperaba. La infanta era muy inteligente, pero demasiado compleja.

—Princesa, creo que lleváis una vida espiritual demasiado intensa, por la

cual debo felicitaros. A Dios le halaga lo que hacéis, pero os recomiendo más oración que castigos. Tratad a vuestro cuerpo con dignidad, puesto que él es un templo del Espíritu Santo. La belleza es santa y procede de Dios. Y así, de la misma manera que es legítimo perfumar con incienso las iglesias y engalanarlas para el Señor, también, princesa, debéis cuidar y engalanar vuestro cuerpo para servir de ejemplo a quienes os rodean; siempre y cuando todo sea hecho con moderación y buen gusto.

El padre Diego hizo la señal de la cruz sobre la frente virginal de Juana y mientras pronunciaba la oración de la

absolución de los pecados ella sintió que un gran peso iba saliendo de su alma y que la alegría comenzaba a instalarse dentro de su corazón.

Sin duda, Juana era la más sana y fuerte de todos los hijos de los reyes. De gran inteligencia, había asimilado sus estudios con una rapidez que asombraba, así como la fluidez con que hablaba el portugués, el francés y el latín satisfacía a sus preceptores. La reina había ordenado, en aquel año del Señor de 1495, que Juana comenzara a estudiar, además, el idioma alemán, pensando ya en el futuro matrimonio de la infanta con el archiduque de Austria. A Juana le

agradaba, también, ejecutar en los ratos libres el clavicordio y la guitarra y le alegraba bailar y cantar. Era una excelente amazona, como su madre y, de todas las princesas de Castilla, era la que mejor bordaba.

La hora estaba próxima. Juana se encontraba preparada para desposar a Felipe de Habsburgo y era tiempo de notificarla.

Era una siesta del mes de mayo. Los capullos se abrían bajo la intensa luz de la tarde y un aroma a miel y a duraznos maduros se escurría por los bellos arcos lobulados de las ventanas. El aire tibio se esparcía, impregnando todo de aquel

agradable perfume y convidando al reposo. Bajo la fresca sombra de los altos techos, dentro de la sala despojada de mobiliario y acomodada en una silla, Juana leía en el *Libro de las Horas* sus oraciones cotidianas. Entre angelical y simple, vestida con una túnica de lienzo, parecía más una sencilla y bella campesina que una princesa de la corte castellana.

Apenas la puerta se abrió, la voz de la reina retumbó en la estancia.

—Juana.

—¿Madre?

—Os ruego dejéis las lecturas para más tarde y escuchéis lo que voy a

deciros con mucha atención.

—¿Vais a retarme?

—Hoy no. Aunque debería hacerlo, pues sigues con las mortificaciones.

—¿Entonces?

—Vengo a hablaros de algo muy especial para vuestra persona y muy importante para estos reinos.

—No estoy con lecturas, madre, sino con mis oraciones. Pero, ¿a qué se debe tanta urgencia?

—Se debe a vuestra boda.

—¿Mi boda?

—Como lo habéis oído, Juana. Os vais a casar con Felipe de Habsburgo, archiduque de Austria, rey de Borgoña y

de los Países Bajos, hijo del emperador Maximiliano I.

—¿Y cuántos años tiene ese rey con tantos títulos?

—Apenas un año más que vos, querida Juana.

—Lo que acabáis de comunicarme, madre, me deja confundida. Sabía que algún día debería desposarme, pero no esperaba hoy esta noticia. Y es que no sé qué decirnos. Tampoco sé si quiero reír de alegría o llorar de pena. No sé bien si soy la más feliz o la más desdichada de las princesas.

—¿Y a qué se debe vuestra confusión, hijita mía?

—Se debe a que, al ser desposada por un rey extranjero, deberé dejar estos reinos para siempre y marcharme lejos de vosotros.

—Nada debéis temer, Juana. Es el mejor destino que puede tocar en suerte a una hija mía. ¿O acaso deseabais entrar de monja en un convento?

—Daría lo que no tengo por quedarme, madre.

—No me pasa inadvertida vuestra angustia, Juana.

Madre e hija se abrazaron muy fuerte. El sufrimiento parecía insoportable. Ambas sabían que algún día llegaría ese momento. Lo presentían.

Y con los plazos cumplidos había llegado el tiempo de los arrepentimientos. Nunca antes la reina había tenido tiempo para abrazar a su hija. Aquella hija que tendría que partir hacia un reino desconocido, dejándole de pertenecer. Justo cuando ella comenzaba a sentirse vieja y su corazón se estaba enterneciendo. Pero era tarde. Jamás volvería a recuperar para sí la inocencia de aquella infancia, que a partir de aquel día se convertiría en adultez. «Nada es para siempre» se repetía la reina mientras estrechaba entre sus brazos aquel cuerpo destinado a los fuertes brazos de Felipe de

Habsburgo. Tal vez, Juana se dejara amar y ella recuperara el tiempo perdido. Pero sabía muy bien que todo aquello que se había ido para siempre, como los años perdidos, junto a los besos y abrazos postergados, nunca más volvería de igual modo.

Permanecieron abrazadas por un largo rato, consolándose mutuamente.

—Madre —dijo Juana con los ojos rojos por el llanto—, dime algo de mi futuro rey.

—Bien, hija. Cuando murió su madre, vuestro rey solo tenía cuatro años de edad. Su padre ejerció la regencia sobre los dominios maternos

hasta que alcanzó su mayoría de edad, convirtiéndose en el heredero del emperador Maximiliano I de Alemania.

—Sus dominios no me interesan. Pero de su apariencia, madre, ¿qué sabéis?

—Lo que vuestro padre y yo sabemos, Juana, es que cuantos le conocen le llaman el Hermoso. Dicen que posee un carácter afable y que es muy alegre.

—Ojalá sea digna de su belleza y llegue a amarme. Pues mi mayor desdicha sería casarme con un hombre que jamás pudiera sentir amor por mí. Porque si me enamoro de él y no soy

correspondida, mi vida se transformaría en un infierno.

—Te amaré Juana, no tengáis miedo. Y vos también le amaréis. El amor surgirá entre vosotros, al igual que se enamoró vuestra hermana Isabel cuando la destinamos al heredero del trono de Portugal para que defendiera en el reino vecino la divisa de España. También vuestras hermanas menores partirán algún día para desposarse. Catalina será destinada a Inglaterra, al haberse concertado la alianza matrimonial con el príncipe Arturo, futuro rey de Gran Bretaña. Juan heredará nuestros reinos y habrá de desposar a vuestra futura

cuñada, Margarita de Austria, quien será algún día la futura reina de Castilla, así como vos, Juana, lo seréis de Borgoña, Flandes y Austria.

—Madre, creo que me muero.

—Advierto tu desamparo, Juana, pero nada os sucederá.

La infanta guardó silencio. La reina volvió a marcharse y Juana se sintió embargada por la tristeza de la partida. Aquella partida que algunos meses más tarde tendría que realizar, definitivamente. Y ante lo desconocido, la angustia y la melancolía volvieron a invadir su alma.

Su cuerpo partiría, mas su corazón

quedaría flotando entre aquellos muros donde había vivido. Entonces, pudo comprender las angustias de su hermana Isabel cuando, al cumplir los veinte años (ella apenas tenía once), partió hacia Portugal para casarse. Pensó en ella. La llamaría. Tal vez Isabel acudiría para tranquilizarla y darle los consejos que necesitaba. Pero su hermana mayor tenía sus propios problemas y mucho más graves que los suyos. Se había desposado con el heredero al trono de Portugal, el príncipe Alfonso, hijo del rey Juan II y nieto de Alfonso V, y llegó a amarlo con toda su alma, como a veces ocurría en esos casamientos concertados

por la conveniencia de los reinos, pero ocho meses después su esposo moría al caer del caballo en una cacería, en los bosques del palacio lusitano. Viuda y desconsolada había regresado a España con una historia trágica en su haber. Deseaba recluirse en soledad para llorar calladamente al que había sido su esposo tan amado, pero los reinos españoles estaban en plena expansión y no había tiempo de tolerancia para el consuelo. Los reyes eran escuchados con respeto en todo el mundo conocido y nadie (mucho menos sus propios hijos) podía escapar a las severidades del sistema.

Isabel se sentía presionada por sus padres y por una corte española ambiciosa y exigente que intentaba, por todos los medios, comprometerla nuevamente en matrimonio con el flamante heredero del reino portugués, el príncipe Manuel, primo del difunto Alfonso.

Durante seis años permaneció viuda y, unos meses después de que se celebrara el enlace de Juana y Felipe, volvería a casarse. Esta vez con Manuel I, el Afortunado, rey de Portugal.

Juana también pensó en María, la hermana que le seguía en orden descendente, pero era una adolescente a

la que no podía pedirle consejos ni consuelo. Sus pensamientos volaron después hacia Catalina, quien tenía la misma edad que ella cuando se había casado Isabel. Prometida al príncipe Arturo, el heredero del trono inglés, algún día llegaría a ser la reina de Inglaterra con el nombre de Catalina de Aragón. Pero solo tenía once años de edad y no comprendería. Ella solo deseaba continuar siendo la más pequeña y mimada de todos los Trastámara.

Naturalmente, Juana nada había tenido que ver con aquella concertación matrimonial que se había llevado a cabo

a través de un frío y lejano tratado, destinándola, casi desde su nacimiento, a convertirse en una pertenencia perpetua de Felipe de Habsburgo.

—No olvidéis —le había dicho su madre antes de marcharse— que la política exterior es el arma fundamental para contribuir a un pacífico mantenimiento del reino y cuantas más alianzas se realicen para beneficiar a España, mayores serán nuestro poder y dominios.

Pero a esta altura de las circunstancias lo que menos hacía Juana era pensar en España. Solo pensaba en Felipe.

Por su parte, tampoco Felipe había sido consultado oportunamente sobre el contenido y el propósito de aquel tratado matrimonial y su trascendencia en la política internacional de su reino. Tanto Juana como él, solo habían sido las piezas claves del tablero de ajedrez que conformaban las naciones, y cuyos reyes habían jugado de acuerdo a sus estratégicas conveniencias. Tan estratégicas y esenciales como los propios sellos dorados que otorgaban la validez real a los tratados.

Durante la primavera de aquel año de 1495, la corte itinerante de los Reyes Católicos se trasladó a villa de

Almanzán. Debían supervisar la construcción de la flota que llevaría a Juana a Flandes para ser desposada con el hijo del emperador, que se estaba construyendo en los astilleros cantábricos.

Seis meses después de aquella conversación que mantuviera Juana con su madre respecto a sus esponsales, y sobre los finales del año, llegó a Valladolid, procedente de Alemania, el representante de Felipe de Habsburgo, a los efectos de celebrar por poder la ceremonia de los esponsales. Una vez realizado el casamiento, los reyes podrían enviar a Juana a su nuevo

destino de reina en Flandes y a los brazos de su desconocido esposo.

En la más completa privacidad se llevó a cabo la ceremonia. Juana se arrodilló sobre un almohadón escarlata frente al altar de la catedral, haciendo lo mismo el representante del archiduque. Aquella celebración, a pesar de no encontrarse presente Felipe, era igualmente valedera al estar reforzada por un solemne tratado firmado por el emperador Maximiliano y el rey Fernando.

La Familia real en pleno presencié el acontecimiento con la sensación de una segura tranquilidad. No solo habían

logrado conquistar el corazón de Austria, sino que además acababan de realizar una gran jugada diplomática. La nodriza de Juana, María de Santiesteban, acabada la ceremonia, se abrazó a la infanta y rompió en sollozos. Sabía que aquella era la despedida definitiva de quien, en su corazón, era considerada una hija.

A partir de aquel momento, Juana y Felipe quedaban indisolublemente unidos y su separación sería ya imposible. Las presiones combinadas de la política con sus solemnes convenios y las mutuas promesas sagradas realizadas ante la Iglesia, sumadas a la fuerza de

sus formidables ejércitos y a las flotas de guerra de ambos reinos, unían a la infanta de España y al archiduque de Austria tan estrechamente como lo estaban los sellos a los tratados.

El apoderado del archiduque era un caballero entrado en años, algo gordo y aburrido que hablaba solo alemán. Juana había tenido que ocultar una sonrisa ante el tragicómico intento de aquel hombre, al querer pronunciar en español la fórmula del ritual; pero, con grandes dificultades, había logrado leerla sin omitir ninguna frase.

—«Yo, Felipe de Austria, duque de Borgoña, conde Palatino del Rhin,

archiduque del Sacro Imperio Romano Germánico, os tomo y acepto a vos, Juana, por legítima esposa...».

La impresionante lista de títulos de su consorte descubrió a una Juana asombrada, aunque algunos de ellos eran discutibles, otros representaban menos de lo que significaban, varios eran cuestionados y solo unos pocos ostentaban un real y verdadero valor. En cambio, los títulos de Juana eran sólidos e indiscutidos y abarcaban todo un mundo recientemente descubierto que se extendía más allá del confín de los mares.

—«Yo, Juana, infanta de España y

princesa de las Indias de ultramar, os acepto a vos, Felipe...».

Aquellas palabras simbolizaban un rito más dentro de la ceremonia y poco significaban para Juana, que solo sabía por boca de su madre y de doña Beatriz Galindo, la Latina (consejera de la reina y preceptora de los infantes), que a su Felipe le llamaban el Hermoso.

Con los ojos cerrados, Juana no pensó durante aquellos instantes en el obeso apoderado alemán que tenía a su lado, sino en aquel esposo que la esperaba en Flandes. Debía ser realmente hermoso, autoritario y majestuoso. Así se lo estaba

imaginando. Y así deseaba que fuera.

En los dos meses que siguieron a la boda por poder, y antes de que sus padres la embarcaran definitivamente hacia su nuevo destino, Juana no hizo otra cosa que encargarse de explorar detenidamente aquel título de «Hermoso» que tanto la intrigaba. De todos los títulos que ostentaba Felipe de Habsburgo, aquel era el único que había obtenido por sí mismo, sin haberlo heredado, no pesando sobre él la más mínima sospecha de ilegitimidad.

Por aquellos días, Felipe le envió su retrato, pintado de una manera tan fiel que solo faltaba que aquella figura

hablara. La infanta terminó de enamorarse perdidamente de él, descubriendo además que «Hermoso», no solamente significaba bello, sino que al mismo tiempo simbolizaba alegre, glorioso, noble, magnífico, justo y afable. Y como si todo esto fuera poco, para una princesa que nunca había soñado en poder casarse por amor, también era fuerte, de perfectas facciones y elegante como debía serlo un caballero. Descendía de una estirpe donde abundaban las buenas cualidades, haciéndolo demasiado deseable para toda la corte femenina de Europa.

De sus antepasados maternos,

descendientes de la casa de Valois, llegaba aquella excepcional lista de virtudes, como un regalo de bodas magnífico para la joven infanta.

De Juan II, el Bueno, rey de Francia, había heredado la popularidad. De su chozno, Felipe, el Atrevido, duque de Borgoña, casado con Margarita de Males, su diplomacia y su consumada habilidad. Aquel antepasado había obtenido, por alianzas, los condados de Flandes, Artois, Nevers y el Gran Condado. De su tatarabuelo, Juan Sin Miedo, duque de Borgoña, había heredado la acción. De su bisabuelo Felipe, el Bueno, también heredó sus

cualidades de estadista y la fuerte complexión, la elegante apariencia y el porte altivo y seductor. No solo belleza heredó de él, sino los territorios de Namur, Hainaut, Holanda, Zelanda y Frisia, el Brabante y Limburgo, Luxemburgo, Amberes y Malinas.

De su abuelo, Carlos el Temerario, cuarto duque de Borgoña de la casa de Valois, recibió en herencia el espíritu caballeresco, sus ojos claros, su pasión por la música y la palabra precisa, fácil y bien timbrada. De su madre, María de Borgoña, el trato afable y cordial, y de su padre, Maximiliano I, la belleza, la bondad, pero también la decisión, la

disciplina y la energía.

Respaldado por el imperio más grande de Europa occidental y dueño de aquella conjunción de virtudes, Felipe de Habsburgo se había transformado en el partido más codiciado de la realeza europea.

Su padre, Maximiliano I, príncipe de la dinastía de los Habsburgo, coronado soberano de Alemania, y rey de los romanos en 1486, fue revestido en 1493 de la dignidad imperial, año en que también se proclamó la mayoría de edad de Felipe. Maximiliano soñaba con poder llevar el imperio a su máximo esplendor. El «último caballero», como

le llamaban, estaba muy bien dotado: era vivaz y enérgico y su personalidad una de las más atractivas. Influyó en la opinión pública por medio de manifiestos y otros escritos. Se interesaba por todo y estaba siempre atento hasta en los mínimos detalles. En su corte se reunían escritores y sabios, artistas y músicos. Alentaba sus trabajos con el más vivo entusiasmo, sin carecer no obstante de sentido crítico. Y en aquel ambiente había crecido Felipe.

La carrera aventurera de Maximiliano I había comenzado de manera muy romántica. Como un auténtico caballero, en 1477 había

acudido en socorro de su prometida, María de Borgoña, quien después de la muerte de su padre, Carlos el Temerario, pidió su ayuda para luchar contra el rey de Francia, Luis XI. Revestido con su armadura de plata y oro, ceñida la frente con una diadema de perlas y gemas, Maximiliano I hizo su entrada en Gante, montado sobre un magnífico caballo de guerra. Decía la gente que nunca se había visto un príncipe tan hermoso. El matrimonio fue celebrado sin dilación alguna y, dos años después, Maximiliano lograba la victoria de Guinegate sobre los franceses.

Su vida había sido rica en toda clase

de aventuras pero, según sus propias palabras, «nada podía compararse a su primer encuentro con la corte de Borgoña». Allí encontró cuanto soñaba en su juventud (pese al ambiente tan sencillo en que había sido educado), el boato, la abundancia y el espíritu romántico y caballeresco. Allí se sentía completamente feliz, idolatrando a su joven esposa y no dejándola un solo instante. Juntos iban de caza, daban fiestas espléndidas, organizaban torneos, leían relatos de antiguos caballeros y princesas; él le enseñaba alemán y ella a él, francés. De aquel amor habían nacido sus dos hijos: Felipe y Margarita.

Este idilio tuvo un epílogo tan inesperado como trágico. En el transcurso de una partida de caza, María cayó del caballo y murió días después a consecuencia de las heridas. Para Maximiliano fue un golpe terrible del que tardó mucho en reponerse. Con el tiempo, cuando recordaba los años vividos junto a ella, caía sumido en una profunda melancolía. Conservó siempre, en lo más íntimo de su ser, las impresiones recibidas en esa época de juventud.

En 1490 solicitó la mano de la duquesa Ana de Bretaña, pero el delfín Carlos VIII, habiendo rechazado la mano

de su hija, Margarita de Austria, con quien estaba comprometido, contrajo matrimonio con la duquesa, quien, a su vez, rompió su compromiso con el emperador. En 1493 contrajo enlace con Bianca Sforza de Milán y aprendió, entre otras cosas, a considerar a Francia como su mayor enemiga, convirtiéndose la lucha contra los franceses en uno de los ejes de su política. Aquel legado pasaría a manos de su hijo Felipe, el Hermoso, nacido y educado para ser emperador.

El 10 de agosto de 1496, nueve meses después de aquella ceremonia de esponsales en Valladolid entre Juana y

el representante del archiduque de Austria, una comitiva, encabezada por la reina Isabel I de Castilla, partió hasta el puerto de Laredo para despedir a Juana, que se embarcaba hacia Flandes. El rey Fernando fue el gran ausente en la despedida de Juana, pues en julio había tenido que partir de prisa hacia Cataluña, dado que los franceses habían invadido, en el mes de junio, Perpiñán.

Al llegar a Laredo, un fuerte viento agitaba las aguas y la espuma de las olas se esparcía furiosa revolviendo los guijarros y la arena. Fue entonces cuando la infanta sintió en lo más íntimo de su ser el golpe seco y duro de la

despedida y un dolor muy profundo se instaló en su pecho, para no abandonarla. Ella partiría a Flandes, pero estaba segura que su corazón quedaría para siempre en Castilla, enredado entre la fresca hierba de los arroyos, en los altos muros de sus castillos, en la soledad de sus mesetas y en la amplitud de sus cielos infinitos. Entonces, tomando valor, le susurró a su madre en el oído:

—Creo que no podré partir. Temo que no voy a poder soportarlo.

La reina la contempló con melancólica tristeza y, acariciándole tiernamente los cabellos, la interrogó:

—Juana, ¿a qué se debe vuestra pena? ¿O es que habéis olvidado que un esposo ansioso os espera en Flandes para convertirnos en su reina y señora?

—Entonces, madre, ¿por qué mi alma siente tanta tristeza, cuando mi corazón debería saltar de gozo?

—La tristeza se agranda por el momento de nuestra despedida. Pero no temáis, hija mía. Vos estáis destinada a ser más feliz que yo. Vuestra vida será más tranquila y vuestro pequeño reino de Flandes y el ducado de Borgoña estarán completamente seguros. Yo tuve que luchar junto a vuestro padre para lograr esa seguridad en España. En lo

que respecta a vuestras esperanzas, por el lado de los Habsburgo, el cargo de emperador es electivo y no es seguro que Felipe llegue a ostentarlo algún día, con lo cual viviréis felices, rodeados de los hijos que Dios os mande. Vuestra vida en aquel reino será como un cuento de hadas. En cuanto a España, vuestro hermano Juan será quien ciña esa corona, cuando vuestro padre y yo dejemos el mundo de los vivos.

—¡No me habléis de la muerte, madre! ¡No olvidéis que os necesito!

—Lo sé, mi pequeña. Pero me siento cansada y los años comienzan a pesarme. Es hora de ir pensando en

dejar el lugar a nuestros hijos. Debéis recordar, Juana, que nada en este mundo es para siempre.

—Entonces, madre, puedo considerarme más afortunada que vos. Mi cabeza nunca se verá recargada con el peso de las obligaciones y coronas. Es lo que siempre he deseado. Sin embargo hubiera preferido permanecer en España, vivir como una duquesa en un pequeño castillo cuidando de mi esposo y de mis hijos, lejos de las intrigas y el poder. Bien sabes, madre, que no tengo ambiciones de reinar.

La reina Isabel sonrió y, abrazándola, le habló casi en secreto.

—Mucho me temo, hija mía, que vuestra vida no habrá de ser tan tranquila como acabáis de imaginarla. Seréis reina, como corresponde a cada uno de mis hijos y si esa es la voluntad de Dios. Pero debéis estar serena porque los asuntos flamencos serán apenas una ligera carga sobre vuestros hombros. Atrás han quedado los tiempos en que las reinas íbamos a la guerra bajo armaduras de acero. Así os llevé seis meses en mis entrañas bajo la férrea armadura, sin que vuestro padre lo sospechara. Solo os deseo, hija querida, días de miel y de rosas, pero, sobre todo, deseo la paz para vuestro reino.

—Os agradezco los buenos augurios, madre. Pero me entristece pensar que ya no escucharé vuestra voz rectora, ni vuestros sabios consejos.

—¡Os escribiré, Juana!, ¡y vos también nos escribiréis! Siempre estaré a vuestro lado. Jamás os abandonaré.

—Prometédmelo, madre.

—Os lo prometo, Juana.

Y aquella promesa fue para la reina un mandato de primordial cumplimiento.

Dos días esperaron en Laredo, madre e hija, hasta que calmara el temporal que se había desatado y la flota pudiera zarpar hacia Flandes. El mar embravecido parecía negarse a trasladar

a Juana hacia su nuevo destino. Aquel ancho camino azul, que la llevaría definitiva e imperativamente hacia su nuevo reino y su soñado palacio, parecía desbordado por la furia de la naturaleza. Escoltada por ciento treinta navíos, un ejército de veinticinco mil soldados y un cortejo de más de mil personas, Juana iniciaba el viaje al mando del gran capitán de la Armada española, almirante mayor de Castilla, don Fadrique Enríquez.

Por primera vez, la austeridad característica de los reyes españoles había sido dejada de lado y, por una orden explícita de sus majestades, la

flota navegaría muy cerca de las costas de Francia y de Inglaterra. Así, avistada por ambas naciones, nadie se atrevería a poner en duda el poderío español.

A fin de no exagerar en los gastos del traslado, los reyes habían acordado que tanto Juana como su futura cuñada Margarita de Austria no aportarían ninguna dote a sus coronas consortes, porque, al salir una e ingresar otra, la diferencia sería nula por compensación y no habría necesidad de otorgarlas. Además fue acordado que los gastos ocasionados por cada una de las princesas estarían a cargo de sus respectivos esposos, a la vez que la

flota española sería aprovechada al regreso, para conducir a su nuevo destino de reina, a la futura esposa de Juan, príncipe de Asturias: la princesa Margarita, hermana de Felipe de Habsburgo.

Sobre el muelle y con un fuerte viento que aún no había cesado del todo, Juana y su madre se abrazaron por última vez. Parecía que ambas querían retenerse para siempre en aquel desprendimiento inevitable. En ese abrazo, Juana sintió revivir a la niña de antaño, desprotegida y distante de aquellos besos maternos, esperados en vano tras las murallas de los castillos.

Su infancia había terminado y, desde aquel instante, sería imposible volver a revivirla en las lejanas tierras de Flandes. Isabel experimentó el tremendo dolor de perder su presencia de repente y tal vez para siempre.

—No lloréis, hija mía. Yo solo quiero que seáis feliz. Os deseo toda la felicidad que merecéis y de la que os he privado mientras luchaba por mis reinos en las guerras de la reconquista y de la unificación.

—Os extrañaré madre.

—Por favor, Juana, escribidme y mantenedme informada de cuanto os acontezca.

—Sí, madrecita, así lo haré. Adiós, jamás os olvidaré. Besad en mi nombre a mi padre y a mis hermanos y diles que siempre les amaré. Que los llevaré dentro de mi corazón, siempre. Siempre, madre, siempre. ¡Adiós!, ¡no me olvidéis!

—Y vos iréis en el mío, hija querida. Ved con Dios y que Él os acompañe toda la vida. ¡Adiós!

Volvieron a besarse. Juana dio media vuelta y se secó las lágrimas con su pañuelo. Una ráfaga de viento helado sacudió con fuerza su oscura falda como un presagio, cuando ascendió por la escalinata guiada por sus tres damas de

honor. La congoja parecía no dejarla respirar.

Desde la cubierta, su madre se veía como una figura borrosa y gris sostenida por los brazos de su dama de honor. Juana le miró por última vez y, llevándose las manos a los labios, lanzó un beso desesperado al aire. Luego caminó a tientas con su visión nublada por las lágrimas. Aquel dolor de la partida era similar al dolor de la muerte. Era el profundo dolor de perder la infancia, el amor y los besos de su madre, las palabras y abrazos de su padre, la ternura y la risa de sus hermanos, la tierra que la había visto

nacer, para enfrentarse de golpe a lo desconocido, a un país con idiomas y costumbres diferentes, a un esposo jamás visto y a una corte que siempre la consideraría una extranjera.

De pie en la playa, la reina disimuló el llanto con la profundidad de un suspiro. Enmarcada en la soledad de la tarde y debilitada por la angustia, trató de reponer su aparente fortaleza y observó cómo el barco que transportaba a Juana se iba alejando de la costa. Permaneció inmóvil hasta que la silueta del navío se transformó en un punto vago en el horizonte que lo tragó inexorablemente, seguido por el resto de

las naves.

La nave donde viajaba la princesa se fue internando mar adentro, mientras el corazón de Juana se iba internando en los recuerdos. Aquellos años dorados de la infancia se habían esfumado para siempre y jamás retornarían con la magia simple y despreocupada de la niñez.

Las velas blancas se hincharon al viento quebrando la monotonía azul del cielo y, en un brillante 22 de agosto de 1496, Juana iniciaba el viaje a su nuevo destino de reina, largamente acariciado por sus progenitores.

La hilera de naves se extendía sobre

una distancia de cincuenta millas sobre el horizonte de aquel mar que, hacia adelante, llevaba a Juana a su destino de Flandes y, hacia atrás, a las tierras recién descubiertas del nuevo mundo. Aquel 22 de agosto de 1496, desde el mismo puerto en donde dos meses y medio atrás había amarrado Cristóbal Colón de regreso de su segundo viaje, iniciaba Juana el suyo, con los mismos interrogantes, rumbo hacia otras tierras desconocidas, buscando conquistar el corazón de Felipe de Habsburgo. Ignorándolo, Juana también iba a castellanizar Flandes produciendo una infinidad de movimientos políticos y

hasta una guerra.

Al contemplar aquel formidable despliegue de poderío naval, tanto los ingleses como los franceses dudaban de lo que veían. Sabían que no se trataba de una flota beligerante, ya que los monarcas españoles habían obrado con mucho tacto al enviar emisarios a Windsor y a Blois (las residencias reales de Inglaterra y Francia respectivamente), portadores de las misivas donde informaban que se trataba del traslado de su hija Juana, recientemente desposada con el archiduque de Austria.

El propósito explícito e implícito de

los reyes había sido demostrar al mundo que España era una nación para ser tenida en cuenta, pues muy pocas naciones se hubieran atrevido a semejante viaje por no poder financiarlo. Pero España podía hacerlo.

La corona española disponía de todos los tesoros moros acumulados durante siete siglos de dominio, mientras comenzaba a llegar desde el otro lado del océano una corriente de riquezas continua que prometía ser inagotable.

En su reciente regreso, Colón había obsequiado a la reina Isabel una nueva ciudad de ultramar, la que había sido bautizada con el nombre de Isabela, en

honor a su gran bienhechora.

Juana presentía que, a medida que se iba alejando de su amado reino y del amor de su madre, comenzaría a perseguirle el infortunio. El desconsuelo le destrozaba el alma, pero trataba de resistir, aferrada al recuerdo de la imagen materna.

Durante casi todo el viaje permaneció mareada y pasaba gran parte del tiempo recostada en su camarote, y cuando lograba recuperarse, salía a cubierta a mirar el paisaje de extensiones desconocidas e infinitas que bordeaba el trayecto.

El gran almirante Fadrique Enríquez

estaba emparentado con la infanta. Hermano de su abuela paterna Juana Enríquez, descendía de la Casa Trastámara (de una rama iniciada por el infante que curiosamente llevara su mismo nombre, Fadrique Enríquez, hijo de Alfonso XI, rey de Castilla, y de Leonor de Guzmán, y a la cual pertenecían todos los almirantes de Castilla). Con frecuencia la visitaba y le había cedido su camarote y su salón principal en la nave que comandaba la flota, para que Juana se sintiera cómoda durante la larga travesía.

—No debéis temer, alteza —le decía gentilmente el viejo almirante mientras

se inclinaba en una rígida reverencia al más puro estilo español—. Puedo asegurar a vuestra alteza real que la nave que la transporta es tan sólida como resistente y no existe en ella ninguna clase de peligro. Y si el movimiento de las olas os molesta, un poco de buen jerez os aliviará los mareos.

Juana apenas podía sonreír agradecida. Por momentos se sentía extenuada. Durante el día miraba aquel indefinido horizonte azul donde no podía descubrir dónde terminaba el mar y cuándo comenzaba el cielo, o las costas de otras tierras, acantiladas o llanas, que

iban quedando atrás. Se entretenía observando el ágil salto de los peces o alguna solitaria gaviota que al surcar el aire parecía querer consolarla. Las noches le resultaban eternas pues dormía mal, intranquila y temerosa, pensando que su cama flotaba sobre un mar oscuro y profundo; y cuando llegaba la madrugada, agotada por el cansancio, se quedaba dormida. En esas noches de poco descanso, atravesando aquel misterioso mundo de los sueños, donde dejaba de ser ella para igualar el mundo de los espíritus transformándose en un fantasma, volvía furtivamente a visitar su castillo paterno. Deambulaba agitada

por sus inmensos salones solitarios o por sus jardines sembrados de silencio y cubiertos de aromas de flores y de especias. Así fueron pasando los días y, a medida que iban transcurriendo, Juana fue olvidándose de las penas que dejaba atrás y comenzó a soñar con el futuro que se abría por delante.

Al cabo de dos días de navegación, el 24 de agosto, la imponente flota española fue sorprendida repentinamente por un violento temporal de viento y de lluvia que se desató en el centro del Canal de la Mancha. Ante la furia de la naturaleza que parecía abatirse sobre ellos, los indefensos

tripulantes formaron un semicírculo con las naves para resguardarse mutuamente; pero aquella actitud no fue suficiente, los mástiles y velas comenzaron a caer destrozados en medio de los remolinos de agua y de espuma. El viento y la lluvia arreciaron con tanta fuerza que hicieron perder la visión más allá de la proa. En medio de aquella tempestad, mirando por el ojo de buey hacia el mar que se abatía sobre ellos, Juana sufrió la más extraña de las visiones. Felipe se encontraba a su lado y juntos flotaban por encima del agua en el preciso instante en que un infierno de violencias parecía desatarse sobre ellos.

Dos de las naves naufragaron hundiéndose con ellas, en las profundidades, una compañía entera de valientes soldados y parte del ajuar y los regalos que España le había hecho a la infanta para sus esponsales.

Los barcos restantes, en un intento desesperado por salvarse, buscaron refugio en las costas británicas. En medio del fragor de la tormenta desembarcaron en Portland. La infanta, profundamente triste, fue albergada en el castillo de la ciudad, donde recibió la visita de numerosos nobles británicos. Vestida de luto riguroso escuchó misa en sufragio de los soldados desaparecidos.

El obispo de Jaén, que la acompañaba hacia su nuevo destino, fue quien ofició el réquiem, débil y cansado.

Dos días más tarde, cuando el tiempo parecía haber recobrado la calma, la flota continuó su viaje hacia Amberes, una hermosa ciudad rodeada de verdes praderas, campos de bosques, pastos y flores, poblada por viejos molinos de viento.

El primer viaje a Flandes

Las autoridades de Amberes albergaron a Juana y a todo su cortejo en el imponente y magnífico castillo de Carlos, el Temerario. El que otrora fuera el duque del opulento feudo de Borgoña, uno de los mayores de la Francia antigua, y conde de Charolais, abuelo de Felipe, había muerto a los cuarenta y cuatro años. Su sueño había sido

siempre el resucitar la antigua Lotaringia formando un estado entre Francia y Alemania que se extendiera desde los Países Bajos hasta el norte de Italia y que tuviera como centro su ducado hereditario. Pero los suizos se habían encargado de derrumbar sus ilusiones, derrotándolo en la violenta batalla de Grandson y Morat, el 5 de enero de 1477, terminando con su vida y sus ambiciones delante de los muros de la ciudad de Nancy. Dos días más tarde, hallaron su cuerpo sobre el hielo devorado por los lobos.

Su hija, María de Borgoña, esposa de Maximiliano I y madre de Felipe,

había corrido la misma suerte (si suerte se le podía llamar a una muerte inesperada) cinco años más tarde, en 1482, al caer del caballo durante una cacería. La última descendiente de la Casa de Borgoña en Flandes fue sepultada junto a su padre en la ciudad de Brujas, en el coro de la iglesia de Notre Dame.

Eran casi las vísperas cuando el barco que conducía a Juana atracó en el muelle. La infanta descendió vestida de luto en memoria de las almas muertas en el naufragio. Una vez en tierra fue conducida en un carruaje hasta el castillo que se levantaba al final del

camino. El día luminoso estaba llegando a su fin y se acercaba el momento, encantador y fugaz, en que el sol poniente emitiría sus últimos rayos, acentuando el color de la hierba y de los árboles de un modo tan especial que hasta el mismo aire parecería impregnado de un profundo verdor.

Las horas transcurrían lentas como si el tiempo cuajado de recuerdos se rehusara a avanzar y las sombras que se habían demorado en los recodos del camino comenzaban a prolongarse sobre las galerías abovedadas. Los ladrillos de muros y almenas, que durante aquellos instantes habían resplandecido

con una intensa tonalidad rojiza, se volvieron de pronto grises y sombríos. Cuando Juana atravesó el vestíbulo, un silencio sepulcral salió a recibirla causándole la triste sensación que, desde algún lugar lejano, los espíritus del duque y de su hija venían a su encuentro, envolviéndola en un abrazo con una ráfaga de aire helado, cual si fuera un ritual experto y secreto de la muerte. Por unos instantes quedó paralizada, pero de inmediato el mayordomo del castillo la condujo amablemente hacia la gran biblioteca. Al entrar se alegró íntimamente. El lugar era cálido, rodeado de cuadros, tapices

y libros. Sobre una gran mesa lucía llamativo el tapete de las Mil Flores, con el escudo de los duques de Borgoña bordado en el centro. Aquel sitio era acogedor y ofrecía un abundante material de distracción. Juana ocupó un gran sillón frente al ventanal, desde donde podían verse los magníficos y bien cuidados jardines, y perdió su vista dentro de los oscuros follajes de los árboles.

La puerta se abrió y entraron dos doncellas portando inmensas bandejas de plata con perfumadas infusiones y pasteles de fresas. Un sirviente encendió el fuego de la chimenea y, otro, el fuego

de los candelabros dispersos sobre los cristaleros. Había anochecido. La biblioteca iluminada y tibia se convirtió de pronto en un lugar muy grato y de serena calma. Juana contempló a través de los cristales los espaciosos jardines que parecían congelados por la blanca luz de la luna y observó sobre el sendero cuatro siluetas que se deslizaban hacia el castillo. Parecían deambular entre los pinares oscuros, atravesar el camino encharcado de plata, volar por el aire, rozar con sus rostros los cristales del ventanal, llamándola a su lado.

—¡Madre! ¡Es mi madre!, ¡también

mis hermanos Isabel y Juan junto a Felipe!

Las exclamaciones de Juana quedaron suspendidas en el aire, paralizando al cortejo. Pero al romperse el silencio, su voz había desvanecido la ilusión. Desde un cielo oscuro la luna continuaba irradiando su baño de plata sobre los solitarios y silenciosos jardines cuajados de rosas.

—Alteza, nada vemos. ¿Estáis bien?
—interrogaron sus damas de honor.

—Sí, me siento bien. ¡Pero qué extraño! Pude ver a mi madre y a mis hermanos, junto a Felipe, que me sonreían detrás de los cristales. Tal vez,

de tanto amarlos, ellos solo estuvieron en mi imaginación. Sus imágenes amadas salieron de mis fantasías. Creo que estoy muy agotada. Descansaré y pondré en orden mis pensamientos.

En Amberes la gran tristeza de Juana llevaba el nombre de todas las ausencias y la ausencia de todos los afectos. Pero, sobre todo, llevaba el nombre de la ausencia de Felipe. El séquito de Juana descansó unos días antes de emprender el último tramo de su viaje a Gante. Y así, entre preocupada e inquieta por carecer de noticias de Felipe, se embarcó nuevamente deseosa de llegar.

La flota continuó su navegación por

el anchuroso Escalda, mientras la infanta de España observaba con curiosidad estas nuevas tierras que constituirían, en adelante, su nuevo reino. Reino completamente distinto al de su añorada España. Las continuas y densas nieblas que avanzaban desde el mar del Norte cubrían todo el territorio impidiéndole ver con nitidez la luna y las estrellas, como acostumbraba a observar en los límpidos y despejados cielos de Castilla. Y aquel sol, tan fuerte y caliente que iluminaba todo hasta engeecer, se transformaba aquí en un sol débil, sin brillo ni color. Su luz mortecina y fantasmal bañaba

absolutamente todo, desluciendo, en parte, los vivos colores de la naturaleza. El aire húmedo, pesado y hasta imposible de respirar, se tornaba por momentos insoportable, pero lo más difícil de asumir eran esas llanuras inmensas que se extendían ante su vista sin ninguna característica que las distinguiera, surcadas tan solo por lentos ríos que parecían a punto de detenerse.

El barco que transportaba a la princesa española entró por uno de los canales mayores y se fue acercando muy lentamente hasta la tierra firme. En la confluencia del Escalda y el Lys se levantaba Gante, una ciudad bulliciosa,

cubierta de flores y colmada de miles de banderines que flameaban en su honor. Gante se había convertido en la ciudad más destacada de Flandes. Sus condes habían erigido en el siglo XII un magnífico castillo, donde establecerían su residencia Juana y Felipe. La música se hizo oír desde ambas orillas y Juana sintió dentro de su pecho agitarse el corazón, ante un solo pensamiento: el encuentro con Felipe.

Comenzaba a maravillarse de aquel día que de pronto le pareció espléndido. Una bella neblina, suave y blanca, como los vellones recién esquilados de los corderos manchegos, cubría las colinas.

Y el agua de los ríos, límpida y pura como un diamante, continuaba su marcha sin prisa y sin pausa hacia algún lugar del mar.

A lo lejos, las casas apretadas semejaban ramilletes de flores silvestres, sencillas y multicolores, cubriendo las suaves ondulaciones del campo y los prados, que bajo la tenue luz del sol parecían nítidamente más verdes.

—¡Qué maravilloso! No podía ser de otro modo tratándose del reino de Felipe —suspiró Juana, en secreto.

Por unos instantes el día pareció cambiar de color y al levantar sus ojos

observó una bandada de pájaros que se interponía entre ella y el sol, proyectando una sombra pasajera.

Cuando la nave amarró en el muelle, la realidad que apareció ante su vista la impresionó, obligándola a contener el aliento. Cientos de pequeños canales cruzaban las tierras formando un tejido tramado y luminoso que reflejaba la luz del sol y el celeste del cielo. Aquellos canales eran utilizados para drenar los terrenos y como vías rápidas de comunicación.

Juana descendió del barco y caminó junto a su cortejo casi al borde del agua, donde la arena era más firme y facilitaba

la marcha. La playa era angosta, interrumpida por los rompeolas y limitada por un bajo muro de piedras. A lo lejos, dos hileras de robles y de hayas se agitaban con la brisa, bordeados por una profusión los rosales trepadores que impregnaban el aire con sus tenues perfumes.

El recibimiento fue magnífico. Aquellos actos en su honor derivaban del prestigio de sus padres, los Reyes Católicos. Miles de banderines pendían de las ventanas y atravesaban las angostas calles empedradas. Desde los balcones colgaban los tapices con el escudo de armas de los Habsburgo,

mientras cientos de manos saludaban la llegada de la futura reina.

Nobles y plebeyos acudieron a saludarla en alemán, francés, flamenco y latín y, cuando Juana les preguntó por sus lugares de procedencia, le respondieron: flamencos, belgas, borgoñones, frisonos, valones...

Sin embargo, ella buscaba entre aquella multitud de rostros solo uno. En vano esperó y se esforzó en recordar el rostro del retrato, para no olvidar alguno de sus bellos rasgos. Pero Felipe no llegó. Se encontraba muy lejos de allí, entretenido más de la cuenta en el Tirol austríaco, ignorando su desembarco.

El emperador Maximiliano, impaciente, envió con urgencia un mensajero, advirtiéndole con severidad a su hijo sobre sus obligaciones maritales. Margarita de Austria, su hermana, había acudido solícita desde Namur a recibir a Juana, con cierto sentimiento de culpa por la ausencia de su hermano. Con su seductora palidez, Margarita atendió en detalle a su nueva cuñada, que llegaba agotada y con una fuerte tos por la accidentada travesía. El encuentro entre las dos resultó encantador y el conocerse mutuamente las complació por igual y alentó una creciente amistad al comprobar que

ambas cumplían con las expectativas de sus respectivos consortes. La anfitriona se deshacía en atenciones mientras Juana escudriñaba, en aquel rostro familiar, algún rasgo parecido al de su amado retrato.

En sus pensamientos Juana invocó a sus santos devotos y a las almas de sus antepasados. ¿Sería siempre así? ¿Tendría que soportar tantos días de silencio e incertidumbre, mientras él la dejaba abandonada a su propia suerte en este lejano país? Aquellos interrogantes daban vueltas en su cabeza. Su cuñada, intuitiva, percibió la tristeza instalada en sus ojos.

—Juana, no os desaniméis. No quiero que os sintáis triste. Dentro de muy pocos días iremos a Lier a esperar a Felipe. Luego continuaremos hasta Bruselas, donde se celebrará vuestra boda con toda la fastuosidad que exige la dignidad de los contrayentes, en la catedral. Las Cortes en pleno acudirán y llegarán de todos los reinos, aún desde los más lejanos, a admirar vuestra belleza y a rendiros el merecido homenaje. Mi padre ha dispuesto la celebración de los festejos en el palacio imperial, en vuestro honor, dado que Felipe es su primogénito.

A Juana se le iluminó el rostro.

Aquella corte era considerada la más elegante de Europa y no había un país que no se disputase el honor de merecer la invitación de su emperador, con el solo fin de aprender o imitar la cultura refinada y caballeresca de la monarquía flamenca.

—Será maravilloso, Margarita, y os agradezco vuestras palabras que me hacen muy feliz. Mi hermano Juan será el hombre más dichoso de la tierra cuando tenga, por fin, la suerte de conoceros.

—¡Lo mismo digo de vos, querida Juana! Felipe será muy feliz a vuestro lado.

Tomadas del brazo las dos princesas llegaron hasta el carruaje que les aguardaba sobre el muelle y, después de ascender, iniciaron el recorrido que las separaba del palacio. En pocos minutos, la carroza atravesó el portal real, coronado por el blasón de los Habsburgo, que daba entrada a los inmensos jardines del palacio archiducal. Un prado interminable de intenso verdor, prolijamente recortado, mostraba a lo lejos una bella perspectiva de los pequeños bosques, dejando entrever las torres del palacio. Luego, el camino se ensanchaba y avanzaba bordeado de rododendros de

bellas flores en corimbo.

Varias fuentes adornadas con estatuas de personajes mitológicos se alzaban graciosamente sobre aquellos exquisitos jardines, esparciendo una infinidad de chorros de agua que, al ser atravesados por la luz del sol, reflejaban una sucesión interminable de pequeños arco iris.

Juana no recordaba haber pensado conscientemente en el palacio, que en adelante compartiría con Felipe de Austria. De todos modos, cuando lo hubo imaginado, solo se le había representado en su mente como una mole de piedra gris, austera y almenada, con

una recargada solidez española y una conjunción desproporcionada entre la domesticidad y la grandeza.

Pero la realidad que se le apareció de pronto ante su vista, le obligó a contener la respiración. Cerca del gran Escalda, casi al borde del agua y como emergiendo de ella, se levantaba el palacio. A lo lejos se dibujaban sobre el horizonte los bosques de hayas, robles y pinos, perfumando el aire fresco con sus agradables aromas.

«¡Cómo en un cuento de hadas, Juanita!»; resonó la voz de la reina, su madre, en los oídos de la infanta.

La construcción era de ladrillos

rosados y de altas ventanas góticas que relucían iluminadas por los reflejos del sol. Hacia el norte se levantaba una gran torre redonda coronada por una cúpula sólida pero, al mismo tiempo, etérea, y cada detalle de las paredes de los contrafuertes y almenas de gracioso diseño era claro, diferenciado y seguro.

El conjunto formaba un cuerpo compacto y macizo, pero los altos techos en caída y la esbelta torre daban cierta impresión de ligereza y reposo que ella nunca había imaginado en los palacios flamencos. La fachada sur estaba iluminada por una amplia terraza y desde allí, en tres tramos, descendían

las escalinatas hasta la misma playa del río.

El carruaje se detuvo al pie de las escaleras y un lacayo uniformado abrió la portezuela ayudándoles a bajar. Primero lo hizo Margarita y después descendió Juana.

Al mirar hacia arriba las proporciones del castillo le parecieron exactas y apropiadas para el lugar que ocupaba. Más grande aún, le habría parecido exagerado, más pequeño, le habría sugerido un encanto superficial. Aquel palacio, sin embargo, le pareció un triunfo brillante y casi se echó a reír ante el placer de admirarlo, sin advertir

que Balduino de Borgoña y su esposa, María Manuel, que habían sido encomendados por el emperador para recibirla, se acercaban ceremoniosamente. Después de saludar a la princesa Margarita con afecto, se dirigieron a Juana.

—Alteza, vengo a traer los saludos del emperador que no ha podido estar aquí para daros la bienvenida, pero me ha encargado que os transmita que os conocerá a la brevedad en Bruselas.

—Transmitidle a vuestra alteza imperial que me siento complacida de estar en su imperio y que todas las

atenciones que me habéis dispensado me han hecho sentir como en mi propia casa.

—Vuestra alteza imperial espera que Flandes sea de vuestro agrado —saludó María Manuel.

—En mi primer día debo deciros que me parece un país notable, inesperado, jamás soñado por mí —respondió con una sonrisa la princesa española.

Balduino de Borgoña y su esposa habían sido designados por el emperador para dar la bienvenida a la nueva integrante de la Casa Habsburgo y, después de saludar y departir una hora

sobre el viaje con la infanta, se despidieron, dejando a Juana junto a Margarita. La princesa austríaca, dirigiéndose a Juana, la invitó a conocer el palacio y, tomándola del brazo cariñosamente, iniciaron el recorrido.

Llegaba el crepúsculo apresurado, pintando de rosas y bermellones los cielos de Flandes. Juana miró a través de las ventanas las estrellas del firmamento que titilaban lejanas y agradeció íntimamente haber llegado al reino de Felipe. Junto a su futura cuñada recorrería aquellos acristalados corredores que los pies de Felipe ya habían recorrido, contemplaría las

estatuas de mármol, los retratos de los antepasados, los inmensos espejos que cubrían las paredes y que alguna vez habrían contemplado y reflejado los ojos de su futuro rey. Admiraría aquellos tapices bordados con hilos de oro y los sillones repujados en madera y terciopelo carmesí, los cristaleros con sus relojes y miniaturas de porcelana, los jarrones repletos de lirios y jacintos, los brillantes muebles y los cientos de candelabros con sus velas blancas que un ejército de sirvientes iba encendiendo, por orden, en cada uno de los salones del palacio. Cuando todas las velas se hubieron encendido, las

cosas habían cobrado un brillo sin igual y el palacio aparecía ante su vista como encharcado en mil reflejos de oro.

Juana estaba deslumbrada.

—¿Os agradan los palacios flamencos? —preguntó Margarita con una amplia sonrisa.

—¡Mucho! pero los desconozco —respondió Juana con entusiasmo.

—Ya aprenderéis a conocerlos en detalle y a disfrutar de ellos tanto como nosotros.

Al final de las escalinatas las esperaban los dos cortejos, las damas de honor, los lacayos y los sirvientes, inmóviles como en un cuadro. Uno a uno

fueron saludando con los honores correspondientes a la nueva princesa imperial, arrodillándose y besándole la mano. La corte española hizo lo propio con la futura princesa de Asturias.

La figura dominante de la escena era sin duda la infanta y la impresión inmediata que causaba era la de una reina clásica y majestuosa. Juana era la esposa ideal para Felipe de Habsburgo.

Durante las charlas que siguieron a las presentaciones formales de las Cortes, las damas de honor de Juana supervisaron la descarga de los cuarenta arcones que quedaron después del naufragio, así como el traslado de todas

las pertenencias a las habitaciones que le habían sido asignadas.

Juana solo deseaba descansar, poner en orden sus pensamientos, cambiar sus ropas y guardar cama para reponerse de la fuerte tos que la aquejaba, ocasionada por la humedad de la travesía.

Las habitaciones principales del palacio se abrían sobre la terraza y gozaban de una amplia vista de los jardines y el Escalda. La otra entrada del palacio se abría hacia la ciudad, sobre el costado oriental, más protegida del río. Una inmensa galería de arcos de piedra asomaba a un jardín repleto de rosas. Juana y Margarita se dirigieron

hasta el inmenso vestíbulo. Allí se exhibían armoniosamente elegantes sofás, inmensos espejos venecianos, mesas ocasionales y espléndidas alfombras. Una escalera de madera se bifurcaba a derecha e izquierda conduciendo a una galería superior que llevaba a los aposentos reales. La luminosa galería terminaba en un gran vitral de los dioses del Olimpo, sobre el que, al filtrarse la luz de sol, se descomponía en mil brillantes colores confiriendo al lugar la serena solemnidad de una catedral.

Los aposentos destinados a Juana mostraban una espléndida vista de los

jardines imperiales. Y así como los interiores deslumbraban por su suntuosidad, los jardines deslumbraban por la combinación de los colores de árboles y flores que se prodigaban sin cesar hasta donde la vista se perdía. Cuatro ventanales altos filtraban la luz a raudales sobre la gran cama de immaculados cobertores y de imponente baldaquino de madera lustrada. Sobre el friso, los escudos de las casas Habsburgo y Borgoña se alternaban en un hermoso colorido, mientras unos inmensos leños ardían en la chimenea.

El brillo de aquel palacio cubierto por tapices y damascos, espléndidos

cortinados y suntuoso mobiliario, contrastaba en lo íntimo del alma de Juana con aquellos acostumbrados interiores desnudos y monásticos de los castillos de España, identificados con el espíritu recio y duro de sus súbditos.

Unos días más tarde Margarita llevó a Juana de paseo a Lier.

Los esponsales

Aquella tarde del mes de octubre se anunciaba lluviosa y fría. Y dentro de los hermosos claustros del convento de Lier, claros y apacibles, Juana continuaba esperando, después de catorce largos días, el regreso del archiduque. La brisa fresca levantaba en ella nuevos aires de melancolía y así, sostenida por los recuerdos, aguardaba, a punto de quebrarse, la presencia tangible de Felipe. Para no llorar,

comenzó a rezar mentalmente, mientras su cuñada Margarita trataba de darle ánimos y le relataba los pormenores de su boda en la catedral de Bruselas.

—Será inolvidable —finalizó Margarita.

—¿Por qué no llega? —interrogó Juana refiriéndose a Felipe.

—No lo sé Juana, pero iré a la capilla a rezar por su regreso.

Su apuesto prometido, que se hallaba de cacería en el Tirol, había tenido valederos motivos que justificaban su ausencia. En el mismo día dos correos habían llegado hasta sus manos. En uno se le comunicaba la

salida de Juana desde Laredo y, en otro, el emperador en persona le informaba de su llegada a Gante.

Con la velocidad de un rayo cruzó las fronteras, sin descansos ni postas, mientras Juana secaba sus lágrimas desconsolada por el olvido. Porque la verdad era que ya le amaba (y de haber podido elegir durante toda su vida, siempre habría preferido su compañía a la de cualquier otra persona en el mundo).

De pie frente a la ventana, Juana observaba las gotas de lluvia golpear sobre los cristales. El coro de las monjas se oía a lo lejos.

—Felipe, ¡no sigáis torturándome!

—exclamó entre suspiros y sollozos.

—De verdad, creedme que lo siento.

Yo soy Felipe, ¿vos sois Juana?

Una voz desconocida, cautivante y serena, resonó a su espalda desde el umbral de la puerta.

Juana dio media vuelta y allí, frente a ella, vio al príncipe más apuesto que jamás había imaginado.

—Sí, yo soy Juana —y sus ojos se detuvieron en los ojos de su futuro esposo, que parecía acariciarla con su mirada.

Durante mucho tiempo, y hasta el día de su muerte, acaecida cincuenta y nueve

años más tarde, Juana estuvo como suspendida en el éxtasis de aquel momento, como detenida en aquel instante maravilloso y sublime en el que vio a Felipe por primera vez.

Dentro de la sala, la luz se iba haciendo más tenue, tomando ese tono violáceo y suave que llega con el crepúsculo y dando un brillo especial a las lámparas y al fuego de la chimenea. Afuera atardecía y las gotas de lluvia colgaban de las ramas de los árboles que se arqueaban bajo el peso del agua. En los jardines las flores se habían deshojado y sus pétalos cubrían el pasto mojado. Los pájaros limpiaban sus

plumajes a la orilla de los pequeños charcos y el arco iris se insinuaba sobre el poniente, resaltando sus siete colores sobre un cielo azul plomizo. Pero Juana no veía nada de eso. Para ella todo se había esfumado de repente y la sola presencia de Felipe se enaltecía en medio de la nada.

Se acercó a ella con toda la magnificencia de su ser y, allí donde la curiosidad de sus claros ojos se detenía, el rubor de Juana brotaba incontenible.

Los instantes densos parecían prolongarse en un silencio abismal. Solo la respiración acelerada de los esposos, interrumpida por el compás de las gotas

de lluvia sobre los cristales, les hacía recordar que no era un sueño. Juana volvió a levantar sus ojos y encontró los de Felipe clavados en los suyos. Sintió toda su sangre agolpársele en las mejillas y el corazón, a punto de salirse del pecho, pulsaba con fuerza como partiéndola en dos. Era una sensación jamás sentida, incontenible, irresistible, avasallante.

Obedeciendo una orden de Felipe, dos sirvientes entraron portando cuatro candelabros de plata encendidos, que depositaron sobre los cristaleros. Cuando el último de ellos se hubo marchado, cerrando la doble puerta tras

de sí, Juana y Felipe quedaron a solas. Juana sin atreverse a mirarle de nuevo. Felipe sin poder despegar sus ojos de ella. Ruborizada, dejó que la mano de él levantara suavemente su mentón y los ojos de ambos volvieron a encontrarse extasiados, locamente enamorados. Solo la luz temblorosa de las velas parecía hacer palpitar el tiempo que se había detenido.

—Juana de Castilla y Aragón, ¡nos casaremos!

—Será en Bruselas, me lo dijo Margarita.

—No, Juana. Será aquí, en Lier, y ahora.

Un ciclón parecía haber llegado al convento. Felipe había dado la orden y la ceremonia improvisada en la capilla iba a celebrarse en unos momentos. Las voces angelicales del coro de monjas «Hermanas de Sión» santificaba el aire y el apresuramiento del archiduque, mientras el sacerdote, que había tratado de disuadir al joven Habsburgo, preparaba de prisa las lecturas y la priora del convento, María de Soissons, alistaba el mantel immaculado del altar y las flores de nardos frente al sagrario. Felipe, por su parte, solo accedió a realizar la presentación de la corte castellana.

La ceremonia se celebró en la más estricta intimidad y en el secreto de aquellos claustros del convento de Lier.

Juana, sin atreverse a pronunciar una palabra, esperaba el momento en que él la tomara entre sus brazos; y así, confundida, feliz y enamorada sintió que tocaba el cielo con sus manos cuando la boca del archiduque se inclinó suavemente sobre la suya y, en un beso apasionado y tierno, sus labios se encontraron por vez primera. Sus ojos se fundieron en una intensa mirada y los brazos de Felipe sostuvieron con firmeza la frágil y dócil cintura de la infanta.

Había esperado por meses este precioso encuentro, pero se hallaba tremendamente confundida, sin saber qué hacer, ni qué decir.

—¡En menos de siete días nos volveremos a casar!, ¡para los ojos del mundo! Será en Bruselas.

Juana no lograba recuperar la calma. La confusión y la prisa eran tan grandes y sus deseos de amarle con locura tan inmensos, que hacían imposible que pudiera estar tranquila para poder responderle. Por fin, recuperando algo de la serenidad perdida, Juana habló.

—Inmensa ha sido mi sorpresa al conoceros hoy, inesperadamente. Debo

reconocer que vuestra presencia me ha conmovido de una manera inigualable. Por eso quiero que sepáis, Felipe, que cuanto dispongáis para mí estará bien.

—Lo sabía Juana. ¡Erais como os había soñado! —y, atrayéndola nuevamente contra su cuerpo, volvió a besarla.

Felipe era maravillosamente más apuesto de lo que se había imaginado. Elegante, esbelto, de silueta delgada, de perfectas facciones, cautivante. Un regalo que Dios le tenía destinado y por el que nunca dejaría de agradecer.

Educada para futura reina consorte había sido instruida, además, en la

misión de colaborar, dirigir y, sobre todo, de saber influir sobre los demás para beneficio de España. Toda su vida había sido insumida en los estudios de filosofía, religión, gramática latina y castellana, historia española y extranjera, heráldica, modales, costura, música, canto, dibujo y equitación. Cuanto una madre de rígidos principios y un padre ambicioso podían proporcionarle se lo habían brindado, moldeando y madurando tanto su cuerpo como su carácter. Pero aquella vida de intensos estudios había quedado atrás. A partir de aquel momento tendría que sacar lo que tenía de sí, tanto en

fortaleza como en debilidad, para afrontar los compromisos que la vida comenzaba a exigirle. Pero su principal objetivo, desde ese día en adelante, sería hacer feliz a Felipe de Habsburgo.

Aquella noche en Lier, la primera junto a Felipe, no la olvidaría jamás. El éxtasis de aquel amor embriagaría para siempre sus sentidos y ya nada volvería a ser igual.

Una semana más tarde volvieron a contraer enlace en Bruselas, con todas las pompas y la fastuosidad. Las campanas no dejaron de repicar anunciando la dicha de la pareja. Las banderolas y estandartes multicolores

ondearon al viento y cientos de palomas cruzaron los cielos durante todo el trayecto que los novios recorrieron, entre el palacio imperial y la catedral gótica de San Miguel y Santa Gúdula. La etiqueta heredada de los duques de Borgoña era la más suntuosa de todas las Casas reales europeas. Y los palacios imperiales que salpicaban la geografía de Flandes competían en fastuosidad y riquezas, por lo cual Juana no dejaba de asombrarse.

La tarde antes de los esponsales, el emperador Maximiliano I abrazó cariñosamente a la pareja, augurándoles dicha, felicidad y una descendencia

numerosa.

—Hijos míos, a partir de vuestro desposorio, deberéis tomar vuestros deberes con mayor seriedad que de costumbre. Posiblemente se os conferirá un gran poder, pues nuestros antepasados siempre lo han buscado y lo han logrado. Y vos sois, hijo mío, el Habsburgo más típico que he conocido. Sé que no me defraudaréis. Por eso os deseo, a Juana y a vos, toda la dicha que merecéis y un ramillete de bellos hijos que alegren vuestra existencia.

—Padre, Juana y yo os agradecemos vuestros augurios y podéis estar seguro de que no os defraudaremos.

Llevaremos con honor y orgullo la insignia del imperio que desde 1437 llevaron nuestros antepasados, por donde quiera que el destino nos lleve. Os lo prometemos.

El emperador experimentó un inmenso placer al comprobar que su hijo había crecido y madurado, convirtiéndose en un hombre con óptimas cualidades para reinar. Sería un gobernante ejemplar, no tenía dudas, ya que poseía todas las condiciones que habían hecho posible que la familia de los Habsburgo se convirtiese en la Casa imperial.

Tanto Maximiliano como Felipe

conquistaban por su simpatía, por la falta de fanatismos y por la buena disposición a comprender cualquier clase de problemas.

El mundo entero les miraba con afecto, porque la política amable del imperio era una actitud poco frecuente en una Europa dominada por reyes altaneros y nada compasivos como Enrique VII de Inglaterra, Carlos VIII de Francia, el papa Alejandro VI y hasta el mismo Fernando de Aragón.

Al haberse concretado el matrimonio de Felipe de Habsburgo con Juana de Castilla y Aragón se vislumbraba otra de sus cualidades más famosas: el ansia

de poder.

El lema de Austria curiosamente contenía las cinco vocales: *Austria Est Imperium Omnium Universum* (Austria es el imperio de todo el universo), y lo que otros reinos ganaban en las guerras, desangrándose en los campos de batalla, Austria lo conquistaba a través de una de las experiencias más agradables: el lecho nupcial.

El Sacro Imperio Romano Germánico tenía una historia legendaria: el nombre de Imperio Romano había aparecido por primera vez en el siglo XI. En el siglo XIII se comenzó a llamar Sacro Imperio Romano, siendo una

monarquía electiva donde el monarca era elegido por la alta nobleza, pero al mismo tiempo regía el «derecho de sangre», dado que el nuevo monarca debía estar emparentado con su antecesor. Sin embargo, este principio no fue siempre respetado (hasta en algunos casos se produjeron elecciones dobles). El Imperio medieval no tenía una ciudad capital y el emperador gobernaba desplazándose de un lugar a otro. Tampoco existían los impuestos imperiales y el monarca atendía sus gastos con los llamados «bienes imperiales», que administraba como agente fiduciario.

Su autoridad solo era reconocida a través de su poder militar y de una hábil política de alianzas con la que podía conseguir el respeto de los poderosos ducados y reinos. Por definición, el imperio era universal y otorgaba a quien ostentaba el título de emperador el dominio, sobre todo, de Occidente, pero esta idea del imperio nunca alcanzó su plena materialización política. A fin de ser coronado emperador por el papa, el rey debía trasladarse a Roma.

Con Rodolfo I (1273-1291) llegaba por primera vez un Habsburgo al trono. Los fundamentos materiales del imperio ya no eran los entonces desaparecidos

bienes imperiales, sino los «bienes de la Casa» de la respectiva dinastía reinante. La política de incremento del poder de la Casa imperial se transformó en el principal objetivo de cada emperador. La Bula de Oro de Carlos IV, en 1356, era una especie de constitución imperial que otorgó a siete príncipes (los príncipes electores) el derecho exclusivo a elegir emperador, a la vez que les confirió otros privilegios frente a los demás nobles.

Simultáneamente, mientras los pequeños condes, señores y caballeros iban perdiendo poco a poco su importancia, aumentaba la influencia de

las ciudades en virtud de su poder económico. La unión de estas últimas federaciones de ciudades contribuyó a reforzar más aún su poder. La más importante de todas ellas fue la «Liga Hanseática», que se había convertido en el siglo XIV en la potencia dominante del mar Báltico. La zona más rica de Flandes correspondía a Brujas, Bruselas, Amberes y Gante. Desde 1437, y a pesar de que el imperio era formalmente una monarquía electiva, la corona fue transmitida de mano en mano, por herencia, dentro de la Casa Habsburgo que, por otra parte, se había transformado en la potencia territorial

más importante.

En el siglo XV comenzaron a hacerse sentir, cada vez con mayor exigencia, los reclamos de una reforma del imperio. Maximiliano I, que había ascendido al trono imperial en 1493 (y fue el primero en recibir el título de emperador, sin haber sido coronado por el papa), trató sin mucho éxito de llevar a cabo una reforma.

Las instituciones, cuya creación dispusiera la dieta imperial, distritos imperiales y cámaras de justicia imperiales, no pudieron impedir su creciente escisión. Comenzó a desarrollarse el dualismo emperador-

imperio. Frente al emperador se encontraban los estamentos imperiales, príncipes electores, príncipes y ciudades. El poder del emperador fue limitado y reducido cada vez más a través de las capitulaciones, es decir, de los acuerdos firmados con los príncipes electores al ser elegidos. Los príncipes, especialmente los más poderosos, ampliaron considerablemente sus derechos a costa del poder imperial. Con todo, el imperio se mantuvo unido. El brillo de la corona imperial no se había extinguido y la idea del imperio se mantenía viva y unida frente a los ataques de vecinos poderosos.

El imperio era una extensión demasiado vasta y la seguridad de España reclamaba esta amistad. Sus dominios se extendían desde el mar Negro hasta el mar Báltico, comprendiendo todos los territorios de la Europa central. En él convivían pueblos totalmente distintos: flamencos, húngaros, austriacos, eslavos, griegos y alemanes. Diferentes idiomas y distintas razas. Mientras la corona española era dura, compacta y unificada, el imperio era cambiante, de fronteras inestables y disputadas entre sus propios pueblos. Por todo esto se había visto obligado a aliarse a un reino fuerte como el

español, concentrado en un solo propósito: extender la cristiandad más allá de los confines del mundo conocido.

La Casa Habsburgo tenía un heredero: Felipe de Austria. Siempre y cuando sus electores lo eligieran, porque la corona imperial no era hereditaria. Debido a los múltiples antagonismos de sus diversos reinos había que gobernar con sutileza, astucia y una gran cuota de persuasión. De no haber sido así la casa reinante, otra la hubiera suplantado. Y dado que ella lo había conseguido, se la consideraba la poseedora de los mayores y mejores

recursos. La necesidad de cumplir con cada hombre de cada reino constituía una excelente técnica en lo que a política exterior se refería, pero dejaba mucho que desear en lo más íntimo de cada uno de sus súbditos.

—Un día tengo que vestirme como si fuera griego, al siguiente como flamenco y al próximo como húngaro. Además tengo que pensar como cada uno de ellos. ¿Qué queda bajo esas apariencias? ¿A qué reino pertenezco? Sé que no queda nada y que no pertenezco a ninguno —se quejaba a menudo el emperador a su hijo.

A Felipe no le preocupaba

demasiado y, hasta el día de sus esponsales, se había dedicado a gozar de la vida, a disfrutar de ella como un buen príncipe. Pero había llegado el momento de tomar las cosas con seriedad y responsabilidad, asumiendo el papel de rey y de esposo.

Bruselas era un importante nudo comercial de la ruta Brujas-Colonia-Amberes-Nivelles y, hacia fines del siglo XIII, había pasado a formar parte de la Hansa, la asociación de ciudades del norte de Europa. La mayoría de sus habitantes se dio cita allí para asistir a los festejos de los esponsales de los archiduques de Austria.

Enormes multitudes presenciaron el paso del cortejo nupcial. A lo largo del recorrido, tapices y colgaduras con las armas borgoñonas y de la Casa Habsburgo adornaban los frentes de los edificios, mientras grupos de niños y mujeres arrojaban flores a su paso. Era un día esplendoroso y Juana sintió que el sol brillaba más intensamente. En todas las puertas, ventanas y balcones por donde pasaban, la gente se aglomeraba para verles. Nadie quería permanecer ajeno a tan magníficos esponsales. El carruaje tapizado en brocado de oro, que transportaba a Juana, encabezaba el cortejo. Seis

corceles blancos con bridas de plata y guirnaldas de flores eran guiados por dos cocheros uniformados. Detrás, avanzando al trote por las serpenteantes y bulliciosas calles, marchaba el carruaje del emperador Maximiliano I, acompañado por sus dos hijos, Felipe y Margarita, y por su esposa Bianca Sforza. Detrás les seguían los nobles y damas de las cortes imperial y española. Los austríacos se mezclaban junto a los flamencos, húngaros y alemanes, con sus refulgentes colores, felices y sonrientes. No importaba con quién se casara el archiduque, siempre lo haría con una princesa extranjera. Aquel día, el lejano

tratado entre los reinos llegaba a su consumación definitiva.

Felipe iba vestido a la última moda de la corte austríaca, luciendo un suntuoso jubón de terciopelo azul oscuro con las armas de reino bordadas en la espalda con hilos de oro. Llevaba calzas grises y, en sus pies, unos escaarpines de cuero de Rusia del color del jubón. De su cuello pendía refulgente el Toisón de Oro, símbolo de aquella orden que había fundado en 1429, en Brujas, Felipe el Bueno, duque de Borgoña, con motivo de su boda con Isabel de Portugal, hija de Juan I de Avis, con el objetivo de defender la religión cristiana, para

honrar la memoria de los miltites valientes y como estmulo de caballeros. A ella debían pertenecer solo el duque y veinticuatro caballeros, aunque el propio fundador aumentó su número a treinta y uno. Al extinguirse la dinastía borgoñona con la muerte de Carlos, el Temerario, este pasó a los maestros supremos de la Orden de los Soberanos de Austria. El Toisón de Oro estaba simbolizado por un cordero de oro.

Para Juana y toda su corte española, acostumbrada a la severidad del sistema y a la austeridad de sus reyes, todo aquello resultaba por demás llamativo. Ella iba pensando en Felipe, en su rostro

bronceado, en sus ojos claros, en sus cabellos cobrizos, en sus manos delgadas y fuertes, capaces tanto de empuñar con valentía una espada de acero como doblegar con ternura una frágil cintura femenina. Pensaba en su cuerpo de hombros anchos y caderas angostas, en sus largas piernas musculosas y bien formadas, en su magnífico porte de rey. El rey de los Países Bajos que hoy se desposaba ante el mundo, con ella. ¡Cómo en un cuento de hadas!

Después de la corte imperial le seguía la corte española. Negro era su color, pero un negro brillante y

majestuoso, cubierto por miles de hilos de oro y de plata, superando en esplendor, varias veces, a la corte imperial. Con orgullo, seguros de sí mismos, pasaban en silencio, altivos y dignos. Tan igualmente felices como el resto del imperio, pero muy distintos en sus demostraciones. Detrás seguía el clero con sus prelados y, entre ellos, el obispo de Jaén y el confesor de Juana, el padre Diego de Villaescusa.

Con sus refulgentes capas escarlatas, magníficamente cuajadas de incrustaciones doradas y presididos por los crucifijos y relicarios, verdaderos tesoros del arte religioso español,

manifestaban a través de estas riquezas el sincero agradecimiento hacia Dios por haber hecho posible la expulsión de los moros de las tierras de España y descubrir otros mundos, más allá de los océanos, para ser evangelizados en nombre de la corona.

A medida que el carruaje avanzaba rumbo a la catedral, Juana pensaba en los suyos. ¡Si al menos estuvieran allí!, junto a ella, en el día más feliz de su vida, compartiendo aquella inmensa dicha, ¡hubiera podido decir que tocaba el cielo con sus manos! Pensaba en sus padres, a quienes hubiese querido presentarles a su amado Felipe,

abrazarles y agradecerles por haber concretado aquella alianza sin igual. Pensaba en su hermano Juan, un contraste doloroso si lo comparaba con su adorado archiduque, porque Juan era un adolescente pálido, débil, de mirada vaga. En cambio Felipe desbordaba fuerza, vitalidad y lozanía. ¡Ojalá hubiera podido pedirle algo de aquel ímpetu para obsequiarle a su hermano y, a su vez, pedir algo de aquel carácter sensitivo y suave de Juan, para entregarle a Felipe!

Recordaba a su hermana Isabel, a la que seguramente hubiera tenido que insistirle y hasta rogarle para que

abandonara, tan solo por un día, el riguroso luto que se había autoimpuesto. Con seguridad, obligada por la corte y las circunstancias, hubiese asistido sin el menor deseo, mientras, elevando una plegaria al cielo, rogaría por su felicidad y por el eterno descanso de su esposo difunto. Isabel seguía en orden de derechos al príncipe de Asturias, como heredera al trono español.

Detrás de Isabel marcharía María, su hermana tres años menor, tan sobria y silenciosa, siempre tratando de pasar desapercibida e ignorada, contrastando su personalidad con la bulliciosa Catalina.

Catalina sería la última, con sus once años, era la más pequeña de los Trastámara. Alegremente le diría: «Ojalá hoy me casara yo» o «Cuando sea reina de Inglaterra, mandaré yo». ¡Eran tan distintos todos sus hermanos! ¡Pero todos tan queridos e iguales en sus afectos!

Juana iba magnífica, irradiando felicidad. Su vestido color nácar estaba íntegramente bordado con hilos de oro e incrustaciones de perlas. Un velo traslúcido de encaje de Alost cubría su rostro y sus rubios cabellos, sostenido por una diadema de brillantes que había pertenecido a la madre de Felipe, María

de Borgoña. Entre sus pálidas manos apretaba un relicario de marfil con el rostro de Cristo grabado en oro que había pertenecido a su abuela Juana Enríquez. Su padre se lo había obsequiado por ser ella la nieta que más se le parecía.

Cuando el cortejo nupcial llegó a las puertas de la catedral de San Miguel y Santa Gúdula, Juana bajó de la carroza para ir al encuentro de las cien damas de honor, ricamente ataviadas con vestidos de seda, perlas y coronas de flores blancas sobre sus frentes, y de los doscientos pajes, de atuendos no menos magníficos y brillantes, que la esperaban

para acompañarla en la ceremonia. Los soldados de la guardia imperial, siguiendo con la tradición, tomaron el palio nupcial, símbolo de la felicidad.

Bajo palio y acompañada por Felipe, Juana ascendió las escalinatas de la catedral mientras una profusión de pequeños jazmines y flores de almendros alfombraba de blanco el camino de piedras milenarias y grises.

—Bienvenida, hija mía —le saludó el emperador Maximiliano que se hallaba de pie a las puertas de la catedral—. Esperábamos este momento desde hace mucho tiempo.

—Gracias, majestad. Espero

cumplir dignamente el papel de reina con el que desde hoy me honráis — respondió Juana radiante de felicidad, saludando luego al resto de la Familia imperial.

En el atrio de la catedral, las cortes civiles, eclesiásticas y los visitantes extranjeros dieron sus saludos protocolares al emperador, a su hijo y a su futura esposa, a la princesa Margarita y a la esposa de Maximiliano I.

Y, bajo el abovedado techo perfumado de inciensos e iluminado por el temblor de mil cirios, Juana caminó lentamente junto a Felipe sobre una alfombra de flores blancas, bella y

candorosa, hasta los pies del altar.

Se arrodillaron sobre los reclinatorios de almohadones escarlata bordados con el águila bicéfala del imperio.

El cardenal primado inició la ceremonia en latín y, haciendo tomar al esposo las manos de la esposa, les hizo pronunciar las fórmulas rituales:

—Yo, Felipe de Habsburgo, os recibo a vos, doña Juana Trastámara, por mi esposa legítima.

Luego Juana repitió el ritual:

—Yo, Juana Trastámara, os recibo a vos, don Felipe de Habsburgo, por mi esposo legítimo.

—Entonces yo les declaro marido y mujer —y, haciendo la señal de la cruz sobre cada uno de los esposos, agregó —. Que el hombre jamás separe lo que Dios ha unido.

Aceptados los esposos, el cardenal se aproximó al emperador, quien le entregó las alianzas y, bendiciéndolas, las ofreció a los archiduques. Juana permanecía con las manos juntas y la cabeza inclinada, mientras el coro interpretaba seráficos cánticos gregorianos. Felipe puso el anillo de bodas en el anular de la novia (que, según la tradición, de ese dedo parte una vena que va directa al corazón), a la vez

que le entregaba las trece monedas de oro, herencia de la Ley Sállica.

—Con este anillo os desposo, con este oro os honro y con esta dote os hago dueña de mis riquezas —dijo Felipe. Luego Juana completó el mismo juramento, terminando el ritual.

Durante toda la ceremonia Felipe no había dejado de mirar, enamorado, a su bella esposa y, cuando llegó el sublime momento de colocarse las alianzas, él apretó su mano desafiando al protocolo real. La mano de Juana se abandonó en las de Felipe, mientras los ojos del archiduque se demoraron sobre los claros ojos de Juana que, temerosa de no

saber ocultar sus emociones, los apartó rápidamente.

Felipe de Habsburgo se sentía inmensamente feliz. Él era un rey sin amantes ni bastardos, dispuesto a entregar su vida ante aquel amor maravilloso.

Llenos de júbilo, los concurrentes comentaban que jamás esponsales algunos habían sido efectuados bajo tan buenos augurios. Raras eran las ocasiones en las bodas de la realeza que los novios fuesen tan parecidos en edad y de tan magnífica apariencia. Y más difícil de encontrar aún era la fuerza y la vitalidad de dos cuerpos atractivos y

saludables, tan enamorados entre sí como lo estaban Juana y Felipe.

Todos presenciaron la maravillosa ceremonia con serena satisfacción y alegría. No solo se había logrado definitivamente la amistad entre el Imperio y España, sino que además se había realizado una gran hazaña diplomática y todo ello sin los conflictos desagradables que llevaba aparejado un matrimonio concertado bajo las conveniencias de los estados interesados. En esta alianza todo era felicidad, y más aún sabiendo que sus protagonistas estaban mutuamente enamorados.

Cuando el cardenal de Bruselas declaró como esposos a Juana y a Felipe, las campanas de la catedral volvieron a repicar. La ceremonia finalizó en medio de los cantos y el bullicio. Los jóvenes reyes recorrieron lentamente la nave central cubierta de pétalos blancos, llegando hasta el portal del atrio. El pueblo en pleno se había agrupado para saludar a la feliz pareja y, en medio de aplausos, vítores y aclamaciones, los archiduques saludaban con sus manos, mientras cientos de palomas pasaban rozando las cabezas de aquella multitud.

Desde las murallas que bordeaban el

río Senne hasta las puertas de la ciudad, todo era una fiesta. El palacio imperial, flamígero y brabanzón, aparecía todo iluminado y adornado con plantas y flores que los jardines podían dar en el otoño. Las banderolas del imperio, junto a las de los reinos de Castilla, León y Aragón y la del ducado de Borgoña, flameaban al viento y, entre todas ellas, se divisaban las más pequeñas de seda amarilla, las llamadas oriflama, con el estandarte real de los Habsburgo, el escudo de armas de la Casa de Borgoña y la divisa personal de los archiduques de Austria.

Los jardines imperiales merecían

una mención especial, pues abarcaban un espacio ilimitado, con áreas accesibles a toda la corte, adecuadas para la caza y la pesca. Esas inmensas praderas con grandes lagos, salpicadas de bosques, eran el lugar favorito para las carreras de carruajes y de caballos. Existían otras áreas abiertas solo al círculo más íntimo de las amistades del emperador que ofrecían paseos soleados, avenidas sombreadas y floridas glorietas. Por último, aquellos jardines tenían espacios reservados solo para los integrantes de la Familia imperial, con extensos parques de placer, refrescados por innumerables

fuentes y estanques, adornados con estatuas. El aire todo estaba perfumado por las resinas de los bosques, mientras los cisnes nadaban en los lagos, los pavos reales y cervatillos paseaban mansamente por los prados.

En los grandes salones del palacio, la luz de las bujías resplandecía sobre la impecable vajilla de plata que había sido sacada y lustrada para aquella ocasión tan especial. En las chimeneas ardían los grandes leños y el resplandor del fuego hacía relucir en una policromía de colores brillantes los inmensos tapices flamencos. Los pisos impecablemente fregados, reflejaban,

como en un espejo, los ondulantes vestidos de la corte femenina.

Caía la tarde y era el momento del banquete y el baile nupcial. Los trovadores tocaban su alegre música en el laúd, la flauta, la trompa y el rabel para celebrar tan magnífico acontecimiento que, de acuerdo a las costumbres, se festejaba en el gran salón del Emperador, el cual había sido espléndidamente decorado para la ocasión.

Ricas telas de Damasco, sedas de la China, tafetanes de Persia y terciopelos de Italia competían unos con otros en colorido y suntuosidad, dando un fausto

sin igual a las damas allí presentes. Por su parte, la corte masculina lucía igualmente elegante, jubones de terciopelo, capas forradas de pieles, sombreros bordados con pedrerías y blancas plumas, y espadas y anillos de relucientes gemas.

En el centro de la mesa imperial, adornada con flores blancas y rojas, se sentaron los flamantes esposos, flanqueados por el emperador, su esposa y la princesa Margarita.

Infinidad de obsequios reales de un valor incalculable habían llegado de todos los confines de la cristiandad. Aguamaniles de plata maciza, joyas,

muebles, jofainas de plata con sus jarras haciendo juego, juegos completos de vajilla de mesa en plata y oro, caballos árabes, tapices flamencos bordados en oro, retratos, candelabros y alfombras del Oriente.

Cuando el canciller del imperio dio la orden, se levantaron las copas de vino en honor a los reales esposos y el banquete comenzó oficialmente. Enormes fuentes con ciervos de los Cárpatos y perdices coloradas, cubiertos con salsas de avellanas y mostaza; junto a fuentes de carnes ahumadas sobre serrín de robles y de hayas, aromatizadas con bayas de

enebro; *patés de fois*; aves en salsas picantes; pechugas de pavo a las brasas y corderos en salsas de hongos cubrieron las mesas, para dar de comer a los mil trescientos invitados.

—Me pregunto si en casa estarán brindando por mí —dijo Juana casi en secreto a Felipe, con un leve asomo de melancolía— o quizá se encuentren demasiado ocupados con sus obligaciones y me hayan olvidado.

—No debéis pensar eso. Jamás os olvidarán. Porque vos, Juana, sois inolvidable —la consoló Felipe.

A los postres, los sirvientes pasaron con unos cuencos de plata que contenían

agua de rosas para que los invitados refrescaran sus manos. Montañas de turrónes perfumados con esencias de naranjas, frambuesas y frutos de la pasionaria, tartas de castañas y bizcochos de nueces endulzaron, aún más, la alegría de los invitados.

Juntos, los dos esposos, que sabían de su hermosura, iban a iniciar el baile.

—Os ruego que me otorguéis el honor —solicitó Felipe, y sin esperar la respuesta la abrazó por la cintura y comenzaron a danzar—. Porque siendo tan hermosa como sois, siento un inmenso orgullo de haberos hecho mi reina —prosiguió.

—Tal vez me veis más hermosa de lo que en realidad soy —respondió Juana con timidez.

—Os admiro así, tal cual sois —le susurró Felipe al oído.

El cambio que implicaba el nuevo modo de vida, abrupta como el filo de un abismo, era dificultado aún más por el desconocimiento de la seducción y la intimidad física del matrimonio, que agregaba una nueva incógnita a la larga serie de cosas desconocidas que esos días le aportaban a Juana. Pero la princesa jamás había estado más segura de su propia felicidad como en el día de su boda.

Un sonido de trompetas puso fin a la velada y Juana y Felipe se retiraron a la cámara nupcial. Pero esta vez la prisa de Lier ya no estaría, pues ahora se tenían para siempre el uno al otro. Cuando ambos quedaron solos, iluminados por el tenue resplandor de las velas, Felipe fue desvistiendo tiernamente y en silencio a una Juana pudorosa, tímida pero también apasionada, que trataba de esquivar sus ojos una vez más.

—¿Qué os sucede mi reina? — preguntó Felipe con tanta ternura y amabilidad que el corazón de Juana comenzó a latir desenfrenadamente.

Y por toda respuesta, ella fijó en él sus verdes ojos, asombrada, temerosa, anhelante.

En el tiempo, otra vez detenido, él podía ver con sorpresa, en aquellos ojos claros como un remanso de agua, a toda una mujer. ¡Los ojos de Juana! Esos ojos sin los cuales todo su mundo carecía de valor.

Felipe la condujo hasta el lecho preparado con las mejores sábanas de delicados encajes y con blandas almohadas de seda. Proyectando en ella sus propios sueños y deseos, sintió surgir aquella fuerza latente, dormida, que solo necesitaba la chispa de su

contacto para provocar un torbellino de pasión. Un torbellino en el que el entendimiento podría extinguirse, solo en la voluntad del cuerpo, aquel cuerpo desnudo y admirado bajo la suave penumbra de las velas. Ciñó los brazos de Juana alrededor de su cuerpo y cruzó los suyos en su espalda, inclinó la cabeza, buscó su boca y la encontró amorosamente dócil. Mientras los brazos de ella lo sujetaban por la cintura como si nunca fuera a marcharse. El tiempo interrumpió su curso, dejando solo una profundidad de dimensión más real. Podían sentir, pero no ya como dos almas individuales sino, definitivamente

y para siempre, que uno era parte del otro. Todo él estaría siempre en ella y toda ella estaría siempre en él. Parecían haber sido hechos a la medida perfecta del otro. Era como un sueño del que nunca despertarían. Esa era sin duda la felicidad. Aquella felicidad de la que le había hablado su madre en Laredo, antes de su partida.

Felipe la rodeó con sus fuertes brazos y contempló emocionado aquella cara bellísima, apenas iluminada por el resplandor de los cirios. Los brazos de Juana se cerraron sobre él, atándolo. Esto era el amor y, ahora que lo tenía, no lo perdería jamás. Se aferraría a él

como un náufrago se aferra a un madero, para salvarse. El amor de Felipe la salvaría en aquellas tierras lejanas.

—¿Qué será el sueño? —se preguntó Juana—. ¿Una bendición?, ¿una tregua de la vida?, ¿la imagen de la muerte?

Fuese lo que fuese, Felipe había cedido a él y dormía boca abajo con un brazo sobre el pecho desnudo de Juana y la cabeza junto a su hombro, posesivamente.

Ella también estaba cansada, pero tenía la sensación de que si dormía, él ya no estaría cuando despertara. Dormiría más tarde.

Se sentía feliz. Más de lo que

recordaba haber sido nunca. Tenía la impresión de que había sido hecha para él. Para aquel Habsburgo que la había esperado desde el inicio de los tiempos, para poder concretar, en ese tiempo histórico, el verdadero rito del amor.

Felipe había despertado. Ella le miró y vio en la profundidad azul de aquellos ojos el mismo amor que la había arrebatado y sobre el cual habían fijado su objetivo desde el mismo día de su nacimiento.

—Jamás me he sentido tan venturoso —le dijo Felipe al oído.

—Lo sé, amor mío, porque yo siento la misma sensación.

—Lo sabéis porque sois una mujer absolutamente extraordinaria. Os amaré por siempre, Juana. Recordadlo toda vuestra vida.

Y mientras la besaba, Felipe dejó caer lentamente de entre sus dedos, sobre el cuerpo desnudo de la infanta, una profusa lluvia de pétalos de nardos.

Luna de miel

Cuando en el esplendor de aquel otoño de 1496 la tierra se volvió dorada y los árboles presagiaron la renovada muerte de sus hojas, pintándose de púrpura y azafrán, los archiducos de Austria se trasladaron a Brujas, el centro comercial más importante de Europa y el mayor mercado monetario.

Muy temprano por las mañanas, desde los canales, los jirones pálidos de niebla se levantaban arremolinándose

sobre el agua, ocultando la belleza majestuosa de sus construcciones. Y cuando al mediodía el calor del sol comenzaba a disolverlos, iba surgiendo lentamente, como de la nada, la imagen de una ciudad que parecía encantada.

Los árboles dejaban caer sus ramas sobre el agua mansa y verde mientras la quietud y el silencio erigidos en dueños absolutos, recorrían los canales y las intrincadas callejuelas impidiendo que alguien o algo pudiese quebrarlos. Entonces el espíritu parecía despertar a esa inigualable sensación de paz y tranquilidad que brindan las cosas serenas.

Todos los días, con las primeras luces del alba, se abrían las tres puertas del palacio archiducal, para que la gente de la ciudad y los visitantes extranjeros entraran a él con sus cargamentos de mercancías o peticiones. Desde los pequeños muros de piedra que rodeaban las terrazas superiores, Juana solía contemplar aquel trajinar de monjes, pescadores, comerciantes y viajeros que cruzaban los canales a diario para comprar o vender y de nobles de los más diversos confines del imperio que visitaban a Felipe de Habsburgo, solicitando sus consejos o buscando prometedoras alianzas.

Acostumbrada al estilo de vida austero y monacal de los castillos de España, con sus altas paredes de piedras despojadas de lujos y sus pisos ásperos y fríos, Juana no dejaba de asombrarse cotidianamente con cada uno de los palacios del imperio que iba conociendo. Mullidas alfombras cubrían los pisos de brillantes mármoles. Espaciosas y bien iluminadas salas, de paredes recubiertas de espejos y suntuosos cortinados que hacían juego con los sofás y los cristaleros, daban nombre a los distintos salones: el salón Azul, el salón Dorado, el salón de los Pasos Perdidos, el salón de los Espejos,

el salón del Trono, la sala de Música, el salón de Juegos, la sala de Lecturas o Biblioteca... Cada lugar en el palacio estaba identificado para saber hacia dónde se dirigía o en dónde se encontraba la Familia imperial. Centenares de metros de tapices flamencos bordados en vivos colores y con hilos de oro decoraban las paredes; mientras una infinidad de galerías mostraban los retratos solemnes de los antepasados imperiales. Cada mañana, los grandes jarrones de porcelana eran renovados con las flores frescas de la estación. Y los acristalados corredores, donde los pasos parecían perderse,

ofrecían magníficas vistas de los jardines prolijamente recortados por un ejército de jardineros, donde jamás faltaba una flor, fuese invierno o verano. Decenas de sirvientes recorrían por turnos los salones, limpiando y fregando pisos, candelabros, cubiertos y bandejas de plata. Todo brillaba, cristaleros, mármoles, muebles y espejos, y Juana sentía que todos sus sentidos eran cautivados por tanto esplendor.

Las personas que traían peticiones a la casa archiducal eran recibidas en audiencia en el gran salón del Trono. Un piso más arriba se hallaban los aposentos de los esposos, desde donde

se divisaban, a través de las ventanas, los majestuosos canales de Gante, de la Esclusa y de Ostende y una parte del río Leie.

La plaza mayor, y de hecho toda la ciudad, estaba dominada por el Beffroi o Atalaya. Esta torre de ochenta y tres metros de altura, erigida en el siglo XIII, simbolizaba el poder y el ansia de libertad de todos los habitantes de Brujas. El edificio del mercado formaba junto con el Beffroi un conjunto muy hermoso, el cual era utilizado como mercado cubierto donde se comercializaban los célebres y famosos paños de Flandes confeccionados con

las lanas de Castilla (pues aquel reino era el principal productor de lana de excelencia en la Europa de aquel siglo). El bullicio concluía con las últimas luces de cada día para reiniciarse con el alba del siguiente.

Habían transcurrido solo dos semanas, de una maravillosa luna de miel, desde que Juana y Felipe arribaran a Brujas procedentes de Bruselas y Gante. Aquella mañana la reina acababa de despertarse, mientras Felipe hacía más de dos horas que atendía las audiencias. Los débiles rayos del sol se reflejaban sobre los cristales emplomados de las ventanas ojivales y

miles de luces se esparcían por las paredes. Bajo aquellos destellos el rostro de Juana se tornaba angelical y enigmático. Tres golpes sonaron en la puerta de sus aposentos y la reina, sobresaltada, se levantó deprisa. Se envolvió con una capa de seda y encaje color del cielo que le cubría desde los hombros hasta los pies y corrió descalza hasta la puerta. Al abrirla se sorprendió. La figura ceremoniosa que se encontraba aguardándola era la de su tesorero Martín de Moxica, una de las pocas personas de su entorno que hablaba castellano y que había sido designada por la reina Isabel I de Castilla para

acompañarla en su nuevo destino. (Con el tiempo, las inclinaciones de aquel tesorero mostrarían una notable predilección por los intereses de Flandes, manejando las finanzas de la corte española de acuerdo a sus propias conveniencias, sin serle jamás cuestionado el cargo por la Casa Habsburgo).

Después de saludarla con una gran reverencia, De Moxica extendió a la reina un sobre lacrado con el escudo de Castilla.

—Debéis perdonar, alteza, que os moleste tan temprano. Pero esta carta ha llegado junto con el alba y con la orden

expresa de que sea puesta en vuestras manos con toda celeridad.

—Nada debo perdonaros, don Martín, sino solo agradeceros por vuestros fieles servicios.

Juana tomó el sobre entre sus manos, miró los sellos, cerró la puerta tras de sí y corrió a recostarse nuevamente sobre su mullida cama. La carta era de su madre. Abrió el sobre con cierta inquietud. La reina estaba preocupada ante la falta de sus noticias. Ese era el motivo de aquella misiva.

Mi buena y querida hija:

Mucho me temo que con vuestro cambio de estado hayáis olvidado también

de dónde provienes. Vuestro padre y yo, preocupados por la falta de noticias a la que nos tenéis sometidos, os reclamamos con urgencia una pronta respuesta.

Al darnos a conocer el almirante Fadrique algunos detalles de vuestro malogrado viaje por el Canal de la Mancha, hemos vivido largas horas de angustia y preocupación, sobre todo, por querer conocer vuestro estado de salud y de ánimo.

Lamentablemente debo deciros que el mío no es nada bueno y que, muy por el contrario, se ha tornado apesadumbrado y triste. Ello se debe a la muerte de mi madre, de la que os informo a través de esta misiva y os pido recéis por su alma. Vuestra abuela, la reina Isabel de Portugal, murió el 15 de agosto, día de la Asunción de la Virgen, después de cuarenta y dos años de

autoreclusión en su castillo de Arévalo. Aquejada de una cruel demencia que heredara de su familia portuguesa, vivió enajenada hasta el día de su muerte, que la liberó de tan tremenda dolencia. Entregó su alma a Dios reconfortada en los santos sacramentos. Y aunque me consuela saberla en el cielo, no logro apartarla de mis pensamientos, como no logro apartaros a vos, hija querida y entrañable.

Aquí son grandes los preparativos organizando los esponsales de vuestro hermano Juan con vuestra cuñada, la princesa Margarita de Austria, y las segundas nupcias de vuestra hermana mayor, Isabel, quien después de seis años de viudez será desposada por el rey Manuel I de Portugal, primo del difunto Alfonso.

A esto debo agregar el beneplácito que nos causa informaros que, por benevolencia

de su santidad el papa español (número 218 en la historia de la Iglesia), que heredara el trono de San Pedro, Alejandro VI, nos ha sido otorgado por la bula Si Convenit, el honorable título de Reyes Católicos, generando con ello la lógica contrariedad en nuestro buen vecino, el rey de Portugal, que se considera tan católico como nosotros. Pero dicho título no solo se debe a la práctica ineludible de la religión cristiana, sino al haber logrado expulsar a los moros de la península ibérica.

Mi buen secretario y paje de la infancia, don Gonzalo Fernández de Córdoba, ha sido nombrado gran capitán de los ejércitos de España, por el heroísmo demostrado al defender nuestra divisa en la batalla de Italia. Realmente es uno de los hombres de mayor hidalguía en estos tiempos. Como jefe máximo de las tropas hispanas en Italia,

dio inicio a las transformaciones tácticas y su principal acierto estuvo en integrar una fuerza diversificada que incluía armas de fuego, con lo cual podía enfrentarse con éxito, tanto a la caballería como a la infantería. Tanta lealtad, finalmente, ha sido recompensada y me congratula, pues era merecedor de tan noble distinción.

Hija mía, os ruego sepáis comprender nuestra inquietud. Algún día no muy lejano vos también seréis madre, entonces comprenderéis mis desvelos.

Recibid nuestros afectos y bendiciones.

Yo, la reina.

En ningún párrafo de aquella carta, Isabel de Castilla hacía alusión a Felipe de Habsburgo y, ante tan notable olvido,

Juana sintió un gran dolor. Sin poder comprender aquella actitud de su madre, guardó la carta en un pequeño cofre de madera de sándalo que le regalara su hermano Juan y pensó en aquel honorable título otorgado a sus padres por el papa Alejandro VI. Aquel pontífice, cuyo nombre de pila era Rodrigo Borgia, y tan español como ella, era muy poco afecto a los sacrificios y penitencias. (Este papa tuvo cuatro hijos con una mujer llamada Vannozza Cattanei: César, que fue nombrado cardenal, era un político hábil pero desleal, inhumano y licencioso; Juan, segundo duque de Gandía, era

odiado y perseguido por su hermano César; Lucrecia, célebre por su belleza, protectora de las artes, las letras y la ciencias, era acusada de llevar una vida licenciosa; y Jofré, príncipe de Esquilache, tenía fama de ser un libertino).

Alejandro VI, con su duplicidad y nepotismo, más que un papa representante de Cristo en esta tierra, era el fiel reflejo de un príncipe de la alta Edad Media.

El rostro de Juana se reflejó taciturno y melancólico sobre el gran espejo en medialuna del tocador. Así la encontró Felipe al regreso de sus

audiencias.

—¿Qué os sucede, mi reina?
¿Habéis recibido una mala noticia?

Pero Juana ya no pensaba en el papa licencioso, ni en su madre severa y autoritaria, consagrada de por vida a extender la religión a todos sus nuevos dominios, sino en su abuela, «muerta y sepultada» cuarenta y dos años atrás.

Isabel de Portugal, reina de Castilla, había sido nieta de Jaime I de Portugal y esposa del rey Juan II de Castilla, el que, a instancias suyas, había hecho decapitar a don Álvaro de Luna, condestable de Castilla y favorito del rey. Juana recordaba cuando su madre

entonces le contaba que, siendo ella una niña todavía, don Álvaro se había transformado en el hombre más rico y poderoso de su tiempo, pero, habiéndose enemistado con el rey, este le mandó a decapitar, instigado por su esposa. La muerte de don Álvaro pesó sobre la conciencia de Isabel del Portugal y contribuyó en gran medida a que terminara perdiendo la razón.

Este hecho le había bastado a Juana para comprender que ella nunca sería una reina como su abuela Isabel, ni tampoco como su madre. Jamás decidiría sobre la vida de alguien, pues aquel era el peor pecado en el que caían

con frecuencia los reyes: disponer de la vida de las personas como si fueran de su propiedad. Ser reina no consistía en gobernar por el terror, el odio o la muerte, sino en respetar los derechos del prójimo como si fuesen los propios para poder ser realmente amada por sus súbditos. Esto, sin duda, le había valido la fama ante sus padres de ser una princesa demasiado caritativa y, por lo tanto, muy peligrosa para reinar. Aquellos tiempos necesitaban mano dura y Juana demostraba ser más piadosa que severa. Sus principios se basaban en que el poder viene de Dios, y ese poder debe ser tan benévolo como el Principio

de donde emana.

La pregunta de Felipe la arrancó de aquellos pensamientos. Juana sobresaltada se levantó y corrió a abrazar al archiduque que la apretó contra su pecho.

—¿Qué os sucede, amor mío?

—Me ha escrito mi madre. Mi abuela ha muerto.

—¿Cuándo?

—El 15 de agosto, en Arévalo.

—Lo siento, Juana, pero debéis consolaros y pensar que su alma gozará de un cielo merecido después de décadas de sombras y extravíos.

Felipe llenó aquel rostro triste de

besos y caricias y Juana sintió que aquel amor era todo su consuelo.

—Ven, Juana, para aliviaros del pesar que os aflige os invito a dar un paseo por Brujas. Voy a mostraros esta ciudad que tanto quiero y que me ha visto crecer.

Vestida de luto en honor a su abuela, Juana bajó las escalinatas de mármol hasta el patio empedrado donde les esperaba el carruaje. A una orden de Felipe, el cochero partió hacia el Burg, el centro de Brujas. La carroza archiducal se abrió paso entre los apotecarios, orfebres, cambistas, comerciantes de tejidos y encajes,

banqueros y prestamistas, libreros, escribientes, vendedores de pergaminos e iluminadores. Un mar de gente reía, discutía, vendía o compraba, mas al paso del carruaje todos se inclinaban en señal de respeto y vasallaje a sus amados archiduques.

—Contemplad, Juana, contemplad—le sugería Felipe, señalando a través de los visillos del carruaje—. Allí se levanta la fortaleza del conde Balduino I, mandada a construir en el año 846, y la iglesia de San Donaciano, en donde Carlos, el Bueno, fue asesinado en 1127.

—Vuestra Brujas es hermosa. Su Ayuntamiento gótico, con tan bellos y

finos motivos, me recuerda un relicario —respondía Juana asombrada por la suntuosidad de los edificios.

—Ven, os lo mostraré para que podáis gozar de esta obra maestra en todo su esplendor.

El carruaje se detuvo frente al Ayuntamiento y hacia allí se dirigieron Juana y Felipe. El pueblo les aplaudía alborozado y alegre.

La sala consistorial de aquel edificio poseía incontables y fabulosos arcos de robles y pinturas murales que representaban los grandes momentos históricos de la ciudad.

Al salir del Ayuntamiento, Juana

descubrió la cripta de San Basilio, cuya capilla románica había sido edificada en el siglo XIII y dedicada a este santo, célebre patriarca griego nacido en el año 329 y muerto en el año 379. Encima de ella se hallaba la capilla de la Santa Sangre, también de origen románico.

—Os voy a contar su historia. La escultura que se halla sobre la puerta de la capilla es un pelícano que nutre a sus crías con su propia sangre y simboliza a Cristo, que dio su sangre para salvar a toda la humanidad.

—Pero, ¿por qué la llamáis vosotros la capilla de la Santa Sangre?

—Porque gotas de sangre de Jesús

fueron traídas a Brujas en el año 1149, por el conde Thierry de Alsacia, después de la segunda cruzada a Jerusalén. El día de la Ascensión es para Brujas su fiesta más importante, ya que en tal fecha se celebra la procesión donde es llevada la reliquia verdadera de la Santa Sangre. El cortejo, en el cual participan centenares de brujenses, consta de dos grandes partes, la primera representa los temas bíblicos, y la segunda simula el retorno de Thierry de Alsacia, siendo portador de la reliquia. Debéis saber, mi linda Juana, que ese día es el más hermoso para Brujas.

—Para mí todos los días son

hermosos en Brujas, desde que estoy contigo. Amo la libertad y la alegría de vuestro reino, pero, sobre todo, os amo a vos, señor mío.

Aquel agradable paseo prosiguió luego por el Huidevettersplein, el centro de las tenerías (desde el siglo XIII los curtidores llevaban a cabo en ese lugar todas las actividades). Continuó más tarde por la zona del mercado, donde cada puesto ofrecía su especialidad. En unos, hierbas aromáticas y medicinales se apilaban sobre grandes mesones de madera. En otros, las flores multicolores se apretaban en grandes canastos y, más allá, los barriles de miel, los panes

recién horneados, las mantequillas sobre tablas de madera, los quesos y los dulces, las salchichas, los jamones, las verduras apiladas, las frutas colgadas y los huevos frescos, los pollos, los gansos y patos, los cerdos, corderos y terneros recién carneados daban al lugar un colorido sin igual. Mientras, los impresores, pintores, tejedores, sastres, vidrieros, destiladores de agua y de alcoholes, toneleros, zapateros, militares, juglares, médicos, cirujanos, relojeros, orfebres, pintores de retablos y escultores practicaban su oficio, a la vista de todos, en medio de la algarabía.

El carruaje tomó el camino del

muelle del Rosario desde donde podía observarse una magnífica vista del Atalaya, el orgullo de Brujas. Al llegar, Felipe hizo detener el carruaje y descendieron tomados de la mano. Cruzaron el puente de San Nepomuceno, nombre que había sido puesto en honor a una estatua de Jan Nepomuck, arzobispo de Praga nacido en Pomuk, Bohemia, en 1345, y que fuese confesor de la reina, el cual, por no querer traicionar el secreto de confesión, había sido ahogado en el río Moldova en el año 1398.

Caminaron hasta el palacio de los señores de Gruuthuse, los que debían su

gran riqueza a la venta del gruut, mezcla de especias que daban el sabor típico a la cerveza flamenca.

—El palacio que veis allí perteneció a Luis de Gruuthuse, quien murió en 1492. Él era un diplomático al servicio del ducado de Borgoña, un verdadero mecenas. Fue miembro de la Orden del Toisón de Oro y en ese palacio, sobre sus frisos, se puede leer su sencilla pero profunda divisa: *Plus est en vous* («Mucho está en vosotros»).

El viento empujaba las nubes que se iban arremolinando sobre el horizonte y Juana observaba embelesada el magnífico castillo. Un grupo de mujeres

tejían sus encajes sentadas al sol, con finas agujas de palos de rosas. Al comprobar que la pareja real se les acercaba, se pusieron de pie de inmediato y, adelantándose una de ellas, se arrodilló ante Juana y le obsequió un exquisito corte de encaje.

—Majestad —dijo la mujer con humildad—, este encaje que con devoción os entrego es el fruto de mis manos.

Juana ordenó a la mujer que se pusiera de pie.

—Os agradezco vuestro gesto y os digo con orgullo que no podría concebirse Brujas sin vosotras.

—Y sin sus magníficos cisnes —
acotó Felipe—. Sabéis que, sin ellos,
Brujas no sería Brujas —prosiguió
Felipe, mientras señalaba hacia uno de
los canales donde siete cisnes blancos
nadaban lentamente sobre las verdes
aguas—. Como los cuervos en la torre
de Londres, los cisnes son objeto de
toda clase de cuidados, porque ellos
protegen a la ciudad contra las
calamidades. Todas las aves que veis
fueron traídas por orden de mi padre,
que quiso castigar a los brujenses por
haber dado muerte en 1488 al
gobernador Pieter Lanckals. El nombre
—que simboliza cuello largo— quedó

así grabado en sus habitantes como un recuerdo imborrable.

—Un castigo ejemplar que terminará algún día siendo una original leyenda —respondió Juana.

—Tal vez como nosotros dos —rió Felipe, y, abrazándola, continuaron el paseo.

Desde la perspectiva de sus nuevos dominios la vida le parecía a Juana maravillosamente diferente. Junto a su «Hermoso» Habsburgo no había motivos de tristeza. España había quedado muy atrás, no solo en la geografía europea, sino relegada, por no decir olvidada, en su corazón de hija. Con el transcurso de

los meses, los caminos de su memoria se fueron cubriendo con la hierba de la indiferencia y el olvido.

Escondidos detrás de los Pirineos, el reino de Aragón, con Valencia, Cataluña, las Islas Mallorcas, Cerdeña y Sicilia y más allá Castilla, con su recientemente incorporado reino de Granada, al borde del azul Mediterráneo, no se parecían en nada a aquellas tierras de ensueño regadas por el Mosa, el Sambre y el Escalda, sobre las que ahora reinaba como reina consorte. De la mano de Felipe viajó por Amberes, Lieja, Brujas, Gante, Bruselas, Lovaina, Charleroi, Verviers,

Namur y, antes de su cumpleaños, Juana decidió que ya era hora de escribir respondiendo a la carta de su madre.

Pero absorta en una felicidad sin límites, pronto la carta pasó al olvido y con ella también olvidó los compromisos nupciales de Isabel, de Juan y de su cuñada Margarita de Austria.

Las celebraciones de sus esponsales con Felipe, festejadas en los diecisiete estados del reino, habían llegado a su fin y la flota que la había conducido hasta Flandes debía retornar a España llevando a Margarita a su nuevo destino. Pero el invierno se aproximaba

inexorablemente y el frío, las nieblas y las tormentas marítimas que se desataban en los mares del Norte desaconsejaron la nueva travesía. Margarita debió permanecer en Namur más tiempo de lo convenido y Juana comenzó a sentir sobre ella el peso de la culpa, por la involuntaria demora.

Cuando las naves que habían traído a Juana atracaron en Flandes, el Consejo Ducal se mostró contrariado ante la imposibilidad de hacerse cargo de los gastos que, sin duda, iba a demandar una flota de esa magnitud. Y si en la fecha prevista no retornaba a Laredo, las cosas terminarían por complicarse aún

más.

A través de un contrato previamente estipulado, ambos príncipes se comprometieron a mantener los gastos que la flota de sus futuras esposas demandasen, pero la tripulación española, careciendo de abrigo y de comida (lo más indispensable), se sintió abandonada a su propia suerte y requirió con urgencia una audiencia con la archiduquesa española. Juana se manifestó tremendamente avergonzada por la situación extrema en la que se encontraba la tripulación del almirante Fadrique y pidió públicamente perdón por aquellos graves inconvenientes,

ajenos a su propia voluntad.

El otoño pasó como vino y pronto llegaron los fríos. Las noches se tornaron heladas, el suelo se puso blanco y rígido a causa de las escarchas y el sol se volvió pálido y débil.

—Los canales de Flandes no tardarán en congelarse —dijo Felipe una mañana al levantarse y observar a través de los cristales los primeros copos de nieve que cubrían los jardines—. La nieve ha igualado con su manto blanco toda la naturaleza, entonces el tiempo aclarará aún más y todo el mundo podrá salir a patinar sobre los canales.

—¿A patinar sobre los canales? —

preguntó incrédulamente Juana que jamás había visto un río helado—. Debe ser una experiencia inigualable, como el tener alas y sentirse libre.

—No solo es inigualable, sino que además es muy alegre. Tanto los niños como los mayores practican aquí este juego invernal. ¡Ya lo veréis! Poco a poco iréis conociendo las costumbres de este reino que ya es el vuestro —prosiguió Felipe—. Así, por ejemplo, deberíais saber que Holanda y Flandes son las dos provincias que más tributos brindan al imperio. Sus tierras son enormemente prósperas. Habréis observado que absolutamente toda su

superficie está cultivada, que además poseen un gran comercio de ultramar y que sus industrias textiles trabajan el hilo, la lana y la seda abasteciendo a casi toda Europa. Los flamencos son sumamente ricos y muy orgullosos de lo que tienen. Todas las ciudades poseen cartas de privilegio y yo debo jurar respetarlos antes de entrar en cada una de ellas. Con esta actitud obtengo que sus habitantes aprueben las partidas de dinero que significan nuestros ingresos. En Flandes debo hacer como dice mi padre: ser flamenco.

—¿Y yo también deberé hacerlo? — preguntó Juana intrigada.

—Vos, Juana, no deberéis hacer el juramento. Solo se le exige al rey. Pero quiero pedirlos, mi querida esposa, que siempre os mostréis afable con todos ellos. Entonces no habrá nadie en este reino que os deje de amar y de rendir pleitesía.

—¿Y el ducado de Borgoña, cómo funciona?

—En el ducado de Borgoña las cosas no son tan sencillas como parecen. Existen feudos a los que se denomina políticamente: feudos de homenaje dividido, y vos, Juana, sois, además de reina de Flandes y archiduquesa del Sacro Imperio Romano Germánico,

duquesa de Borgoña. Este ducado debe homenaje tanto al Imperio como a Francia, pues no solo rinde tributos a mi padre, el emperador, sino también al rey de Francia.

—Entonces, como duquesa de Borgoña, ¿deberé rendirle homenaje al rey Carlos VIII de Francia? —preguntó Juana, ante el temor de una respuesta afirmativa. Bien sabía que su padre, el rey Fernando, odiaba Francia y se opondría terminantemente a que una de sus hijas le rindiese honores al rey francés.

—No creo que debáis. Solo deberíais hacerlo en el caso de que

visitarais Francia.

—¿Y tendremos que visitarla algún día?

—No lo sé Juana. Pero si vos no lo deseáis, no iremos, querida.

Felipe adoraba Francia y sabía muy bien que con frecuencia debía viajar representando al Imperio. En aquel país, causaba siempre una impresión tan extraordinaria que Carlos VIII decía de él: «Felipe de Austria es tan francés como el vino de Burdeos». Y así era realmente aquel Habsburgo: en París francés y húngaro en Pest.

Llegó el invierno y las nevadas cubrieron con su blanco manto los

tejados, los prados y los bosques. Los canales se helaron y la tripulación española, abandonada a su propia suerte, sintió con todo rigor los estragos del hambre, el frío y la desesperanza, al no recibir ayuda de ninguna de las dos Casas reales.

Los ricos flamencos, viviendo del comercio, en la suntuosidad, se burlaban de aquellos sufridos y recios soldados españoles que con tanta rigidez continuaban observando la disciplina militar. Con excesivo orgullo soportaban con entereza la vida en aquellos campamentos insalubres y los precios exorbitantes, que abusivamente los

proveedores locales les cobraban por abastecerlos de provisiones. Cansados de soportar tantas injusticias y las burlas reiteradas de los flamencos que, por no regatear los precios, les consideraban unos idiotas, decidieron una vez más, en aquel duro invierno, expresar sus palabras de reproche.

Una delegación volvió a entrevistarse con la reina Juana, informándole sobre el estado calamitoso en que se encontraban. Los rigores del clima, la carencia de abrigo, las enfermedades que asolaban el campamento como resultado de las nevadas y los vapores que despedían las

marismas, hacían insostenible la situación de aquellos hombres. Pidiendo perdón, rogaron a su reina les informara sobre el destino de su paga que, por algún motivo de olvido u omisión, se había retrasado más de lo acostumbrado.

El pago de los salarios de la tropa debía ser abonado por Felipe de acuerdo a lo establecido, pero Juana, antes de reprochar a su esposo aquel comportamiento, prefirió llamar a su despacho a su tesorero español: De Moxica.

—Don Martín, os ordeno que vayáis de inmediato al campamento de las tropas españolas y abonéis con mi

dinero los salarios atrasados.

Con sonrisas y reverencias De Moxica respondió:

—Os aseguro, alteza, que así se hará.

Sin embargo, los soldados españoles habían comenzado a morir. Aquel febrero de 1497 caía implacable sobre Flandes. Los fuertes vientos del polo y una nieve espesa, endurecida apenas caída, habían congelado el agua de los canales y los estanques cubriendo el reino de una gruesa corteza de hielo. La causa de aquellos fríos tan penosos era el viento que, sin ninguna barrera que detuviese su camino a través del océano,

descargaba sobre las llanuras su helada violencia. Ese año, el mar se había congelado. Un anillo de témpanos rodeaba los estuarios como una infranqueable defensa y, cuando a principios de marzo las diezmadas tropas comenzaron a embarcar, maldiciendo al suelo y al pueblo de Flandes, más de dos mil cruces con nombres en español quedaron en sus cementerios.

En España, el recuento reveló la dura realidad, pero las muertes se debían a la «voluntad de Dios», según escribía De Moxica a sus Católicas Majestades:

... Ahogados en el mar por un fuerte temporal, muertos en Flandes por las inclemencias y rigores del clima, una epidemia de neumonía terminó por arrasarse el campamento.

En lo referente a los salarios, reconozco que han sido bastante retrasados en su pago y que la archiduquesa Juana me ha sugerido que los abone de su tesoro privado, mas yo, velando por los intereses de mi amada España, no lo he hecho, pues dicha paga era, de acuerdo al tratado, responsabilidad absoluta del archiduque Felipe de Habsburgo.

Violar una cláusula del documento podría llegar a viciar la totalidad de lo pactado, lo cual no me he atrevido a hacer.

El archiduque me aseguró que, en cuanto tuviera conocimiento exacto de los sobrevivientes, enviaría de inmediato el

importe de los sueldos atrasados a España.

Mis relaciones con el archiduque son excelentes...

Don Martín de Moxica

Tesorero real de la corte española en Flandes.

A pesar de haber sido nombrado por la reina Isabel, Martín de Moxica mostraba sospechosas inclinaciones hacia los intereses de Flandes. Tan evidentes que nunca le fue discutido el puesto; mientras, los sufridos soldados jamás recibieron sus pagas.

Aquella actitud fue gratamente elogiada por los reyes de España, quienes se mostraron encantados de no

tener que abonar suma alguna, dado que en aquel momento se estaba reorganizando el ejército para propinar el golpe de gracia a Francia. Por otro lado, en España estaban sucediendo varios acontecimientos de gran relevancia internacional, pero de gran pesar para los soberanos españoles, de los cuales, tiempo más tarde, se enteraría Juana.

—¡Todo ha sido por mi culpa! —se quejó Juana.

—No debéis culparos de nada. Vos no habéis hecho nada —la consoló Felipe.

—De eso me culpo, de no haber

hecho nada. ¡Absolutamente nada! Era mi flota y mi gente, sin embargo, me olvidé de ellos. No les protegí y les dejé morir.

Frente a estas circunstancias, y para tratar de aliviar a su esposa de tantas obligaciones, Felipe nombró al príncipe de Chimay caballero de honor de Juana. En adelante aquel noble tomaría el gobierno de la corte española, para evitar omisiones lamentables.

Por su parte, Juana aceptó encantada. Diecisiete años al lado de su madre le habían servido para aprender a obedecer y delegar, y aquella nueva situación no le costó ningún esfuerzo.

Con aquellas decisiones volvían a dobligar sus ansias combativas, pero no importaba, ella solo tenía un objetivo: amar a Felipe de Habsburgo.

Terminó el invierno y la primavera se extendió por la campiña estallando por todas partes en ramilletes de flores multicolores y cuajando de fragancias el aire. Y así, de la noche a la mañana, tal como se había marchado el invierno y entrado la primavera, Jeanne de la Clite, dama de Commynes, a quien todos llamaban madame de Hallewin, gobernanta de los hijos del emperador, aconsejó a la archiduquesa que cambiase su conventual guardarropa.

Madame de Hallewin era una mujer sagaz y aprovechó aquellas circunstancias para ir usurpando la autoridad de Juana dentro del propio palacio. Con gran tacto, la gobernanta comenzó aconsejándola sobre la etiqueta de la corte imperial, donde su punto de partida debía ser cambiar sus costumbres en el vestir. Una Juana enamorada se dejó llevar solo por el insaciable placer de agradar a su esposo. Atrás quedaron los oscuros vestidos castellanos de telas rústicas y escotes cerrados y sus austeros camisones de lienzo. El hechizo de aquel amor había hecho desaparecer,

como por encantamiento, cuanto de español quedaba de aquel entorno.

—Será necesario, señora, que sepáis adecuar vuestra magnífica belleza al honor que os confiere ser la esposa de nuestro archiduque. Y si me permitís aconsejaros, puedo deciros que, vestida a la usanza de Flandes, no habrá mujer que os iguale. Si vos sois la más bella, la más rica, la elegida de nuestro «Hermoso» archiduque, ¿por qué no demostrarlo?

El deseo de atrapar las miradas y sonrisas de Felipe, frente a una competitiva corte femenina, despertaron en Juana los deseos de ser inigualable.

Así lucía con gracia los nuevos y magníficos vestidos de corte flamenco, realizados en suntuosas telas de vivos colores, que resaltaban aún más su encantadora figura. Adoptó todas aquellas vanidades que en un principio le habían parecido como una falta de modestia y pecaminosidad.

Cerca de doscientos tocados nuevos con sus respectivos vestidos permitían inventariar veinticuatro adornos de plata, sesenta y ocho con oro en franjas, ornamentos bordados y brocados y cuarenta y ocho guarnecidos en piel. El guardarropa flamenco de la infanta española era tan suntuoso como los

palacios por donde caminaba y transcurrían con placidez sus días.

Juana contempló su imagen en el inmenso espejo de la recámara y, volviéndose hacia madame de Hallewin, le preguntó:

—Y bien, ¿cómo luzco ahora?

Con un magnífico vestido de seda verde, apretado en la cintura y pendiendo de su cuello un collar de perlas y esmeraldas que realzaba sus finos rasgos, le sonrió a madame de Hallewin a través del espejo.

—¡Soberbia!, señora. ¡Soberbia! —respondió la gobernanta con una sonrisa adulatora—. No hay ni habrá jamás en

esta corte mujer más bella y digna que vos para nuestro bien amado archiduque. Pues de vuestra mano también serán soberbias las coronas que un día habrán de llegarle.

Juana volvió a sonreír feliz. De princesa española casi monjil se había transformado como por encanto en una bellísima reina europea. Vestida y arreglada al modo flamenco, Juana de Castilla se tornó deslumbrante. Tantas cosas le estaban sucediendo, y todas ellas tan nuevas y jubilosas, que, agregadas al inmenso gozo que el enlace con Felipe le había aportado desde el primer día, olvidó absolutamente todo.

Su España, sus padres, sus hermanos.

Hasta tal punto llegó su olvido que apenas daba una ligera revista diaria a los despachos que llegaban de Castilla, sin buscar el tiempo necesario para poder contestarlos.

Por aquellos días toda la corte de bellas damas flamencas, peligrosas competidoras de encendidas miradas, sonrisas a flor de labios, profundos escotes y frágiles cinturas doblándose al paso de Felipe, comenzaron a sentirse celosas de la princesa española. El apuesto rey de Flandes había cambiado completamente desde sus esponsales. Ya no flirteaba con ellas ni prestaba la más

mínima atención a otra mujer que no fuera Juana. Y era aquel amor intenso y fiel el que a ella mantenía tan serena y feliz.

Juana parecía haberle hechizado, porque Felipe había cambiado, tomando muy seriamente sus deberes de esposo y de soberano. Destinaba largas horas a conversar con sus consejeros, conduciéndose de una manera tan agradable y acertada que, poco a poco, se fue conquistando en todo el reino el sobrenombre de *Croint Conseil* («hombre que sabe oír consejos»).

Constantemente los emisarios cabalgaban entre el palacio imperial de

Hofburg en Viena y el palacio archiducal de Flandes y su padre, el emperador, con beneplácito decía: «Mi astuto hijo comienza a esforzarse por conseguir poderío. Los electores le nombrarán emperador cuando yo muera y él será, con toda seguridad, mi sucesor».

La sucesión de los Habsburgo era posible gracias al poder que le conferían a la dinastía sus vastos dominios, de forma que siempre conseguirían imponer su candidato a los electores alemanes.

Por los inmensos salones palaciegos o por las iluminadas galerías de los

pasos perdidos, detrás de alguna puerta, o bajo alguna glorieta, Juana podía presentir los celos que su belleza despertaba en aquel cortejo de hermosas mujeres (y a su entender, aquello era una mácula para su perfecta felicidad).

Con el transcurso de los meses aprendió a bailar las danzas flamencas y también a sonreír mientras bailaba, aunque su compañero de baile no fuera precisamente Felipe, como el conde de Gorizia o el conde de Pest, amigos de la infancia del archiduque.

Se desenvolvía a la perfección dentro de la etiqueta palaciega de Flandes y, entonces, todas las damas que

frecuentaban el palacio tuvieron que admitir el triunfo inocultable de la princesa española, más hermosa y carismática que todas ellas.

El obispo de Jaén había muerto y el padre Diego de Villaescusa, su confesor, observaba los cambios producidos en la infanta con cierta preocupación. Conocía demasiado a la princesa como para reprenderla y bien sabía de labios de Juana la causa de tales cambios. Todo lo que había de caballero en él lo aceptaba, porque era bueno para una reina ser amada por su rey y por sus súbditos, pero en sus confesiones solía advertirle:

—Alteza, recordad siempre que los santos vivieron en la humildad y la modestia, tratando siempre de agradar más a Dios que al mundo.

A lo que Juana respondía:

—Padre Diego, ya no deseo ser santa, ¿o vos deseáis que lo sea?

—Me agradaría, pero desconozco los designios insondables de Dios. Él es el que nos marca el camino de la realización espiritual y depende de nosotros elegir acertadamente. Los méritos divinos solo descienden sobre el lugar que el Creador nos tiene elegido en esta tierra.

La principal preocupación de Juana

consistía en la contradicción que sentía entre sus deseos y creencias; entre aquellas enseñanzas de la infancia y las nuevas experiencias a las que tan felizmente se adaptaba.

Armándose de valor confesó al sacerdote el inexplicable placer que le causaba estar entre los brazos de Felipe, reconociendo lo pecaminoso de esas gratísimas sensaciones.

El padre Diego reprimió a duras penas la sonrisa, pues Juana experimentaba sensaciones completamente normales en una buena esposa.

—No os preocupéis, alteza. Los

penitentes no prescriben su propia penitencia y no veo en vuestras sensaciones pecado alguno, viviendo dignamente dentro de un matrimonio santificado por la Iglesia.

Absorta en dilucidar aquellas contradicciones que hacían cuestionar sus rígidos principios, la sorprendió la llegada oficial del emperador Maximiliano I.

El palacio se vistió de fiesta. Se encendieron las resplandecientes luces de mil bujías, el aire se impregnó de música y en los salones reales fueron servidos exquisitos banquetes y organizados soberbios bailes de gala.

Todo fue puesto a disposición de su imperial suegro y padre político, cuyo real motivo de visita era saludar y felicitar a su hijo por el notable interés y modo de llevar adelante la política flamenca. El correo funcionaba de continuo con informaciones entre el archiduque y el emperador, cuando ambos solicitaban apoyo para las defensas de sus dominios o la puesta en marcha de determinados planes estratégicos.

Antes de su boda, Felipe había prometido no defraudar a su padre y así lo estaba cumpliendo. Dos veces se habían reunido los Estados Generales,

exponiendo ante ellos sus proyectos políticos y, aunque el Consejo era el que llevaba adelante la política de gobernar, Felipe aconsejaba sobre la necesidad de impulsar un verdadero desarrollo comercial en la región.

Contrariamente al interés que el estado de su reino despertaba en Felipe, los asuntos españoles despreocupaban cada día más a Juana. La correspondencia con su madre quedaba siempre relegada sin responder y el saberse tan lejos contribuía aún más con esta actitud de olvido y desinterés.

El día de la llegada del emperador Maximiliano al palacio de Gante había

sido maravilloso. Grandes personalidades del reino acudieron al baile ofrecido en su honor, junto a todo el séquito de la corte flamenca y a los nobles españoles que constituían la de Juana.

Suntuoso fue el recibimiento, como correspondía a la máxima jerarquía del imperio y a tan extraordinaria investidura. Y aquella noche, Juana terminó por deslumbrar a la corte en pleno y a su propio esposo.

Su vestido estaba confeccionado en terciopelo genovés color escarlata con el canesú bordado íntegramente en perlas. La falda formaba suaves pliegues

y se levantaba levemente a ambos costados, por medio de dos corchetes de oro, dejando al descubierto unos encantadores tobillos enfundados en blancas medias. El escote por vez primera superaba en audacia a cualquier otro y sobre su cuello terso pendía una magnífica gargantilla de rubíes y brillantes. Su blanca piel hacía resaltar el rojo de su boca sensual y carnosa y su cabello rubio había sido recogido en un magnífico trenzado, sujeto por la diadema de brillantes de su archiducado.

En Juana, toda esta magnificencia resultaba deslumbrante y suficiente para

crear una ilusión de gran belleza (pues la reina era realmente hermosa).

Sus finos rasgos, tanto como su distinguido estilo, se veían intensificados por las bujías encendidas del salón, todas ellas ubicadas en los puntos estratégicos. Era la hora en que el crepúsculo caía sobre Gante. Bajo aquella luz, una Juana resplandeciente apareció en el extremo de la gran escalera y comenzó a descender lentamente. Todo el mundo contuvo no solo la palabra de su boca, sino la respiración. Todas las miradas se posaron en ella. Al verla, Felipe interrumpió la conversación que

mantenía con su padre y fue a su encuentro, al pie de la escalinata.

—¡Sois única, Juana de Castilla y Aragón!

—Como vos, Felipe. A vuestros pies pongo mis reinos, mi fortuna, mis títulos y poderes. Absolutamente todo, os lo entrego. Pues vos sois mi única finalidad en esta vida. Os los ofrezco, cual un presente de mi amor y mi ternura.

—Me deslumbras, Juana — respondió Felipe, y su corazón latió con fuerza pensando en aquella geografía que se extendía más allá del ancho océano.

Lejos de la supervisión de la reina Isabel, Juana había comenzado a cambiar. Le gustaba reír, bailar y descubrir el brillo de aquella corte exquisita y refinada, donde el arte, la belleza y la música estaban siempre presentes en cada una de sus expresiones. Había descubierto la felicidad, aquel estado desconocido para ella, porque en Castilla la felicidad había sido siempre suplantada por la tranquilidad del deber cumplido. Cada día, al despertar en aquellos dominios de ensueño, cuando la suave luz de los primeros rayos del sol intentaba filtrarse por los cristales, escurriéndose con

dificultad a través de los pesados cortinados, Juana tomaba conciencia de que estaba viviendo de una manera jamás soñada. La vida en aquel reino era demasiado bella y alegre y no sentía la necesidad de estar todo el tiempo pensando en la salvación de su alma. Inmersa en aquella felicidad sin límites decidió cambiar a sus confesores españoles, de rígidos principios, por confesores flamencos flexibles y complacientes, que aceptaban sin cuestionamientos que ella amara sin medida a Felipe de Habsburgo.

Duelo en Castilla

Corrían los primeros días del mes de mayo de 1497 y Juana, sumergida en un sueño agitado y empapada por el sudor, soñaba con su pasado y también con su porvenir. Volvía a ser niña y estaba sentada en el regazo de doña Teresa de Manrique, su aya, que le cantaba una dulce canción. De repente le parecía volver hacia aquel laberinto de su infancia y cuanto más se perdía en él, tanto más distante, enigmático y

vacilante se volvía todo a su alrededor. Deseosa por recuperar la seguridad perdida, y esforzándose por obtener una base firme bajo sus pies, corría por los senderos esperando que su querido hermano Juan viniera a compartir sus juegos. Pero, de pronto, en un recodo del laberinto aparecía Juan, gritando desesperado.

—¡No me olvidéis Juana! ¡Pronto moriré!

Pero todo era inútil. Ella ya no era una niña y estaba perdidamente enamorada, y por ese amor había olvidado todo. Mil veces renunciaría a sus coronas y a sus títulos, a sus

riquezas y honores, a cambio de permanecer junto a Felipe de Habsburgo. Y no deseaba que nada ni nadie se interpusiera entre su bien amado y ella.

El sueño daba un giro y súbitamente Juana se encontraba inmovilizada y expectante frente al cuerpo helado de su hermano. Era la cripta de una iglesia, pero ¿dónde?, en ¿Salamanca? ¿Burgos? ¿Segovia? El príncipe de Asturias despertaba de la muerte y mirándola a los ojos le hablaba.

—¡Hermana mía, no dejéis que os arrebaten lo que por derecho propio os pertenece! ¡No permitáis que os

traicionen!

Volvía el sueño a cambiar y Juana se encontraba en una torre amurallada, bañada por la plateada luz de la luna. El paisaje era frío y lleno de soledad, donde la única presencia humana era una sombra: la sombra de Felipe. Él se encontraba de espaldas. Su camisa blanca resplandecía y sus cabellos cobrizos, desordenados, se movían con una ráfaga helada.

Juana corría hacia él.

—¡Amor mío! ¿Dónde os habéis escondido?

Felipe se volvía para mirarla, pero no tenía rostro. Solo era una sombra

espantosa que llevaba varios años muerta.

—¡Dios mío! —gritó Juana, desesperada.

Y su propio grito la despertó. Haciéndose la señal de la cruz y temblando con la violencia del pánico, el cuerpo frío por el miedo y su ropa empapada por el sudor, permaneció inmóvil con los ojos clavados en el techo. Cuando recobró la calma encendió las velas de su mesa de noche y pudo distinguir los contornos del cuerpo amado de Felipe, que dormía serenamente a su lado. Se tranquilizó, pero a sus oídos retornaban una y otra

vez las palabras lastimosas de Juan: «no dejéis que os arrebatan lo que por derecho propio os pertenece...», estremeciéndola.

¿Acaso sería la muerte quien iba a arrebatarse a aquel ser, tan tierna y apasionadamente amado, para convertirlo en un puñado de cenizas, dejándola postrada en la desolación de un mundo sin sentido?

Le acarició amorosamente los cabellos, con suavidad para no despertarlo, y pensó que en la vida, como en el bosque, siempre existiría un espacio reservado a la luz. Y su luz era Felipe, que permanecía a su lado,

iluminando su vida. Ojalá aquel destello no se apagara nunca y la acompañara alumbrando el camino de sus días hasta su último aliento.

El alba despuntó y la encontró despierta. Las palabras de Juan resonaban aún en sus oídos como un eco que se iba apagando lentamente y, ante estos trágicos presagios, no la sorprendió la noticia de que sus colaboradores más inmediatos, aquellos que ocupaban los cargos más importantes dentro de su corte española, habían sido reemplazados de sus puestos sin que se le solicitara siquiera su parecer. El mayordomo mayor, don

Rodrigo Manrique, los maestresalas, don Hernando de Quesada y don Martín de Tavera y el Jefe de las caballerizas, don Francisco Luzán, junto al grupo de sus fieles asesores, habían sido sustituidos de la noche a la mañana por asesores borgoñones. Algunos clérigos también fueron trasladados. Entre ellos, don Diego de Deza, designado obispo de Salamanca, debía retornar con urgencia a España. El único español que permanecía inamovible era don Martín de Moxica. El príncipe de Chimay continuaba ocupándose del gobierno general de la corte, mientras madame Hallewin proseguía de muy buen agrado

resolviendo por su cuenta todos los problemas domésticos sin consultar a la archiduquesa Juana que, forzada por las circunstancias, terminó por abandonar sus obligaciones sin saber a quién dirigirse para buscar ayuda.

Después de aquellas magníficas fiestas de bienvenida y despedida a su suegro, Maximiliano I, Juana experimentó el desasosiego de su partida, pues presentía que el emperador se llevaba tras de sí la felicidad y la paz de la que había gozado hasta entonces.

Felipe continuaba cada vez más ocupado con los asuntos y responsabilidades del reino y

comenzaba a ausentarse con más frecuencia. Y en cada regreso, Juana lo que menos deseaba era abrumarlo con los problemas domésticos de la corte. Por nada del mundo deseaba enturbiar aquellos espaciados pero ardorosos reencuentros.

Decidida por las circunstancias resolvió entonces escribir a su madre, a la que consideraba una experta en el manejo del poder. Jamás había cedido ni un palmo de él, ni siquiera a su propio esposo. La reina Isabel era sin lugar a dudas la persona más indicada para aconsejarla. Sobre todo para tener una guía y saber cómo manejar las

circunstancias molestas por las que estaba atravesando. Pero ocurrió lo contrario y, en lugar de ser Juana la que enviara noticias peticionando asesoramiento, llegó otra carta de España, de su cuñada Margarita. Juana impaciente abrió de prisa el sobre. La letra fina y estilizada de la princesa de Asturias se deslizaba graciosamente sobre el papel.

Querida Juana:

Llegué a España después de pasar por las mismas dificultades que vos, en el Canal de la Mancha. La tempestad fue tan grande que estuvo a punto de hundir la nave en que viajaba. Sin perder un instante mi buen

humor, a pesar de aquel peligro de muerte que me amenazaba, escribí en verso mi propio epitafio: «Aquí yace Margarita, la gentil damisela, que tuvo dos esposos y es todavía doncella».

Y aquí me tenéis ahora, comprobando el gran vacío que habéis dejado en el corazón de vuestros padres y hermanos, que yo, por la gracia de Dios, he venido a llenar en parte. Os extrañan demasiado y os ruego, mi querida Juana, que no sintáis celos, pues tenéis unos padres maravillosos y muy afectuosos que me hacen sentir como en mi propia casa.

España me ha parecido muy singular y totalmente distinta a los reinos conocidos, pues provengo de un país muy diferente al vuestro. El español es un pueblo valeroso, muy digno y orgulloso de su tierra. Mi corte ha quedado sorprendida, tanto de la

austeridad castellana como del afectuoso recibimiento que nos dieron al llegar. Debo decir que me asombra la excesiva severidad en lo que concierne a la moral y a la religión. Bien sabéis que el protocolo castellano no permite a los futuros esposos que se hablen, ni se den la mano hasta el día de la boda. La reina de Castilla así nos lo ha hecho cumplir y, recordando los besos que os robara Felipe antes de vuestros esponsales, no he podido dejar de sonreír por aquel arrebató de mi hermano, rigurosamente prohibido en estas tierras.

Creo haberle causado una grata impresión a Juan, lo cual me hace sentir muy dichosa. Cada vez que levantaba mis ojos para mirarle, sus ojos me estaban mirando. Eran mis fervientes deseos que pronto se convirtiera en mi esposo para poderle tener a mi lado y escuchar sus

tiernas palabras de amor.

La ceremonia de nuestros esponsales se celebró en Burgos con grandes pompas, el Domingo de Ramos. El arzobispo de Toledo fue quien ofició la boda, siendo nuestros padrinos el gran almirante Enríquez y su madre, doña María de Velasco.

Vuestra buena madre, la reina Isabel, ordenó que prevalecieran en mi casa las costumbres de los Habsburgo, voluntad que recibí como el más precioso y delicado presente de bodas, ante la austeridad característica de la corte española. Muchos fueron los regalos recibidos y somos inmensamente felices. Al lado de vuestro hermano soy muy dichosa, tanto como lo sois vos al lado de Felipe.

Desde estos reinos que os vieron nacer, os envió un cariñoso saludo.

Vuestra cuñada y amiga, Margarita.
Princesa de Asturias.

A Juana le invadió la alegría al comprobar que a Margarita nada le había importado aquel tartamudeo de Juan que le aquejaba desde su infancia, impidiéndole expresarse con total naturalidad; y dueña de una gran inteligencia, se había adaptado fácilmente a las circunstancias y a su nueva situación de princesa castellana, como lo dejaba vislumbrar a través de aquella carta.

Pero antes de decidirse a escribir en busca de los consejos maternos, llegó

otra misiva de Margarita de Asturias totalmente adaptada a la nobleza española. En su carta demostraba el desconcierto que le había producido, acostumbrada a la simpleza de la nobleza flamenca, la lucha que debían sostener los Reyes Católicos frente a la arrogancia y orgullo de los nobles españoles. Lucha que se prolongaba desde 1419, fecha del comienzo del reinado de Juan II de Castilla, padre de la reina Isabel. También le manifestaba el tiempo e interés que le estaba dedicando a comprender la complejidad del reino, ya que formaba parte de su preparación como esposa de un futuro

rey. Y con la promesa de volverle a escribir, se despedía cariñosamente.

Pero a partir de aquella carta, Margarita nunca más volvió a escribir. Juana sintió profundamente el no poder seguir de cerca el proceso de salud de su hermano, como tampoco la evolución de aquel matrimonio. El pobre príncipe Juan, de endeble naturaleza, se debilitaba, a pesar del gran esfuerzo sostenido por los médicos desde el mismo día de su nacimiento. Tratado con múltiples fórmulas de remedios y jarabes vigorizantes sin resultado alguno, se iba consumiendo en vida. Siendo el hijo menos saludable de los

monarcas, paradójicamente pesaban sobre él las coronas de todos los reinos españoles.

Nació con serios problemas de salud y un grave defecto de tartamudez, siendo estos causa de gran dolor en sus padres y hermanas que tanto le amaban. Juan era un ser muy especial, de corazón noble, espíritu sensible, muy afable, culto y de carácter dulce. Juana hubiera deseado donarle parte de su sana vitalidad para poder verlo feliz. Y eso la acongojaba.

Para rogar por la quebrantada salud de su bien amado hermano Juan y el eterno descanso de su infortunada

abuela, Isabel de Portugal, Juana decidió viajar en peregrinación a la ciudad de Brujas. Escasamente a dos días de caballo de Gante marcharía con su cortejo pidiendo gracias y bendiciones para todos los Trastámara. En Brujas se alzaba el viejo hospital de Saint Jean, una casa que servía para acoger a dementes, pobres y peregrinos. Todos eran tratados con gran dulzura y compasión (actitudes desconocidas en otras latitudes, pues en la Europa civilizada los insanos eran encadenados en celdas desprovistas de todo y allí se los dejaba, librados a su propia suerte, hasta que la piadosa muerte se

compadeciera de ellos).

Saint Jean era un lugar como no podía existir otro en ninguna parte del mundo. Los dementes vivían en pequeños grupos comunitarios atendidos por médicos, enfermeros y religiosos. Al aire libre y en un medio saludable, sin tener que realizar un gran esfuerzo mental, trabajaban en tareas sencillas. Aquella obra eclesiástica y benemérita era patrocinada por piadosos hombres y mujeres, en cuyas vidas había ocurrido algo que despertó su amor por aquellas mentes extraviadas. Desde su construcción en el siglo XII, el mencionado hospital había ido

incrementando y delegando continuamente los servicios que prestaba al pueblo. Dirigido por laicos, lo administraban las monjas agustinas y las monjas de san Juan, que acogían con los brazos abiertos a pacientes de todos los países y religiones.

Juana llegó hasta allí una semana después y ante el altar de la capilla rezó por aquel hermano que llevaba su mismo nombre y también por el alma de su difunta abuela Isabel, a quien había visto solo una vez en la vida (pero era la madre de su madre y su corazón noble y bueno le exigía un recuerdo y una veneración adecuados). La anciana reina

había recibido la muerte serenamente en su castillo de Arévalo, hundiéndose en las tinieblas sin dolor, como un pobre cervatillo en las sombras de la muerte (dentro de las cuales su mente se había ido sumergiendo por más de cuatro décadas). Algunos afirmaban que cuando la sorprendió el final, tuvo unos instantes de lucidez y habló con coherencia. Otros aseguraban que, por el contrario, habló sobre sus años de juventud con frases incoherentes e inconexas que nadie pudo entender. Pero su padre, el rey Fernando II de Aragón, le había escrito diciendo que la anciana reina había muerto como una flor

agotada por el calor del estío. Un estío que había llegado excesivamente tarde.

Al entrar en Brujas, Juana pidió ser conducida directamente hasta el hospital y una vez en él se dirigió hasta la capilla. Penetró en la semipenumbra del lóbrego recinto, acompañada por la corte que se movilizaba con ella, y se arrodilló frente al sencillo y despojado altar. Era la tarde, en las horas que mediaban entre la nona y las vísperas. Un gran silencio reinaba en el lugar, indicando que todos los que se encontraban en él se hallaban rezando. El agradable olor a incienso impregnaba el ambiente de oscurecidas piedras y las

bujías del altar, alzando sus pequeñas y vacilantes llamas, iluminaban con su tenue resplandor dorado un gran crucifijo de hierro.

Presa de una emoción súbita e intensa, Juana sintió la fuerza colectiva de todas las plegarias que le habían precedido en aquel lugar santo y postrándose de rodillas sobre el piso de piedra, sin tomarse siquiera la molestia de hacerlo en el sitio reservado para la nobleza, rezó más de una hora. Un frío intenso le caló hasta los huesos y el presentimiento de que alguien de su familia moriría muy pronto no la abandonó por el resto del día.

Entonces recordó a su madre, que siempre le hablaba de la importancia de la oración en los días atribulados.

—Señor, vengo a daros gracias por todo lo que en la vida me habéis otorgado y también a pedir os el consuelo para mis seres más amados. Yo, Juana, soy solo un instrumento en vuestras misericordiosas manos. ¿Qué deseáis de mí? Preguntó en forma sencilla y directa, pues, a su modo de ver, era la mejor manera de hablar con Dios y así se lo aconsejaba siempre su confesor.

La respuesta le llegó desde lo más profundo de su corazón. Sentía unos

imperiosos deseos de acercarse al altar, como un peregrino, recorriendo la nave central de rodillas. La luz de las bujías se hizo más alta y temblorosa y al acercarse al altar sintió la presencia de algo que se encontraba infinitamente más allá de su capacidad de comprensión. Cerró los ojos y rezó pidiendo a Dios que la guiase.

Al terminar de rezar, lloró sobrecogida ante el poder de un amor tan fino como el de Cristo, que amó tanto a los hombres hasta dar su vida por ellos sin tener correspondencia. Entonces, mientras lloraba, comprendió que en adelante tendría poco tiempo

para enjugar sus lágrimas. Que debería hacerse fuerte para seguir con entereza su camino.

Aquella intensa comunicación con el Altísimo se vio interrumpida por el ruido de las pisadas de las monjas que se dirigían a la capilla a rezar sus oraciones. Juana se incorporó y vio una larga fila de negros hábitos que subió silenciosa hasta el coro, dando comienzo a los rezos de las vísperas.

Jamás olvidaría aquella vivencia espiritual tan intensa. ¿Dónde estaba la piedad y la compasión por los muertos? Ciertamente en aquel lugar sagrado. Entonces sintió unos fuertes deseos de

embellecer aquella capilla obsequiándole algún cuadro. Por eso dio la orden de que buscaran a su pintor favorito, cuyas obras admiraba: Hans Memling. Pero Memling, según le informaron, hacía poco tiempo que había muerto. Aquel pintor, de origen alemán, había llegado a Brujas después de residir en Bruselas y se había quedado en esa ciudad por más de treinta años. Como el resto de los pintores trabajaba siempre por encargo, siendo sus retratos de carácter religioso. Juana sentía especial predilección por dos de sus obras: *La Arqueta de Santa Ursula*, pintada en 1489 (y realizada por

encargo de dos religiosas que figuraban entre las imágenes pintadas), la cual representaba la historia de Úrsula, hija del rey de Bretaña, que en Colonia, después de una peregrinación a Roma, se negó rotundamente a desposarse con el jefe de los hunos y fue ejecutada allí mismo. La otra obra era *Los Esponsales Místicos de Santa Catalina*, para cuya imagen, se decía, había posado como modelo la misma María de Borgoña, madre de Felipe.

Juana admiraba aquella pintura puesta al servicio de una concepción de la vida entroncada con la desesperación. Hans Memling desencarnaba al ser

humano y lo idealizaba, poniendo en sus rasgos, en su mirada, en su actitud, su propia inquietud y hastío de la vida. De ahí la impersonalidad de sus rostros, que respondían casi todos a un tipo único de mujer o de varón. No poseía un sentido trágico y era incapaz de intensidad patética en sus descripciones de martirio, por ello su pesimismo y su deseo de evadirse de la realidad le produjo a veces la ilusión de una simple melancolía dulzona.

Juana ordenó que buscaran entre sus discípulos a aquel que mejor imitara al gran maestro y le encargó una serie de grandes paneles para embellecer la

capilla.

Por encargo de la archiduquesa se debían representar escenas de la vida de san Juan Evagelista, apóstol del cual su madre era devotísima y en honor al cual le había valido su nombre de Juana. La reina Isabel también era devota de san Juan Bautista, y por este gran santo había bautizado con el nombre de Juan a su primogénito. Tan devota era Isabel del apóstol san Juan que en 1485 había ordenado a uno de los poetas y predicadores del reino, al franciscano fray Ambrosio Montesino, escribir unas coplas en honor al apóstol: «Todo el cielo te acompaña, y te honora, y la

reina te es d'España, servidora».

Impregnada de tanto misticismo dio instrucciones precisas a su tesorero, don Martín de Moxica, que entregara una importante donación para el mantenimiento de tan noble institución.

Aunque algo cansada, a la semana siguiente Juana y su séquito emprendieron el regreso a Gante. Durante el trayecto decidió que pediría los postergados consejos a su madre. Aquellos consejos que le permitieran recuperar en algo su autoridad perdida sobre los integrantes de su corte.

Felipe salió a recibirla a las puertas de la ciudad. Junto a las altas murallas,

bajo la sombra añosa de los tilos mecidos por el viento, la esperó con ansias. Ella le vio a lo lejos montado sobre su caballo y su corazón le dio un vuelco, como siempre sucedía. Con sus caballos colocados lado a lado, los dos jóvenes archiduques se besaron. Una multitud que se había ido aglomerando los aclamaba y aplaudía con júbilo. Esto despertó en Juana una vivísima emoción, pues aún no se acostumbraba al fogoso despliegue de cariño de su amado Felipe.

Pero aquel día, el archiduque parecía menos entusiasta que de costumbre y sus ojos claros dejaban

entrever un halo de tristeza.

—Hubiera deseado poder acompañaros.

—Lo sé, amor mío. Pero no os mortifiquéis con lo que pudisteis haber hecho y no hicisteis —le respondió amorosamente Juana.

—No hubiera podido ausentarme pues esperaba unos despachos urgentes de España.

—¿Urgentes? ¿Acaso sucede algo grave en Castilla? Respóndeme Felipe.

—Serénate, Juana.

—¿Qué sucede?

—Nada ha sucedido, todavía.

—Agradezco a Dios que así sea,

pero mi corazón os ha echado de menos.

—Y el mío, más aún —respondió Felipe.

—Debo confesaros que he podido resistir, aunque con nostalgias, el estar separados. A veces es necesario tomar distancia de los que amamos para comprenderlos mejor. He pensado mucho en este futuro que se abre ante nosotros, en mis temores y angustias cotidianos, y he rezado por los Habsburgo y los Trastámara. También he implorado por el alma de mi abuela Isabel y he pedido por la frágil salud de mi querido hermano Juan.

—Debo deciros, Juana, que los

despachos que estaba aguardando desde España han llegado. ¿Queréis conocerlos?

La voz de Felipe denotaba preocupación.

—Os agradeceré si los contestáis por mí, dado que nada ha sucedido, pues el deber de escribir a España afecta mi ánimo. Siento íntimamente que fiscalizan mi accionar y no deseo ocupar mi conciencia moviéndola a la defensa.

Felipe guardó silencio.

Y Juana acusó recibo en su corazón. Entonces presa de una desesperación repentina, le interrogó.

—¿Qué ha sucedido? ¿Mis padres

están enfermos? ¿Acaso es Isabel o Juan? ¿María? ¿Catalina? Dímelo, por Dios.

—Serénate Juana. Tus padres gozan de buena salud.

—Entonces, ¿es Juan? Por favor, no me hagáis sufrir.

—No deseo que os disgustéis, querida. Sois demasiado propensa a los estados de ánimo melancólicos y tristes, aunque no siempre tenéis motivos para estar así.

Y acercó hasta las manos de Juana un sobre lacrado con los sellos reales de Castilla.

Juana estaba como paralizada por la

angustia. ¿Por qué le nacía de repente aquel afán por transformarse en otra, en dejar de ser ella?

Comenzó a leer. La reina Isabel había vuelto a escribir y en aquella carta le informaba de que aquel 15 de agosto de 1497 se había concertado la boda de su hermana menor, Catalina, con Arturo, príncipe de Gales. Alianza que exaltaría, nuevamente, el nombre de España en todo el mundo.

Por los acuerdos celebrados, la pequeña Catalina, de once años de edad, sería desposada al cumplir sus quince años. Pero lo preocupante de aquella carta era que su hermano Juan, príncipe

de Asturias y Gerona, heredero de los reinos de Castilla, León, Aragón y Navarra, y de cuantas tierras descubriera Cristóbal Colón, se hallaba muy enfermo. Enamoradísimo y pendiente de su flamante y bella esposa Margarita, se había olvidado hasta de comer, contribuyendo así a acentuar su marcada debilidad. El matrimonio parecía haber empeorado la delicada salud del príncipe, y su padre, el rey Fernando, propuso entonces poner trabas al régimen conyugal principesco y separar a los herederos del trono español por una temporada. Pero la reina Isabel, adoptando una actitud

intransigente y alegando que «lo que Dios ha unido no lo separará el hombre», se opuso tenazmente a la prudente medida. Esta situación mantenía preocupados a los monarcas, que hacían lo imposible por cuidar la salud de su hijo primogénito asegurando, así, la descendencia de su dinastía.

Recluido en su alcoba, sin cumplir casi con sus obligaciones principescas, soportaba la enorme carga de sensibilidad que significaba el tener una esposa demasiado bella y saludable.

Pocos días faltaban para que se celebrara la boda de su querida hermana mayor, Isabel, que tanto había sufrido

con la muerte del príncipe Alfonso. Don Manuel de Portugal, de la casa de Avís, había solicitado su mano. Se había enamorado de Isabel al formar parte del séquito que la acompañara hasta Lisboa, en ocasión de sus primeros esponsales. Al asumir el trono de Portugal, le ofrecía a Isabel, como regalo de bodas, el magnífico título de reina.

En otro párrafo su madre se mostraba muy preocupada por ella, pues no le escribía, recibiendo a cambio constantes quejas de su vida en Flandes. Lamentaba el que no cumpliera con sus deberes, que hubiera olvidado el servicio a sus reinos y que no fuera

totalmente feliz dentro de la corte flamenca. Pero, sobre todo, lo que más lamentaba, era que Juana se hubiera apartado de la religión católica.

«... Vuestra alma es lo primero. Si la salváis, lo demás se os dará por añadidura...».

El día de la concertación de la boda de Catalina, 15 de agosto, Asunción de la Virgen, coincidía con el primer aniversario de la muerte de su madre. La reina Isabel había visitado Arévalo y ante la tumba de su madre había sentido sobre su corazón el mismo sombrío presagio que Juana ante el altar de la capilla de Saint Jean. Alguien de la

familia moriría en aquel fatídico año de 1497.

La reina no solo solicitaba noticias de Juana, sino que ahora las imploraba y como siempre, al final de la misiva, se despedía con su sacramental: «Yo. La reina».

—¿Por qué no: «Yo, vuestra madre»? —se preguntaba una Juana entristecida.

La dignidad real de Isabel de Castilla estaba siempre primero. Delante de todo. Dominando su corazón. Porque Isabel, antes que madre, era reina de España.

Por aquellos días, Juana se prometió

a sí misma escribir la postergada carta. Al fin solicitaría los invalorable consejos de su madre para gobernar la corte. Pero, en el transcurso de la semana que pasó entre cavilaciones, llegaron para su sorpresa dos misivas seguidas. La primera era de su antigua preceptora y asesora de su madre, la profesora de lengua latina, Beatriz Galindo, que daba cuenta del compromiso de la princesa Isabel, en Valencia de Alcántara, Extremadura, con el rey don Manuel de Portugal.

Durante tres días habían permanecido los reyes de España en aquel lugar, acompañando a su hija

mayor, quien se mostraba feliz y dichosa por ser el rey don Manuel un noble y educado caballero.

Estas noticias causaron gran alborozo y alegría en Juana, pero aún no había terminado de celebrar la buena nueva cuando dos días más tarde llegó otra carta. Esta vez de don Diego de Deza, obispo de Salamanca. En primer lugar pedía disculpas por ser portador de no muy gratas noticias, las que por orden de la reina debían ser comunicadas de inmediato a Juana, con el fin de mantenerla al corriente de los acontecimientos.

No sabiendo cómo explicarse, el

prelado relataba sobre los numerosos avatares de salud del príncipe Juan. Cada vez más decaído e inapetente, vomitaba cuanto manjar y remedio le proporcionaban los médicos, consumiéndose en vida.

Al otro lado de la ventana abierta, los rayos del sol atravesaban los espacios vacíos, sin embargo, para Juana, la noche y el frío del invierno parecía haberlo invadido todo.

Volvió a guardar la carta junto a las demás sin respuesta y, con desesperación, comenzó a buscar en todas ellas indicios de los males de su hermano. Rastreó la correspondencia

desde tiempo atrás y aquellas premoniciones, a las cuales ella ya estaba acostumbrada, comenzaron a vislumbrarse claramente. Desde sus esponsales nada ni nadie había logrado separar a Juan de su esposa Margarita. La salud del príncipe necesitaba más que nunca de intensivos cuidados, dado que Margarita acababa de quedar embarazada, tranquilizando en algo las ansias de sucesión.

Pendiente y absorta de la salud de su hermano, Juana pasaba sus días pensando en él. Los médicos de la corte flamenca observaron su comportamiento y aconsejaron más distracciones y

mucha serenidad.

Por aquellos días Felipe se hallaba ausente de Gante y, junto con la noticia de su pronto regreso, un nuevo sobre real llegaba a sus manos. Aquella sería la primera en la lista de las trágicas noticias que a lo largo de su vida tendría que soportar Juana.

En España, la muerte comenzaría a infligir una serie de crueles golpes a la Familia real, y este era el principio. El viento de la historia comenzaba a azotarla.

La carta pertenecía a su hermana Isabel, reina de Portugal. La abrió con ansiosa rapidez, con el temor de quien

no desea enterarse de algo muy doloroso y una espada atravesó su corazón al contemplar la cinta negra en señal de duelo que iba prendida a la hoja.

En ella, su hermana le expresaba con dolor que la ilusión de una boda feliz se había visto truncada de repente, cuando el obispo de Salamanca se presentó en Extremadura solicitando urgente la presencia de los reyes en la cabecera del príncipe enfermo. Dadas las circunstancias, la reina deseó permanecer junto a su hija mayor en Valencia de Alcántara, mientras Fernando cabalgaba a toda prisa con su cortejo hasta el lecho del heredero

moribundo. Cuando llegó a Salamanca, con el alma destrozada ante el derrumbamiento definitivo de sus ilusiones paternas y políticas, pudo comprobar cómo su pobre hijo Juan, arropado por el silencio de los claustros, agonizaba. Apenas pudo verle unos minutos con vida y abrazarlo. Parecía que había estado aguardando verle solo para despedirse, mirarlo por última vez. Y así se fue, entre sus brazos. A las pocas horas de haber llegado su padre, el rey Fernando, Juan partió hacia la eternidad. Era el día 4 de octubre de 1497 y tenía tan solo diecinueve años. A su regreso, Fernando

se inclinó sobre Isabel y casi en un susurro le dijo al oído: «Juan ya no está entre nosotros. Murió de consunción».

La reina aceptó aquella muerte con verdadera resignación cristiana: «Dios me lo dio, Dios me lo ha quitado. ¡Alabado sea el Señor!».

Juana no daba crédito a lo que leía. Y apenas hubo terminado la carta, los ojos se le nublaron, el aire faltó en su pecho y su cuerpo se dobló a punto de desvanecerse. Aquella noticia la sumió en la desesperación y la distancia que separaba España de Flandes no hizo otra cosa que profundizar más la tremenda angustia de no volver a ver su rostro. La

imagen de su hermano la perseguía en todas las horas. Durante el día no lo podía apartar de sus pensamientos y durante la noche no podía apartarlo de sus sueños. Lo veía siendo niño, corriendo a su lado. Lo veía enojarse cuando no soportaba que el aya lo separase de su mano. Lo veía reír en las calurosas y polvorientas tardes del verano castellano, cuando al escapar de las miradas de sus nodrizas se sacaban la ropa para bañarse en el río. A veces Juan la invitaba a salir de cacería, entonces ella, Juana, la tercera hija de los Reyes Católicos, se vestía con las ropas del príncipe y se hacía pasar por

su paje, escapando de las atentas miradas de sus doncellas. En su mente se agolpaban todas las imágenes de Juan. Sonriendo, llorando, temeroso, cándido, tranquilo. Muerto.

Llena de espanto sintió crecer la desesperanza de lo que había sido y nunca más sería. En adelante, Juan solo sería un recuerdo. Un espacio vacío. Una memoria buena. El «Ángel de la Guarda», como le llamaba su madre, se había marchado definitivamente. Nadie volvería a ocupar su lugar. Y en aquel espacio imposible de llenar quedaría para siempre palpitando su esencia. ¿Cómo decirles a todos que su hermano

Juan ya no existía? ¿Cómo explicarles aquel dolor tan profundo que sentía dentro del pecho?

Ante tal desconsuelo sintió la urgencia de estar con Felipe, pero, como en los días de su llegada a Flandes, lo esperó en vano. Desfigurada por el llanto, la noche sin él se tornó una pesadilla. Aquella soledad a la que involuntariamente se veía sometida poco a poco fue templando su ánimo. Decidió mantenerse lo más serena posible, para no dar cabida a las habladurías y hostilidades de la corte. Intentaría manejarse con cautela dentro de aquel ambiente poco amable de sus palacios

de Flandes, porque, muy a su pesar, ella ya formaba parte de aquel complicado engranaje imperial.

Nace Leonor

Ante el trágico desenlace de los acontecimientos, Felipe de Habsburgo llegó precipitadamente dos días después a Gante. A pesar de sus ausencias, su amor sostenía como una columna vertebral a una Juana debilitada, dándole fortaleza, valor y consuelo en sus angustias.

—Juana querida, por mucho que lo hubierais deseado no habríais podido viajar a España y llegar a tiempo para

los funerales de vuestro difunto hermano.

—Lo sé, Felipe. La distancia es tan inmensa como la tristeza que hoy embarga mi alma. Dios nos da, pero también nos quita. Y yo debo aprender a aceptar la voluntad divina. Pero no puedo evitar la congoja que me causa su partida tan temprana.

—Vuestro lugar es en Flandes, junto a mí. No es en España. Vos pertenecéis a estos reinos.

—Y yo no deseo estar en otro lado.

Las palabras de Felipe eran como un bálsamo para su alma dolorida. Cuanto él le decía se tornaba para ella en una

orden imperativa. Pero, dos meses después de la muerte del príncipe de Asturias, el tiempo y el destino volvieron a agregar una nueva desgracia a la Casa Trastámara. Margarita, su esposa, embarazada de una nueva vida esperanzadora, aquella que le dejara Juan antes de marcharse y destinada a ser continuadora de la dinastía, perdía a su hija póstuma al dar a luz en Alcalá de Henares. Triste corolario de una vida desdichada que había terminado definitivamente con aquella existencia. Con ella se perdía también, por segunda vez, la oportunidad de un heredero al trono de España y comenzarían entonces

los grandes cuestionamientos sobre la vasta heredad.

—Sin otro varón en la línea sucesoria de la familia, vuestra hermana Isabel, reina de Portugal, heredará el trono —dijo Felipe una mañana, mientras revisaba los despachos recién llegados de España.

Y fue Fernando II de Aragón quien comunicó al rey, don Manuel I de Portugal, llamado también el Venturoso o el Afortunado, la correspondencia por derecho de los reinos de España a su esposa Isabel. Al quedar vacante la línea de sucesión, los instaba a que se presentaran en Castilla cuanto antes para

ser jurados por las Cortes perpetuas del reino.

El rey don Manuel e Isabel de Portugal, Castilla y Aragón, entraron a España por Badajoz, desde donde fueron escoltados por una gran comitiva integrada por el duque de Medina-Sidonia, el duque de Alba y otros preclaros españoles. En presencia de sus Majestades Católicas, Isabel y Fernando, reyes de España, recibieron el juramento de toda la nobleza en una ceremonia por demás emotiva. De esta manera quedaban unidos los reinos de toda la península ibérica cumpliéndose el sueño largamente acariciado por sus

Católicas Majestades.

Isabel de Portugal pasó a ser desde aquel mismo instante la princesa de Asturias, heredera universal de los reyes de España. El principado de Asturias, como señorío, mayorazgo y título del príncipe heredero de la corona de Castilla y León se había establecido en el año 1388. A semejanza de Castilla, los herederos de la corona de Aragón, desde 1414, otorgaban el título de príncipe de Gerona y los de Navarra, desde 1423, el de príncipe de Viana. Todos estos títulos se habían acumulado para el heredero o heredera de los Reyes Católicos. Por su parte, Inglaterra

había otorgado a sus herederos el título de príncipe de Gales, en 1283, y Francia el de delfín, en 1343. En España, la reina Isabel prohibió, desde ese mismo día, el uso del título de príncipe o princesa de Asturias, a cualquier otro miembro de la Casa real. Solo su hija Isabel podría usarlo en adelante, dado que era ella su legítima heredera.

El principado de Asturias era el legado que según la ley del reino pertenecía al hijo o hija mayor, que además fuese el legítimo heredero de las Españas. Ante tal orden y prohibición no quedó más remedio que tomar al pie de la letra las indicaciones de sus reyes y

ya nadie se atrevió desde entonces a desafiar su autoridad y a usufructuar aquel noble y representativo título.

Aquella sucesión de muertes insospechadas y repentinas en la Casa Trastámara hacía temer por el futuro de España. Y si por desgracia Isabel llegaba a morir antes que Juana sin dejar descendiente varón, automáticamente Juana pasaría a ostentar el título de princesa de Asturias.

—¡Vos y yo podríamos convertirnos en los reyes más poderosos de la tierra! —exclamó Felipe con entusiasmo.

Y Juana sintió que un escalofrío le recorría la espalda. No era ambiciosa.

No deseaba ser reina. ¿Cómo Felipe podía pensar que ella deseaba convertirse en la más poderosa de la tierra a través de la muerte de sus dos hermanos mayores?

El fantasma de la duda la carcomió.

¿O tal vez Felipe, quien decía amarla tanto, solo estaba interesado en los reinos que, a través de ella, pudieran llegarle algún día como un presente póstumo de sus queridos difuntos?

El cansancio la venció con las sombras, pero había dormido mal, sobresaltada. La luz de la mañana la despertó y vio a Felipe inclinado sobre ella, contemplándola, mientras el alba

entraba exultante disponiéndose a amanecer sobre Gante.

—¿Me amáis, Felipe? —preguntó temerosa.

—Más que a nada es este mundo —y los ojos del archiduque, de un azul profundo, quedaron atrapados en los ojos verde oliva de Juana. Aquella mirada la cautivaba y enloquecía de amor y le daba la sensación inigualable de no poder dejar de mirarlo.

—¿Me amáis más que a los posibles reinos que por desgracia pudiera yo heredar?

—Más aún, ¡amor mío!

—Solo me basta con vuestro amor,

mas tengo el presentimiento que todos los acontecimientos importantes de mi vida irán siempre asociados con la muerte.

—Nadie podrá saberlo, Juana. Es el misterio insondable de la vida, del destino que cada uno lleva escrito sobre sí, ignorándolo. Lo importante es dejar una huella en el recuerdo de quienes os han conocido. Esa huella, si es buena, será imperecedera.

—Ámame, Felipe —le susurró Juana al oído— y renunciaré al mundo—. Y Felipe como respuesta le besó sus pies descalzos. Era el momento del amor. Felipe la abrazó con ternura y pasión,

como siempre, y ella se dejó llevar por ese mundo de maravillosas sensaciones que él despertaba en su mente y en su cuerpo. Transportándola.

Entonces «el Hermoso» Habsburgo tuvo la certeza de que la amaría por el resto de sus días. Juana era para él como la más preciosa de las joyas. Y la cuidaría con todo su esmero.

—Nunca dejéis de amarme —le imploró Juana.

—Jamás dejaré de hacerlo.

—Entonces, perdonadme.

—¿Perdonaros, por qué?

—Por dudar de vos, amor mío.

—Nunca dudéis de mi amor, Juana.

—Quiero que me prometáis que siempre estaremos juntos.

—Siempre. Por toda la eternidad — y apretó a Juana contra su corazón que le latía desenfrenadamente.

El tiempo seguía su curso y a Juana le resultaba imposible explicar con palabras la esperanza que aquellas declaraciones de Felipe habían despertado en su alma. Y fueron aquellas frases llenas de ilusión las que se hospedaron en su mente durante los días y las noches por venir.

El invierno de 1498 llegaba a su fin. Carlos VIII, rey de Francia, había muerto y acababa de ascender al trono el

rey Luis XII (al que llamaban los franceses: El Padre del Pueblo), hijo del duque Carlos de Orléans y de Ana de Clèves, casado en primeras nupcias con la princesa Juana, hija de Luis XI y hermana de Carlos VIII. Felipe era feliz junto a Juana. Se le notaba en el rostro, en aquellas risas compartidas, en la agitación de su pecho cuanto estaban juntos. Y así, en los umbrales de aquella primavera que tardaba en anunciarse, Juana descubrió con secreta alegría que estaba encinta.

—¿Me amáis, Felipe? —volvió a preguntarle una mañana.

—Más que a nadie en el mundo.

—¿Más que al hijo que espero?

—Juana, ¿estáis esperando un hijo nuestro?

—Sí amor, ¿no es maravilloso?

—Tener un hijo que lleve mi sangre es el mayor cumplido que podíais hacerme.

Y en un inmenso y tierno abrazo se dejaron caer sobre el lecho, felices y dichosos. Sus dedos se entrelazaron y juntos soñaron mil nombres para el futuro heredero de la mitad de Europa.

Nunca lo hubiese imaginado, pero una menuda nube oscura se interpuso entre el sol y la tierra en aquel jueves 23 de agosto de 1498. Juana, encinta de

seis meses y vestida con un amplio vestido color carmesí y pasamanería de plata, paseó sin rumbo por los jardines imperiales del palacio de Bruselas, el Coudenberg. Allí se alejaba del mundo en todos los sentidos. Cada día, hiciera buen o mal tiempo, visitaba los jardines que se extendían como una alfombra verde hasta donde su vista alcanzaba. Disfrutaba de los nuevos colores de la naturaleza con cada cambio de estación y apartando con sus manos los pimpollos de las rosas trepadoras, o las hojas secas de los robles, los copos de nieve de los pinos o las apretadas flores multicolores que desbordaban los

canteros, fuera primavera, otoño, invierno o verano —si hacía falta— daba de comer a los pájaros que anidaban en las inmensas copas de los árboles. De allí bajaban las aves que la esperaban cada día, trayendo a su recuerdo imágenes de su infancia en el jardín de la reina en el alcázar de Segovia.

Cuando el sol del mediodía se hizo más intenso, Juana se sentó bajo una glorieta umbrosa cubierta de glicinas, para descansar sus pies. Durante aquel paseo se había sentido agitada. De pronto llegaron hasta su mente las imágenes de su madre. Dura como el

hierro, la reina era obsesiva con la educación de sus hijos. Siendo Juana una niña le explicaba sobre los beneficios de ser una persona disciplinada, pues llevando una vida ordenada saldría victoriosa de todas las situaciones. «Lo que pronto se aprende, tarde se olvida», le repetía. Pero lo que más le impresionaba a Juana era aquel mensaje de Cristo que su madre siempre tenía a flor de labios: «Todo aquel que quiera seguirme que tome su cruz».

—¿Qué quiere decir, madre? —le preguntaba con frecuencia.

—Es algo sencillo, hija, pero difícil de poner en práctica. Solo debéis obrar

de conformidad con las enseñanzas de Cristo y cumplir estrictamente con los Evangelios, aceptando con entereza los sufrimientos que puedan llegar en la vida. Jamás debéis claudicar, Juanita, porque ellos os abrirán las puertas de los cielos.

—Comprendo, madre. Pero decidme, ¿las personas que no toman su cruz, reciben a cambio una vida vacía, sin la retribución salvadora de la gloria?

—Habéis comprendido bien, hija mía, solo con el sufrimiento podéis ganar el cielo.

—Y los pobres, ¿cómo pueden ganar el cielo?

—Para los pobres es más fácil que para los ricos y poderosos. ¿Sabéis por qué? Porque ganar el cielo nada tiene que ver con la riqueza y el poder. La verdadera riqueza de la que nos habla Cristo es la riqueza del alma. Los hombres ven solo las apariencias, pero solo Dios ve dentro de nuestros corazones. De nada sirven los reinos ni el mundo entero si no tenéis fe. Pues todo lo habréis perdido si pierdes el alma.

La infanta había entendido la mayor parte de la respuesta y siendo una adolescente la había puesto en práctica. Y cuando joven sabía con certeza que

esa era la Verdad. Ella había tomado la cruz de su difícil destino, entregándose generosamente a los brazos de Felipe, mas aquello no era una cruz, sino la gloria.

Con tan solo diecinueve años había logrado el auto dominio y su gran inteligencia le ayudaba a no cometer injusticias deliberadamente, pues pensaba que aquello acabaría siendo perjudicial para su alma.

Poseía un gran sentido de la autodisciplina y el profundo deseo de vivir de acuerdo a las reglas rigurosas que se había impuesto a sí misma. Su matrimonio con Felipe de Habsburgo,

concertado entre sus respectivos padres, iba tan bien como pocas veces era probable en uniones de aquella índole. Lo adoraba, tanto como él a ella. Era uno de esos casos extraños, una casualidad entre un millón, pues a pesar de ser un matrimonio concertado se habían enamorado los dos desde el mismo instante en que se habían conocido. Como esposa no había podido elegirlo, pero afortunadamente se habían convertido en una maravillosa pareja de amantes. Cada noche en los brazos de Felipe sentía el estremecimiento de la pasión verdadera, de aquel amor intenso y profundo que había surgido entre los

dos. Mas en la intimidad del jardín, aquella tarde, no comprendía por qué estaba llorando.

El retumbar de un trueno la sacó de aquellos pensamientos. Miró hacia el cielo que se dejaba entrever a través de las enredaderas y observó que se había vuelto de un color plomizo. Un fuerte viento comenzaba a soplar haciendo estremecer las ramas de los árboles y la tormenta de verano estaba a punto de precipitarse. Con manos apresuradas secó sus lágrimas y regresó de prisa al palacio. En plena luz del día se había vuelto la noche. Los candelabros se encendían de prisa y, con la nostalgia

propia de quien debe permanecer encerrado y en soledad, Juana se cobijó en uno de los salones del palacio contemplando el imprevisto azote de la lluvia contra los cristales.

No había razones aparentes ni inmediatas para que la embargara tanta tristeza y melancolía. Pero aquel temporal se extendió por una semana mojándolo todo, hasta su memoria. Durante aquellos interminables días se sintió profundamente turbada con la certeza de que alguien muy cercano a sus afectos estaba sufriendo demasiado. Tal vez, padeciendo la agonía de una muerte no anunciada.

Y no se equivocó. Aquella tormenta que se desató con violencia sobre Flandes, jamás llegó hasta el caluroso verano de Toledo. En aquella siesta ardiente y quemante donde ni un alma se atrevía a salir de la fresca penumbra de las casas, en el castillo de los monarcas españoles solo imperaban los pasos sigilosos y apesadumbrados, los murmullos casi dichos en secreto, las angustias incontenibles y los llantos reprimidos.

Su hermana, Isabel de Portugal, acababa de dar a luz un varón, a quien pusieron por nombre Miguel. Un nombre que jamás su boca podría pronunciar y

un niño al que nunca sus manos podrían acariciar.

¡Tantísimo lo había deseado que cuando lo tuvo debió partir definitivamente sin poder mirarlo, aunque fuera por única vez!

La pobrecilla le había dado la vida pero una hora después perdía la suya. Con una sonrisa triste y desdichada entre sus labios yertos y su rostro de cera, con sus ojos cerrados para siempre, partía Isabel, la mayor de los Trastámara, hacia la eternidad. Era el 23 de agosto de 1498.

La muerte había vuelto a cebarse con la regia familia, terminando por

entristecer profundamente a una Juana desconcertada e indefensa ante el zarpazo brutal del destino. Isabel había dejado de ser, igual que Juan. Ya no estaría más para poder abrazarla, ni reír juntas. Y como Juan, solo viviría en su recuerdo. Allí, en su recuerdo constante, la muerte no podría con ellos.

Felipe, apelando al sentido común le advirtió.

—Debéis saber que una reina no corre de vuelta a su país de origen para asistir a los funerales de sus hermanos muertos, por mucho que les haya amado.

Juana guardó silencio. Las lágrimas brotaban de sus ojos sin poder

contenerlas. Lloró sin sollozos guardando en su pecho todo el dolor contenido.

En España, la reina Isabel con anuencia de su yerno, el rey Manuel I de Portugal, asumió la tutoría del niño recién nacido. Aquella hija tan querida, la que más se le parecía físicamente, la que llevaba su mismo nombre, mas no su misma suerte, la que siempre, por ser la mayor de todos, cumplió y le obedeció hasta en los más mínimos detalles, había muerto. Tanto le había obedecido que antes de casarse había exigido a su futuro esposo, como condición para realizar los esponsales, que expulsara a

los judíos del reino del Portugal.

Isabel de Castilla, la más grandiosa reina de todos los tiempos, seguía en su vida familiar el camino opuesto al que le brindaran sus triunfos políticos, convirtiéndola en la más desdichada de todas las mujeres. ¿De qué servían tanto poder y tantas coronas si no podía disponer de la vida de sus amados hijos?

La desgracia se había adueñado de la corona española. En menos de dos años habían muerto su madre, su primogénito, su primera nieta y, ahora, su hija mayor.

Solo su profunda fe cristiana, a la

que jamás abandonó, la mantuvo viva. Su salud se vio deteriorada, pero el pequeño don Miguel, futuro rey de España y Portugal, era una débil luz de esperanza en la oscuridad de su ocaso. Aquel niño parecía sostenerla en la adversidad para que no claudicara y, aceptando con verdadera resignación la voluntad divina, tomó las cruces de sus amados muertos y vestida de riguroso luto no lo abandonó hasta el día de su propia muerte.

En los brazos enlutados de su triste abuela, aquel niño se transformó en su único consuelo. En él volcó todo su amor contenido por aquella hija muerta

con la que hubiese deseado ella también morir y vio en aquel pequeño principito la razón de su vida: la unificación definitiva de la península ibérica.

Desde 1496, año en que había abandonado España para radicarse definitivamente en Flandes, Juana no había escrito ninguna carta a su madre. Las noticias que la reina tenía de ella le llegaban a través de Martín de Moxica y algunas cartas de Felipe de Habsburgo. Esto hizo que la reina temiera perder en vida a su tercera hija y, ante la inseguridad del futuro de sus reinos, envió a Bruselas una misión urgente. Aquella misión iba al mando del

comendador Londoño, quien viajó acompañado por el subprior del convento de la Santa Cruz, el fraile dominico fray Tomás de Matienzo, y cuya única finalidad era requerir noticias de Juana.

Aquellas presencias no solo perturbaron el carácter de la archiduquesa, sino que casi la hacen enfurecer de rabia. Juana sintió a partir de entonces que los controles maternos llegaban hasta su Flandes. Matienzo, confidente de los Reyes Católicos, llegaba para vigilarla. Este fraile, como tantos otros españoles dispersos en el reino de Felipe, informaba con estricta

puntualidad, y en el más confidencial de los secretos, de todo lo que acontecía en él. Escribía a los Reyes Católicos en lenguaje oscuro: «díxelo que tenía un corazón duro y crudo sin ninguna piedad...».

Y así fue. Con la certeza de que aquello se trataba de un espionaje informativo, Juana comenzó a negarle a Matienzo, sistemáticamente, la provisión de sus principales necesidades, con el objeto de que el fraile abandonase Flandes cansado de tanta oposición.

Fue el 15 de noviembre de 1498, en el palacio de Lovaina. Juana despertó con la convicción que la situación

aquella no podía dilatarse por mucho tiempo más. Nada volvería a ser igual en adelante, pues estaba llegando al final de sus nueve largas lunas. Iba a ser madre y aquel estado le daba una maravillosa sensación de felicidad.

Pasó la mañana sola y distante, tratando de concentrarse. Y cuando el palacio se entregaba a la apacible serenidad de la siesta, en medio del silencio de la recién iniciada tarde de otoño, comenzó a sentir los dolores de parto. Iba a dar a luz a su primer vástago, fruto de dos ramas unidas por un amor inigualable.

La archiduquesa Juana de Castilla y

Austria, la valiente hija de la no menos valiente reina Isabel de Castilla, afrontaba el nacimiento de su primer hijo del mismo modo con que afrontaba todo en la vida: con total y entera determinación.

—¡Madame Hallewin! —llamó Juana asustada, mientras pasaba revista a la situación y se preparaba para aquel trance difícil y desconocido—. ¿Podéis venir de inmediato?

La gobernanta llegó de prisa y llamó con urgencia al archiduque, quien reclamó la inmediata presencia del médico de la corte y de la comadrona Isabeau Hoen, de Lier, quien asistiría a

la reina durante el parto.

El galeno y una legión de camareras llegaron alertados por la gobernanta para el parto real. Y en aquel mar de dolor incomparable, Juana se aferró con fuerza a las manos de la vieja comadrona.

—Tengo temor a morir, como mi hermana Isabel.

—¡Valor mi reina!, no temáis —le animó la mujer que había presenciado en su juventud los dos partos de María de Borgoña—. ¡Pujad con fuerza! Sí. Así. ¡Lo habéis conseguido! ¡Pujad un poco más! ¡Vamos mi reina!

Juana hizo el último gran esfuerzo,

pensaba que iba a desmayarse, pero el pequeño cuerpo de la criatura se deslizó entre las manos del médico de la corte.

—¡Es una princesa! ¡Una hermosa princesa! —anunció el galeno.

Sí. Era una princesa. Felipe de Habsburgo había tenido una hija mujer en lugar del hijo varón que tanto anhelaba. La cabeza de Juana volvió a apoyarse sobre las blandas almohadas y, con los ojos cerrados por el extremo cansancio, preguntó, con la voz agotada:

—¿Es sana?

—Es fuerte y perfecta. Miradla, majestad. —Madame Hallewin le acercó la niña, que lloraba envuelta en

un paño blanco. Juana apartó su camisión del pecho y la puso a mamar de inmediato. La leche comenzó a fluir lenta y tibia y el llanto de la niña se calmó. Ella se sintió transportada al paraíso. Sujetó fuerte a la diminuta criatura contra sí, mientras sentía que sus pechos se convertían en la fuente mágica de la vida.

—Se llamará Leonor, como su chozna Leonor de Aragón, quien fue bisabuela materna y paterna de mis padres los reyes de España —Leonor de Aragón se había desposado con Juan I de Castilla. Sus dos hijos habían dado origen a las dos ramas: la materna, con

Enrique III, El Doliente, de donde descendía la reina Isabel, su madre, y la paterna, con Fernando I de Antequera, de donde descendía el rey Fernando, su padre—. Leonor, como su tatarabuela Leonor de Portugal, y Leonor como la hermana de mi padre y varias de las valerosas reinas de Castilla y Aragón. Es tan hermosa como Felipe. No me canso de mirarla. En ella se mezclan una parte de Felipe y otra mía, siendo Leonor el resumen perfecto de nuestro amor —concluyó Juana riendo, mientras sostenía con entrañable ternura a la pequeña recién nacida contra su pecho.

Pero ni Felipe de Habsburgo, ni el

emperador Maximiliano I, ni mucho menos los Reyes Católicos, pudieron ocultar el desencanto que Leonor había traído consigo. Ninguno de ellos esperaba una niña. Todos esperaban un varón: el heredero.

Ante la cruel decepción, Juana lloró y pidió perdón. Por aquellos días se pensaba que eran las madres las que determinaban el sexo de sus hijos y ella se sintió culpable. Leonor había llegado al mundo en un tiempo equivocado, así como también se habían marchado de él a destiempo sus amados hermanos, Juan e Isabel. Sin embargo, a Leonor tardarían en perdonarle el haberse

adelantado.

Juana decidió volcarse totalmente al cuidado de su preciosa hija sin poder ni querer intervenir en la vida doméstica del palacio. Sintió entonces la necesidad de solicitar consejos a fray Tomás de Matienzo. Poco a poco, a partir de aquel momento, el fraile se fue transformando en el fiel confidente de sus penas, dejando de ser a sus ojos el indeseado espía.

Durante los seis meses que siguieron, Juana y Felipe permanecieron en Bruselas, mientras fray Matienzo no tuvo otra preocupación que escribir puntualmente a la reina Isabel,

informando sobre la vida de Juana: el lujo en el vestir, las fiestas que frecuentaba y, sobre todo, la total indiferencia por la religión, que junto al abandono paulatino de los santos sacramentos y el olvido acentuado hacia los asesores y parientes españoles que residían en Flandes, eran los temas de sus cartas. Estas actitudes poco tranquilizadoras llegaron hasta la reina de España, pero Juana, absorbida totalmente por su nueva condición de madre, volcó toda su confianza en aquel fraile español, como cuando siendo adolescente lo había hecho con su confesor. El tiempo transcurrido le

ayudó y fray Matienzo fue modificando su opinión a favor de la archiduquesa, a la vez que le fue advirtiéndole sobre los peligros que le acechaban dentro de su propia corte.

A la falta de apoyo se sumaba una alianza complotada en su contra entre su infiel tesorero, don Martín de Moxica, y madame Hallewin. Este enrarecido ambiente fue permitiendo a fray Matienzo descubrir el entorno poco confiable en el que Juana tenía que vivir.

Desgraciadamente, poco duró aquella buena compañía en quien Juana había aprendido a confiarse y donde encontraba los mejores y más

desinteresados consejos, porque llegó el momento en que el fraile fue solicitado desde España y debió emprender el camino del regreso. Con él se marchaba el único hombre de confianza que había en la corte y del cual había obtenido la palabra oportuna.

El día de la partida, con honda pena, fue a despedirse de Juana, junto al embajador español, Gutierre Gómez de Fuensalida. El fraile sentía que dejaba a una archiduquesa sola e indefensa y esto entristecía su ánimo.

Después de departir unos momentos, Juana pidió amablemente al embajador que se retirara, pues deseaba tener unas

palabras en privado con el fraile.

—Fray Tomás, al quedar solos, ¿queréis oír mi confesión?

—Con gusto la oiré, señora.

—Debo deciros que siento por mi esposo un amor apasionado y creo que esto es motivo de peligro para mi alma. Creo que mi alma y mi cuerpo le pertenecen, que han dejado de ser míos para ser solo de él. Y, ante el acecho de la menor duda, me atacan los celos, pierdo mi cordura y me torno irascible. No soy dueña de mis actos y temo que, ante tal arrebató, pueda cometer una locura. Pero lo peor de todo, fray Tomás, es que Felipe se ha dado

perfectamente cuenta del poder que su amor ejerce sobre mí y en algunas ocasiones me los provoca. Yo he optado por aislarme y la llegada de Leonor a mi vida ha sido mi mejor excusa. Dentro de esta corte me siento una extraña. Creo que no cuento con nadie y estoy comenzando a recelar de quienes me rodean y dicen servirme. Solo me queda la esperanza que si vuelvo a ser la Juana de antes, tal vez Felipe puede volver a ser el archiduque de siempre.

—Señora, tenéis que estar serena y saber que sois vos la reina de estos dominios. Y si algo es necesario que comprendáis es que el exceso de amor

también termina, a la larga, matándolo. La verdadera felicidad de un matrimonio santificado por Dios radica en no mirarse el uno al otro, sino en mirar los dos en la misma dirección. Hacia ese futuro que planeáis de a dos. Por otro lado debo deciros que nadie existe, excepto vos, señora, en el corazón del archiduque. Tened mucho cuidado en imaginaros cosas que puedan dañar vuestra alma y vuestro corazón.

—Agradezco tan consoladoras palabras, fray Tomás. Bendecidme. Estoy segura que las horas que vendrán serán para mí mucho más difíciles que las ya pasadas.

—Que la bendición de Dios Todopoderoso descienda sobre vos, señora. Hoy y siempre.

—Ahora, fray Tomás, id a España con mi beneplácito y transmitidle los saludos más cariñosos a mis padres. Decidles que a Flandes no le interesa España. Que prefiere diez aliados cerca que mil lejos. Y puesto que esa es la voluntad del Consejo que asesora al archiduque, con el tiempo también será la decisión de Felipe.

Fray Tomás de Matienzo se puso de pie e hizo una reverencia.

—Que Dios os acompañe, señora. Pediré a mis hermanos, los frailes, que

recen por vosotros.

—Gracias, fray Tomás. Por el camino difícil que deberé transitar en adelante necesitaré de todas las plegarias del mundo. Creédmelo.

—Adiós señora y no perdáis nunca la fe en Dios. Él jamás os abandonará, aunque el mundo os abandone. Si lo deseáis con el corazón, Él siempre llegará hasta vos.

Sin duda, Felipe tenía importantes tareas que cumplir referidas a sus obligaciones de gobierno y para eso contaba con la ayuda del Consejo Ducal. El hecho de que Juana permaneciese apartada de los asuntos del reino no

significaba que los desconociera. Desde pequeña siempre había presenciado algunos actos de gobierno de sus padres, asistiendo a audiencias, acechos y batallas. Había viajado a Granada, incluso antes de la rendición, y había sido testigo del incendio del campamento y de la construcción, en apenas ochenta días, de la ciudad que su madre ordenara levantar, rodeada por altos muros y profundos fosos, cuatro puertas y una plaza central, a la que había bautizado con el nombre de Santa Fe.

Todo ello hacía que Juana gozara de cierta experiencia dentro de la política y

se moviera con cautela en sus palacios
de Flandes.

Carlos, el futuro emperador

El pequeño don Miguel, príncipe de Asturias, se transformó durante algún tiempo en el personaje más importante de la península ibérica. A su alrededor se concentraban todas las esperanzas dinásticas de sus abuelos maternos, Isabel y Fernando, cuya política había favorecido siempre la unificación. El reino de Portugal reconocía al pequeño

infante como heredero del trono, al igual que los reinos unidos de Castilla y Aragón. Granada ya no existía como reino independiente y Portugal, coincidentemente, seguiría por el mismo camino. Desde la época de los romanos la península ibérica no había vuelto a ser una unidad política. Desde el Mediterráneo hasta el Atlántico, y desde Gibraltar hasta los Pirineos, todo sería un solo reino unificado, sólido, fuerte, una unidad geográfica natural, bajo el mando del futuro rey don Miguel.

Siete meses después del nacimiento de su primera hija, Juana supo nuevamente que estaba encinta. La buena

nueva llenó de optimismo a Felipe, con la certeza de que esta vez llegaría el varón tan deseado. Por tal motivo le encargó al Consejo Ducal se abocase a la búsqueda de un título distintivo para el sucesor de los Habsburgo. Tan representativo y original como lo era el de príncipe de Gales para Inglaterra, el de delfín para Francia o el de príncipe de Asturias para España.

Aquel verano de 1499, los inmensos y añosos árboles de los jardines palaciegos de Gante entrelazaron sus ramas como lo hacían en cada estío, dando paso, apenas, para los rayos del sol y formando una silenciosa galería de

verde moteado que dejaba ver al final una gran fuente de piedras. Allí se acercaban los pájaros a beber sin que otros sonidos rompieran la quietud más que el de sus propios trinos. Luego, el verano dio paso al otoño y los jardines se llenaron de grandes manchas de tonalidades rojizas, ocres y amarillas, pero conservando aún entre los bosques aquel silencio especial y un ambiente de ensueños.

Bajo los pies, las hojas muertas apenas crujían antes de hundirse en la alfombra de vegetación que cubría la tierra durante todo el año. Juana contemplaba con agrado los sutiles

cambios del paisaje como si fuese un cuadro gigantesco, donde un pintor invisible iba agregando los colores según las estaciones. Racimos de glicinas por aquí, hojas verdes o amarillas por allá, pimpollos de rosas en este rincón, muérdagos en los canteros frente a las ventanas, violetas en los setos que bordeaban los caminos. Los jardines parecían no detenerse y la naturaleza avanzaba conforme el sol, la nieve, la lluvia o el viento hicieran su obra sobre ella.

El musgo brotaba por doquier abrazando las raíces de los árboles y pegándosele a sus largas faldas. Le

gustaba caminar hacia la fuente por aquella interminable galería de árboles mirando el cielo, que en algunos tramos podía verse despejado y de un intenso azul purísimo. Las barras de luz dorada se filtraban por los espacios que iban dejando libre las hojas secas, iluminando el suelo con manchas de verde claro, mientras un polvillo dorado flotaba en el aire por los efectos de la luz del sol. Y al igual que la vida de toda la naturaleza giraba en torno al luminoso Febo, la vida de Juana giraba en torno a «su sol»: Felipe de Habsburgo, el Hermoso. Todo su corazón, todo su cuerpo y toda su mente

le aseguraban que aquel matrimonio era lo mejor que le podía haber pasado en la vida y por nada del mundo deseaba cambiar aquella situación. Su apasionado amor por el archiduque se había convertido en su razón de vivir.

—¡Juana!, ¡amor mío! —gritó Felipe al aparecer de pronto al otro extremo del verde túnel—. Nunca dejaré de amarte —y Juana al oír su voz se estremeció de alegría.

—Ni la muerte podrá separarnos —le gritó ella desde el otro portal. Y avanzaron presurosos al encuentro hasta abrazarse en el centro de aquella magnífica bóveda verde. Felipe la

estrechó entre sus brazos y levantándola en el aire la hizo girar en una circunferencia perfecta. Juana había volcado su cabeza hacia atrás y, mirando hacia el cielo, el sol le parecía un membrillo maduro dorando aquel atardecer. Después de besarla la depositó sobre el sendero y con un brazo le tomó dulcemente por su cintura, mientras con el otro le rodeo su cuello y la volvió a besar en la boca.

—¿Qué deseáis de mí, hermosa Juana? —y la estrechó nuevamente contra su pecho.

—Que no firméis jamás ningún pacto de amistad con Francia —respondió

imprevistamente Juana.

Felipe la miró sorprendido.

—Me colocáis en una posición difícil, muy difícil. ¿Y sabéis por qué? Porque estoy ligado por lazos de sangre a Borgoña, que fue uno de los ducados franceses más importantes. Tanto como lo estoy por los matrimoniales a España; y no sería para mí nada honorable actuar en contra de tales lazos. Sería igual que me pidieran que no firmase ningún pacto de amistad con España. Sabéis muy bien que no lo haría.

El corazón de Juana dio un vuelco. La sórdida verdad era que albergaba la pequeña esperanza de que Felipe se

opusiera a ese pacto de amistad con Francia, el enemigo declarado de España. Francia y España estaban enfrentadas por los territorios de Italia y del Rosellón.

—Vuestra respuesta es entonces: no.

—No ha sido mi respuesta. Solo la exposición de un hecho —respondió Felipe.

—Debéis darme una respuesta.

—Juana, ¿cómo podéis ser tan hiriente? Si estamos en bandos opuestos con respecto a Francia, esto no cambia nada entre nosotros.

Felipe la atrajo hacia sí con súbita brusquedad.

—Sabéis, Juana —le dijo tan cerca de ella que le rozaba la cara—, que haría cualquier cosa por vos. Pero esta petición no podré satisfacerla. A un hombre debe quedarle un poco de integridad. Y aunque mi abuelo Carlos luchó en contra de Francia, yo he dado mi palabra de amistad al rey francés y no renegaré de mi promesa.

—Pero tampoco renegaréis de la nuestra, porque los dos hemos hecho una promesa, con palabras o tácitamente.

Felipe, tomándola nuevamente por la cintura, selló con sus labios los labios de Juana.

—Mi amada enemiga, pronunciaré

nuevamente mi juramento para que nunca más volváis a tener dudas: os amaré intensamente todos los días de mi vida. Esa es mi promesa. Bien sabéis cuánto os amo y juro que no podría dejar de hacerlo, aunque lo intentara.

—Gracias, mi señor —respondió Juana con una sonrisa—, cuando me besáis a mí, besáis también al nuevo heredero que llevo en el vientre.

—Jamás lo olvido, señora —respondió con ternura el archiduque.

Los días siguieron su curso y el otoño pasó raudo igual que el inicio del invierno. Llegaron las festividades de Navidad y el nuevo año trajo para Juana

una felicidad sin límites, pues albergaba la ilusión de que aquel niño que se agitaba en su seno pudiera ser el varón que tanto anhelaba Felipe. La nieve y el frío se iban expandiendo por toda la geografía de Flandes, mientras el vientre de Juana se iba expandiendo redondo y tibio en su octavo mes de gestación. Una noche de finales del mes de febrero, Juana se hallaba rezando, sentada a la mesa detrás de una fuente de plata repleta de granadas maduras, y sus ojos observaban el movimiento juguetón de las llamas de las velas reflejándose en el metal. Había fiesta en el palacio y la música se esparcía por todos los

rincones en aquella fría noche, pero Juana no pensaba en ello, solo en el pequeño que llevaba dentro y que había comenzado a hacerse notar. Los dolores de parto del segundo hijo de los archiduques estaban llegando para Juana, mas ella no lo sospechaba. Era el 24 de febrero del año bisiesto de 1500, durante la celebración de un gran baile en el palacio casa del príncipe — Prinsenhof— de Gante. Esta ciudad había ofrecido cinco mil florines para que el nuevo príncipe naciera allí. Y con el objeto de cumplir con sus deseos, Felipe había organizado una fiesta. Presurosa, Juana, creyendo que la cena

le había caído mal, ante los fuertes dolores que sentía en el vientre, acudió a un baño del palacio. Eran las tres y media de la madrugada cuando dio a luz a su segundo hijo, entre el silencio, la oscuridad y el frío de aquel recinto. Estaba sola, sin asistencia, pues el niño se había adelantado y llegaba antes de lo previsto. Juana estaba asustada. Gritó para pedir ayuda pero nadie la escuchó. Solo las llamas de unas velas que había sobre un tocador se agitaron imperceptiblemente con su respiración agitada. Levantándose la falda de su vestido color añil bordado íntegramente en plata y oro, se apoyó, ayudada por

sus manos, en la pared y logró ponerse en cuclillas. Luego pujó con fuerza. El niño resbaló desde su útero al piso helado y el impacto y el frío del recinto le obligaron a soltar un berrido tan fuerte que una camarera, que atinaba a pasar por allí en aquel momento, descubrió que la archiduquesa había dado a luz. En medio de un baño en penumbras, sobre un piso helado y dentro de un charco de sangre materna, llegaba al mundo el heredero más grande de todos los tiempos. Juana tenía sus manos, su frente y toda la falda de su vestido manchadas de sangre.

El palacio se transformó de pronto

en un torbellino, como el convento de Lier el día que conoció a Felipe. La camarera corrió a avisar al archiduque, quien dio la orden imperiosa de levantar de sus sueños al médico de la corte, a la comadrona del palacio y a las doncellas de Juana. Todos llegaron deprisa listos para revisar y atender a la noble y valiente madre y al pequeño príncipe heredero. Esta vez, para dicha de las perpetuas Cortes de los reinos de España y de Flandes y sus respectivos soberanos, había sido un varón. Juana deseaba con toda su alma ponerle por nombre Juan, como su hermano muerto. Pero lo bautizaron con el nombre de

Carlos, según el deseo expreso de su padre, que lo eligió en honor a su abuelo, Carlos el Temerario, último duque de Borgoña de ascendencia autónoma, hijo de Felipe el Bueno y de Isabel de Portugal, casado en segundas nupcias, al quedar viudo en 1468 de Isabel de Borbón, con Margarita de York, hermana de Eduardo IV y de Ricardo III de Inglaterra. Cuando niño, Carlos el Temerario también había sido comprometido —en 1440, a los siete años de edad— con Catalina de Valois, hija de Carlos VII de Francia y de María de Anjou, pero aquel compromiso nunca había llegado a concretarse.

En todos los dominios del Sacro Imperio Romano Germánico se efectuaron manifestaciones de júbilo y de acción de gracias. El emperador Maximiliano I envió un cargamento de costosos regalos para el recién nacido y sus padres. Entre los obsequios se hallaba una colección de joyas que había pertenecido a su difunta esposa María de Borgoña, la cual iba destinada a su querida nuera Juana.

En España, la reina Isabel y el rey Fernando hicieron celebrar los *Te Deum* en todas las iglesias de la península, al igual que en todas las de América. Exultaban satisfacción pues este

nacimiento reafirmaba con certeza la sucesión de sus reinos, amenazada por la debilitada y frágil salud de su nieto don Miguel, heredero de España y Portugal.

Al conocer la buena nueva la reina Isabel no pudo contener su emoción. Y profetizó:

—Este será el que se lleve las suertes —y citó de la Biblia el pasaje del Libro de los Apóstoles en el que se refiere cómo Matías fue elegido para reemplazar a Judas como uno de los doce apóstoles, ya que el pequeño Carlos había nacido en vísperas de san Matías Apóstol.

Felipe experimentó la sensación de que el imperio sería de los Habsburgo para siempre. El rey de Francia, Luis XII, no había tenido descendientes varones lo cual le aseguraba la corona imperial. Pero Luis XII acababa de divorciarse de su primera esposa: Juana de Francia (hija del rey Luis XI y hermana de Carlos VIII) y había vuelto a casarse con Ana de Bretaña, la reina viuda de Carlos VIII, es decir, su concuñada.

Lleno de vanidad por haber engendrado un hijo varón, «el Hermoso» Habsburgo colmaba de atenciones a una Juana que se reponía feliz y serena. Y

para que la dicha fuera completa decretó tres días de fiestas con justas y torneos. Mientras las campanas repicaban por doquier y la cerveza flamenca corría a cántaros por las gargantas del pueblo, en Bruselas, desde la torre de San Miguel de cien metros de altura, su dorado dragón lanzaba al aire un espectacular arco iris de fuegos artificiales. Aquel era un trofeo donado por el emperador Balduino I y había sido transportado desde Constantinopla para conmemorar la victoria de la cuarta cruzada, realizada dos siglos antes. Todo el pasado y todo el porvenir parecían unirse repletos de esperanzas para

rendirle honores a aquel pequeño recién nacido (que si llegaba a vivir —y nadie dudaba que así fuese, pues tenía dos padres muy saludables— llegaría al trono un día no muy lejano, con el nombre de Carlos V de Alemania y I de España).

Ocho días después del esperado nacimiento llegó a Gante, procedente de España, la princesa Margarita de Austria. La doliente y bella viuda de Juan, príncipe de Asturias, retornaba a Flandes. El reencuentro fue por demás emotivo, pues Juana volvía a ver a la persona que su hermano besara y mirara por última vez antes de morir.

Abrazándola, no pudo contener el llanto.

Fue el 7 de marzo del año del Señor de 1500, los prados verdeaban de trigos y flores y entre grandes pompas y boato se celebró el bautismo del príncipe Carlos. Fueron sus madrinas: la princesa Margarita de Austria y la duquesa Margarita de Borgoña (Margarita de York, viuda de Carlos el Temerario — que cumplía con su notable papel de abuela de Felipe y bisabuela del pequeño—) y sus padrinos: el caballero de honor de Juana, el príncipe de Chimay y el señor de Bergás. Para celebrar la fiesta de bautismo no se escatimó en gastos y se construyó una

ruta ceremonial desde el palacio de Prinsenhof hasta la iglesia de San Juan, decorada con arcos triunfales e imágenes de Flandes y de Gante.

El bautismo lo celebró el padre Diego de Villaescusa, por aquel entonces obispo de Málaga. A lo largo de los años, este noble clérigo siempre estuvo presente en los grandes acontecimientos que fueron signando la vida de Juana.

De acuerdo con los deseos de Felipe (y obligado por la reina Isabel a renunciar el título de príncipe de Asturias por corresponder este solo al heredero de la corona de Castilla), el

Consejo Ducal otorgó al niño el título de duque de Luxemburgo, rango que desde aquel instante distinguiría a los herederos de los Austria. El ducado de Luxemburgo databa del año 1354 y había sido adquirido por el duque de Borgoña en el año 1442.

—Juana, debemos hablar —dijo Felipe una mañana, apenas leer los despachos provenientes de la península ibérica.

—¿Vais a partir?

—No, por ahora. Pero debemos hablar sobre los últimos acontecimientos que se han ido precipitando sobre España.

—¿Sucede algo malo?

—Sí, pero no os alarméis. Vuestros padres gozan de buena salud, mas no así el pequeño don Miguel, que está en muy grave estado.

—¿Qué dicen los médicos?

—Los médicos creen que no le será posible sobrevivir mucho tiempo.

—¡Dios mío! Rezaré por ese pobre niño ¡El niño de Isabel!

—Juana, escuchadme, por favor.

Pero Juana parecía no escuchar absolutamente nada. La imagen del pequeño niño se dibujaba en su mente, moribundo. Otra vez el fantasma de la muerte rondando en el aire, otra vez la

tragedia enlutando la Casa Trastámara, otra vez el llanto y el dolor. Y más allá de todo, la incertidumbre sobre una heredad tan inmensa que se decía que en ella nunca se ponía el sol.

—¡Qué tremenda tragedia! Pensasteis, Felipe, ¿qué sería de nosotros si fuese nuestro pequeño hijo Carlos?

—Escuchadme, Juana, vuestros padres nos piden que viajemos a España.

—¿Marcharnos de Flandes y dejar a nuestros hijos?

—No podemos llevarlos, Juana.

—¿Por qué no podemos llevarlos, si

somos sus padres? Llorarán al quedar solos.

—Es demasiado lejos. Cualquier cosa que les ocurriera, mi padre se disgustaría con nosotros. No olvidéis que Carlos es también su heredero.

—Pero son nuestros hijos. Además podemos demorarnos en España y cuando regresemos no nos reconocerán.

—Un reino exige más que los afectos de un corazón. Debéis ser fuerte y saber que a un heredero hay que resguardarlo de cualquier peligro.

—Me duele aceptarlo y mi alma se parte en dos con lo que acabáis de decir. Creo que me moriré si debo separarme

de ellos.

—No moriréis, Juana. Eres fuerte. Tampoco lo hicisteis cuando debisteis embarcar en Laredo para llegar a Flandes a desposaros conmigo. Pensasteis que moriríais, pero no sucedió así, pues el alma y el corazón se van haciendo fuertes a golpes de timón de nuestro destino.

Juana se sentía aturdida. No alcanzaba a comprender el enorme significado de la posible y casi segura muerte del pequeño príncipe Miguel. La sucesión de la corona española se hallaba pendiente del hilo de un collar que se mecía a punto de cortarse. Si así

sucedía, las perlas de aquel destino se derramarían por el suelo esparciéndose, sin llegar a cumplir jamás con la misión para la cual había nacido. Y cuando las cosas se precipitaran y el hilo terminara rompiéndose, las coronas caerían con fuerza sobre su pobre y confusa cabeza. Entonces su vida se tornaría en un desconcierto, y a eso le temía con toda el alma.

No alcanzaba a comprender cómo, después de treinta años de guerras divinales hechas en nombre de Dios y la corona para conseguir la unificación ambicionada, de pronto, en aquel instante, toda la vastedad de los reinos

españoles se hallaba sujeta a su propia decisión y a la decisión de Felipe. De repente, toda la península ibérica, todos los reinos de ultramar, todas las colonias de África, de Grecia y de Italia y todo el poder real y efectivo sobre el mundo católico a través de sus estrechos lazos con el papa de Roma, Alejandro VI, podían transformarse, en un abrir y cerrar de ojos, en simples posesiones del Sacro Imperio Romano Germánico. Los caprichos de la muerte darían a Felipe de Habsburgo el mayor de los imperios hasta entonces conocido.

—Deberemos viajar a España — prosiguió Felipe—. Si fallece el niño

tendremos que estar allí para recibir el homenaje de los reinos. ¿Te dais cuenta Juana? Solo un pequeño niño enfermo se interpone entre vos y el reino más poderoso de la tierra. Cuando Dios disponga llevarse de este mundo a los Reyes Católicos, vos, mi querida Juana, seréis la reina más grande y poderosa de la tierra.

Juana no podía articular una palabra. Tenía un nudo en la garganta. Estaba aturdida. El mundo parecía darle vueltas en su cabeza sin saber qué decisión tomar. En Flandes vivía feliz y el tener que abandonar a sus hijos por coronas lejanas que debería sostener con

disgusto ante las sucesivas muertes de sus seres queridos era lo peor que podía sucederle.

Los temidos presagios sobre la frágil salud del pequeño don Miguel, no tardaron en cumplirse. Cinco meses después del nacimiento del príncipe Carlos, y a los veintitrés de vida, moría en Granada, el 23 de julio de 1500, el heredero de sus Católicas Majestades. La muerte parecía ejercer la tiranía sobre el angustiado y enlutado reino de España.

Lo que Juana nunca había ambicionado llegaba de golpe. Crudamente. Y lo que Felipe siempre

había soñado se estaba cumpliendo. Imperiosamente. Dueño absoluto del corazón de la heredera de Castilla y Aragón y de las tierras conquistadas en África y las Indias, iba comprobando que tarde o temprano aquellas posesiones también llegarían a ser suyas.

A través de las cuatro inesperadas muertes de sus dos hermanos y sus dos sobrinos, Juana heredaba aquellos reinos a los que nunca había considerado en su haber, por hallarlos demasiado lejanos en la geografía y en la línea de sucesión. Y súbitamente, sin estar preparada, toda la repentina y

pesada carga de sustituir a los cuatro príncipes de Asturias muertos caía imprevistamente sobre sus frágiles hombros. Solo deseaba escapar de aquella tremenda responsabilidad que le llegaba enredada en la desaparición definitiva de quienes tanto había amado.

De inmediato, los reyes de España enviaron a sus emisarios con las noticias del fallecimiento de aquel nieto y la buena nueva de que una escuadrilla de veloces naves llevaría de regreso a España a los archiduques de Austria. Juana debía ser jurada cuanto antes por las Cortes españolas como la sucesora de Isabel I de Castilla, transformándose

en la nueva princesa de Asturias. La heredera.

Ni Juana ni Felipe se sentían atraídos por acudir a España. Felipe amaba su reino, sereno y fastuoso, y no deseaba realizar una travesía de aquella magnitud solo para que le juraran como rey consorte de unos reinos lejanos que igualmente heredaría. A Juana se le hacía indeseable el viaje. Tenía que dejar a sus pequeños hijos en Flandes y volver a una España donde ya no la esperarían sus hermanos entrañables, Juan e Isabel. Pero las repetidas llamadas de los Reyes Católicos, que no comprendían el manifiesto desinterés de

los archiduques de Austria en ser jurados como sus herederos, hicieron que Juana y Felipe decidieran emprender el camino de retorno a Castilla.

—No deseo hacer ese viaje. Me entristece tener que dejar a nuestros pequeños en Flandes y regresar a una España donde ya no estarán ni Juan ni Isabel.

—Deberíais pensar que llevando a nuestros hijos nos estaríamos ganando muchos enemigos. Los flamencos no aceptan que dos generaciones de la casa de Austria viajen juntas. Siempre existen riesgos en los viajes largos.

Perderíamos nuestra popularidad en Flandes y esto fastidiaría mucho al emperador.

—Lo sé. A mi recuerdo llegan las imágenes del naufragio de las naves que me trajeron a vos y me paraliza la posibilidad de someter a los niños a una tragedia similar.

—Jamás lo había pensado, Juana. No tenía el menor interés de realizar la travesía por mar y arriesgarnos a un posible naufragio.

—Sé que en Flandes estarán a buen resguardo. Bien cuidados y supervisados por vuestra querida hermana Margarita y vuestra abuela, la

duquesa Margarita de Borgoña. Carlos quiere mucho a su aya, Barbe Serval. Creo que la siente como su segunda madre. Cada vez que lo acuna le canta nanas y él parece muy feliz. Pero sucede que soy egoísta y, a pesar de saber que el egoísmo es un pecado, no puedo dejar de sentirlo con los seres que más amo.

—No veo en el amar pecado alguno. Y si eso es pecado, Juana, sigamos pecando.

—Y yo no creo que pudiera dejar de amaros. Además estoy segura de que no querría dejar de hacerlo, jamás.

Juana no era ambiciosa y por tal motivo se daba perfectamente cuenta de

que Felipe sí lo era. Llegar a ser reina de España la convertiría de la noche a la mañana en una soberana tan o más poderosa que el propio Maximiliano I. Era muy posible que Felipe nunca llegase a ser emperador, pero ella sería fatalmente reina de España. ¿Y si para Felipe eran más importantes los reinos heredados que su amor desmedido?

—¿En qué pensáis, Juana?

—En mis contradictorios deseos. Quiero volver a mi tierra, pero también quiero quedarme junto a mis hijos. Deseo que vos seáis algún día el emperador, pero también deseo que seáis rey de España.

A Felipe le brilló la mirada.

—Dios os bendiga Juana, por lo que acabáis de decir —y abrazándola con fuerza, la besó en la frente.

—Dios ya lo ha hecho. Y con creces.

Juana sintió que en aquel abrazo desbordante, más que a ella, Felipe abrazaba a todas las coronas que le llegaban encadenadas a las tempranas y sucesivas muertes de los herederos españoles.

Hizo un resumen mental de todas sus posesiones y le agradó pensar que tenía entre sus manos una vasta heredad, para poder obsequiar a un esposo ambicioso y adornar ese amor apasionado. Porque

Felipe ansiaba esas coronas tanto como ella deseaba su amor. Aquel amor que encendía a la vez su cuerpo y su alma. Enloqueciéndola.

—Mi corazón siente gozo de obsequiaros algo tan especial. Soy la heredera de España y todas sus posesiones de ultramar. Y al ser vos, esposo mío, mi dueño, todos mis reinos son vuestros.

La pasión delatada en los ojos del archiduque no estaba destinada a Juana, sino hacia aquellas coronas diseminadas por la península ibérica y en todos sus lejanos confines.

—Volveréis a ver de nuevo a

vuestros padres —le dijo Felipe, tratando de fortalecer la indecisión de Juana.

—Ansío verlos después de cuatro años de ausencias y silencio de mi parte.

La distancia y el correr del tiempo habían sobredimensionado en su mente la idea que tenía sobre sus progenitores, convirtiéndolos en dos seres perfectos. En cuanto a su tierra natal, esta había asumido una profunda y cautivante belleza y deseaba con todo el alma volver a pisar su suelo de la mano de Felipe.

—Después de Dios, después de vos y de nuestros hijos, después de España,

a nadie amo tanto como a mis padres —
continuó Juana.

Estas preferencias impresionaban vivamente a Felipe. ¿Cómo era posible que Juana pudiese sentir tan claramente y con semejante profundidad? Primero estaba Dios y después él. Y esto le causaba pavor.

—Deseo regresar, mas tengo miedo.

—¿Miedo? ¿Miedo a qué, mi querida Juana, si vos sois la heredera legítima de toda esa inmensidad?

—Es un presentimiento. No olvidéis Felipe que la elevación del rango trae siempre consigo riesgos inesperados. Peligros y dificultades de tal magnitud

que aún no he conocido en mi feliz estancia en Flandes.

Felipe sabía con certeza que la escuadra de naves españolas se estaba acercando a las costas de Flandes y también sabía que para los intereses del imperio no era prudente que Juana y él realizaran ese viaje por mar.

—En aquel fatídico viaje, al naufragar las naves, murieron muchos soldados valerosos, perdí casi todo mi ajuar y sentí que yo también podía morir.

—Eso os demuestra lo peligroso que puede resultar viajar por mar. Por lo único que aprobé en aquella oportunidad tan trágico accidente, fue por la pérdida

de vuestro ajuar español —rió Felipe con picardía.

—Estaba segura de complaceros en algo —le respondió Juana con complicidad.

Aquella Juana que cuando niña había sido hermosa se había convertido con los años en una mujer absolutamente extraordinaria. Ella era como una piedra preciosa, finamente tallada, fuerte como un roble y flexible como un junco, como lo había sido su madre en la juventud. Pero lo que más atraía de ella eran sus ojos de un verde profundo, tan profundo como los inmensos mares de aquel mundo recién descubierto.

—¡Sois la criatura más perfecta que he visto en mi vida! —exclamó Felipe conteniendo el aliento y recordando que había sido él quien había tomado la virginidad de aquel ser exquisito.

—Eso es porque me recordáis tal como era entonces —contestó Juana aturdida por la emoción que el Hermoso siempre despertaba en ella.

—Entonces erais inigualable. Pero ahora no encuentro palabras para describiros.

Los fuertes y bronceados brazos de Felipe se extendieron hacia ella, tomándola de la cintura. Miró sus manos envueltas en las de su amado, su dueño y

señor, protegiéndola y ella su sierva, rindiéndole homenaje, jurándole obediencia. ¿Qué sucedía? Su vida solo parecía girar en torno al sol de su existencia.

Felipe soltó sus brazos y ella, sin esa protección, se sintió desamparada, extraviada, sin brújula. Y él, abriéndolos, hizo un gesto que abarcaba el mundo entero. Aquel que ella le ofrecía.

—Juana, ¿sabéis cuántos títulos penden sobre vuestra hermosa cabecita? Tenéis una corona real como reina de Flandes y, si Dios así lo quiere, tendréis dentro de algunos años otra como reina

de España. Además de las doscientas veintinueve coronas ducales, de gran duquesa, marquesa, condesa y baronesa, contando todos los pequeños principados alemanes que nos reconocen a vos y a mí como sus señores. Junto a esos títulos va la responsabilidad y la flexibilidad con que debemos movernos. ¿Comprendéis lo que eso significa?

—Lo comprendo. Pero a mí solo me interesa el noble título de ser vuestra esposa.

—¿No lo entendéis? ¿Acaso no sois vos la mayor exponente viva de ese poder?

—No me interesa.

—Pues debería. Antes de partir nos veremos obligados a visitar Borgoña.

—¿Por qué obligados?

—Ese ducado representa la fuente más importante de mis ingresos, después de mi reino de Flandes. Borgoña no es Francia, ni es más francesa que austríaca. ¿Pero os opondrías a visitar Austria?

—¿El reino de vuestro padre?
¡Claro que no!

—Borgoña debe homenaje a Austria, tanto como le debe a Francia. No olvidéis que es uno de los tantos feudos de homenaje dividido que existen dentro del Sacro Imperio Romano Germánico.

—La lealtad y el homenaje al rey representan en España la misma cosa.

—Tal vez vuestro padre, el rey Fernando, pueda explicaros mejor. Él tiene un agudo sentido político —acotó Felipe.

Pero a Juana le disgustaban las astutas maniobras políticas que realizaba su padre. Y aunque lo amaba, se negaba a considerarlas y, en algunos casos, a reconocer su existencia.

—No quiero hablar con mi padre sobre posesiones o reinos. No me agrada. No quiero ser la reina heredera. No me interesa —contestó Juana con un tono de voz que revelaba su total

desinterés.

—No sientes lealtad hacia España.

—Claro que siento lealtad por mi tierra. Y conozco muy bien la diferencia entre lealtad y homenaje. Lealtad es algo que uno siente muy dentro del corazón. Homenaje, en cambio, es un tributo ceremonioso, puramente externo que nada tiene que ver con los sentimientos. Si bien representan dos cosas distintas, en España van íntimamente unidas. Para un español no existe lealtad sin homenaje, ni homenaje sin lealtad. Y yo los llevo a ambos en mi corazón.

—Eso a mí me preocupa muy poco —respondió Felipe—. Es solo una

tradición, una legalidad que debe cumplirse. Comprenderéis entonces que el rey de Francia podría llegar a ofenderse si visitamos Borgoña y no lo visitamos a él, antes de emprender el viaje a España.

—¿Visitar Borgoña, antes de viajar a España?

—Sí, Juana. Borgoña ingresó al imperio hace muchísimos años y tiene prioridad sobre mí.

—Pero no la tiene sobre mí.

—Solo he dicho sobre mí. Y, antes de recibir el homenaje de España, debo renovar mi homenaje a Borgoña por el ducado que tiene precedencia.

—Es totalmente incomprensible que un ducado como Borgoña tenga urgentes prioridades sobre un reino como el de España.

—Es solo una prioridad práctica. Pero debéis saber, Juana, que todos los principados del imperio componen una extensión tanto o más vasta que la península ibérica.

Juana sintió que Felipe la hería en su orgullo, aquel orgullo español que caracterizaba a todos los habitantes de su tierra. Sus ojos se encendieron como dos llamaradas que parecían quemarlo. Era el mismo fuego que sabía encenderse en ella con los celos, cuando

Felipe desaparecía durante el día sin saber dónde encontrarlo, o cuando los rostros de la corte delataban sorpresa si ella aparecía donde no la esperaban y las conversaciones se transformaban en llamativos silencios, como queriendo ocultarle algo. ¿Qué sucedía?

El Hermoso Habsburgo se guardó muy bien de despertar en su esposa aquel temperamento que ya conocía y que ella sabía ocultar muy bien bajo una apariencia serena y amable.

Tratando la cuestión con gran cautela, Felipe volvió sobre el tema.

—Dado que Borgoña es un ducado mediterráneo y puesto que su territorio

no tiene salida al mar, deberemos viajar por tierra. Lo haremos con rapidez y puedo asegurar que llegaremos a España mucho antes que si lo hiciéramos por mar.

Juana palideció y el verde profundo de sus ojos por primera vez dejó de brillar.

—¿Qué os sucede, Juana, os sentís mal?

—No —respondió disgustada y guardó silencio. Pues guardar silencio podía ser una estrategia para lograr sus objetivos.

Desde que la sorprendieran aquellas muertes inesperadas, la hija de Isabel la

Católica se había convertido en su heredera y con ella, Bruselas en el centro de la política internacional. El constante ir y venir desde y hacia todos los reinos de Europa de embajadores, nobles y agentes oficiales, acarreaban tras de sí sus inevitables secuelas de intrigas y personajes.

España y Francia aspiraban a estrechar los lazos con el archiduque Felipe de Habsburgo, actitud que exaltaba más que nunca su título de duque de Borgoña, y si de algo estaba seguro era de tratar de manejar las riendas de aquellos reinos, solo para beneficio propio.

En esta carrera contra el tiempo Francia llevaba las mayores posibilidades de ganar. Para tal fin el Consejo Ducal apoyó sus aspiraciones. Francisco de Buxleinden, arzobispo de Besançon y antiguo preceptor de Felipe, actuó como valedor del reino francés. A esto se le sumaban las presiones ejercidas por el emperador Maximiliano que con su autoridad paterna inclinaba la balanza de su hijo hacia los intereses de Austria.

Los Reyes Católicos resultaron ser los menos favorecidos. Tal vez porque a Felipe tampoco le atraía demasiado aquel reino de severas costumbres y de

rígida religión donde la justificación de la vida misma dependía del honor y de ser cristiano «viejo», lo cual significaba que no corría por sus venas ninguna gota de sangre mora o judía.

Y mientras España trataba de convencer al joven Habsburgo, Francia, intuyendo los peligros que representaba un viaje por mar a ese reino, trataba de adelantarse, a fin de ser la primera en establecer una alianza con Austria y de persuadir a Felipe para que hiciera el camino a través de su territorio.

La ambición del Hermoso se basaba en extender sus dominios desde el Danubio hasta Gibraltar, añadiendo a

esas extensiones las tierras de ultramar. Pero para lograrlo era inevitable incorporar al Sacro Imperio Romano Germánico, Francia y España.

Lo que nunca imaginó fue que aquella decisión le costaría demasiado cara. El severo y riguroso orden en la escala de los amores de Juana era inalterable. Primero estaba Dios, y después él y nadie ni nada podría cambiarlo.

Sin embargo, Juana, en la soledad de sus claustros y ante la inminencia del viaje, imploraba y rezaba pidiendo a Dios la salvase de tan tremenda responsabilidad.

—Señor, aparta de mí este destino y estos pensamientos de amor desmedido hacia Felipe. A veces creo que lo amo más que a vos y creo que ese es mi verdadero castigo.

Juana había tomado una decisión. En su interior sentía todavía el dolor que aquella herida le producía, pues sus amores, que eran por demás intensos y sin medida, le habían hecho cambiar su escala de valores. Felipe ocupaba ahora el primer lugar. Aunque la lucha que libraba Juana en su interior, recién comenzaba.

—La afrenta que infligiré a mis padres será terrible. Toda Europa estará

pendiente de la flota que viene a buscarnos. Sabéis muy bien, Felipe, cómo mi padre aborrece y desconfía de Francia y lo despreciativa que se ha mostrado siempre mi madre hacia las tibias lealtades, como aquella que se tiene sobre los feudos de homenaje dividido. Pero cuando la escuadra naval eche anclas en el Escalda, daré la orden de que regrese sin nosotros.

La obstinación de Felipe había triunfado.

—Estáis comprendiendo, Juana. Francia ofreció en matrimonio a la hija de Luis XII, la princesa Claudia, de casi dos años de edad, para nuestro hijo

Carlos que aún no ha cumplido un año, mediante la firma de un tratado que ya he realizado.

—¿Habéis firmado un tratado?

—Sí, he firmado el Tratado de Lyon entre mi padre, Luis XII y yo. Era una oportunidad que Flandes no podía darse el lujo de despreciar.

—¿Por qué no me habéis consultado estando en juego el futuro de nuestro hijo y de los reinos? Bien sabéis, Felipe, los derechos que como madre y esposa me corresponden, y no habréis de negarme que Francia haga todo esto porque necesita el apoyo del emperador para sus empresas en Italia. A eso se

debe el interés por nuestro primogénito. Todo se ha tramado a mis espaldas sin darme la posibilidad de ser consultada. Pero no lo olvidéis nunca: redes mortales se tejen, cuando engañar se pretende.

—Ya es tarde, Juana, el arzobispo de Besançon, Francois de Buxleiden, mi consejero y Philibert de Veyre me asesoraron para que así lo hiciera.

—Mis padres van a sentir este pacto como una deslealtad hacia ellos.

—Pero nunca para mal de este reino.

Juana guardó silencio. Lo amaba sobre todas las cosas y aceptaba sus argumentos. En su corazón estaba

vencida.

Un mes más tarde se llevaron a cabo en España, por poder, los esponsales de la princesa María, la cuarta hija de los Reyes Católicos, con el rey Manuel I de Portugal, viudo de la querida Isabel. El papa Alejandro VI fue quien autorizó aquella boda, dando las dispensas correspondientes y exigidas por el parentesco en segundo grado. El 24 de agosto de 1500 se desposaba María en la catedral de Granada, exactamente dos años después de la muerte de su hermana Isabel. Una gran comitiva integrada por don Diego Hurtado de Mendoza, arzobispo de Sevilla y

patriarca de Alejandría, el marqués de Villena y un numeroso grupo de nobles españoles, escoltaron a María por las verdes tierras de Portugal hasta su nuevo palacio en Lisboa.

Casi en la misma fecha, la flota española arribaba a Flandes y con ella, el gran almirante de Castilla, don Fadrique Enríquez.

Juana dio la orden de que regresara tal como había llegado, pero al enterarse el gran almirante, enrojeció de ira y aunque se mostró cortés como lo exigía el protocolo, asumiendo la inexperiencia de Juana y la falta de comprensión sobre el tema de la sucesión española, el

almirante trató de persuadirla.

—Alteza, mucho me temo que desconocéis la grave dad en que vuestro reino de España se encuentra sumergido. Debéis saber la necesidad urgente que tienen vuestros reales padres de que regreséis a España para ser jurada por las Cortes. Vos sois la heredera de sus vastos dominios y no alcanzo a comprender vuestro total desinterés por aceptar las coronas que legítimamente os pertenecen.

—Sin embargo, almirante, vos desconocéis el dolor que significa el tener que dejarlo todo: mis amados hijos y la paz de mi hogar, por acudir a

cumplir con obligaciones que no ambiciono. Desconocéis la desdicha profunda que significa heredar lo que nunca tuvo que ser mío, sino de aquellos a quienes la muerte los arrancó de este mundo cuando aún era temprano. Y yo, teniendo que obedecer ciegamente al poder que represento, mas no sé si lo detento, me he transformado en un instrumento del destino que me está utilizando, solo para que un trono no quede vacío. Pero, ¿qué hay de mis sentimientos, de lo que yo siento dentro de mi corazón? ¿No os dais cuenta en lo vacía que estará mi vida, despojada del amor de mis pequeños hijos que ya no

volverán a verme, ni a llamarme «mamá»? No obstante, lo que habrá de ser, será. Y aunque postergue mi retorno a España, tarde o temprano deberé cumplir con el mandato.

—Alteza, lo siento. Realmente creedme que lo siento. Pero también siento un profundo dolor al comprobar que el destino de España se juega en las llanuras de Flandes.

—Jamás ambicioné esas coronas. Ellas llegaron a mí sin desearlas ni esperarlas. Más que un honor, parecen una maldición que habrá de terminar muy pronto con mi vida.

—Sinceramente, alteza, me apena

vuestra decisión. Regresaré a España con mi flota, como son vuestros deseos.

—Ojalá que el tiempo, almirante, llegue a confirmaros que estabais equivocado.

La flota española levó anclas desde las grises aguas del Escalda. Con sus proas y cañones dorados brillando al sol y sus velas hinchadas al viento, dieron su último adiós a Juana que les miró partir desde una angosta ventana del palacio. Poco después desaparecieron en un recodo del río, tal como habían llegado. Sin Juana y sin Felipe.

La noticia se esparció veloz. En Francia estalló el júbilo y en España se

profundizó el disgusto. E inmersa entre estas difíciles decisiones, a Juana la tomó por sorpresa la noticia de su tercer embarazo. Aquel feliz acontecimiento no hizo otra cosa que poner un poco de serenidad y calma en las opciones futuras. Opciones de un destino que indefectiblemente llegaría envuelto en torbellinos de borrascas.

La monarquía francesa, que siempre había tenido entre sus manos la posibilidad de transformarse en el máximo poder de la Europa occidental, había consolidado su posición durante la segunda mitad del siglo XV. Este proceso había sido llevado a cabo a

expensas de su enemigo tradicional, España, mediante la ocupación del territorio catalán en la región fronteriza y el esfuerzo por promover sus ambiciones imperiales en Italia.

Por el Tratado de Barcelona, firmado en 1493, el rey Fernando había conseguido evitar habilidosamente un conflicto inmediato con los franceses en Italia, al tiempo que había logrado que el rey Carlos VIII de Francia, devolviese por aquellos años, los antiguos territorios catalanes de Cerdeña y Rosellón, lo que acarreó inevitablemente para la monarquía española, una política anti francesa.

Ni en esa época, ni en las posteriores, pudo ningún reino hispano, ni siquiera la monarquía unificada de Castilla y Aragón, igualar el potencial económico y organizativo o las reservas humanas de una Francia unida, siendo el reino más densamente poblado de Europa, superando en un cincuenta por ciento a la corona española.

A esta altura de los acontecimientos, la política entre estos dos reinos vecinos se había transformado en un largo y peligroso duelo.

Antes de que el príncipe Carlos cumpliera un año, y ya prometido a la princesa Claudia de Francia, su padre lo

armó caballero de la Orden del Toisón de Oro y le cedió el ducado de Luxemburgo. Este principito había recibido de los Habsburgo el prominente labio inferior y de la Casa de Borgoña el prognatismo del maxilar que le impedía cerrar bien su boquita. No obstante, sobre su pequeña cabeza descendía la mayor cantidad de coronas que nunca se haya conocido sobre ningún otro mortal.

Felipe el Bueno, bisabuelo de Felipe el Hermoso, había creado la Orden del Toisón de Oro como símbolo de su vanidad satisfecha al colocarse como monarca independiente de Francia y

obligado al rey Carlos VII a retractarse públicamente de cuantas ofensas le había inferido al ducado de Borgoña. Muerto Felipe el Bueno, heredó el título de gran maestro y jefe soberano del Toisón de Oro su hijo Carlos el Temerario, duque de Borgoña. Toda su vida puso empeño en potenciar la Orden del Toisón de Oro, revistiéndola de fastuosidad y concediendo collares a aquellos monarcas extranjeros con los que buscaba las alianzas para sus ambiciosos planes.

El 27 de julio del año 1501, nacía en Bruselas, Isabel, la tercera hija de Juana y de Felipe. Su nombre se debía al

honor de una madre, al cariño de una hermana, y al recuerdo de una abuela.

El emperador Maximiliano I visitó a la archiduquesa para conocer a su nueva nieta y entre regalos y palabras de cariño convenció a Juana para que otorgara su consentimiento al Tratado de Lyon, por el cual, su hijo Carlos, al llegar a la mayoría de edad se desposaría con la princesa Claudia de Francia.

Por aquellos días, el archiduque, ambicionando ampliar sus dominios hacia las islas británicas, proyectó el matrimonio entre su hermana Margarita de Austria y Arturo de Inglaterra,

príncipe de Gales, hijo de Enrique VII y prometido a Catalina de Aragón, hermana menor de Juana. La traicionera maniobra puso en estado de alerta a los reyes de España, quienes desde aquel momento, decidieron adelantar la boda. La infanta contaba con quince años de edad. Acompañada por don Alfonso de Fonseca, arzobispo de Santiago, los condes de Cabra y una gran corte, se embarcó desde La Coruña rumbo a Inglaterra. Fue recibida a su arribo por su futuro suegro, el rey Enrique VII, en Plymouth.

El miedo agudiza siempre el ingenio, tanto como los sentidos. Y fue aquel

miedo el que impulsó a los soberanos Isabel y Fernando a enviar a Bruselas un nuevo emisario. Don Juan Rodríguez de Fonseca, obispo de Córdoba y capellán de sus Católicas Majestades, llegó a Flandes con la difícil misión de convencer a los archiduques de Austria sobre la imperiosa necesidad de viajar a España y asistirlos en todos los preparativos.

El Consejo Ducal continuaba con su política de dilaciones, lo que no hizo otra cosa que aumentar las tensiones entre España y Flandes. Las excusas fueron múltiples: los asuntos urgentes del reino, el mal tiempo y el parto de la

archiduquesa. La idea de todos los consejeros que rodeaban al archiduque era que el viaje se realizara por tierra, cruzando por las fronteras francesas.

Pero si Felipe continuaba postergando caprichosamente el viaje, deberían hacerlo Juana y el príncipe Carlos. Esta idea alteró al «Hermoso» Habsburgo, que no aceptó bajo ningún punto de vista la salida de su hijo heredero. Entonces el Consejo Ducal observó que Juana podía viajar sola.

El tema de la heredad castellana se estaba tornando en una amenaza que iba creciendo y ensombreciendo su existir y llegó a propagarse hasta en los actos

reales. Felipe, con sus decisiones y con su proceder, presionaba constantemente a Juana.

Una tarde, estando la archiduquesa reunida con el embajador español en Flandes, Gómez de Fuensalida, la obligó a firmar unos documentos en abierta oposición a sus padres. Ante la negativa de Juana, Felipe no tuvo reparos en humillarla delante del diplomático que, molesto por la actitud irrespetuosa del archiduque, comunicó el episodio a sus Católicas Majestades.

Juana lloró desconsolada.

Cansada de las presiones que debía soportar de sus padres, de su esposo y

de las Cortes, adoptó finalmente y sin vacilar, una decisión.

—Puesto que para llegar al ducado mediterráneo de Borgoña me veo obligada a atravesar el reino de Francia, no veo por qué he de cruzar toda Francia. ¿Es necesario ir a Borgoña? ¿No es Blois la residencia del rey Luis XII? ¿No podríais disponer rendirle el homenaje allí, en lugar de atravesar todo el reino? —preguntó Juana con audacia.

—Claro que puedo —respondió Felipe que estaba a punto de sugerírselo—. El rey de Francia quedará encantado y nosotros nos evitaremos un viaje innecesario hasta Dijon, la capital de

Borgoña.

Felipe adoraba Francia y sobre todo adoraba París. La siempre bulliciosa y alegre ciudad ejercía sobre él cierto magnetismo inexplicable. Pero irían por tierra, esa era su decisión, a pesar de que sus reales suegros habían incurrido en todos los gastos que implicaba trasladar la flota española a Flandes.

El 4 de noviembre del año 1501, dos días antes de cumplir Juana sus veintidós años, iniciaron el camino hacia España por los senderos que conducían a Francia.

Juana sintió un desgarró en el pecho como aquel que había sentido en Laredo

al despedirse de su madre, pues al marcharse su corazón volvería a quedarse en aquellos palacios de los pasos perdidos, habitando silenciosamente junto a cada uno de sus pequeños hijos.

Aquella despedida la recordaría siempre. Llevaría en su mente, guardados para siempre, los gestos y los ojos de sus tres infantes. Noventa días tenía su pequeña hija Isabel, dieciocho meses su heredero Carlos y tres años su hija mayor Leonor. Los niños partieron hacia Malinas entre gritos y sollozos por no querer despegarse de su madre, bajo la guarda de Ana de Borgoña, señora de

Ravenstein de Duyveland, y Juana se sintió morir de pena y angustia, desgarrándosele el alma en aquella despedida. Los límites de aquella tortura no tenían fecha precisa por lo tanto sentía que, adentrándose en la lejanía, el amor hacia sus hijos y el dolor de no verlos serían inenarrables. Los pequeños infantes vivirían con su tía Margarita de Austria que en aquel año se había casado por segunda vez con Filiberto II de Saboya, quien era gobernador de los Países Bajos. También fue nombrado Enrique de Witthem señor de Beersel, gobernador y chambelán de los niños, y al conde de

Nassau teniente general del reino durante la ausencia de Felipe de Habsburgo.

Diez días después, el 14 de noviembre, se realizaron los esponsales con todo fasto, de Catalina de Aragón y Arturo de Inglaterra en la catedral de Londres. Ofició los mismos el arzobispo de Canterbury, sellando así la alianza pactada entre Inglaterra y España y echando por tierra las aspiraciones de Austria.

Enemigos

Una hora justa antes del amanecer dos mensajeros montados salieron de Blois, el domicilio oficial de la corte francesa y lugar de nacimiento del rey Luis XII de Francia. Entre Tours y Orléans se levantaba la fortaleza medieval de los condes de Blois, la que había sido transformada en residencia oficial de los monarcas franceses. Con una construcción arquitectónica poco común y su fachada de estilo italiano, rodeada

de bosques de ensueños que cambiaban de color según las estaciones del año y el río Loira serpenteando por la campiña, aquel lugar era el sitio ideal para un rey.

—¿Vais lejos? —preguntó alegremente uno de los guardias reales que custodiaba el portal de entrada a la fortaleza.

—A Lille, a dar la bienvenida en nombre de sus muy Cristianas Majestades a los archiduques de Austria.

—Que tengáis buena suerte. El viaje es largo.

—Gracias. La necesitaremos.

Luis XII iba a salir a recibirlos por la tarde con una escolta de cuatrocientos lansquenetes que se uniría al gran séquito de los célebres visitantes.

—El archiduque de Austria es mi amigo. Rendidle honores por donde quiera que vaya —habían sido las órdenes precisas del monarca francés.

Juana y Felipe habían salido de Gante en la fría mañana del 4 de noviembre de 1501. El mundo entero le pareció a Juana triste y gris. Las ciudades y los campos desoladamente indefinidos. Los bosques, el cielo, las colinas, todo, se volvía confuso y borroso en aquellas heladas soledades

de su alma, transfigurada por la amargura de tener que dejar a sus pequeños hijos. Era la misma sensación de pasar directamente del paraíso al infierno.

A la cabeza de la columna cabalgaba Felipe, flanqueado por dos de sus más capacitados y jóvenes lugartenientes y su consejero desde la infancia, el arzobispo de Besançon. Las banderas con el aspa de Borgoña o cruz de San Andrés, símbolo del archiduque (ya que Austria estaba bajo el patronazgo de san Andrés), flameaban al viento. Detrás de ellos cabalgaba Juana y sus caballeros de honor, el vizconde de Gante, Hughes

de Melun, y Antoine Laclaing, señor de Montigny, seguida por los arqueros de Borgoña, que, en unión con la guardia amarilla traída de Bruselas, constituían la escolta real. Por último, marchaban los hombres de armas y toda la corte compuesta por dos centenares de personas. El cortejo de la archiduquesa, por orden de Felipe, había incluido siete damas españolas y treinta y cuatro borgoñonas, cien cortesanos y otros cien entre escuderos, lacayos, cocineros, camareras y demás gente de servicio. Un gran cargamento acompañaba la colorida comitiva. Ajuares, muebles, valiosos tapices flamencos y una

exquisita vajilla, constituían parte de los obsequios que Juana llevaba para su madre, repartidos en cien carretas.

La comitiva real marchaba hacia Lille, junto a los ríos límpidos y brillantes, cruzando fértiles valles cubiertos por viñedos. Juana había rechazado la litera y cabalgaba a horcajadas, cubriendo sus piernas con una gruesa manta.

A medida que el sol se levantaba, un agradable y avanzado otoño comenzaba a insinuarse en el valle del Loira con interminables y maravillosos contrastes. Los campos de trigo segados parecían un mar de oro mecido por la brisa,

mientras un zumbido de abejas llenaba el aire y un aroma de uvas y miel se esparcía por doquier.

En las postreras horas de la tarde, cuando comenzaban a descender los últimos destellos del sol, los archiduques de Austria y su séquito cruzaron la puerta de la ciudad. Bajo la sombra imponente de la inmensa catedral se detuvieron en la Rue des Fontaines, frente al Hotel de Ville, mansión que pertenecía al obispo del lugar, preparada para recibir a los ilustres visitantes.

Se hallaban en territorio francés. La noche espesa y oscura caía sobre las

gárgolas que sobresalían debajo del tejado de los techos, ocultando a los jinetes que habían desmontado y se disponían a entrar. Juana se detuvo antes de cruzar el umbral y dejó que el frío de la hora le diera en el rostro, fue entonces que, empequeñecida bajo la mole imponente de la iglesia, tuvo la extraña sensación que un frío helado recorría su espalda. Vio reír a Felipe junto a sus lugartenientes y percibió claramente que su esposo, a pesar de su carácter alegre, poseía en su interior un potencial de grandeza, una capacidad de astucia y cualidades de diplomático, que deberían hacerse realidad. Sus manos serían las

destinadas a dar forma a aquella promesa latente. Luego se encogió dentro de su abrigada capa y sus pensamientos volaron a Gante, junto a Leonor, Carlos e Isabel, aquellos tres hermosos pequeños que habían aprendido a llamarla «mamá», siempre en flamenco o francés, pero jamás en castellano.

La mañana siguiente amaneció fría y debieron proseguir el viaje rumbo a Saint Quentin. Descansaron en Cambrai. De Saint Quentin siguieron a Noyon y Saint Denis, camino a Blois. Cabalgaban alternadamente entre el Sena y el Loira. Los tremendos dolores y tribulaciones

que acechaban a Juana iban desapareciendo a medida que se adentraba en la hermosa y agradable Francia. Su espíritu se iba alegrando ante la belleza serena de la campiña, enmarcada bajo aquellos inmensos cielos y entrecruzada por caprichosos ríos. Pero lo que más agradaba a su corazón era aquel ambiente festivo que reinaba en cada pueblo por el que pasaban. La gente los aclamaba con vivacidad, mientras arrojaban a su paso centenares de florecillas. Las ciudades francesas, amuralladas y recias por fuera, estaban llenas de vida por dentro. En sus plazas, los buhoneros anunciaban

a gritos su mercadería, mientras los peregrinos, mercaderes, monjes, prostitutas y campesinos se congregaban en las calles o alrededor de las fuentes públicas, en pequeños grupos bulliciosos que conversaban mientras otros vendían sus mercancías. Las grandes campanas de las iglesias y catedrales y sus toques de carillón resonaban a cada hora. Las ventanas con sus vidrios de colores, algunas de las cuales databan del siglo XII, formaban múltiples arcos iris cuando el sol las iluminaba y en todas partes se respiraba un clima de ruidosa alegría. Era agradable ver a los niños jugar en las

calles y a los hombres y mujeres yendo y viniendo afanosamente, comprando o vendiendo, peleándose o riéndose, conversando o gritando. Los negros hábitos de los monjes benedictinos, verdaderos eruditos que transcribían y conservaban para la posteridad las joyas literarias de Grecia y Roma, añadían una nota de sobriedad sobre el vivo colorido de aquella multitud. Y como si semejante entusiasmo por la vida fuera contagioso, la alegría daba la impresión de haber penetrado también, en el séquito de los archiduques de Austria.

Tal vez por el estado especial de su espíritu o a causa del impacto de tantas

bellezas, Juana observaba asombrada el dulce panorama francés, justo intermedio entre la alegría flamenca y la rigidez española.

—¡Estos franceses son realmente civilizados! —comentaba Felipe alegremente.

—¡Son personas de culta existencia y muy corteses, aunque disfrutan de una educación desenfrenada y tumultuosa! —observaba Juana.

El rey Luis XII de Francia había pensado en todo, tanto para divertir y alegrar como para doblegar y adular a sus ilustrísimos huéspedes.

Los archiduques se habían

convertido desde el mismo instante en que pisaron el suelo francés, en las personas más importantes de la política escurridiza, cambiante y falsa de aquellos días.

En Italia iba surgiendo una nueva conciencia sobre la afirmación de los estados nacionales, concepto totalmente nuevo que se refería a la infabilidad del Estado, es decir, no a la infabilidad de un rey o de una religión, sino de una región geográfica. Comenzaba a surgir el Renacimiento que luego se propagaría por toda Europa.

Que un rey reclamase sobre las propiedades de sus súbditos, o que un

papa solicitara para sí el dominio de la conciencia de sus fieles, era algo totalmente coherente con las costumbres de la época. Pero que un Estado nacional, recientemente constituido, reclamase infalibilidad para sí era algo nuevo y por demás novedoso.

El italiano Nicolás Maquiavelo era el iniciador de esta nueva filosofía de gobierno (la que se plasmaría más tarde, en el año 1513, en su famoso libro *El príncipe*).

De todos los reinos de Europa, Francia era el más nacionalista y el más orgulloso de los rasgos que lo distinguían. Su sabrosa cocina, junto al

burbujeante vino de Champagne, la excelencia de sus sedas, la hermosura de sus mujeres, la extravagancia en el vestir, el suntuoso espectáculo de sus torneos, su legendaria hidalguía, sus inmensos cañones y su rey, Luis XII, afable e inofensivo, lo caracterizaban con singular particularidad. El monarca era adorado por los franceses y su Parlamento le había otorgado el título de *père du peuple* —padre del pueblo—, por la sincera y profunda gratitud al haber mantenido a Francia alejada de conflictos bélicos, someter el poder feudal a la corona, consolidar las fronteras y dejar al pueblo la libertad de

cultivar y cosechar sus campos. No era excéntrico, como tampoco era sobresaliente, sin rarezas ni codicia. Así le pareció a Juana en un principio, para simpatizar luego con él.

Luis XII era un hombre de mediana edad, casi calvo, de nariz ancha y ojos saltones, de fácil sonrisa y gran dignidad en sus gestos y modales y a pesar de ser más bajo y más delgado que la reina, se movía con extrema lentitud.

Su sobrina, la bella y joven condesa Germaine de Foix, hija de su hermana María de Orléans y de Juan de Foix, conde d'Étampes, que se encontraba en la corte de Blois, solía decir de él, con

una sonrisa en los labios: «Lo mejor del querido tío Luis es que nadie se siente inferior a él». Felipe rió con ganas al oír, por primera vez, aquella frase tan ingeniosa, mientras Juana apenas pudo esbozar una sonrisa. Si bien los reyes de Francia habían dispuesto que, desde el Rin hasta el Sena, el viaje de los archiduques fuese un verdadero desfile real, actuaron ni más ni menos como los grandes señores respecto a sus vasallos. En todas las ciudades el señor del lugar los recibía con las puertas abiertas de par en par, mientras los estruendosos cañones daban la bienvenida a tan nobles visitantes. En su honor se

celebraron recepciones, banquetes y bailes y todo se iluminó especialmente, para ver pasar a la joven y hermosa pareja.

Felipe había rendido su homenaje por Borgoña ante Luis XII, con su rodilla en tierra y repitiendo las antiguas palabras del ritual: «Vuestros amigos son los míos, vuestros enemigos son los míos, para unirme a ellos o guerrear contra ellos, según sean vuestros deseos, Luis, muy cristiana majestad, rey digno y justo a quien, ante Dios y por las sagradas reliquias de vuestros santos y en presencia de todos estos, mis pares de Francia, yo, Felipe de Habsburgo, en

nombre del ducado de Borgoña, os juro perpetuo vasallaje».

Juana había presenciado la ceremonia con disgusto, viendo cómo su esposo se comportaba cual un súbdito fiel, cumpliendo con todos los requisitos indispensables para reconocer en aquel monarca, a su señor. Parecía que solo se atenía a su escueto título de Flandes; y le molestaba el hecho de que aquellas palabras de vasallaje al rey de Francia no hacían otra cosa que repetir las pronunciadas a su padre, el emperador Maximiliano, en nombre del mismo ducado de Borgoña. Le irritaban las incoherencias, pero no le reprochó

absolutamente nada. Tal vez Felipe tenía razón, cuando afirmaba que los juramentos feudales carecían por completo de significado.

Sin embargo, en los aposentos, Juana no pudo contener el llanto.

—¡Os arrodillasteis delante de él! ¡No sabéis la vergüenza que me habéis hecho sentir!

—No seáis tonta, Juana. Haced de cuenta que solo ha sido un baile, donde vos también dobláis las rodillas al danzar.

—Es algo totalmente distinto.

—No lo creáis.

—¡Jamás me arrodillaré en

homenaje ante el rey de Francia!

Felipe rió y la consoló con un beso.

—Debéis ser paciente, querida.

—La paciencia nos hace soportar los males con resignación, nos hace esperar con tranquilidad las cosas que demoran. Y yo no soy paciente.

—Sin embargo, la paciencia es más útil que el valor.

—Pero todo valor tiene su precio. El precio del respeto hacia uno mismo, el precio de la dignidad, y no estoy dispuesta a que los reyes de Francia jueguen conmigo. En ningún momento han disimulado sus deseos de doblegarme, ni la enemistad manifiesta

que siempre han sentido hacia mis padres.

La reina Ana de Francia tenía aspecto maternal, regordeta y rosada como las manzanas de Bretaña, provincia de donde procedía, tan rica en huertos, campos sembrados y ganados que en Francia le llamaban el granero del mundo.

Ana de Bretaña era hija y heredera de Francisco II, último duque de Bretaña. Sitiada en Rennes por los Beaujeu (Ana de Beaujeu —hija de Luis XI y hermana de Carlos VIII— y su esposo, Pedro II de Borbón, señor de Beaujeu), fue obligada en 1491 a

casarse con Carlos VIII, rey de Francia y recuperar así la Bretaña para la corona. Aquella era una extensa región situada entre Poitou y Normandía, entre Anjou, Maine y el océano. Su nombre derivaba de haber sido poblada en el siglo V por los bretones o britones, población de la Gran Bretaña que hubo de evacuar la isla cuando desembarcaron en ella los anglosajones, a quienes ellos, precisamente, habían llamado para defenderse de sus tradicionales enemigos, los pictos y los escotos.

Bretaña había sido un ducado independiente y en 1491 se había

reunido definitivamente a la corona francesa.

En 1498, Luis XII, de la casa Valois, acababa de llegar al apetecido trono francés y mucho necesitó para concretar sus apetencias de un hombre español: el papa Alejandro VI. El rey necesitaba obtener no solo el ducado de Bretaña sino también a su titular, la reina Ana, viuda de su antecesor, Carlos VIII (de la misma Casa), mucho más seductora que su propia esposa. Pero la anulación de su boda, a fin de contraer nuevas nupcias, solo podía ser concedida por el soberano pontífice. Para lograr su cometido, Luis XII prometió al hijo de

Alejandro VI, César Borgia, deseoso de poder y de dominios, una mujer de sangre real, Carlota de Albret; el título de duque de Valentinois; el condado de Diois en el delfinado y la señoría de Issoundun.

Así el papa español, sin ningún deseo de favorecer a Francia, cedió a las presiones de su propio hijo, quien llegó a dominarlo y se plegó a sus razones. Esto contribuyó para que Alejandro VI entregara a Luis XII la bula, autorizándolo a desposar a Ana de Bretaña, abandonando a su esposa Juana de Francia, la hija de Luis XI, hermana de Carlos VIII y de Ana de Beaujeu.

La reina Ana nunca había sido hermosa. Con un problema de cojera que disimulaba con una plataforma mayor en uno de sus zapatos y con su juventud ya lejana, retenía un capricho que la hacía sumamente desagradable: humillaba a todas las mujeres que fuesen más hermosas que ella, a la vez que pretendía aumentar la dignidad de su real esposo cuantas veces le fuera posible. Para llevar a cabo sus bajos propósitos, empleaba toda su astucia provinciana y el peso que su posición real le confería (ambas condiciones, por cierto, notablemente desarrolladas).

Desde el primer instante en que vio

a Juana de Castilla, sintió hacia ella el rencor que le despertaba el saberla de una clase superior. Jamás podría tolerar aquel cuerpo perfectamente formado y aquella mente despierta e inteligente.

Horriblemente celosa y profundamente disgustada por la hermosura de Juana, desconfiaba de ella y, en su pervertida mente, fue tramando toda clase de engaños y tretas para tratar de humillarla. No soportaba que aquella noble y orgullosa cabeza española y aquellas hermosas y bien formadas rodillas no se doblasen en homenaje hacia su esposo, el rey de Francia.

—El archiduque Felipe ha rendido

con todos los honores su homenaje al reino de Francia y eso llena nuestros requisitos —le advirtió el rey Luis XII.

—Pero yo aún no estoy satisfecha —contestó su esposa, y su comportamiento le pareció al rey el de una embrutecida campesina, más que el de una reina distinguida.

—¡Haced que ella también os rinda homenaje! —continuó la reina.

—Me sentiría muy gratificado que la futura reina de España me rindiese homenaje, pero la verdad es que no sé cómo hacer para lograrlo —replicó Luis XII, presintiendo lo que su esposa tramaba y por temor a contradecirla.

—¡Yo lo lograré! ¡Dejadme a mí y os asombraréis!

—¡No olvidéis que el protocolo es muy complejo! —aconsejó su esposo.

—¡Al infierno con el protocolo! —respondió airada la reina.

—Como bien sabéis, no podré reunir a toda la corte para una ceremonia así.

—¡Yo le tenderé una trampa y ella se arrodillará sin darse cuenta! Ninguna ceremonia será necesaria, solo me basta con que doble sus rodillas ante vos y que todos la vean.

—Sería muy gratificante, pero debéis tener mucho cuidado.

—No temáis. Dejadlo en mis manos

—replicó Ana Bretaña, con una sonrisa de complicidad.

A partir de aquel día la reina Ana solo dio señales evidentes de una esmerada y especial atención hacia Juana y, más allá del protocolo preferencial que regía para todo huésped real extranjero, se dedicó a complacerla hasta en los más pequeños e insignificantes detalles.

Sabiendo que a Juana le agradaba muchísimo la música, dispuso que los archiduques de Austria despertasen por las mañanas con los suaves acordes de violas y laúdes a las puertas de sus aposentos. Por algunas damas del

séquito español, la reina de Francia también se enteró que a la archiduquesa le causaba más placer beber vino que champagne y, a partir de entonces, en la mesa solo fueron servidos vinos de Bordeaux. A Juana le agradaba más la carne de pescado que la de cordero o ave, por lo que se dispusieron diariamente de nobles cabalgatas (mediante el servicio del caballerizo real, que era la persona responsable del despacho de los decretos reales), para que portara pescado desde las costas, recubierto con hielo de los Pirineos. Diariamente Juana podía disponer en la mesa de abundante pescado fresco.

Caza de cetrerías, torneos, juegos de lanzas, banquetes y bailes eran celebrados en honor de los archiduques. Sobre los finales de su estadía en Francia, un día al despertar, Felipe le habló a Juana:

—Mañana por la tarde habrá un torneo y por la noche una fiesta en nuestro honor para despedirnos. ¿No os parece una gran delicadeza?

Felipe siempre se había sentido atraído por los torneos a pesar de que a Juana le desagradaban. Algunas veces ella tenía la sensación de que le disgustaba todo lo que a Felipe le producía placer. De la misma manera en

que le producían rechazo y aborrecimiento todas aquellas bellas mujeres que le sonreían y que eran retribuidas por las sonrisas del archiduque.

—Creo que en realidad los torneos no me agradan, por el solo motivo de que podéis sufrir en ellos algún daño.

—Voy a terminar convirtiéndome en un archiduque gordo y viejo, si no me dejáis que, al menos, haga un poco de ejercicio —le dijo Felipe y la besó en la boca. Juana se sentía volar envuelta en aquellos brazos fuertes y amados. Como siempre.

—Os prefiero mil veces gordo y

viejo que joven y muerto. ¡Os amo, Felipe, y deseo que viváis muchos años a mi lado!

—No me sucederá absolutamente nada, mujer. Quedaos tranquila.

Durante los torneos, y a pesar de los grandes dispositivos de seguridad, en algunas ocasiones alguien podía resultar herido. A lo largo del palenque se levantaba una gran valla de madera que separaba a los caballeros rivales para evitar que chocasen entre sí con sus caballos. Por sobre esta valla los adversarios se apuntaban con sus lanzas uno al otro, las cuales terminaban en unas bolas acolchadas. Sus yelmos

estaban atornillados a sus hombreras y sus viseras cerradas. Si la lanza se astillaba, lo caballeresco era alzarla para no tocar o herir al contrincante y si por accidente la lanza tocaba dando en el blanco y desmontaba al caballero, según las reglas del deporte, no perdía, sino que era proclamado el empate y el armero que había construido aquella lanza era expulsado de la Lonja de Armeros, por ser considerado un artesano torpe e incompetente. Y si como había ocurrido en contadas ocasiones, la lanza astillada penetraba por la ranura de la visera y dejaba ciego o daba muerte al caballero, el armero

que la había construido era enviado de inmediato a la horca.

En los torneos, inspirados en verdaderas batallas, la integridad del corcel de combate era tan importante como la del caballero combatiente y con aquellas protecciones y defensas en favor de los participantes, este juego duro y peligroso para quienes lo observaban, era mucho más seguro que la caza del jabalí, único y verdadero rival de este deporte.

El espectáculo era fascinante, con la presencia de bellas damas aclamando a los elegantes caballeros que lucían sus favores en sus yelmos: una cinta, una

liga, un guante o algún otro detalle femenino; las trompetas daban la señal de cargar y al final, los espectadores vitoreaban y aplaudían al vencedor.

Los médicos cirujanos estaban siempre presentes, instalados debajo de la alta tribuna destinada a la nobleza, junto a los palafreneros y pinches de cocina, cuya posición social compartían, vestidos con largos mantos y altos sombreros en forma de turbantes. Al lado de los braseros encendidos, estaban siempre listos a cauterizar de inmediato alguna herida o restañar la sangre con percloruro de hierro. Observaban detalladamente el torneo

porque su fortuna quedaba asegurada si lograban salvar alguna noble vida y, en caso de producirse un accidente grave, se contaba siempre con la ayuda espiritual de los más distinguidos miembros del clero, que concurrían a presenciar los torneos que se realizaban, por orden del rey.

Los estandartes ondeaban al viento, los tambores redoblaban, los pífanos sonaban y millares de espectadores, vestidos con sus mejores galas, tomaban asiento en las tribunas cubiertas por guirnaldas de flores, mientras gritaban, aclamaban o aplaudían, junto a toda la nobleza allí reunida. En el palenque era

posible conquistar fama de valiente y de hombre fuerte y hasta se lograba obtener beneficios materiales si se ganaba la lid, dado que la montura, el caballo y la armadura del caballero vencido, pasaban a ser propiedad del vencedor que lo había desmontado. Las damas, cuyos colores lucían los combatientes, eran las que entregaban el premio de la victoria: una rosa, un ramillete o un poema. Y aquellos estímulos románticos encendían más aún la sangre de los apasionados caballeros al lanzarse al galope de sus corceles, a lo largo de la valla, con la lanza en ristre y apuntando al pecho de su rival. Tal era la poderosa

combinación de peligro, excitación y colorido que los torneos se convertían en el deporte más alegre, brillante, civilizado y popular que aquella época podía ofrecer.

En un torneo como el que participaría Felipe, el protocolo era un factor que debía ser considerado con muchísimo cuidado. El huésped de honor tenía que enfrentarse a un contrincante digno de su valor, por tener como competidor a un rey extranjero y con igual consideración debía ser alguien que en caso de que resultase herido o muerto, no perturbara en nada las relaciones exteriores de la política

de Francia.

La tarea de buscar un rival para el archiduque se había tornado por demás ardua. El conde d'Armagnac no podía ser, porque además de ser un señor de un poderoso dominio, de buena estatura, similar a la de Felipe, era un bastardo (situación poco grata y por demás desmerecedora). El conde d'Etampes y vizconde de Narbona, Juan de Foix, hijo de Gastón IV, conde de Foix y vizconde de Castellbó, esposo de María de Orléans, padre de Germaine y, por consiguiente, cuñado del rey Luis XII, era un espléndido caballero, pero tenía más de cincuenta años, tornándose muy

dispar su condición de rival.

La situación se había vuelto difícil y delicada de resolver. Todos los caballeros de Francia ansiaban tener el honor de cruzar sus lanzas con el joven Felipe de Habsburgo, rey de los Países Bajos, posible heredero del Sacro Imperio Romano Germánico y futuro rey consorte de las Españas.

Por su parte, el archiduque no manifestaba preferencia alguna, dado que no sentía celos ni envidias y por lo tanto no quería tampoco humillar a ningún contrincante. Lo único que deseaba era intervenir sanamente en un torneo, confiando en salir vencedor,

como siempre lo hacía, aunque tampoco le preocupaba en lo más mínimo la posibilidad de salir derrotado.

La tarde y la hora del torneo llegaron inexorablemente. Felipe permaneció sentado junto a Juana, observando con lógica impaciencia las primeras justas del torneo.

—¿Sabéis por ventura quién es la persona a la que me han asignado por rival? —preguntó Felipe con curiosidad al maestro de armas, que estaba dando los últimos toques a su armadura para que todas las bisagras funcionasen con precisión. El hombre alzó la cabeza y respondió.

—Alteza, el rival que os han asignado es el príncipe Leopoldo Graf von Hohenstaufen, tiene veinticinco años, seis pies de estatura y con un alcance de brazo que, según dicen, es el mayor de toda Alemania.

—Ese último dato me tiene sin cuidado. Con la lanza eso deja de tener importancia y Francia no es el imperio, donde el caballero derribado puede levantarse y proseguir el combate a pie. ¡Aquí la lid está limitada solo a un arma y una pasada a lo largo de la valla! —respondió Felipe con seguridad.

Hohenstaufen era un vasallo del imperio, pero un feudatario distante de

su emperador y las relaciones entre feudos eran tan complejas y remotas que nadie de los que asistían aquel día al torneo, habían caído en la cuenta que el señor iba a medirse con su vasallo, sino que lo hacía con un oponente digno en todos los sentidos. Por su parte el príncipe Leopoldo se decía independiente y todos cuantos le rodeaban lo consideraban de aquella manera. El único que no lo hacía era el Colegio de Heráldica Francés, con su prolija erudición. Era un hombre más alto y corpulento que el archiduque y su armadura y su caballo eran de color negro, lo cual le confería un aspecto

misterioso, a la vez que le daba aires de señor poderoso y decidido.

Desde la tribuna, Juana presenció el alistamiento de los dos caballos y sintió una dolorosa contracción en el pecho, mezcla de odio y dolor, contra aquel príncipe desconocido, extraño y oscuro, que apuntaba con su lanza el corazón amado de Felipe.

«El Hermoso» Habsburgo dio su última mirada a Juana, antes de bajar su visera y afirmó sus piernas fuertemente a los costados de su caballo berberisco, ensalzado con terciopelo negro y campanillas de plata, e inclinándose hacia adelante, murmuró unas palabras

en la oreja del animal: «Vamos por él, Moro».

Moro tenía un importante árbol genealógico, tan digno como el rival de Felipe o cualquier otro noble de gran estirpe. Juana se lo había obsequiado, eligiéndolo entre los mejores caballos árabes que poseía. Felipe le bautizó Moro, pues su verdadero nombre era imposible de pronunciar.

Un suspiro general partió de la muchedumbre y no solo Juana sintió preocupación por la suerte de Felipe, sino toda la concurrencia. El águila del imperio relucía labrada en oro sobre su yelmo, al cual había atado una cinta

amarilla (el color de Juana). Su armadura era una verdadera obra de arte con incrustaciones de oro, como correspondía al hijo del emperador.

Felipe recorrió con sus ojos las tribunas y al fijar su mirada en el caballo de su adversario sintió un impulso de confianza. En Moro tenía un aliado, un amigo leal e inteligente, mientras al otro caballo se lo notaba sobrecargado, demasiado dócil y excesivamente entrenado.

Las trompetas sonaron anunciando el número final y el más importante del torneo. Los dos caballos comenzaron su galope desde los extremos del palenque,

uno hacia el otro, encontrándose en el centro de un formidable impacto. Felipe, todo músculo, todo impulso, Hohenstaufen sólido y duro como una roca. Las dos lanzas dieron en el blanco y se mantuvieron firmes, arqueándose como un junco, pero sin romperse.

Felipe de Habsburgo apretó sus rodillas a los flancos de su caballo, mientras que su rival presionaba con fuerza hacia adelante. Un peso había chocado con otro similar a una velocidad combinada de dieciocho leguas por hora. La fuerza de ambos estaba concentrada en los extremos de las lanzas que hacían presión sobre los

dos cuerpos. Y de no haber existido ningún otro elemento que la sola fuerza física de ambos, los dos jinetes habrían sido desmontados.

Pero Felipe poseía una gran ligereza mental y un caballo más veloz que su contrincante y haciendo un cálculo exacto del paso de Moro, buscó en esa fracción de segundo, cuando los cuatro cascos de su animal dejaban el suelo y sus enormes músculos traseros, los más poderosos de todo su cuerpo, lo impulsaban hacia adelante al máximo de la velocidad, para dar el choque preciso a su contrincante. Los mejores caballeros sabían por instinto sacar

mayor ventaja al galope de un caballo que avanza, no en carrera rápida, sino con una serie de saltos.

El instante preciso del impacto estuvo lleno de incertidumbre, los cirujanos aprestaron sus braseros por si la muerte rondaba el palenque. El caballo de Felipe hizo una pausa y se enderezó fugazmente sobre sus patas traseras, el soberbio animal había sentido una presión en sus flancos y la voz de su dueño le ordenó detenerse.

—¡Perdió el equilibrio! —dijo la reina Ana. Mientras, Juana apretaba sus manos y rezaba en voz baja. Pero la detención momentánea de Felipe había

sido intencional. Él y su corcel parecieron detenerse, mientras la figura oscura del príncipe alemán avanzaba con fuerza a la carga. Hohenstaufen sintió el fuerte golpe y el rebote. La lanza de Felipe se arqueó y tomó impulso, se enderezó y en aquel momento derribó estrepitosamente de su montura al noble alemán, entonces el caballo galopó asustado y sin su jinete, hasta el extremo de la palestra, mientras Hohenstaufen caía a tierra aturdido por el golpe y un grupo de colaboradores corría para socorrerle.

Notablemente disgustado, el alemán, se alejó de la arena. Juana,

agradeciendo a Dios por la suerte de Felipe, corrió hasta él entregándole un poema de amor; el premio a su victoria. Felipe sonrió agradecido y después de besarla, visiblemente emocionado, envió de inmediato a uno de sus lugartenientes a preguntar si el príncipe había sufrido alguna herida. Unos instantes más tarde, este volvió informándole que se hallaba ileso. El archiduque se había despojado de su armadura, cuando apareció su contrincante e hincando una rodilla en tierra, se dirigió a él en idioma alemán.

—¡Es mi deber rendir a vuestra alteza imperial, mi armadura, mis arreos

y mi caballo!

Hohenstaufen estaba acostumbrado a recibir cumplidos y Felipe, ya enterado de estos antecedentes, le respondió.

—La suerte hoy ha querido estar de mi lado, como podría haberlo estado del vuestro. Pero la fuerza de vuestra lanza, más que una lanza parece un ariete. Tened la seguridad que de esto se enterará mi padre y sabrá cuán afortunado es, al tener vasallos de estirpe como la vuestra.

El príncipe respondió a los cumplidos, agradeciéndole y deseándole larga vida al archiduque de Austria. Felipe por su parte se interesó en

conocer detalles de aquel lejano y desconocido principado, revelando algunos conocimientos generales, a los que Hohenstaufen respondió sonriente.

—El principado está experimentando un excelente crecimiento. Las hilanderías de Wurtemberg producen cada día más. Los impuestos se perciben a su debido tiempo, todo marcha correctamente y, según tengo noticias, el emperador se halla totalmente satisfecho.

—Y yo también lo estoy —respondió Felipe.

Seguidamente el archiduque dispuso que el caballo, los arreos y la armadura

de Hohenstaufen fuesen donados al hospital de Saint Jean de Brujas y, despidiéndose amablemente de aquel príncipe, se encaminó al reencuentro de su amada Juana.

Junto a la puerta de la sala de Armas, se habían reunido también un puñado de personas que esperaban para saludar a los archiduques antes que entraran en el palacio. Los vítores seguían resonando cuando pasaron por la entrada abovedada y cruzaron por el patio de los Nobles. Felipe pensó entonces lo fácil que era conquistar el afecto de la gente, siempre y cuando se preocupara él mismo de descubrir lo

que a ellos les interesaba. Juana caminaba a su lado, sonriente, mientras saludaba con la mano, sin que su rostro inescrutable revelara un ápice de la tortura mental que la atenazaba. Su única ambición era envejecer junto a él.

—Mi adorada Juana, os asusté demasiado hoy, así es que ruego sepáis perdonarme —dijo Felipe y su boca carnosa, que con tanta facilidad reflejaba a veces sus emociones, sonrió de puro gozo.

—Felipe, solo pido a Dios que nos proteja —y resultó reconfortante para ella, notar cómo él la tomaba de la mano y la acercaba hacia sí, sin importarle

que toda la gente los estuviera mirando.

Felipe, apartándola un instante, la miró a los ojos y le habló con ternura.

—Dejad que os mire. Solo que os mire.

Juana inclinó su cabeza hacia atrás y sonriendo, esperó que los sentimientos de temor no se reflejaran en su rostro.

—¿Estáis pálida? ¿Ocurre algo malo?

—Solo el temor de perderte.

—Pero ya veis, nada ha sucedido. ¿Por eso tembláis?

—Estoy destemplada, pero no es nada, comparado con el peligro que habéis tenido que enfrentar vos.

Felipe sin poder contenerse la apretó contra sí.

—Entremos, aquí afuera hace demasiado frío.

En la intimidad de los aposentos, Felipe se quitó las botas y ordenó le prepararan un baño bien caliente. Dos sirvientes acarrearón el agua humeante con que llenaron una gran bañera de madera. El archiduque se desnudó y se metió bajo el agua, recostando su cabeza en el borde. Con los ojos cerrados comenzó a tararear una vieja canción tirolesa, mientras Juana le frotaba la espalda con un jabón perfumado.

Por la noche los dos hermosos

archidukes se vistieron de gala para la fiesta que les brindarían sus anfitriones, culminación de todas las festividades preparadas por Luis XII en honor a sus huéspedes.

Juana y Felipe hicieron su aparición en los salones donde se celebraba la fiesta. Los reyes de Francia se encontraban sentados en sus respectivos tronos bajo un gran dosel azul, con las flores de lis bordadas en oro. Allí iban recibiendo a sus invitados y ante cada uno, el rey pronunciaba gentiles palabras, a la vez que la reina Ana sonreía e introducía alguna frase que su esposo hubiese omitido decir.

Los invitados desfilaban en orden creciente de importancia y se inclinaban en reverencias hacia los reyes, como era la costumbre.

Felipe y Juana fueron los últimos. Dentro de los salones, solo el archiduque de Austria y el rey Luis XII portaban sombreros, siendo los únicos que gozaban en todo el palacio de este privilegio.

La archiduquesa, y futura reina de España, lucía un magnífico vestido de encaje de Malinas en color azul lavanda y llevaba sobre sus rubios cabellos, trenzados con hilos de oro, la diadema de duquesa de Borgoña. Una gargantilla

de aguamarinas y zafiros, con los pendientes haciendo juego, adornaban su bello rostro. Junto a ella, Felipe, gallardo, con su piel bronceada y sus cabellos cayendo sobre la frente, vestía jubón negro acolchado, adornado con joyas y bordado con hilos de plata y unas calzas-pantalón de seda gris.

La hermosa y joven pareja caminó por el inmenso salón, mientras entre los invitados se hizo un expectante silencio. Solo la música continuaba flotando en el aire, en ese lento avanzar hacia el trono de los soberanos. En aquel preciso momento la reina Ana se levantó repentinamente, bajó de la plataforma y

dirigiéndose hacia el encuentro de Juana, sonriente, la tomó afectuosamente del brazo izquierdo. Continuó caminando junto a ella hacia el trono, donde Luis XII permanecía sentado, totalmente desorientado, sin saber lo que estaba aconteciendo. Un suave murmullo recorrió el salón, porque la reina de Francia jamás quebrantaba el protocolo. Esta era la primera vez y solo por demostrar su especial afecto hacia la archiduquesa de Austria.

Felipe se sintió jubiloso pues aquella corte valoraba y apreciaba de verdad a Juana, su esposa española. Por su parte, Juana presintió dentro de su

pecho la desconfianza de aquel honor extraordinario del que era objeto. Y sonriendo a la reina, devolvió aquel cumplido. Al llegar ante el rey, Felipe puso su rodilla en el suelo en actitud de homenaje requerido de alguien, aunque aquel gesto duró apenas un segundo. Juana, que se había jurado a sí misma solo arrodillarse ante Dios y ante sus padres, se hallaba de pie, erguida y mirando al rey, pero apenas hizo una pequeña flexión, de acuerdo a las normativas de su rango, la reina Ana, que la tenía tomada del brazo fuertemente, como con una pinza, empujó hacia el suelo, arrastrando a

Juana hasta él y obligándola a tocar el suelo con la rodilla.

Juana se sacudió el vestido enérgicamente, perturbada por aquel acto tan vil como agresivo, a la vez que trataba de desprenderse del brazo de la reina. Furiosa y pálida disimuló como pudo aquel despreciable comportamiento y se prometió a sí misma jamás repetirlo, ni olvidarlo. Sus mejillas pasaron de la blanca palidez de la indignación, al rojo intenso de la humillación y la vergüenza.

Felipe la tomó del brazo y caminaron en dirección a un grupo de invitados que los observaba

sorprendido. La cena, dispuesta para la ocasión en el salón comedor contiguo, duraría unas tres horas, como se acostumbraba con todas las que se celebraban en el palacio y por las mesas desfilarían los más exquisitos manjares. Cuando todos se hubieron sentado, entraron dos columnas de sirvientes, portando inmensas fuentes de plata con montañas de comidas. Era obvio que los reyes de Francia no habían reparado en gastos ni escatimado esfuerzos, porque en aquel momento, una cabeza de jabalí con sus colmillos y todo, era llevada a la mesa para trinchar. Airones, faisanes y cisnes mostraban sus carnes doradas,

así como las apetitosas y dulces Crustar de Lumbarde y Viaund Royale, todo rociado con excelentes vinos y champagnes. Los ministriles tocaban música durante la comida. Mas nada parecía tentar el apetito de Juana que miraba sus viandas y luego las dejaba tal cual se las habían servido. Muy dentro de sí, sabía que había sido engañada por la astuta reina de Francia y obligada mediante aquella treta, a doblar su rodilla en homenaje por el ducado de Borgoña.

Aquel episodio no solo provocó una serie de habladurías en diversas Cortes europeas, sino que generó, además,

extensos debates en algunas, provó las risas en otras y, sobre todo, generó mucha indignación en toda España.

En la intimidad de sus habitaciones, Juana le reclamó a Felipe.

—¡Jamás hubiera imaginado un comportamiento tan indigno!

—Ni yo tampoco —respondió Felipe entre sorprendido y malhumorado—. Pero tomadlo con calma y tratad de olvidar este desagradable incidente, porque pronto habremos de marcharnos.

—No lo olvidaré jamás mientras viva y nos marcharemos de inmediato.

—Mucho me temo, Juana, que eso no será posible. No podemos cometer la

torpeza de incurrir en un acto de visible antagonismo hacia Francia.

—¡La corona de España puede hacerlo!

—Pero no el Sacro Imperio. En cuanto a España, sería muy conveniente que lo evitase. Diremos que la reina, debido a su excesivo peso y a su cojera, tropezó y os arrastró consigo hasta el suelo.

—Pero sabéis que esa no es la verdad.

—No importa. Diremos además que habéis sido vos quien le ayudó a levantarse.

—Eso es falsedad e hipocresía.

—No, querida Juana, eso en política exterior se llama diplomacia.

—Pues yo nunca seré diplomática. ¡No es de verdadero cristiano usar la falsedad y la adulación para corregir conductas!

—Intentadlo por mí, Juana. Es importante no asumir actitudes demasiado rígidas, en lo que a política exterior se refiere.

Juana asintió con la cabeza y se acercó a él. Felipe la rodeó con sus brazos y ella apoyando la cabeza en su pecho, escuchó latir su corazón. Consoladoramente.

Con la ayuda del capellán de los

Reyes Católicos, el obispo de Córdoba, Juan Rodríguez de Fonseca, integrante del cortejo, Juana pudo asumir con valor y orgullo sus nuevas obligaciones de heredera de la corona española.

—Mucho me temo, alteza, que el rey de Francia intenta adular a vuestro esposo, para inclinar la balanza del imperio a su favor. Por tal motivo firmó el Tratado de Lyon donde comprometía en matrimonio a su hija Claudia con vuestro hijo Carlos —le aconsejó el señor obispo.

—Vuestra ilustrísima, debo deciros como un secreto de confesión, que mi esposo, en cuestiones de estado, nunca

me tuvo en cuenta.

—Tampoco para realizar este viaje, habéis sido consultada. Todo estaba decidido de antemano y mucho me temo que, durante la estadía en Francia, Luis XII trate de enfrentar al archiduque con sus Católicas Majestades. Creo que tanto el rey de Francia como vuestro esposo lo que más desean es el poder de Europa.

—Lo sé, ilustrísima. Y tal vez, alguno de los dos lo logre algún día.

Durante los días que siguieron en Blois, anteriores a la partida, la archiduquesa y todos los españoles del séquito, que se encontraban albergados

en el palacio, cambiaron sus atuendos flamencos por atuendos castellanos y aquellos vivos colores, alegres y llamativos, desaparecieron por completo, para dar paso al color negro, a los cerrados escotes y a las cabezas cubiertas, solamente alegrados por antiquísimas joyas. Era el atuendo de una corte rígida y austera, de damas y caballeros seguros de sí mismos, aislados, solitarios, inflexibles, que no toleraban que nadie se burlase de su soberana y ante la humillación sufrida, desearon cobrarse, acompañándola.

—Esa reinezuela española no ha hecho otra cosa que tomar venganza —

se quejó la reina Ana a su esposo.

—Mañana temprano partirán para España —respondió Luis XII—. Y por ese motivo, seguramente habrán guardado sus vestimentas flamencas.

—Pero yo aún no he terminado —contestó la reina con una sonrisa entre astuta y burlona.

—Ya dobló su rodilla ante mí, ¿no creéis que es suficiente? —acotó el rey algo molesto.

—Aún no —dijo la soberana y se frotó las manos con un gesto triunfal.

—Debéis ser cuidadosa. No deseo actitudes que sean demasiado visibles.

Por su parte Germaine de Foix, la

bella sobrina del monarca francés, no había hecho otra cosa por aquellos días que perseguir al «Hermoso» Habsburgo por todo el palacio de Blois. El condado de Foix estaba demasiado endeudado y Germaine se había convertido en el anzuelo que su empobrecido padre utilizaba, para desposarla con algún noble de fortuna y salvar así su honor. Felipe no había respondido a sus flirteos y Juana, aunque no había tenido motivos para sentirse celosa, estaba ansiosa de abandonar de una vez por todas, aquel país.

—Tengo el presentimiento que las humillaciones de esa reina aún no han

terminado —dijo Juana a Felipe la noche antes de la partida.

—Nada debéis temer. Mañana temprano partiremos y ya no tendrá tiempo para sus nuevas tretas, pues acusó recibo de vuestra respuesta en el cambio brusco y notable del vestuario. Fingid que habéis olvidado el incidente y al despediros, hazlo con una diplomática sonrisa cual si fuésemos amigos —le aconsejó Felipe.

—Siento un profundo alivio saber que mañana partiremos y haré todo lo posible por sonreír. Pero lo hago solo por complaceros.

La incomodidad de la situación

había acortado el tiempo de la estancia en Francia y después de seis años de ausencia de España, Juana comenzaba a experimentar el fuerte deseo de regresar, saberse entre los suyos. Sin embargo antes de partir de Blois, el destino le tenía reservado un nuevo sinsabor.

Para interceder por el largo viaje de los archiduques que partían en los umbrales del invierno hacia el azaroso cruce de los Pirineos, el prelado de Francia, el cardenal d'Amboise, celebró una misa por la mañana muy temprano.

Cuando la celebración llegó al ofertorio, la reina Ana envió a su tesorero real hasta donde Juana se

encontraba arrodillada, presentándole una bolsa de terciopelo color púrpura llena de monedas de oro.

—De su muy cristiana majestad a vuestra alteza real, para las ofrendas — dijo el funcionario en voz baja, pero no lo suficiente, de modo que todos los asistentes al oficio pudieran oírle.

Juana quedó petrificada. El rey Luis XII dio un hondo suspiro de incomodidad, mientras su esposa observaba con ojos de ave de rapiña, aquella tierna presa.

El rostro de Felipe se turbó y al mirar a Juana observó que había palidecido por efecto de la furia que,

como siempre, lograba dominar. La situación se había tornado por demás embarazosa. Si Juana aceptaba la limosna, como era el protocolo de aquella compleja situación feudal, equivalía a renunciar automáticamente a su independencia, dado que ofrecía a Dios, no su propio dinero, sino el que le ofrecían los reyes de Francia, reconociéndolos tácitamente a partir de aquel acto, como a sus señores. Así la atraparían en una situación más vergonzosa y humillante aún, que la de haber doblado su rodilla ante el monarca francés.

Semejante acto equivalía a

tremendas complicaciones internacionales, significando que España sería muy pronto tributaria de Francia. Juana miró fijamente los ojos del tesorero, que parado frente a ella con sus refulgentes ropas, esperaba. Entonces dirigiéndose a Felipe, le dijo.

—Pon algo en la bolsa.

—No tengo nada —respondió en voz baja el archiduque, quien jamás llevaba dinero consigo. Tampoco Juana portaba dinero por la sencilla razón de que siempre lo hacía su tesorero, don Martín de Moxica. Este buscó en la bolsa que llevaba prendida a su cinto, pero las cintas que lo ataban le estaban

demorando demasiado.

Fue en aquel momento que Juana tomó una resolución y, desabrochándose el magnífico collar de perlas que llevaba al cuello, lo dejó caer ruidosamente en la bandeja de plata que el tesorero sostenía en la otra mano.

—Informad a Francia que España no tiene necesidad de que nadie otorgue una limosna por ella —sugirió la archiduquesa.

El desprecio de Juana hacia los monarcas franceses había llegado a su punto más culminante. No solo había hablado en nombre suyo, sino de todo el pueblo español. El tesorero francés

haciendo una profunda reverencia se retiró de inmediato. Pero ya nada ni nadie podría borrar el insulto que Francia acababa de proferir a España y que esta acababa de rechazar enérgicamente.

El clima de la misa fue tenso hasta el final.

—¡Vuestra locura ha ido demasiado lejos! —susurró Luis XII al oído de su esposa— y al terminar la misa, deberéis dirigirlos a ella de manera amistosa.

Muy pocas veces el rey ejercía su autoridad sobre su esposa, pero aquella situación lo había sobrepasado.

—¡No podemos exponernos, por tu

orgullo y vanidad, a una guerra contra España!

—¡También sé humillarme! —
contestó la reina.

Al concluir la ceremonia religiosa los reyes esperaron sonrientes en el atrio a sus reales huéspedes, pero Juana pasó frente a ellos sin pronunciar una sola palabra, sin mirarlos y sin volver la cabeza, cuidando que su falda no rozara con los pliegues la falda de la reina. Solo Felipe pronunció las palabras de despedida hacia la reina, dado que el rey Luis XII los escoltaría hasta Amboise.

—Adiós Ana, hasta pronto.

—Adiós Felipe y no olvidéis que en los reyes de Francia tenéis unos amigos. Nuestro apoyo nunca os faltará.

—Os lo agradezco y lo tendré siempre presente.

El archiduque besó la mano de la reina Ana y se retiró de inmediato. Tanto Luis XII como Felipe de Habsburgo ambicionaban el poder de Europa. Para asegurarlo habían llevado a cabo la firma del tratado matrimonial entre el príncipe Carlos de Luxemburgo y la princesa Claudia de Francia. El monarca francés sabía con claridad que manejando diplomáticamente el conflicto sucesorio por el que

atravesaba España, fuerte y temible estando unida, pero frágil y vulnerable al desunirse, podía llegar a romper, incluso, la aún poco firme y reciente unificación española.

Esto sería sin duda un gran triunfo político, sobre el duelo que estos dos reinos sostenían desde larga data.

Regreso a España

Al salir de Blois el séquito se encaminó hacia el sur. El rey Luis XII y el escuadrón de la guardia real francesa lo escoltaron hasta Amboise y en las riberas del Loira, enmarcados por la campiña francesa, los dos monarcas se abrazaron y con profundas reverencias se dijeron adiós. El cortejo de los archiduques quedó en camino guiado por un grupo más reducido de hombres de la escolta armada del rey Luis XII.

Sin embargo, Juana, contrastando con el espíritu festivo de aquella Francia que abandonaba, cabalgaba concentrada en un sentimiento que solo podía calificársele como de esperanza desesperanzada. Esperanza en que el futuro que le aguardaba en España fuera venturoso; y desesperanza, al pensar que su porvenir entero corría tantos peligros que ante cualquier error, por pequeño que este fuera, podía derrumbarse todo lo ya construido.

Los últimos tiempos habían transcurrido muy ajetreados, concediéndose poco espacio para pensar en la difícil situación por la que

estaba atravesando. Si algo llegaba a sucederle, sus tres pequeños quedarían bajo la tutoría de su suegro y al cuidado de su tía, la princesa Margarita de Austria y de su bisabuela Margarita de York. Y aunque aquellas imágenes se agolpaban en su mente, no deseaba pensar en ello, pero la turbaban, desorientándola.

El rigor del clima había comenzado a hacerse sentir. Una ola de frío polar avanzaba sobre el territorio francés, goteando hielos, lluvias y nieves a temperaturas bajo cero. Con el frío de la mañana, bajo la luz trémula de aquellas horas, Juana marchaba tristemente

enajenada por esos pensamientos.

Al llegar a San Juan de Luz, en las cercanías de Bayona, el reducido grupo de escoltas franceses los despidió con todos los honores.

—Vuestra alteza, después de cruzar el Bidasoa ¡ya pisaréis suelo español! Que tengáis un feliz viaje en nombre de sus muy Cristianas Majestades.

—Decidles a vuestras majestades que estoy muy agradecido y en nombre de la reina y toda mi corte, os doy las gracias —respondió el archiduque.

Y sin volver la vista atrás, emprendieron el camino.

Lentamente Francia fue quedando a

sus espaldas, mientras los Pirineos se iban acercando amenazadoramente, como la gran muralla que aislaba a España del resto de Europa. Cruzarían por los estrechos del monte de San Adrián e ingresarían dentro de un territorio peligroso y plagado de dificultades. Juana cabalgaba en silencio junto a Felipe, abrigada por una gruesa capa de pieles que le cubría hasta los tobillos. Y aunque llevaba los pies enfundados en gruesas medias de lana y abrigados zapatos de cuero, el frío parecía calarle hasta los huesos.

Todas las cargas de los carruajes, junto a la comitiva real, pasaron a lomos

de mulas de seguro pisar. Estos animales eran los únicos capaces de ascender la montañosa barrera que separaba a los franceses de los españoles. Atrás quedaba Flandes, con sus suntuosos palacios, sus horas cargadas de alegrías y soledad y sus tres pequeños amores. Sus simientes. Atrás quedaba aquel tiempo maravilloso de ir aprendiendo y comprendiendo la vida. Atrás quedaba Francia, hostil, jamás amiga, siempre al acecho, con su reina Ana orgullosa y vengativa. Mientras por delante llegaban a su encuentro, una patria lejana y un futuro incierto, acunándose en el primer mes del nuevo año del Señor de 1502.

Envueltos en sus gruesas capas forradas de pieles de martas cibelinas, los archidukes de Austria cabalgaban ateridos, tratando de vencer la despiadada lucha de los elementos. Pequeños y duros cristales de nieve pendían de las endurecidas barbas de los caballeros flamencos, los que maldecían en su ininteligible idioma aquel severo clima montaños.

El cruce de los Pirineos era para todo el grupo y muy especialmente para Felipe, una experiencia por demás desagradable. Si durante todo el año aquellos pasos montañosos presentaban riesgosas dificultades a cuantos

intentaban aventurarse por ellos, mucho más, iniciado el invierno, pues se incrementaban incomparablemente las penurias y el frío.

Las sendas que debían atravesar las mulas tenían treinta centímetros de ancho y eran abruptas y desparejas. Según decían los viejos españoles habían sido hechas por las cabras salvajes varios siglos antes, siguiendo su instinto animal. Los caballos les temían pero las mulas avanzaban seguras de sí mismas como si aquello fuese la misma llanura. El sendero transitaba bordeado de dificultades. Por un lado se abrían abismales precipicios y, por el

otro, se alzaban imponentes riscos y filosas pendientes, imposibles de escalar. Era un cruce difícil como jamás habían tenido que enfrentar. Una niebla helada envolvía todo pegándose a la piel y a la ropa, mojándolas por completo, mientras un silencio sepulcral inundaba aquellos inhóspitos parajes sin más ruido que el que hacía, de vez en cuando al caer, el agua entre las piedras. La soledad era la única compañía, rota solo por la aparición repentina de algún águila que sobrevolaba un recodo del camino, lanzando sus fúnebres graznidos, como queriendo advertir al viajero de los peligros a los que se

aventuraba, para luego desaparecer misteriosamente entre las densas nubes de niebla.

Para Felipe de Habsburgo aquellos parajes le resultaban totalmente extraños y desconocidos, como jamás había visto antes nada semejante. Aquello era el resumen más primitivo de la vida, inmerso en el caos del inicio de los tiempos. La estrechez extrema del sendero hacía perder, si es que aún quedaba, el resto de serenidad. Era el enfrentamiento desproporcionado entre la inmensidad imprevisible de la naturaleza y la pequeñez del hombre que marchaba a tientas hacia un final que

resultaba incierto.

Felipe deseaba cabalgar con su mula junto a Juana, ocupando él el lado del precipicio para sentirse más seguro de ella, pero el angosto sendero se lo impedía teniendo que resignarse a proseguir en fila, uno atrás del otro. Al andar, los cascos de las cabalgaduras desprendían en algunas ocasiones trozos de rocas que se precipitaban hacia el fondo del abismo, rebotando contra las piedras, en un repicar que parecía interminable y que se iba apagando lentamente. La angustia y la solicitud resultaban vanas pues el camino debía continuar, seguir hacia adelante. No era

posible volver atrás y si por casualidad dos recuas de mulas llegaban a encontrarse avanzando en direcciones opuestas por aquellas sendas angostas, solo se permitía el paso de un animal a la vez. En caso de que esto sucediera, una de las recuas se acostaba en el sendero y la otra pasaba entre los cuerpos de las que se hallaban acostadas.

Con buen ánimo Juana iba superando las dificultades. El hecho de estar cada vez más cerca de los suyos, la hacía olvidar por completo de los peligros que la acechaban de continuo.

A pesar de lo espantoso del cruce,

Felipe precedía con toda dignidad el séquito, asegurándose de que los guías no perdiesen ningún detalle que pusiese en peligro la vida de quien más amaba. La vida de Juana.

Cuando las primeras sombras del crepúsculo avanzaron sobre el trayecto, todo el cortejo se detuvo en las cercanías de Segura en el primer albergue abandonado que encontraron. Al comienzo del invierno los dueños de aquellas posadas se refugiaban en los valles y como por aquella época ningún viajero se atrevía a desafiar la montaña, si alguno por casualidad lo hacía, encontraba los refugios cerrados pero

sin llave, donde podía alojarse.

Nadie robaba nada por la misma razón que no había nada para robar y al partir, era costumbre dejar en algún vaso o bajo alguna piedra, el pago por el albergue que su conciencia dictaba.

Esa noche Martín de Moxica buscó aquel vaso y lo encontró casi lleno. Colocó un puñado de monedas de oro y volvió a dejarlo donde estaba. Los sirvientes encendieron el fuego con leña que llevaban en las alforjas y las dos habitaciones no tardaron en entibiarse. Allá arriba, por la línea donde no crece ningún árbol, cada viajero debía llevar su propia leña para no morir por

congelamiento. Esos paradores eran contruidos con troncos de coníferas y a pesar de la antigüedad de las construcciones se hallaban casi todos en buen estado de conservación.

Cuando el albergue se sumió finalmente en el silencio, sin más ruidos que las pisadas de los guardias y el crepitar de los leños en la chimenea, Felipe de Habsburgo comenzó a temblar y a moverse bajo las pesadas mantas. Hora tras hora en medio de la noche continuó desvelado y nervioso. Y aunque la fogata ardía sin cesar, sentía como si el frío se hubiera instalado dentro de sus propios huesos.

—Felipe, amor mío —le consoló Juana—, no sabéis cuánto me agradaría brindaros el calor de mi cuerpo, pero en estos sitios la comodidad no existe para tal intimidad y la modestia me impide ofreceros mi rústica cama para que podáis compartirla.

Felipe le miró a través de la penumbra con aquel deseo inexplicable que solo ella despertaba en él.

—Dormid tranquila, mi bien, que el amanecer no tardará en llegar —Juana se durmió con placidez, pero él continuó desvelado y aterido.

Después de dos días de marcha se alegraron cuando el séquito cruzó las

últimas cimas y comenzó el descenso. El sol se hacía notar cada vez más al caer sobre ellos, mientras iban pasando de las abruptas pendientes de las montañas a las suaves ondulaciones de los valles. La brisa era suave y olía a espliego, aquel sutil perfume de su infancia que le penetraba por todos los poros. Juana sentía que era el olor de su tierra, de su madre, de su estancia paterna. Felipe aspiraba hondo y se había desabrigado de la cintura para arriba con la sensación de que el aire helado de las montañas por fin había desaparecido de sus pulmones.

Era el 29 de enero de 1502 y delante

de ellos se abrían las puertas de España. En Fuenterrabía, junto a la desembocadura del Bidasoa, en nombre de los Reyes Católicos, los recibieron el condestable de Castilla, don Bernardino de Velasco, el duque de Nájera, el conde de Treviño, el comendador de León, don Gutierre de Cárdenas y el conde de Miranda, don Francisco de Zúñiga. Este último se convertiría, con el tiempo, en uno de los más fieles consejeros de Juana.

Ella sintió agitarse en su pecho la alegría del regreso, a la vez que el sabor amargo de las ausencias ascendía por su garganta. Era el regreso a una España

poblada de recuerdos y fantasmas, totalmente distinta a la que había dejado seis años atrás. Y no poder preguntar por alguien era algo demasiado trágico, pues sus hermanos seguían vivos en su recuerdo.

Rodeándola, parecían flotar en el aire las imágenes queridas de sus difuntos. Con su aguda sensibilidad y su equilibrada y lúcida inteligencia, cual si dentro de sí, una finísima balanza de precisión diera siempre el peso justo a sus palabras, Juana preguntó con firmeza, pero con cierta nostalgia.

—¿Cómo está España, señores?

—Alteza, el reino está gozoso de

vuestro regreso y os ofrece la bienvenida —respondió el condestable de Castilla.

Felipe cabalgaba apuesto y magnífico y dado que tenía dificultades para hablar en español, pidió a Juana oficiara de intérprete y con cierto aire de arrogancia y gallardía pidió al ilustre grupo de españoles le pusiera al tanto sobre la famosa Ley de Quintas, de gran repercusión en toda Europa (ley que se refería a la evolución del ejército español). Juana era quien le traducía las preguntas y respuestas.

Si bien las tropas de Castilla y de Aragón eran con frecuencia batallones a

suelo y la corona mantenía sobre las armas pequeñas unidades permanentes de mercenarios, España, al igual que los demás países europeos, carecía de un ejército real estable y aunque aún no había logrado alcanzar su pleno desarrollo, la prolongada confrontación con las principales potencias militares de la Europa Occidental había apresurado su organización.

—La Ley de Quintas —dijo don Bernardino de Velasco, condestable de Castilla— ha establecido por primera vez en España la obligatoriedad del servicio militar, desde los veinte años hasta los cuarenta y cinco. Asimismo, ha

dispuesto que de cada doce hombres útiles; uno quede a sueldo en el servicio activo. De ese modo se ha organizado el ejército de sus Majestades Católicas. Adiestrarlo fue muy duro y obra del genio militar que le dio renombre a don Gonzalo Fernández de Córdoba, el gran andaluz, al que los italianos llaman, desde entonces, el Gran Capitán. Este estratega, uno de los hombres de mayor hidalguía que tiene España, es el jefe máximo de las tropas hispanas en Italia y es el que ha dado inicio a las transformaciones tácticas que han generado las operaciones militares típicas de esta era imperial. Por su

parte, los catalanes se están acostumbrando a emplear la infantería profesional en sus operaciones mediterráneas, habiendo participado con notable éxito en el sitio de Granada.

—¿Y qué podéis decir del predominio táctico del caballero y su pesada armadura? —preguntó el archiduque con curiosidad.

—Todo eso ha llegado a su fin. La nueva élite militar europea está constituida por robustos alabarderos que pueden ser mercenarios oriundos de Suiza o Alemania, los cuales integran filas compactas con largas lanzas pesadas. Tales formaciones de

infantería, sometidas a una férrea disciplina, han quebrado en múltiples ocasiones las cargas de la caballería, aunque tienen la desventaja de una escasa movilidad.

—Y decidme, ¿cuál ha sido el principal acierto del Gran Capitán?

—El integrar una fuerza diversificada incluyendo armas de fuego, con lo cual ha podido enfrentarse con éxito, tanto a la caballería como a la infantería.

—¿Y la unidad de la infantería española en qué condiciones se encuentra?

—La unidad regular de la infantería

española está constituida aproximadamente por seis mil hombres. Estos cuerpos mayores están a su vez subdivididos en tres brigadas o tercios de alrededor de dos mil hombres. Las fuerzas de los alabarderos, infantes armados de espadas cortas y arcabuceros, se combinan en una proporción de 3-2-1. Los alabarderos garantizan la defensa con picas; los que van armados con espadas llevan el peso de la ofensiva una vez que la infantería enemiga entra en acción, mientras que los arcabuceros suministran la fuerza de artillería ligera, capaz de causar estragos en los oponentes, antes de

iniciarse la lucha cuerpo a cuerpo. Estos tercios van acompañados de pequeños destacamentos de caballería ligera. Usualmente casi todos los soldados sientan plaza voluntariamente, pero antes solían servir durante largos periodos de diez o más años y percibían salarios del tesoro real. A partir de este momento, vuestra alteza, la organización y la disciplina de la tropa se han vuelto muy estrictas, ya que solo una coordinación minuciosa de todos los elementos puede garantizar el triunfo en las batallas, cuya complejidad ha ido en aumento.

Felipe quedó asombrado.

—Sin embargo vosotros, los españoles, habéis obtenido triunfos anteriores a esta magnífica y estricta reorganización en vuestro ejército. ¿Me podéis decir a qué se debe?

—Vuestra alteza, debo deciros con orgullo que la superioridad militar del ejército español no solo descansa en la táctica, la organización y el liderazgo, sino sobre todo en los aspectos morales que son iguales o más importantes que los anteriores. Las tropas españolas, y no creáis que lo digo porque yo soy español, están entre las más decididas y sacrificadas de toda Europa, puesto que la victoria o al menos el esfuerzo para

lograrla es inseparable del honor, cuyo valor se halla arraigado en los españoles desde la misma infancia.

—El tener una esposa española me ha hecho comprender el gran sentido que vosotros le dais al honor.

—Al provenir de una sociedad más pobre y menos dada a la molicie, tendemos a ser más frugales y ascéticos en nuestros hábitos que el resto de los europeos. Desde siempre habéis visto que los soldados españoles pueden arreglárselas con menos recursos y mantener su eficacia guerrera, soportando privaciones mayores que las de otros países de Europa, aunque a

veces, estos tengan una apariencia física más importante.

—Don Bernardino de Velazco, habéis descrito con todo acierto la idiosincrasia del soldado español y no pudo dejar de recordar el estoicismo de aquellos sufridos soldados españoles, que habiendo trasladado a mi esposa a Flandes, tuvieron que padecer condiciones de extrema necesidad.

La conversación continuó animadamente al igual que el viaje. Los reyes Isabel y Fernando habían planeado un recorrido de casi tres meses, para que cada pueblo pudiera ofrecer sus honores a los futuros reyes de España.

Pasaron por Irún, San Sebastián y Tolosa. El viaje siguió por el valle del Ebro camino a Castilla.

Todo resultaba absolutamente novedoso para la corte flamenca. En la llanura, Juana y Felipe, podían cabalgar uno al lado del otro.

—Esto es mucho mejor que lo que ya hemos atravesado —exclamó Felipe, feliz de pisar caminos seguros.

—Y aún queda por ver lo mejor —respondió Juana alegremente.

La comitiva continuó por Vitoria, Miranda del Ebro y Burgos. Cuando el cortejo entró en aquellas llanuras increíblemente desoladas, con la sola

compañía del buitre o del águila girando sobre sus cabezas y un fuerte sol acariciando sus cuerpos entumecidos, Felipe comenzó a sentirse rápidamente más aliviado y aunque ya no temblaba de frío, sintió que aquella luminosidad era demasiado fuerte para sus ojos, tanto, que le impedía abrirlos.

Constantemente se veía obligado a enjugarlos con un pañuelo, porque un persistente lagrimear le producía una molestia por demás incómoda.

—Mi ánimo ha mejorado, no siento frío, pero este misterioso lagrimeo me resulta por demás desagradable. ¿Será que mis ojos lloran de solo pensar en

los peligros pasados? —rió de buena gana Felipe con su propia ocurrencia.

—El sol de la península es demasiado fuerte y vos aún no estáis acostumbrado a él. Muchas personas sufren trastornos en sus primeros días de estancia en España, pero cuando os hayáis aclimatado las molestias habrán desaparecido por completo —lo tranquilizó Juana.

Al borde de los ríos, la llanura, semejante en su desnudez a la inmensidad de un océano, mostraba algunos girones verdes, para luego extenderse amarillenta y reseca hasta donde la vista alcanzaba. Los rebaños

pastaban silenciosos vigilados por solitarios pastores de largos y afilados cayados.

—España es una región salvaje e intrincada, de vida dura y frugal —acotó el archiduque de Austria que no dejaba de mirar con asombro aquella desolada geografía.

—Y el español es aguerrido y duro como su propia tierra —agregó Juana.

Un sinfín de pueblos y aldeas colgaban de lo alto de empinadas colinas o de escarpados riscos rodeados de murallas y atalayas, refugio contra las incursiones de los moros. Sombríos e imponentes castillos se levantaban por

arriba de las poblaciones, sobre las cimas de solitarias rocas, a cuyo alrededor, la tierra había sido quemada con agua salada para evitar que crecieran árboles o hierbas que pudiesen brindar protección al enemigo. Vestigios de un pasado guerrero con más de setecientos años de luchas en su haber.

—Algunos castillos han sido convertidos en cárceles —le advirtió Juana.

—Apuesto a que nadie logra escapar de ellos —con testó Felipe.

—¡Y si alguien llegara a lograrlo, mi padre con seguridad, se lo impediría!

Unas tras otras, las ciudades, pueblos y aldeas, se sucedían, al igual que las fiestas, corridas de toros, cacerías y diversiones que les esperaban en cada recodo del camino. Todo estaba perfectamente planeado por sus Católicas Majestades, deseosos de que a su yerno y futuro rey consorte de las Españas le agradara la tierra sobre la que algún día reinaría.

Aclamados entre estandartes, banderas y arcos de triunfo, Juana y Felipe escuchaban a los pies de las murallas de las poblaciones, los discursos de bienvenida por su ilustrísima visita. El archiduque fue

amontonando una apreciable cantidad de llaves de oro, símbolos de la hospitalidad y lealtad brindada por las ciudades que iban atravesando y con un castellano casi incomprensible, respondía a las amistosas muestras que los españoles le tributaban.

Conforme avanzaban hacia el sur el tiempo iba mejorando notablemente. En todo el territorio había sido suprimido el luto, instituido tras la muerte del pequeño infante don Miguel. También fueron derogadas las severas leyes que prohibían el uso del brocado de oro y plata, así como las sedas, terciopelos y tafetanes para evitar la ostentación en el

vestir, ocasionando gastos superfluos. Y para dar más vivacidad y alegría al recibimiento de tan importante visita, los Reyes Católicos había dispuesto se permitiese el uso de colores vivos y fuertes en vestidos y jubones. El triste y frío invierno castellano se tornó de pronto, en una colorida y entusiasta primavera, para alegría de las damas y caballeros españoles. Sin embargo aquellas pompas en nada se parecían a las del país de origen de Felipe, donde el lujo era moneda corriente. El mundo entero había asistido con estupor a los funerales del bisabuelo del «Hermoso» Habsburgo, del cual había heredado su

nombre y su reino. A la ceremonia de enterramiento de Felipe, el Bueno, habían asistido mil seiscientos pajes de riguroso luto con mil seiscientas hachas ardientes. Tampoco habían podido olvidar la fiesta que Carlos, el Temerario, su abuelo materno, había realizado en honor de su consuegro Federico III, emperador de Alemania y padre de Maximiliano I, con motivo de ultimar detalles y conocerse, antes de los esponsales de su hija María, con el heredero imperial. Para aquella ocasión fueron dispuestas diez vajillas de oro macizo. Entre ellas, treinta y cinco jarrones grandes y setenta más

pequeños; cien platos guarnecidos de rubíes, doce aguamaniles de oro con incrustaciones en plata, seis vasos grandes de oro, un gran recipiente de plata y oro para recoger los sobrantes del banquete y treinta bandejas grandes de oro, guarnecidas con hojas de vid de plata incrustada, valuadas en sesenta mil escudos de oro. Fue algo como jamás se había visto.

Don Bernardino de Velasco, condestable de Castilla, adelantándose, les aguardaba a la entrada de Burgos, junto a un grupo de magistrados. Pero las puertas de la ciudad estaban cerradas y no se abrieron hasta que

Felipe y Juana prestaron el juramento de respetar y obedecer los privilegios del lugar. El séquito prosiguió luego hacia Valladolid, enclavada en la confluencia de los ríos Pisuerga y Esgueva. Allí fueron recibidos por el arzobispo y rezaron en la catedral, donde cinco años antes, Juana se había desposado por poder, ante el viejo alemán, representante de Felipe. Pasaron por el palacio de los reyes, el colegio de San Gregorio, besaron reliquias, asistieron a banquetes y a corridas de toros, las que a Felipe terminaron por resultarle demasiado bárbaras. Pero los ojos complacientes de las españolas parecían

cautivar y alegrar el corazón del heredero imperial. Con cada mirada encendida, Juana sentía que se le desprendía el alma. Esa alma suya que se iba tras Felipe, siguiéndolo, en cada sonrisa consentida, en cada noche demorada en posadas o tabernas, justificadas por el deseo de los Reyes Católicos de conocer la idiosincrasia del reino. Y fue en Valladolid donde a Felipe le desapareció un cofre lleno de joyas que terminó disgustándolo.

El camino continuaba hacia Segovia, ciudad situada al pie de la sierra de Guadarrama, con su maravilloso acueducto romano de 170 arcos y 28

metros de altura, sus fortificaciones y su imponente alcázar, residencia de los años de infancia de Juana. Pero antes harían un descanso en Medina del Campo.

De las fiestas religiosas la Navidad era para Juana una de las fechas más entrañables. Recordaba la última que había pasado en el castillo de La Mota en Medina del Campo. Tenía seis años y aferrada a las faldas de su madre, la reina de Castilla, había asistido a los solemnes oficios religiosos. Entre cantos, inciensos y cirios encendidos, recordaba también que no podía dejar de mirar aquel Divino Niño en el

pesebre, que le miraba y parecía sonreírle.

Pero ese año la archiduquesa no había podido pasar la Navidad en España (que, según el calendario juliano introducido por Julio César, se celebraba el 5 de enero). El día de Navidad era pues el 6, fiesta de Epifanía. Según la tradición católica, «Epifanía» era un nombre derivado de la palabra griega que significaba «manifestación», y era el día en que Jesús se había manifestado a los reyes Magos. El día en que la cristiandad del mundo entero celebraba el cumpleaños de su Salvador. Había tenido que estar

en Francia. Ese país que la despreciaba. Por eso su corazón saltó de gozo cuando pudo contemplar de nuevo el castillo de Medina del Campo donde había transcurrido aquel feliz acontecimiento de su infancia.

Las cocinas del alcázar resplandecían por la luz de sus fuegos y por las bujías recién encendidas mientras los cocineros y los ayudantes de cocina preparaban el banquete para celebrar la llegada de los futuros reyes y para agasajar a toda la comitiva flamenca.

Después de tan largo viaje esa noche solo se serviría una comida frugal a

base de pescado, verduras y sopa. No obstante, hacía ya varias horas que habían comenzado con el arduo trabajo de preparar el banquete para el día siguiente. Sobre una gran mesa de madera dos cocineros gordos amasaban un pastel que consistía en una mezcla de carnes de aves de caza menor, como perdices, palomas y patos silvestres, salteadas en abundante aceite de oliva, con cebollas, pimientos, laurel, ajos, perejil, tomillo, pimienta, sal y azafrán. Su blanca, leudante y suave masa estaba lista para ser horneada, mientras dos ayudantes iban cubriendo de aderezos unos tiernos gansos para meterlos en las

grandes ollas. Otros tres pinches de cocina acomodaban en fuentes inmensas, varias cabezas de cerdos ahumadas, a la vez que varios cerdos, cabritos y corderos daban vueltas dorándose en los fogones. Dos inmensos calderos bullían con abundantes patatas junto a varias artesas y sartenes que humeando sobre el fuego, aromatizaban el aire con sus sabrosos olores. Las confituras habían sido preparadas el día anterior. Turrónes, yemitas y natillas esperaban el momento de ser servidos, a la vez que las dulces, suaves y amarillas masas de los budines repletos de frutas secas y rociados con miel y canela, esparcían

sus delicados aromas desde los frescos estantes de las despensas. En el gran salón del castillo la cena era sencilla. Truchas horneadas, coles y cebollas, caldos calientes, queso de oveja y pan de centeno. Sin embargo, Felipe se sentía inapetente. El malestar de sus ojos aún persistía y un fuego interior parecía quemarle el estómago, pero trataba de disimularlo para no preocupar a Juana.

—Apuesto a que vuestros padres no tardarán en presentarse —dijo Felipe en medio de la comida.

—Podríais apostar vuestro reino pero lo perderíais. Somos nosotros los

que debemos presentarnos ante ellos. Los Reyes Católicos reciben, pero no salen a recibir. Y me resultaría por demás extraño imaginarlos cabalgando fuera de Toledo para recibir a alguien, aunque esa persona se tratara de su propia hija.

En ese momento el conde de Treviño que se hallaba sentado a la mesa al lado de Juana, intervino.

—Vuestra alteza, debo informaros que sus Majestades Católicas han acudido a Toledo desde Granada, donde se hallaban. En el camino han pasado por Extremadura deteniéndose en Guadalupe. Allí han concedido al

cardenal César Borgia la ciudad de Andría, otorgándole el título de príncipe y otras tierras del reino de Nápoles, emprendiendo luego el camino a Toledo, donde os esperan para brindaros un gran recibimiento y donde las Cortes les otorgarán el mandato real reconociéndolos oficialmente como los herederos del reino.

—Vosotros los españoles sois demasiado formales y observáis con extrema rigurosidad todas las cuestiones relacionadas con la etiqueta y el protocolo. Mi padre, el emperador, sale a recibir a sus huéspedes con cierta frecuencia y este hecho por sí mismo, no

es considerado de ningún modo indigno, siendo la corona imperial, tanto o más antigua que la de España.

Juana mirándolo a los ojos, le habló.

—No es mi intención confrontar contigo y aunque la corona del imperio es un milenio más antigua que la española, así son las costumbres en España. Os aseguro que si la tradición lo permitiese, mis padres ya hubiesen estado aquí. Además los años han pasado también para ellos, han envejecido y mi madre no se ha sentido bien desde la muerte de mis dos hermanos y mis dos sobrinos.

—No estoy confrontando contigo,

Juana. No es mi interés. Simplemente estaba haciendo una comparación. Además yo tampoco me siento bien y voy a retirarme a descansar. Os doy las buenas noches y ojalá que en pocos días retomemos el camino a Toledo. Es lo que más deseo.

Tres días más tarde el cortejo reinició la marcha. Se detuvo unos días en el alcázar de Segovia y luego prosiguió el camino hacia Madrid, donde llegaron el 25 de marzo. En aquella hermosa ciudad atravesada por el río Manzanares, Juana y Felipe fueron padrinos de un bautismo colectivo. Un mes antes, el 12 de febrero de 1502, se

había publicado un edicto que obligaba a los moros a bautizarse o abandonar la península. El 28 de abril retomaron la marcha hacia Illescas y luego a Olías. Y fue allí que el archiduque comenzó a sentirse afiebrado y decaído. Su médico privado, Ludovico Marliano Milanés, le aconsejó que guardara cama de inmediato. Ante esta situación inesperada, Juana despachó urgente un emisario a Toledo que se encontraba a menos de una hora de cabalgata, con los informes referentes a la salud de Felipe y previniendo a sus padres sobre el retraso involuntario.

Retenido en Olías y con el ánimo

contrariado, Felipe permaneció en cama. Su cuerpo se había cubierto de pequeñas manchas color púrpura y la fiebre le aquejaba desde la mañana.

—Lamento el haber enfermado y retrasar los festejos del reencuentro que vuestros padres nos tenían preparados.

—Por ahora no penséis en ello. Debéis recuperaros y permanecer tranquilo que no habrá fiesta sin nosotros.

Después de cinco días de reposo, Felipe comenzó a sentir la mejoría y con ella la serenidad volvió a instalarse en él. Era tarde, las horas que median entre las completas y los maitines. En el

exterior de la estancia las hachas continuaban encendidas. Felipe permanecía despierto guardando un ayuno severo a base de pan y miel, intercalado con vasos de agrazada, aquella mezcla de zumos de frutas agrias que parecía refrescarle el estómago. Juana, sentada cerca de la ventana, observaba la noche estrellada. Sobre el azul oscuro del cielo la luz de la luna parecía más intensa, y a través de las sombras de los altos muros se divisaba la inmensa llanura bañada de luz plateada, hasta muy lejos.

De pronto desde el patio empedrado llegó claramente el ruido del tropel de

unos cascos de caballos.

—¡Mensajeros! —exclamó Juana y como un torbellino se levantó del banco —. Aguardad, amor mío, que ya regreso —y diciendo esto, depositó un beso sobre los labios de Felipe y corrió por el estrecho pasillo. Cruzó la puerta que desembocaba en la angosta escalera circular y descendió deprisa, saltando de dos en dos los escalones.

Felipe al quedar solo, bajo la tenue luz de las velas, sintió sobre sí todo el peso del destino. Desde abajo llegaban los ruidos de los goznes de las puertas y un lejano murmullo de voces que parecía crecer al acortarse la distancia.

Imaginó a Juana, dulce y ansiosa, recibiendo el mensaje en la antesala, escuchando atentamente las noticias reales, para luego ofrecer al mensajero alimento y cobijo como era la costumbre. Pronto regresaría junto a él y nada volvería a ser como antes. La jugada del destino estaría echada. Entonces se levantó despacio y acercándose a la angosta ventana, observó las estrellas que guiaban los destinos de la humanidad. Hacia el este, la nebulosa de Orión relucía como un presente de plata recién llegado del nuevo mundo. La constelación de Tauro tenía un fulgor tan maravilloso y

celestial como jamás podría tenerlo ningún ser en esta tierra; Leo y Alfa Centauro resplandecían amenazadoramente como los nombres que las identificaban. Miró hacia el oeste y cada estrella le pareció un diamante finamente tallado, incrustado en el manto de terciopelo de aquella noche de primavera. Levantó sus ojos aún más allá de ellas, hacia el espacio infinito y por primera vez rezó en voz alta pidiendo ayuda. El futuro camino a recorrer sería muy duro, jalonado de peligros, intrigas y traiciones.

Los Reyes Católicos habían recibido, apesadumbrados, la noticia de

la enfermedad de Felipe. Aquella gloriosa victoria sobre los moros, con la cual Dios había coronado de grandeza sus vidas se estaba llevando de uno en uno, a los herederos del trono español. Jóvenes príncipes que por derecho hubiesen tenido que ceñir las coronas de los reinos unificados. El sistema de alianzas de España se veía seriamente amenazado y si por desgracia, Felipe de Habsburgo llegaba a morir, la alianza con Austria también quedaría sin efecto. Entonces Juana se vería obligada a casarse nuevamente para asegurar a España otro aliado poderoso. Pero sus padres estaban convencidos que ella se

negaría a hacerlo, y en ese caso, debería continuar reinando sola.

—Juana no tiene el suficiente carácter para hacer bien las cosas, sola —dijo la reina Isabel al recibir al mensajero—. Es demasiado amable, dulce, blanda. Le hace falta un corazón duro. Las cruces del destino son las que han endurecido el mío, después de años de guerras, dificultades y muertes. Pero a mi pobre y buena Juana, no la siento capaz. No ha sufrido aún lo suficiente.

Por su parte el rey Fernando escuchó muy serio al emisario que llegaba de Olías y lo abrumó con preguntas.

—¿Qué aspecto tenía el archiduque

cuando salisteis?

—Parecía muy enfermo, majestad.

—¿Pero enfermo de qué? ¿Cuál es el mal que le aqueja?

—Todo su cuerpo está cubierto de pequeñas manchas rojas, tiene fiebre, no come y no duerme bien.

—¿Y qué dice su médico?

—Al principio se mostró muy intranquilo, parecía lepra.

—¿Lepra? —exclamó el rey Fernando aterrado.

—Sí, majestad —y una sonrisa de confianza se advirtió en el rostro del mensajero, tranquilizando al rey—. Pero no es lepra lo que padece el señor

archiduque, sino un fuerte ataque de sarampión, el cual es más severo por ser su alteza una persona mayor.

—Por la gracia de Dios el sarpullido desaparecerá en un par de días, la fiebre cederá y el enfermo recuperará su vigor —dijo sonriendo el rey y, retrotrayendo sus pensamientos, recordó aquel incidente que se refería al niño de Aragón, el más amado de sus bastardos (los cuales por cierto eran numerosos, pero a los que atendía siempre debidamente en su crianza, educación y porvenir). El rey había sido padre demasiadas veces, muchas más de las que la reina Isabel había sido madre.

Según las malas lenguas decían que en los castillos de los reyes de España se educaban todos sus hijos bastardos, al amparo de la muy gene rosa reina Isabel.

—Debí recordarlo —acotó el rey—, el sarampión se manifiesta con manchas rojas en la piel y supongo que no existe ninguna posibilidad que degenera en lepra.

—Majestad, parece que la confusión primera se originó en que el médico del archiduque es de ascendencia alemana y en ese idioma las palabras lepra y sarampión son casi idénticas.

Pero aquellos ruidos de cascos en el patio no correspondían a ningún

mensajero. En el centro del empedrado, y alumbrado por la luz resinosa de las antorchas, se hallaba el mismo rey Fernando de Aragón, acompañado por cuatro de sus escoltas.

Violando todos los precedentes había salido al encuentro de su hija y del heredero del Sacro Imperio Romano Germánico. Lo que Francia era capaz de hacer, también podía hacerlo España.

Juana corrió escaleras abajo, pero al llegar al patio y descubrir que era su padre en persona el que acababa de desmontar del caballo, se arrojó emocionada entre sus brazos con la desesperada alegría de lo inesperado.

—¡Padre!, ¡jamás imaginé que vendrías a nuestro encuentro!

—¡Mi pequeña!, no tuvisteis imaginación, entonces.

Y en aquel abrazo se fundieron seis años de ausencias y el fuerte sentimiento que los unía, afloró con la misma intensidad como si nunca se hubieran separado.

Lleno de autoridad, con su rostro bronceado y curtido y sus sienes plateadas por los años, el rey se distanció unos pasos para observar y saludar con una reverencia a su hija heredera, la archiduquesa de Austria.

—Señora archiduquesa, estáis

bellísima —y se inclinó para besar su mano.

—Majestad, me emociona volver a veros —dijo Juana conmovida, mientras ponía su rodilla en tierra y devolvía aquel beso.

Los cuatro escoltas de pie, presenciaban asombrados aquel luminoso encuentro producido después de seis años, entre padre e hija.

El rey Fernando la tomó de ambas manos y se quedó mirándola.

—Mi querida y entrañable Juana, observo con orgullo que os habéis convertido en una mujer hermosa. Y ahora decidme, ¿cómo se encuentra

vuestro esposo?

—Por la gracia de Dios, mejorando día a día, pero muy ansioso por conoceros.

—Entremos al castillo entonces, y si aún no se ha dormido, subiré a saludarlo.

—Despierto ha de estar esperando las noticias del supuesto mensajero, ¡y gran sorpresa le dará al saber que sois vos en persona quien ha venido a verle!

Padre e hija subieron las escaleras. La puerta de los aposentos de los archiduques se abrió y la figura del monarca atravesó el umbral. Felipe, que se hallaba de pie frente a la ventana, dio

media vuelta y se quedó mirándolo entre sorprendido e incrédulo.

—Mi querido hijo, celebro el conoceros y el observar que ya estáis recuperado.

—Majestad, profunda es mi sorpresa y muy grato el honor de vuestra visita.

El rey le tendió los brazos y ambos se abrazaron como si ya se conocieran.

—Majestad, es un honor demasiado grande vuestra presencia —continuó Felipe.

—El que vos y Juana merecéis —respondió el viejo monarca.

Felipe comprendió perfectamente aquel gesto dramático. Su Católica

Majestad había cabalgado personalmente para saludarlos y darles la bienvenida a esta tierra que se las ofrecía, como el más grande de los regalos.

El encuentro fue muy cálido y el rey les habló de manera muy afectuosa y sencilla, como correspondía a un padre que añora a sus hijos.

Felipe con su carácter abierto y alegre respondió de inmediato, pues bien sabía que el rey de España jamás había cedido ante nadie, como lo estaba haciendo ante ellos y advirtió en aquel gesto el inmenso amor de un padre. Ante tan inesperada actitud se prometió a sí

mismo ponerse a la altura de las circunstancias, para honrar de aquel modo tanto a su suegro como a su esposa.

—Majestad —dijo Felipe— no sé cómo debo llamaros, si mi padre o mi rey.

—Mi querido hijo, no deberíais tener dudas al respecto. Llamadme como a vuestro padre. Como lo que realmente soy, vuestro padre político, por obra y gracia de vuestro matrimonio con Juana. Además debo deciros que tanto la reina como yo, deseábamos fervientemente que llegarais para conoceros y estamos felices de que así haya sucedido.

El cardenal de España, don Diego Hurtado de Mendoza, que se hallaba presente en aquella noche de las presentaciones, después de saludar a todos amablemente se retiró, pues sentía que aquel entrañable encuentro debía ser solo compartido en la intimidad y por los integrantes de la Familia real.

Si bien el idioma impedía que la conversación se desarrollara con total fluidez, puesto que Felipe solo hablaba en francés y en alemán, Juana se ofreció de traductora, allanando el camino de sus dos interlocutores.

Por aquellos días las sutilezas políticas y los cinismos del reino

pasaron a un segundo plano, para transformarse en el lenguaje de dos hombres unidos por el amor que ambos profesaban a Juana.

La obsesión del rey Fernando era poder comunicar cuanto antes a Felipe la angustiosa situación hereditaria por la que atravesaba España. ¿En qué manos recaerían las inmensas posesiones de la corona española? ¿En Felipe o en Juana?

El rey dejó entrever en sus conversaciones el profundo temor que la enfermedad del archiduque le había producido y la gran alegría y optimismo que le había causado la noticia de su

recuperación.

—¿Y mi madrecita, cómo se encuentra? —preguntó Juana con visible ansiedad.

—Vuestra madre anhela mucho volver a veros, aunque su salud se halla debilitada. Pero si vuestro esposo continúa recuperándose día a día, muy pronto la podréis ver.

—Os agradezco el gesto que habéis tenido para con nosotros de tan extrema cortesía y os ruego trasmitáis a la reina mi deseo de anteponer el cuidado de su salud, a la mía —respondió Felipe.

—Así lo haré. Y ahora, si vosotros estáis de acuerdo, me retiraré a

descansar. El viaje ha sido largo y me siento algo cansado. Os doy las buenas noches mis queridos hijos. Mañana por la mañana continuaremos con nuestra plática.

—Buenas noches padre. Dormiré feliz al saberlos cerca.

—Al igual que yo, hija mía, dormiré tranquilo sabiéndolos en casa.

—Buenas noches, señor.

—Que mejor sean las vuestras, Felipe.

—Muchas gracias, señor.

Y diciendo esto, el rey besó a Juana, luego abrazó a Felipe y se retiró a sus aposentos.

La puerta se cerró tras él y al quedar solos, «el Hermoso» Habsburgo se dirigió a Juana.

—Toda nuestra comitiva deberá arrodillarse ante vuestro padre.

—¿Y por qué no habrían de hacerlo?
—preguntó Juana ingenuamente.

—Algunos están exentos de poner rodilla en tierra, igual que otros que son vasallos del imperio, pero —añadió Felipe como si se tratara de una cuestión sin importancia— como comprenderéis, será una demostración de cortesía seguir vuestro ejemplo cuando dobléis vuestras rodillas ante el rey de España.

Felipe sabía que aquel sería un

homenaje en masa de tal magnitud, que el de Juana ante Luis XII resultaría insignificante y pasaría rápidamente al olvido.

La mañana siguiente amaneció soleada aunque algo ventosa. Los estandartes de Castilla flameaban al viento y la banderola del rey aragonés se destacaba en lo alto de la torre de guardia, signo evidente de que Fernando II de Aragón, se encontraba en aquel castillo. Felipe amaneció con claras muestras de estar recuperado, con buen semblante y mejor estado de ánimo. A esas horas el rey esperaba en el salón que ya estaba preparado para el

banquete e iluminado por varios candeleros de hierro. El lugar mostraba numerosos trofeos; unos eran recuerdos de las incursiones contra los moros, otros remembranzas de las cacerías por tierras castellanas. Cornamentas de ciervos y cabezas de jabalíes decoraban los muros, dando un toque original a las paredes de piedras.

Encabezando su corte llegó Felipe y fue presentando al rey Fernando, de uno en uno, a los integrantes de su séquito. No obstante, en la conversación mantenida la noche anterior, Juana pensó que aquella actitud era natural y que todos debían arrodillarse ante su padre.

Pero las cosas sucedieron de otro modo y el rey Fernando se opuso a toda ceremonia que proviniera de Juana y de Felipe.

—¿Arrodillarse ante mí?, ¿mis propios hijos? Jamás lo permitiré. Solo deseo que ambos disfrutéis de la buena mesa y que os complazca la comida española.

Los archiduques abrazaron al rey delante de todos, mientras Fernando cruzó sus brazos sobre los hombros de ambos. Aquella imagen, más que la de un monarca, era la fiel representación de un padre bondadoso, cuyo único interés era la felicidad de sus hijos.

—Os parecéis mucho a mi padre — dijo Felipe sonriendo—. Las cosas triviales ya no pesan en su ánimo—. El rey, mirándolo, le devolvió la sonrisa en un gesto de complicidad.

Sentados a la gran mesa del banquete el encuentro fue doblemente festejado, porque la recuperación del archiduque también lo merecía. Fernando hizo gala y ostentación de sencillez y humildad, sentándose a la derecha de Felipe, a quien le hizo ocupar la cabecera, como si el joven Habsburgo fuera el monarca reinante y Fernando de Aragón, solo su invitado de honor. La comida fue excelente y el

clima extraordinariamente cordial. Los manteles immaculados y las copas de plata. Pastel de aves asadas con cebollas y ajos, cubiertos de pimentón y pintados con azafrán, liebres guisadas y aromatizadas al jerez, crujientes cerdos y dorados corderos eran adornados y servidos para deleitar la vista y el paladar, mientras que las grandes jarras de oscuros vinos riojanos hacían más placenteros los sabrosos manjares. Tampoco faltaron los ajos crudos, los panes recién horneados, las cabezas de cerdo ahumandas y los quesos manchegos.

Juana se sentía eufórica por aquella

ocasión tan especial y única en la que compartía la mesa por primera vez con su padre y su esposo, reflejándolo con elocuencia en sus ojos vivaces.

—Vuestra Católica Majestad podrá reconocer que la boda de vuestra hija Juana, conmigo, la ha transformado en una mujer más hermosa todavía —dijo Felipe dirigiéndose al rey.

—Me agrada sobremanera vuestra afirmación. Tenéis argumentos verdaderamente sólidos. Me recordáis a un fraile —respondió Fernando con una gran sonrisa.

A los postres y mientras el rey jugueteaba entre sus dedos con unas

sabrosas y dulces almendras, su rostro se tornó de pronto serio y adusto y dirigiéndose al archiduque, comenzó a hablarle de la problemática situación internacional.

—Francia está preparando un golpe secreto, merced a la agresiva política exterior que siempre ha desarrollado, especialmente en Italia y mucho me temo que esta actitud beligerante, quiebre la paz en el mundo civilizado. ¿Estabais enterado de ello, mi buen archiduque?

Pero su desconfiada sangre de Habsburgo le advirtió que Fernando estaba actuando cual si fuese su propio embajador. Su Católica Majestad estaba

demasiado ansioso, demasiado jovial, como si tratase de vender algo cuya calidad sabía inferior. Cauteloso el archiduque respondió:

—Señor, no tenía el menor conocimiento de que Francia estuviese efectuando en estos momentos, preparativos bélicos para actuar sobre Italia.

—Hijo mío, tened mucho cuidado y no os dejéis engañar por Luis XII —dijo el rey con aire de misterio.

Felipe guardó silencio.

Al concluir el almuerzo y en un gesto que provocó el murmullo de todos los presentes allí reunidos, el rey Fernando

se levantó del banco y tomando de la mano a su hija, la condujo hasta la plataforma del trono y la hizo sentar en él.

—Este gesto es algo prematuro, hija mía, pues vuestros padres viven aún, pero anticipa lo que habrá de venir.

En aquel instante, Juana, sintió un estremecimiento de angustia y la patética visión de que una horca se cernía sobre su cabeza. Toda la pesada responsabilidad de sustituir a sus hermanos desaparecidos recaía repentinamente sobre ella y por un instante, tuvo que reprimir el fuerte deseo de escapar de allí y reanudar su

pacífica existencia dentro de sus acristalados y magníficos palacios de Flandes.

—¿Os sentís bien, Juana? ¿Qué tenéis hijita? —preguntaron Felipe y el rey, al observar la palidez extrema de su rostro.

Fue entonces cuando Juana cayó en la cuenta de que la corte en pleno permanecía inmóvil observándola y solo atinó a tomarse de la mano de Felipe que se hallaba a su lado y descender del trono rápidamente.

—No me abandonéis —le dijo al oído de Felipe—. Estoy mareada y siento el frío de la soledad, tan

intensamente ¡cómo en el cruce de los Pirineos!

Repuesta del mal trance, los colores volvieron a su rostro y la sonrisa se instaló en sus labios. Unos instantes más tarde abandonó el salón y se dirigió hacia sus aposentos. Felipe le acompañó, pero regresó de inmediato junto a su suegro.

—¡Soy realmente afortunado! —dijo el monarca aragonés al reanudar la conversación—. El cielo me arrebató un hijo pero me ha dado un nieto, Carlos, el cual no tengo la menor duda, ¡llegará a ser el emperador más grande de la historia!

—Comparto plenamente vuestra ilusión —respondió Felipe con orgullo.

Al día siguiente el rey Fernando regresó junto a la reina Isabel en la anhelada Toledo, cuna de nacimiento de Juana y residencia temporaria de los Reyes Católicos.

La Familia real

Cabalgando con hidalguía y flanqueados por sus guardias reales, los archiduques de Austria se detuvieron en cada pueblo y en cada aldea en su camino a Toledo. Así lo habían dispuesto sus Católicas Majestades para que todos los súbditos tuviesen la oportunidad de expresar personalmente, aunque más no fuera por única vez, su lealtad hacia los futuros reyes de Castilla.

Felipe había quedado impresionado

por el profundo orgullo de la empobrecida nobleza provinciana española. Sus ropas y calzados podían estar raídos o gastados, pero sus modales eran tan exquisitamente cortesanos como los del más distinguido de los embajadores.

—Me horrorizaría tener por enemigo a semejante pueblo —le confesó Felipe a Antoine Laclaing, señor de Montigny, amigo y consejero del archiduque, cuyas críticas, por acertadas, agradaban a el Hermoso.

—En esta tierra española, la flexibilidad no tiene cabida —respondió Laclaing.

—Pero ser inflexible también tiene sus méritos. Los Reyes Católicos deben sentirse muy orgullosos de la extrema firmeza de ánimo de sus súbditos, pues nada ni nadie logra conmoverlos ni doblegarlos —contestó Felipe.

—Constantes para todo —dijo Laclaing— y vuestra alteza, ¡ya se parece a un verdadero español!

—¡Observo, Antoine, observo! Además debo decir, querido amigo, que cuando dos personas se aman, acaban por fundirse el uno en el otro, en un solo cuerpo, en una sola alma, en un solo pensamiento. Y no debéis olvidar que Juana es española.

El séquito se detuvo sobre una meseta y contempló a la distancia la inigualable Toledo. Era el 7 de mayo de 1502. Juana emocionada recordó la grandiosa e inaccesible ciudad que la viera nacer en la que, según la leyenda, el Cid Campeador, el más grande de todos los guerreros de España, cabalgaba murallas afuera vigilando a todo viajero que se acercara a ella.

Desde la meseta donde se había detenido, podía contemplarse el juego que hacían los rayos del sol al destellar y combinarse sabiamente sobre las aguas del Tajo, convirtiendo a la ciudadela de piedra y mármol en una

joya de gran esplendor. Y más allá, en contraste con las sombrías y sinuosas callejas que ascendían y bajaban perdiéndose detrás de las murallas árabes que la rodeaban, el silencio y la quietud invitaban a continuar la marcha.

Los recuerdos afloraban en la mente de Juana, pues estaban esperándola para traerle a su memoria que, veintidós años atrás en el alcázar de Cifuentes, había llegado al mundo. Era el mismo año en que moría Jorge Manrique, el gran poeta de *Coplas a la Muerte del Maestro don Rodrigo*. Volver a Toledo era como volver a nacer.

Toledo, su madre y ella, aquella

conjunción única volvía a repetirse y el corazón de Juana latía emocionado.

Toledo, su madre y ella, pero sin Juan e Isabel. Ausencias que jamás podrían ser reemplazadas u olvidadas y que le producían una profunda tristeza.

A su memoria llegaban ahora el constante cantar de las aguas del Tajo y los atardeceres cárdenos de la Vega bajo las alamedas rumorosas. La eterna Toledo se hallaba a sus pies, guardando los ecos de su infancia; la magia despreocupada de su niñez; la grandeza de Alfonso X, el Sabio. Aquel rey había logrado deleitarla con sus *Cántigas de Santa María*, las 420 composiciones en

alabanza a la Virgen y de las que Juana recitaba, de memoria, más de la mitad de todas ellas.

Toledo se alzaba a la distancia bien recortada y hermosa. Su contemplación le producía una sensación de firmeza y dinamismo. Desde el siglo VI, Atanagildo, uno de los reyes visigodos, había establecido en ella la capital de España pero, a fines del siglo VII con la decadencia de la monarquía visigoda, la ciudad volvió a caer en manos de los musulmanes. En el año 1085, el rey Alfonso VI de Castilla la conquistó nuevamente y, después de 374 años de dominio árabe, la convirtió en el centro

político y social más importante del reino.

La ciudad hecha totalmente de granito era bañada desde sus cimientos por el río Tajo, aquel río que la abrazaba y estrechaba en sus tres cuartas partes como en un eterno idilio. Como el idilio que ella vivía junto a Felipe. Él era su río, su sol, su aire.

A lo lejos se divisaba el alcázar de los reyes. La antigua fortaleza dominaba todo el panorama desde aquella altura, mientras la bruma de la mañana envolvía a la ciudad como si un mar blanco de espuma la estuviera bañando, dejando solo visible la antigua

ciudadela que brillaba cual una magnífica corona iluminada por los dorados rayos del sol. Contaba la leyenda que el Señor había creado Toledo cuando creó el sol, porque ya estaba en su mente hacer de Toledo, el sol de España. Juana deseó que la leyenda también contara con los años que su sol era Felipe, el mismo que en aquellos instantes se había detenido con su caballo sobre un peñasco y observaba a la distancia, haciéndose sombra con una mano sobre sus ojos, la magnífica estampa de Toledo.

En los últimos años la reina Isabel acostumbraba a madrugar más que de

costumbre. Se levantaba al alba y se retiraba a descansar no bien oscurecía.

A la fresca sombra de las murallas, en la Puerta del Sol, la más hermosa de sus antiguas entradas, con el cuerpo erguido sobre su caballo árabe, Isabel I de Castilla esperaba el momento de poder estrechar entre sus brazos a su añorada hija heredera. Aquella hija que la desvelaba y por la que lucharía hasta el final de sus días, para lograr que se sintiera atraída por el trono que ella estaba próxima a dejar, cuando Dios lo dispusiera.

Acompañada por el rey Fernando, el cardenal de España, don Diego Hurtado

de Mendoza, los embajadores de Francia y de Venecia y un sinnúmero de nobles españoles, el ansiado encuentro parecía haberle hecho recuperar, por unos instantes, el vigor y el esplendor de antaño.

—¡Madre! —gritó Juana, apenas la divisó a lo lejos como una sombra, entre los caballeros.

Fernando desmontó de inmediato e hizo un estribo con sus manos. Felipe saltó a tierra y acudió a sostenerla y la gran reina desmontó despacio y majestuosa. Entonces, la vio. A través de sus ojos empañados por las lágrimas, descubrió a una mujer vencida. Isabel

era solo una sombra de la que fuera. Corrió hacia ella, emocionada, trémula, temerosa. La rodeó amorosamente con sus brazos, la besó y la volvió a besar en sus mejillas, con orgullo y con emoción. La reina, no pudiendo ocultar sus lágrimas, la apretó muy fuerte contra su pecho y le habló con voz entrecortada.

—Juana, hija mía, os he echado mucho de menos en estos largos y tristes seis años. ¡Me habéis hecho mucha falta!

—Y vos a mí, madrecita. Os necesitaba. Extrañaba vuestra voz rectora, vuestros sabios consejos y, sobre todo, extrañaba vuestros besos.

Juana besó a su padre y sintió que su corazón le latía con más fuerza, cuando vio cómo se le iluminaba el rostro a su madre, al conocer a Felipe.

—Majestad —dijo «el Hermoso» Habsburgo y se inclinó para besar su delgada mano.

—Soy muy feliz de poder conoceros, archiduque. Mucho temía tener que abandonar el mundo sin haber tenido este placer. Os doy la bienvenida y os invito a conocer las tierras sobre las que, algún día no muy lejano, reinaréis junto a mi hija heredera.

Juana se acercó confidencialmente a Fernando de Aragón.

—¡Padre!, ¡si vos supierais! Moría de ansias por ver a mi madre. Al mismo tiempo que se hacía demasiado lento el andar de nuestra marcha, yo sentía dentro de mi corazón que me impedía concertar el acuerdo luminoso del reencuentro, postergando esta felicidad que me produce estar de nuevo entre sus brazos.

—Y vos Juana, así como estáis, os parecéis extraordinariamente a ella cuando era joven —respondió el rey con nostalgia—. Por aquellos días de la Reconquista, sin tregua ni descanso, perseguía victorias blandiendo la espada con el pulso firme y victorioso y

un grito de guerra a flor de labios. Solo que ahora, hija mía, al verla así tan débil y tan enferma, me duele demasiado el recuerdo de las cosas que se fueron y que ya no volverán a ser. Me conmueve y me cuesta aceptarlo dentro de mí.

—Toda la cristiandad reconoce en vosotros la gran deuda que tiene con los Reyes Católicos, señor —intervino Felipe a modo de consuelo.

—Sois un hombre admirable, Felipe, de mente despierta y un buen observador —respondió el rey con nostalgia.

Y mientras la reina Isabel platicaba con el archiduque, el rey Fernando se volvió hacia su hija y abrazándola le

susurró al oído.

—Vos erais el remedio que necesitaba vuestra madre.

Durante los últimos años transcurridos y desde la última vez que le viera en Laredo, la tristeza había consumido por completo a la reina Isabel. Las trágicas, repentinas y sucesivas muertes de sus dos hijos mayores, y luego las de sus nietos habían sido la prueba más difícil de su vida. Aunque todavía más devastador había sido su efecto.

Decir que Isabel había envejecido de la noche a la mañana hubiese sido demasiado trivial y fácil. Sencillamente

había perdido su espíritu combativo. Las muertes de Juan e Isabel, la hija de Juan y el príncipe Miguel, habían sido el golpe definitivo, y la reina madre se había convertido simplemente en eso: en una madre golpeada por el infortunio y las tragedias. Con sus cabellos grises y presa de un súbito cansancio, la vejez se había instalado en ella para no abandonarla.

—¿Cómo os encontráis, madrecita?
—preguntó Juana, mientras la abrazaba.

—Estoy en paz, querida Juana, pero cansada. He debido soportar más de lo que jamás hubiese esperado y he sufrido demasiado en estos últimos años.

Ambas mujeres permanecieron abrazadas por unos instantes. Luego la reina, sonriendo, dio la orden de emprender el camino del regreso.

La comitiva se puso de nuevo en marcha y avanzó lentamente por las empinadas y estrechas calles de Toledo, olorosas a incienso y a retamas.

Tras los portales de negras rejas le parecía ver a Juana, desfilar en una interminable despedida, los fantasmas de los que había amado y que ya no estaban.

Bajo palio y adornados con los escudos de Castilla, León y Aragón marchaban los Reyes Católicos junto a

los archiduques de Austria, sus herederos. Al son de las trompetas avanzaron entre las aclamaciones de júbilo de los toledanos que, encaramados en los tejados y asomados a las ventanas y balcones, arrojaban cientos de flores al paso de los monarcas. Las calles habían sido engalanadas con coloridos estandartes, banderines y colgaduras, los que flameaban por doquier poniendo una nota de color a los sombríos y blasonados muros de las casas solariegas que parecían resplandecer con tanta algarabía. Incesantes bandadas de palomas cruzaban sobre sus cabezas,

asustadas por el constante tañir de las campanas de todas las iglesias de Toledo. La de San Sebastián, la de Santa Eulalia, la de San Andrés, la de Santo Tomé, la de Santiago del Arrabal, la de San Juan de los reyes (orgullo de la reina Isabel, que la había erigido en acción de gracias por su glorioso triunfo en la batalla de Toro), no dejaban de repicar jubilosas.

Cada paso de la marcha le traía a Juana algún recuerdo, pues aquellas calles que alguna vez recorrieran los ojos asombrados de Isabel y de Juan, sus difuntos hermanos, jamás las podría recorrer de la mano de sus pequeños

hijos flamencos, Leonor, Carlos e Isabel de Habsburgo, los futuros herederos del Sacro Imperio Romano Germánico y, por lo tanto, el principal impedimento para que pudieran abandonarlo.

La marcha se detuvo frente a la imponente catedral de Toledo. Todos los concurrentes alistados con sus mejores galas, dieron los saludos protocolares a los reyes de las Españas y a los herederos del reino; el cardenal don Diego Hurtado de Mendoza; el arzobispo de Toledo, don Francisco Ximénez de Cisneros; el condestable de Castilla, don Bernardino de Velazco; los duques de Alburquerque; los duques de

Alba; los duques del Infantado; los duques de Béjar; el marqués de Villena y más de cincuenta nobles y prelados de España. Aquellos rostros circunspectos miraron a los futuros monarcas con ojos inquisidores. Varias cejas se levantaron, pero solo una nariz se alzó ligeramente hacia arriba, contemplando con aire severo el rostro de Juana, mientras ella trataba de mantenerse serena y sonreír con cada beso de mano. Y esa fue la de fray Francisco Ximénez de Cisneros, arzobispo de Toledo, provincial de los Franciscanos del reino y confesor de la reina Isabel. El hombre que conocía todos los secretos de su madre y por

consiguiente, también los suyos.

Por aquellos días era la figura más destacada de toda la Iglesia española. Las primeras reformas, aquellas que afectaron la organización y la conducta del clero castellano y que se habían llevado a cabo durante la década de 1480-1490, fueron ejecutadas por él. Profundamente culto, de un severo ascetismo y de una energía ilimitada, había alcanzado la dignidad de arzobispo de Toledo, primado de la iglesia castellana en 1495, cuando contaba con sesenta años de edad. En los años que siguieron, siendo inquisidor del reino, su liderazgo había

resultado crucial para el desarrollo de ciertas actividades fundamentales, tales como la Reforma católica; la promoción de la unidad religiosa; el impulso de la educación; el avance de la cruzada contra los musulmanes y el mantenimiento de la unidad política bajo la corona.

A medida que el sol fue ascendiendo en el cielo, los nobles más íntimos del círculo de los reyes cruzaron la puerta de los Leones y fueron ocupando sus lugares con su presencia curiosa, observando la grandeza del acontecimiento que se iniciaba con el sonar de las trompetas de ceremonia.

Desde la puerta de la catedral, caminando bajo palio que portaban el marqués de Villena, el duque de Alba, el duque del Infantado y el duque de Béjar; Juana y Felipe hicieron la solemne entrada. Precedidos por sus Católicas Majestades iban a ser proclamados los sucesores del trono en un solemne *Te Deum*.

En la nave central de la catedral, bajo los pendones y banderas multicolores, cincuenta alabarderos formaron dos filas de guardia de honor, mientras todos los allí reunidos contemplaban con ojos maravillados, a los jóvenes archiduques que caminaban

hacia el altar de manera magnífica y solemne.

Las trompetas volvieron a sonar en medio del silencio reverencial que se hizo de pronto, ante el avanzar ceremonioso de Juana y de Felipe. Los cirios realzaban con sus reflejos sus magníficas capas de terciopelo negro, mientras que diez pajes vestidos de negro y dorado portaban los estandartes de los reinos. Detrás de ellos caminaba todo el clero vestido de púrpura y oro.

Los cuatro reyes se dirigieron hasta el altar. Juana se arrodilló a la derecha de Felipe y los Reyes Católicos lo hicieron a ambos lados de los

archiduques.

Cuando Isabel de Castilla comenzó a rezar, sintió que el corazón podía estallarle de gozo y de gratitud y no le importó esta vez que le vieran llorar sin disimulo. Felipe por su parte se sintió transportado a un mundo celestial cuando la ceremonia comenzó a celebrarse con toda su magnificencia. Las campanas, la música, los cantos en latín, el eco de las plegarias, el resplandor de mil cirios encendidos y la inocultable belleza e inmensidad de aquella catedral, donde la vista se perdía, mirase donde mirase, a través de los maravillosos vitrales con

representaciones de la vida de Jesús y de los santos, le habían conmovido.

Las campanas continuaron repicando cuando concluidos los oficios los monarcas salieron al atrio. Con ayuda de Juana que le traducía, Felipe se acercó a la reina.

—Os agradecemos, majestad, la bienvenida y vuestra disposición a nombrarnos como vuestros herederos. No me queda más que deciros que quedamos en vuestras manos.

—Nada debéis agradecer, querido hijo, pues esta es también vuestra tierra. Os quedaréis un tiempo bastante largo ¿verdad?

—Aún no lo sabemos, madre. El tiempo que permaneceremos en España depende no solo de los acontecimientos de la península ibérica, sino de lo que vaya sucediendo en el resto de Europa —respondió Juana, mientras miraba a Felipe esperando que aquel contestara personalmente a la pregunta. Pero Felipe guardó silencio.

La recepción que los reyes de España brindaron en el alcázar a los archiduques de Austria fue digna de recordar. Astutamente sabían que el éxito de la política internacional de España dependía en exclusividad de Juana y de Felipe.

—Mis queridos invitados, todos sin excepción —dijo la reina Isabel— el rey y yo queremos brindar por los príncipes de Asturias, herederos del reino y futuros reyes de España —y levantó su copa en alto. Todos los presentes se pusieron de pie imitando el gesto de la soberana.

Agradeciendo aquella actitud de la reina, Felipe habló.

—En el nombre de mi esposa y en el mío, como príncipes de Asturias y de toda nuestra corte, agradezco este homenaje, proponiendo otro brindis por vuestras Católicas Majestades, deseándoles buena salud y larga vida.

Felipe y Juana estaban resplandecientes. De pronto Juana sintió que la vida la había bendecido y hasta su madre le pareció más joven, con sus vivaces ojos verdes y sus cabellos cobrizos brillando cual dulce miel, bajo la luz de las velas, como en los tiempos de su primera infancia.

Por su parte, Isabel la Católica, pensó que su yerno era un joven realmente encantador, aunque hubiera deseado que su sonrisa no fuera tan fácil, ni su carácter tan alegre, ni que sus ojos brillaran cual dos estrellas en el oscuro firmamento de los ojos de las moras cuando las miraba. Un rey

español debía ser duro, inflexible y austero, pues así lo requería su pueblo. Sin embargo, recordaba que fue una sonrisa como aquella y unos ojos vivaces e idénticos, lo que más la había enamorado de Fernando.

La noche sorprendió a los reyes y a sus hijos herederos reunidos en una cena íntima. Unas buenas perdices estofadas al uso toledano saboreadas con rojo vino de Mérida y tortillas a la magra, sabrosas y reconfortantes, despertaron la admiración y los elogios de Felipe. A los postres les fue servido mazapán, el preferido de Juana, a base de almendras y azúcar molidas, el cual gustaba comer

cuando era niña. Su nodriza Teresa le contaba que aquel postre había sido inventado por los musulmanes de Toledo.

A la mañana siguiente, dentro de la intimidad de sus habitaciones, la reina Isabel preguntó con verdadero interés por sus pequeños nietos flamencos que aún no conocía. Sentía (verdadera) curiosidad de saber si alguno de ellos tenía sus mismos rasgos, sus mismos ojos o el color de sus cabellos. También expresó a los archiduques la tranquilidad que experimentaba al ver totalmente recuperado a Felipe, pues él sería el rey consorte y por lo tanto, su

heredero, y su salud era lo que más importaba en aquel momento.

Por la tarde, Juana pidió a su madre la acompañara a visitar la tumba de su hermana. El mausoleo de la que fuera en vida la princesa Isabel de Aragón y de Castilla y reina de Portugal, se hallaba en el convento de Santa Isabel de los reyes, fundado en 1477 por doña María Suárez de Toledo. Seguidas por sus damas de honor y su escolta borgoñona, el señor de Montigny y el vizconde de Gante, Juana y su madre se dirigieron en silencio y total recogimiento hasta el convento que se levantaba en los palacios de Casarrubios y

Arroyomolinos, propiedad de la familia Ayala, los que habían sido donados por la reina Isabel. Cruzaron el sombrío portal, los jardines del convento, el patio del laurel, los aposentos de la reina, caminaron por las amplias galerías y entraron en la iglesia de San Antolín, a la capilla gótica y de allí al coro, donde cubierto por un mármol blanco y frío se hallaba el sepulcro de Isabel, su querida y por siempre ausente hermana. Por los rincones silenciosos parecían escucharse sus palabras que se escurrían por los oídos como un suave aleteo de mariposas volando hacia la eternidad. Madre e hija besaron la

amada blanca tez de alabastro de una Isabel eternizada que yacía acostada en su perpetuo reposo, emanando la dulce tristeza y la serena paz de los sepulcros. Y postrándose de rodillas, lloraron abrazadas, amargamente. Juana jamás olvidaría aquel triste atardecer viendo ponerse el sol detrás de los vitrales de la capilla y a las sombras de la noche escurrirse presurosas para borrarlo todo, confundiéndola.

El día siguiente amaneció sacudido por la tiranía del viento brusco y helado del alba que trajo hasta Toledo, nuevamente, el frío estremecedor de la muerte. El príncipe Arturo de Inglaterra,

de quince años de edad, heredero del reino y esposo de su hermana Catalina, había muerto. El príncipe de Gales había dejado de existir y en España se decretaban nueve días de luto en todo el reino. Los Reyes Católicos volvieron a vestir de negro riguroso y se retiraron a las soledades de sus aposentos. España se había detenido otra vez sorprendida por la muerte, el luto y el recogimiento de otros funerales. Las nubes oscuras de los malos designios se precipitaban sobre aquel cielo castellano que había perdido la luz y la esperanza de un mañana venturoso, poblado de alianzas que se iban rompiendo de una en una,

hasta desestabilizarlo, precipitando rencores que afloraban a la superficie como las nenúfares en las aguas de un estanque.

Las alianzas matrimoniales sobre las que España había basado su política exterior, de neto corte expansionista, iban fracasando inexorablemente. La alianza austriaca, al casarse Juan, con Margarita de Austria, se había disuelto con la muerte de aquel, al igual que la de Portugal, al morir Isabel y ahora la de Inglaterra al marcharse hacia la eternidad el príncipe Arturo.

¿Acaso la muerte haría fracasar también la alianza establecida con el

Sacro Imperio Romano Germánico llevándose a Felipe «el Hermoso»? Pero mientras él siguiera con vida se constituiría en la única esperanza para los Reyes Católicos y por lo tanto urgía españolizarlo en el idioma, en las costumbres, en el carácter, pero, sobre todo, en sus actitudes hacia los actos de gobierno. España no era Flandes y por lo tanto no había lugar para el ocio ni las frivolidades. En esta tierra todo era sacrificios, trabajo y obligaciones, coronados por el estricto cumplimiento del deber y eso, Felipe, debería aprenderlo muy bien.

La reina emitió sus mandamientos

mediante los cuales convocaba a las Cortes de Castilla, las cuales se reunieron guardando luto por la muerte del príncipe Arturo. Sin embargo, Isabel pensó rápidamente en Enrique, el otro príncipe inglés que, si vivía para reinar, subiría un día al trono con el nombre de Enrique VIII. A un pedido especial de la reina las Cortes aprobaron por unanimidad y de inmediato, el tratado que comprometía en matrimonio a su viuda y joven hija Catalina, con el futuro rey de Inglaterra. Por su parte el nuevo heredero inglés se sintió feliz de que se le concediera por esposa a su linda cuñada española, la que poseía grandes

influencias sobre los vastos territorios del nuevo mundo.

El Jueves y Viernes Santos le tomaron por sorpresa a Felipe de Habsburgo, no por ignorar las fechas, sino debido a las celebraciones y rituales que España llevaba a cabo para la Semana Santa. En cada cuaresma se publicaban los famosos Edictos de Gracia, mediante los cuales el reino y la iglesia invitaban a los fieles a confesar los errores y a acusar a los herejes. En cada esquina se escuchaban los clamores incitando a denunciar al vecino y amenazando al que así no lo hacía. «Caiga sobre ellos la maldición

de Sodoma y Gomorra» anunciaban a los cuatro vientos, tratando de convencer a las mentes indecisas. Cualquier progresismo era considerado una herejía. Todos sin distinción vestían de negro y un profundo silencio imperaba en el ambiente. Los flagelantes desnudos recorrían las sinuosas calles de la ciudad gimiendo de dolor, mientras los soldados armados montaban guardia en la noche del Viernes ante la representación del Santo Sepulcro. Aquellas actitudes impresionaron profundamente a Felipe, por considerarlas excedidas en los límites de la naturaleza humana. Las prácticas

religiosas de cada región española mostraban una amplia variedad, causada por varios siglos de desarrollo de santuarios, cultos locales, santos regionales y características litúrgicas particulares. Una de las manifestaciones con un carácter muy pronunciado era el énfasis creciente en Cristo y en general, por la Pasión. Esta devoción adquirió un nuevo impulso, propagada asiduamente por los franciscanos que constituían la orden monástica más numerosa en los campos españoles. Hermandades de flagelantes se laceraban a imitación de los sufrimientos del Salvador y la religiosidad era cada vez más vívida y

dramática, a medida que el pueblo escenificaba los sufrimientos de Cristo y de la Virgen María, en las frecuentes procesiones.

Por aquellos meses, Juana volvió a quedar por cuarta vez encinta, mientras desde Lisboa se anunciaba el nacimiento del príncipe Juan, hijo primogénito de su hermana María con el rey don Manuel de Portugal. Aquel acontecimiento produjo una gran emoción en la Familia real española por todas las implicancias que aquel nacimiento significaba. El nombre impuesto y los recuerdos a flor de piel bastaron para hacer derramar nuevas lágrimas a la ya envejecida reina

Isabel.

El 22 de mayo las Cortes de Castilla reunidas en Toledo les juraron como príncipes de Asturias y, de allí en más, tendrían que abocarse a atender las obligaciones que les correspondían por ser los herederos de toda España y de las colonias de ultramar.

El brutal verano de 1502 estaba llegando a su fin en medio de la bruma, el calor y el polvo, dando paso a un otoño más suave, aunque algo ventoso. Felipe se había trasladado a Aranjuez junto a su corte de nobles flamencos y, tratando de distraerse un poco, contemplaba con deleite los sutiles

cambios de la naturaleza en el paisaje. Aunque le gustaba la estación alta y sus actividades agradablemente perezosas, en España el verano era insoportablemente caliente, por lo tanto no pudo evitar cierta sensación de alivio al ver que aquel año estaba llegando a su fin.

Los Reyes Católicos un poco más serenos con la nueva alianza establecida con Inglaterra, al reasegurar un rápido casamiento de Catalina con el heredero del trono inglés, reunieron nuevamente a las Cortes de Castilla que ya habían abandonado el luto impuesto, engalanándose de oro y púrpura, para

jurar homenaje y fidelidad a Juana, como la nueva reina heredera y a Felipe de Habsburgo, su esposo, como el futuro rey consorte de Castilla. Cuando Dios en su infinita misericordia dispusiera llevarse de este mundo a la magnánima Isabel I, ellos, ascenderían al trono.

Unos días después de ser jurados como príncipes de Asturias, fue celebrada la audiencia oficial presidida por los reyes de España y las Cortes comunicaron los planes que se habían trazado para ellos. Los herederos del reino fueron informados en la Cámara del Consejo, antiguo salón construido sobre unos riscos, donde después fue

celebrado el banquete con los miembros de la Casa real que duró hasta bien entrada la tarde. En honor a su hija y a su yerno, Isabel se vistió y preparó con esmero. Para esa ocasión tan especial lució un vestido color verde oscuro con un gran broche de oro y perlas resplandeciendo sobre su pecho. La mayoría de los consejeros llegó temprano y se oyó ruido de asientos al levantarse, mientras Isabel y Fernando se sentaban en sus altas sillas colocadas sobre el estrado. Aquel día había dos sillas más frente a las de los reyes y fue Fernando de Aragón quien condujo a Juana y a Felipe hasta ellas.

—Podéis sentaros, señores — ordenó la reina y de nuevo hubo mucho ruido, mientras todos los grandes hombres del reino, obedeciendo la orden, ocuparon sus sitios con aire expectante. Estaban deseosos de conocer al archiduque elegido para formar la primera casa de Austria que gobernaría España.

La reina Isabel se puso de pie e inmediatamente se hizo un silencio total.

—Señores, os hablo hoy sencillamente, para subrayar el hecho de que vosotros sois los elegidos para proteger y servir a los herederos de sus Católicas Majestades. Deberéis jurar

lealtad absoluta, pues los príncipes de Asturias entrarán en la escena mundial en un tiempo sumamente peligroso y difícil.

Felipe no alcanzó a comprender en aquel momento qué había querido decir la reina con aquella frase, pero se mantuvo atento al desarrollo de los acontecimientos.

Acto seguido, la reina Isabel apoyó sus manos sobre los hombros de Juana y de Felipe. Juana le miró y aquellos ojos nunca le parecieron más sinceros como en aquel instante.

—Juana de Castilla y Felipe de Habsburgo ¿juráis servir a España lo

mejor que podáis y ocupar vuestro puesto en el Consejo de Castilla, conscientes de la verdadera dignidad del mismo? ¿Juráis que haréis cuanto esté en vuestras manos por tener a los invasores extranjeros alejados de nuestras costas y fronteras y sofocar con mano dura las revueltas internas?

—Os lo juramos, ante Dios y ante vosotros —respondieron los esposos y levantándose apoyaron sus manos sobre un crucifijo que la reina les presentaba.

—¿Y juráis también que si alguna vez heredáis el reino de España, lo gobernaréis como verdaderos protectores y paladines del reino?

—Os lo juramos por Dios y por vosotros —contestaron los archiduques de Austria con voz trémula.

—Que Dios os bendiga —respondió la reina.

Juana y Felipe se encaminaron después hacia el trono de los reyes, aquel trono que Isabel y Fernando habían ocupado ininterrumpidamente por veintiocho largos años, y se sentaron.

Toda la nobleza de Castilla se fue acercando hasta ellos para poner una rodilla en el suelo, besar sus manos y jurarles fidelidad. Una vez terminados los juramentos y saludos de rigor, los archiduques abandonaron los tronos y

sus Católicas Majestades volvieron a ocuparlos. Felipe, emocionado, hincó su rodilla y besó las manos de los monarcas. Juana que le seguía iba a hacer lo mismo, pero sus padres poniéndose de pie la abrazaron con ternura, prohibiéndole arrodillarse.

—En octubre los príncipes de Asturias partirán hacia Zaragoza para ser jurados como herederos por las Cortes de Aragón —dijo el rey Fernando—. Con este acto damos por finalizada oficialmente la sesión del Consejo. El gran banquete para celebrar este juramento comenzará dentro de poco, con el cual esperamos tener el

placer de agasajar a todos y a cada uno de vosotros en tan feliz ocasión.

Todos los presentes asistieron al banquete de buena gana pues pocos motivos de celebración daban los tiempos que corrían. Los ojos de Felipe recorrieron las mesas de un extremo al otro y una vez más resonaron en sus oídos aquellas enigmáticas palabras de la reina: «Los príncipes de Asturias entrarán en la escena mundial, en un tiempo sumamente peligroso y difícil».

Los días transcurrían en un clima de tranquila cordialidad. Poco a poco Felipe iba acostumbrándose a España, aunque le costaba mucho esfuerzo, y más

aún cuando por aquellos días llegaron hasta sus manos noticias de que un emisario de su padre estaba por arribar de Viena.

El mensajero imperial llegó con total sigilo y se presentó secretamente ante Felipe con un mensaje cifrado, cuyo contenido era muy grave. El rey Fernando de España acababa de despachar una flota de guerra a Nápoles, con la orden expresa de expulsar a las tropas francesas que ocupaban aquel pequeño e indefenso reino italiano y apoderarse de su soberanía en nombre de la corona española.

«La guerra entre Francia y España es

solamente una cuestión de tiempo. Os pido, no solo como hijo mío, sino en vuestro carácter de rey de Flandes, que no os compliquéis en este triste asunto y que os mantengáis completamente neutral, en nombre de vuestro reino y, sobre todo, recordad que el imperio no ha de inclinarse hacia ninguno de los dos bandos en pugna», escribía el emperador.

—Con instrucciones de informar personalmente a vuestra alteza imperial, debo llevar la respuesta —dijo el emisario.

Sin embargo, la política imperial podía ser modificada, en el supuesto

caso de que se produjera una rápida victoria de uno de los reinos beligerantes sobre el otro.

—Comprendo —respondió Felipe en tono cortante, pues sabía muy bien que Austria no se inclinaría hacia ninguno, hasta que estuviera segura cuál de los dos ganaría la guerra.

—Alteza, debo informaros que vuestro padre, su alteza imperial, me ha impartido la orden de haceros recordar que os echa mucho de menos y lamenta vuestra prolongada ausencia. Confía en que pronto podáis abandonar España para regresar a Austria a visitarle.

—¿Por qué lo dices? ¿No marchan

bien las cosas, quizá?

—Alteza, ahora os hablo tan solo por mi cuenta. Su alteza imperial no mencionó ningún problema, pero son mis conclusiones que vuestro padre teme que se ejerza presión sobre vuestra persona para que permanezcáis aislado aquí, en España.

—¿Qué se ejerza presión sobre mí?
¿Qué clase de presión?

—Tal vez he querido decir coerción, alteza.

—¿A qué coerción os referís? — preguntó Felipe y adivinó en cada palabra del mensajero las de su propio padre.

—La reina Isabel y el rey Fernando tienen gran interés de que vuestra alteza se demore en España, aislado de vuestro reino de Flandes, del imperio y del resto del mundo, de tal modo que, al carecer de influencias ajenas a las españolas, no podáis oponeros a las acechanzas de conquistas de los Reyes Católicos.

—¿Y vos creéis que pueden aislarme tanto, como para no recibir ninguna noticia? ¡Si ahora mismo vos estáis aquí con un mensaje!

—Es posible asaltar en los caminos a un emisario y robarle o sobornarle.

—A vos, ¿os ha ocurrido algo semejante?

—Alteza, yo no he bebido con desconocidos en las tabernas a lo largo del viaje. Pero además está vuestra esposa.

Los dos hablaban en alemán y ante aquella respuesta, Felipe respondió bruscamente.

—Decidle al emperador que a la archiduquesa Juana no le interesa la política y que, en ese punto, puede estar tranquilo.

—Perdonadme alteza, no os he querido ofender.

—Si no habéis sido vos, alguien ha sido.

—Os hablaba en mi nombre. Os

ruego me perdonéis.

—Vos no tenéis culpabilidad alguna por las instrucciones que en secreto os han dado. Informad a vuestra alteza imperial que pronto regresaré a Viena, pues ya nos han reconocido como herederos del trono las Cortes de Castilla en Toledo, pero faltan las de Aragón y no creo que vuestra alteza imperial quiera que yo abandone España antes de ese reconocimiento.

—Vuestra alteza imperial no lo desea —respondió el emisario y diciendo esto hincó su rodilla en tierra en señal de respeto y partió a toda prisa.

Llegó la noche y con ella Felipe no

pudo conciliar el sueño. Se debatía entre la fidelidad declarada a su gran amigo, el rey Luis XII y a su suegro, Fernando de Aragón, a quien acababa de jurársela. Juana le sentía mover en el lecho ignorando la visita que en secreto le había hecho el emisario imperial, pero debido al avanzado estado de su embarazo decidió concentrarse solo en aquella criatura que, al igual que su padre, había comenzado a agitarse en su vientre.

Las presiones que sutilmente le insinuara el emisario no tardaron en hacerse sentir y Felipe, advertido por varios signos evidentes de una situación

poco confiable, se mantuvo expectante de los acontecimientos.

La brusca enfermedad del arzobispo de Besançon, Francisco de Buxleiden, consejero y valedor de Felipe, a quien el propio archiduque obedecía ciegamente, le causó pavor, y fue este el primer toque de alarma sobre una situación que, premonitoriamente, la reina Isabel había descripto.

El arzobispo de Besançon era un anciano que le había enseñado a Felipe a desconfiar de todo lo que fuera español. Fiel partidario de Francia, Flandes y los Países Bajos, era oriundo de Borgoña y, en consecuencia, un

devoto vasallo de Felipe, quien no podría haber encontrado otro más fiel.

—Haréis mucho bien mientras estéis aquí —le había dicho el arzobispo unos días antes de morir.

—Lo mismo pienso de vos —le había respondido Felipe.

—Así lo deseo de corazón, pero en España, no confío de nadie ni de nada. Todo aquí es demasiado intrigante y riguroso. Lo que más me desagrada es su Inquisición.

—Siempre ha existido en el mundo una Inquisición.

—Pero jamás como la española, algo totalmente nuevo en la concepción

del reino, creada para propiciar una política absolutista, en lugar de extender la misericordia de Dios a los hombres. Si se comparan las antiguas inquisiciones papales con esta, aquellas eran suaves, cotejadas a la española. Las hogueras repletas de moros y judíos achicharrándose, las deportaciones en masa de poblaciones enteras, nada de esto sucede en Italia, Francia, Inglaterra o el mismo Flandes, donde los refugiados quedan en libertad de radicarse en el lugar que deseen. Pero de todos los países de Europa, ninguno con la tolerancia y la libertad del vuestro.

—El imperio recibe con agrado a todos los ciudadanos que quieran habitar en él, mientras se adhieran a sus leyes y paguen sus impuestos.

—Pero España no es Flandes y debéis estar atento, pues aquí no sois muy bien recibido —dijo el arzobispo con tristeza.

—Vuestras palabras me toman por sorpresa. Según se me ha informado, sus Majestades Católicas desean retenerme aquí todo el tiempo que sea posible —respondió Felipe.

—¡Pero dicha actitud no significa que seáis bienvenido! ¿Son acaso bienvenidos los presos en sus cárceles?

Sin embargo se les impide salir.

De no haber sido por aquella enfermedad misteriosa y repentina que afectó al arzobispo, para Felipe, aquella extraña conversación hubiese pasado al olvido. O tal vez la hubiese recordado como una anécdota más, por el profundo afecto que su consejero personal le profesaba y el profundo sentimiento francófilo y de patriotismo que siempre manifestaba el prelado borgoñón. Entonces, cuando la salud del sacerdote se tornó grave, comprendió que su vida también corría peligro.

Antes de expirar, el prelado tuvo tiempo de dar los últimos consejos al

archiduque de Austria.

—Alteza, las Cortes de Castilla están compuestas por un grupo compacto y unido de caballeros que practican una devoción fanática a la reina Isabel, venerándola de la misma manera que se venera a Dios. Esto ha producido en mí un asombro inaudito.

—La veneran, porque la reina Isabel fue quien los liberó de los árabes. Mientras que para los otros países de la Europa occidental el islam era solo una amenaza distante, para los reinos de Castilla y Aragón representaba un peligro inmediato y acuciante. Otros países se entusiasmaban gratuitamente

por la lucha contra el infiel, pero los españoles fueron cruzados por necesidad cada día de su vida, dado que en la misma península existían y florecían los enclaves musulmanes. Para un español devoto y fiel, la lucha contra el islam fue un duro imperativo, una combinación de deber religioso y de necesidad monárquica. El islam era el enemigo y había que luchar contra él. Su reina los liberó del flagelo. Por eso la veneran.

—No desconozco los hechos históricos, pero la fidelidad que les pide a cambio tiene un precio demasiado alto. Por lo tanto me tranquiliza, alteza,

que las Cortes de Castilla os hayan jurado a toda prisa como príncipe consorte y futuro rey. Pero estad bien alerta con las inesperadas demoras de las Cortes de Aragón, pues su Consejo piensa igual que su rey Fernando. ¡No os dejéis sorprender ingenuamente!

Ante estos acontecimientos Felipe se apresuró a enviar un mensaje secreto a su padre, el emperador Maximiliano I.

Vuestra alteza imperial:

La unidad más grande de España, Castilla y todos los reinos que pertenecen a la reina Isabel ¡ya es nuestra!

Los nobles españoles han besado nuestras manos jurándonos homenaje y

fidelidad en una magnífica ceremonia. No nos queda más que asegurarnos el homenaje y fidelidad de la parte más pequeña, la que pertenece al rey Fernando: el reino de Aragón. Debo creer que será muy pronto, dado que ya hemos comunicado a sus Católicas Majestades que fuimos llamados a Flandes. Me apena informaros que mi fiel consejero, el arzobispo de Besançon, fue aquejado de una severa y preocupante dolencia, la que lo tiene postrado y con fiebres muy altas. Según los médicos, una epidemia de fiebre azota a España, la cual no entraña peligro alguno.

La archiduquesa Juana os saluda y os encarga tengáis a bien elevar vuestras preces en la catedral de San Esteban por un feliz alumbramiento, del cual está convencida que esta vez será un varón.

No bien las Cortes aragonesas nos

hayan jurado su homenaje y fidelidad, partiremos con urgencia a Viena.

Felipe de Habsburgo, archiduque de Austria.

La comitiva real encabezada por Fernando de Aragón y Felipe de Habsburgo partió de Toledo en los primeros días de octubre y se dirigió a Zaragoza, desde donde hacía tiempo reclamaban tan honorables presencias. Tres días antes lo había hecho Juana en cómodas y lentas etapas debido a su avanzado estado de gravidez, deteniéndose en el camino para poder descansar. Felipe le alcanzaría en la última etapa del viaje en tanto la reina

Isabel permanecería en Toledo.

Cabalgando hacia el Ebro de aguas centellantes, bajo el intenso sol y un cielo límpido, cruzaron los campos de trigo y los valles cubiertos de viñedos y olivares. Felipe volvió una vez más la mirada hacia Castilla, aquella tierra que le había jurado como su futuro rey y sintió que la incertidumbre del destino le sacudía el pecho. Presintió que los dorados años vividos en su palacio de Flandes estaban llegando a su fin y que jamás volvería a revivir la magia despreocupada que reinaba en sus dominios, aquella belleza etérea y aquel ocio encantador que parecía colgar de

cada objeto, de cada instante, de cada recuerdo. Recuerdos a los que se aferraba desesperadamente cual un náufrago a un madero y de los que ya nunca se desprendería. Era el mismo desasosiego que sentía Juana íntimamente, y ambos (ignorando aquel sentimiento idéntico) lo soportaron en silencio.

Ensimismados en estos pensamientos la travesía pareció acortárseles. De pronto a lo lejos, como surgiendo del fondo de la tierra misma, comenzaba a dibujarse con nítidos rasgos, recortándose sobre el horizonte, la magnífica iglesia del Pilar. Con el Ebro

besando sus pies, la Seo, aquel templo mudéjar cargado de elementos góticos, junto al castillo árabe de la Aljafería, la iglesia de San Pablo, la ciudad íbera de Salduba y la colonia romana de Caesar-augusta, aparecía Zaragoza imponente. Conquistada por los árabes en el año 714 y ganada por Alfonso I, el Batallador, en 1118, se alzaba desafiante ante sus ojos, como el presagio de un futuro inconquistable.

Si por la voluntad de Dios llegaba a morir primero la reina Isabel, ¿entregaría el rey Fernando de Aragón sin condiciones, la corona de Castilla? Menos de un año le había bastado a

Felipe para conocer a su suegro: un ser despótico, avaro, sensual y, sobre todo, receloso, que sabía ocultar muy bien estos defectos bajo la apariencia de un diplomático estratega.

La vida en los castillos era un semillero de chismes, intrigas y conjuraciones. La ambición por el poder llevaba a los monarcas a formar bandos y camarillas, transformándose poco a poco en un entusiasmo calculador. Y esta unión entre el cálculo y la ambición era el veneno secreto que animaba y corrompía la vida cerrada de la corte. Una alianza indestructible de pasiones, ambición, cálculo y envidia dominaba el

alma del rey Fernando y para servirse de los que necesitaba, los halagaba, pero jamás cumplía su palabra, ni siquiera con el más fiel de sus aliados.

Tal como lo había predicho el arzobispo de Besançon, Aragón no prestó juramento de inmediato. La fiebre que padecía el prelado se lo llevó a la tumba y fue la oportuna excusa del rey Fernando para decretar, durante diez días, el luto oficial en el reino, periodo durante el cual, según declaraba, era inoportuno que se reuniesen las Cortes.

Felipe permaneció junto a su fiel consejero hasta los últimos instantes de su agonía. Antes de morir, el arzobispo

repitió como una letanía en forma ininteligible: «¿Son bienvenidos los presos a las cárceles? Sin embargo, Felipe no se les deja partir».

El cardenal Diego Hurtado de Mendoza, vestido con toda suntuosidad de negro y oro, administró los santos sacramentos al arzobispo, mientras entonaba en latín las letanías de los moribundos. A las pocas horas de morir, el cuerpo del prelado se tornó morado, casi negro, síntoma que, de acuerdo se informara al archiduque, era inequívoco en aquellos que morían por la epidemia.

Pero el señor de Montigny se encargó de asesorar a Felipe,

advirtiéndole.

—Señor, los síntomas de la muerte del augusto arzobispo, responden a una muestra cabal de muerte por envenenamiento. ¿No os parece sospechoso, la muerte de un alto dignatario de la iglesia que fuera tan leal a Francia?

—Señor de Montigny, sospecho lo mismo que vos. Solo tengo la duda de que si hubiese fallecido por envenenamiento, el rey Fernando hubiese asistido al funeral sin reparos, pues ningún veneno es contagioso. Pero no acudió, porque temía que la fiebre sí lo fuera.

—Señor, no olvidéis que el rey Fernando es un zorro viejo y astuto.

El estigma de la duda volvió a lacerar la razón de Felipe, quien accedió a que el cuerpo de su fiel amigo y consejero fuera sepultado en suelo español (pero no pudo arrancar jamás de sus pensamientos la duda de que aquella muerte, oportunísima a los intereses españoles, había sido ocasionada por un envenenamiento).

El luto se prolongó sospechosamente más allá de lo que establecía el protocolo, sobre todo porque el prelado no era español sino borgoñón. Mientras tanto en Italia las tropas de Luis XII se

enfrentaban a los ejércitos del rey Fernando. Estas circunstancias dilataron una vez más el juramento que debían hacerles las Cortes de Aragón.

—Juana —dijo Felipe ante los graves acontecimientos— ¿Sabéis qué pienso? que vosotros los españoles os sentís mejor cuando alguien muere, pues no comprendo tanta demora, cuando aún Aragón no nos ha jurado su homenaje. Tanta prisa tenía la corona que llegáramos a España y ahora todo se dilata interminablemente. Realmente es una extraña paradoja.

—No digáis eso, Felipe. Si España está obrando así, sabrá muy bien por qué

lo hace. Sin duda, porque es lo que más conviene a sus intereses.

—No lo pongo en dudas. Es lo que más conviene a sus intereses — respondió Felipe, y Juana no alcanzó a comprender aquella afirmación categórica.

Los días de luto decretados por el rey llegaron a su fin y con él, la total y fúnebre inactividad. Habían sido suspendidas las corridas de toros, las partidas de caza, los banquetes, los juegos de pelota. Nada se podía hacer de cuanto agradaba a Felipe. En cambio se rezaron en todas las iglesias, cientos de misas por el prelado difunto, las

campanas tocaron a duelo durante todo el día de todos los días que se guardó el luto y Felipe se vio en la obligación de asistir a cada uno de aquellos oficios religiosos que se celebraban en memoria del arzobispo.

Durante todo aquel tiempo, Juana sintió que algo impreciso le molestaba. Y se sintió confundida pues nunca se había sentido así desde su regreso a España.

—¿Por qué vuestro esposo se muestra tan empeñado en abandonar España? ¿O es que no acepta la rica herencia que le estamos regalando? ¿Por qué no aprovecha para hacerse querer

por la nobleza y obtener así sus favores, en lugar de ser todo para todos, incluyendo Francia, dónde con tanto oprobio habéis sido tratada? Y, sobre todo, querida hija, vuestra madre y yo no alcanzamos a comprender y mucho nos extraña, que no desee esperar el alumbramiento de vuestro cuarto hijo. Si realmente os amara, postergaría el viaje a Flandes hasta después del nacimiento.

—Felipe me ama profundamente, padre. Y escuchad bien, jamás pongáis en duda tanta certeza. Mas él es un rey, como lo sois vosotros y también debe atender los asuntos de su reino —
respondió Juana perturbada y

presionada por las circunstancias.

Felipe tampoco permanecía ajeno a las presiones que sobre él se ejercían. Las Cortes españolas en pleno le solicitaban su opinión en todo lo que a la guerra con Italia se refería y, ante el temor de encontrarse aislado y carente de noticias, planeó la táctica de enviar mensajes inofensivos al rey Luis XII y a su padre, el emperador, y de inmediato obtuvo las respuestas. Esto le hizo pensar que aquello no era un aislamiento pero, de todos modos, decidió moverse con muchísima cautela.

Corrían los últimos días del mes de octubre del año del Señor de 1502.

Pronto volvería a celebrarse el día de san Nicolás, el principio del invierno y sintió que estaba otra vez como en el inicio de su viaje a España. ¡Un año se iba a cumplir desde que habían abandonado Flandes y todavía no podían regresar!

Fue entonces cuando el rey Fernando dirigiéndose a Felipe le advirtió:

—La próxima semana se reunirán las Cortes de Aragón. Todo ha sido organizado lo más rápido posible, pero existían ciertas dificultades legales que impedían el juramento de Juana. La antigua Ley de Aragón establecía que ninguna mujer podía reinar sobre este

reino. La ley fue modificada y Juana se constituirá en la primera mujer jurada como heredera de esta tierra. ¡Ambos reinaréis juntos y después de vosotros, lo hará vuestro hijo. Pero, sobre todo, debo deciros que os felicito por haber resistido tanto tiempo y con tanta paciencia!

—La paciencia es más útil que el valor. Todo se alcanza con ella, hasta el poder —respondió con ironía el archiduque.

—Muy bien dicho. Por mi parte libraré los mandamientos para que las Cortes de Aragón se reúnan con motivo de la ceremonia de vuestro homenaje.

Pero aún no podréis regresar a Flandes. Al menos hasta que nazca vuestro hijo, pues así la sucesión del trono estará doblemente asegurada —dijo con astucia el rey.

—Mi paciencia es grande pero no es inmensa, señor, y quiero recordaros que ya tengo un heredero en mi hijo Carlos, que me espera en Flandes.

—¡En Flandes! —respondió el monarca con fastidio— pero no en España, lo cual tiene un significado muy distinto, ¡pues es un extranjero, no un español!

—Así es señor, pero lleva la sangre española que heredó de su madre.

Sin embargo los hilos de las intrigas y las traiciones no dejaban de tejerse y Luis XII, rey de Francia, decidido al igual que Fernando de Aragón a apoderarse de Nápoles, combino un pacto con el papa Alejandro VI. El rey francés debía atravesar los Estados del Vaticano en su marcha hacia el sur, oportunidad que el papa aprovechó para exigir a cambio, que el rey Luis XII presionara al duque Hércules de Ferrara, de la casa d'Este, para que consintiera la boda de su hijo Alonso con Lucrecia Borgia, la única hija mujer de Alejandro VI. Y mientras Fernando el Católico pensaba que tenía en Roma un

aliado a sus intereses napolitanos, Alejandro VI solo pensaba en los intereses individuales de la familia Borgia y en la última oportunidad que se le presentaba de ingresar, por esta boda, a la realeza italiana.

Desatadas las hostilidades entre España y Francia por las tierras de Italia, los nobles españoles como Gonzalo Fernández de Córdoba, Diego de Vera, Gonzalo de Arévalo, Rodrigo de Piña y Gonzalo de Aller, se alinearon tras las filas del rey Fernando, dispuestos a luchar por él hasta las últimas consecuencias, en contra de Luis XII.

Las Cortes se reunieron en Aragón y con ellas se iniciaron las interminables deliberaciones sobre la sucesión del trono. Ni Juana ni Felipe fueron invitados a participar de aquellas inagotables discusiones, por momentos irritantes e impacientes, que se iniciaban por la mañana cerca del mediodía, luego se realizaba un cuarto intermedio de tres horas y concluían por la tarde, ya casi entrada la noche.

Los aragoneses, sabios anfitriones, entretuvieron al archiduque con banquetes, corridas de toros, partidas de caza y, sobre todo, con los torneos que tanto apasionaban a Felipe. Las

banderas de Aragón, Valencia, Sicilia, Mallorca, Cerdeña y el condado de Barcelona ondeaban en todas las calles.

—El pueblo aragonés se parece bastante al flamenco. Usan el antiguo dialecto de los trovadores, son alegres, conversadores ¡y les encanta escucharse a sí mismos! Le decía Felipe a Juana.

—¡Mucho agradezco a Dios que en estos reinos os sintáis tan cómodo como en el vuestro!

Astutamente los españoles multiplicaron las diversiones pero Felipe no tardó en darse cuenta que aquello era parte de una trampa, y que se le estaba aislando habilidosamente.

—¿Realmente me agradecería saber de qué hablan tanto!

—De nosotros, no tengáis dudas — le respondía Juana.

—¿Por qué vuestro padre prolonga tanto este homenaje, cuando sabe muy bien que debemos regresar cuanto antes, para ver a nuestros hijos y atender nuestro reino?

—No os preocupéis Felipe que cuando haya que partir, partiremos — respondió Juana, esta vez con una extraña serenidad.

En mensaje cifrado Felipe escribió a Luis XII. El mensajero con hábito de monje benedictino cambió sus ropas en

la frontera y marchó a Blois a toda carrera. Pocos días más tarde, un monje que según decía regresaba a España dando cumplimiento a su peregrinaje, traía de vuelta a Felipe, el documento solicitado.

El 27 de octubre de 1502 las Cortes de Aragón les juraron en Zaragoza, aceptando a Juana como su futura primera reina y a Felipe de Habsburgo como su rey consorte. Después de la ceremonia Felipe envió un corto mensaje a su padre.

Vuestra alteza imperial:

Después de hacernos practicar hasta el límite una de las mayores virtudes: la

paciencia, Aragón nos realizó el esperado homenaje. Parto a Viena de inmediato.

Al retrotraer su memoria sobre los difíciles acontecimientos que se habían precipitado sobre él, el archiduque se dio cuenta que el arzobispo de Besançon había descubierto una trama de misterios, que después de su muerte, se había ido cumpliendo tal cual se la había anunciado. Y la tardanza de las Cortes de Aragón por jurarlos sus herederos, era otra táctica del rey Fernando para retrasar su partida hacia Flandes.

En las galerías de chismorreos de

las Cortes de Europa se decía que el arzobispo había sido envenenado por los españoles, lo que terminó causando pavor en Felipe de Habsburgo. El archiduque pensó que el precio de su regreso a Flandes era demasiado alto, sintiéndose cada vez más bajo la dominación de los Reyes Católicos. Y ante el temor de que los verdugos de Besançon terminasen también con su propia vida, planeó su huida de España.

La amarga revelación

Era pasada la medianoche. Los copos de nieve caían desde un cielo de terciopelo negro igualando el paisaje casi por completo, de modo tal, que nada tendría el mismo aspecto del día anterior.

Lo que había comenzado como una pequeña sospecha se había convertido, para Felipe, en un intento desesperado de encontrar el camino de regreso. Mortificado por las circunstancias le confesó a Juana.

—Será mejor que partamos cuanto antes. Mi vida aquí corre peligro. Cuando mejore el tiempo volveremos a cruzar los Pirineos. Quiero marcharme, Juana. No soporto más España. Además la situación con Francia se va agravando cada día por causa de la guerra en Nápoles.

Bajo el resplandor de las velas, Juana escudriñó aquel rostro visiblemente perturbado. No pudiendo contener el deseo de tocarlo, lo abrazó por la espalda.

—¿Por qué necesitáis marcharos tan deprisa?

—Algo va mal, Juana. Presiento que

quieren retenerme aquí para siempre, o tal vez se esté planeando mi propia muerte. Desde la desaparición de mi consejero, he dado la orden de que mis escoltas prueben la comida antes que yo. El terror me está invadiendo. No lo sé. Tampoco sé si han puesto más espías por donde voy o es que los que yo veo a diario parecen multiplicarse. O tal vez sean mis sospechas infundadas, pero me siento acechado hasta en el último rincón. Escucho murmullos detrás de mí, cambian de lugar cosas que he dejado a propósito con el solo fin de comprobarlo y las encuentro fuera de lugar. Sospecho que controlan mi vida a

cada instante. Yo solo sé, Juana, que necesito hablar con el rey de Francia. Tal vez mi amistad sirva para detener la contienda.

—Creo que veis fantasmas donde no los hay, esposo mío.

—No es eso, Juana. Es mucho peor. Temo realmente por nuestras vidas.

—¿De verdad que teméis por nuestras vidas estando en la corte de mis padres? ¡Felipe! por el amor de Dios, os ruego que no sigáis torturando vuestro pobre corazón.

—No puedo evitarlo, dulce señora —respondió mirándola a los ojos.

Los ojos de Juana reflejaron en

aquel instante, como en un espejo, los sufrimientos del «Hermoso» archiduque. Su vida era la suya y ella le pertenecía y todo cuanto a Felipe le sucediera, a ella le sucedería. Por eso cuando la voz de Felipe calló de pronto, ella guardó silencio, no hizo preguntas, solo se dispuso a acompañarlo, a estar a su lado. Tal vez el causante de tanta angustia pudiera ser alguien muy cercano.

El silencio que siguió a sus palabras fue tan grande que se oía el rumor del agua de una fuente y el ladrido de los perros a lo lejos.

Las velas se consumieron sin

conciliar el sueño. Entonces la voz de Juana rompió el silencio. Su voz resonó serena y segura.

—El pasado ya no existe, Felipe, ya no nos pertenece. Hay que dejarlo que muera, porque ya no volverá. Solo nos pertenece el presente. Porque del futuro tampoco somos dueños. Nosotros somos como las perlas de un collar que se desliza hacia la eternidad, sin poder alterar el ritmo de las horas que resbalan y escapan de nuestras vidas. Mientras este collar permanezca unido nada habrá de pasarnos, pero el día que se corte su hilo de seda y las perlas caigan al suelo buscando sin sentido su

rumbo, nuestro destino se habrá destruido. Se habrá perdido para siempre el fin por el cual vos y yo hemos sido creados.

—Pero el futuro está por venir y no debemos dejarlo morir.

—Siempre estará por venir, ¿por qué tanto desasosiego, entonces?

—Porque todavía no está exorcizado ese maldito fantasma.

—Yo poco sé —respondió Juana con tono sincero— aún soy joven y he estado demasiado ocupada tratando de aprender a manejarme dentro de la corte de Flandes. Pero de una cosa estoy segura, que el tiempo lo cura todo. No

hay ningún mal, mental o físico que la grande y lenta magia del tiempo no pueda curar. Y si hay algo que deseo cuando la pena me abrumba, es que el tiempo pase lo más rápido posible.

—Sin embargo, a veces el tiempo ahonda el sufrimiento, perturba nuestra mente y nuestro físico y nos plantea el interrogante de lo que vendrá. Estos momentos que estamos derramando ahora, Juana, es la dulce sangre de nuestra propia vida. Estos instantes son preciosos, cada uno de ellos en sí mismos, pues jamás volverán a repetirse. Podrán volver otros parecidos, pero nunca serán los mismos.

Ese es el misterio del tiempo. Nada se repite del mismo modo. Todo cambia y nada vuelve a ser igual que en el instante pasado. Cada espacio de tiempo es único, cada soplo de nuestra respiración, cada mirada, cada sonrisa, cada palabra convocada por nuestras bocas nunca será igual a las anteriores, ni a las que vendrán. Recuérdalo, Juana. Estamos juntos ahora, pero mañana no lo sabemos. Todo habrá de pasar inexorablemente, hasta vuestra belleza. Quizá no nos demos cuenta, pero cuando la belleza pase, llevaré lo que me queda, serás bella en mi conciencia, serás bella por dentro y en mi alma y en el fondo de

mi corazón.

—¡Me dais miedo! Tus palabras encierran presagios que ojalá no se cumplan y tu mirada guarda tristezas que opacan su brillo. ¿Por qué, amor mío? ¿Por qué?

—¡Quiero regresar junto a nuestros hijos, Juana! ¡Quiero regresar y cuanto antes!

Se abrazaron con desesperación. La fuerza de sus abrazos era siempre consoladora para Juana, pasara lo que pasara.

Después de aquella conversación el joven Habsburgo no pudo dejar de pensar en la irrevocable marcha del

destino y en todos los acontecimientos que podrían precipitarse sobre ellos.

Desde su llegada a España, aquellos días habían sido para Juana los más difíciles. Escasamente le restaba un mes para su cuarto alumbramiento y las Cortes de Castilla y el Consejo del reino advirtieron a los monarcas sobre lo peligroso que resultaría para Felipe, futuro rey consorte de España, atravesar el reino vecino. Considerado un príncipe español por su matrimonio con Juana, era muy posible que al encontrarse Francia en guerra con España, el archiduque de Austria fuera tomado como rehén, exponiendo a la

inseguridad no solo su libertad individual, sino los intereses del reino ibérico.

Su amante esposa en el último intento desesperado por retenerlo a su lado hasta el día del parto, recurrió a su padre y anhelante le imploró.

—Padre, deberéis hacer todo lo posible para demorarlo, aunque sea hasta que nazca el niño.

—Hija mía, por ser un Habsburgo, os confieso sinceramente mi extrañeza de su elevadísimo sentido del deber. Pero veremos qué puedo hacer.

En Zaragoza las Cortes continuaron sesionando y discutiendo sobre la

adjudicación de fondos, provisiones y hombres para la guerra con Italia. Fue entonces cuando astutamente el rey se dirigió a Felipe.

—Deberé partir cuanto antes pues se me ha informado que la salud de la reina ha empeorado. Y siendo vos el futuro heredero de estos reinos, sois el indicado para continuar presidiendo las Cortes.

—La heredera de estos reinos es mi esposa Juana —respondió con fastidio Felipe.

—Pero debido al avanzado estado de su embarazo ella no podrá hacerlo. Por lo tanto tendréis que asumir vos,

irremediablemente, ese papel —le respondió el rey Fernando.

Felipe, obsesionado ante el constante temor de perder la vida y sintiendo sobre sí las presiones a las que cotidianamente se veía sometido, decidió poner fecha a su partida.

—Señor, ¿por qué deberé presidir las Cortes si aún no soy el rey? No aceptarán mi autoridad y dado que tengo que estar en Flandes cuanto antes, os anuncio mi partida para fines de febrero.

—A vos, archiduque, os corresponde decidir. Pero las Cortes os han proclamado como al futuro rey y no pondrán ningún reparo en que seáis vos

quien las presida. Así me lo han hecho saber.

En contra de su propia voluntad y cumpliendo con la de su suegro, Felipe se encontró en el sitial, presidiendo las sesiones en un idioma que no comprendía, desde un trono que aún no le pertenecía, firmando decretos que no compartía, en nombre de un rey con el cual no se identificaba y aprobando públicamente lo que íntimamente negaba.

Cuando al final de las sesiones fueron debatidas las cuestiones de las provisiones contra Francia en la guerra que España mantenía por Italia, Felipe,

a pesar de su indignación, se vio obligado a hacer cumplir aquellas disposiciones, colocándolo en una posición difícil que le imponía pronunciarse en favor de uno de los dos bandos en pugna, transgrediendo así las advertencias de su padre.

«Señor, voy a partir de inmediato», anunció Felipe mediante una misiva enviada a Toledo al rey Fernando, a través de un emisario.

«Podréis hacerlo cuando os plazca», le respondió con otra misiva, el monarca. «Vuestra partida solo está sujeta a los dictados de vuestra propia conciencia, dado el delicado estado de

salud de la reina Isabel y a lo avanzado del embarazo de vuestra esposa».

La respuesta había sido dura. Una vez más, el rey había vuelto a utilizar su astucia.

Por aquellos días Felipe recibió también la visita del embajador francés, quien le comunicó el beneplácito de Luis XII de poderle ver de nuevo y tenerlo como huésped de honor a su regreso de España. Por orden expresa del rey de Francia(,) se entregó en mano al archiduque, un salvoconducto de libre circulación por territorio francés, con la firma del monarca.

—Su alteza, debo informaros que

vuestra muy cristiana majestad os ofrece llevar a los hombres más grandes del reino a los Países Bajos, en calidad de rehenes y hasta que vos lleguéis a Flandes, como garantía de que vuestra persona no correrá peligro alguno al atravesar el territorio francés —dijo el embajador.

Esa noche, Felipe trató de convencer a Juana para escapar cuanto antes.

—Partiremos con urgencia. Aquí en España corremos verdadero peligro de muerte.

Debían marchar a Francia que les ofrecía otras seguridades. Era el país de los afectos maternos de Felipe, la nación

amiga y vecina de su reino. Contrariamente a España, donde solo había encontrado intrigas, presiones y obligaciones impuestas en nombre del honor, sin importar los sentimientos.

—No temáis. Nada habrá de sucedernos —lo tranquilizó Juana.

—Pero tengo valederos motivos para temer, Juana. En nombre de Dios, ¿qué está sucediendo? Presiento que marchamos en dirección a una trampa.

—¿Por qué lo dices con tanta certeza, Felipe?

—Marchamos hacia un peligro cierto. Hace dos días, no muy lejos de Tolosa, prendieron a un mensajero con

información confidencial para el embajador de España en Francia. La carta que portaba decía que nosotros estábamos retenidos aquí para evitar ocasionar problemas con Francia, debido a la guerra que esta mantiene con España.

—Pero, ¿quién sería capaz de algo así? Si existe un traidor, mi padre debería ser informado de inmediato. La carta llevaría una firma. ¿De quién era entonces? —interrogó Juana.

—Sí, Juana, existe un traidor.

Felipe clavó sus ojos en los de Juana que estaba temblando de miedo a su lado.

—Juana, estoy hablando de vuestro propio padre.

Juana había perdido el color y estaba a punto de caer desvanecida al suelo, al enterarse que su padre les había engañado dispensándoles un trato cariñoso, amistoso y afable, que obviamente era falso. Aquel medio engañoso para alcanzar un fin traicionero descubriría inesperadamente a un rey Fernando que demostraba no sentir verdadero amor por su hija y heredera.

Felipe la tomó entre sus brazos y la acercó hasta la cama. Juana respiró profundo.

—Deberemos estar prevenidos y marcharnos cuanto antes, Felipe. Pero mucho me temo que tendremos que esperar hasta que nazca nuestro hijo.

—Sería demasiado tarde para mí.

La dureza en la mirada de Felipe desconcertó a una Juana indefensa y apesadumbrada que guardó silencio. Dentro de su alma había comenzado a comprender con dolor que se había iniciado el enfrentamiento entre dos dinastías, la de los Trastámara y la de los Habsburgo.

Pocos días antes de la anunciada partida del archiduque desde Zaragoza, el rey Fernando, con astucia, hizo entrar

en escena a la gravemente enferma reina Isabel, la que suplicó a Felipe con afecto que no abandonase España sin antes hablar con ella.

Para no retrasar la partida Felipe cabalgó a la velocidad del viento rumbo a Madrid, donde le aguardaba su madre política. Tres días después Juana recibía, desde aquella ciudad, una misiva de su esposo que le ordenaba abandonase Zaragoza y se dirigiera en dirección a Alcalá de Henares. Una vez más los temores de Felipe volvían a cobrar fundamentos, porque estando a las puertas de la frontera con Francia, por una petición de la reina, volvían a

alejarse de la salida anhelada.

Juana y Felipe volvieron a encontrarse en Alcalá de Henares.

—Cuando vos no estás, Felipe, no tengo cuerpo ni alma, porque mi alma vuela contigo dejándome abandonada.

—Deberéis ser fuerte Juana, por el bien de los dos.

Pero con el objeto de conocer los pasos a seguir por el archiduque, el famoso servicio de espías españoles entró nuevamente en acción. La reina escribió de inmediato una carta al marqués de Villena, un grande de España y miembro del séquito de Juana. En esa misiva se le comunicaba al

marqués la sentencia de Juana: Felipe podría marcharse, mas a Juana, se le prohibiría salir del reino.

Señor marqués:

Felipe de Habsburgo muere de ansias por partir de España y ha decidido despedirse de nuestra hija e intentar el viaje a través de Francia. Dicha actitud nos causa un gran disgusto, puesto que no solo apenará a la archiduquesa, sino que esto acarreará graves implicancias políticas, al atravesar el territorio francés.

Os pedimos nos hagáis saber si el archiduque discute estas cuestiones con nuestra hija y si ella se opone a la partida, comportamiento que va directamente contra nuestros intereses y los de España. Escribidnos de inmediato con todos los

detalles, pero en cada momento obrad como si lo hicieseis por iniciativa propia, evitando sospechas sobre nuestra petición.

Yo, la reina.

El marqués de Villena entró en acción. Castellano de antigua nobleza, inmensa fortuna personal y orgulloso de la pureza de su sangre (lo cual significaba que ninguno de sus antepasados se había desposado con moros o judíos), profesaba un amor casi enfermizo hacia los Reyes Católicos, lo que se traducía en una sinceridad rayana al fanatismo.

Juana lo respetaba y confiaba mucho en él, actitud que le permitió al marqués

informar de todo lo que acontecía a los reyes de España, dado que había apostado espías detrás de cada puerta del castillo.

Empequeñecidos por las abrumadoras circunstancias, Juana y Felipe, como en la infancia, volvían a tomar la simple forma de peones en el tablero gigante del ajedrez internacional, aquel que constituía el juego de la política exterior de los reinos.

—¿Por qué no puedo marcharme contigo, amor mío?

—Juana, vos sois el precio que me han impuesto y que debo pagar por mi partida. Deseo con desesperación poder

llevaros, pero no soy yo, sino vuestros padres los que impiden que regreséis conmigo.

—¿Y qué argumentan para dejarme aquí encerrada? ¿No saben acaso que moriré de tristeza si os marcháis?

—Argumentan que no conviene un viaje en vuestro estado avanzado de gestación. Y vuestra tristeza, para ellos, no cuenta en las cuestiones de estado.

—Entonces Felipe, ¿por qué no demoráis el regreso?

—Existen razones políticas demasiadas graves y cuanto más tiempo se prolongue la guerra en Italia, mayor será mi deber de partir, a fin de que toda

la autoridad con que he sido investido pueda ser puesta a favor de los intereses de la paz.

—Me resulta llamativa vuestra prisa, pues también existían razones para mí, cuando estaba en Flandes, tan importantes como las coronas de los reinos de Castilla y Aragón, mas no las perdí por la demora. Tampoco vos las perderéis, si retrasáis vuestra partida solo por un mes.

—¿Un mes más? Estáis loca, Juana.

—No estoy loca, Felipe. Estoy enamorada y temerosa. No olvidéis que mi hermana Isabel murió en el parto y si os marcháis lejos aumentarán mis

temores. Solo un mes os pido, pues es lo que resta para el alumbramiento. No os marchéis todavía. Os lo suplico.

—Si yo partiese a los campos de batalla, vos me bendeciríais deseándome buena suerte. Pero me lo reprocháis porque parto a una misión pacífica, no para quitar la vida, sino para ahorrarla. ¡Realmente Juana, sois muy difícil!

—Sabéis muy bien que no deseo quedarme sola en España. Temo que me suceda lo mismo que a mi querida Isabel y muera durante el parto. Si eso llegara a suceder, nunca más volveríamos a vernos.

Por un instante, Juana se imaginó yerta bajo la fría tumba de mármol blanco del convento de Santa Isabel de los reyes y no pudo contener el llanto.

—No lloréis, amor mío, que nada habrá de sucederos. Nuestros tres hijos nacieron con facilidad, ¿por qué temer ahora? Además enviaré por vos, no bien podáis viajar.

—Os echaré de menos cada día.

—Y yo a vos, Juana, en cada hora.

Felipe la miró con ternura, mientras Juana sujeta a sus brazos se aferraba a él con desesperación.

—Debéis mantener la serenidad porque no es mi deseo el abandonaros

en esta península. Debo partir porque la paz de Europa lo reclama. La situación entre Francia y España se complica día a día, a causa de la lucha que sostienen por el reino de Nápoles y necesito reunirme con el rey, Luis XII. Un acuerdo entre ambos podría cancelar el conflicto. Además he sido notificado que Frisia y Flandes están a punto de sublevarse y quiero estar presente para solucionarlo. Pero debo confiaros algo que realmente me preocupa. Algo que parte mi corazón en dos y por lo cual se me hace tan difícil partir y abandonaros en Alcalá de Henares.

—¿Qué sucede, Felipe?

—Temo que vuestros padres retengan a nuestro futuro hijo, aquí en España, no permitiéndosele salir. Tal vez deseen convertirlo en un infante español, al no haber podido hacerlo con nuestro hijo Carlos. En caso de que así sucediese, lo tomaré como una verdadera afrenta y traición hacia mi persona.

—No temáis. Nuestro hijo no nos será arrebatado. Rechazaré todos los consejos, todas las insinuaciones y todas las sugerencias que estén en contra de vuestros deseos. Aún cuando provengan de mis propios padres.

Felipe la abrazó con fuerza contra su

pecho. En la intimidad de los aposentos y bajo el suave resplandor de las velas les fue servida la última cena que tomarían juntos antes de la partida. El archiduque bebió dos copas de cerveza flamenca y Juana, una pequeña medida de jerez.

—Ya veréis, amor, seré famoso y la historia me reconocerá con el nombre de «el Pacifista» o «el Príncipe de la Paz». ¿Qué os parece ese título para vuestro amante esposo?

—Tenéis demasiados títulos, pero igual os amaría como os amo si no ostentarais ninguno. Solo me interesa el título de amante esposo. El único y

definitivo.

Después de la cena los esposos se atraieron mutuamente hacia el lecho y como si se estuviesen ahogando por aquel amor demasiado intenso, se hundieron más y más el uno en brazos del otro con el desasosiego que les producía la incertidumbre del destino. Había en aquel acto de amor, cierta desesperación engendrada en el hecho inminente de la separación que les esperaba. En el fondo de sus pensamientos sabían que aquel encuentro terminaría con las primeras luces del alba y aquella felicidad de permanecer juntos no podría continuar.

La balanza acababa de inclinarse a favor de Felipe y en contra de Juana. El destino estaba echado y el viento de la historia comenzaba a azotarla con sus ráfagas malditas. Mas Juana ignoraba que todo se precipitaría en pocos años, que su mundo se paralizaría y que de haberlo sabido, hubiese deseado morir, antes que continuar con vida.

—No quiero que os marchéis, al menos quédate una noche más. No me dejéis, Felipe.

—Jamás os dejaré en mi corazón, solo la muerte habrá de separarnos. ¿Lo recordáis Juana?, pero deberé marcharme y ya os expliqué los porqués.

—Hay una cosa que yo no os he dicho aún: ni la muerte podrá arrancaros de mí. Sin embargo siento este momento como un triunfo vuestro y una trágica derrota para mí. Vos marcháis en misión de paz y yo me quedo muriendo.

—Mi partida nada tiene que ver con nuestro amor.

—No digáis nada más, Felipe. Me hiere tu firmeza y me duele tu indiferencia.

De todo esto se enteraron los Reyes Católicos. El marqués de Villena no omitió ningún detalle en su correspondencia secreta y la realidad cayó implacable sobre ellos.

Mientras Felipe debería haber alzado su copa para brindar por su victoriosa partida, Juana debería haberse vestido de negro por aquella incierta separación.

El destino volvía a mover inexorablemente sus peones en el tablero gigante de la vida, una vez más.

Con las primeras luces del alba y con las campanas de las iglesias llamando a primas, el archiduque dio orden a su séquito de reunirse para la partida. Se alistaron los caballeros, la guardia real enarboló los estandartes de la cruz de San Andrés que identificaba a los Austria, las antorchas iluminaron los

contornos del patio empedrado y la figura tambaleante de una Juana encinta de ocho meses resaltó entre las sombras de un insinuante amanecer. Solo el vientre de Juana era un sol rotundo lleno de esperanzas.

—Desearía estar unos instantes a solas antes de que os marchéis —y tras decir estas palabras, caminó por el patio, alejándose varios pasos. Felipe la siguió a cierta distancia con la mirada, bajo la luz mortecina de las antorchas.

Entonces el archiduque comprendió sus tormentos. La amaba y sus sufrimientos también eran los suyos. Verla tan acongojada, inmersa dentro de

aquel desasosiego, encinta y llorosa, le producía un hondo pesar.

—Por favor, Juana, debéis mantener la serenidad. ¡No puedo soportar que sufráis por mí! —y con sus manos secó las lágrimas de sus ojos enrojecidos.

Se volvieron a abrazar pero la orden de partida había sido dada. Felipe se separó de la archiduquesa y con un gesto cariñoso de su mano, acarició su rostro. Luego montó a caballo. Juana, extendiendo sus brazos en un gesto desgarrador, se aferró fuertemente de una de sus piernas.

—Llevadme contigo, Felipe. ¡Os lo suplico!

El archiduque, alzando sus ojos al cielo, exclamó:

—¿Qué debo hacer?

Y en ese instante tuvo la certeza. Podía estar unido por lazos matrimoniales a Juana, pero algo mucho más profundo y poderoso le unía a aquella mujer, su mujer, la heredera de Castilla, Aragón y de las tierras de ultramar.

Desmontó del caballo e hincando una rodilla en tierra le habló:

—Es a vos, Juana, a quien ofrezco mi amor. ¿Lo aceptáis?

Juana apoyó la mano sobre su hombro.

—Al teneros de mi lado sé que podré vencer.

—¡Podréis vencer, reina de Castilla! Adiós, hasta siempre.

Ella enjugó sus lágrimas con un pañuelo.

—Alzaos archiduque que no está bien que un hombre de vuestra posición se arrodille ante mí.

—Estaré a vuestros pies durante el resto que me queda de vida.

—Os amo, esposo mío —respondió ella con una sonrisa. Y se inclinó para besarle con pasión. Desesperadamente.

El archiduque irguió su cuerpo gallardo. Sus cabellos cobrizos

reflejaron el brillo de las hachas ardientes y montando nuevamente en su caballo partió al galope, rauda y definitivamente, sin volver la vista atrás.

Los cascos de los caballos del séquito resonaron en el empedrado del patio y los rayos de sol, a punto de asomarse sobre el horizonte, hirieron sus ojos con los destellos. Los relinchos enérgicos de la caballería se fueron atenuando lentamente en el aire, cada vez más lejanos, a medida que iban traspasando el puente levadizo. Los jinetes fueron saliendo al trote de dos en dos. Y ya en el campo, la guardia flamenca fue rodeando al archiduque,

que se diluyó entre el movimiento pendular de su corte de honor y el polvo reseco del camino.

En un instante todos se perdieron al galope en medio de las tierras castellanas, atravesando como un rayo la aurora de aquel invierno, con sus llanos amarillentos, sus ríos escarchados y sus desoladas mesetas. Parecía que se habían desvanecido en el espacio como si ya no existieran.

Y de pronto el silencio profundo, quebrando con su quietud el alma destrozada de la reina que experimentaba la dolorosa sensación de que aquella corte real, se había

marchado para siempre.

La fuga de Felipe había sido triunfal.

Ella lo imaginó envuelto en los polvaderales de los caminos, con las crines de su caballo al viento, mientras su galopar se iba disolviendo en la nada y se sintió perdida rodeada de tanto silencio.

El inesperado vacío que su figura dejaba la sorprendió sollozando con el mismo sentimiento de ser desollada viva. La imagen de Felipe continuaba lacerándole el corazón al recordar un pasado que renacía de repente al evocar su mirada. Aquella mirada que depositaba en ella todo el amor de su

cuerpo y de su alma, confundiéndola. Hubiera querido correr tras su sombra, decirle que jamás la abandonara, pero su sol ya se había marchado y la noche ya se había instalado en su alma.

Con el rostro desfigurado por el llanto, Juana se encerró en el castillo asistiendo a la implacable sucesión de las horas vacías, pues si Felipe no estaba, nadie más existía y nada llamaba su atención. Su alma se había nublado, ante la partida del sol de su vida.

Las naves de la flota española que iban a transportar hasta Austria al archiduque quedaron alistadas en vano. Felipe, inflexible en su decisión de

partir, tomó el camino contrario viajando por tierra a través de Francia.

El informe Villena no ahorró detalles sobre la partida del «Hermoso» Habsburgo, pero el rey Fernando que no estaba dispuesto a claudicar, tramó entonces cómo dificultar a toda costa aquella huida, a los fines de hacerle desistir.

—¿Qué motivos moverán al archiduque para sentirse tan seguro de viajar por tierra? —preguntó el rey a la reina.

—Los desconozco —contestó Isabel con voz cansada.

—Intercepté a cuanto emisario

francés intentó entrevistarle y los envié de regreso con informes a Luis XII que el archiduque estaba decididamente de nuestra parte y no deseaba establecer ningún trato con él.

Naturalmente el rey francés se dio por notificado y los emisarios dejaron de venir.

—Cuando decida partir, tarde o temprano, comprenderá que es más seguro para su persona efectuar el viaje por mar y no por tierra —respondió la reina.

—¡Pues claro que sí! —exclamó el rey—. Y por el mar Tirreno que es más seguro que el Estrecho de Messina. No

le deseo ningún mal, sino la ruta más larga y más lenta, rodeando la Isla de Sicilia para pasar luego al Adriático, remontándolo hasta desembocar sobre los Alpes y poder cruzar a Austria.

—No tengo dudas que tomará esa ruta, si es rechazado en la frontera. O tal vez desista y entonces decida quedarse en España junto a nuestra hija Juana.

A escasa distancia del emisario que cabalgaba hacia Barcelona llevando el informe Villena para los Reyes Católicos, marchaba Felipe con todo su séquito. Hacía una semana que los monarcas se habían trasladado hasta Cataluña y a pesar del frío del invierno,

la reina Isabel respiraba con menos dificultad y se encontraba mejor. Frustrado el intento de convencer al «Hermoso» Habsburgo de que realizara el viaje por mar, el rey Fernando dispuso festejos y halagos para demorarlo, pero Felipe se mostró renuente y no participó de las celebraciones que habían sido programadas en su honor.

—Por poco llegáis antes que mi correo —le dijo el rey Fernando— ¡Esta mañana nos hemos enterado de que partís de inmediato rumbo a Flandes!

—Mucho me extraña señor que hayáis olvidado mi partida, de la que os

informara oportunamente en Zaragoza antes de vuestro regreso a Madrid. ¿Lo habíais olvidado o pensabais que me retendríais? Pero no he querido marcharme a Flandes, sin antes presentaros mis respetuosos saludos.

—Es una gran cortesía de vuestra parte, Felipe —dijo la reina emocionada—. Hagáis por tierra o por mar el viaje, os habéis apartado de vuestra ruta inicial y solo por despediros. Vuestro gesto es un honor para nosotros, proviniendo de un archiduque imperial.

—Os hemos preparado la flota que os transportará hasta Austria sin peligro —dijo el rey con tono afectuoso y

paternal.

Mas el desconfiado Habsburgo pensó que tal vez el rey Fernando habría previsto un encuentro naval con las naves francesas, con él, al mando de la flota española, del mismo modo en que lo había hecho, al impulsarlo a presidir las perpetuas Cortes del reino aragonés.

—Os agradezco señor vuestra atención, pero haré el viaje por tierra a través de Francia.

—No podéis hacer eso, hijo mío —dijo la reina presa de la agitación—. Estamos en guerra con ese país. Os tomarán prisionero o tal vez suceda algo peor.

—Majestad, no debéis temer por mí, nada habrá de sucederme —y sacando una bolsa de terciopelo negro que pendía de su cinto, Felipe extrajo el pergamino adornado con la flor de lis. Era un salvoconducto otorgado y firmado por el mismo Luis XII. Todas las cancillerías europeas poseerían una copia del mismo, por lo tanto, aquel documento resultaba inviolable.

Cuando Felipe se hubo marchado, el rey se dirigió a la reina.

—Es imposible, querida, integrar a la monarquía castellana a un Habsburgo esquivo, capaz de cruzar toda España con la fuerza devastadora de un rayo,

dejando tras sus huellas las amenazas latentes de un reino sin herederos. ¡Sin embargo, no puedo dejar de admirarlo, pues de verdad, es un hombre con recursos!

Fracasadas las primeras confabulaciones de Fernando para detener al intrépido y obstinado archiduque, urdió otro plan. Ordenó le fuese negada cualquier tipo de ayuda durante todo el viaje. Pero la falta de caballos, mulas y provisiones no fueron suficientes, para disuadir a Felipe de cruzar los Pirineos, ante el pánico de ser asesinado. Unos días más tarde, el 28 de febrero de 1503, atravesaba la frontera a

toda marcha. En territorio francés ofreció nuevas seguridades al rey Luis XII, que el Sacro Imperio Romano Germánico no apoyaría a ninguno de los dos bandos en guerra y negoció una tregua con Francia, basada en dividir Nápoles entre Francia y España. Más tarde visitó el ducado de Borgoña, donde todo parecía indicar que estaba funcionando en orden y desde allí cabalgó rumbo el palacio de su hermana Margarita, viuda del príncipe Juan de Asturias y esposa en segundas nupcias de Filiberto II, duque de Saboya. Junto a ella le esperaban, tras un largo año de ausencias, de besos y caricias, sus tres

pequeños hijos, los príncipes, Leonor de cinco años, Carlos de tres e Isabel de un año y medio. Unos días después emprendía nuevamente su marcha hacia el palacio de Hofburg, en Viena, para ver a su padre, que se hallaba feliz por aquel retorno.

En Alcalá de Henares, Juana, se sumió en la desesperanza y en la desolación. Miraba a su alrededor perdida y desconsolada y al verse en la situación a la que había sido sometida decidió recluirse en el silencio. El impacto que la partida de Felipe había producido en su corazón era definitivo. Había quedado inmovilizada ante la

situación de desamparo a la que se veía obligada, olvidada por un marido ausente, alejada de sus pequeños hijos y abandonada por sus progenitores.

Sola, rodeada de voluntades pocos amables y nunca dispuestas a cumplir con sus deseos, encinta, alejada de sus padres y de su esposo sin que nadie viniera a consolarla en sus horas de angustias, cayó en un alarmante mutismo. La austeridad también regresó a la corte porque al marcharse Felipe, se llevó consigo la alegría que le rodeaba. Se cancelaron los banquetes, los bailes, los torneos y las cacerías y el silencio y el luto volvieron a reinar sobre aquel suelo

desolado de la corte castellana, como queriendo acompañar con aquel triste ambiente, los últimos años de vida de su soberana enferma.

Juana, desamparada, dejó de hablar. Era su única posible manera de huir y tal vez de lograr sus objetivos. Nadie ni nada podía borrar de su mente el convencimiento de que todo aquello era parte de un complot deliberado, tramado para alejarla y robarle lo que ella más amaba en este mundo: a Felipe de Habsburgo. Y su padre no solo formaba parte de él, sino que era parcialmente culpable del estado en que la habían sumido.

Al llegar a España lo había hecho con la ilusión de que su madre y su padre no volverían a abandonarla, pero en lugar de una madre había encontrado a una reina y en lugar de un padre había encontrado a un rey, afanosos por hallar al heredero acertado para sus vastos dominios.

Marcada como en su primera infancia, ensombrecida por la ausencia prolongada de sus progenitores, volvía nuevamente a quedar sola. Y quedar sola en España era como ir al mismo infierno, con aquella mezcla atroz de odio, dolor y tormentos, donde la esperanza se esfumaba poco a poco cada

día y el desasosiego se empeñaba en no dejarla en paz.

El infante español

La extraña sensación de melancolía que se adueñó de Juana desde el mismo instante en que Felipe cruzó el puente levadizo del castillo, no la abandonaba. Las puertas se habían cerrado tras él con doble cerrojo y el ruido seco y cortante que produjeron al encajar unas con otras rechinando sobre sus goznes, la había sumergido abruptamente en una total desolación. Sintiéndose perdida y abandonada caminaba tambaleante con

la sensación que lo hacía entre nubes de niebla, blanca y espesa, como si una cadena de espectros le oprimiera el pecho con toda la intensidad de su amor desesperado.

Felipe era su mayor tesoro. Nada en cambio le significaban estos reinos a los cuales no necesitaba para ser feliz. Pero el Hermoso le pertenecía como su propia vida y ya no podría seguir adelante sin él. Era como el aire que necesitaba para respirar, el sol que entibiaba y alumbraba su vida para ser feliz, la belleza que alegraba su existir. Felipe lo era todo en su vida y al partir, ella había quedado sin cuerpo y sin

alma, pues su fantasma se había marchado tras él.

Por aquellos días las intrincadas galerías del castillo se habían convertido en pasadizos traicioneros que albergaban susurros escondidos, palabras vagas y frases poco claras pronunciadas a media voz, tal vez dichas en clave secreta, sobre un trasfondo de sonidos sibilantes que torturaban sus oídos.

El viento con sus cien voces parecía gemir golpeando las altas puertas y las ventanas, ahogándola. El cielo se había oscurecido cubriéndose de negros nubarrones, estremeciéndola y la

tormenta que se había desatado corría aullando sobre la tierra, ocultando la dorada luz del sol, del sol de Felipe, en torno al cual ella giraba.

Todo aparecía ante sus ojos achicado y aplastado bajo la horda de las nubes, como si un ejército tumultuoso e infinito se lanzara sobre su indefensa persona con toda su violencia.

Estaba perdiendo el rumbo, confundiendo las noches con los días. El tiempo se había transformado en una sucesión interminable de horas vacías y dentro de su pecho parecía estallarle un verdadero cataclismo, creyendo por momentos que iba a enloquecer.

La sangre se le agolpaba en las sienes, palpitante. El pecho solo albergaba dolor y las piernas, con el peso de sus nueve lunas, parecían no resistirles.

Y fue en aquel instante y sin saber cómo ni por qué, de su boca escapó aquel grito desgarrador paralizándolo a todos los habitantes del castillo.

—¿Qué pecado he cometido al amarlo tanto?

Y el eco de aquella pregunta se estrelló contra los gruesos muros de piedra y rebotó contra ellos, para volver con la misma furia a golpearle en los oídos. Asustada y sorprendida dio

media vuelta para echar a correr desesperada, pero la densa niebla pareció envolverla nuevamente, tornando el aire empalagoso, cargado de olor a muerte, irrespirable, enloqueciéndola. Entonces se apretó la cabeza con sus manos y cayó de rodillas sobre las frías piedras del patio temblando de miedo.

Aquella situación se estaba tornando demasiado preocupante y comenzó a inquietar a los médicos, a los reyes y a las Cortes perpetuas del reino. La obsesión poblaba sus días de tormentos y noches sin dormir y la pasión arrebatadora de un amor desmedido

hacía peligrar la vida del niño y de su madre.

El tiempo había transcurrido inexorablemente desde que Felipe se marchara y la primavera comenzaba a insinuarse con las primeras flores de los durazneros, pero Juana continuaba guardando silencio como si el frío del invierno hubiera invadido también su corazón sin querer abandonarlo. Aquel silencio tenaz y persistente era su respuesta. Había comprendido que estaban castigando su desobediencia tal como lo entendían sus padres. La desobediencia en su comportamiento se traducía en aquella febril obstinación

por querer seguir a su esposo a través de un país que estaba en guerra con España y el querer dejar a la deriva el inmenso regalo de un reino, despreciándolo.

Esas eran sus faltas y por lo tanto debía ser castigada, humillada, abandonada, ejerciendo sobre ella todo el inmenso poder real y no ahorrado esfuerzos para hacérselo sentir, al prohibirle seguir tras los pasos de su amado y ausente esposo.

Juana había comenzado a sentir el peso de esa cárcel desplomarse sobre sus hombros con una morbosa crueldad. Tenía la dolorosa sensación de que le habían puesto a morir de pena.

Incesantemente llegaban hasta Alcalá de Henares los mensajeros enviados por los Reyes Católicos desde Segovia, a preguntar por la salud y el estado de ánimo de Juana.

—¿No os dije hace un momento que volvierais a los reyes e informarais que la archiduquesa de Austria se encuentra bien, aunque algo cansada? —respondía Juana confundida.

—Eso fue hace cinco días, alteza —contestaba el emisario con tristeza.

En aquella desolación decidió autoexcluirse y le resultó fácil pues las palabras se habían mudado de su boca. Nadie, ni los hombres que dejara Felipe

en España: Antoine Laclaing, señor de Montigny o Martín de Moxica, como los mejores médicos del reino que la rodeaban, Soto y Gutierres de Toledo, pudieron arrancarle palabra alguna.

—Pareciera que tiene las facultades mentales alteradas —exclamó brutalmente el señor de Montigny, dado que no tenía nada que perder o ganar con tan dura franqueza.

—Sentada frente al fuego de la chimenea durante largas horas hace sospechar que padece de cierta destemplanza —agregó de Moxica.

—Parece dormida pero está despierta, aunque su mente no se halla

aquí, sino muy lejos. Demasiado. Acotó el médico Gutierres de Toledo.

—Algunas veces no quiere hablar, otras da muestra de estar «transportada» y pasa los días y las noches recostada en un almohadón con la mirada fija en el vacío. La enfermedad que padece no es del cuerpo, sino del alma. Sin duda la más difícil de curar, porque no existe un remedio capaz de calmar ese mal — expresaba con preocupación el médico Soto.

Muy pocas veces abandonaba sus aposentos. Ya ni siquiera le atraía el aire fresco. Sin embargo, sus mejillas estaban sonrosadas y los médicos

manifestaron la sensación de que su salud se encontraba bien y su cuerpo fuerte, informando constantemente de su evolución a los Reyes Católicos.

—Es posible que se adviertan algunos síntomas de rarezas y extravagancias, como la inapetencia, el insomnio, la ingesta voraz, el inmovilismo, la ira... mas estos son insignificantes y caracterizan a todas las mujeres a punto de dar a luz. No vemos en ella nada que justifique por ahora la menor alarma. En breve llegará el día del parto y volverá a restablecerse con la prontitud típica de su vigorosa juventud.

Mientras tanto no se recibían noticias de Felipe y cuando su nombre resonaba dentro de las gruesas paredes del castillo, Juana sentía el impulso irrefrenable de preguntar por él, pero en lugar de hablar reemplazaba las palabras por los vómitos y el llanto terminaba por dejarla extenuada sobre el lecho, presa de una terrible angustia.

Dentro de aquella desesperación en que se encontraba, los celos volvían a jugarle una mala pasada, destrozándola y consumiéndola hasta transformarla en unos tristes e inertes despojos. Sus cabellos caían sueltos sobre su rostro pues hacía tiempo había olvidado de

cepillarlos. Sus vestidos raídos mostraban la imagen de una pobre mendiga y aquella Juana, la que otrora brillara en los palacios imperiales cual una magnífica reina, se había transformado en la imagen trágica de la desolación, movida tan solo por el deseo de dar a luz cuanto antes, para correr a los brazos de Felipe.

Mientras en las Cortes de Europa «el Hermoso» Habsburgo iba cosechando, no sin cierta jactancia, sus triunfos como pacificador. La política imperial le producía una súbita satisfacción, a la cual dedicaba todas sus energías y su tiempo. Contrariamente

para él los días estaban cuajados de numerosos acontecimientos y pasaban con enorme rapidez. Si dentro de su corte había damas hermosas y complacientes, Felipe parecía no reparar en ellas. Por las noches después de una larga jornada de conferencias con políticos y estadistas pensaba en Juana y en la alegría que le daría al comunicarle sobre sus arbitrajes en favor de la paz. Pero su cautelosa sangre de Habsburgo le aconsejaba no vanagloriarse antes de haber vencido y esta situación lo llevaba a guardar silencio.

Hubiera deseado enviar una interminable sucesión de mensajeros

para informarle dónde se hallaba, qué había conseguido, lo que planeaba para el mañana y hacerle saber cuánto de menos la echaba, pero tales mensajes hubieran revelado a los Reyes Católicos todos sus movimientos estratégicos y tácticos y, por lo tanto, decidió postergarlos guardando silencio.

—Es reprobable —reclamaba el rey Fernando a Juana— que vuestro esposo no se comunique con vos. ¿O es que acaso lo hace y nosotros lo ignoramos?

—Aún no hace demasiado tiempo que se ha marchado —respondía Juana con tristeza.

Al alba del crudo y ventoso 10 de

marzo de 1503 en Alcalá de Henares, con las campanas llamando a prima, después de dos semanas de insomnios y fatigas, llegaron para Juana los dolores de parto. El toque de tercia la sorprendió en pleno alumbramiento producido con la misma facilidad y rapidez con que se habían producido los tres partos anteriores. Pero esta vez el gozo del hijo compartido estaba ausente, reemplazado solo por la angustia de un parto en completa soledad.

—¿Es un niño? —preguntó agotada.

—Un varón. Un hermoso principito

—respondió la comadrona.

—Se llamará Felipe. ¡Mi pequeño

Felipe! —exclamó Juana mirando al niño con cierta indiferencia pero con el regocijo íntimo de la misión cumplida.

Sin embargo una vez más los reyes intervinieron de inmediato y sus labios exigieron que el pequeño fuese bautizado con el nombre de Fernando.

—Será un honor para vuestro padre —dijo la reina con tono implacable—. Además una gloria para san Fernando, aquel ilustre antepasado de Castilla y de León que inició la reconquista contra los moros de Granada hace doscientos años. No lo olvidéis Juana, el nombre de Fernando ha traído siempre buena suerte a España y ahora la necesitamos más

que nunca.

—Es un niño sano aunque pequeño pero inmensa es la alegría que trae a estos reinos —acotó el rey, mientras los médicos y la vieja comadrona susurraban entre sí los designios de un buen nacimiento que apuntaban a una promisoriosa y larga vida en el trono.

De inmediato los Reyes Católicos enviaron un mensajero a Lyon con la buena nueva. Juana presintió entonces que el archiduque se encontraba en dicha ciudad y la tristeza que hasta ese entonces había dominado su corazón fue reemplazada por una sensación de alivio. Tenía la impresión de que el sol,

el sol de su Habsburgo, volvía a asomarse en sus juveniles veintitrés años. Todo parecía indicar que aquel estado de melancolía ya no volvería y que solo había sido una etapa de angustia anterior al parto, puesta de manifiesto en todas las mujeres bajo las mismas circunstancias.

La archiduquesa recuperó su predilección por la música, volvió a vestirse con dignidad y elegancia y el austero castillo se inundó de melodías, aunque por aquellos días nadie danzara.

Mensajes de felicitaciones llegaron desde toda Europa y el júbilo se instaló nuevamente entre los Reyes Católicos,

dado que el nacimiento de un nieto varón y español aseguraba con creces su dinastía en el trono. Los mensajes para el recién nacido llegaron desde Inglaterra, de su tía doña Catalina y de su esposo el príncipe Enrique; de sus reales tíos de Portugal Manuel y María; de su abuelo el emperador Maximiliano I; de los nobles de los Países Bajos; y a pesar de la guerra, también del rey Luis XII y de la reina Ana de Francia. Felipe reclamó entonces la presencia de Juana en Flandes, pero los reyes de España le ocultaron su mensaje.

Ocho días después, dos de los más grandes prelados de España oficiaron el

bautismo del infante Fernando: fray Francisco Ximénez de Cisneros, primado de España, y el obispo de Málaga. Fueron sus padrinos el duque de Nájera y el marqués de Villena.

El sermón estuvo a cargo del obispo de Málaga y el bautismo propiamente dicho, de fray Francisco Ximénez de Cisneros, por quien Juana continuaba sintiendo cierto rechazo instintivo, surgido a partir del mismo instante en que le conociera.

Hubo desfiles en todas las ciudades y fueron amnistiados grandes cantidades de presos. El vino corrió gratuitamente en las calles donde se levantaban las

copas por la salud y el bienestar del recién nacido, por la de su imperial madre, por la de sus católicos abuelos, por la de toda España y por la del Sacro Imperio Romano Germánico. Parecía que una nueva ilusión cargada de paz y esperanza se había apoderado de todo el mundo conocido.

Como bandada de pájaros en vuelo comenzaron a llegar los mensajes de Felipe, exigiendo la presencia de Juana en Flandes, pero nuevamente fueron ocultados por el rey.

Aquella circunstancia estaba volviendo a afectar el ánimo de Juana, segura de no significar nada para Felipe

ni para su familia española y convencida que se hallaba retenida en España por orden expresa de sus progenitores.

Después que las aguas bautismales se derramaron sobre la pequeña cabeza del infante, comenzaron a llegar desde Méjico y Perú galeones cargados de ricos tesoros y juramentos de sincera lealtad. El niño había nacido bajo los buenos designios, levantando el ánimo de toda la cristiandad. Sin embargo la ironía de un feliz nacimiento encontró a la reina Isabel luchando contra el sufrimiento interminable de su crónica enfermedad.

—Si el niño ya ha nacido, ¿por qué

no puedo partir? —interrogaba Juana a su madre.

—La guerra se ha prolongado, Juana, y mientras no se llegue a una condición ventajosa para España deberéis permanecer aquí. Será imposible que crucéis la frontera, ¿o es que habéis olvidado que aún estamos enfrentados con Francia?

—Y vos, madre, habéis olvidado que la guerra es entre España y Francia y no entre Luis XII y Felipe de Habsburgo, y yo, ¡soy la esposa de Felipe!

—Seréis la esposa de Felipe de Habsburgo, pero ante todo, sois la hija

de los Reyes Católicos y futura reina de las Españas. Vuestro deber es permanecer en Castilla, donde está vuestra heredad.

—Mi deber es estar junto a mi esposo y mis hijos en Flandes. ¿Por qué sois así, madre? Siempre tan incomprensible y tan inaccesible para mí —repetía hasta el cansancio una Juana suplicante. Pero la reina permanecía imperturbable, convocando a las Cortes en Alcalá de Henares mientras el rey Fernando había cabalgado hasta Aragón.

Sumergida en una convalecencia que nunca concluía, Juana añoraba cada día

con más intensidad a su ausente esposo. Mientras su madre desde su lecho de enferma trabajaba hasta agotar sus fuerzas por la grandeza de los reinos, el rey Fernando tejía la secreta trama siniestra en contra de su propio yerno. Sentía por él unos celos inmensos y aquel sentimiento había llenado de ira y venganza su viejo y cansado corazón. Con más de cincuenta años de edad, superando enormes dificultades para alcanzar la añorada victoria contra los moros, había escalado una posición de honor dentro de todas las Cortes y cancillerías de Europa y le irritaba sobremanera saber que Felipe, bien

llamado el Hermoso, inexperto en el arte de la guerra, pudiese lograr tanto o más que él con tan pocos esfuerzos.

Desde Italia no cesaban de llegar las noticias sobre la guerra. Gonzalo Fernández de Córdoba desde Nápoles iba sumando nuevas posesiones para los reyes de España y logrando un absoluto predominio sobre la Italia meridional. Aquellas victorias del Gran Capitán lejos de alegrarle el corazón a Juana, terminaban por hacerla estallar en sollozos, puesto que los franceses continuaban manteniendo cerradas las fronteras que ella deseaba cruzar.

El 18 de agosto de 1503 había

muerto en Roma el papa Alejandro VI, envenenado en un festín, perdiendo Isabel y Fernando a su aliado en el trono de San Pedro. Todavía resonaban los ecos de los enfrentamientos del difunto pontífice con el dominico Savonarola y los encendidos discursos públicos del monje con los pecados de los papas y de la alta sociedad romana, y su condena y muerte en la hoguera en 1498 era recordada con indignación.

El pueblo español comenzaba a preocuparse por la delicada salud de la reina Isabel, de la que se decía, le restaba poco tiempo de vida. Por tal motivo a la reina le urgía resolver su

situación con Juana, no la de sus afectos familiares, sino la de la sucesión del reino, a la que ni enferma dejaba de abocarse un solo día. Si Felipe se había marchado, aún contaba con Juana, y no tardó en confesarle sus deseos de instituir la soberana aunque fuese en contra de su propia voluntad. Toda decisión tomada por Isabel era decisión ejecutada y no se detuvo hasta elevar a las Cortes de Castilla el proyecto de ley mediante el cual después de su muerte, su hija Juana sería la reina y en caso de ser necesario, su esposo Fernando ejercería de regente y gobernador.

La reina Isabel estaba convencida

que iba a repetir en Juana y en Felipe la historia de su matrimonio: separados para reinar. Pero un sentimiento de constante inquietud rondaba su mente.

—Me preocupa Juana. Su amor por Felipe es noble, como es natural, pero demasiado intenso. Y en los asuntos del reino ella muestra un total desinterés. Tengo el presentimiento que ese amor desmedido puede traernos grandes dificultades. Es tan arrebatada emocionalmente que sería capaz de entregar a Felipe, en un instante, el gobierno de todos los reinos que desde hace más de un cuarto de siglo, hemos conseguido luchando —advirtió la reina.

—He reparado en el peligro —
respondió el rey—. Vuestras
preocupaciones son las mías y estoy en
todo de acuerdo contigo. Eso significará
que dentro de algunos años, cuando
nosotros hayamos muerto, nuestros
reinos se verán reducidos a unas simples
posesiones del Sacro Imperio Romano
Germánico. Se habrá perdido Italia, y
España habrá retrocedido un milenio,
volviendo a la oscuridad de donde
nosotros, con sangre y sudor, la hemos
rescatado.

Fatigada, Isabel sintió que se
desvanecía de temor al presentir que sus
dominios podrían convertirse en

humillantes colonias flamencas y señaló:

—Os ayudaré de todas las formas que soy capaz para acostumbrar a Juana a estar separada de Felipe. Creo que eso será lo más duro pues necesitaremos la especial asistencia de Dios.

—Me reconforta que coincidamos en lo que respecta a retener a Juana en España. Pero prometedme que no permitiréis que vuestro amor maternal se imponga sobre vuestra sensatez y que no cederéis ni un palmo para que se marche de aquí.

—No temáis. Haré lo que esté a mi alcance para que no pueda partir. ¡Os lo prometo!

—Inmensa es mi satisfacción, querida Isabel, al comprobar que siempre hemos coincidido en nuestros pensamientos.

—En cuestiones de estado siempre ha sido así y eso jamás cambiará —respondió irónicamente la agotada reina.

Solo cuando a España se refería la reina parecía recuperar las fuerzas, pero poco después volvía a caer en esa fatiga que no la abandonaba ni de día ni de noche. El rey se sentía preocupado pero al mismo tiempo liberado, debido a que la enfermedad de Isabel le permitía actuar con una mayor libertad para continuar con sus turbias negociaciones

secretas, especialmente en lo que concernía a Italia. La fuerte personalidad de Isabel, aquella que había dominado siempre la vida de Fernando, se iba consumiendo y apagando lentamente, mientras el rey, rejuvenecido, iba resurgiendo fuerte, como un hombre de cuarenta.

Para evitar la partida de su hija, Isabel no dejó de acudir incesantemente en busca de apoyo y consejos a su confesor, fray Francisco Ximénez de Cisneros. Así, sin saberlo, mientras Juana recurría diariamente a la sensibilidad maternal para arrancar de sus labios un sí, dos hombres

ambiciosos tejían un cerco inexpugnable en torno de la reina para impedir su partida.

—Os lo imploro madre, dejadme partir.

—España sigue en guerra con Francia y si continúa, no es prudente que os marchéis. No corresponde que una infanta de España viaje a un país que es enemigo de su propio reino —respondió Isabel con severidad.

—Madre, España estará en guerra, pero yo no lo estoy. Y si la guerra continúa dejadme al menos que me marche a través del mar. Antes de que naciera mi hijo no deseabais que viajase

por mi estado, ahora que nació, dad las órdenes para que la flota se prepare y acompañadme a Laredo. ¿Recordáis madre, cuando obligada por vos tuve que partir hacia Flandes porque me enviabais a desposar? En aquellos días yo no quería separarme de vos, pero me lo impusisteis. ¿Qué paradoja me tiende el destino? Entonces yo no quería partir y tuve que hacerlo obligada por las circunstancias y hoy, muero por ello y vos me lo impedís. ¿Por qué, madre, por qué?

Pero la reina agobiada, dándole la espalda, se marchó sin pronunciar una respuesta.

La mañana despertó a Juana con el conocido trajín de la partida.

—¿Hacia dónde partimos, madre?
¿Hacia Laredo?

—No iremos a Laredo, Juana, sino a Segovia. El lugar es más fresco y allí pasaremos el verano.

—¿Es que ni siquiera vos, siendo mi madre, estáis de mi lado? Por momentos siento que nadie me comprende. ¿Qué mal os he hecho para que me tratéis así? Toda mi vida no he hecho otra cosa que obedeceros y complaceros en todo cuanto vos deseabais, ¿hasta cuándo madre? Pero sé lo que pensáis, mas no os atrevéis a responderme porque estáis

en falta con la santa religión y solo observáis vuestra propia conveniencia. Sabéis muy bien que estoy unida por el santo sacramento del matrimonio a Felipe y que lo estaré para toda la eternidad, pues lo que Dios ha unido en los cielos el hombre no podrá desunirlo en la tierra. Nunca comprenderé vuestras contradicciones, madre. A mi querido hermano Juan no le era permitido separarse de su esposa a pesar de que los médicos se lo recomendaban, porque vos solo deseabais un heredero. A mí, en cambio, me negáis regresar junto a Felipe porque deseáis conservar a mi hijo Fernando

como vuestro futuro heredero. Sois demasiado dura con quienes llevamos vuestra propia sangre. Para vos, solo existe España dentro de vuestro corazón. Pero escuchadme bien, madre, dentro del mío, solo existe Felipe.

—¡Y vos, Juana, parece que habéis olvidado que sois la heredera de Castilla y Aragón!

—Madre, sois peor que los que con declarado odio y malevolencia me han perseguido, pues vos, amándome y deseándome el bien como decís, me habéis mortificado y atormentado más que los otros, con aquel: «No conviene a los santos designios que os marchéis y si

está escrito que habréis de perder a Felipe en nombre del glorioso reino de las Españas, así habrá de ser». Y yo, no estoy dispuesta.

—Basta ya, Juana, basta.

—Y vos madre, dejad de hablarme de la esencia del poder y su gobierno, de la sucesión de vuestra real heredad.

Aquellas duras palabras golpearon muy fuerte el debilitado corazón de la reina y fue tanta la crudeza de aquella palpable realidad que cayó al suelo desvanecida. Los médicos atribuyeron aquel desmayo a la fuerte discusión sostenida con su hija y rogaron a Juana mantener, desde aquel día, actitudes más

amables con su madre.

A partir de entonces Juana decidió volver a renunciar al don más preciado: la palabra, y consideró a la reina su principal enemiga. ¿Por qué tanta obstinación en no dejarla marchar?

El Consejo de las Cortes de Castilla se reunió de inmediato y dispuso, para preservar a la soberana de futuros incidentes, que Juana se estableciera en Medina del Campo, fijando su estancia en el inexpugnable castillo de La Mota, una fortaleza de inmensas murallas mandada a construir por su abuelo materno, Juan II de Castilla.

Juana y su pequeño hijo Fernando

partieron acompañados por su cortejo, entre los que se encontraba el director espiritual de la archiduquesa, Juan de Fonseca, obispo de Córdoba. La habían levantado al amanecer como a una desterrada y se sintió indigna y degradada, con un sabor a cenizas en la boca. Vio salir el sol y comprendió que hacía solo unas horas su pobre alma había sido nuevamente maltratada, castigada, tan solo por amar demasiado a un esposo ausente y lejano.

Durante los meses en que el pequeño infante Fernando no pudo valerse por sí mismo, monopolizó para salvación de Juana, todo su tiempo. Separada primero

de sus padres, luego de sus hijos, más tarde de Felipe y nuevamente de sus padres, se preguntaba por aquel destino desprovisto de afectos y marcado por la soledad de un encierro sin una justificación aparente.

Su mundo se concentró, entonces, en las habitaciones donde iba creciendo su niño, con la amarga sensación de sufrir un injustificado aislamiento. ¿Por qué la habían recluido? ¿Por no dejarla marchar junto a Felipe? ¿Por haber disgustado a su madre? ¿Para prepararla a lo que sería un duro reinado en España? ¿O acaso para convencer a todos que ella se estaba volviendo loca?

Las divergencias entre madre e hija eran abismales, pues mientras la pasión irrenunciable de Isabel era España, la de Juana era Felipe.

Con su soledad creciente a costas y la zozobra que le inspiraba la cada vez menos oculta hostilidad de sus poderosos malquerientes fueron pasando los días. El verbo que convenía a su situación no era convencer, sino someter y el sentimiento dominante de Juana terminó por ser el miedo.

Después de muchos desvelos, dudas y angustias, decidió no fiarse de nadie ni de nada. Aquellos poderes que la destrozaban eran los mismos que ella

tanto había amado y en los cuales había confiado, pero la habían aislado en el castillo de la Mota sin ningún contacto familiar y sin una finalidad política que lo justificara.

Bajar los ojos y mirarse, derramar lágrimas amargas, no pronunciar palabra alguna, todas estas experiencias las conocía muy bien Juana de Castilla, que solo vivía para el momento en que se dignaran concederle el permiso para marchar a reunirse con Felipe.

Había tardado en darse cuenta de que los motivos para no dejarla partir eran siempre provocados por sus reales progenitores, alentando en ella una

reacción de resistencia. Pero, ¿cómo iba a suponer que sus propios padres eran precisamente los que pretendían alejarla de Felipe y de sus hijos y que su resistencia cesase? Ahora, sin embargo, tenía la certeza de que todo aquello había sido intencionadamente provocado para que ella reaccionara desmedidamente y justificara su enclaustramiento en un castillo.

Entonces, resolvió que el ejercicio de la memoria sería la salvación de su equilibrio interior.

Se miró en un espejo, hacía tiempo que no lo hacía y un rostro ojeroso y delgado reflejó en él una imagen que a

ella le costó reconocer como propia. Tenía que recuperarse para poder partir.

Y cuando hubiera partido, si conseguía hacer que Felipe comprendiera que la obligaron a quedar, que la empujaron contra su propia voluntad, quizá estuvieran a tiempo de volver a ser felices y hacer que los que la habían traicionado se arrepintieran.

Era una esperanza que, en vista al estado de ánimo que en esos momentos se encontraba, parecía no tener ninguna probabilidad de hacerse realidad. Mas Juana se sobresaltó, cuando una voz tras de ella le preguntó.

—¿Alteza, por qué estáis tan triste?

Aquella voz era la de Juan de Fonseca, obispo de Córdoba, su director espiritual.

Juana no se sintió con ánimo de dar una respuesta. A sabiendas de todo lo que estaba en juego y consciente de que algún complot destinado a retenerla en España se tramaba en su contra, fue incapaz de pronunciar palabra alguna y continuó con la vista perdida en el largo camino que se veía desde la ventana.

A partir de aquel día, en cada rostro, en cada mirada, en cada palabra, creyó advertir los destellos de una traición.

Con el transcurso de los meses el infante Fernando comenzó a depender

cada vez menos de su abnegada madre, que se extasiaba mirándolo repleto de fuerza. Aquel pequeño era el único recuerdo palpable de Felipe. Fue entonces, cuando sus pechos comenzaron a secarse, que Juana cayó en la cuenta de que el tiempo había transcurrido. Miró más allá de las angostas ventanas del castillo y vio con sorpresa el cambio de las estaciones. El verano ya se estaba marchando y el otoño llegaba a instalarse con sus ocres y amarillos dispersos por campos y montes. Detrás de una bandeja de perfumadas naranjas contempló cómo se iba dorando un crepúsculo más, sin saber en qué día y

en qué mes estaba viviendo.

Los robles y castaños simulaban pinceladas rojas y amarillas y las hojas secas crujían debajo de las patas de los caballos de los guardias, mientras un aire límpido agitaba las ramas de las encinas y retamas que deshojaban sus flores dispersándolas al viento. Los cielos permanecían despejados y las noches habían vuelto a tornarse un poco más frías.

¿Pero qué motivos existían realmente para mantenerla por tanto tiempo aislada? Marginada de Flandes donde era reina y de España donde era la heredera, abandonada por su esposo,

olvidada por sus hijos, prisionera en Castilla contra su voluntad y desterrada por sus padres en el castillo de La Mota, a todas estas condiciones había sido reducida Juana, la triste hija de los Reyes Católicos y la fiel esposa del heredero imperial.

Afuera la noche se fue anunciando destemplada, las estrellas alumbraban débilmente y un viento helado, que calaba hasta los huesos, agitaba por momentos la naturaleza indefensa. Dentro de la sala abovedada el fuego de la gran chimenea había tornado la temperatura sofocante y las mejillas de la reina Isabel aparecían levemente

enrojecidas. El rey calentaba sus pies frente a la enorme hoguera que devoraba sin cesar la mitad de un tronco gigantesco, mientras las antorchas encendidas despedían luz y humo.

—¿Juana sabrá que Felipe ha pedido que regrese? —preguntó la reina.

—He permitido que pase solo el último de los emisarios, porque los anteriores solo han traído estúpidas cartas de amor. En cambio en esta, Felipe le reprocha su largo silencio. Este motivo hará que ella se enfade, entonces se enfriará la relación entre ambos y Juana deseará permanecer en España.

Herido en su orgullo de amante esposo, al verse olvidado e ignorado por Juana, Felipe de Habsburgo, desde Flandes, reclamaba su presencia. También su hijo Carlos le había escrito unas palabras solicitándole el regreso. Las únicas noticias que recibía de ella y de su hijo pequeño eran tan solo a través del correo diplomático de los Reyes Católicos, los cuales le informaban sobre la poca disposición de su hija para escribir y que el niño se encontraba sano y fuerte.

Juana leyó con avidez aquella primera misiva del archiduque, sin saber que era la última que llegaba a sus

manos.

Juana:

Comprendo que una mujer después del alumbramiento no se encuentre bien de salud y de ánimos, pero siempre he creído que, aún estando enferma, os hubiese sido posible encontrar un momento propicio para dictar a alguien una carta y firmarla con vuestra propia mano, si vos no hubierais podido escribirla en su totalidad.

Deberíais daros cuenta que como reina de Flandes y archiduquesa del imperio tenéis iguales deberes ante mí, que ante España. Muchísimo me disgustaría si no regresáis cuanto antes a mi lado, es decir, cuando vos y el niño os encontréis en condiciones de viajar. Por tierra será la ruta más rápida y segura y el Rey Luis XII me ha afirmado que os serán acordadas todas las

cortesías y facilidades a vuestro paso por Francia. Adjunto a esta misiva una copia del salvoconducto firmado por el mismo rey de Francia. ¡Venid cuanto antes! Os espero con ansias.

Vuestro esposo y rey. Felipe de Habsburgo.

Su primera actitud fue asustarla. Sugirió que el salvoconducto francés podía tratarse de una falsificación y que era posible que algún enemigo, abriendo la misiva, hubiera agregado unas líneas adjuntando un documento falso, dado que las últimas frases de la carta — argumentaba el rey Fernando— poseían una caligrafía diferente a la del resto de

la escritura.

Juana, fastidiada, respondió que Felipe jamás le enviaría un salvoconducto falso y que no temieran, porque el archiduque carecía de enemigos que pudieran llevar a cabo tan deleznable acción.

Era muy frecuente que Felipe de Habsburgo empleara dos secretarios para redactar sus cartas y ese era el verdadero motivo del cambio de escritura. Pero la firma correspondía al archiduque y eso era lo que realmente importaba.

Aquella decisión inamovible de marcharse exasperó a los reyes, que de

inmediato se comunicaron con ella, pues continuaba insistiendo en abandonar España desertando de sus majestades. Estaba faltando gravemente a sus deberes de hija pero, sobre todo, estaba faltando a sus deberes de española. Así es que le solicitaron encarecidamente que no los agraviase más, viajando a través de Francia.

Juana respondió con una sola y cortante frase: «No me interesa el camino, siempre que retorne a mi verdadero destino, que es Felipe».

La reina dispuso que fuese alistada la flota que debía escoltar a la archiduquesa hasta Flandes. Pero jamás

flota alguna tardó tanto tiempo en hacerlo y Juana se mostró cada día más impaciente, intranquila y desconfiada.

El gran almirante Fadrique elevó una interminable lista de excusas técnicas que, debido a los lazos de afecto y parentesco, Juana aceptó como valederas. Sin embargo, insistió a sus padres que le dejaran partir solo con una pequeña escolta.

La reina horrorizada informó con severidad que de ningún modo aceptaría que su hija heredera viajase como una emigrante cualquiera.

«Lo haréis como corresponde a vuestro rango. De lo contrario, no

viajaréis». A lo que Juana respondió: «Si me estáis engañando, madre, no os perdonaré mientras viva».

Los reyes comprendieron que sería imposible retenerla por más tiempo en España, pero el monarca como siempre guardó una carta bajo su manga para jugar nuevamente el destino de su hija.

—¿Habéis intentado retenerla amenazándola con que el infante Fernando quedará con nosotros?

—Jamás diría semejante cosa a nuestra hija —respondió contrariada la reina.

—Deberemos hacerlo. El niño es nuestro nieto y, sobre todo, es un súbdito

español.

—Pero primero que nada es hijo de los archidukes de Austria. Si nos quedamos con el niño, el Sacro Imperio Romano Germánico se unirá a Francia y caerán implacables sobre nosotros — advirtió la reina.

—Dudo que lo hagan. Pero lo que sí me temo es que cuestionen la alianza que nos llevó a casar a Juana con ese maldito Habsburgo.

—Aquella alianza arreglada por nosotros se ha vuelto en nuestra propia contra, porque el amor inmenso que nuestra hija siente por Felipe dudo que concluya con la misma muerte. Lo que

no debemos permitir es que la pasión la domine porque terminará por desequilibrarla. Solo nos resta emplear como argumento, para continuar reteniéndola en España, el mal estado del tiempo —dijo la reina como si aquella fuera la última alternativa.

El tiempo había empeorado inevitablemente con la llegada del otoño y parecía que aquel año la violencia de las tormentas se manifestaba con más fuerza sobre la geografía de la península ibérica. Sin embargo Juana, olvidando el cansancio y con el pensamiento puesto en su adorado Habsburgo, ordenó preparar los equipajes y alistar a sus

escoltas para el inminente retorno a Flandes.

—¿A dónde os marcháis, alteza? — preguntó cual advertencia el obispo Fonseca.

—A reunirme con Felipe —contestó Juana imperativa.

—¿Viajaréis a Segovia para despediros de vuestras Católicas Majestades?

—¿Acaso ellos se despidieron de mí, cuando me enviaron a Medina del Campo?

—Mucho me temo, alteza, que aún no podréis marcharos, pues el viaje no ha sido programado.

—Poco importan para mí vuestros argumentos, pues siendo infanta de España, princesa de Asturias, reina de Flandes y archiduquesa del Sacro Imperio Romano Germánico, cumplirán con las cortesías por donde quiera que viaje. Daré la orden de que preparen cuanto antes la caballería para partir de inmediato.

Juana sabía muy bien que el paso que estaba a punto de dar era irrevocable y este pensamiento, simultáneamente, la aterraba y fascinaba. Felipe era la figura hacia la que convergían todas sus cavilaciones. Dueño de las llaves de su existencia, él

le había abierto las puertas a la vida para escapar de un mundo inhóspito y se disponía a salvarla nuevamente, al reclamarla a su lado. Esta idea era la razón que la mantenía viva y que la hacía seguir adelante, ineludible.

Alertada por el obispo Fonseca sobre la inminente partida de Juana, la reina Isabel envió a sus emisarios al castillo de La Mota con la orden expresa de suspender los preparativos.

Toda la caballería fue retirada de los alrededores y en Medina del Campo no fue posible encontrar una sola mula. El prelado informó a Juana de esta situación.

—Alteza, todos los animales han sido confiscados para la guerra que se está llevando a cabo en Italia.

Juana, indignada ante los evidentes contratiempos que iban sembrando en su camino, le levantó la voz.

—¡Eso es mentira! Sois el más grande de los falsarios, pues si vos no conseguís las mulas, yo misma iré a buscarlas al mercado de ganado. Y si aun así intentáis quitármelas, os informo que viajaré a pie. Que todo el mundo se entere, monseñor, que ante un llamado de Felipe, nadie ni nada podrá retenerme. Y a vos, excelencia, algún día os pediré cuentas de vuestros

desacatos.

El obispo Fonseca guardó silencio y dando media vuelta montó a caballo y partió a todo galope.

Juana, vestida de gris, parecía confundirse con el cielo que en aquellos momentos se había vuelto plomizo. Caminó hacia la salida del castillo, pero las órdenes de Juan de Fonseca se habían anticipado al partir raudamente y el rastrillo del puente levadizo, que había sido levantado, cayó con estrépito, cerrando tras de sí la última posibilidad de dejarla salir y aislándola en el patio. Entonces dándose vuelta, presa de la ira, gritó a los caballeros y a las doncellas

que se habían acercado hasta ella en el patio del castillo.

—¿Quién de vosotros es capaz de negar mi condición de prisionera?

El silencio se tornó profundo. En aquel instante el sombrío castillo fue envuelto por fuertes ráfagas de viento y las primeras gotas amenazadoras comenzaron a golpearle en el rostro. Juana echó a correr hacia la salida, pero se detuvo de golpe ante los gruesos barrotes del portal. Y aferrándose a ellos con fuerza, gritó al obispo que se perdía en el camino envuelto en una nube de polvo.

Juan de Fonseca atravesó en tres

horas las nueve leguas que lo separaban del real alcázar de Segovia y de sus Reyes Católicos, para informarles de inmediato de lo que estaba aconteciendo. Mientras, los gritos de Juana resonaban en Medina del Campo.

—¡Os advierto de que si no regresáis de inmediato a cumplir con mis órdenes, cuando sea la reina de Castilla os haré recluir por el resto de vuestra vida!

El saber hacia dónde se dirigía el prelado enfureció más aún a Juana, pero la imagen de Felipe pudo más y la mantuvo en pie, pues si renunciaba por cansancio, jamás podría retornar a

Flandes.

La noche la sorprendió asida al portal y el aire crudo del mes de noviembre avivó su memoria como una hoguera.

—Alteza, ¿por qué no os retiráis al abrigo de vuestros aposentos?

Aquella voz dulce y afable le recordó a Felipe.

—El frío es terrible y tememos por vuestra salud.

Juana se volvió para mirarlo. ¿Quién podría tratarla con tanta dulzura, que no fuese su amado esposo? ¿Acaso Felipe había regresado a buscarla?

Giró su mirada con desesperación.

Pero sus claros ojos se encontraron con los tímidos ojos oscuros de uno de sus guardias, que con humildad la invitaba a entrar dentro del castillo.

—No me moveré de aquí, porque volver a mis habitaciones significa alejarme del portal y de las posibilidades de salir fuera. Me he jurado a mí misma que no daré un solo paso atrás —respondió con serenidad, pero segura de lo que estaba diciendo.

Se hizo plena noche y los soldados encendieron, alrededor de su futura reina, una pequeña hoguera para calentarla. Extremadamente agotada, Juana se acurrucó junto a las rejas y una

de sus doncellas la abrigó con unas mantas.

—Alteza, ¿en qué podemos ayudaros? —preguntó tímidamente la mujer.

—Bajad el puente para que pueda marcharme —respondió Juana con tristeza—. Solo así, me habréis ayudado de verdad.

El obispo Fonseca llegó en poco más de tres horas al alcázar de Segovia y se dirigió de inmediato a ver a los Reyes Católicos, para informarles de la salud y el comportamiento extraño de la reina Juana.

—Majestades, mucho me temo que

la archiduquesa de Austria no se encuentre nada bien, pues ha empalidecido demasiado, se muestra muy alterada y se dirigió a mí en un lenguaje jamás escuchado. Os ruego a vuestras majestades, reveáis las órdenes dadas para que pueda conseguir las mulas para el viaje. De lo contrario me temo que perderé mi cabeza.

—No la perderéis, excelencia — contestó la reina—. Un consejero espiritual nunca se olvida. Además tenéis los intereses del alma de Juana en gran estima. Solo os pedimos que no la abandonéis y comunicadnos cómo se encuentra.

—Así lo haré, majestad. Pero es posible que la archiduquesa ya no me acepte como su confesor.

—Pronto olvidará este episodio y todo volverá a la normalidad.

También fue llamado con urgencia a Segovia su tesorero, Martín de Moxica. Estaba acusado por Juana de complicidad con Juan de Fonseca de no proveerle la caballería necesaria para abandonar España con destino a Flandes por los caminos de Francia.

—Don Martín, a partir de ahora, la corona de España pagará vuestro sueldo, siempre y cuando nos mantengáis al tanto de todo lo que

ocurre en torno a nuestra hija.

—Así lo haré majestad, pero mucho me temo que la archiduquesa partirá de todos modos, tenga o no tenga la caballería. Creo que hasta puede iniciar su viaje a pie, si insistimos en negarle las mulas.

—No lo hará. Pero vos deberéis haceros cargo de conseguir toda la caballería necesaria para el viaje —respondió la reina.

A partir de entonces Martín de Moxica comenzó a percibir doble paga. La de la casa archiducal de Austria que le seguía abonando, y la de los Reyes Católicos para que actuase como espía.

Dos días hacía que Juana permanecía junto a las rejas del portal del puente levadizo. Preocupado por esta situación tan singular como extremadamente grave, el obispo Juan de Fonseca se encaminó hacia donde se hallaba la archiduquesa. Por un momento Juana tuvo el ligero presentimiento de que Fonseca había ido a despedirse de ella y que de inmediato se le daría la orden para partir hacia Flandes. Pero no bien descubrió el verdadero motivo de la visita, se encerró en su mutismo negándose a responder.

El obispo trató de asustarla pues era

obstinado y carente de imaginación. Con tono severo expuso los ya tantas veces escuchados argumentos, pero se encontró con una Juana totalmente desconocida que ofrecía una tenaz resistencia. Cuando sus justificaciones se agotaron recurrió entonces a las amenazas.

—No solo estáis faltando al sentimiento de la corona como española que sois y al incumplimiento de los deberes filiales, que como hija de vuestras reales majestades estáis obligada a cumplir, sino que actuáis como una criatura pecadora que pone en grave peligro no solo su reino, sino su

alma. Que arriesga la seguridad de España y su salvación eterna, corriendo en busca de los placeres de un lecho matrimonial no justificados por ese sacramento. Porque todo lo que se aparta del santo fin de la procreación, es vil y sombrío para el espíritu y una ocasión de pecado para el alma.

—¡Amén! —respondió Juana, empalidecida por la ira, perdiendo el poco dominio sobre sí misma que le quedaba y la escasa paciencia que le restaba.

—Dejando de lado la santa investidura de la que gozáis y a la que no es mi deseo mancillar, os hablaré

como a la persona que decís que sois. ¡No sois más que un imbécil, un plañidero e hipócrita! Decidme, ¿en qué pecco, deseando a mi esposo con la carne y el espíritu?, si no estoy haciendo más que cumplir con las Sagradas Escrituras que mandan al hombre y a la mujer a abandonar a su padre y a su madre, para unirse en una sola carne y en un solo espíritu. Sois un muerto que envidia el gozo de los vivos. Volved a vuestras criptas, a vuestros inciensos y encierros, pero no me pidáis a mí que os complazca, porque yo estoy viva y no me resignaré a que me entierren como a un cadáver, dentro de los fosos de un

viejo castillo.

El obispo, aterrado, cual si hubiese visto al mismo Lucifer en persona y ante aquel volcán impetuoso en que se había convertido la archiduquesa, reunió con urgencia todo su séquito y abandonó Medina del Campo a toda prisa.

Juana arrepentida corrió hasta las rejas y aferrándose a ellas le llamó a gritos.

Pero Juan de Fonseca se encontraba a gran distancia y no se volvió ni siquiera para mirarla.

—La archiduquesa ha estado muy descortés conmigo. Me ha propinado toda clase de insultos, comportándose

como si fuera una mujer vulgar y, para mayor escándalo de quienes la escuchaban, llegó a sugerir la herejía de que los sacerdotes estaríamos mejor casados. Tarde o temprano deberá partir, pues no se puede detener la tempestad cuando ya se ha desatado. Mi honestidad me autoriza a exponer a sus Católicas Majestades que la salud mental y física de la archiduquesa no es buena y corre peligro. Este repugnante detalle que acabo de exponer, en boca de cualquier súbdito, sería un justo motivo de investigación del Santo Oficio.

—Así es. Podríamos intentar con la Inquisición —sugirió el rey Fernando.

—¡Jamás! —respondió la reina Isabel— Conocéis muy bien la devoción de Juana.

—Claro que la conozco y no olvido los constantes suplicios a los que siendo una adolescente se sometía. Pero eso era antes, cuando ella era una princesa española. Ahora no lo sé. Tal vez se alejó demasiado tiempo de la Iglesia.

—¿Cómo podéis imaginar que nuestra querida Juana sea encerrada en una oscura y húmeda mazmorra, por el solo hecho de sospecharse de ella como hereje?

—Lo habéis hecho antes, con los sospechosos de herejías. ¿No lo

recordáis? Sin embargo con Juana, me temo que os será imposible.

Los reyes volvieron a quedar solos.

—Fonseca, por cierto, ya está muy viejo. No tiene tacto para manejar esta situación por demás delicada, pero —dijo Isabel más calmada— intentaremos de nuevo. Enviaremos al primado Cisneros.

El cardenal Ximénez de Cisneros, arzobispo de Toledo y primado de España, era el otro extremo. Nacido en Torrelaguna, pertenecía a una familia de escasos recursos y austeras costumbres. Siendo muy joven había ingresado a la Orden de San Francisco, retirándose

durante años a un convento. De allí fue llamado por don Pedro González de Mendoza, cardenal y arzobispo de Toledo, para que le reemplazara, en la difícil misión de confesar a la católica reina Isabel. Dos veces trató de evadirse, pero las dos veces fue hallado por la reina que admiraba sus virtudes. Primitivo y anacrónico, el día que se enteró que había sido elevado al rango eclesiástico de primado, corrió descalzo por el monasterio hasta su celda y encerrándose en ella se negó a aceptar tan alta distinción. Pero una misiva llegó de Roma y no tuvo más alternativa que acatarla.

Bajo las suntuosas vestimentas arzobispales, vestía siempre con su viejo hábito de monje. Cuando murió, en 1517, le fue encontrada entre sus ropas una pequeña cajita con agujas e hilos que utilizaba para coser personalmente sus hábitos. A nada le temía y nada le halagaba. Severo, sabio y justo, había llevado siempre una vida ejemplar.

Con su alta y delgada figura de ojos brillantes y pocas palabras, abrigado por una gruesa capa y resistiéndole al intenso viento helado que se había desatado y a las primeras gotas de un aguacero que se filtraba a través de los negros y escurridizos nubarrones, llegó

hasta el castillo de La Mota, seguido de un modesto séquito.

Tres largos días con sus noches habían transcurrido desde que Juana se aferrara a las rejas del portal, sin abandonarlas. Silenciosa, aterida, traicionada, casi sin aliento, cuando parecía que no iba a poder seguir resistiendo, subió por las angostas y retorcidas escaleras que conducían hasta la torre de la guardia. Cuando la vieron entrar los soldados se pusieron de pie y, abandonando el lugar a toda prisa, fueron a avisar al gobernador del castillo.

—Me quedaré aquí —dijo Juana, al

último de los soldados.

—No podéis, alteza —respondió temeroso el guardia.

—¿Osáis darme órdenes?

—No es una orden alteza, es un humilde pedido. Esta habitación no tiene muebles, es fría y oscura, inapropiada para vuestra investidura de reina.

—Pero tiene piso y eso es suficiente para mí.

Juana se sentó sobre el duro y frío piso de la torre, mientras el gobernador asistía desconcertado a aquella escena, desde el umbral de la angosta puerta.

Durante un tiempo prudencial le rogó que regresara al interior del

castillo.

—Alteza, vais a enfermar si continuáis en la torre.

—Es verdad —respondió Juana con la voz apagada. Y, ante el temor de perder su salud y con ella la última posibilidad de marcharse, pidió:

—Traedme abrigo, pues no daré ni un solo paso atrás.

El gobernador dio entonces la orden de que llevaran a la torre de guardia una cama, varias mantas y dos braseros, que fueron encendidos de inmediato. El cuerpo de Juana sintió el aire tibio, recuperando el calor y la ilusión.

Sobre el filo del amanecer se

recostó sobre la cama, pero no durmió.

A media mañana el cardenal Cisneros subió silenciosamente hasta la torre y al ver a Juana en aquel lamentable estado, trató de convencerla, primero con la persuasión y luego con la obligación.

—Para una princesa de Asturias, futura reina de las Españas, jamás le será digno refugiarse en el cuarto de la guardia de sus ejércitos.

Aquella inesperada visita volvió a reanimar la desconfianza que Juana sentía por él, y entonces no contestó ni una sola de sus preguntas.

Sin emplear evasivas, el cardenal

habló con palabras directas y duras y aunque no profirió ninguna acusación contra el lecho matrimonial, le habló más claramente que ninguno.

—Pensad, alteza, que si partís causaréis un inmenso dolor a vuestra augusta madre. Destruiréis toda la política cuidadosamente planeada por vuestro padre con respecto a Italia y precipitaréis grandes penurias sobre vuestro reino. La gloria de España está unida a la gloria de Dios —agregó el cardenal—. Y olvidar a una, es olvidar la otra.

—Vuestra eminencia —respondió Juana, rompiendo el silencio—, estoy en

desacuerdo con todo lo que acabáis de decir.

—¿Por qué, alteza?

—Jamás debisteis afirmar que al negarme a olvidar a mi esposo, estoy negando la gloria de Dios. Decidme, ¿en qué versículo de las Sagradas Escrituras se encuentra tal manifestación que ordena a una esposa olvidar a su esposo, por su madre o por su padre? Yo no lo conozco. Pero sí conozco uno que expresa totalmente lo contrario.

El efecto de aquella respuesta fue devastador y el cardenal recibió con irritación el hecho de que la infanta, sobre todo siendo una mujer, citase las

Sagradas Escrituras para desmentir sus palabras.

—¡Creo que Felipe de Habsburgo os ha hechizado! —exclamó el prelado, y de inmediato comprendió que acababa de cometer el peor de los errores.

Juana se puso de pie. Sus ojos brillaron con la intensidad de una fiera que defiende hasta la muerte lo que le pertenece.

—¡Si no os marcháis de inmediato, os arrancaré los ojos con mis uñas y ordenaré a mis guardias que os arrojen al foso!

Y aquel hombre que había necesitado las órdenes expresas de la

Santa Sede para aceptar el más elevado rango eclesiástico de España, movió la cabeza tristemente y respondió.

—Sé que no lo haréis, alteza. Pero, considerando que no entraréis en razones, me marchó.

Al igual que con el obispo Fonseca, Juana corrió arrepentida a solicitar su perdón por la descortesía, pero lo hizo demasiado tarde, porque el cardenal ya se hallaba fuera de los muros de La Mota, disgustado, no por aquellas amenazas, sino por la actitud inamovible demostrada por Juana.

El rastrillo volvió a caer pesado e implacable de acuerdo con las órdenes

estrictas emanadas del cardenal Cisneros. Algunos soldados, en el descuido, también cerraron la poterna, aislando a Juana en el patio sin que pudiera regresar al interior o salir al exterior de la inmensa fortaleza.

Al oír Cisneros que se cerraba la poterna se volvió disgustado y acercándose hasta los gruesos barrotes de hierro, reprendió severamente tal equivocación. El error fue rectificado de inmediato.

—Mi propósito fue impedir que la archiduquesa saliera del castillo, no proferirle un insulto. Cualquiera que vuelva a repetirlo, será responsable ante

mí —dijo el prelado.

El guardia pidió perdón por el error cometido y Cisneros, dirigiéndose a él por última vez, en tono de reproche le contestó.

—Que dicho error no vuelva a repetirse. De lo contrario os costará muy caro.

Fue entonces cuando Juana, llorando y aferrándose a los barrotes, gritó con la voz enronquecida.

—¡Perdonadme, eminencia! En mi desesperación os he ofendido pero no ha sido mi intención. Dejadme salir, os los suplico. ¡Interceded por mí ante mis padres!

—Haré lo que esté a mi alcance, alteza —respondió tristemente Cisneros y partió raudamente al galope a informar a los reyes sobre aquellos acontecimientos.

El invierno había comenzado a empeorar en toda España. Caía la tarde y con ella el manto frío de una intensa llovizna. Juana, sin abrigo, permanecía mojada e inmóvil mirando el camino que parecía perderse en la nada. Las doncellas la fueron rodeando e intentaron convencerla de que se refugiara bajo los altos techos. Una de ellas la tomó cariñosamente del brazo, pero la archiduquesa se volvió con

brusquedad y la mujer solo atinó a alejarse, haciendo que las demás también retrocedieran asustadas.

—¡Dejadme sola! ¡No me toquéis!

A su alrededor crecían los rumores.

«La resistencia que posee la archiduquesa, ante la inclemencia del tiempo y la carencia de acostumbradas comodidades, es algo increíble y jamás visto». «Tiene la fortaleza de los santos, pues nadie normal podría soportarlo».

Juana sabía muy bien las reglas de la mortificación y de la santidad, y para llegar a su cielo prometido, que era Felipe, sabía que debía mortificarse.

Bajo la densa lluvia que se

precipitaba sobre su cuerpo aterido Juana rezaba en voz baja.

—Por aquellos ojos claros, soporto todo. Por aquel corazón que hace latir el mío, sufro la agonía de la espera. Por Felipe, por él y solo por él, toleraré hasta el límite de mis fuerzas —y aquella frase, dicha en voz baja una y otra vez, parecía insuflarle un soplo de aliento tibio a su alma destrozada.

Desde su gran cama, arropada con immaculadas sábanas de hilo, la reina recibió las últimas noticias de su hija y no pudo menos que exclamar con angustiosa ansiedad.

—Tal vez logre que escuche mis

palabras. ¡Me levantaré e iré a verla de inmediato!

Pero la reina guerrera y poderosa de otros tiempos se hallaba muy enferma, tanto, que ya no podía montar su caballo. No obstante se hizo llevar en una litera hasta el castillo de La Mota. El rey Fernando y su médico solo aprobaron el viaje si lo realizaba en cortas etapas, por lo cual fueron necesarios dos días para cubrir las nueve leguas que la separaban de su hija heredera.

Decidida a no abandonar su disimulada prisión, Juana permaneció en la torre y allí la encontró su madre.

—Decidme, Elvira, ¿por qué están

levantando el puente? —preguntó la princesa a una de sus doncellas, ante los agitados preparativos que se observaban desde la alta torre.

—Se acerca una importante comitiva, alteza —respondió la joven.

—¿Sabéis quién es?

—No lo sé, alteza.

—¡Tal vez sea Felipe que viene por mí!

La litera y su guardia real de alabarderos avanzaron por el patio empedrado. Elvira se hincó en el piso en una profunda reverencia, pues fuese quien fuese, se trataba de alguien demasiado importante.

—¿Habéis visto quién viene?

—No he podido, alteza.

La litera se detuvo frente a la pesada puerta y de ella descendió lentamente la reina Isabel.

Con su piel ya gris y unas ojeras violetas bajo sus profundos ojos verdes, hundidos y sin brillo, con su cuerpo débil y endeble, irradiaba igualmente la majestuosidad de siempre.

—¡Madre! ¿Estáis enferma? — preguntó Juana suspendida desde la alta ventana para luego correr escaleras abajo y poder abrazarla.

—Lo estoy, Juana. Pero no quiero que vos también lo estéis. Por eso he

venido.

—Yo estoy enferma de pena, madre.

—Lo sé, mi Juana. Lo sé.

Con el deseo de sentirse amparada, Juana se aferró a ella, pero el amor de esposa superó al amor de hija.

—Esto es una prisión, madre.

Según Pedro Mártir de Anglería, Juana se tornó de pronto tan «furiosa como leona púnica».

Pero con su habitual inteligencia la reina le habló con calma.

—¡Mi pobre Juana! Lo primero que voy a hacer es sacaros de esta ratonera. Advierto el descuido en que ha caído vuestra persona, pues no corresponde a

una princesa de Asturias ofrecer un aspecto tan deplorable. Cambiaréis vuestro vestido por uno más acorde a vuestro rango. Peinaréis vuestros cabellos y colocaréis el tocado correspondiente y, de ser posible, alegraréis vuestro rostro con alguna joya importante.

Juana no opuso resistencia e Isabel dio la orden de que se le preparara un suntuoso conjunto de cámaras, junto a las habitaciones de su hija. Los aposentos estaban comunicados entre sí por una puerta, para que pudieran visitarse en cualquier momento del día o de la noche.

Pero la amable intimidad se esfumó con las horas y no bien madre e hija se sintieron restablecidas, los desencuentros entre ambas volvieron a hacerse presentes. Con la urgencia inesperada que lleva a imponer el criterio individual sobre el común, las discusiones fueron creciendo hasta convertirse en muy poco dignas de los rangos que ostentaban. La reina volvió a reclamar a Juana la carencia de todo sentido del deber, al desear correr a arrojarse ciegamente en los brazos de su esposo. Y Juana exigió a su madre la libertad de marcharse.

Días más tarde la reina comentaría

al rey Fernando: «Me habló tan reciamente y con tanto desacatamiento y tan fuera de lo que debe una hija decir a su madre, que si no la viera yo en la disposición en que ella estaba no se las sufriera...».

La situación terminó por tornarse irreconciliable, pues mientras la ambición de Isabel era el mundo, el mundo de Juana era Felipe.

—Sois la futura reina de media cristiandad y reinaréis sobre la mitad de la tierra. ¡Qué mundo hubieran construido mis manos de haber tenido yo las mismas oportunidades que os brinda la historia! En cambio vos las

despreciáis, y todo por correr a los brazos de un esposo que no ahorró esfuerzos para abandonaros marchándose a Flandes.

—Felipe no me abandonó. Ustedes impidieron mi partida. Pero yo no deseo cambiar el mundo, madre, ni quiero que vos cambiéis el mío.

—Me ofendéis Juana, pues nada os interesa. Solo Felipe.

—Vos lo habéis dicho madre. Solo Felipe. Y desde mi corazón, él es intocable.

—Y vuestra conducta, el trato descortés que habéis tenido con vuestros súbditos y el comportamiento que habéis

observado con el resto de las personas son algo indigno de alguien como vos. Tenéis un carácter cambiante y sois indisciplinada. Improcederes nada acordes para una futura reina y motivadores de murmuraciones nada buenas —criticó Isabel.

—El mal trato dispensado ¿a quién, madre? ¿A mi tesorero?, que se negó a cumplir mis órdenes. ¿A mi confesor?, que criticó severamente mi comportamiento. ¿Al cardenal Cisneros?, que no aceptó que mis opiniones no coincidieran con las suyas. ¿No soy acaso una persona igual a ellos ante los ojos de Dios y su futura reina

ante los ojos de los hombres? ¿A quién represento, entonces? ¿O es que acaso vosotros estáis usando y abusando de mi persona, para lograr mantener el poder en otras manos que no sean las mías?

—Yo cuido de vuestra salud, tanto física como mental, pero más cuido de los reinos, que Dios en su infinita misericordia me ha otorgado para la salvación de las almas que habitan en ellos. Como la heredera que sois, vuestra conducta no debe ser despreciable, pues si lo es, también lo serán vuestros reinos.

Durante aquellas interminables discusiones, madre e hija terminaban

levantando la voz con duras acusaciones, hasta herirse mutuamente.

—Olvidasteis que soy archiduquesa de Austria y reina de Flandes pero, sobre todo, soy la esposa de Felipe de Habsburgo. Olvidasteis también que tengo tres hijos que me esperan y que ya no me recordarán si continuáis empecinada, reteniéndome como prisionera del poder que más tarde o más temprano tendré que heredar. Debéis saber muy bien que no quiero ser la reina, si Felipe no es el rey. No quiero reinar sobre inmensas y desconocidas regiones más allá de los mares y sobre súbditos que nunca

llegaré a conocer, si eso implica vivir separada de mi esposo y de mis hijos. Para vos, madre, todo fue más fácil, pues al unificar los reinos permanecisteis junto a mi padre, a pesar de tantos desconsuelos. Recuerdo cuando debíais albergar bajo el mismo techo a todos los bastardos que mi padre os traía. Entonces volcabais vuestra furia contenida, no contra él, sino contra los moros, ¡blandiendo contra ellos la espada que no podíais enterrar en su corazón!

—Juana, ¡os ordeno que calléis! Desconozco a la hija que tengo ante mis ojos.

—Y yo desconozco a mi madre, la que un día me dio la vida y que ahora está empeñada en quitármela.

—¡No erais así cuando os marchasteis a Flandes! Los cambios en vuestra conducta son producto de la vida licenciosa que llevabais en la corte de los Habsburgo. El día que yo muera no quiero que Felipe, con su dudosa moral, gobierne España. Él deberá reinar sobre los Países Bajos y solo vos reinaréis aquí.

—Madre, vos solo veis vuestra propia conveniencia, jamás pensáis en mí, en lo que estoy sufriendo.

El mundo exterior no tenía noticias

de aquellas discusiones, porque los muros eran demasiado gruesos y la severa etiqueta de la corte castellana aseguraba el secreto perpetuo.

Con el tiempo las situaciones se tornaron cada vez más violentas, y muchas noches, Isabel y Juana se retiraban dando fuertes portazos, agotadas y con el corazón dolorido, para dormir sobresaltadas en medio de terribles pesadillas.

Los primeros meses del año 1504 continuaron su curso inexorablemente, mientras la reina permanecía en el castillo de La Mota, junto a una Juana retraída y silenciosa.

El rey Fernando hacía tiempo que no llegaba hasta Medina del Campo, disgustado por la conducta rebelde de su hija y, ante la imposibilidad de modificarla, había optado por no verla.

—Sé que Isabel terminará venciendo como siempre lo ha hecho —se decía a sí mismo cada noche desde el real alcázar de Segovia, mientras contemplaba a través de las altas ventanas de la torre de homenaje el desolado camino que se perdía en la meseta en dirección a La Mota.

Pero esta vez la reina fue vencida y ya sin fuerzas no consiguió imponerse. La resistencia de Juana pudo más que

las ya agotadas energías de la anciana Isabel, cuyo pulso temblaba y su voz, frecuentemente, se quebraba por el dolor.

Para Fonseca, De Moxica, Cisneros y para todos aquellos que la habían conocido en su juventud la imagen de Isabel I de Castilla constituía un triste episodio que se repetía a diario, cediendo ante la fuerza impetuosa de aquella hija que no le ahorraba disgustos.

Pero inesperadamente llegó para Juana la cuerda salvadora de Felipe.

Un enviado especial del archiduque se hizo presente en Medina del Campo,

con la orden expresa de que Juana regresara a Flandes de inmediato.

—Voy a reunirme con mi esposo. Lo hago porque ansío estar a su lado y porque él quiere que vuelva. Y si os negáis —amenazó Juana—, os acusarán de retener por la fuerza a la reina de una nación extranjera.

—Entonces partiréis —sentenció la reina ya cansada—. No tengo fuerzas para luchar contra vuestra obstinación. Que Dios os bendiga y proteja y haga que tengáis razón, aunque yo crea todo lo contrario.

Los Reyes Católicos perdieron finalmente la dura batalla, cediendo a

las presiones que ejercía Felipe de Habsburgo, aunque el orgullo les impidió que Juana viajara a Flandes a través de Francia.

—Regresaréis a Flandes, pero lo haréis con la dignidad que corresponde a una infanta de España —replicó la reina.

Juana partió hacia Laredo donde la flota la esperaba, preparada desde hacía tiempo. Allí fueron cargados todos los efectos personales de la princesa española, pero el mal tiempo y las tormentas mantuvieron a las naves ancladas en el puerto durante dos meses. ¡No importaba!, aquello era un acto de

Dios que duraría mucho menos que el prolongado conflicto entre madre e hija.

Al fin cuando ya se anunciaba la primavera, una feliz mañana de marzo, Juana y todo su séquito emprendieron el regreso a Flandes. El viento había cambiado de dirección para soplar hacia el este, hinchando las blancas velas de la flota que zarpó de inmediato. Distendida y serena volvió a ocupar los salones que se le habían asignado la primera vez en la nave del gran almirante. Y fue en el preciso instante en que se alejaba de las costas de España, que Juana cayó en la cuenta de que no se había despedido de sus padres.

—Es la primera batalla que Isabel pierde en su vida. Una clara señal de que ha envejecido y de que yo deberé prepararme para lo inevitable. Cuando ella se marche de este mundo, deberé ser yo quien siga empuñando las riendas de este reino. No puedo confiar en Juana. ¡Lo echaría todo a perder! Deberé intensificar mis influencias sobre esa joven cabeza, en la que pronto recaerá todo el inmenso poder — murmuró por lo bajo el rey Fernando.

El embajador de España en Flandes llevaba la difícil misión de velar, no solo por el cuidado de Juana, sino de conseguir a cualquier precio que Felipe

de Habsburgo enviase a España a su pequeño hijo Carlos, el primogénito. Los Reyes Católicos estaban dispuestos a educarlo como al futuro heredero y daban a cambio de aquel nieto su codiciado reino de Nápoles. El problema de la heredad se había convertido en una obsesión para Isabel que día a día iba debilitándose más.

En Andalucía y en Castilla la corteza del planeta se quebró en pedazos sacudida por un terremoto y de las entrañas de la tierra brotó humo y desolación. Era el Jueves Santo, 5 de abril de 1504, como el día en que había nacido Isabel. Se derrumbaron edificios

y la tierra se tragó los sembrados, millares de habitantes fueron sepultados vivos y las tumbas se abrieron para apresurar la partida hacia el otro mundo.

En un siglo no había sucedido nada igual y mientras el rey tomó el fenómeno como un mal augurio, Isabel rezó durante largas horas, resignada, aceptando la voluntad divina.

La primera carta de su madre le esperaba a Juana a su arribo a Flandes. En ella le reprochaba su desamor y el haber huido de España sin tener el menor gesto de afecto hacia ellos. Más adelante, un poco más desahogada, se refería al terremoto de Semana Santa

como uno de los acontecimientos más tristes del siglo.

Durante un mes las campanas de todas las iglesias de España doblaron a muerto con graves notas. Todo el pueblo vistió de luto. Sin embargo las malas noticias no afectaron el ánimo de Juana, que jubilosa marchaba al añorado reencuentro con Felipe. Aquel pensamiento de encontrarse nuevamente frente a frente le exaltaba el corazón y le hacía brillar los ojos, con la misma intensidad de la primera vez.

De repente en su memoria todo se había esfumado. Perdidos en el recuerdo flotaban los amargos días de encierro y

silencio en Medina del Campo; los llantos solitarios que acompañaban la conciencia punzante de una soledad brutalmente impuesta por la ausencia; los gritos reprimidos entre las frías y blancas almohadas; las lágrimas contenidas ante los ojos inquisidores de una corte que esperaba verla vencida y doblegada al manejo de mezquinos intereses. Pero ya no recordaba nada. Volvía a pisar la tierra de sus grandes amores: de su adorado Felipe y de sus amados hijos Isabel, Leonor y Carlos. Por fin podría volver a estrecharlos nuevamente entre sus brazos, vacíos de tanta ausencia y separados por un año y

medio de soledad.

Retorno Flandes

Cuando el viaje estaba llegando a su fin y con él también la agonía amorosa de Juana, unos disparos de cañones tronaron a través del mar, perturbando la calma del viaje.

El gran almirante se hizo presente de inmediato en el salón para alertar a su huésped real.

—¡Alteza, no os alarméis! ¡Solo se trata de una cortés salutación!

La flota navegaba sobre las costas

francesas próximas al estuario del Escalda, siendo el lugar estratégicamente desfavorable para un enfrentamiento naval.

—¿Los franceses nos saludan? — preguntó Juana llena de estupor.

—Pues a la vista está y os confío que este saludo me resulta por demás grato —contestó el gran almirante con una sonrisa.

Las veloces naves francesas se habían acercado a la flota española y, mientras izaban sus banderas, efectuaron los cañonazos para volver de inmediato al puerto de Calais.

Las naves españolas respondieron

gentilmente a los disparos y arrojaron sus enseñas, pero permanecieron juntas ante el temor de que aquello no fuera otra cosa que una astuta maniobra de Francia.

—Almirante, ¿ha terminado la guerra?

—No lo sé, alteza. Aún no he sido notificado.

—Tal vez la guerra continúa y el rey Luis XII solo se limita a saludar a la archiduquesa vasalla de Borgoña.

—Estoy desconcertado alteza y desconozco los objetivos de Francia.

El viaje continuó tranquilamente y, a la entrada del estuario del Escalda, una

goleta austríaca con el águila bicéfala del imperio recibió a la flota española, invitándola a detenerse.

—En materia naval, los Habsburgo pretenden imponerse a un precio demasiado alto —protestó el gran almirante. Pero no tuvo más remedio que echar anclas y detenerse.

El emisario imperial subió a bordo con la orden expresa del archiduque de que la archiduquesa debía embarcar de inmediato en la goleta, para ser trasladada con rapidez a Gante.

—¿No hay ninguna carta de Felipe dirigida a mí? —preguntó Juana al almirante Fadrique.

—Absolutamente ninguna, alteza. Solo las órdenes expresas de que vos y vuestro séquito seáis embarcados para Flandes y de que yo regrese de inmediato con toda mi flota a España. La paz parece haber llegado a Italia, porque el rey de Francia y el emperador Maximiliano I han concertado una tregua y a eso se debieron los saludos.

—¡Felipe lo consiguió! —rió Juana emocionada—. ¡El Príncipe de la Paz logró lo que deseaba!

—Alteza —dijo el almirante ante la situación que se presentaba—, ¿no deseáis regresar nuevamente a España que es vuestra tierra y el lugar dónde

deberíais estar? Bien sabéis que sois mi sobrina nieta y siento por vos un entrañable cariño.

—Al igual que yo por vos, almirante. Pero mi lugar está aquí, aquí pertenezco y aquí he decidido quedarme.

—¡Ojalá que no os arrepintáis nunca!

—Nunca me arrepentiré por una sencilla razón, en Flandes me esperan mi esposo y mis tres pequeños hijos.

En el mismo instante en que la flota española zarpaba de regreso hacia Laredo, Juana embarcaba en la dorada goleta rumbo a Gante.

Nuevamente volvía a navegar por

los tranquilos ríos de las llanuras flamencas, límpidos y claros, que de tan serenos parecían a punto de detenerse. Desde las verdes lomadas, los molinos de viento parecían saludarla con sus aspas gigantescas y más allá, río arriba, donde la tierra era más alta, el lino se secaba al sol en pequeños montones cónicos.

Recostada en un sillón sobre la cubierta, disfrutaba del paisaje y de la alegría que experimentaba su corazón frente al regreso añorado. Un grupo de músicos ejecutaba en su honor viejas danzas flamencas y un agradable ensueño parecía embargarla, al admirar

la destreza con que Felipe había logrado conseguir la ansiada paz.

Pero lo que Juana desconocía era que la verdadera razón de aquella paz con Francia estaba lejos de haberse logrado por las habilidades de Felipe. El motivo fundamental era que la reina Isabel no sentía aquella guerra dentro de su corazón, porque Juana, su hija heredera, involuntariamente, estaba comprometida con el bando contrario. El rey Fernando había accedido, aunque de mala gana, al cese de las hostilidades por un tiempo prudencial, mientras continuaba reorganizando sus fuerzas a la espera de los acontecimientos.

Por aquellos días, Felipe de Habsburgo se paseaba con su porte gallardo por las Cortes europeas, bajo las miradas de beneplácito y aprobación universal que reconocían en él al verdadero autor de aquella misión pacificadora.

El emperador, su padre, le había otorgado aquel ansiado título de Príncipe de la Paz, inmenso e impresionante, llenándolo de júbilo, pasando a engrosar la lista interminable de títulos que ostentaba, algunos de los cuales ya casi no recordaba.

Durante la prolongada ausencia de Juana, las fiestas y las celebraciones

habían invadido la corte imperial y Felipe, el Hermoso, rodeado de embajadores adúladores y de bellas damas, se fue tornando cada vez menos reservado y más susceptible al encanto de las hermosas mujeres que le rodeaban. Su actitud conquistadora y sus no pocos devaneos lo tornaban irresistible para toda la corte femenina que se inclinaba a su paso esperando sus miradas y sonrisas y, por qué no, alguna invitación casual a compartir sus horas cuajadas de distracciones.

Los murmullos de que el hechizo español no funcionaba a distancia corrían como el viento por los

luminosos y acristalados corredores palaciegos y los jóvenes nobles, compañeros de aventuras del archiduque, al igual que casi todos los estadistas que le seguían, coincidían en afirmar que Felipe ya había cumplido con su deber dinástico, al engendrar cuatro hijos que aseguraban la descendencia y la herencia de las apetecidas coronas imperiales, reales y archiducales. Con el deber cumplido, podía gozar de un buen merecido descanso, disfrutando de la vida, como era la costumbre de los reyes.

Solo el embajador de España en Flandes, don Gutierre Gómez de

Fuensalida, sombrío y orgulloso, se había animado a hablarle.

—Vuestra alteza imperial, haríais muy bien en recordar que vuestros amigos de fiestas y celebraciones solo persiguen en vos algún fin interesado. Cuando os invitan a divertirlos, solo lo hacen con el deseo de que dejéis escapar de vuestros labios alguna frase imprudente, que beneficie para su propio provecho a los gobiernos que aquellos representan. ¡Cuándo un príncipe se pone ebrio, se torna un príncipe doblegable!

—¿De qué habláis señor embajador? Vosotros, los nobles hidalgos españoles,

tenéis una visión equivocada de lo que es la diversión. ¡Sois demasiados serios! ¡Pareciera que siempre vivís en Viernes Santo!

—Vuestra alteza imperial debería recordar que cuando la voluntad de Dios lo disponga y llegue a reinar sobre España, solo lo hará en nombre de la archiduquesa Juana, su esposa.

Felipe no pudo tolerar que el diplomático español lo tratara de ebrio y esa misma noche hizo que uno de sus servidores deslizara una poción —que no alteraba el sabor— dentro de su copa de jerez. Y aquel digno y fiel representante de España cayó de bruces,

borracho, ante la diversión de toda la corte flamenca.

Dos días después, Juana arribó a la ciudad de Blankenberge, pero esta vez no tuvo necesidad de esperar catorce largos días para ver a su esposo. Felipe acudió con todo su séquito, deseoso de conocer a su pequeño hijo español y estrechar entre sus brazos a la heredera de España y de todas aquellas inmensidades lejanas, recién descubiertas por Colón.

La goleta atracó en el muelle y Juana descendió por la escalerilla con un vestido color escarlata apretado en su cintura. Un collar de rubíes y brillantes

adornaba su terso cuello y el corazón de Felipe, al verla, dio un vuelco de emoción. Olvidando el protocolo y las miradas indiscretas se apresuró para tomarla entre sus brazos.

—¿Me extrañabais, Juana?

Emocionada, sentía que Felipe le encendía la sangre y que por sus venas se aceleraba aquel ritmo enloquecido de su corazón palpitante que parecía crecer cada vez más con aquel ansiado abrazo.

—Con toda mi alma, amor mío.

—Me encanta sentir que aún me amáis, Juana.

—¿Pero por qué habéis tardado tanto en mandarme llamar a vuestro

lado? Todo este tiempo separada de vos ha sido insoportablemente triste para mí. Por momentos creía que iba a enloquecer. Espero que jamás vuelva a suceder.

—Lo sé, Juana, pero no podía llamaros antes.

—¿Por qué, amor mío?

—Anduve mezclado en los asuntos de la guerra, buscando la paz.

—Mi Felipe, mi adorado Felipe, siempre buscando la paz para los otros, pero no para mi alma que tanto la necesita. ¿Hacia dónde partiremos?

—Hacia Bruselas. Allí os esperan ansiosos Carlos, Leonor e Isabel.

El corazón de Juana se agitó de nuevo dentro del pecho. El encuentro con sus hijos era algo que la consumía como una hoguera. Rescataría del olvido aquel trío diminuto y pequeño cuyo recuerdo le laceraba el corazón como un reproche, por haber sido una madre ausente y lejana.

Llegaron a Bruselas al día siguiente. Los carruajes del séquito avanzaron por los inmensos jardines imperiales salpicados de flores que nacían bajo las mismas ventanas del palacio y se extendían hasta donde la vista se perdía. El alma de Juana se exaltó de gozo, pues volvería a besar aquellas mejillas

suaves y perfumadas de sus tres adorados retoños. Las salas de recibo y los grandes salones se mostraban iluminados y resplandecientes desde lejos. Los magníficos candelabros de plata habían sido encendidos presurosos ante la llegada de la archiduquesa, y su luz se reflejaba en destellos dorados sobre los inmensos espejos venecianos multiplicando la luminosidad de los salones. Jarrones de porcelana repletos de tulipanes y jacintos azules perfumaban el aire y desde los brillantes cristaleros las miniaturas parecían cobrar vida envueltas en aquel suave resplandor.

Todos los habitantes del palacio esperaban inmóviles como estatuas a los pies de la inmensa escalera, para dar la bienvenida a la archiduquesa de Austria, futura reina de España y de todo el nuevo mundo apenas doce años atrás descubierto.

Madame de Halewin se adelantó a todos, tomada de la mano de los tres pequeños príncipes imperiales, que iban vestidos primorosamente de terciopelos, encajes y botones de plata. Los niños llevaban en sus manos tres ramilletes de narcisos blancos, las flores preferidas de su madre. Apenas la vieron, caminaron nerviosos y algo retraídos

hacia el postergado reencuentro.

—¡Mis tres amores! —alcanzó a balbucear una Juana turbada por la emoción. Y abrazándolos fuertemente contra su pecho, sintió que recuperaba en aquel abrazo, todo el amor de un año y medio de ausencias.

Aquel momento era muy especial para los niños que la miraban entre risueños y desconcertados, hasta que Leonor, la mayor de todos, se atrevió a preguntar en francés.

—*Madame, vous êtes notre mère, l'Archiduchesse?*

—*¡Oui, je suis votre mère!* —respondió Juana embargada por la

emoción.

Los pequeños príncipes no dejaban de mirarla entre risas y asombros, pues no reconocían a esa bella reina que les llamaba «hijos» y que les decía ser su «madre».

De inmediato Juana ordenó desempacar el arcón con los regalos españoles y los tres infantes comenzaron a perder la timidez poco a poco.

Madame de Halewin se acercó con la parquedad acostumbrada y esbozando una sonrisa besó la mano de la archiduquesa haciendo a la vez una gran reverencia.

—Madame de Halewin, os eché de

menos.

—Y nosotros a vos, señora mía. ¡La felicidad ha renacido en este palacio con vuestro regreso y espero perdure por muchísimos años!

—Gracias, así también yo lo deseo —respondió Juana sonriente.

—¡Así, rodeada de vuestros hijos, estáis más hermosa que nunca! —dijo Felipe con beneplácito, mientras no dejaba un momento de contemplarla.

—¡Vosotros sois los hacedores de mi felicidad! Y sentándose en un sofá, abrazó a sus tres pequeños, que se le habían acercado.

Luego los archiduques de Austria,

seguidos por sus tres niños y sus doncellas, se dirigieron al salón de Música a desenvolver las cajas con los regalos. Caballos de balancines, tamboriles y tambores, cítaras, pájaros de madera tan lindos y coloridos que parecían querer rivalizar con la hermosura de los tres Principitos, hicieron las delicias de la prole real en aquella maravillosa tarde del reencuentro.

Juana se sentó frente al clavicordio soltando al aire las notas de una dulce melodía castellana. La música resonó clara, penetrante, confundiéndose poco a poco con las risas infantiles y el bullicio

alegre de los niños. El pequeño Carlos, que estudiaba música y le gustaba tocar la espinela y el órgano, deleitó luego a su madre con una canción. Juana, al borde de las lágrimas, lo miraba extasiada. El tiempo transcurrió serenamente y cuando la noche luminosa mostró su cielo tachonado de estrellas, Juana y Felipe, en la intimidad de sus aposentos, se amaron con pasión desenfrenada. Había pasado un año y medio sin verse ni tocarse, pero al solo contacto de la piel, el fuego había vuelto a arder con la locura del amor de antaño y sus almas se habían vuelto a fundir en aquella apasionada convergencia.

—¿Aún me amáis? —preguntó Juana temblorosa.

—Y vos, Juana I de Castilla, ¿aún lo dudáis?

Sin embargo aquella prolongada separación había confundido y alterado la confianza de Juana. Felipe no era un hidalgo castellano y por lo tanto no se hallaba acostumbrado a practicar las rígidas y austeras costumbres españolas. Él era un apuesto rey flamenco, de magnífica figura, de agradables modales y sonrisa fácil. Su cabello cobrizo y ensortijado le caía en mechones sobre la frente, dándole un aspecto seductor y extremadamente atractivo,

contribuyendo aún más su carácter alegre y festivo. Por toda esta conjunción era que ante el menor gesto amable del futuro emperador y rey consorte de las Españas, las jóvenes damas de la corte doblaran sus frágiles cinturas derretidas en agradecimientos y en sonrisas. Esto hacía que él se dedicara con entusiasmo a los goces de la vida, pues las dos magníficas coronas que pendían sobre su hermosa cabeza lo hacían más apetecible aún, ante los ojos femeninos.

Y fue a partir de entonces, con aquel regreso, que Juana comenzó a sentir recrudecer los celos motivados por las

bellas jóvenes que integraban la corte y que no mezquinaban ni ahorraban cumplidos, al paso de su joven y esbelto esposo, bien llamado por todos: el Hermoso. Estas actitudes terminaron abruptamente con la dicha del retorno. Todo se volvió sospechas. Todo se volvió intranquilidad y sobresaltos. Si Felipe llegaba demasiado tarde por las noches o si se marchaba con el alba apresurado, si alguien le miraba o si le sonreían, si le nombraban o si le escribían, todas estas situaciones se volvieron una tortura para el alma de Juana, insegura de su amor. Un alma que se dejaba dominar por los celos que

todas aquellas acciones le producían. Entonces todo se volvió intrigas, y así, ella pensó que iba a enloquecer.

Durante el día lo buscaba anhelante, mas siempre en vano. Felipe de Habsburgo desaparecía misteriosamente, como si se lo tragara la misma tierra. Apesadumbrada, caminaba por las alfombradas galerías palaciegas, sin encontrar a nadie que pudiera informarle sobre el destino de su esposo. Perdida, deambulaba por los inmensos corredores solitarios, deteniéndose ante cada puerta cerrada amenazadoramente, sin atreverse a abrirla. La sola idea de sorprender a su

amado en brazos de otra mujer, la paralizaba.

—¿Dónde estáis por Dios, Felipe?
¿Dónde?

Por aquellos días el desasosiego la invadió por completo, pero fue la confirmación, de su fiel doncella mora, de que Felipe la engañaba, lo que terminó por destrozar su pobre y angustiado corazón.

—¡Solo quiero la certeza de lo que acabáis de decirme, Zoraida!

—Os lo demostraré, alteza.

—Entonces, ¿sabéis su nombre?

—Lo sé, alteza —dijo la doncella angustiada.

—¿Quién es? ¿Quién es la mujer que me roba su amor y es causa de mis desvelos?

—La que roba vuestro amor y vuestro sueño, alteza, no es otra que la condesa Germaine de Foix, sobrina del rey de Francia.

Juana sintió que su pecho iba a estallarle de dolor. Tenía dificultades para respirar y estaba a punto de desmayarse. La fiel Zoraida le ayudó a sentarse y de inmediato corrió en busca de un vaso de agua, al que le agregó tres cucharadas de azúcar cande y se lo dio a beber en pequeños sorbos.

Apenas lo bebió, Juana se sintió

recuperada, entonces volvió a interrogarla.

—¿Y os parece hermosa?

—Vos sois más hermosa, alteza.

—Mi buena Zoraida, ¿cómo habéis descubierto el engaño?

—Sin querer, alteza. Cuando esta tarde me mandasteis en busca del libro de Herodoto a la biblioteca, entró la condesa y, sin saber que yo estaba allí, buscó en el primer estante de la izquierda, en el primer libro, en la primera hoja. Yo me escondí tras los espesos cortinados, entonces ella sacó un sobre y mostrándoselo a su doncella, entre risas y alborozos, exclamó:

«Felipe me espera como siempre, a la hora y en el lugar indicado».

Juana sintió en aquel momento que una espada traspasaba su corazón y que todo su mundo se derrumbaba en mil pedazos. No podía llegar a comprender cómo su amado Felipe, que le había jurado su amor por toda la vida, le escribiera amorosas misivas a una amante.

—Decidme, Zoraida, ¿a qué hora la condesa busca sus mensajes?

—A la hora nona, alteza.

—Tengo un plan, querida Zoraida.

Mientras los rayos del sol inundaban con sus reflejos dorados el amplio

corredor del poniente, aquel por donde los pasos parecían perderse sobre las mullidas alfombras carmesí, Juana, escondida detrás del ancho marco de la puerta del salón de Música, podía divisar la entrada a la biblioteca. Deseaba con ansias no ver aparecer a la condesa, pero al final del corredor, sobre el fondo adamascado de los cortinados, divisó su figura. Magnífica y despreocupada venía acompañada por sus dos damas de honor. Vestida con gran encanto su paso ligero hacía mover graciosamente su vestido celeste de doble falda, apretadísimo sobre su fino talle. Unas cintas de seda al tono

colgaban de sus rizados cabellos cobrizos, recogidos en un pequeño *chignon* sobre la nuca, dejando caer sobre su espalda el resto de su larga cabellera.

Con sus ojos atentos cual ave de presa, Juana siguió su andar rápido y sigiloso. La condesa entró en la biblioteca sin hacer el menor ruido y las doncellas que la acompañaban, vigilantes y atentas ante cualquier movimiento, esperaron fuera, en el ancho corredor. Cuando al cabo de unos minutos, la puerta se volvió a abrir, Germaine llevaba entre sus manos un pequeño sobre. Sonriente se lo mostró a

sus damas y, volviendo sobre sus pasos, las tres mujeres se perdieron al final de la acristalada galería.

Alterada por el llanto, Juana corrió hacia sus aposentos y casi sin aliento se encerró bajo doble llave dentro de sus habitaciones, guardando cama. Dio orden expresa de no ver a nadie por el resto de la tarde, no visitó a los niños, no concedió audiencias y no comió absolutamente nada, a la hora de la cena. Las voces y las preguntas se acallaban en la antesala de sus aposentos.

Pero lo peor de todo fue su negativa a recibir al archiduque. La noticia corrió como un reguero de pólvora dentro del

palacio y cuando la paciencia de Felipe, al cabo de dos días, se agotó, dio la contraorden terminante de que abrieran la puerta por la fuerza. Los sirvientes obedecieron de inmediato. El archiduque entró como un huracán y encontró a una Juana pálida y ojerosa, sentada en el piso, que lo miraba con tristeza.

—¿Podéis decirme qué os sucede? ¿A qué se debe vuestro extraño comportamiento? Debéis darme una respuesta, ¿por qué os habéis negado a abrirme la puerta?

Acurrucada, con sus manos juntas, Juana le miraba sin pronunciar una sola

palabra.

—¿Os habéis encerrado para rezar? ¿O tal vez, os habéis colocado el cilicio para martirizaros? ¡Contestadme Juana!

—¡No me encerré para rezar, sino para pensar! ¡Y no es el cilicio lo que tortura mi cuerpo, sino que sois vos, Felipe de Habsburgo, el que tortura mi alma! ¿Qué hace aquí en la corte esa mujer?

—¿A qué mujer os estáis refiriendo?

—A la condesa de Foix.

—¿Germaine? Supongo que es integrante del contingente francés que ha llegado a Gante después que se firmó la paz.

—¡Es una mujerzuela! Hace tiempo que observo su actitud descarada con los nobles que os rodean, y ahora veo que también lo hace con vos.

—¡Eso prueba que no hay nada entre ella y yo!

—¡Es un demonio!

—¡Estáis celosa!

—¡Sí, lo estoy!

—¡Dejad de pensar en fantasías!

—¡Os habéis apresurado, Felipe!

—¿Por qué?

—¡Al decirme que eso prueba que no hay nada entre vosotros!

—¿Acaso deseabais que os dijera que sí, lo hay?

—¡No! ¡No os atreváis conmigo, Felipe!

—¿Entonces, Juana? Creo que deberíais acostumbraros nuevamente a vivir en Flandes.

—Lo estoy intentando.

—Esto no es España. Y dejad esos sombríos y oscuros vestidos que oscurecen vuestros pensamientos.

—Los llevo porque estoy de luto.

—¿De luto? ¿Por quién?

—¡Por la víctimas del terremoto que asoló Castilla!

—Pero aquí en Flandes no hubo ningún terremoto, por lo tanto os ruego que os vistáis como la reina flamenca

que sois.

—Os parezco terriblemente fea, ¿verdad?, ¿es eso lo que me queréis decir? No me engañéis.

—¿Qué estáis diciendo?

—Que me desespera el no veros, el no estar con vos, el no tocaros y creo que ella sí puede hacerlo. Entonces siento que los celos me van a volver loca.

—Estáis loca, Juana. Me veis a todas horas, cuando vos lo deseáis. ¡Si hasta he debido ordenar que abrieran vuestra puerta por la fuerza!

—Pero no puedo veros tan a menudo como lo hacen vuestros embajadores.

—Con ellos debo discutir sobre asuntos importantes. ¡No olvidéis que aquí en Flandes, yo soy el rey!

—¡No lo he olvidado! ¡Pero creo que vos sí lo habéis olvidado! ¡Habéis olvidado que yo soy vuestra reina y aun así, ni siquiera os veo tan frecuentemente como os debe ver Germaine de Foix!

—La condesa de Foix, deberéis decir —respondió con fastidio Felipe—, está aquí en misión diplomática.

—¿Y qué es lo que desea? ¿Qué busca? ¿Cuáles son sus objetivos?

—Lo que desean todos —contestó airado el archiduque.

—Lo sospechaba —respondió Juana con tristeza.

—No, Juana. ¡Por favor! Lo que desean todos los embajadores. Es decir mis buenos oficios y mis influencias sobre el emperador y el rey de Francia.

—¡Ningún embajador debería ser mujer! Y mucho menos, una mujer hermosa.

—¿Lo decís por la condesa? ¿Es realmente hermosa? No había caído en la cuenta —respondió Felipe con tono despreocupado.

—Sois el único, entonces. Ningún hombre deja de fijarse en la belleza de una mujer hermosa.

—¡Y vos, Juana, sois terrible! Lo que la condesa de Foix desea realmente es que prestemos nuestra ayuda al rey Luis XII contra la amenaza española.

—España jamás amenazó a su padre el conde de Étampes, Juan de Foix.

—No os explicaré ahora de qué modo vuestros padres han amenazado rodear el condado de Foix con sus ejércitos durante la última guerra. Realmente no lo entenderíais. No tenéis práctica para comprender la política de los reinos. El poder debe ser equilibrado porque, de no ser así, es imposible lograr una paz duradera. Y eso es lo que busca la condesa de Foix:

la paz. Solo la paz.

—Y como vos habéis sido nombrado el Príncipe de la Paz, ha dado con la persona indicada. Pero creo que equivocó el camino. No es eso lo que desea. Ella desea la guerra. Pero la guerra entre vos y yo. Entre Juana de Castilla y Felipe de Habsburgo.

—Vuestras palabras son demasiado duras, Juana. No conocéis lo que significa la diplomacia. Vuestra madre o vuestro padre jamás las habrían pronunciado.

—¿Pensáis interceder en favor de esa mujerzuela?

—La Inquisición, querida mía, está

en España, no en Flandes. ¿O es que vos sois uno de ellos? ¡Terribles inquisidores que violan abiertamente la libertad de conciencia, contraria al espíritu mismo de la cristiandad! Pero tened bien claro, Juana, que yo procederé como lo considere más conveniente para el bien del imperio.

—Pero vos, ¿no la creéis hermosa?

—Supongo que podría decirse que es una mujer bella.

—¡Por eso, solo por eso, os dejaríais influenciar sobre vuestras decisiones!

—¿Cómo os atrevéis a afirmar algo que sabéis muy bien que no haré?

—¡Imaginaos que os lo pide por la mañana!

—¿Qué diablos queréis decir?

—Que mañana os pide que intercedáis por ella.

—Estudiaría la petición.

—Pero imaginaos mejor que os pide que intercedáis por ella, pero por la noche, cuando vos y ella estáis encerrados a solas, en alguna de las habitaciones de nuestro palacio, y yo, tonta de mí, ignorándolo todo, absolutamente todo, ¡viviendo al margen de lo que estáis haciendo!

—¡Eso no ocurrirá!

—Pero imaginaos que ocurre. Ella

es hermosa, persuasiva. Y vos sois complaciente. Tal vez alguna noche, con algunas copas de más...

—Nadie jamás ha podido persuadirme de que actúe en contra de mi propia voluntad. ¿Por qué esa obstinación, Juana, en imaginar cosas que no existen y que están destrozando nuestro amor?

—Porque os imagino detrás de cada puerta en situaciones que ni siquiera a mi director espiritual me atrevería a confesar.

Felipe, ya cansado, reaccionó.

—La condesa de Foix es una mujer sin principios, calculadora, fría y

egoísta que haría cualquier cosa para lograr sus cometidos, simulando pasiones que no siente, causando en mí un profundo desagrado y desconfianza. ¿Estáis conforme ahora?

—¿Por qué decís que simula pasiones que no siente?

Felipe rió con ganas.

—No soy tonto, Juana. Observo. Me mira detenidamente y suspira, diciéndome que solo yo puedo ayudarla. Y a veces cuando baila se aprieta tanto junto a mí, que me obliga a recurrir a mis fuerzas para que no caiga al suelo.

—¿La condesa de Foix se comporta de esa manera con vos?

—Las personas que tienen algo que ganar siempre se comportan de una manera similar.

—¿Y vos creéis por ventura que esas cosas no os importan?

—Estoy seguro de que no me importan. Pero basta. Basta. ¡Dejadme ya de interrogar! —respondió Felipe tremendamente fastidiado y fijó desafiante sus claros ojos color de cielo sobre los sombríos ojos de la reina.

Preocupado, mandó a llamar con urgencia a don Martín de Moxica. El astuto tesorero llegó de inmediato como si hubiese estado escuchando la conversación detrás de la puerta.

—Don Martín, no perdáis ni un solo detalle del extraño comportamiento de mi esposa. Observad. Observad su raro aspecto, acurrucada en el piso y rodeada por un harén de esclavas moras. Anotad todo en vuestro diario e informad a vuestras Majestades Católicas de la conducta de la princesa de Asturias. Además he sido notificado desde Castilla de que no tardarán en requerirme, a fin de justificar personalmente ante esa corte de santurrones mi frívolo comportamiento y mi desamor por la archiduquesa. Por lo tanto, pongo en vuestro conocimiento que no renunciaré a mi vida de siempre.

Pero para eso deberéis prepararme una buena justificación. Anotadlo todo, don Martín, sin omitir ningún detalle.

Desde su arribo a Flandes de Moxica jamás había rendido cuentas a Juana, sino que se las rendía a Felipe. Y fue también en aquella oportunidad en que Felipe y don Martín abandonaron los aposentos de Juana, cuando el archiduque, cerrando las puertas tras de sí, expresó.

—Lo habéis visto con vuestros propios ojos. La archiduquesa de Austria no está en sus cabales.

El tesorero no se atrevió a afirmar nada. Mucho temía a los Reyes

Católicos, convertidos desde el descubrimiento de América y la conquista de Granada en una de las parejas reales más poderosa de toda Europa. Cristóbal Colón había venido a sumar extensiones infinitas y desconocidas de un mundo paradisíaco, convirtiendo a Isabel I de Castilla y a Fernando II de Aragón en los monarcas con más posesiones territoriales del mundo.

Todo aquel inconmensurable patrimonio heredaría Juana, extensiones de un reino muy superior al de su esposo que ansioso de poder, de coronas, de nuevas tierras y de nuevos súbditos

quería hacerla pasar por loca.

Martín de Moxica continuó desempeñando por largo tiempo el papel de informador, motivo por el cual el rey Fernando solía exclamar cada vez que llegaban a sus manos noticias de Flandes:

—Nadie podrá negar que el muy astuto Martín de Moxica está cobrando una doble paga, la que le otorga Juana y la que le entregamos nosotros.

De Moxica informaba:

La archiduquesa Juana interroga horas enteras al archiduque, llegando a veces a levantarle la voz, y cuando Felipe de Habsburgo se cansa de los interrogatorios

se retira ofuscado, dando un portazo.

Como consecuencia lógica de aquellos enfados, el archiduque trata mal a sus servidores, causando estupor en quienes le han servido desde la niñez, pues siempre han sido sus costumbres la cortesía y la diplomacia.

Bebe más de lo acostumbrado y se rodea siempre de amigos. Anoche bebió cerveza junto al conde de Pest hasta las cuatro de la madrugada y al retirarse a descansar, lo hizo en sus aposentos, separados de los de la archiduquesa y comunicados entre sí por una puerta de doble hoja que permanece desde hace varios días cerrada con llave.

Lamento informar a vuestras Majestades Católicas de que los archiduques hace tiempo que no duermen en la misma habitación. Ambos parecen

profundamente disgustados entre sí.

Molesto, el rey Fernando exclamó:

—¿En qué piensa ese Habsburgo para desairar así a nuestra hija?

—¿De quién siente celos Juana? — preguntó con honda preocupación la reina.

—Nada dice De Moxica en sus informes —acotó el rey.

—Es posible —habló la reina fatigada— que el amor de Felipe no esté concentrado solo en nuestra querida Juana.

—Eso no sería tan peligroso — respondió con astucia el rey.

—Juana volverá a enamorarlo. La juventud y el carácter posesivo y ardiente de Felipe le dotan de poderosos deseos, y Juana sabrá perfectamente cómo encauzarlos.

—¡Ojalá no os equivoquéis, pero Juana no es como vos!

—El bien de España está sobre todo —dijo la reina—, y sé que Dios y las potestades celestiales estarán al lado de nuestra hija.

Pero la reina Isabel continuaba demasiado enferma y el rey Fernando no deseaba contrariarla. Pasaba largas horas junto a su lecho y conforme iban transcurriendo los días sacaba todo lo

mejor de sí para ofrecérselo a ella. Sin embargo, esto no significaba que no continuara con sus actividades diplomáticas. Tenía espías y emisarios en todos los reinos de Europa de donde periódicamente le llegaban informes que no confiaba ni a la reina. Algunas veces para no preocuparla, otras porque no deseaba que ella se enterara. Y fue precisamente una de aquellas noticias que lo hizo enfurecer. De Moxica le informaba de que la causa real de los tormentos de Juana tenía nombre de mujer: la condesa Germaine de Foix.

No la había olvidado. Cuando tiempo atrás la había conocido en

Barcelona, le había impresionado profundamente y ahora que se enteraba de que era la causa de los celos de su hija, los suyos no tardaron en aflorar.

Su corazón sintió una fuerte conmoción y el odio hacia Felipe de Habsburgo creció desmesuradamente. Así diariamente mientras le leía algún libro religioso a la reina enferma, su mente volaba a Flandes y ya no podía desprenderse de la imagen de Germaine.

En Gante, Juana seguía presa de sus tormentos e insistía con sus interrogantes aferrándose a lo que nunca hubiera deseado que existiera. Aquella situación desencadenaba la ira de Felipe que se

veía cada día más acorralado y perseguido por una esposa celosa y posesiva.

Sobre el final de aquel año y medio de ausencias Felipe había dejado de serle fiel, pues eso era algo inaudito para los príncipes y reyes de la época. Pero todas habían sido aventuras pasajeras y no se había enamorado, hasta el momento, de ninguna otra mujer.

Una noche después de la cena, tras una agotadora jornada de trabajo, el archiduque se reunió con su gran amigo de la infancia, el conde de Pest.

—Decidme Janos, ¿os han acusado alguna vez de algo que jamás habéis

cometido?

—Nunca, alteza, pues no he dejado nada sin cometer —rió el conde con ganas.

—¿Y cuando erais más joven?

—No lo recuerdo, dado que ha pasado mucho tiempo desde entonces. Con los años, todo se olvida. Y si hasta un simple conde puede olvidar, con más razón podrá hacerlo un rey.

—He sido acusado injustamente por la amistad que sostengo con Germaine.

—¡Lo sé, alteza!

—¿Cómo es que lo sabéis? —interrogó Felipe con curiosidad.

—La condesa de Foix me lo ha

confiado y no me ocultó el dolor y la pena que siente.

—¿Por qué?

—Porque la archiduquesa Juana está convencida de que vuestra alteza la ama perdidamente.

—Ignoraba que la conocierais tan bien.

—Así es.

—Debo confiaros que considero a la condesa una mujer fría y carente de escrúpulos.

—Germaine de Foix no es precisamente lo que se da en llamar una mujer fría. Y en cuanto a su falta de escrúpulos podría deciros que es una de

las mujeres más provocativas de vuestra corte.

—Es verdad lo que acabáis de decir. ¡Pero no es verdad de lo que acaban de acusarme!

—Para vuestro problema, archiduque, solo hay un remedio — aconsejó el conde.

—¿Cuál es ese remedio?

—Hacer aquello de lo que se os acusa.

Felipe rompió a reír festejando las ocurrencias de aquel amigo trece años mayor.

—¡Sois muy sabio, Jano!

—¡Espero que vuestra alteza jamás

reproche ni se arrepienta de mis consejos!

—Nunca. ¡Sois un amigo leal y bueno! Pero decidme, ¿dónde se encuentra la condesa?

—Esperando a vuestra alteza, como siempre, hasta que vos lo decidáis. Pero impaciente pues la estáis haciendo esperar demasiado.

—Todo el mundo persigue un fin interesado —musitó Felipe por lo bajo—. ¿Cuál será el vuestro?

—Solo gozar de vuestros favores, alteza.

—¿Solo eso?

—Solo eso, alteza. Os lo juro por mi

propio honor.

—¿Y qué favor deseáis ahora?

—Pagar una deuda de juego. Pues si no la pago, afectará mi honorabilidad.

—¿Cuánto dinero debéis?

—Mil florines, alteza. Pero si vos queréis podríais descontarlos de la paga de Martín de Moxica, que por estos tiempos está cobrando doble por espiar a vuestra alteza.

—¿Y quién le paga, además de la archiduquesa?

—Los Reyes Católicos, vuestros suegros.

—¿Y sabe eso mi esposa?

—Ignora todo. Y espero que vuestra

alteza no me lo reproche el día de mañana.

—No temáis Janos y decidme, ¿dónde se encuentra la condesa de Foix?

—Tal vez hoy, cansada de tanto esperar, se haya decidido y se encuentre visitando vuestro lecho, dado que vos no visitáis el de Juana. ¿Por qué no lo averiguáis vos mismo?

Cuando el archiduque entró en sus habitaciones, vislumbró en la suave penumbra el cuerpo desnudo de Germaine recostado sobre su inmenso lecho.

A partir de entonces Felipe dejó de frecuentar los aposentos de Juana y toda

la corte supo y aceptó que había tomado una amante. Así Germaine, adulada y halagada como tal, se convirtió en la única persona capaz de conseguir los favores del archiduque. Aquellos que deseaban algo especial de Felipe primero debían ver a la condesa. Ella atesoraba cofres repletos de súplicas y pedidos y otorgaba los favores solicitados sin olvidar jamás ninguno. Y aunque lo hacía sin demasiada prisa, cumplía con todos. Siempre pensaba que aquellas personas podrían serle de utilidad en el futuro y no quería desaprovechar las oportunidades que la vida le estaba brindando.

El comportamiento de Felipe de Habsburgo no se diferenciaba del resto de la nobleza europea. Desde los tiempos del rey Carlos VII que había tomado por amante a Agnès Sorel, siguiendo por Fernando II de Aragón que había tenido varias amantes e hijos bastardos, continuando por el príncipe Enrique de Inglaterra que acabaría por convertirse en el peor de todos, la conducta del Hermoso concordaba con las costumbres de la época.

Los matrimonios solo se establecían por motivos políticos, así es que aquello no era una situación novedosa dentro de las Cortes europeas. Solo que Juana no

era como las demás reinas que aceptaban con resignación pasar a un segundo plano en la vida amorosa de su rey, (aquel plano en el que tarde o temprano la mayoría fue relegada). No, Juana lucharía con todas las fuerzas de que era capaz, para que el amor de Felipe fuera incondicionalmente solo para ella. El archiduque le pertenecía legítimamente, ella era su dueña, y no estaba dispuesta a claudicar a tan preciosa posesión.

—¡Alteza! ¡Alteza!

La voz de la esclava mora, al entrar de prisa dentro de las habitaciones donde reposaba, la sobresaltó.

—¿Qué os sucede, Zoraida? ¿La habéis visto?

—La he visto, alteza.

—¿Dónde?

—En la biblioteca, como siempre, a la hora acostumbrada apareció sigilosa y puntual rodeada de sus doncellas. Cerró la puerta tras de sí y algunos instantes más tarde volvió a salir con el pequeño sobre en sus manos. Luego desaparecieron por los corredores del palacio.

—¿Habréis tenido cuidado? ¿No os habrán visto?

—No, alteza, cuidé mucho de que eso sucediera. La condesa tiene sus

aposentos al final del corredor del Levante, no muy lejos de aquí. Tal vez si vuestra alteza se da prisa la sorprenda leyendo el mensaje del archiduque.

—¡Rápido, entonces, Zoraida, alcanzadme la camisa y los escarpines!

Juana se vistió y se calzó de prisa.

—Seguidme y no olvidéis llevar con vos lo que hemos convenido.

—Sí, mi señora, no lo olvidé.

Juana corrió hasta quedar casi sin aliento y al llegar frente a la puerta de los aposentos de la condesa, roja de ira, la abrió de golpe. Aquellos aposentos amplios y luminosos y de gran exquisitez en el decorado lucían maravillosos,

como correspondía a la amante del rey más apuesto de Europa. Los muebles se encontraban armoniosamente dispuestos y los inmensos ventanales, desde dónde se podía divisar el estuario, estaban cubiertos por vaporosos cortinados de finos encajes que caían desde el techo y se abrían en dos, tomados por gruesos cordones dorados. Tras los cristales se dejaba ver el cielo límpido de la hora nona. Un inmenso espejo veneciano cubría la pared lateral, dando la agradable sensación de que las distancias se extendían y multiplicaban más allá de los límites acostumbrados. Sobre los laterales del gran espejo, dos

inmensos ramos de pálidas rosas asomaban desde unos jarrones de porcelana enmarcando a la condesa que se hallaba de pie frente a ellos, como si fuera la pintura de un cuadro de gran belleza.

La puerta se había abierto de golpe y allí, parada en medio del espacio que dividía a la corte flamenca del séquito francés, se hallaba Juana, consumida por la ira y la indignación.

Todas las miradas giraron hacia aquel torbellino que acababa de irrumpir en la serenidad de la tarde y quedaron paralizadas. La archiduquesa clavó sus verdes ojos color de olivo

sobre la etérea figura de la condesa de Francia, sobrina de su muy cristiana majestad. Germaine lucía un magnífico vestido de seda color rosado, tan pálido como las flores. Un collar de perlas de dos vueltas rodeaba su terso cuello y un pequeño ramillete de rosas prendía a un costado de sus cabellos, que caían sueltos sobre sus hombros. Su estrecha cintura era ceñida por un lazo que remataba en un gran moño, dando un gracioso encanto a aquel cuerpo ágil y armónico.

Era evidente que la condesa terminaba de leer el amoroso mensaje de Felipe. Pero aquella aparición la

había sobresaltado de tal modo que se hallaba inmovilizada, con la extraña sensación de que el tiempo se había detenido transformando aquel instante en eternidad.

—¡Condesa! —le advirtió una de las doncellas como adivinando las intenciones que traía la archiduquesa. Pero la mano de Juana, más veloz que el viento, le arrebató la carta que se asomaba dentro de su puño cerrado. La letra fina y elegante de Felipe se destacaba. «*Ma chérie...*». Juana no pudo continuar leyendo pues la condesa reaccionó con tal violencia que, arrebatándole lo que le pertenecía,

estrujó el fino papel entre sus manos, luego lo introdujo dentro de su boca y comenzó a masticarlo lentamente, para después tragárselo.

Cual una fiera, Juana se lanzó sobre ella y agonizante de dolor y de odio, rasguñó sus delicadas mejillas y su blanco cuello. Unas diminutas gotas de sangre se deslizaron por las nacaradas perlas de su collar, pero la condesa no abrió la boca, parecía haberse convertido en una estatua de piedra. Ninguna queja escapó de sus labios a pesar de la aversión intensa que le provocaba la archiduquesa, pero no estaba dispuesta a compartir en esta

vida lo que más amaba: al hijo del emperador, Felipe de Habsburgo, convertido en su amante.

Al tragarse la carta, Juana perdió con ella la última posibilidad de saber lo que contenía y levantando su mano cargada de ira, le marcó el rostro con dos fuertes bofetadas que resonaron secas y cortantes en el silencio de la siesta. Las doncellas, inmóviles, observaban aquella escena patética donde la lucha se había establecido claramente, entre la archiduquesa de Austria y la condesa de Francia, buscando ambas ocupar el lugar que cada una deseaba en la vida del

archiduque. La condesa era su amante y a quien Felipe prefería en su cama por las noches, pero Juana era la reina, la que decidía en todo, menos en el corazón de su esposo.

—¡Zoraida! —se oyó la voz de Juana, serena y firme—, alcanzadme lo que os ordené que trajerais.

Germaine de Foix la miró aterrada, quería escurrirse entre sus doncellas, mas no pudo.

—Quedaos quieta, mujerzuela. Y el resto de vosotras, contra la pared —ordenó Juana con un gesto imperativo de su mano derecha, mientras que con su mano izquierda sujetaba fuertemente de

los cabellos a la temerosa condesa que hacía muecas de dolor, pero guardaba silencio.

Cual una gacela perdida, acorralada y temerosa, Germaine cayó de hinojos ante una Juana victoriosa y fue allí que, cerrando sus ojos, exclamó con voz casi imperceptible.

—¡Perdonadme, alteza!
¡Perdonadme! ¡Perdonadme!

Zoraida había sacado de entre sus ropas unas filosas tijeras de plata envueltas en un pañuelo de encaje y, alcanzándoselas a la archiduquesa, volvió a apartarse de inmediato.

Al caer el pañuelo al suelo, el sol

reflejó sobre el metal que destelló en las manos de Juana y antes de que las doncellas pudieran darse cuenta, la venganza había sido consumada. Los cabellos cobrizos de la sobrina del rey de Francia se hallaban esparcidos desordenadamente sobre sus hombros, sobre su falda y sobre la alfombra. Una Germaine desconsolada sollozaba en silencio presa del pánico, aplastando con sus rodillas el ramillete de pálidas rosas que unos instantes antes adornara su cabeza.

El aire denso del recinto era irrespirable y parecía que había quedaba flotando aún el chasquido

metálico de las filosas tijeras al cortar. Germaine terminó de caer al suelo desfalleciente y con sus manos se cubrió el rostro empapado por el llanto.

La archiduquesa, dirigiéndose despectivamente a las doncellas que la observaban perplejas, las interrogó desafiante.

—¿Os sigue pareciendo bella vuestra condesa? ¿No es acaso un encanto?

El silencio era sepulcral.

Juana esbozó una sonrisa y dando media vuelta se marchó dando un portazo. Había logrado su objetivo. Bajo aquellas circunstancias la condesa

tardaría demasiado tiempo en presentarse ante Felipe por temor al ridículo y perdería así su favoritismo.

Zoraida, su fiel esclava mora, fue premiada con el regalo del magnífico cofre de oro y esmeraldas donde Juana guardaba sus joyas y que le haría sin duda evocar las verdes aguas de las costas africanas y el amarillo de sus desiertos. La archiduquesa por su parte se prometió a sí misma desde aquel instante, cambiar su forma de ser. Sorprendería a su esposo una vez más.

—Escuchadme bien Zoraida, esta noche quiero ser una perfecta desconocida. Deseo estar

extremadamente bella. Tan bella que Felipe no desee ver a nadie, más que a mí. ¡Superaré en el amor a esa mujercuela y él terminará abandonándola definitivamente!

—¡Vuestra alteza será la reina más bella del mundo!

La mora fiel mandó a llamar a otras esclavas moras, las que de inmediato comenzaron a preparar los rituales mágicos y desconocidos para una reina cristiana.

Baños calientes de aguas perfumadas, jabones de exquisitas fragancias, esencias orientales, filtros amorosos y perfumes exóticos de

maderas y flores del Oriente se derramaron desde sus cabellos hasta sus pies. Y así perfumada y arropada con gasas y sedas de brillantes colores, sus manos y pies cubiertos con anillos de aguamarinas y zafiros, rubíes y brillantes, su cuello y sus orejas enjorados con gargantillas y pendientes, aguardó ansiosa la venida del archiduque.

La noche llegaría y con ella su amado, entonces Juana trataría de superar en tentaciones a la licenciosa francesa.

Pero esperó en vano hasta que la venció el sueño. Sobre el filo de la

madrugada un fuerte ruido la sobresaltó. La puerta de la habitación se había abierto de golpe de par en par, y Felipe se fue acercando tambaleante, entre sorprendido y descompuesto, hasta la gran cama repleta de almohadones de seda. Juana dormitaba. Bruscamente apartó con sus fuertes manos el velo del baldaquino, aspirando con evidentes muestras de desagrado el aire cargado de pesados aromas, y disgustado con lo que veía comenzó a gritar como un desaforado.

—¿Juana, os habéis vuelto loca? ¿A dónde han quedado vuestros buenos modales? ¿Quién sois para vigilar mis

pasos día y noche y perseguir a mis amistades, dañándolas, como lo habéis hecho?

Embriagado, con un fuerte olor a alcohol y un punzante dolor de cabeza, Felipe habría deseado al entrar a los aposentos de Juana, respirar aire puro. Sin embargo los intensos aromas de perfumes, mezclados con los del café que se calentaba sobre un brasero en una cafetera morisca, terminaron por agotarlo, descomponerlo y enfurecerlo aún más.

Juana entredormida no alcanzaba a comprender qué sucedía. Con pereza se fue incorporando lentamente entre la

montaña de almohadones.

—¿Qué habéis hecho? —exclamó horrorizado el archiduque.

—¿No os parezco más bella que la condesa?

—Vuestra imagen es patética. Solo me infunde dolor, tristeza y vergüenza.

Consternada, Juana, volvió a caer postrada sobre la cama. Había tratado de cambiar con todas sus fuerzas, pero aquellos intentos habían resultado inútiles, conduciéndola hasta una extraña y desconocida región del alma. Al límite exacto donde el amor por Felipe podía llegar a transformarse en locura.

A partir de aquel episodio Felipe se volvió más brusco y distante. Cada día pasaba más horas encerrado con sus consejeros discutiendo sobre los complejos problemas del reino. Además, siendo un gobernante capaz, sus consejos eran solicitados para resolver no solo las diversas cuestiones del imperio, sino también algunas de las cuestiones planteadas en Italia, el Báltico o Inglaterra.

Y mientras Juana se preguntaba por qué Felipe la había abandonado, sumiéndola en la desesperación, a su mente volvían las palabras de su madre al referirse a su padre, cuando ella era

una niña: «Es lógico y muy natural que si un hombre pasa todas las horas del día cumpliendo con los arduos deberes de un buen gobernante y por las noches se divierte para hacer descansar su mente de tantos agobios, no le quede mucho tiempo para dedicarle a su esposa».

Al recordarlas se sorprendió, porque ya casi no pensaba en sus padres, ni en España y mucho menos lo deseaba en esos momentos, dado que seguramente los rumores sobre las irregularidades de su matrimonio habrían llegado a los oídos de sus progenitores. Triste también le era

recordar que el archiduque y ella, a pesar de ostentar el cargo más alto del reino, lejos de beneficiarse mutuamente, pasaban las horas y los días hiriéndose y lastimándose el uno al otro. Por su parte, Felipe, sintiéndose agredido por los celos enfermizos de Juana, desaparecía por varias semanas y ella, autocastigándose, se encerraba por días enteros dentro de sus aposentos sin desear ver a nadie. Solo a Felipe.

Este comportamiento lejos de calmarla, la martirizaba cada vez más. Y cuando en la quietud de la noche el palacio se sumía en el silencio, a Juana le parecía oír risas y voces femeninas en

las habitaciones contiguas pertenecientes al archiduque.

Por las mañanas al levantarse observaba con mirada inquisidora los bellos rostros de las damas de la corte, intentando adivinar cuál de todos ellos sería ahora el nuevo amor de Felipe.

La violencia se tornó cotidiana y por todas las Cortes de Europa corrió, como un reguero de pólvora, la noticia de las disputas matrimoniales de los archiduques de Austria. Como consecuencia, Juana cayó en una terrible depresión y los médicos prescribieron que guardase reposo absoluto.

En España las cosas no eran menos

arduas. Al expulsar a los judíos y moros de sus tierras, los Reyes Católicos les habían ofrecido una dura elección: o el camino hacia el bautismo y la conversión cristiana, o la deportación y el exilio.

La mayoría eligió este último, aunque los más débiles y desprotegidos desearon el agua bautismal, antes que una vida insegura en los desiertos africanos. Estos fueron los moriscos, los sospechosos súbditos de sus Majestades Católicas y cuyas conciencias nunca nadie puede revisar.

De entre toda esa gente, Juana había elegido una docena de esclavas moras y

otros tantos adivinos, eunucos, astrólogos y masajistas y los había hecho traer de España, los cuales, a cambio de la protección que la archiduquesa les otorgaba, prometían ofrecerle todo lo exótico, oculto, místico, mágico y prohibido que ella deseara, para poder reconquistar el amor perdido de su adorado Habsburgo.

Pero después de aquel episodio en el que saliera enfurecido de sus habitaciones, Felipe dio la orden a un capitán holandés de que cargara en su nave a los fieles servidores de Juana y los sacara fuera del país de inmediato.

Cercanos a la costa de Portugal

aquellos moros sobornaron al capitán, con la abultada paga que Juana les hiciera. Desembarcando en Lisboa evitaron los puertos españoles donde en cada uno de ellos, un agente secreto del rey Fernando, respaldado por la Inquisición, esperaba para interrogarlos.

Tres meses más tarde, cuando el otoño había pintado nuevamente de ocres y púrpuras toda la naturaleza, los médicos de la corte se reunieron y dieron cuenta al archiduque de la feliz recuperación de Juana.

La archiduquesa salió de sus aposentos, reintegrándose poco a poco a la vida del palacio. Felipe se alegró

íntimamente.

Volvieron los frecuentes paseos por los espaciosos jardines, caminos por donde el viento dejaba caer bajo los pies una profusión de hojas secas que los afanosos jardineros recolectaban a diario. El fuego volvió a arder en las grandes chimeneas del palacio y las velas volvieron a encenderse dos horas antes de dar las vísperas. Los días comenzaban a acortarse y las noches entraban presurosas sobre los países del Norte. Todo parecía volver, incluso el amor de Felipe.

Juana se recuperaba y así, serenamente, iba recobrando la felicidad

que le producía sentarse en aquellos atardeceres frente al clavicordio, mientras sus niños, bulliciosos, jugaban a sus pies y el aire tibio de la sala se poblaba de notas musicales, de alegres voces y risas infantiles. ¿O es que nada había sucedido? El cambio de estación volvió a despertarle el buen apetito y su rostro se tornó nuevamente rosado, saludable y luminoso. Recuperaba con creces su hermosa figura y esto la incentivó para volver al esmerado arreglo de su persona.

«El ambiente de la corte —escribía De Moxica en su diario— parece haber retornado a la sobriedad de antaño. El

comportamiento del archiduque es muy circunspecto y la archiduquesa viste con distinguida elegancia, concurriendo a las recepciones y bailes con la dignidad que antes la caracterizaba».

Sin embargo, Felipe continuaba interrogando con frecuencia a don Martín de Moxica.

—¿Cómo veis el comportamiento de la archiduquesa? ¿Observáis en ella algo extraño?

—¿Extraño? —preguntaba el tesorero.

—¿No habéis observado que permanece demasiado tiempo en soledad, demasiado callada?

—No, alteza. No lo he observado.

—Decidme, don Martín, ¿desearíais recibir otra paga a partir de ahora?

—Con infinito agrado, alteza, pues me permitiría desempeñar con holgura mis obligaciones.

—De ahora en adelante yo os pagaré también.

—Os doy las gracias, alteza. Sois un rey generoso, sabio y prudente.

—Pero, naturalmente, deberéis cumplir con todo lo que yo os ordene.

—Para todo lo que ordenéis, alteza.

—Solo os pido que no abandonéis el diario que os he encomendado. Escribidlo siempre. Continúadlo.

Confiad al papel vuestras memorias, como las confiaríais a un confesor.

—Lo estoy escribiendo, alteza. Por las noches antes de dormir escribo en él por más de dos horas todo lo acontecido en el día.

—Muy bien, De Moxica, así regularizaréis vuestros pensamientos, los disciplinaréis y los seleccionaréis. Vuestros informes serán mucho más claros, destacando siempre lo más importante. Con el tiempo os convertiréis en un gran estadista. Pero, sobre todo, quiero pedir, no ahorréis un solo detalle de la vida de vuestra señora.

—No me atrevo, alteza. Seguramente el diario tarde o temprano me será robado.

—No os preocupéis por eso, yo lo guardaré bajo llave y trataré esta cuestión con mucho tino y discreción.

—Ahora lo comprendo, alteza.

Desde aquel día don Martín de Moxica continuó redactando fielmente y sin omitir detalles el famoso diario. Aquel que más tarde habría de jugar un papel fundamental en el testamento de la reina Isabel I de Castilla, con respecto al futuro dinástico de su hija heredera.

La menor actitud, el más simple gesto o el acto más ingenuo de la

archiduquesa de Austria recorrían las Cortes europeas con gran celeridad. Pero llegó el momento en que los Reyes Católicos, cansados de las noticias que acusaban a Juana de todas las desavenencias matrimoniales, reclamaron se les dijera toda la verdad sobre la salud de su hija y consideraron, como un deber para sus reinos, exigir la presencia en España del príncipe heredero, Carlos de Habsburgo.

Esta vez, Felipe no hizo esperar su respuesta. Con urgencia escribió una extensa misiva a sus suegros donde culpaba a su esposa de todos los perjuicios sufridos y anexó el diario de

Martín de Moxica, el que por otra parte satisfacía al archiduque en todo su contenido.

Al conocerse en Castilla cada uno de los detalles de la vida que Juana llevaba en Flandes, los reyes y los nobles, incrédulos de lo que oían, se negaron a aceptar como veraces las afirmaciones del tesorero traidor. No era concebible que la hija heredera de la magnánima reina Isabel, la Católica, se comportara de un modo tan irracional y poco ejemplificador. Se hablaba que en Flandes la habían embrujado por haberse alejado de las prácticas de la religión católica. Y fue aquella actitud

desconcertante lo que llevó a la reina Isabel a recordar la herencia que pesaba sobre Juana, no referida precisamente a las tierras y coronas, sino a aquella demencia heredada de su familia portuguesa y que había aquejado a su madre, Isabel de Portugal, por muchos años. Los caprichos de la sangre podrían envolverla en un mundo irreal cargado de melancolía.

¿Habría heredado Juana la insania? Pero en ella no había ningún rastro de locura, sino un comportamiento totalmente distinto a lo que se acostumbraba en aquella época, y que por ser diferente se sospechó de

demencia. Ninguna reina celaba a su rey si este llevaba amantes a su cama, sino que se resignaba a aceptar cambiar el lecho por las coronas del reino. Aquellas coronas de las que nunca sería despojada si se mantenía dentro de los límites de la serenidad y el buen tino.

Pero Juana no anhelaba tierras ni coronas. Su único bien anhelado era Felipe y jamás permitiría que le fuese arrebatado. Él le pertenecía a ella, tanto como ella a él y jamás se le había cruzado por la mente la idea de reemplazarlo en su corazón, como tampoco podía aceptar que él la reemplazara por una amante. Su destino

en este mundo era junto a Felipe de Habsburgo. Así lo había asumido desde el mismo instante de sus esponsales, cumpliendo fielmente y para siempre con el sacramento del matrimonio.

¿Por qué su madre se empeñaba entonces en afirmar que era posible que ella estuviese loca? ¿Por qué la suponía alejada de Dios como consecuencia de algún maleficio, si ella con su actitud no se apartaba ni un ápice de los mandamientos de la Iglesia? Pero lo que no entendía su real madre era que ella también exigía a su esposo idéntico cumplimiento, aunque este fuese a costa de llantos y de celos.

Alertados los Reyes Católicos no cesaron en su empeño de llevar a España a Carlos, su nieto mayor. El embajador español en Gante, don Gutierre Gómez de Fuensalida, enviaba y recibía constantemente noticias de sus Católicas Majestades. Las embajadas iban y venían con el solo propósito de convencer al archiduque de que su hijo Carlos, futuro heredero de la península ibérica, viajara cuanto antes, pero Felipe de Habsburgo no aceptó la petición y por lo tanto, tampoco lo envió. Jamás dejaría en España a su hijo heredero sobre el que tarde o temprano recaerían las coronas de Austria,

Alemania, los Países Bajos, España y todas las tierras del nuevo mundo. Y cuando cumpliese la mayoría de edad, sería también el heredero de Francia, por el compromiso contraído con la princesa Claudia, la hija del rey Luis XII.

Ante la obstinada negativa del archiduque fueron suspendidas todas las noticias desde España y hacia España. Y con ellas también se perdió el contacto sobre la delicada y frágil salud de la reina Isabel.

—Escribidle nuevamente —
peticionaba Fernando a Isabel, que permanecía en cama agotada por la

enfermedad y las circunstancias—, pues tal vez estén nuevamente juntos.

—Si es así, alabado sea Dios y todos los santos del cielo, por haber escuchado mis súplicas.

Pero el diario de don Martín de Moxica pesaba demasiado sobre los soberanos españoles.

«Según se nos informa desde Flandes, Juana superó la profunda melancolía que la aquejaba desde hacía tres meses, causada por los celos que las damas de la corte le provocan y origen de las desavenencias con Felipe», leyó el rey con voz grave.

—Me alegra el corazón. Pero

decidme Fernando, ¿de quién tiene celos mi pobre Juana si ella es joven, hermosa y con un poder que heredará cuando yo muera que nadie podrá igualarla? La desproporción entre las posesiones de Felipe y las de Juana es inmensa. Nuestra hija es la vencedora —concluyó Isabel, presa de la agitación y el agotamiento.

—Así lo entendemos vos y yo, querida. Pero ella parece no haberlo comprendido y durante tres meses ha permanecido víctima de un extraño mal que la ha mantenido postrada.

—Por el amor de Dios, ¿qué sucede?

—Estoy leyendo los informes remitidos.

—¿Quién los envía?

—Felipe de Habsburgo.

—¿Y quién los escribe?

—Martín de Moxica.

—De Moxica es un fiel servidor —dijo la reina—, pero no puedo dejar de pensar en su actitud traicionera.

—Cuando pagáis, os sirven con total lealtad. Pero nosotros le pagamos, nuestra hija le paga y, sin duda, Felipe también lo debe de estar haciendo.

—Por un lado me alegro de que Juana se esté recuperando, pero por otro lamento lo que se nos informa. Ojalá

nada de todo lo escrito sea verdad, aunque creo que De Moxica no miente —respondió con tristeza la reina.

—El futuro inmediato es poco alentador.

—Solo por el mal momento que ha pasado Juana.

—Eso significa que no es posible confiar en ella las importantes cuestiones del reino —intervino el rey—. Será mejor que confiéis en mí, querida.

—Siempre he confiado en vos.

—Entonces sería prudente que agregarais un codicilo a vuestro testamento con la simple medida

precautoria, por si Juana vuelve a caer en ese estado de postración.

—¡Ella heredará Castilla y jamás será excluida de mi herencia! Por derecho, todo lo mío le pertenece.

—Sé que vos no la excluiríais jamás. Solo hace falta que ella misma no se excluya, dejando a la deriva los reinos heredados.

—¿Por qué afirmáis tales cosas? — preguntó la reina con honda preocupación.

—Porque si ella decidiera no residir en España, o si perdiese la razón y se tornase incapaz para gobernar, las cosas deberían ser resueltas de la mejor

manera posible.

—Eso no sucederá, Juana es fuerte y sana. Vos mismo siempre lo habéis afirmado.

—Pero estos informes, lamentablemente, indican lo contrario. Es una mujer demasiado emotiva y se enloquece cuando Felipe le da celos con las damas de la corte.

—¡Loca de amor! ¡Mi pobre hija se volvió loca de amor! —suspiró la reina.

—¡Lo que acabo de deciros ha sido una sugerencia, pues hondo sería mi dolor al ver destruida la obra de unificación que vos y yo hemos realizado en España, durante los últimos

treinta años!

La reina lo miró pensativa con sus ojos verdes, aquellos ojos que habían encendido el amor y la pasión de Fernando en sus años de juventud. Pero aquel fuego se iba extinguendo poco a poco, e inexorablemente terminaría por apagarse definitivamente.

El peso de una herencia

Los días de rosas parecían haberse marchado para Juana y estaba entrando en un laberinto de espinas. La noticia de su enfrentamiento con Germaine invadió la atmósfera de todas las cancillerías y Cortes europeas. Embajadores, estadistas, reyes y nobles comentaban hasta el cansancio aquel trágico episodio protagonizado por la archiduquesa de Austria, heredera de la corona española y la condesa de Foix,

sobrino del rey Luis XII de Francia. Desde aquel fatídico día Juana fue apodada con el sobrenombre de «la terrible».

Y aunque la causa de tan descomunal pelea solo tenía un nombre: Felipe de Habsburgo, (cuyos favores políticos todos buscaban y algún día no muy lejano, cuando llegara a ser emperador, todos volverían a buscar aun con mayor afán) solo el nombre de Juana volaba cual hoja al viento de reino en reino, de corte en corte, de boca en boca.

A los cuatro meses de aquel lamentable episodio el triunfo de Juana parecía haberse vuelto absoluto y

definitivo, aunque ambas noticias todavía no se conocieran en España.

Para la condesa de Foix su existencia dentro de la corte de Gante se había tornado insoportable. Felipe había desaparecido de su vida por completo retornando junto a su esposa española.

—Y pensar que temía vuestro regreso —le decía el Hermoso con una sinceridad rayana a la crueldad.

—Tal vez porque en mi ausencia vuestros pensamientos estaban puestos en Germaine —contestaba Juana serenamente, pero tan cer cana al desprecio hacia la condesa, como solo ella podía estarlo.

—Os extrañaba, Juana.

—Yo también. Por eso lo que más deseo es estar siempre a vuestro lado.

—Y yo lo que más deseo es que este bello sentimiento de pertenencia que ha surgido de nuevo entre nosotros perdure eternamente. Sois mi vida y lo seréis siempre.

Solo existía un motivo que preocupaba al archiduque y era la propensión de Juana a cometer actos irracionales a causa de la desesperación y de los celos. El amor del Hermoso se había convertido en el eje de su vida, en su razón de vivir y el solo pensamiento de que otra mujer volviera a compartir

el lecho conyugal, la enloquecía. Se sentía incapaz de volver a soportar una nueva humillación, personal o pública.

En las espaciosas galerías palaciegas, en los jardines imperiales, en los salones de fiestas, en las calles, todos comentaban que el archiduque había vuelto a dormir junto a la archiduquesa. Hecho feliz e insólito, después de tantos desencuentros.

Cierta noche, el conde de Pest al ir a consultar al archiduque por un asunto urgente, encontró las habitaciones de Felipe vacías.

Esto fue para la condesa de Foix la prueba fehaciente de que alguien había

ocupado su lugar, y para volver a reconquistarlo la belleza no sería suficiente. ¿Qué recursos debería utilizar? ¿Cuánto tiempo tardaría en volver a reconquistar el corazón del futuro emperador? Todas estas y muchas preguntas más acechaban su mente, mientras deambulaba por los corredores en penumbras del palacio de Gante. Era un frío día de viento y de lluvia sobre los finales del mes de octubre del año del Señor de 1504. Nerviosa y preocupada cruzaba una y otra vez los delgados dedos de sus manos, presa de la desesperación. Su aspecto era lamentable. Pálida y ojerosa con el

cabello apenas crecido sobre la nuca, poseía una inseguridad en su andar que llamaba la atención.

Y para su desgracia, fue justamente con Juana con quien tropezó aquel día al doblar un corredor. Hablando y riendo la archiduquesa y sus cuatro damas de honor se dirigían al salón de Música, cuando pasaron a su lado.

—¡Alteza! —alcanzó a balbucear Germaine con timidez, mientras hacía una profunda reverencia.

Juana hizo un gesto de disgusto al darse cuenta de que la condesa le había dirigido la palabra.

—¡Madame!, no es de buena

educación mirar fijamente a los ojos de las personas, y mucho menos si son de un rango superior al vuestro —le advirtió Juana con severidad.

Germaine no volvió a pronunciar una sola palabra y sus mejillas se cubrieron de rubor. Bajó sus ojos y las lágrimas comenzaron a brotar en abundancia hasta humedecerle la falda de su vestido. A punto de desfallecer, la condesa cayó de hinojos al suelo.

Juana, visiblemente disgustada, se volvió hacia sus damas.

—Señoras, podéis continuar vuestro camino. Yo continuaré en un momento.

Un escalofrío de pánico recorrió los

cuerpos de aquellas mujeres pensando en una nueva confrontación, pero reiniciaron su andar como se lo ordenaba la archiduquesa quien, volviéndose, se dirigió a la condesa.

—Madame, os invito a pasar a mi recámara. Tengo un tapiz flamenco que representa la catedral de Amiens bordado íntegramente en hilos de oro. Me agradecería que lo vierais.

Germaine se puso de pie con cierta dificultad. Vacilante y temerosa de que la atractiva reina que se encontraba frente a ella intentase nuevamente otra agresión de la misma magnitud que la anterior, le respondió con una voz

apenas perceptible, casi en un susurro, muerta de miedo y de espanto.

—¡No! Alteza ¡No deseo verlo, gracias! Os lo agradezco.

—Venid. ¡Os aseguro que os gustará mucho! —respondió Juana con firmeza, y empujó a su víctima hacia un lugar donde ya nadie podía verla ni oírla, sujetándola fuertemente de un brazo.

En la antesala de sus habitaciones, Juana dio la orden a sus doncellas y damas de honor de que abandonaran de inmediato sus aposentos dejándolas a solas y, atrayendo a Germaine hacia el gran ventanal desde donde se divisaban los inmensos jardines palaciegos, la

amenazó.

—¡Madame, no deseo más pretextos!

Germaine permanecía en silencio, aterrorizada. Deseaba que en cualquier momento Felipe de Habsburgo se dignara entrar por la puerta y la salvara de tan difícil situación. Pero Juana, adivinando sus pensamientos, se adelantó a las circunstancias.

—Quedaos tranquila, *madame*, que *monsieur l'Archiduc* está descansando y no hay motivos para que nos moleste.

—Alteza, os lo suplico. ¿Qué deseáis de mí?

—Muy poco. Que regreséis de

inmediato a Francia. Aunque creo que sois vos la que desea decirme algo.

—No, alteza. No deseo deciros nada —respondió Germaine con un tono más firme en su voz, como queriendo recuperar en algo la dignidad perdida.

—Mucho desearíais poder salvar vuestra honradez, si yo permaneciera alejada de mi esposo. Pero eso no sucederá.

—Yo también lo amo —sollozó Germaine.

Bastaron esas cuatro palabras para que la archiduquesa se volviese como un huracán envuelta por la ira y el odio hacia la condesa.

—¿Creéis por ventura que vos tenéis la exclusividad sobre el archiduque? Yo también le amo profundamente. Y le he amado desde que le conocí. Yo soy su esposa. Yo, Juana I de Castilla y Aragón, archiduquesa de Austria. Y espero que os quede bien claro, condesa: ¡marchaos de mi corte cuanto antes, si no queréis saber quién soy!

Pero Germaine, recobrando las fuerzas, se volvió hacia su rival y la interrogó desafiante.

—¿Qué podéis ofrecerle vos, Juana I de Castilla, que yo no pueda?

—Mis reinos —respondió Juana desafiante y con la certeza de que

aquella respuesta no tendría antagonismo. Y clavó su mirada glacial en aquellos ojos claros, enrojecidos por el llanto.

Luego continuó.

—La belleza, por su propia naturaleza es insegura. El tiempo la esfuma y la desvanece. Pero yo soy digna de su confianza. Yo soy su esposa y su amiga. Yo soy su reina y la madre de sus cuatro hijos. Mientras que vos representáis tan solo el peligro y las inseguridades.

—Antes de que vuestra alteza regresara, el archiduque confiaba en mí. Era mi amigo.

—Eso fue en tiempo pasado. Pero todo ha cambiado. Así que marchaos cuanto antes. ¿Verdad que lo haréis de inmediato? —le interrogó Juana con una patética sonrisa.

Germaine de Foix, sin poder soportar tanta presión, continuó sollozando y por un momento la archiduquesa, segura de sí misma y dominando aquella situación, se quedó mirándola. Luego exclamó.

—¡Callad de una buena vez!, que estoy cansada de escucharos.

Y dando un portazo partió de inmediato a dar las órdenes para que madame de Foix empacara sus

pertenencias y se marchara definitivamente del imperio.

Juana tenía entre sus manos la oportunidad de devolverle a Luis XII de Francia su sobrina, aplicando un nuevo insulto a la ya maltrecha relación con la corona de España.

Al día siguiente la condesa desapareció del palacio con su pequeña corte de damas de honor. Con su partida, la felicidad parecía haber vuelto a instalarse, rotunda y definitivamente, entre Juana y Felipe.

El conde de Pest se jactaba de haber sido el verdadero artífice de aquella reconciliación, aunque no dejaba de

reconocer las adversas circunstancias bajo las cuales se había producido.

—¿Cómo lo habéis logrado? —interrogó con curiosidad De Moxica, que no deseaba dejar escapar ningún detalle para anotarlo en su diario.

—Con muchísimo tacto —respondió el conde.

—Ha sido una buena acción, muy cristiana, pero muy difícil —argumentó de Moxica, con la secreta esperanza de que el conde le contara lo sucedido.

—Estoy de acuerdo con vos. ¿Y sabéis cómo lo he logrado?

—¿Cómo?

—Arrojando al archiduque en los

brazos de Germaine de Foix. La archiduquesa reaccionó drásticamente cortándole la hermosa cabellera y, después de cuatro meses de calma y serenidad, la condesa desapareció para siempre de la escena y Juana volvió a resurgir radiante de belleza, como una mujer nueva. Esto hizo encender la sangre del archiduque que volvió más enamorado que nunca a los brazos de su fiel y hermosa esposa española.

En los últimos tiempos don Martín de Moxica no había tenido la oportunidad de recibir mucha información sobre Juana y Felipe, lo cual le obligaba a mendigar noticias a

quien quisiera dárselas, mientras anotaba en su diario: «Ninguno de los archiduques parece ya confiar en mí y, al parecer, están nuevamente unidos de verdad, constante y apasionadamente. Los aposentos del archiduque permanecen vacíos».

El triunfo de Juana parecía rotundo, pues Felipe había vuelto subyugado por la belleza de aquella Juana apasionada que le esperaba siempre cautiva de su amor.

Era esa hora indefinida en que la noche entraba con sus primeras sombras y los candelabros de plata, bajo cuyos resplandores todo se tornaba de un color

y un brillo muy especiales, se iban encendiendo deprisa. Dentro de las habitaciones de los esposos, en la suave penumbra, todo era pasión. Felipe la abrazaba con deseos incontenibles y mientras la besaba le susurraba al oído.

—¿Sabéis Juana?, siento un asombro profundo por vuestro cambio.

—Y yo me siento festejada y halagada por vuestras palabras. Siempre he tratado de ser lo que vos deseabais que fuese. Pero equivoqué el camino. Quiero ser yo misma, la hacedora de mi propio destino, tal como me habéis conocido y amado.

—¡Oh, Juana querida!, ¿qué

absurdos pensamientos habían invadido vuestra mente?

—Tal vez mi locura de amor por ti, Felipe de Habsburgo. Solo quiero que me digáis qué es lo que más deseáis de mí y yo os complaceré.

—Debéis ser siempre auténtica, porque nadie puede ser lo que no es. Y vos Juana, me gustáis tal como sois: ¡Oro puro, mi amor, oro puro!

—Pero también os gustaba madame de Foix.

—Me molesta que me lo recuerdes. Pero me niego a discutir sobre esa mujer contigo. ¡Ya no se encuentra en el reino!

—No puedo evitarlo. Ella me

arrebató vuestro amor por algún tiempo y no se lo perdonaré jamás.

—Lo de ella fue distinto. En cambio nuestro amor permaneció siempre intacto, inalterable, jamás disminuyó y no deseo que vuelva a abrirse aquel abismo que existió alguna vez entre nosotros. Al retornar la calma, quiero que permanezca así, y para siempre.

—Y yo os amaré eternamente. Lo prometo —susurró Juana y se aferró con pasión a sus brazos y a su pecho donde el corazón amado de Felipe volvía a latir con fuerza, solo para ella.

El sosiego había regresado a su alma y a la corte. Las damas que por mucho

tiempo habían comido con sus ojos a Felipe el Hermoso, tropezaban de pronto con su total y absoluta indiferencia.

Las noticias del diario de Martín de Moxica continuaban llegando a las manos de sus Católicas Majestades.

—Fernando, por lo que leéis, no habrá necesidad de modificar mi testamento.

La voz de la reina Isabel evidenciaba alegría y tranquilidad.

—Pero lo que os acabo de leer es solo la última parte del informe. Aún queda el principio y para ello deberíais pedir a Dios que os dé fuerzas para

poder soportarlo.

El escándalo llegó a España al mismo tiempo que las noticias de los movimientos de las tropas. Luis XII de Francia aprovechó aquel episodio para declarar que (un súbdito de la corona francesa) su sobrina, la condesa de Foix, había sido brutalmente humillada y agredida por la archiduquesa de Austria, heredera de la corona de España. Con tan buen y justificable pretexto, enviaba a Italia un numeroso contingente de hombres y cañones.

Para hacer frente a tal agresión, Fernando de Aragón envió a su vez tropas y armamentos y la guerra de Italia

volvió a instalarse nuevamente, con la misma fuerza del inicio.

El efecto expansivo de la agresión hacia la condesa se había propagado en cadena. Y cuando en Flandes la paz parecía volver a reinar, la violencia y la discordia volvían a resurgir entre Francia, Italia y España.

El rey Fernando sentía dentro de su corazón un odio profundo hacia los franceses y la sensación de que Francia le había atado las manos. Y más que el denigrante hecho de dos mujeres peleándose por Felipe de Habsburgo, era que la situación había traspasado los límites de las fronteras y aquel episodio

singular, por más humillante que hubiese sido, se había convertido en la simple excusa de la audacia con que Luis XII atacaba. La situación era provechosa para Francia, debido a la salud debilitada de la reina Isabel de Castilla. Situación que el monarca francés no iba a dejar pasar.

Los últimos días de la reina se acercaban y el rey de Francia, «miserable gusano», como lo llamaba Fernando de Aragón, le estaba sacando el mayor provecho posible. Así eran las costumbres de la época, sacar provecho de todo: de los nacimientos, de los esponsales, de cada actitud en particular

y, con más razón, de la misma muerte. Pues aquella dejaba un espacio vacío que era necesario llenar sin pérdida de tiempo y de intereses.

Y como para aumentar aún más la lógica preocupación del rey Fernando, le llegaba de golpe la sórdida verdad de que se estaba volviendo viejo.

La bella Germaine de Foix, que a su paso por España lo cautivara, se había enamorado de su yerno. Pero él aún no estaba muerto y mientras corriera por sus venas una sola gota de sangre aragonesa, no se daría por vencido. Mucho tenía para ofrecerle a aquella joven francesa que le robaba el sueño

por las noches y le enajenaba los pensamientos durante el día, haciéndole olvidar los placeres de la caza y de la guerra y hasta de su propia reina, debilitada y enferma.

—Lamentablemente y de acuerdo con estos informes, está claro, mi querida Isabel, que deberéis cambiar vuestro testamento —insistía el rey.

Isabel escuchó extenuada la dolorosa noticia. Pero una pequeña luz de esperanza se vislumbraba al final, con la reconciliación de los archiduques.

Presas de constantes y fuertes dolores físicos, los dolores del alma superaron

en intensidad a los primeros. Su enfermedad avanzaba día a día y cualquier cosa que le disgustaba contribuía a acelerar el abatimiento y la agonía. Cada hora por venir se hacía más difícil que las ya transcurridas, mientras su cuerpo se hinchaba y su mente se embotaba cada vez más. Agotada por el mal que había invadido hasta sus zonas más íntimas, fue atacada por una hidropesía y el dolor se hizo cada vez más intenso. Conforme se acercaba al fin, sus fuerzas la fueron abandonando poco a poco. Los médicos de la corte la purgaban y le hacían sangrías periódicamente, después de las

cuales, la reina parecía por momentos querer recobrar la vitalidad, con todo el vigor y el pleno dominio de sus facultades.

(La fortaleza demostrada en sus días postreros llevaron a decir al embajador italiano en España, Próspero Colonna: «Vengo a ver a la que desde su lecho de enferma todavía gobierna el mundo»).

Re costada sobre varias almohadas, Isabel seguía gobernando el reino y medio mundo, aquel que le pertenecía después del descubrimiento de América. Y ante estas circunstancias, habló con dificultad a su esposo que la observaba preocupado.

—La conducta de Juana, por lo menos la que se desprende de lo que acabáis de leer en el informe de Martín de Moxica, no es la que hubiésemos esperado jamás, ni vos ni yo.

—Creo, querida Isabel, que por el bien de toda España y de todas las posesiones del nuevo mundo, será necesario entonces que Juana, nuestra querida hija, sea sometida a un control.

—Esto es muy duro de soportar, Fernando, pero vos sois fuerte y sé que tenéis razón.

—Debo ser fuerte para proseguir sin dificultades con la política que habéis instaurado vos, mi buena Isabel.

Isabel entornó los ojos y pidió descansar. Aquella situación la agotaba.

Pero sus médicos, Soto y De Juan, y su confesor, coincidieron en afirmar que Isabel podía tener su cuerpo frágil y debilitado por la enfermedad, pero su mente estaba lúcida, firme y clara, lo cual seguía significando un bien para toda España. La reina proseguía concediendo audiencias, dictando justicia, elaborando leyes y redactando su propio testamento.

Mientras, en todos los templos españoles se alzaban las voces en ruegos y plegarias por la salud de Isabel, la Católica. Y si por caso la

muerte llegara, recomendando su alma a Dios.

El testamento con sus modificaciones había sido ya preparado. Fernando había introducido todas aquellas cláusulas que proveían lo que él íntimamente deseaba, evitando a toda costa que los asuntos del reino cayesen en manos de los Habsburgo.

Nada podía ser más definitivo y más claro que aquellas cláusulas, que integraban el codicilo del último testamento de la gran reina:

Si Juana, mi amada hija y legítima heredera, estuviese ausente de este reino, o si habiendo regresado a él partiese en

cualquier momento para residir en otra parte, no importa dónde o cuándo, o si mientras reside en España, careciese del deseo o la capacidad para gobernar y hasta que el infante don Carlos de Habsburgo, cumplidos los veinte años, pueda hacerse cargo de los reinos, el rey Fernando II de Aragón, mi amado esposo y consorte, gobernará, administrará y reinará.

El rey Fernando había hecho concluir allí la cláusula, pero la reina agregó otras tres palabras que decían: «en su nombre». Aquel testamento era el fiel reflejo de una concepción patrimonial del reino, donde la reina no legaba los derechos sucesorios a Fernando, sino a su hija heredera.

—Son solo tres palabras pero pueden llegar a producir una gran confusión en los asuntos del reino —objetó el rey—, pues al poner «en su nombre», me estáis atando las manos y si la situación es de extrema urgencia o gravedad tendré que consultarle por todo. No podré hacer nada por mi cuenta, ni decidir jamás sobre nada importante. Tendré que esperar verla para consultarle sobre cada cuestión en particular.

—Si es correcto lo que vais a consultar no deberéis temer, pues Juana siempre firmará —respondió Isabel, implacable.

Y aquellas tres palabras quedaron inamovibles, incorporadas al testamento e hicieron historia. Sin embargo, a Juana, a pesar de ser nombrada su heredera universal, no le sería posible ejercer ninguna dignidad.

Finalmente la reina incluyó como testamentarios al rey; al arzobispo de Toledo, Ximénez de Cisneros; al obispo de Palencia don Diego de Deza; a su secretario privado don Juan López de Lezarraga y a sus contadores mayores, don Antonio de Fonseca y don Juan de Velázquez.

La reina firmó y ya no hubo nada más por qué esperar, que no fuese el

funesto desenlace, aquellos momentos de amargura y quebranto en que las campanas doblasen a duelo por su fin inevitable.

En Flandes la actividad de Felipe de Habsburgo se había duplicado ante la inmediatez de la muerte de Isabel. El embajador español, Gutierre Gómez de Fuensalida, había adelantado a la archiduquesa el estado de gravedad de la reina. La importancia con que aquel acontecimiento sellaría la vida de Juana se convertiría sin duda en un momento crucial para la política y la historia europea. Por lo tanto para planificar los pasos a seguir, el archiduque se reunió

de inmediato con su padre, el emperador Maximiliano I y con el rey Luis XII de Francia.

—Conocer de antemano la inminente defunción de Isabel de España nos permitirá prever ciertos acontecimientos —dijo Felipe en aquella ocasión, y los tres soberanos formaron, en el más sigiloso de los secretos, una Liga, donde firmaron el Tratado de Blois, el 22 septiembre de 1504, estableciendo que después de la muerte de Isabel I nunca considerarían a Fernando II de Aragón, como rey de Castilla, puesto que la heredera de aquella soberana era Juana, su hija, de veinticinco años de edad y

única depositaria de su real madre.

Pero ocurrió que sin saber cómo, ni cuándo, la noticia llegó a oídos de Fernando, causándole una profunda y febril consternación que lo llevó a la postración en cama.

La reina, en el límite justo entre la vida y la muerte, con los últimos soplos de vitalidad y de fuerza que le quedaban, continuaba con las audiencias y daba los últimos consejos y recomendaciones para cuando dejara este mundo para siempre. Pero era Fernando quien la sostenía, mas al enfermar y dejar de verla, Isabel, inmersa en la más terrible de las

soledades afectivas, se sintió totalmente abandonada del mundo y ella también se decidió a abandonarlo para siempre.

Una semana más tarde la tragedia largamente esperada puso fin a la tortura y a la desolación de quienes la querían. Muchos de los nobles del reino y quienes le habían servido fielmente durante toda su vida, la lloraron sin consuelo. Frases desgarradoras retumbaron entre los gruesos muros del castillo de Medina del Campo y las plegarias, cual un grito contenido, no dejaron de escucharse durante meses en nombre de la inigualable Isabel I, reina de Castilla.

Cuando partió hacia la eternidad, junto a su cuerpo había perfume de alcanfor. El perfume de las mortajas.

Isabel murió, según informaron sus médicos: de «fístula en las partes vergoñosas e cáncer que se engendró en su natura», sufriendo de hidropesía y de fuertes dolores en el bajo vientre.

Ninguna de sus hijas llegó hasta su lecho de muerte. Juana por hallarse en Flandes. María por encontrarse en Portugal y Catalina por residir en Inglaterra. Mientras que sus otros dos hijos yacían muertos bajo tierra y sus nietos lejanos jamás llegarían a conocerla.

Había cumplido los cincuenta y tres años de una vida demasiado dura, sobre todo en sus últimos años, al perder a sus seres más amados. Un fin que, lejos de recibir con serena resignación cristiana, la había torturado hora tras hora, minuto a minuto, por no poder hallar en Juana a la heredera capaz de administrar los inmensos reinos que le dejaba en herencia.

En Gante, el embajador de España, Fuensalida, no le había dejado de informar a la archiduquesa, diariamente, sobre el agravamiento de la salud de su madre y sobre la necesidad de estar preparada para afrontar el terrible

desenlace que ocurriría de un momento a otro. Por eso cuando llegó la carta de su padre anunciando la muerte de la reina, Juana la recibió con total y entera resignación.

«A Juana y a Felipe, soberanos de Castilla por la gracia de Dios — informaba el rey Fernando— el 26 de noviembre de 1504, a las doce del mediodía, en el castillo de La Mota, en Medina del Campo, pasó a la inmortalidad la excelsa reina Isabel I de Castilla, vuestra madre».

La reina había dispuesto al morir que su cuerpo fuera sepultado en el monasterio de San Francisco de la

Alhambra, en la ciudad de Granada, en una sepultura baja y sencilla, con una losa al ras del suelo que solo llevase gravado su nombre.

Los cielos de Castilla habían reprimido su llanto durante mucho tiempo, pero al morir Isabel descargaron su lluvia incontenible cual un fúnebre lamento por la que tanto amaban. Una hora después de morir la reina y bajo la tormenta que arreciaba con furia sobre Medina del Campo, el rey Fernando salió del castillo. En medio de los relámpagos, envuelto en una capa negra que le cubría desde la cabeza hasta los pies, cual un espectro que el viento

agitaba a su placer, se encaminó al centro de la plaza. Bajo palio, en un acto muy triste y solemne, hizo pública su renuncia al título de rey de Castilla, aquel que ostentara durante treinta años, ante los nobles y el pueblo, que pese al mal tiempo se habían congregado para acompañarle. Por aquel acto aceptaba entonces el simple cargo de gobernador del reino.

De inmediato todos los que le rodeaban proclamaron a Juana soberana de Castilla y a Felipe de Habsburgo, su rey consorte.

El duque de Alba, don Fadrique Álvarez de Toledo, enarboló el

estandarte real, mientras la gente reunida vitoreaba: «Castilla, Castilla, Castilla para la reina doña Juana, nuestra señora».

Tres días más tarde y después de embalsamar el cuerpo y rezarse misas en todas las iglesias de España por el alma de la reina, se procedió al levantamiento del cadáver y el cortejo fúnebre, encabezado por su esposo, el rey Fernando de Aragón; el arzobispo de Toledo, Ximénez de Cisneros y el obispo de Córdoba, Juan de Fonseca, partió desde Medina del Campo rumbo a Granada. Detrás del féretro le seguían todos los fieles nobles y caballeros del

reino de riguroso luto, inmersos entre las letanías y enarbolando las teas ardientes que hacían más triste y lúgubre el último adiós a la reina.

Entre cielos de borrascas, las campanas tañeron a duelo y el viento se fue llevando en aquel trágico día los ecos de la triste nueva, por todos los confines de la cristiandad.

El dolor cruzó los mares, atravesó las llanuras y se estrelló entre las quebradas, montañas, cerros y arenas de aquellos nuevos suelos recién descubiertos y desde los que llegaban las más fabulosas riquezas en plata y oro, otorgándole un inmenso poder a la

corona española.

Del castillo de La Mota salieron las circulares con el comunicado oficial de aquella muerte real y con la orden de que todo acto o sentencia del gobierno fuese hecho en nombre de Juana I, reina de Castilla.

Sin embargo muy lejos estaba Juana de imaginar que al pasar todos los títulos de su madre a su poder, nombrándola su heredera universal, iban a impedírseles ejercer, reduciéndola de reina a prisionera, a la escasa edad de veintiocho años y condenándola a la reclusión perpetua en el inexpugnable castillo de Tordesillas, bajo la más

implacable y firme de las sentencias:
loca.

Al alba del tercer día, el 29 de noviembre de 1504, el cortejo de Isabel partió de Medina del Campo. Pasó por Arévalo, Gotarrendura, Cardeñosa, Ávila, Cebreros. La comitiva fúnebre marchaba en silencio. Arribaron luego a San Martín de Valdeiglesias y el 4 de diciembre llegaron a Toledo donde descansaron tres días, mientras una multitud doliente les acompañaba. El camino siguió por Orgaz, Los Yébenes y Manzanares, en medio de llantos y profundo dolor. El féretro real arropado con plegarias y cantos en latín iba

arrastrado por dos mulas que tiraban de las andas y a las que se les habían fijado unas fundas de terciopelo negro en ambos cuellos. El cortejo continuó por Palacios y Viso del marqués, pasando por Esplúy y Mengíbar, Torre del Campo, Jaén e Illora. Avistaron Granada el 17 de diciembre y enterraron su cuerpo al día siguiente, el 18 de diciembre del año del Señor de 1504.

Tal vez por la muerte de su reina y por el trágico destino marcado sobre su hija heredera, los cielos de Castilla siguieron vertiendo sus aguas durante los meses de noviembre, diciembre y enero de aquel nuevo año de 1505. Este

acontecimiento trajo como consecuencia graves inundaciones, pérdidas de cosechas y una creciente pobreza, con la lógica escasez de alimentos que se extendió por todo aquel funesto año.

La ausencia de una madre

El poderoso e inexorable crisol, donde se han purificado y refinado la sensibilidad y el espíritu, ha sido siempre y con toda certeza desde el inicio de la humanidad el sufrimiento físico. La consignación de la muerte.

Antes de entregar su purificada alma a Dios, Isabel I de Castilla había sufrido demasiado y toda la orbe cristiana

parecía haberse detenido ante aquel aturdimiento producido por la muerte de la gran reina.

Su cronista, Pedro Mártir de Anglería, escribía de ella:

«Se me cae la mano de dolor... exhaló la reina su espíritu, aquella su alma grande, insigne, excelente en sus obras. El mundo se queda sin la mejor de sus prendas...».

Desde su partida definitiva ya nadie podría recordar una España unificada sin evocarla con tristeza.

Había accedido al trono de Castilla en 1474 en momentos en que la península ibérica se hallaba quebrada en

tres. Dos regiones cristianas por un lado: la de Castilla y Aragón; y un reino moro e infiel por otro: el califato de Granada.

Treinta años después dejaba un solo reino unido y fuerte al que se le había anexado todo el nuevo mundo, inconmensurable y desconocido, soñado durante varios lustros y hecho realidad en 1492 por el gran almirante Cristóbal Colón, gracias a su incondicional apoyo financiero.

Ella era Isabel, la única. La que arriesgando fama y fortuna había sido capaz de tamaña aventura. La historia de España la había esperado por más de

setecientos años de luchas y desencuentros, pues en aquella mujer había convivido una extraordinaria combinación de virtudes: la fe incondicional de un santo y el genio militar de un espartano.

Durante los treinta años que reinó gloriosamente sobre aquellas tierras castellanas, impuso su voluntad, impartiendo con mano firme, aunque piadosa, la justicia a los amigos de la corona, pero con puño implacable y severo a los enemigos del reino, por considerar a estos como los propios enemigos de Dios.

Pero la reina había comenzado a

morir mucho antes de aquel triste 26 de noviembre de 1504. Tres cuchillos le habían ido quitando la vida de a poco y esos habían sido la muerte de su primogénito, el príncipe Juan, luego de su hija mayor, Isabel, y más tarde la de su nieto, el pequeño don Miguel.

Desaparecida la gran reina, el vacío político se hizo sentir de inmediato con toda su intensidad. Las leyendas sobre aquella mujer fascinante, tan amada como temida, corrieron por las ciudades, pueblos y aldeas españolas, de uno a otro confín.

Tanto los habitantes de las montañas como los de las llanuras más alejadas

desconfiaban de aquella muerte abrumadora e impensada, negándose a aceptarla como tal. Y mientras unos aseguraban que resucitaría al tercer día y que habían observado en los cielos las señales de un cometa, otros afirmaban haberla visto, majestuosa, vistiendo su brillante armadura de juventud en el Portal de la Gloria de la catedral de Santiago de Compostela. En Granada, lugar elegido por la reina para su postrer descanso, se comentaba que había aparecido milagrosamente sobre la torre de las campanas de la Alhambra, aquellas que un lejano día ella misma había hecho colocar sobre el

punto más alto de un minarete moro. Desde entonces las campanas no dejaban de tañer y no existía mano alguna que moviera sus cuerdas.

Aún su cadáver iba camino a Granada cuando el verdadero torrente político comenzó a desbordarse de sus cauces, en una lucha sin tregua, tan febril como enfermiza.

El alma de Juana acusó la falta. La tristeza se instaló con sus negras alas dentro de su corazón y sus ojos, de tanto llanto, perdieron por aquellos días su deslumbrante brillo. La ausencia de su madre la sintió hondamente, pues a pesar de tantos desencuentros, de tantas

discusiones, de tanto amor mendigado, la amaba entrañablemente. Pero lo que más le dolía era que ya no quedaba tiempo para el arrepentimiento, el perdón o las disculpas. Su madre se había marchado para siempre a reunirse con sus dos amados hijos que le habían precedido en la partida, y ella, su heredera, volvía a quedar sola, completamente sola, sin el consuelo de tenerla, sin poder llamarla, ni abrazarla jamás.

Entre la congoja y el desconsuelo fue recordándola en episodios de su vida, y le parecía verla cuando en los crepúsculos castellanos se arrodillaba

sobre su reclinatorio en la capilla real y la invitaba a que la acompañase en sus oraciones vespertinas.

—Por la Santa Madre Iglesia y todos sus prelados, paladines del cristianismo en estos suelos. Ora pro nobis.

—Por nuestros reinos, para que siempre permanezcan unidos. Ora pro nobis.

—Por nuestro rey, para que su noble corazón no se detenga. Ora pro nobis.

—Por nuestros infantes, herederos del futuro de España. Ora pro nobis.

—Por nuestros fieles súbditos, defensores de la fe cristiana. Ora pro nobis...

Y cuando al alba, sin el sol amanecido, partía con su brillante armadura mezclada con sus ejércitos, envuelta entre las nubes de polvo de los resecos caminos, Juana se levantaba con la urgencia de aquel amor ausente, para verla partir. La escudriñaba en silencio, desde las altas y angostas ventanas de la torre, mientras las lágrimas resbalaban por sus mejillas y su mano le daba un adiós silencioso y desapercibido.

De repente a su mente llegó la imagen de la última carta y la última frase que su madre le escribiera poco antes de morir: «Vuestra ausencia es para mí el auténtico sufrimiento».

Releyó varias veces aquella frase y el llanto le brotó incontenible, silencioso. Nada podía reparar ya del trato indiferente que le había dispensado en los últimos años. Sin embargo, la reina nunca había dejado de escribirle, como una manera de estar a su lado, aunque hiciera un largo tiempo que ella había olvidado contestar sus misivas.

Aquel medio de las cartas le pareció algo maravilloso y se había constituido para Isabel en el único nexo que le permitía mantener, a pesar de la separación, la indiferencia y la distancia, los débiles lazos maternos a los que se aferraba con verdadera

desesperación y devoción.

«Cuanto más lejos estáis, más se hacen esperar vuestras cartas», escribía la reina como un modo de presionar a una Juana indiferente. «Pero cuando las cartas son restringidas, escasas y espaciadas, tienen más valor aún para quien las recibe» pensaba Juana y así actuaba, para mantener a su madre pendiente de cada uno de los acontecimientos de su vida.

Aunque en menor grado, Felipe también sintió la muerte de la reina. Y fue aquel sentimiento mutuo el que terminó por hacer cicatrizar y limpiar definitivamente las heridas, que meses

atrás los celos habían abierto, consumiendo en vida a los jóvenes archiduques de Austria.

—Toda la gloria que cubrió a vuestra madre caerá ahora sobre nosotros y muy especialmente sobre vos, Juana. Seamos entonces sus dignos herederos y roguemos a Dios nos acompañe en tan difícil cometido.

Juana no tuvo dudas de que su Felipe sería el más digno rey consorte del reino de Castilla. Y porque lo amaba sin medida imaginó muchos años de reinado junto a él, compartiendo coronas, responsabilidades y consejos.

Sin hacerse esperar, Felipe de

Habsburgo emitió de inmediato y por propia autoridad una proclama, mencionando a la vez la aceptación de las Cortes en su acto de homenaje, en cuyo transcurso se proclamó a su esposa, la archiduquesa Juana, reina de Castilla, y a él, como su rey consorte.

Nada estaba fuera de lo legal y en todo coincidía con el testamento de Isabel I, aunque algunos comentarios palaciegos expresaron que hubiera sido más conveniente que Felipe emitiera la proclama a su llegada a España, donde Juana era esperada con gran inquietud, y no desde su lejano reino de Flandes.

Otros en cambio expresaron su

beneplácito por la prudencia de anunciar inmediatamente, después de la muerte de la soberana, a su sucesora, previendo la posibilidad de que el vacío de poder condujese a una división de facciones y la lucha por la corona llevase, inexorablemente, a una infructuosa guerra civil.

El Hermoso fue tanto criticado en España por su impetuosidad, como elogiado por su decidido accionar. Con el transcurso del tiempo su primera decisión fue totalmente perdonada y la segunda por demás admirada.

En cuanto a los derechos de Juana a ser reina de Castilla, nadie dudaba de

ellos, como así tampoco de aquellos que le corresponderían, cuando su padre muriese, de ser reina de Aragón. Desde el punto de vista jurídico Juana se convertiría en la primera reina de España (Castilla, Aragón, Granada y Navarra).

Pero no hay medalla sin reverso y dentro de aquel extenso reino solo hubo una persona que se opuso tenazmente a que Juana reinase sobre lo que le correspondía. Esa persona no fue otra que su padre.

Durante el tiempo transcurrido entre el 26 de noviembre de 1504, día en que murió la reina Isabel, y el 7 de enero de

1506, fecha en que Juana y Felipe abandonaron Flandes (un año, un mes y once días después de que Isabel se elevara a la gloria, partieron desde el puerto de Flessinga para dirigirse a España a bordo de la embarcación «Julienne», con treinta y nueve naves y dos mil soldados alemanes), el trato entre el archiduque de Austria y Fernando de Aragón, su suegro, se tornó cada día más rígido, inflexible y desconfiado.

El rey español jamás perdonaría la deslealtad de aquel pacto secreto —el Tratado de Blois— efectuado por Felipe con el imperio y con Francia, a través

del cual solo se lo reconocería como rey de Aragón, pero jamás se lo reconocería como rey de Castilla.

Aquella actitud engañosa y traicionera por parte de Felipe de Habsburgo, no solo demostraba el poco amor que sentía por su patria de adopción, sino que perfilaba la astucia con que se había manejado y se manejaría en adelante, al decidir dejar al monarca de lado en la conducción de aquel reino, sobre el que había reinado junto a su esposa, la reina Isabel, por treinta gloriosos y fructíferos años.

Este comportamiento hizo despertar en Fernando toda la malicia contenida

dentro de su defraudado corazón. Con perfidia innata y profundo egoísmo decidió deliberadamente quedarse con la corona de Castilla. Apartaría a Juana del trono para volver a ocuparlo y le usurparía, además, los legítimos poderes que por el testamento materno le pertenecían.

Aquellas tres palabras finales del codicilo: «en su nombre», no le ofrecerían ningún obstáculo en su accionar. Lo tenía todo calculado, estratégicamente planificado, y también decidido. Durante treinta años había practicado la diplomacia, la astucia y el modo de no despegarse de los reinos

obtenidos. Pero había llegado el momento de llevar a cabo el plan y sabía muy bien cómo actuar. Todo era cuestión de emplear bien las tácticas de su pensada estrategia pero, sobre todo, debía tener mucha paciencia para no claudicar en el intento.

Si lograba que Juana fuese reducida a la incapacidad o imposibilidad de reinar, se desprendería como consecuencia que Felipe de Habsburgo, su rey consorte, lo haría por ella, dado que el poder que eventualmente podría ejercer sobre España, descansaba enteramente sobre la cabeza de quien era su esposa, y si ella era declarada

incapaz, Felipe asumiría el trono.

Para el rey Fernando no fue necesario pensar en nada nuevo, pues desde hacía mucho tiempo, casi desde los primeros meses en que la reina enfermara, había estado tramando el ardid que materializaría finalmente, aquel ambicioso y desalmado plan. A Juana la declararían loca. Motivos tenía, de celos y caprichos. Y con Felipe, ya vería qué hacer para apartarlo del camino de ascenso al trono. No faltaría alguna oportunidad en que pudiera hacerlo desaparecer. Tal vez fuera la peste, una indigestión o quizá un enfriamiento. Ya lo pensaría. Pero debía

ser todo cuidadosamente planeado para que nunca nadie pudiera descubrirlo y luego acusarlo ante el mundo de ser un asesino, como le había sucedido a su padre cuando mandó asesinar a su hermanastro el príncipe Carlos de Viana. Sospechas podrían levantarse, pero fundamentos valederos, esos sí, nunca podrían ser descubiertos, estarían bien ocultos y se irían junto con él bajo el frío mármol de su sepultura. Y después de muerto ya nada le importaría, pues nadie podría afirmar o negar nada que no estuviera dentro del campo de las suposiciones.

La clave de todo estaba centrada en

armar una cábala monárquica en contra de su propia hija, con el objetivo inmediato de hacerla renunciar al poder, basada solo y exclusivamente en el codicilo del testamento. Condición ignorada por Juana y por Felipe, como también por todos los grandes en España, a excepción de unos pocos que integraban el círculo de sus más íntimos. Aquellos nobles eran los artífices de materializar sus más crueles deseos. Pero todo tenía un precio. A cambio de aquel servicio y como recompensa a tan incondicional fidelidad, esperaban títulos, castillos, bosques y ciudades, cuando algún día no muy lejano, el rey

Fernando de Aragón volviese a ocupar el ambicionado trono castellano.

Aquella tarde de elucubraciones se asomó a la ventana y contempló el cielo más diáfano que nunca. El bosque de encinas le pareció más verde que antaño; las nubes más blancas y el río más claro; las altas montañas más azuladas con la lejanía; los mansos rebaños con sus pastores; las gruesas murallas, la ciudad allá abajo; y le pareció Castilla más bella que nunca, tan suya, tan única, que bajó de prisa a la sala del Trono y firmó, seguro de sí mismo y sin pérdida de tiempo, el envío de una flota a Gante, mucho más grande

aún que la que llevase a Juana en su primer viaje a Flandes. El objeto era traer de retorno a España a los archiduques de Austria. De inmediato despachó tras ella una misiva urgente con la noticia. Pero esta vez tuvo mucho cuidado de no dirigirse a ellos como reina y como rey, pues temía tener que legalizar sus indiscutibles derechos y solo se atrevió a llamarlos: «Mis amados, hija e hijo...».

El correo real llegó a Flandes algunos días después, informando de que ante la nueva e importante posición que ocupaban los archiduques de Austria, el reino de España exigía una escolta

adecuada a tan importante pareja, lo que sin duda requeriría de un tiempo más largo para poder organizarla.

También les advertía sobre cualquier intención de realizar el viaje a través de Francia, país que había declarado nuevamente la guerra a España por las posesiones en Italia. Al menos esta noticia había resultado verdadera.

Por último, les solicitaba permaneciesen en Flandes hasta que llegase la flota de escolta, para que fuesen conducidos a su destino con toda seguridad, sanos y salvos.

El gran almirante Fadrique, por su parte, recibió órdenes expresas y

terminantes del rey de desviarse en alta mar lo más que pudiera, evitando acercarse a las costas francesas. Y aunque el viejo marino se sintió disgustado, no le quedó otra alternativa que cumplir con exactitud las órdenes reales.

Si algún sentimiento guiaba aquel propósito, ese era el egoísmo. Hábilmente planificado iba a llevarse a cabo con el solo fin de volver a reinar sobre lo que ya por derecho no le pertenecía. Entonces el rey Fernando dando un golpe de gracia se adelantó a los cambios por venir y convocó a una sesión extraordinaria de las Cortes en

Toro.

Las Cortes se reunieron de inmediato con la siempre demostrada lealtad hacia Fernando II de Aragón y el deseo de que les fuese notificada la fecha de arribo de su amada reina y el día preciso de su coronación. Fue entonces cuando el rey, creyendo propicia la oportunidad, decidió leer el testamento de la reina Isabel, mediante el cual Juana era declarada su heredera universal con el honorable título de reina de Castilla, y él, Fernando II de Aragón, su regente, siempre y cuando fuera necesario.

Con voz grave y persuasiva,

conociendo de antemano los efectos de emplearla en su propio beneficio y con su alta y delgada figura vestida totalmente de negro, inclinada, en posición de agobio, de pie sobre el estrado, Fernando de Aragón comenzó a leer. Las Cortes en pleno, expectantes, hacían un silencio profundo y sepulcral.

Su voz resonó grave dentro del amplio recinto. La luz mortecina de la tarde se confundía con el brillo rojizo de las antorchas. Cual un hábil e indiscutido diplomático que debía convencer a una nación enemiga, levantó la vista pidiendo compasión.

Los treinta años de reinado

compartidos junto a la reina más grande de todos los tiempos le habían hecho madurar en autoridad, por lo tanto muchos eran los que le amaban y confiaban en él, debido al amor incondicional que le profesaban a la memoria de la reina, porque pensaban que su accionar, nunca mezquino, buscaría siempre lo mejor para España.

Lo que la mayoría desconocía eran los hilos ocultos del poder, aquellos que Fernando movía hábilmente para poder volver a reinar sobre el suelo castellano, recurriendo a una de sus más antiguas argucias. Con voz triste y entrecortada comenzó a leer el

testamento y al llegar al codicilo hizo una larga pausa, para acotar finalmente que su querida hija Juana no estaba cualificada para reinar en Castilla. El silencio fue terrible. Solo se escuchaba la respiración entrecortada del rey, a quien todos observaban con atención. ¿Qué actitud adoptaría? Fernando los miró nuevamente y, rompiendo la quietud, volvió a hablar.

—Existen dos importantes razones por las que mi amada hija Juana no podrá ocupar el trono de este reino. La primera y fundamental es que se halla ausente de Castilla y el codicilo señala expresamente: «Si Juana, mi amada hija

y legítima heredera, estuviese ausente de este reino, o si habiendo regresado a él, partiese en cualquier momento para residir en otra parte, no importa dónde o cuándo, o si mientras reside en España, careciese del deseo o la capacidad para gobernar, y hasta que el infante don Carlos de Habsburgo, cumplidos los veinte años pueda hacerse cargo de los reinos, el rey Fernando II de Aragón, mi amado esposo y consorte, gobernará, administrará y reinará en su nombre». Por lo tanto, señores, el contenido de esta cláusula descalifica a mi hija para ser reina de Castilla.

Era cierto que al omitir la reina en

su testamento al rey consorte, Felipe de Habsburgo, Fernando II de Aragón era respaldado por aquel documento, para gobernar, administrar y reinar en su nombre, mientras Juana estuviese ausente de España y si, regresando a esta tierra, no quisiera o no pudiera hacerlo.

—He informado a los archiduques de Austria —pro siguió el rey con voz grave— sobre la muerte de mi bien amada esposa, pero Juana, mi hija, no ha demostrado demasiado interés por abandonar Flandes. De haberlo deseado, estaría aquí desde hace mucho tiempo.

Y todo esto era verdad, pues Juana

no estaba en Castilla y el rey Fernando de Aragón había expuesto con total claridad su pretensión de seguir reinando en su nombre.

Al conocer los detalles de aquella inesperada ausencia, las Cortes lo tomaron con total naturalidad, pero exigieron enérgicamente que la archiduquesa y su esposo ocuparan el trono de Castilla. Si por alguna causa fortuita, accidente natural, de fuerza mayor, tiempo adverso o guerra imprevista, los archiduques retardaban su regreso, las Cortes acordaron no aplicar la letra de la ley con todo su rigor y juraron que la tardanza no

modificaría en nada la lealtad que sentían hacia sus nuevos soberanos.

Pero el rey Fernando no estaba dispuesto a aguardar la llegada de su hija para conocer su decisión y decidió volver a convocar a las Cortes unos días más tarde.

Después de un saludo reverencial hecho a los pares del reino, donde con una leve inclinación se sacó el sombrero, comenzó su discurso elogiando la fidelidad de aquellos nobles, en conformidad con sus mismos sentimientos.

—Señores —dijo el monarca, inclinando voluntariamente sus hombros

hacia adelante y su voz se tornó abominable—, existe una segunda razón que impide que mi hija ocupe el trono. En el codicilo real hay una parte que expresa: «o si mientras reside en España careciese del deseo o la capacidad para gobernar...». Y es mi deber exponer la prueba ante estas Cortes, de que mi hija Juana, lamentablemente, carece de esa capacidad para reinar. Con profundo dolor vengo a confiaros a vosotros, públicamente, lo que en privado he soportado con hondo pesar, pero la seguridad de España está sobre todo, y no deseo que la locura de Juana la afecte.

Las exclamaciones de estupor y de asombro resonaron en el gran recinto e inmediatamente un insoportable silencio, como la vez anterior, inundó la sala. Parecía que las Cortes habían quedado paralizadas ante tamaña noticia. Se encendieron las antorchas. A través de altos ventanales, estrechos y escasos, entraban las primeras sombras de una noche que se avecinaba presurosa.

Sin reparos y aprovechando la trágica quietud, con voz extremadamente grave, reveladora de angustias y penas, el rey tomó en sus manos el denigrante diario de don Martín de Moxica y comenzó a leer, párrafo por párrafo, los

pormenores e intimidades de la vida de Juana en Flandes.

Allí se la describía escandalosa en el vestir, pues mostraba los tobillos al danzar; descuidada en sus deberes religiosos, por haber reñido con el cardenal Cisneros cuando le impedían regresar a Flandes; culpable de ocasionar escenas de furia y de celos, sobre todo cuando atacó a la condesa de Foix, amante del archiduque. Acto que trajo como consecuencia la reanudación de la guerra con Italia, país al que Luis XII, rey de Francia, había enviado un sinnúmero de refuerzos de tropas y cañones. Todo este desequilibrio

demostraba, concretamente, que Juana I de Castilla estaba loca.

—La respuesta, señores, está en vosotros. Solo quiero agregar a todo esto una pregunta. ¿Os entregaríais a ser gobernados por una reina capaz de tantos desatinos?

Cuando el rey concluyó con su alegato, su secretario privado, don Francisco Ramírez, terminó de leer el codicilo:

«... y hasta que el infante don Carlos de Habsburgo, cumplidos los veinte años, pueda hacerse cargo de los reinos, el rey Fernando II de Aragón, mi amado esposo y consorte, gobernará,

administrará y reinará en su nombre...».

Los delgados y altos, los gruesos y gordos nobles de las perpetuas Cortes del reino, vestidos con cuellos de encajes, jubones negros y mantos carmesí que les cubrían hasta los pies, de finos cabellos de acentuados rizos y de grandes mostachos, permanecieron adustos, callados e inmóviles, hasta el final del testamento.

Acto seguido las Cortes pidieron un cuarto intermedio para deliberar ante la sorpresiva noticia de la demencia de Juana. La cual, sin duda, de no mediar una posible solución, terminaría por hacer peligrar la estabilidad

institucional.

Al contemplar el rey los rostros de aquellos nobles visiblemente conmocionados, se dio cuenta de que ya los había convencido. Pero grande fue su sorpresa cuando las Cortes, en menos de una hora, volvieron a reunirse. Con íntima satisfacción y pensando en un resultado favorable, el rey se presentó nuevamente al recinto, confiando en la buena nueva.

—Vuestra alteza católica —leyó el presidente de la asamblea.

El rostro de Fernando hizo una mueca de disgusto, perturbado, pues no se le había nombrado como siempre

acostumbraban a hacerlo: «vuestra majestad católica».

—Es deber de esta magna corte juzgar por sí misma sobre la cordura o la locura de nuestra futura reina, doña Juana I de Castilla, la cual, regresada a España y una vez llegada, será la corte en pleno quien decida si ella posee o no la capacidad suficiente para reinar. Hasta tanto se cubra el vacío ocasionado por la muerte de nuestra excelsa reina Isabel y a los fines de evitar el peligro de mantener el trono vacante, para llevar con buen rumbo las cotidianas labores del reino, os ofrecemos a vuestra alteza el título de jefe de estado, no con la

autoridad de un rey, sino como curador del reino, hasta tanto retorne de Flandes nuestra reina, doña Juana.

Concluida la lectura, Fernando de Aragón no tuvo más remedio que sonreír amablemente y aunque por dentro su furia era incontenible, como era un buen diplomático supo disimularla. Mientras una pregunta laceraba su cabeza: «¿Curador? ¿Cuidador de un país que me llamó su rey durante treinta años?»

Ser descendido del rango de máxima jerarquía por las Cortes sin ningún miramiento era algo difícil de aceptar. Pero no se daría por vencido. Volvería a calcular la nueva estrategia para la

prosecución de su plan definitivo. El odio había vuelto a brotar de su corazón, pero lo más terrible de todo fue que esta vez lo dirigió directamente hacia Juana, Felipe y las Cortes, opacando su raciocinio y consecuentemente su capacidad para juzgar con equidad.

Su resentimiento creció tanto que terminó por volverse cínico, mezquino y celoso. Aquellos cambios bruscos de su personalidad, iniciados con la muerte de Isabel y los que parecían ahondarse con el transcurso del tiempo, llamaron profundamente la atención de cuantos le rodeaban. La fuerza incontrolable de la venganza parecía haber hecho de él su

presa favorita, mientras un odio, rayano con lo mortal, lo iba arrastrando hacia su ruina interior.

Decidido a enfrentarse con su propio linaje, pues la primogenitura de Juana le valdría la dirección indiscutida del reino castellano, la detentación del patrimonio heredado de su madre y la cualidad de reina de Castilla, hizo que el monarca se mostrase intratable en todas las conversaciones referidas al trono castellano. Y a partir de entonces se negó a aceptar cualquier otra compensación por la muerte de la reina Isabel, que no fuese la propia muerte de Felipe de Habsburgo y la demencia de

su hija Juana. La sangre asesina de su estirpe, de aquellos Trastámara que siendo bastardos se habían hecho llamar reyes de Castilla y ocuparon los tronos de Aragón, Navarra y Sicilia, florecía en Fernando con toda la fuerza de sus antepasados.

Cargado de rencores se lanzó al duelo y, para darle inicio, no tuvo mejor idea que continuar reteniendo a Juana y a Felipe, muy lejos, en Flandes. Si lograba que no salieran del país, apelando a cualquier medio, las Cortes no tendrían la oportunidad de juzgarla por sí mismas y entonces podría aplicar la previsión del codicilo, referente a la

residencia de Juana fuera de Castilla. Con unos meses más de permanencia en Flandes, entraría en vigor aquello de que la archiduquesa Juana había decidido «residir en otra parte».

Con todo el cinismo y la crueldad que lo caracterizaban últimamente, envió una carta muy cariñosa a su hija con la única y verdadera intención de provocar entre los archiduques nuevos motivos de desencuentros. Y logró su cometido, porque además de la carta, adosó a ella el diario de Martín de Moxica y todas las cartas de Felipe de Habsburgo, donde el Hermoso confesaba su complicidad de espionaje

con el tesorero traidor. Ya sobre el final de la misiva, el rey justificaba el comportamiento de su yerno como una manera de ocultar las relaciones extramaritales con la condesa de Foix, a la vez que enumeraba los serios inconvenientes que aquella relación ilícita había acarreado a España. La lista, por supuesto, se iniciaba con la guerra de Italia y concluía, como un broche de maldad sin par, recurriendo al patriotismo, para lo cual remitía a Juana un papel donde le imploraba lo firmara y se lo devolviera con urgencia.

... Finalmente, amada hija, debo

informaros de que las Cortes de España acaban de designarme en vuestra ausencia, curador del reino, con lo cual he sentido el mismo dolor que si me hubiesen cruzado el rostro con dos sonoras bofetadas. No olvidéis que vuestro querido padre ya está viejo y cansado y este disgusto acaba por acelerar algunos síntomas... Sobre todo en el reino de Castilla, donde la intranquilidad se hace muy difícil de manejar. Cuando un rey es rebajado, surgen personas ambiciosas deseando ocupar el espacio político vacío y el trono vacante. Las rebeliones pueden estar gestándose detrás de cada portal, ocultas, siniestras, codiciando la corona. Y hasta que no logre solucionar esta cuestión, será mejor que firméis este papel que os remito y que me devolverá el título de rey, permitiéndome gobernar, administrar y reinar en vuestro

nombre. Este ha sido el último deseo de vuestra madre, expresado en su testamento y como tal, por ser ella la mujer que más he amado en este mundo, también es el mío...

Vuestro padre. Fernando II de Aragón.

Astutamente Fernando se guardó muy bien de que aquella carta no llegase a manos del archiduque, dando severas y precisas instrucciones al emisario de que solo la entregase en mano y secretamente a su hija Juana.

La archiduquesa de Austria abrió la carta con gran ilusión, pensando encontrar en ella algún recuerdo añorado de su difunta madre. Tal vez sus últimas palabras o alguno de sus

pañuelos bordados con las iniciales, quizá algún broche de oro, alguno de sus anillos o el relato del cortejo camino a Granada. Pero nada de eso encontró. Solo las palabras escritas de su padre que expresaban cuando Felipe, además de haberla traicionado, echaba sobre ella toda la carga de la culpa haciéndola espiar, con el deliberado propósito de evitar que se entrevistara con los españoles. La ira se instaló en ella y con dolor y furia firmó el papel a toda prisa restituyendo a su padre la corona de Castilla y perdiendo así, como consecuencia, sus legítimos derechos sobre ella.

El rey Fernando podía volver a reinar sobre Castilla, pero había olvidado que Felipe de Habsburgo también deseaba hacerlo. Con el mismo ímpetu que caracterizaba al monarca de Aragón por usufructuar el trono, Felipe se lanzó al duelo e hizo que los proclamaran en Bruselas, a su esposa y a él, reyes de Castilla, León y Granada.

Aquella misma noche, Juana, rehén de uno e instrumento del otro, decidió que escaparía de Flandes rumbo a España. Y cuando Felipe entró a sus aposentos, no pudiendo contenerse, le arrojó con violencia las cartas en pleno rostro, al mismo tiempo que estrellaba

contra el piso el diario de Martín de Moxica.

—¡Me habéis traicionado nuevamente, conspirando a mis espaldas! Y no solo lo habéis hecho contra mí, sino contra toda España. Por lo tanto, esta vez, regreso a Castilla de inmediato.

Pero lo que Juana ignoraba era que su padre estaba muy lejos de desear su retorno y que su esposo trataría de impedirselo por todos los medios. También evitaría que Juana alertara a su padre sobre las maniobras orquestadas para lograr el poder otorgado por el trono y las coronas heredadas.

Fernando II de Aragón y Felipe de Habsburgo tenían puestos sus ojos en un mismo objetivo: el trono de Castilla. Pero para obtenerlo, emplearon métodos contrarios. El rey Fernando tratando de demostrar que su hija estaba loca, único modo de que el gobierno quedase en sus manos. Felipe, su esposo, tratando de demostrar que su esposa no podía reinar sola, única manera de heredar el trono como rey consorte.

—¡Juana, sois una tonta! Habéis sido engañada y nada menos que por vuestro padre. ¡Os lo advertí! Ha leído públicamente el diario de Martín de Moxica ante las Cortes en Toro, para

hacerles creer que padecéis de demencia. ¿No os dais cuenta de que desde hace tiempo trama una conspiración en nuestra contra?

—Mi pobre alma no tiene consuelo. Y comprendo que no solo he sido engañada por mi propio padre que ambiciona mis coronas, sino también por mi bien amado esposo que codicia mis reinos. He sido doblemente traicionada. ¡En lo único que pensáis vosotros es en el trono que vais a ocupar, pero no os dais cuenta cuánto está sufriendo mi alma!

Felipe permaneció taciturno y distante. Y Juana guardó silencio como

siempre lo hacía cuando se disgustaba.

El invierno aquel año aún no había llegado, pero toda la geografía de Flandes se había cubierto con un blanco manto de nieve. Los archiduques habían dejado de hablarse y se hallaban distanciados el uno del otro. Entonces Felipe, pensando en el bien de Juana y la paz de Europa, decidió enclaustrarla dentro de sus magníficos y suntuosos aposentos, prohibiéndole cualquier contacto con el resto de la corte española, ante el temor de que informara a su padre sobre lo que estaba aconteciendo. Además colocó guardias frente a su puerta y bajo sus ventanas,

para impedir de este modo cualquier intento de huida a España.

Por motivos aparentemente loables, la reina Isabel primero y Felipe de Habsburgo después, la habían confinado al encierro, aunque aquellos enclaustramientos ocultaban lo que una Juana ultrajada no deseaba y lo que más ambicionaban aquellos que la rodeaban: su trono y su poder.

Trono y poder que abarcaban inmensas extensiones de un mundo vital, rico y poderoso.

En España todo era confuso y vacilante. Tanto el rey Fernando desde su trono de Aragón, como el archiduque

Felipe desde su palacio en Gante, se ocuparon de que la situación se tornase cada día más oscura. A diario emitían órdenes y decretos contrapuestos entre sí, pues ambos se hacían llamar reyes de Castilla y decían reinar en nombre de Juana I, de acuerdo a lo testamentado por la magnánima y difunta reina Isabel.

Bajo aquellas adversas circunstancias, prueba fehaciente de una cruel conspiración, el 17 de septiembre de 1505, Juana dio a luz en Bruselas y en cautiverio a su quinto vástago. Una niña saludable y hermosa a quien pusieron por nombre María, como su abuela paterna, María de Borgoña,

muerta trágicamente veintitrés años atrás y como su tía materna, María de Aragón, reina de Portugal.

Ante aquella situación política que estaba llevando al reino por cauces no previstos, Fernando de Aragón trató de imponer el respeto castellano por el testamento de la reina Isabel y propició un arreglo, de forma que pudiera reinar junto a Felipe y a Juana. El Hermoso Habsburgo, para ganar tiempo, aceptó la solución y quedó establecido en la Concordia de Salamanca, firmada el 24 de noviembre del año del Señor de 1505, que era reconocido, junto a Juana y su suegro, como rey de Castilla. Las

rentas del reino se dividirían en tres partes, como correspondía a un reinado tripartito. Por esta Concordia quedaba asociado el rey Fernando a la corona, como gobernador perpetuo en la primera regencia.

Durante los meses siguientes Juana permaneció prisionera dentro de su palacio flamenco. Vio caer las hojas de los árboles desde las ventanas y miró pasar la Navidad dentro de sus aposentos, a los que iluminaron con mayor profusión de velas y adornaron con guirnaldas de follajes y rosas, mientras la nieve caía copiosamente sobre las vastas extensiones de los

jardines reales.

Exquisitamente atendida no tenía la apariencia de una prisionera. La Noche Buena la pasó en total intimidad con sus hijos y Felipe. La mesa había sido dispuesta con gran magnificencia, con la mejor vajilla de plata, oro, cristal y porcelana. Los mejores manjares: jamón de las Ardenas, foie gras d'Anvers, guisados de ternera con hierbas frescas, filetes de Amberes y, a los postres, les fue servido el plato preferido de la archiduquesa: pasta de castañas y confituras de naranjas cubiertas de nueces, uvas y frutos silvestres.

La música de los laudes llegaba

desde la antesala como si el mismo aire la generara. La mesa, cubierta por un mantel de encaje que llegaba hasta el piso, lucía iluminada por dos candelabros de plata, y Juana desde una de las cabeceras observaba a Felipe sentado en la opuesta. Sus niños: Leonor de siete años; Carlos de cinco e Isabel de cuatro, se encontraban ubicados sobre los laterales, juiciosamente sentados. Pero la tristeza que Juana llevaba en su corazón era por el infante Fernando de apenas dos años de edad. El niño había quedado en España requerido por los Reyes Católicos y se hallaba en el castillo de Arévalo

educándose como un príncipe español. Felipe había aceptado dejarlo porque no deseaba que le reclamaran a su hijo primogénito Carlos. La infanta María, de apenas tres meses, dormía serenamente envuelta entre los encajes y mantillas blancas de su primorosa cuna.

Aquella escena era digna de un cuadro. Juana estaba deslumbrante. Su vestido color azul lavanda era suntuoso, con todo su canesú recamado en hilos de plata, destacando su porte distinguido. Se había recogido el cabello hacia atrás y una cinta negra de terciopelo, de la cual pendía un inmenso diamante (que desde 1276, época en que Rodolfo de

Habsburgo, rey de Germania, ocupó el trono austríaco, iba pasándose de mano en mano, a los miembros de la Casa real) realzaba su belleza y hacía resaltar y relucir la asombrosa piedra preciosa, sobre la blanca y tersa piel de su cuello.

Los ojos de Felipe volvían siempre sobre los de Juana y siempre los encontraba, tal vez un poco contrariado al observar su terquedad, pero no por eso dejaba de admirar su hermosura. Por su parte el apuesto archiduque lucía un jubón con calzas haciendo juego en color negro y dorado, y de su pecho colgaba el imponente Toisón de Oro. Los niños varones estaban ataviados con

atuendos de finos paños de Flandes en color azul claro, con cuellos de encaje de la región del Dendre, y las niñas vestían largos vestidos de paños verde oscuro con cuellos de encaje princesa.

Unos inmensos leños de enebro ardían en la gran chimenea, mientras dos criados arrojaban al fuego semillas de espliego para perfumar el ambiente. El banquete de Navidad dio comienzo. Afuera la nieve caía en profusión. Los niños sentados, pequeños y solemnes, comían en silencio, mientras Juana los observaba con ternura y Felipe les sonreía con satisfacción.

Aquella Navidad de 1505 la

volvería a recordar Juana muchas veces en su vida, pues sería la última que pasaría en familia, mas en aquel momento lo ignoraba y solo se limitó a mirar a su alrededor, maravillándose con aquella escena.

Los días siguieron su curso. La archiduquesa era llamada majestad con todos los honores y el rango de reina, mientras un séquito de médicos la controlaba durante las veinticuatro horas del día, informando diariamente de que no existía en ella nada que fuese anormal o llamase la atención. La única actitud poco común fue cuando despidió a don Martín de Moxica del cargo de

tesorero, enviándolo de regreso a España. Pero De Moxica no se preocupó demasiado pues bien sabía que tanto el rey Fernando, como el archiduque Felipe, continuarían abonándole sus pagas.

Juana se conducía como una gran reina y si había una señal externa de la profunda desesperación que su corazón sentía, esa era su melancólica mirada, la que ni siquiera lograba alegrar la hermosa María recién nacida.

Por las mañanas al levantarse, corría los espesos cortinados de los ventanales que daban al jardín y miraba a través de los cristales el prolijo trabajo de los

jardineros. Los canteros recién regados y la tierra removida hacían que se arremolinaran los pájaros en busca de insectos y semillas. Y hubiera deseado tener alas como ellos para salir volando y poder librarse del peso de aquella herencia que la perturbaba, perdiéndose en el cielo gris o en la oscuridad de algún follaje.

Cautiva en sus propios aposentos, encerrada bajo doble llave, custodiada cual un valioso tesoro, Juana era como le había confiado Felipe: oro puro. El verdadero poder y la legítima heredera de España.

—Deberíais repudiar la firma del

documento que vuestro padre, guiado por las circunstancias, os obligó a rubricar. ¡Declarad que fuisteis engañada y vais a ver que todo volverá a ser como antes! —le aconsejó Felipe.

—Haced conmigo lo que os plazca, Felipe. Soy vuestra prisionera. Matadme si es vuestro deseo, estoy en vuestro poder. ¡Pero no podréis obligarme a firmar nada que yo no desee!

La terquedad de Juana hacía bullir la impetuosa sangre Habsburgo, pero ella continuaba silenciosa y firme en aquella tenaz resistencia.

—En Europa están aconteciendo hechos que necesitan de vuestra

sabiduría. ¡En nombre de Dios, Juana, deseo ayudaros!

—¿Ayudarme vos, Felipe de Habsburgo, que enviasteis a mi padre el diario de Martín de Moxica y fue leído ante las Cortes perpetuas del reino, causándome el más intenso e insoportable de los dolores por la humillación recibida? ¡Jamás lo olvidaré, como tampoco sé si podré perdonaros algún día!

—Reconozco mi imprudencia y os pido sepáis perdonarme.

—¿Perdonar una imprudencia política? Es demasiado difícil lo que me pedís. Vos, que os jactabais de vuestro

diplomático comportamiento ante las Cortes y embajadores de Europa, no supisteis guardar tino y prudencia sobre nuestras relaciones matrimoniales.

—Perdonadme Juana. Os lo pido con todo mi corazón. No seáis tan inflexible ante esta falta. ¿O es que acaso no podréis perdonarme nunca? Todo vuestro futuro depende de tan solo tres palabras: «Yo, la reina». Firmad por favor un nuevo decreto y regresemos a España donde disiparemos los crecientes rumores de una guerra civil, al tiempo que pondremos fin a la guerra con Italia.

—La guerra con Italia no se hubiera

producido si vos no hubieseis tomado como amante a la condesa de Foix y enviado a mi padre aquel maldito y sucio diario.

Felipe guardó silencio, pues contra Juana, nada se podía.

Los días transcurrieron y la archiduquesa continuó encerrada en la negativa de no querer firmar absolutamente nada. La herencia que le pertenecía, y por la que se enfrentaban su padre y su esposo, era un imperio de extraordinarias dimensiones que elevaba al reino español a las alturas de poderío y dificultades como jamás lo había imaginado.

En Castilla el rey Fernando gozaba cada vez de menos aceptación y era mirado con desconfianza por la mayoría de los nobles castellanos, los cuales solían referirse a él como «el tacaño catalán». La nobleza como factor de poder había sido sometida pero no eliminada y, puesto que Fernando carecía de derechos personales al trono, los nobles creyeron que llegado el momento recuperarían el poder de manos de la sucesora de Isabel, su hija Juana I de Castilla.

Un viaje sin retorno

Sobre los últimos días del año del Señor de 1505, casi trece meses después de la muerte de Isabel, Felipe de Habsburgo cedió ante las fuertes presiones de la situación internacional. La inmensa flota española permanecía amarrada en el estuario del Escalda frente al puerto de Flessinga, desde hacía más de un mes, a la espera de levantar las anclas nuevamente, llevando consigo de retorno a España a los

archidukes de Austria.

El tiempo había corrido a la par de los incesantes y crecientes rumores de que Juana, la heredera de Castilla, se hallaba prisionera dentro del lujoso palacio de Bruselas por orden expresa de su rey consorte.

A todos estos acontecimientos se les sumaban los decretos contrapuestos que tanto Fernando como Felipe emitían a diario en nombre de una reina cautiva, a través de los cuales trataban de manejar individualmente la confusa y desorientada situación política española. Este comportamiento ambivalente había paralizado el

accionar de las Cortes y el desempeño de la justicia. Los desmanes y desórdenes estaban a la orden del día causando una verdadera conmoción. Y mientras Felipe efectuaba las negociaciones para lograr una paz duradera con Italia, Fernando las anulaba por decreto, ordenando la intensificación de los combates.

En la península ibérica la noticia de que los archiduques se hallaban a punto de emprender el camino de retorno fue celebrada con gran alborozo. A partir de ese momento todo volvería a recuperar la normalidad y el Imperio español avanzaría glorioso guiado por la mano

firme de Juana, la hija heredera de la querida Isabel I de Castilla.

Los *Te Deum* se oficiaban en todas las iglesias y muy especialmente en el monasterio de San Francisco de la Alhambra, donde yacía, bajo la fría lápida de mármol, el cuerpo inerte de Isabel, reina de España. Los cirios se encendían por millares pidiendo gracias y larga vida por los nuevos soberanos, y las grandes fogatas ardían imponentes en las plazas de todos los pueblos. Las campanas habían vuelto a repicar por la feliz noticia: Juana estaba por arribar a su tierra para ser coronada.

Pero el júbilo que embargaba a

todos jamás llegó al corazón de su padre. El rey pensaba que las Cortes no se hallaban dispuestas a declararla incompetente para reinar y ante aquella algarabía que se expandía por todo el reino, se desplomó convencido de que jamás la declararían insana. En su mente fue forjando la idea de asegurarse el trono de Castilla, para lo cual pensó concertar un nuevo matrimonio con Juana la Beltraneja, refugiada en un convento portugués. Anoticiado el archiduque de las aspiraciones de su suegro, influenció sobre el monarca portugués para evitar aquella posible boda. Mientras algunos grandes de

España, como el duque de Béjar, el conde de Benavente, el duque de Medina Sidonia, el duque de Nájera y el marqués de Villena, deseaban y apoyaban el nombramiento de Juana como reina de Castilla y de Felipe de Austria como su rey consorte.

El odio resurgió dentro de su corazón como el único de los sentimientos posibles, y con él aumentaron sus ansias de venganza. El revés político sufrido le daba nuevas fuerzas para recurrir al último intento que le evitaría claudicar. Acorralado y perdido, como estaba bajo la presión de aquellas circunstancias, decidió resistir

hasta las últimas consecuencias.

Entonces pensó que sería emocionante correr el grave riesgo de enfrentarse, de una vez por todas, a los archiduques de Austria.

Cuando el castillo de La Mota se sumergió en el silencio total de la noche, sin más ruidos que las botas de los guardias sobre el patio empedrado y el aullido lejano de algún perro, Fernando II de Aragón subió las escaleras angostas y circulares que llevaban a la sala de homenaje, seguido por su fiel secretario, y cerró la pesada puerta con doble llave para que nadie pudiera molestarlos.

Entre la penumbra de las velas y el resplandor del fuego de la chimenea, donde ardía el tronco de un árbol gigantesco, trazó la última de las estrategias de su desalmado plan.

No iba a tirar por la borda tantos años de esfuerzos por conservar lo obtenido. Desde niño, su padre, el astuto Juan II de Aragón, le había favorecido para que él llegara a reinar un día sobre Sicilia, Aragón, Navarra, Cataluña y Castilla. Aquel amor paternal, casi enfermizo, había llegado a matar a su propio hermano, el príncipe Carlos de Viana, heredero del reino de Navarra y, más tarde, a la hija de este, Blanca,

dejándole el camino dinástico libre. También había declarado la guerra al reino de Cataluña, porque se negaba a reconocer como heredero a su hijo predilecto y cuando finalmente, unos años después, concertó la feliz alianza matrimonial con Isabel de Trastámara, la heredera de Castilla, había logrado su objetivo: manejar las riendas de las Españas. ¿Cómo abandonarse entonces, a las presiones de las Cortes y a la arrogancia de un Habsburgo que imponía ser rey de Castilla?

—Si yo no puedo ser rey, tampoco podrá serlo Felipe de Habsburgo —dijo con la voz apagada por el odio y la

ambición.

—Pero, majestad —dijo su secretario—, si ninguno de vosotros ocupa el trono de Castilla, ¿quién será el rey entonces?

—Un hijo. Un hijo mío —respondió el rey con euforia, y en sus ojos y en su boca se dibujó un gesto de astucia.

—Pero si vuestra majestad no tiene ningún hijo varón legítimo.

—Será necesario entonces engendrar uno —respondió el rey con una sonrisa de complicidad.

—Lo que vos deseáis, majestad, necesita previamente de unos nuevos esponsales.

—¿Acaso no soy viudo? Unos segundos esponsales serán tan sagrados y honorables como fueron los primeros.

—Claro que los serán, majestad. Solo creo que deberíais descansar un poco y resolverlo mañana con mayor tranquilidad.

—Mañana lo discutiremos. Tenéis razón, las decisiones hay que tomarlas con la mente descansada. ¡Qué tengáis buenas noches Francisco! Tantos años juntos, que os quiero como a un hermano y espero mañana la sabiduría de vuestros consejos.

—Que tengáis buenas noches, majestad.

Desde hacía tiempo el cerebro del rey había comenzado a trabajar desenfrenadamente. La corona, el cetro, el reino, sus tierras lejanas, su gobierno, las Cortes y todos los sueños agitados de un hombre que no deseaba envejecer se agolparon en su mente, produciéndole fuertes y punzantes dolores en las sienes. Y como por obra del destino, un nombre que hacía demasiado tiempo le quitaba el sueño brotó de sus labios finos y reseco: Germaine de Foix.

Desesperadamente trataría de desposarla ya que no solo deseaba engendrar un hijo con aquella joven condesa para desheredar a Juana y a

Felipe, sino que además se sentía profundamente atraído hacia la joven, al punto de no hacer absolutamente nada más que pensar en ella.

A los ojos de Europa tal vez aquella unión resultara mediocre, porque la condesa de Foix siempre se vería opacada por el glorioso reinado de su antecesora. Pero a pesar de que todos la consideraran un fracaso, él sabía muy bien que aquello era un triunfo. Un triunfo sobre Felipe de Habsburgo.

Se levantó al alba, se calentó las manos y los pies junto al fuego de la chimenea, bebió una taza de té bien caliente con miel y canela y, mientras le

vestían sus lacayos, fue analizando fríamente los pasos a seguir. Una vez listo se dirigió con pasos apresurados a la sala del Trono, donde ya le aguardaba su viejo secretario con la lista de novedades y audiencias del día.

—Francisco, lo tengo decidido.

—¿Qué tenéis decidido, majestad?

—Lo del hijo.

—¿Y cómo haréis, majestad?

—Desposaré a la condesa Germaine de Foix, vasalla de Francia. Este enlace ya lo he venido conversando con el rey Luis XII y hemos firmado el 12 de octubre el Tratado de Blois, (el segundo de los Tratados de Blois, pues el

primero había sido firmado el 22 de septiembre de 1504 entre Francia y Austria) ratificando de ese modo los pactos de paz y alianzas concertados entre Francia y España y deshaciendo el Pacto de Lyon, por el cual se comprometía a la princesa Claudia de Francia con mi nieto Carlos de Flandes. Mi casamiento permitirá concertar de inmediato la paz con Italia y así podré detener la cadena de derrotas españolas. Además el rey Luis XII y yo podremos llegar a un acuerdo y dividirnos el reino de Nápoles, pues el rey francés concederá a su sobrina como dote, la cesión de los derechos que Francia tiene

sobre dicho reino (de Nápoles), además del título de rey de Jerusalén, derechos que retornarán a Francia en caso de que la condesa no tenga descendencia en su matrimonio conmigo. Germaine de Foix será mía. Podré engendrar un hijo y destruir así las apetencias de Felipe de Habsburgo. Jamás ese archiduque ceñirá sobre su frente una corona de España. Y ahora, escribid, que os dictaré una carta para el rey de Francia, la que quiero que despachéis de inmediato.

Muy cristiana majestad

La alternativa que a la brevedad se os presentará, es que los archidukes de Austria, apoyados como están por todas las

facciones y las Cortes de España, expulsarán a vuestras tropas del reino de Nápoles en menos de diez días, o tal vez antes, si el emperador, como es lógico, apoya a su hijo.

Pero yo estoy dispuesto a desposar, por el Tratado de Blois que ambos hemos firmado, a vuestra sobrina, la condesa Germaine de Foix y evitar así más derramamientos de sangre.

Fernando II de Aragón.

Francia recibió con beneplácito aquel pedido de mano.

Una España unida al Sacro Imperio Romano Germánico era una fuerza demasiado poderosa para Francia. Si el reino de Nápoles llegaba a caer en

manos imperiales y españolas, la causa de los franceses estaría definitivamente perdida. Por lo tanto el ofrecimiento que hacía España, no era para despreciar.

Ante aquel golpe diplomático Germaine de Foix le hizo saber al rey francés que de buen agrado estaba dispuesta a ayudar a su amada Francia. Luis XII aceptó complacido, otorgándole a cambio como dote, y como le había prometido a Fernando de Aragón, el reino de Nápoles.

El tiempo había empeorado. El frío del invierno se esparcía por el hemisferio norte y la lluvia continuaba cayendo sin cesar. Y mientras la condesa

ordenaba en París la confección de un magnífico y suntuoso ajuar para sus esponsales reales con Fernando II de Aragón, en el corazón del rey de España renacía una nueva primavera. Se casaron por poder el 19 de octubre de 1505.

Juana y Felipe ignorando este singular acontecimiento sobre el rey Fernando embarcaron desde Flessinga hacia España el 7 de enero de 1506. Antes de hacerlo, el archiduque de Austria insistió por última vez a su esposa que firmase la revocación del título de rey a su padre.

—Aunque no lo firméis igual zarparemos a España, pero no será mi

culpa si vuestro padre nos declara pretendientes rebeldes a la corona y nos toma prisioneros. ¡Realmente de él no me extrañaría nada! —dijo Felipe disgustado.

—Pero de vos, Felipe, sí me extraña la falta de respeto con que habláis de él —respondió una Juana airada.

Aunque con el corazón herido y sintiéndose fracasado a causa de la obstinación de la archiduquesa, el Hermoso se había alegrado de iniciar al fin el viaje que lo llevaría a España como rey consorte de aquel reino.

La muerte de Isabel la Católica había sido el mejor golpe de suerte para

sus ambiciones. Las inmensas extensiones del nuevo mundo, junto al reino de Castilla, habían pasado a ser también posesiones suyas, por decisión de la difunta reina. Desde entonces parecía que su estrella no había dejado de ascender. Durante los últimos tiempos había logrado grandes progresos políticos, no solo con Francia, sino también con Inglaterra. Pero el odio mutuo que se profesaba con su suegro estaba surtiendo efectos desastrosos, aunque atenuados, dado que la conducta traicionera del rey había hecho que la opinión de las Cortes fuese favorable a los archiduques de Austria.

Así su fuerza, combinada con la de Juana, sería lo único que lo mantendría fuerte frente a la tenaz oposición presentada por el rey aragonés.

La pareja Habsburgo había pasado un otoño difícil y para el archiduque, aquel viaje, desde los inicios, le había parecido un presagio de lo que podría suceder más adelante, siempre y cuando, Juana no escatimara esfuerzos en defender lo que por derecho de sucesión ya le pertenecía.

En un frío amanecer, bajo las sombras de una mañana oscura y tormentosa, las naves españolas salieron del estuario e ingresaron en el estrecho

de Calais. Los archiduques viajaban a bordo de la suntuosa nave Julienne que iba acompañada de otros treinta y nueve navíos con dos mil soldados alemanes. Atrás quedaba el reino de Felipe, su feliz reino de Flandes, al que ya no regresarían nunca más.

Bajo la mortecina claridad de aquellas horas históricas, la futura prisionera y su trágico consorte, escoltados por la interminable flota, daban inicio a uno de los más extraños y secretos destinos que hayan tenido dos reyes en este mundo. Los dos reyes más poderosos de la tierra.

La travesía por mar se desarrollaba

con toda calma, pero al ingresar en el Canal de La Mancha los vientos cambiaron de curso y comenzaron a soplar con tanta violencia que no tardaron en desatar una verdadera tempestad. La lluvia y las olas de un mar agitado y gris parecían quererles tragar.

Juana pidió a su confesor que la absolviera de todos los pecados y después de comulgar se abrazó con fuerza a Felipe, a la espera de los designios divinos. Un cielo oscuro, amenazadoramente cargado de nubes, se les venía encima en círculos violáceos y azules, y un mar embravecido que sacudía antojadizamente las naves

terminó por dispersar la flota en medio del vendaval. Los mástiles y velas caían al agua por doquier y flotaban sobre los remolinos oscuros cual frágiles elementos a disposición de una furia incontenible. La nave Julienne sufrió un incendio que estuvo a punto de hacerla naufragar, pero la única persona a bordo que mostró sangre fría fue la archiduquesa Juana. Pidió que le sirvieran la comida y mientras todos estaban mareados y descompuestos, exclamó:

—No sé de ningún rey que haya muerto ahogado, por eso no siento miedo.

Dos días más tarde el mar retornó a la calma y los cielos aparecieron diáfanos y lejanos. Siete barcos se perdieron con la tormenta y el resto de las naves no pudo continuar el viaje en aquellas condiciones.

Con grandes dificultades lograron atracar a las costas de Inglaterra. Desde Windsor el rey Enrique VII dio la orden de que fueran trasladados hacia Arundel al castillo campestre de los duques de Norfolk para que descansaran. Juana descubría por primera vez aquel país de colinas redondeadas, fértiles valles, abundantes lagos y románticos castillos. Aquel país era también el de su hermana

Catalina de Aragón, infanta de España y princesa de Inglaterra, sobre el que algún día llegaría a reinar por sus segundos esponsales con el príncipe heredero (que subiría al trono con el nombre Enrique VIII. Se habían desposado en 1503 y aún tendrían que transcurrir seis años más —hasta 1509— para que aquel matrimonio se oficializara). Catalina tenía diecinueve años y había quedado viuda de su primer esposo cuando contaba tan solo quince años de edad.

En 1485 el rey Enrique VII (padre de Arturo y Enrique) había unido en su persona a las Casas de Láncaster y York

y era el primero de la dinastía Tudor en ascender al trono inglés. Siendo el suegro de Catalina puso todo lo mejor de sí para auxiliar a la flota del hijo del emperador y de la futura reina de España y, declarándolos huéspedes de honor, los hizo instalar en el castillo de Arundel.

En un claro desprovisto de árboles, sobre un paisaje esmeralda, se levantaba aquel castillo inglés, grande y gracioso, con aires de catedral.

Al día siguiente mientras la flota era reparada y comenzaban a aparecer los navíos extraviados, el rey inglés invitó a sus huéspedes a visitarlo. Enrique VII

los recibió en el castillo de Windsor. A orillas del Támesis entre verdes colinas, señorial y distante se alzaba la residencia oficial de la corona británica. Erigida por Guillermo I, el Conquistador, a finales del siglo XI, se erguía sobre un ancho prado, perfectamente visible desde ambas orillas del río. Y fue allí, como salida de la leyenda del rey Arturo y los caballeros de la mesa redonda, que apareció ante los ojos asombrados y emocionados de Juana, después de diez años de ausencias, su querida y recordada hermana Catalina, la menor de los Trastámara.

De no ser porque ambas sabían quiénes eran, no se hubieran reconocido. Catalina había cambiado demasiado, de niña a mujer, al igual que Juana.

—¿Catalina?

—¿Sois Juana, verdad?

Ambas se abrazaron con fuerza sin poder contener el llanto, ante una corte inglesa que las miraba expectante.

Enrique VII había sido el artífice de aquel encuentro y, dado que lo había logrado, no sacaba su mirada de halcón de los ojos de Juana. Aquella actitud molestó íntimamente a la archiduquesa, mas lo que ella ignoraba era que aquella casualidad formaba parte de un plan

para ajustar los acuerdos políticos con Felipe de Habsburgo, manteniendo en política exterior un sistema de perfecto equilibrio entre Inglaterra, Francia y el Imperio.

Bajo una larga galería de arcos que llevaba hasta el jardín de las rosas, Juana y Catalina caminaron tomadas de la mano. Recordaron los años lejanos de la infancia en los alcázares de Toledo, Segovia y Granada, rieron recordando travesuras y aventuras y lloraron juntas pensando que ya jamás volverían a verse. Cada una debería asumir su destino de reina y ya no habría tiempo para las confidencias ni las horas

compartidas. Aquello era como la despedida. Sin embargo las dos futuras reinas nunca pudieron estar a solas. La corona inglesa se cuidó muy bien de vigilar a las dos infantas de España en su paseo por aquellos senderos bordeados de flores y umbrosos jardines, en cuyos extremos jugaban los surtidores, para que no les fuera revelado ninguno de los acuerdos secretos mantenidos entre el imperio y la ambiciosa monarquía anglosajona.

Con el rostro pálido y su cuello emergiendo del lujo de las sedas y el terciopelo azul, con las joyas centelleando sobre su joven pecho,

Catalina miraba a su hermana en silencio. Juana, intuitiva, comprendió entonces que la futura reina de Inglaterra había sido presionada para que fingiera un emotivo y casual encuentro, porque una hora más tarde desapareció sin haberseles permitido despedirse. Por muchos años, Juana añoró aquel beso. Aquel que hubiera sellado la despedida definitiva con la que había sido la más pequeña de sus hermanas.

Percibiendo un clima de intrigas y adulaciones optó por retraerse en soledad cual era su costumbre, y le pidió a Felipe regresar de inmediato al castillo de Arundel.

Era ya la medianoche cuando el carruaje se detuvo frente a las puertas de la residencia de huéspedes. Uno de los cocheros ayudó a descender a la archiduquesa. El aire de la noche le pareció quieto y silencioso, solo interrumpido por el grito ocasional de alguna gaviota o el rumor del mar bajo los acantilados, retrayéndose o expandiéndose en aquel movimiento repetido y eterno. Pero la belleza del mar y de su playa, iluminados por la luna, dejaron indiferente el desolado corazón de Juana. En sus oídos aún resonaban las dulces voces infantiles de sus hermanos, allá en Segovia, y la

figura de una Catalina, pequeña, risueña y amable que se abrazaba a ella. De algo estaba segura, jamás desplazarían de su mente aquellas imágenes por esta, que la corte inglesa, flemática y sombría, había querido imponerle.

Durante la noche durmió intranquila despertándose a cada hora, constantemente, con la obsesión de que la flota debía ser reparada cuanto antes para emprender el último tramo de su viaje.

Cuando despertó por la mañana, la difusa luz del amanecer llegaba a todos los rincones de los aposentos. Se levantó sigilosa y acercándose a una de

las ventanas miró hacia el este. El cielo comenzaba a aclararse mientras una espesa bruma cubría los prados, descendía por los acantilados en dirección al mar y se enroscaba en la copa de los árboles como si fuera el humo de una hoguera gigantesca. Como la hoguera que ardía en su pecho, el fuego eterno del amor a Felipe, que ni el agua de todo el océano sería capaz de apagar.

El Hermoso dormía serenamente con un brazo curvado sobre la blanca almohada.

Se acercó a él de puntillas, para no despertarlo y permaneció inmóvil a su

lado escuchando su respiración acompasada. Un sentimiento de alivio la invadió, sin saber por qué. En ese momento, Felipe despertó.

—¿Qué os sucede, Juana?

—Nada, amor mío.

—¿Por qué os habéis levantado tan temprano?

—Estuve desvelada casi toda la noche.

—¿Acaso vais a partir?

—Si pudiera, me marcharía de Inglaterra ahora mismo, y aunque una parte de mí anhela quedarse junto a mi hermana Catalina, la otra desea partir hacia España cuanto antes. No soporto

las miradas inquisidoras que sobre mí dirigen el rey de Inglaterra y su príncipe heredero.

—¿Qué teméis, Juana?

—Temo por vuestra vida.

—Cuando pasen los años, inevitablemente, uno de los dos habrá de morir primero. Y es allí, en esa soledad tremenda cuando el hombre, al quedar solo, se convierte en una sombra de lo que fue y entonces prefiere la muerte.

—Ninguna razón es buena para quitaros la vida. Incluso cuando ya no existen razones para seguir viviendo.

—Sin embargo, Juana, existen tantas muertes como hombres hay en la tierra,

pero ninguno tiene la que espera, porque la vida es una ironía y la muerte es una sorpresa.

—Tal vez nuestra muerte sea una sorpresa.

—No tengáis duda, Juana, de que el mundo habrá de sacudirse por tan tremenda noticia.

Se abrazaron en silencio. De los ojos de Juana dos lágrimas resbalaron lentamente hasta su boca. Felipe secó con sus manos bronceadas aquel rostro amado, tratando de serenarla. Pero no lo logró. Iba a comunicarle una noticia que la conmocionaría íntimamente.

—Es una mañana esplendorosa,

Juana, ¿por qué la entristecemos? Seamos felices, al menos en este minuto, sin pensar en más. Y escuchadme bien Juana, quiero que sepáis, si algo llegara a sucederme, que la más bella de las vivencias me la habéis dado vos. Esa es toda la inmortalidad que pido, para cuando ya no exista. Perdurar. Perdurar en vos un instante, dejar en vuestro corazón y en vuestra alma mi recuerdo.

Juana le miró con ternura y se abrazó a su pecho. Apoyó su cabeza sobre el corazón y escuchó sus latidos acompasados. Aquellos latidos que sentía totalmente suyos, y le hubiera gustado permanecer así, para siempre.

Pero el tiempo seguía su curso, inexorablemente.

—Antes de partir hacia España quiero que sepáis de mi boca algo que voy a deciros, para que nada os sorprenda más tarde.

—Hablad, Felipe, vuestro misterio me aterra.

—Sobre los finales del año que pasó, vuestro padre volvió a desposarse.

—¿Quién os ha comunicado esa mentira?

—No es una mentira, Juana. Es la cruda realidad. Ayer en Windsor, Enrique VII me ha mostrado y leído las

amonestaciones que fueron publicadas, bajo las más estrictas reservas. Después del enlace, España ha declarado una tregua en la guerra con Italia y aunque aquella tregua sobre el reino de Nápoles ha sido concretada entre España y Francia, Nápoles no ha participado de ella. Extraño, ¿no os parece?

—Las cuestiones referidas a la guerra contra Francia por el reino de Nápoles, en este instante, me tienen sin cuidado. Solo me espanta el apresuramiento de mi padre por contraer enlace, aún de luto por la muerte de mi madre. ¿Y quién es ella?

—Antes de deciros su nombre, os

vido lo toméis con calma.

—Estoy serena, ¡pero hablad por Dios!

—La mujer a quien vuestro padre ha desposado es la condesa Germaine de Foix.

Juana no daba crédito a las palabras de Felipe.

—¿Mi padre ha desposado a la condesa de Foix? ¿Cómo es posible que Catalina no me haya comunicado la noticia?

—Tampoco ella lo sabe.

—Felipe, y vos ¿os sentís molesto?

—Tanto como vos, Juana. Porque mi buen amigo, Luis XII, se ha aliado con

España y esta situación creará no pocos roces con el imperio.

El archiduque se encontraba ante una posición saturada por las dificultades. Juana por su parte ya no le reprochaba nada, como tampoco lo haría en adelante con su padre. No se dirigiría más a la condesa en forma despreciativa e irónica, pero la ignoraría. Sin embargo no podía ocultar el temor que le producía la sola idea de que Germaine, bella y vigorosa, trajese al mundo un hijo de su padre, el rey Fernando.

—Es posible que con esta boda renazcan en mi padre fuertes deseos de tener un heredero para sus reinos.

Germaine es demasiado joven y mi padre está demasiado viejo. Pero si de esta nueva unión nace un vástago de la Casa Trastámara, los reinos de Castilla y Aragón quedarán divididos, y los treinta años de luchas de mi madre no habrán servido de nada.

—Vuestro padre piensa lo mismo de nosotros. Si nace un heredero varón, será rey de Aragón, pero nosotros reinaremos en Castilla —respondió Felipe con brusquedad.

Íntimamente aquella idea le molestaba demasiado.

En los primeros días del mes de marzo de 1506, Germaine de Foix

emprendía el viaje a la península ibérica. Los esposos se encontraron en la villa de Dueñas. Germaine llegó llena de expectativas dado que todo un futuro llamativo y novedoso se abría ante su vida. Hasta entonces sus experiencias amorosas habían sido solo compartidas con príncipes y nobles tan jóvenes como ella, pero jamás había soñado con llegar a ser reina y mucho menos, reina de España.

Aunque todo resultaba sorprendentemente fácil pensaba con melancolía en los deberes conyugales que a partir de aquel instante debería cumplir, y se preguntaba qué podría

hacer para reducirlos a la más mínima expresión. La única solución que se le ocurrió fue quedar embarazada de inmediato, pues esto ocultaba dos importantes razones. La primera, porque si el rey Fernando llegaba a morir pronto, su hijo sería el heredero, con lo cual aseguraría y enaltecería su condición de reina. Y la segunda porque al quedar embarazada debería cuidarse mucho más para no perder el niño que llevaba en sus entrañas y el viejo rey no la requeriría de amores con tanta frecuencia. El hecho de que viera al rey como a un padre contribuía a facilitar más las cosas; pero lo que la condesa

ignoraba era que el rey se había enamorado perdidamente de ella.

Germaine de Foix tenía fe en sus habilidades y decidió llevarlas a la práctica para convertirse en una amante y deseable esposa.

Cuando se desposó con Fernando de Aragón, tenía tan solo diecisiete años y el rey de Aragón, cincuenta y tres. La ceremonia del encuentro fue íntima y secreta y no trascendió más allá del círculo de sus más íntimos.

Los archiduques de Austria y herederos del trono de Castilla permanecieron en la corte de Enrique VII hasta que las naves fueron reparadas

y tres meses después de zarpar de Flandes, el 22 de abril de 1506, la flota navegaba sobre el último tramo del accidentado viaje a España.

A sus espaldas iba quedando Inglaterra, con sus imponentes castillos, sus magníficos parques siempre verdes y sus costas rocosas, donde el mar se estrellaba con furia, deseando penetrar en aquella tierra inexpugnable. Pero, sobre todo, quedaba Catalina, su pobre y añorada hermana menor, dentro de la soledad de una corte que siempre la consideraría una extranjera.

La etapa final del viaje en un abril claro y frío transcurrió en un clima dulce

y de una reconciliación total, mucho más tierna y comprensiva que todas las anteriores. Felipe había vuelto a ser el afectuoso y gallardo archiduque, enamorado de su bella esposa española. Y a Juana le daba la sensación de que el tiempo había retrocedido diez años y la historia de amor, cumpliendo un ciclo perfecto, estaba llegando a su fin.

Y fue en aquel día de sol, brisa ligera y mucha excitación, pues la primavera parecía estallar en el aire, cuando Juana comprendió que había vuelto a recuperar la felicidad perdida.

Era el mediodía del 26 de abril de 1506 cuando finalmente anclaron en el

puerto de La Coruña. La niebla parecía surgir desde el mismo océano Atlántico que se extendía sereno e infinito. La nave era apenas un trémulo reflejo en el agua y su imagen se recortaba de proa a popa, adornada con las colgaduras de los emblemas de Castilla y el Sacro Imperio Romano, contrastando con los tenues colores del cielo. Juana contempló la costa, las rías salpicadas de gaviotas, las tierras altas, los campos, los pequeños rectángulos verdes entre los árboles de intensos y diversos matices primaverales, los campanarios de las iglesias elevándose entre las retamas en flor y así,

suspendida entre el cielo y la tierra, el sonido del mar le pareció un gemido sordo, idéntico al suspiro del viento, que la hizo estremecer.

En Sevilla, el duque de Medina Sidonia los esperaba para recibirlos con todos los honores, pues así había sido el plan original. Pero el desembarco se produjo anticipadamente en un puerto cercano y seguro, debido a todos los contratiempos sufridos durante la tempestad frente a las costas inglesas y porque, al navegar hacia España, parecían haber perdido el rumbo durante aquellos cuatro días que duró el viaje.

Era difícil pensar en aquellas horas

el camino que seguirían los reyes. El gentío se agolpaba en el muelle para presenciar el desembarco. Cuando poco a poco fue bajando el séquito, avanzó majestuoso entre una multitud que lo aclamaba jubilosamente, expresándole su lealtad en su marcha hacia Toledo, ciudad donde el cardenal primado de las Españas esperaba para coronar a Juana como reina legítima, heredera y propietaria del trono de Castilla, vacante desde la muerte de la magnánima reina Isabel y a Felipe, como su rey consorte.

Sería una solemne celebración que el rey aragonés, muy a su pesar no

podría impedir. La fiesta en La Coruña se extendió a todas las aldeas y se preparó la ceremonia de la promesa. Ceremonia donde los futuros reyes deberían jurar conservar los privilegios del reino de Galicia. Pero Juana se negó a realizarla, porque, antes de efectuar cualquier acto de gobierno, deseaba entrevistarse primero con su padre. Ese era el objetivo de su viaje.

Mientras, en Torquemada, muy lejos de las costas coruñesas, Fernando esperaba impaciente y enamorado junto a su nueva y joven esposa el desenlace de los acontecimientos.

Los arzobispos de Toledo y de

Sevilla, el duque de Alba, el condestable de Castilla, el conde de Cifuentes, aguardaron incondicionales junto al rey de Aragón para controlar se cumpliera lo testamentado por la difunta reina Isabel sobre el gobierno de sus reinos. Lo que el rey no sospechaba era que recién desembarcado el archiduque, disgustado por la noticia de aquel enlace cínico y apresurado que él realizara, apenas un año después de la muerte de la reina Isabel, iba a impedir el encuentro y la concordia entre Juana y él.

Presintiendo la reina Juana el comportamiento de su esposo, dejó

constancia pública, mediante la negativa a jurar la promesa del reino de Galicia, de que ella no llegaba para desposeer a su padre de sus derechos sobre Castilla, sino a convalidárselos. Y dejó bien en claro que las intenciones de su esposo no coincidían con las suyas.

Dispuestos los alojamientos en el convento de los franciscanos por orden de Juana, Felipe de Habsburgo organizó el séquito que acompañaría a la reina hasta aquellos claustros. Incluyó en él a varias damas. Damas que habían sido traídas por el archiduque, calladamente desde Flandes. Al enterarse, la reina dispuso que fueran apartadas de

inmediato de su vista y atravesó la ciudad sola, en medio de los dos mil soldados de su guardia, toda vestida de negro.

Las penas caían sobre ella como las gotas de rocío de aquel anochecer, cuando se recluyó en los silenciosos claustros aguardando continuar el viaje. Gutierre Gómez de Fuensalida fue el que avisó a los nobles del reino de la llegada de los archiduques. Pero Felipe manejaba la situación, filtraba las noticias y las audiencias y ocultaba la información real de los acontecimientos. Un sector de la nobleza que detestaba al rey Fernando, entre ellos el conde de

Camiña, el conde de Altamira, el duque de Medina-Sidonia, el conde de Cabra y el marqués de Cádiz, aprovecharon las circunstancias para vengar viejos rencores desde los días en que vivía la reina Isabel de Castilla. Habiendo sufrido duros castigos por su creciente poder, se dispusieron a aceptar incondicionalmente que reinaran sobre Castilla solo sus herederos: doña Juana y don Felipe. Pero el archiduque sabía que ante la menor equivocación, Castilla podía quedar en manos de los grandes de España. Por tal motivo el Hermoso había repartido prebendas en abundancia, entre ellas, al duque de

Medina-Sidonia, por las cuales le había sido entregada toda Andalucía. Y mientras la popularidad de Felipe iba en constante aumento, la del rey Fernando disminuía a diario. Lo único que deseaba el archiduque era que su suegro se desplazara cuanto antes a su reino de Nápoles y le dejara gobernar en solitario el reino de Castilla. Por aquellos días, «no quedó zapatero en la corte que no escriba para ofrecerse a don Felipe».

Entre los primeros nobles en llegar a La Coruña para rendir los honores a los futuros reyes de España, se encontraban el duque del Infantado, el duque de

Nájera, el duque de Béjar, el marqués de Astorga, el marqués de Aguilar, el marqués de Villena, el conde de Benavente y Garcilaso de la Vega.

Sin embargo, al lado del rey Fernando, siempre fiel, permaneció el duque de Alba, don Fadrique Álvarez de Toledo, a pesar de que aquella fidelidad, le valiera poner en juego todas sus posesiones.

Mientras los archiduques residieron en La Coruña, no se tuvieron noticias de Fernando de Aragón y los rumores de guerra civil se fueron acumulando en torno a una Juana perpleja. Los entredichos crecieron y las aspiraciones

del rey aragonés exigían que se cumpliera lo testamentado por la reina Isabel, acrecentando las ambiciones de Felipe de Habsburgo, de reinar sobre Castilla. O gobernaba la archiduquesa o el gobierno pasaría a manos del monarca español. Por aquellos días Juana dispuso otorgar la regencia del reino a su padre, en tanto que Felipe influía sobre ella en medio de tantas confusiones, para cambiar el rumbo de los acontecimientos, impidiendo que pudiera concretarse el encuentro ansiado con su padre y para que el trono castellano pasara a ser patrimonio exclusivo de la corona de los Habsburgo.

El archiduque se mostraba feliz, estaba tratando de recuperar el amor de Juana, en toda Europa le adoraban por su disposición al buen diálogo y en España lo aclamaban con júbilo, como su rey consorte. Sin embargo, lejos estaba de imaginar que aquel mar de calma aparente no tardaría en llegar rápidamente a su fin.

La despedida

La Coruña bella y contrastante continuaba de fiesta. Extendida entre imponentes rías, suaves colinas y verdes campiñas pobladas por bosques de robles, castaños, eucaliptos, encinas y alcornoques, con sus inolvidables costas atlántica y cantábrica, estaba vinculada desde el siglo VIII a las coronas de Castilla y de León. Funciones religiosas, verbenas, romerías, toros, juegos de pelota y bolos se celebraban a diario

por sus habitantes, en su mayoría pastores curtidos y pescadores rudos, para agasajar a tan honorables huéspedes. La región había dado rienda suelta a la emoción y al entusiasmo, al recibir por vez primera en su tierra a los herederos del trono.

Los jóvenes archiduques de Austria, futuros reyes de Castilla, pisaban aquel suelo rumbo a su coronación en la ciudad de Toledo. Para recibirlos con todos los honores habían disparado al aire más de mil cañonazos y la música y las fiestas populares se extendían en cada aldea por donde el cortejo avanzaba.

Desde lejos podían divisarse con total nitidez las siluetas claras y altivas de las iglesias de Santiago y Santa María, recortadas llamativamente sobre los cielos límpidos y azules del reino de Galicia.

Al pisar su tierra entrañable con el murmullo del mar en sus oídos y el suave viento acariciándole la cara, Juana parecía recuperarse de aquel viaje tan agotador como penoso. En su pecho guardaba la secreta esperanza de que aquellos días se desarrollaran sin sobresaltos, en un ambiente tranquilo y sereno. Pero muy lejos estaba de imaginar el rosario de padecimientos

que le aguardaba, amenazadoramente, dentro de su propia España.

El primer contratiempo había sido la ceremonia de la promesa. Todo había sido dispuesto para que Juana jurara los privilegios de la región gallega, antes de cruzar su puerta. Sin embargo, la reina se había negado rotundamente a realizar cualquier acto de gobierno sin el consentimiento de su padre.

Y cuando todos los allí presentes preguntaron por los motivos de aquella negativa, Juana respondió:

—Quiero que sepáis que no guardo hacia vosotros ningún rencor, pero juraré vuestros fueros, después de

entrevistarme con mi padre. Antes de encontrarme con él no ejecutaré ningún acto de gobierno.

Y la gente agolpada a las puertas de la ciudad la vio pasar, entristecida, en la ventosa tarde de su llegada.

Sorprendidos, los pobladores de La Coruña comentaban sobre la decisión de la reina. Decisión que revelaba el verdadero motivo del viaje de los archiduques y dejaba al descubierto el quebrantamiento de la palabra de Felipe, pues la causa inicial del viaje había sido desde el principio el encuentro entre padre e hija.

«La reina debe gobernar sola, y a

partir de ahora nadie podrá acusarla de no querer gobernar», comentaron muchos.

Mas si algo había que Juana no deseaba era gobernar sola. Nunca prescindiría de Felipe, y menos aún reinaría sin él.

El segundo contratiempo en suelo español fue la noticia poco grata sobre algunos problemas surgidos en Flandes. En caso de complicarse más la situación, Felipe tendría que retornar, abandonando a Juana a merced de los vaivenes políticos.

Sin embargo, la archiduquesa se mantenía firme en su postura de no

ejecutar ningún acto de gobierno antes de entrevistarse con su progenitor.

Para el rey Fernando nada había significado que la flota que trasladaba a su hija y a su yerno desde Flandes hubiese atracado en La Coruña, en lugar de haberlo hecho en Cádiz, al sur de Sevilla, como lo tenía previsto. Situación provocada por las malas condiciones de los barcos después de haber soportado la tormenta de Calais. No obstante, los esperaba en su villa de Torquemada, eufórico por el nuevo enlace y rodeado por los arzobispos de Toledo y Sevilla, su noble y fiel amigo don Fadrique Álvarez de Toledo, II

duque de Alba, el condestable de Castilla don Pedro Hernández de Velazco —duque de Frías—, el almirante Fadrique Enríquez y el conde de Cifuentes. Estos nobles apoyaban incondicionalmente al rey aragonés para que hiciera cumplir lo testamentado por su fallecida esposa, Isabel I de Castilla. Todos ellos reconocían en Felipe de Habsburgo un obstáculo para el reencuentro entre padre e hija. Y ante esas circunstancias, Fernando de Aragón no tuvo prisas.

Lejanas en el tiempo habían quedado las ansias y las urgencias para estrechar entre sus brazos a su hija, la más

querida. A su memoria llegaban las imágenes de cuando lo aguardaba en alguno de los corredores de los castillos del reino y él la levantaba entre sus brazos preguntándole si siempre le amaría.

Pero otros eran los motivos que hacían latir su viejo y mezquino corazón.

Recluido en la villa de Torquemada junto a su bella y joven esposa francesa gozaba a todas luces de un prolongado y apasionante romance. Y bajo aquella aparente excusa fueron pasando desapercibidos los verdaderos y ocultos motivos de evitar, a toda costa y a cualquier precio, el encuentro y la

concordia con los archiduques de Austria.

El sol de cada amanecer irrumpía sobre el horizonte iluminando los campos con sus apresurados destellos, como queriendo anunciar que el tiempo político de Juana había comenzado y que las situaciones difíciles se sucederían sin pausa, configurando un futuro incierto plagado de incertidumbres.

En los días sucesivos continuaron rindiendo pleitesía los duques de Nájera, de Béjar y del Infantado; los marqueses de Villena, Astorga y Aguilar; Garcilaso de la Vega y el conde de Benavente.

Aquella actitud de la nobleza alentó la victoria de Felipe que había convertido aquel acontecimiento político en un nuevo triunfo.

El reciente desposorio del rey Fernando había despertado el rechazo de muchos, pues era demostrativo del desinterés que sentía por su reino, su hija heredera y la memoria de su difunta esposa.

Las críticas implacables al monarca aragonés no se hicieron esperar, acarreándole más de un dolor de cabeza, un nuevo estado de frustración y un deseo ineludible de vengarse de sus nuevos enemigos: los archiduques de

Austria, futuros reyes de Castilla, que habían llegado a España para desestabilizar su reino, aquel que por más de treinta años había gobernado junto a la reina Isabel.

Por aquellos días y bajo aquellas circunstancias pasó casi desapercibida y olvidada la muerte de un grande de España: Cristóbal Colón, acaecida en la hermosa y legendaria Valladolid, en tierras de Castilla la Vieja, otrora pertenecientes al histórico reino de León. Ignorado por el mismo rey, al que tantas glorias diera, emprendía el gran almirante esta vez y para siempre, el más largo y misterioso viaje hacia la

desconocida eternidad.

Después de permanecer más de dos semanas en La Coruña, el trayecto a seguir por los archiduques continuaba siendo una incógnita para Fernando de Aragón, empeñado en descifrarlo a través de sus espías y emisarios. Pronto llegarían noticias de que el duque de Alba, partidario de Fernando, vendría a cortarles el paso a los flamencos y por lo tanto los archiduques decidieron marcharse cuanto antes.

El viento de la desconfianza comenzaba a traer los rumores de una guerra civil y solo hacía falta una primera chispa para extenderse por todo

el reino. Juana sintió por aquellos días el estremecimiento que causan los ecos de las conspiraciones y, decidida a indagar las causas de tanta conmoción, citó de inmediato a su despacho a su antiguo tesorero, don Martín de Moxica.

—Decidme De Moxica, ¿qué acontece? ¿Acaso el archiduque y yo no hemos retornado a España, para ser coronados como los nuevos reyes de Castilla?

—Esa es la verdad, majestad. Pero existen opiniones diversas entre dos bandos divididos, capaces de generar una guerra. Si esta situación no se soluciona, la anarquía se erigirá en la

dueña y señora de Castilla.

—¿Y qué expresan esas opiniones, capaces de embarcar al reino en un baño de sangre sin sentido?

—Majestad, desean que se cumplan las disposiciones del testamento de vuestra augusta madre.

—Y se cumplirán, don Martín. Pues así lo quiero yo, que soy la reina.

—Lamento informaros, majestad, pero es vuestro padre el que ha obligado a definir con urgencia esta situación. O gobernáis vos, señora, o entonces gobernará él.

—Si ese es el dilema, no veo entonces peligro alguno sobre el

horizonte político de Castilla. Gobernaré yo, junto a Felipe — respondió Juana con firmeza, y se alejó hacia sus aposentos.

La situación se fue tornando cada día más insostenible. Fernando el Católico se mantenía distante y a resguardo con la certera esperanza de que a su hija se la acusara de loca, por la sola e inaceptable justificación de unas escenas de celos vividas en su lejana corte de Flandes.

Los nobles especulaban con aquella situación pues ante el más mínimo error, Castilla caería en sus ávidas manos restableciendo sus poderes y privilegios

alrededor del trono del que saliera triunfante.

Esta vez fue el viento de la desolación el que sacudió las faldas de Juana y entonces comprendió que había llegado el momento de actuar sin demora, ayudada por Felipe, buscando un acercamiento con su esquivo contrincante: su propio padre.

Ante estos hechos sin definición que conmocionaban al reino, Felipe de Habsburgo decidió tomar las riendas de aquella confusa situación y entrevistarse con Fernando de Aragón. Y sin que Juana lo supiera, planificó aquella convergencia.

Se encontraron en las tierras verdes que domina el Duero, entre Puebla de Sanabria y Asturianos, en la comarca de Villafáfila, tierra de pastos tiernos y ganado bravío.

El fuerte sol del verano bañaba el viejo y curtido rostro del rey Fernando que había arribado acompañado de una reducida comitiva de doscientos caballeros, totalmente desprovista de armas. Una vez desmontado, el rey esperó bajo la fresca sombra de un monte de castaños (cercano a la fortaleza.)

Felipe apareció sobre el horizonte armado como para la guerra, con más de

dos mil picas y mil alemanes a caballo. El rey palideció ante la presencia del archiduque, su declarado enemigo, pero al encontrarse frente a frente, ambos disimularon con ojos inexpresivos el odio que mutuamente se profesaban. Se abrazaron, se estrecharon las manos y haciendo gala de sus dotes diplomáticas, cruzaron el portal de la vieja iglesia de Villafáfila, adornada a ambos lados con los pabellones de las facciones en pugna.

Más allá, bajo la sombra de los árboles, les observaba el numeroso séquito del archiduque de Austria, enfundado en sus cotas de malla y, más

alejada aún, la escasa comitiva del rey aragonés, resguardándose a la sombra de un viejo muro.

El ruido de las botas reales resonó en el frío recinto, redoblado por el eco. Seguidos por dos pajes, el arzobispo de Toledo y el señor de Belmone, don Juan Manuel, el rey y el archiduque se encaminaron hasta la sacristía, donde tres escribientes vestidos de negro les aguardaban, para dar inicio a lo pactado.

Cuando el último de los pajes hubo entrado, la puerta se cerró tras ellos.

Era el 22 de junio de 1506 y los rumores de paz comenzaban a circular

con insistencia. Felipe de Habsburgo se había erigido en el artífice de la concordia. Durante varias horas permanecieron reunidos concertando las diferencias hasta llegar finalmente al arreglo que daría por terminados todos los enfrentamientos. Una vez conciliados los términos, ambos monarcas firmaron el documento que la historia conocería más tarde como el Tratado de Villafáfila. Estuvieron presentes durante toda la reunión el arzobispo de Toledo y el señor de Belmonte. En dicha concordia se manifestaba el acuerdo de paz entre los dos reyes, la negativa de Juana a gobernar y la decisión de ambos

monarcas de impedirselo si así lo hacía. Fernando marcharía a Aragón y Felipe asumiría la regencia de Castilla.

Con la llegada del crepúsculo los séquitos continuaban esperando pacientemente, mientras el sol se ocultaba bajo amenazadores y oscuros nubarrones. Por aquellas horas ningún paso había vuelto a resonar por la vieja iglesia. Los grandes hachones fueron encendidos de uno en uno y con las primeras sombras de la noche, Fernando de Aragón y Felipe de Austria, acompañados por sus ilustres visitantes volvieron a aparecer bajo el arco de la puerta. El rey Fernando se detuvo un

momento y, mirando a los soldados presentes, les habló.

—El encuentro ha concluido. Tanto el archiduque de Austria como yo hemos jurado que en el futuro estaremos en paz el uno con el otro. Caballeros, podéis celebrarlo si así lo deseáis. Yo por mi parte me marcho y me despido de vosotros.

El rey reaccionó con la falta de comprensión con que suelen encararse los asuntos desagradables. Aquel encuentro, más que un acuerdo, parecía una conspiración; y, sintiéndose derrotado ante la tremenda inferioridad numérica en que se había desarrollado,

salió de la iglesia, montó en su caballo y junto a sus hombres galopó a toda prisa hacia Puebla de Sanabria. A lo lejos se escuchaban los gritos y vítores del séquito flamenco.

A pesar de aquella aparente victoria diplomática y rodeado por el júbilo de sus hombres, Felipe sintió que una terrible sospecha iba creciendo muy dentro de él. Sospecha que se iría incrementando durante el resto de vida que le tocaría vivir.

Juana desconocía aquel encuentro producido entre su padre y su esposo. Nadie se lo había comunicado. Nadie la había tenido en cuenta.

Cinco días más tarde, el 27 de junio, el rey Fernando de Aragón, acompañado por el arzobispo de Toledo y el señor de Belmonte, juró la concordia ante el altar de la iglesia de Villafáfila donde se habían reunido y tres días después, en la confluencia del Órbigo con el Esla, muy cerca de Zamora, en la villa condal de Benavente, Felipe hacía su juramento.

Por aquel acuerdo se establecía la paz entre ambos monarcas y se manifestaba la rotunda negativa de Juana a gobernar sola, advirtiendo que en caso de ser incitada por terceras personas a tener que hacerlo, fuese impedida hasta por la fuerza o privándosele de la

libertad, si eso fuera necesario, «Así — concluía— se evitará la destrucción de los reinos».

Aquel tratado era para ambos monarcas una moneda de dos caras.

De un lado, el triunfo y del otro, la derrota. Allí se establecía que «Juana no podría reinar sola» y Felipe se aferró a esa frase, sintiéndose embargado por aires de triunfalismo, dado que se convertiría en el rey consorte de Castilla y si por lo ya acordado, Juana se negaba rotundamente a gobernar sola, solo restaba que él manejase convenientemente la situación, para poder reinar sin contratiempos... «De

tener que hacerlo sola, le será impedido por la fuerza o hasta privándosele de la libertad...», y de esto se aferró su padre.

El rey Fernando planificó los pasos a seguir. Se desharía primero de su yerno, Felipe de Habsburgo, principal escollo para lograr sus propósitos y una vez que su hija Juana quedara sola, no sería difícil recluirla de por vida en alguna vieja fortaleza castellana. Pero mientras Felipe estuviera vivo, jamás consentiría que se privara a su hija de la libertad y de los derechos que le correspondían, pues no quería que su esposo y rey consorte asumiera como

dueño y señor de los reinos castellanos.

Sin embargo, no había que despertar sospechas y mientras Felipe retornaba junto a Juana, Fernando de Aragón, antes de partir a Torquemada, daba a conocer un manifiesto dirigido al reino de Castilla, firmado por él, ante Tomás Malferit, Juan Cabrero y Miguel Pérez de Almazán, donde impugnaba y declaraba nulo el Tratado de Villafáfila. Aquel tratado, que obligadamente había firmado por encontrarse en desventajosas condiciones, era el resultado de una verdadera conspiración en su contra.

Juana, atónita, asistía al desarrollo

de aquella lucha encarnizada entre su padre y su esposo por apoderarse de sus reinos. Llena de melancolía y en soledad, se encerró en sus aposentos vestida de riguroso negro, manifestando así, como un reproche, la profunda tristeza que la embargaba. Decidió escribir a su padre implorándole ayuda, pues ante tanta soledad, intrigas y ambiciones, necesitaba de su abrazo cariñoso y de sus palabras rectoras. Envió la misiva con su capellán pero fue interceptada por el archiduque.

Un dolor agudo punzó su corazón y atravesó su vientre, y el niño que llevaba dentro desde hacía tres meses se

agitó con fuerza. Entonces recordó su estado. El sexto vástago Habsburgo-Trastámara se hacía sentir con real firmeza.

El camino a Toledo debía proseguir sin demoras. El séquito llegó a Benavente en vísperas de san Juan y se detuvo por quince días en el castillo aquel, desde cuyas ventanas se dejaban ver sus dos ríos, el Órbigo y el Esla que rodeaban aquella comarca, como abrazándola celosamente. En uno de esos días, Felipe asistió a la plaza de toros. Esa tarde, el cardenal Cisneros, que también asistía a la corrida, casi fue investido por un toro, pero él

permaneció imperturbable mientras el animal hería a otras personas que lo acompañaban. Y fue ese día al quedar sola que Juana sintió de pronto todo el peso del destino que se precipitaba sobre sus hombros. Avizó que la tarde se iniciaba luminosa y soleada y decidió escapar. Escaparía a buscar consuelo en los brazos de su padre, el rey. Y guardando el secreto dentro de su alma pidió dar un paseo por los jardines que rodeaban el castillo. La guardia de la reina preparó los caballos y dio aviso a los nobles que la escoltarían, el marqués de Villena y el conde de Benavente. El paseo se inició serenamente. Al paso

iniciaron la marcha bajo la sombra de los añosos árboles que se alternaba con extensos espacios de sol. El olor del campo, del pasto, las flores silvestres y la tierra húmeda penetraba por todos los poros de una Juana ávida de libertad. Pronto su caballo se fue adelantando como al descuido y los dos nobles fueron quedando atrás, conversando sobre la situación del reino. La reina, creyendo oportuno el momento, espoleó su caballo e inició su carrera hacia la liberación. Saltaría el foso y galoparía hasta Torquemada en busca de su padre para pedirle ayuda. Cruzó el abismo a la velocidad de viento y en un instante

estuvo al otro lado de la profunda zanja. A la velocidad del viento escaparía del castillo donde la tenían prisionera. Escaparía de su esposo que solo pensaba en recluirla, de sus guardias que no dejaban de escudriñar todos sus movimientos, de sus nobles escoltas que actuaban delante de ella tratando de ocultarle la confabulación política en que se debatía el reino de Castilla. Pero sobre todo, escaparía del peso que aquella herencia ejercía sobre su discernimiento, enajenándola, acorralándola, sin darle tiempo a pensar y apartándola de quienes ella más amaba: de sus adorados hijos.

Dispuesta a escapar, galopó hasta el atardecer, pero sin rumbo ni camino seguro que seguir. Pasó por Villafáfila donde gritó el nombre de su padre a los cuatro vientos. Solo el eco de su voz le respondió y el ladrido de un perro al pasar a su lado. Siguió al galope y atravesó una aldea y, cuando ya la abandonaba, vio un molino de harina con una casa humilde y sencilla y allí se apeó del caballo y golpeó la puerta. Las primeras sombras de la tarde se alargaban sobre las paredes. La puerta se abrió y una tahonera se asomó por ella. Juana, cansada, le pidió refugio. La mujer se asustó al verla atravesar el

umbral y, a punto de desvanecerse por lo imprevisto de aquella visión, interrogó con timidez a la reina.

—¿Quién sois, señora?

—Soy Juana. La reina.

La mujer retrocedió espantada. No daba crédito a lo que oía.

—¿Y vos, quién sois? —le interrogó la reina.

—María, la tahonera.

—María, necesito que me alojéis en vuestra casa. Necesito de vuestro techo.

—Majestad, me honráis con vuestra presencia, pero mi casa no es merecedora de vuestra dignidad.

—Sí que lo es, pues aquí me siento

libre —respondió la reina.

Dos días permaneció Juana en casa de la tahonera.

Pero al segundo día, un estruendoso galopar puso a Juana en sobre aviso de que los guardias reales estaban llegando a buscarla. Felipe, mezclado entre todos ellos, desmontó del caballo. Con un gesto altivo avanzó despacio por el camino bordeado de piedras y empujó la puerta. En medio de la penumbra agudizó la vista, pero no distinguió a Juana, oculta entre las sombras de un rincón. Entonces interrogó a la mujer, que no podía articular palabra, sobre el paradero de la reina de Castilla.

—¿Habéis visto a la reina de Castilla?

Pero fue Juana quien respondió sumisa.

—Estoy aquí.

—¿Por qué habéis huido?, Juana.

—Buscaba el camino que me llevara a mi padre.

—¿Por qué lo habéis hecho?

—Necesito reencontrarme con él. Necesito que me ayude a gobernar Castilla.

—¡Os habéis vuelto loca, Juana!

—¿Por qué me agraviáis así?

—No lo digo yo, Juana. Lo dice la gente.

—¿Qué gente? Mi tesorero De Moxica que escribió el maldito diario que vos le obligasteis. O mi padre que divulgó nuestra vida ante las Cortes del reino. Vosotros sois quienes me estáis volviendo loca.

—Regresemos a Benavente. Se está haciendo la noche.

—No regresaré a ese castillo, simplemente porque no ingresaré en ningún castillo del reino de donde me sea impedido salir.

—Sois la reina. Y vos ordenáis.

—Pero vos os empecináis en hacerme pasar por loca y quedaros con el trono. Mas no podréis, Felipe. Porque

nunca podréis quedaros con algo mío y que yo no tengo.

—¿Qué estáis diciendo, Juana? He firmado hace unos días con vuestro padre el Tratado de Villafáfila, por el cual él se retirará a Aragón y nosotros reinaremos sobre Castilla.

—Os digo que no podréis quedaros con mi reino, si yo aún no he sido jurada por las Cortes. Y todo lo que hagáis a mis espaldas nunca dará frutos buenos.

—Me acusáis de confabulación, de que deseo dejaros prisionera en un castillo y reinar solo sobre Castilla. Pues estáis equivocada. Y para que veáis el error que estáis cometiendo,

voy a deciros que no regresaremos al castillo de Benavente. Partiremos de inmediato a Valladolid.

Juana miró el fondo de aquellos ojos azules que parecían sinceros y el amor afloró con la pasión de aquella noche lejana en el convento de Lier. No podía dejar de amarlo. No podía dejar de creer en él. La tahonera los miraba asustada. Juana, sacándose una sortija de su dedo, se la obsequió a la mujer que se mostró agradecida y asombrada.

—Jamás olvidaré el haberos conocido, majestad.

—Tampoco yo —respondió con tristeza Juana.

El séquito montó en sus caballos y partió raudo en medio de las sombras. La noche se aproximaba aceleradamente. Se alejaron al trote flanqueados por los guardias, el marqués de Villena y el conde de Benavente, mientras los perros ladraban al repiquetear de los cascos.

El viaje continuó hasta Mucientes, poblado cercano a Valladolid. Ante tantas intrigas y conspiraciones urgía que Juana fuera coronada reina. El archiduque se esforzaba para conseguir su consentimiento, mientras ella se negaba a aceptar. Sin embargo ocultas intenciones favorecían el accionar del

Hermoso, pues si Juana era jurada reina, él sería coronado rey consorte y gobernaría sobre Castilla.

Después de reflexionar en la situación en que se hallaba, Juana decidió actuar y presentarse ante las Cortes de Valladolid dos días más tarde, para ser jurada como reina propietaria de Castilla. Los archiduques avanzaron frente a las perpetuas Cortes del reino tomados de la mano, pero antes de prestar el juramento, Juana se saltó las normas de la ceremonia y dirigiéndose hasta las gradas donde se hallaba el trono, ante el gesto de sorpresa de todos los presentes, los interrogó:

—Vosotros, todos los que hoy os habéis reunido ante estas Cortes castellanas, ¿me reconocéis como la hija legítima de Isabel I de Castilla, reina vuestra ya fallecida?

—Sí, majestad, todos los aquí reunidos, en representación de todo el reino, os reconocemos como su legítima heredera —respondió quien presidía las Cortes.

—Si así lo hacéis, entonces os ordeno que marchéis a Toledo y me esperéis para jurarme fidelidad, pues en Toledo seré coronada. Y yo juraré allí todas vuestras leyes y derechos.

Los comentarios brotaron en el

recinto. Reconocían la capacidad de la reina Juana de elegir Toledo, para ser coronada reina de Castilla, ya que Toledo era la ciudad más adicta a la reina, así como la capacidad para discernir ejercer el gobierno de su reino con entera decisión. Después de haber dado esta respuesta, el peso abrumador de la responsabilidad de reinar le invadió el alma. Nunca reinaría sola, nunca prescindiría de Felipe, aunque las intenciones del archiduque o de su padre fueran apartarla del camino abierto por su madre, en sus últimas decisiones testamentarias.

El miedo y la confusión la

invadieron nuevamente. Volvió a vestirse de negro y ordenó cubrir de paños negros las paredes de sus aposentos. Vestir de luto, rodearse de oscuros, le daban tranquilidad y entendimiento a su alma.

Ante aquellas circunstancias los procuradores del reino solicitaron a Juana los atendiera en audiencia. Audiencia en la que estuvo presente Felipe de Habsburgo. Las inquietudes con que se presentaron ante la reina afloraron de inmediato. La interrogaron si pensaba reinar sola o con su rey consorte, a lo que Juana respondió que no tenía interés de que Castilla fuera

gobernada por flamencos, y dado que ella era la esposa de un rey flamenco, pediría ser reemplazada por su padre, hasta que su hijo Carlos cumpliera la mayoría de edad.

La otra inquietud que movilizaba a los procuradores era si la nueva reina de Castilla se vestiría a la usanza castellana, a lo que Juana contestó que lo haría desde el mismo día en que fuera jurada en Toledo. La tercera pregunta fue sin duda la que más conmoción produjo, ya que al interrogarla sobre si tomaría a su servicio a las damas y doncellas de la nobleza castellana, Juana se opuso tajantemente y manifestó

que mientras ella viviese, ninguna dama o doncella pisaría su casa, pues nadie mejor que ella conocía a su Hermoso Habsburgo.

Felipe asistió sorprendido a las respuestas de Juana. Ya partir de aquel momento, la incomunicación entre los esposos fue total.

Juana recibió las confidencias de su secretario privado de que el archiduque aprovechaba ese periplo por las tierras castellanas, para levantar las opiniones y firmas de los grandes, influenciados por él, para declarar demente a Juana y recluirla en un castillo. Juana insistió en saber el nombre de aquellos que

apoyaban a su esposo en el intento por relegarla detrás de los gruesos muros de una fortaleza. Su fiel secretario decidió no herirla y le dio los nombres de aquellos nobles y grandes de España que apoyaban su coronación, como reina legítima de Castilla. Uno de ellos era el almirante don Fadrique Enríquez, que se negó rotundamente a firmar un documento repleto de acusaciones que le tendía Felipe de Habsburgo, y solicitó con justicia entrevistarse con la soberana.

El almirante se presentó ante la reina quien lo recibió en la residencia de Mucientes, acompañada por el

arzobispo de Toledo, Francisco Ximénez de Cisneros, por quien Juana seguía sintiendo un rechazo instintivo. La audiencia fue extensa y durante las horas que se prolongó, Juana mostró interés y conocimiento de todos los temas tratados. Se acordó continuarla al día siguiente. Las conversaciones se extendieron por un total de doce horas, al cabo de las cuales, el almirante elevó un informe al archiduque, donde daba su palabra de honor de que durante las extensas audiencias que les fueron concedidas por la reina Juana, jamás escuchó de su boca nada inapropiado. Se mostró muy atenta a todo lo que el

almirante le dijo y cuando don Fadrique le aconsejó que tratara de tomar las riendas del reino, dejando atrás todas las desavenencias con su esposo, que tanto mal causaban a Castilla, Juana se declaró dispuesta a corregir sus actitudes.

Sin embargo la terquedad del archiduque afloró una vez más, disintió con el gran almirante y ratificó sus deseos de encerrar a Juana, presentarse solo en Valladolid y ser coronado en solitario, para solucionar de una vez por todas los problemas del reino castellano. Lo que Felipe deseaba era ser rey efectivo, no rey consorte.

El bueno y noble almirante defendió a Juana y respetuosamente aconsejó al archiduque no la separase de sí, pues la hija de Isabel I de Castilla había venido a España para reinar y no para ser encarcelada. El hecho de querer enclaustrarla en un castillo causaría sin duda la perturbación del reino y, si así sucedía, solicitaría su pronta liberación. Y si los celos eran una de las causas de sufrimiento de la reina, el aislamiento sería mucho más perjudicial para su mente y su alma. Pero fue en vano. Todo consejo de parte del gran almirante hacia el archiduque resultó infructuoso. Las conversaciones fueron inútiles y las

palabras cayeron en un abismo que se perdió en la indiferencia de un esposo ambicioso que solo aspiraba a reinar solo.

Juana volvió a autorecluirse, a no hablar. Estaba segura de ser espiada, controlada, vigilada, en cada una de sus acciones. Cada día que pasaba su libertad se iba restringiendo un poco más, hasta ahogarla y oprimirla. Todos los grandes que apoyaban con su fidelidad a la reina fueron paulatinamente sufriendo el escarmiento. El procurador de Toledo, don Pedro López de Padilla y leal caballero de la reina Isabel, fue desterrado de la corte,

al igual que el duque de Medina-Sidonia, el conde de Ureña, el conde de Cabra y el marqués de Priego, que le habían jurado fidelidad y no permitir jamás que su reina fuera encarcelada. Ante la gravedad de la situación, Juana desistió de seguir hacia Toledo y decidió regresar a Valladolid para ser coronada soberana. El archiduque aprobó de inmediato la intención, pues plantearía ante las Cortes la necesidad de que le otorgaran cuatrocientos mil ducados para el mantenimiento de su séquito y los hombres de su guardia.

Entraron en Valladolid el 12 de julio de 1506. Varios nobles les esperaban

para acompañarlos bajo palio y con los estandartes de los reinos ondeando al viento. Pero Juana ordenó que se retiraran los que precedían al archiduque, pues solo ella era reina propietaria de Castilla y ante quien podían flamear las banderas reales. Vestida de negro, con un velo que le cubría el rostro y montada sobre un caballo blanco, era la viva imagen de la tristeza.

Frente a la iglesia de Valladolid y ante el arzobispo Cisneros, Juana advirtió que al salir de la iglesia, Felipe, por ser su legítimo esposo, sería el rey consorte de Castilla, y su hijo

Carlos su heredero. Pero solo ella sería la soberana total de sus reinos, incluidos todos sus súbditos, el rey consorte y el príncipe heredero, pues sin su presencia en este mundo, ellos no tendrían ningún poder sobre aquella herencia. También le reprochó al prelado su actitud de haberse adherido al bando de Felipe de Habsburgo, a lo que el arzobispo respondió que no apoyaba a ninguna facción, sino el fortalecimiento del poder real.

Juana recibió la fidelidad de sus súbditos, pero no fue coronada en Valladolid. El acto de la coronación se llevaría a cabo en Toledo, la ciudad más

adicta a la reina castellana. De este modo daría inicio en España la dinastía de los Austria.

Pero la soledad tremenda de su alma era imposible de sobrellevar ante tantas horas despojadas de afectos y pobladas de incomprensión. Hasta los oídos de Juana llegaron nuevamente los rumores de que Felipe insistía en encerrarla, argumentando su incapacidad para gobernar. Pero una vez más salió en defensa de la desdichada reina el almirante de Castilla y los partidarios de Juana, quienes le denegaron a Felipe la posibilidad de recluirla. Sin embargo el archiduque continuaba adelante con su

plan. Nada ni nadie iba a cambiar el rumbo de sus decisiones.

Por aquellos días, la marquesa de Moya, Beatriz de Bobadilla, amiga de la infancia de Isabel I de Castilla, fue forzada por el Hermoso Habsburgo a abandonar el alcázar de Segovia, con el solo propósito de poder recluir en él a la reina Juana.

Felipe deseaba que aquel magnífico castillo pasara a manos de su favorito e inseparable amigo, don Juan Manuel, señor de Belmonte. Pero la anciana mujer, negándose, adujo que solo la reina podía disponer de aquel castillo, el cual había sido cedido a su custodia

por la inolvidable Isabel. El alcázar fue sitiado, mientras el séquito continuaba el camino hacia la villa de Coceges del Monte.

A la entrada de aquella villa, intuyendo Juana las ocultas intenciones de su real esposo, decidió no pernoctar allí. El temor a quedar prisionera en aquel desconocido y olvidado castillo, hizo que se quedara sobre su caballo toda la noche en vela y a la intemperie, trotando de un lado a otro, presa de la desesperación. Desesperación que se acrecentó cuando fue informada de que el alcázar de Segovia estaba en manos del señor de Belmonte. El séquito se

alojó en el monasterio de La Armedilla de los Jerónimos.

No muy lejos de allí se hallaba Burgos, ciudad a la que Juana puso de manifiesto el deseo de visitar. El archiduque, cumpliendo con las órdenes, no se opuso, con el solo propósito de no despertar sospechas. Tarde o temprano alcanzaría su propósito. Y desistiendo de continuar la marcha hacia Segovia, Felipe aprobó el camino hacia Burgos.

El frío de la noche en la villa de Coceges del Monte enfermó a Juana y los forzó a detenerse en Tudela del Duero para que la reina reposara. Felipe montó en cólera. Obligado a permanecer

junto a ella, a vigilarla, a no perderla nunca de vista, tuvo que dar las audiencias a los nobles que le visitaban en un lugar nada apropiado a su dignidad real.

Aquel año había sido para España de malas cosechas y la propagación de la peste sumía a la población castellana en una grave situación de hambre y mortandad. El clima ya no era festivo y los ecos de la llegada de los reyes se iban apagando poco a poco.

Dos meses más tarde y después de varias horas de camino, la noche, cual manto de terciopelo tachonado de luces, los sorprendió a las puertas de Burgos.

Era septiembre, el otoño se insinuaba en el aire frío, en las hojas secas que se arremolinaban en los recodos de los caminos y en los cielos límpidos despejados de nubes. El río Arlanza corría mansamente, mientras la luna con su palidez bañaba el viejo monasterio de las Huelgas, fundado por Alfonso VIII, tres siglos antes.

Aunque la situación política interna no lo aconsejaba, Juana había pedido a Felipe que tomaran unos días de descanso debido a su estado. Felipe la había complacido a la vez que aprovecharía la oportunidad para recibir, en cada ciudad en que se

detenían, a nobles y embajadores partidarios de su causa. En el verdadero corazón de Castilla, de la Castilla del Cid nacido en Vivar, en el Valle del Arlanza, a orillas del Arlanzón, se levantaba sobre una meseta la bella ciudad burgalesa. En su magnífica catedral gótica descansaban para siempre los restos mortales del Cid Campeador y de su esposa doña Jimena. Un poco más lejos, los campos cultivados de trigos y de vides, silenciosos y mágicos durante la noche, se transformaban durante el día en el centro de la vida diaria de cientos de campesinos. Parecía que la ciudad tenía

algo inexplicable de fortaleza, de altivez, de melancolía y misticismo. Allí descansarían unos días y, si el buen tiempo no los abandonaba, llegarían a Toledo para cuando los ciruelos, higueras y durazneros preñados de sus frutos ofrecieran sus jugosas pertenencias a quienes quisieran cortarlos con sus manos.

El séquito cruzó el arco de Santa María, la famosa puerta de Burgos, desde donde miraban con sus ojos de piedra al visitante las estatuas de los grandes de Castilla. Era el 16 de septiembre del año del Señor de 1506. Se hospedarían en la suntuosa residencia

del duque de Frías, don Pedro Hernández Velazco, condestable de Castilla y su esposa, Juana de Aragón (una de las tantas hijas e hijos ilegítimos del rey Fernando, por cierto, todos ellos poseedores de una inmensa fortuna y hermanastra de la reina Juana).

La espaciosa Casa del Cordón, que así se llamaba el palacio, era una magnífica construcción que había sido diseñada por el arquitecto musulmán Mohamed y debido al cordón franciscano de la Tercera Orden que decoraba siempre las fachadas de las casas de los condestables de Castilla, era conocida en Burgos por aquel

nombre singular. (La reina Isabel había recibido allí, en una oportunidad, al almirante Cristóbal Colón).

Felipe no deseaba ni tenía las mejores intenciones de mantener un trato afable y cordial con aquella hermana bastarda de su esposa, por lo que consideró conveniente enviar una misiva por adelantado, con la orden tajante pero cortés, informando a los duques de Frías de que los reyes de Castilla serían los huéspedes de su palacio por una o dos noches, a partir de aquella.

«No deseando incomodar, ni obligar a pasar incomodidades a los honorables duques de Frías, en vista de lo numeroso

de nuestro séquito y dado que tan amablemente ponéis a nuestra disposición vuestra confortable residencia, aprobamos vuestros deseos de residir en otra parte durante nuestra visita a Burgos, lamentando privarnos de vuestra amable presencia».

De manera poco afectuosa y por demás estricta, los duques de Frías habían sido expulsados de la Casa del Cordón y la atmósfera política había vuelto a enrarecerse. Solo pusieron como condición que Juana no fuera privada de su libertad. Con maldiciones y protestas guardadas en su interior, el condestable de Castilla y su esposa se

marcharon por una puerta, mientras Juana, Felipe y su corte entraban por la otra.

Burgos, la antigua capital del condado y del reino de Castilla, se hallaba enclavada en la ruta de peregrinaje a Santiago de Compostela. Monjes mendicantes, peregrinos, mendigos, penitentes, bufones, campesinos, prostitutas y juglares transitaban por aquellos caminos que conducían a la tumba del apóstol.

Era época de uvas maduras y la primera mañana en aquella ciudad mostró una tierra casi roja de cielos cárdenos que, con el transcurso de las

horas, fueron poniendo livideces sobre las apretadas construcciones. Por la tarde el archiduque salió de caza y al regreso hizo un partido de pelota con un fornido vizcaíno llamado Juan de Castilla y otros amigos. El calor insoportable tentó al Hermoso a beber un vaso de agua helada. Por la noche, los archidukes de Austria y flamantes reyes de Castilla dieron una gran fiesta, a la cual fue invitada toda la nobleza local, afanosa por demostrar su evidente aprobación a los jóvenes monarcas.

Juana sería una reina eficiente que obraría en consecuencia con mano firme. Tal energía manifiesta auguraba un buen

futuro para una España unificada. Junto a Felipe de Habsburgo formaban una joven pareja y no hubo quien no pensó que aquel reinado sería largo, próspero y tranquilo. La monarquía española parecía que estaba a punto de alcanzar una dimensión casi universal, y España estaba indudablemente en posición de desempeñar el rol de cabeza de la cristiandad.

La fiesta transcurrió entre el brillo de las velas y los acordes de los laudes, el bullicio de los invitados y las fuentes repletas de faisanes asados. Y el vino corrió por las copas que se alzaron para brindar, por los futuros reyes de

Castilla. La luz mortecina del alba sorprendió a los flamencos y burgaleses embriagados y soñolientos después de aquel festejo de bienvenida.

En los campos cercanos los viñedos habían comenzado a cambiar sutilmente el color de sus hojas, mientras los racimos fermentaban en los lagares esperando el momento de volverse vino. Un vergel de limoneros se reflejaba sobre las cristalinas y mansas aguas del río y un grupo de mujeres trasegaba el esparto sobre la orilla. El viento del poniente, caluroso y seco comenzaba a soplar, mientras una bandada de tórtolas, cegada por el sol, se posaba sobre los

olivares.

Cuando las campanas de Santa Gadea, en cuyo solar había hecho el Cid su histórico juramento, llamaron a tercias, Felipe se levantó cansado por las escasas horas de reposo. Sus sentidos estaban embotados y tenía la espantosa sensación de no poder respirar profundamente. Algo mareado salió al inmenso patio de los naranjos y aspiró con dificultad el aire tibio y perfumado de sutiles aromas. Juana aún dormía, entonces decidió salir a cabalgar. Tal vez el campo, la brisa suave de los últimos días del verano y el paisaje sereno, lograrían reanimarlo.

Pero nada de esto sucedió y regresó temprano a la fresca sombra de la espaciosa estancia.

—Juana —dijo casi en un susurro—, no me siento bien. Por momentos estoy con escalofríos y, por otros, muy afiebrado. Me cuesta respirar y me cuesta tragar. ¡Tal vez anoche me excedí con manjares y bebidas! El estómago me duele y la cabeza no deja de darme vueltas.

Juana le miró y en aquel rostro demacrado y sudoroso vio unos ojos azules que parecían mirarla desde el otro mundo. De un salto estuvo de pie.

—Venid amor mío, descansad.

Llamaré al médico. No creo que os hayáis excedido, apenas habéis comido y casi nada habéis bebido —y poniendo una mano sobre su frente, notó que la fiebre era muy alta.

—¿Recordáis cuando os brotasteis con el sarampión?, también os dio la fiebre —dijo para tranquilizarlo.

El médico del archiduque, Ludovico Marliano Milanés (posteriormente obispo de Tuy), certificó que la causa de aquel malestar provenía del exceso de ejercicio, en clara referencia al juego de pelota que gustaba practicar el Hermoso. También le revisaron otros médicos de la corte, pero no arriesgaron

ningún diagnóstico certero, tal vez era una indigestión o una angina.

Junto al lecho de Felipe, Juana pasó el resto del día y la noche siguiente. La frescura del alba de un nuevo amanecer se filtró por la ventana. Detrás de las murallas los pastores y sus rebaños se alejaban, atraídos por las verdes hierbas de la meseta. Mientras, el duro bronce de los cencerros parecía envolverlo todo con su música clara y sonora.

Sin embargo las luces del nuevo día, lejos de traer alivio para el enfermo, trajeron un calvario.

—Juana, ¿qué miráis?

—Miro los pastores y sus ovejas.

—Mirad mis ojos, Juana, que tal vez nunca puedan volver a miraros.

—Quise mirarlos, pero dormíais. Toda la noche estuve velando a vuestro lado.

—Permanecí con los ojos cerrados, pero no he dormido. El sufrimiento que padezco es imposible de describir. Es como si un fuego me quemara el estómago y una espada atravesara mis entrañas.

—Felipe, ¿qué dicen los médicos? ¿Qué os ha causado tanto daño?

—Ellos no dicen nada. Pero yo sé que es la muerte que viene a buscarme, Juana. Siento dolores de infierno y temo

que todo vuestro amor no logre salvarme, ni modificar mi destino. En estos momentos, a los cuales siento como los postreros, solo un pensamiento domina mi mente: perdurar. Dejar una huella. Esto es lo que más deseo al llegar al final del camino, por encima de todo. Y es aquí, en España, de donde yo espero, aunque más no sea, una sombra de supervivencia. Cuando haya muerto y también hayan pasado los años y con ellos los siglos, mucha gente vendrá a contemplar esta tierra y a recordar nuestra vida. Y me gustaría que mi nombre, mi recuerdo, se uniera a todas estas cosas, pero sobre todo, se uniera a

vos, Juana y, al contemplarlas, ayudaran a pensar en nosotros.

Juana ocultó sus ojos llenos de lágrimas y guardó silencio.

Felipe ansiaba fervientemente que aquellos dolores desaparecieran, porque la marcha debía proseguir hasta Toledo, a fin de que se llevase a cabo la ceremonia de la coronación.

De pronto Juana tembló de miedo al recordar aquel sueño, donde nueve años atrás lo había soñado muerto. Sintió que la invadía la desesperanza, el miedo y el terror, pero trató de sobreponerse y demostrar serenidad. En el claustro había aroma de alcanfor.

—Nada debéis temer, amor mío. Sois fuerte. Pocas veces habéis enfermado y siempre habéis sanado.

—Esta vez no sanaré, Juana.

Al verlo sufrir así ella olvidó el cansancio. Olvidó su sexto mes de embarazo. Olvidó sus hijos de Flandes. Olvidó sus reinos. Olvidó todo.

Si Felipe llegaba a morir, ella también moriría.

Y un poema, aquel que escribieran sus manos temblorosas el día en que se conocieron, resbaló de sus labios hasta desvanecerse en el aire.

«Si murieseis algún día,

no quiero saberlo nunca,
quiero morir yo primero
para esperar en la tumba.
Mis frías manos dormidas,
querrán apretar las vuestras,
y en aquel trágico encuentro
de manos y labios yertos,
volver a amarnos de nuevo
en el mundo de los muertos».

La agonía de Felipe continuaba y la desesperación de Juana no lograba aliviar en nada aquellos tremendos dolores.

—Juana... mi Juana... —repetía Felipe. Y fue empeorando aún más, en los días que siguieron.

La fiebre devastadora lo iba

consumiendo lentamente, mientras los vómitos se incrementaban hasta dejarlo agotado. Por momentos su rostro era un fuego, rojo e hirviente y, por otros, un hielo, blanco y helado.

Los síntomas parecían intensificarse con el transcurso de las horas, a tal punto que parecían sobrepasar los límites de la tolerancia humana. El trágico diagnóstico de los médicos se contrapuso a los deseos de Juana, mientras Felipe soportaba aquel suplicio con varonil resistencia, ahogando en su interior los gritos de dolor.

—El cardenal primado nos estará esperando con las coronas en sus manos.

Espero que vuestra excelencia no se canse demasiado —dijo Felipe con voz agotada, tratando de alegrar en algo las angustias de Juana—. Y tendrá que seguir esperando, pues no me creo con fuerzas de reemprender el camino mañana.

—Descansad amor mío, no os preocupéis. No hay prisa alguna, solo vuestro bienestar es lo que cuenta —y con un pañuelo, Juana secaba las gotas de sudor del rostro cansado y moribundo de su amado esposo.

Su médico personal, Ludovico Marliano Milanés, seguía expresando que la enfermedad que aquejaba al

archiduque era el exceso de ejercicios. A un partido de pelota y a un enfriamiento, se le había sumado un viaje agotador desde Flandes, partidas de caza, ceremonias en cada una de las poblaciones, fiestas y agasajos. Mientras el médico de cabecera del rey Fernando, el doctor Parra, afirmaba que era una inflamación de los pulmones, complicada con anginas.

A Felipe se le llenó el cuerpo de manchas negras. Los vómitos prosiguieron cada vez con más frecuencia y las cataplasmas frías, las purgas de euforbio y las dolorosas sangrías, terminaron por martirizar aún

más su suntuosa agonía.

Como un rayo destellante, una palabra mortal cruzó por la mente de Juana: envenenamiento. Tal vez el condestable y su hermanastra, al ser expulsados sin demasiados miramientos. Tal vez los nobles partidarios de su padre, o tal vez su mismo padre, al que motivos no le faltaban para deshacerse de Felipe. Pero, ¿quién, de todos?

Para llevar adelante tan desleal accionar, en aquel lugar y sobre la persona del rey, esposo de la reina de Castilla, hijo del emperador y yerno de los Reyes Católicos, el golpe solo podía ser dado por alguien tan poderoso o más

poderoso que él.

Y así, al verle morir de a poco, también Juana olvidó sus ausencias y rencores, olvidó su obsesión por arrebatarle sus reinos, olvidó los suplicios sufridos por causa de sus celos y olvidó los enclaustramientos a que la había sometido.

A partir de aquellas trágicas horas de agonía, traducidas en una amorosa congoja, viendo escurrirse la vida de Felipe a través del último aliento que le quedaba, Juana comenzó a probar las medicinas y alimentos que los médicos le daban. Y mientras él resistía estoicamente y en silencio los terribles

espasmos que lo agobiaban y le obligaban a doblar las rodillas sobre su dolorido vientre, ella permanecía a su lado, día y noche, durmiendo apenas unas pocas horas, sin siquiera desvestirse.

Los rumores de que Felipe de Habsburgo había sido envenenado llegaron hasta el imperio. El conde de Fürstenberg escribió al emperador Maximiliano comentándole los temores que embargaban al archiduque respecto a este tema, y el emperador, con honda consternación, envió una misiva a su hijo y a Juana, preguntando si se habían tomado los suficientes recaudos para

defender a los futuros reyes de Castilla de los posibles y traicioneros atentados.

El rumor corrió por toda Europa, pero lejos de desvanecerse fue tomando vigor, mientras el estado de Felipe se tornaba desesperante.

—Debéis comer algo para poder vivir. Esforzaos, por el amor de Dios — imploraba Juana y probaba cada uno de los manjares, antes de ofrecérselos.

Felipe entró en agonía. Agonía de muerte.

Consciente de la gravedad del caso, Juana rechazó el destino. Rechazó la muerte, porque la muerte era la nada, el desprendimiento de la vida, de la vida

de Felipe por la cual ella vivía. Si él se marchaba dejándola para siempre sola, nada volvería a tener sentido. Ni siquiera su propia existencia.

Rezaba en cada momento, mientras Felipe parecía marcharse inexorablemente por el largo y oscuro camino que deben transitar todos los que dejan este mundo. Con sus jóvenes veintiocho años, se iba definitivamente de su lado.

Y aquellos labios afiebrados, los mismos que la habían sumergido en una constante de amor y de placer, en medio de los soporíferos que le suministraban los médicos, no dejaba de repetir hasta

el cansancio: «Juana... amor mío...».

La fortaleza puesta de manifiesto ante tan terribles dolores y su varonil entereza, al no claudicar ante el mal, ocultaban a los ojos de los médicos síntomas que bien podrían haber sido de otro modo, reconocidos por los galenos, como la inflamación mortal de intestinos, que si bien no se curaba con ninguna intervención quirúrgica, se conseguía sanar, en contadas ocasiones, con aplicaciones constantes de hielo sobre el vientre.

Juana, en su desesperación, deslizó secretamente a sus médicos las sospechas del envenenamiento. Los

viejos facultativos, acariciando sus mentones, afirmaron con sus cabezas.

El archiduque de Austria, hijo del emperador del Sacro Imperio Romano Germánico, rey consorte de las Españas, resultaba ser un blanco aglutinador de poder, muy probable de sufrir un asesinato.

Mientras la existencia de Felipe se iba extinguiendo demasiado a prisa, los nobles del reino, partidarios del archiduque, acudieron al castillo de Ximénez de Cisneros, convocados por orden del influyente arzobispo de Toledo. El problema sucesorio fue planteado con claridad por el augusto

prelado y las opiniones se dividieron como las aguas de un delta. Los españoles y flamencos adictos al archiduque decidieron nombrar rey sucesor, al príncipe Carlos de Habsburgo que continuaba recibiendo una esmerada educación en Flandes. Las encargadas de este especial esmero eran su bisabuela Margarita de York (fallecida en el año 1503) y su tía Margarita de Austria. Carlos tenía apenas seis años de edad y a esa edad, el niño prefería la caza, los deportes y los torneos. Por tal motivo se tornaba imperiosa la necesidad de un regente, y ante esa circunstancia, nada mejor que

su abuelo paterno, Maximiliano I.

Por su parte el condestable de Castilla, el duque de Frías y sus adictos se declararon fieles a la causa de Fernando de Aragón. El resto de la nobleza española se mostró reacia a la regencia, tanto de Maximiliano I, como de Fernando II de Aragón. Cisneros fue quien atemperó los ánimos proponiendo renunciar a regencias extranjeras, pues en Castilla existía quien bien podía asumir aquella responsabilidad, en una clara advertencia sobre su propia persona. Y así el 24 de septiembre de 1506 se instauró la regencia en Castilla, bajo el mando del arzobispo primado de

Toledo: Francisco Ximénez de Cisneros. El antaño confesor de la reina Isabel había sido nombrado, por disposición de los nobles de Castilla, gobernador general del reino. Toda Castilla buscó sucesor para Felipe, pero nadie recordó nombrar a Juana, la reina y legítima heredera de esas tierras.

Un áurea de silencio rodeó su nombre y nadie más se acordó de ella. Mientras los médicos, con inútil afán, buscaron, estudiaron y echaron mano de cuantos recursos y conocimientos medicinales pudieron encontrar, para sacar a Felipe del inevitable camino de la parca. Habían salvado muchas vidas,

mas aquella tan preciada se les apagaba si poder remediarlo.

El doctor Juan de la Parra pulverizó en un mortero un puñado de jade (pues el jade contiene silicato de magnesio y cal), luego, humedeciendo aquella mezcla grisácea y nauseabunda con vino, la colocó en una copa de plata y se la dio a beber. Sus efectos purgantes contrarrestarían los efectos del veneno al eliminarlo cuanto antes y reducirían sin duda los fuertes espasmos estomacales. Para bajarle la fiebre continuaron con las sangrías, pero estas hicieron que Felipe se volviera más débil y su vientre se tornara demasiado

sensible al tacto.

Juana estaba pendiente de la preparación de toda la medicación, ante el temor y la desconfianza de que alguno de los médicos hubiese sido sobornado para continuar envenenándole. Empeñada en desafiar todos los riesgos, fue probando de uno en uno todos los remedios, hasta que ella también terminó por enfermarse. No obstante no claudicó y continuó junto al lecho de Felipe, día y noche.

—Juana —apenas balbuceó Felipe—. Voy a morir.

—Si vos habéis de morir, yo me moriré con vos. ¡No me dejéis, Felipe!

¡No me dejéis sola!

—Mi destino termina en Burgos, junto a vos, pero lejos de nuestros bien amados hijos y lejos de mi reino. Creedme Juana, me muero. Pero decid a los niños lo mucho que les he amado. Que todo cuanto he hecho, lo hice pensando en ellos y que jamás tendrán que arrepentirse por llevar el nombre Habsburgo. Y a vos, amada mía, mi dulce Juana, por siempre habéis sido el amor de mi vida. Que sean vuestras manos las que cierren mis ojos cuando muera.

—Felipe, amor mío, confiad en Dios.

—En Él confío y en sus manos encomiendo mi espíritu.

Con tremenda desesperanza, con horror, con desasosiego, con la desesperación de quien se aferra a la vida que termina, Juana se aferró a Felipe.

—Juana... —balbuceó, y le quedó mirando, desde sus ojos perdidos en la infinita dimensión de una eternidad desconocida.

—Felipe —le llamó Juana, pero Felipe ya no respondió, solo atinó a tomar su mano y, colocándola sobre su pecho, dio un profundo suspiro, el último soplo de la vida que aún latía en

su pecho.

Los fantasmas de la muerte rondaban los aposentos.

Los príncipes Juan y Miguel caminaban detrás de las reinas Isabel de Castilla e Isabel de Portugal. El cortejo había llegado buscando a Felipe, mientras las manos heladas de aquellos seres queridos, parecían acariciarle como dándole consuelo y calmado sus dolores.

En aquella sombría y suntuosa agonía, los hachones permanecieron encendidos durante todo el día y toda la noche.

Dentro, la muerte, alterando el ritmo

del corazón amado. Y fuera, el ritmo inalterable de la naturaleza. La luz del amanecer era la misma de siempre, bañando con su blanco resplandor cada cosa, embelleciéndola. El mundo seguía girando, mas el mundo de Juana estaba a punto de detenerse.

Dentro, el silencio, aferrándose a Juana y a Felipe en un intenso y desconocido destino. Silencio en la vida para Juana y silencio en la muerte para Felipe. Silencio en los días por venir para Juana y silencio eterno y sepulcral para Felipe. Y fuera, la vida, bullendo en cada insecto, en cada flor, inalterable, inagotable.

Tanta vida afuera y tan escasa dentro.

Y fue en aquel silencio de muerte cuando apareció don Diego de Villaescusa, el confesor de Juana. Con sus vestimentas negras se acercó hasta el lecho del enfermo y haciendo la señal de la cruz en su frente, esparció agua bendita sobre su afiebrado cuerpo. Juana permanecía de rodillas en uno de los reclinatorios colocados a los pies de la cama. El padre Diego se acercó hasta la cabecera del enfermo y, arrodillándose, comenzó a rezar las letanías del buen morir. Cuando hubo terminado, preguntó al moribundo.

—¿Alteza, deseáis confesaros?

Felipe asintió con la cabeza y el sacerdote, haciendo un gesto a Juana, le indicó que se retirara. Ella salió de inmediato, cerrando la pesada puerta tras de sí.

—¿Qué pecados habéis cometido?

—He pecado de pensamiento, palabra, obra y omisión... Con palabras y obras he conocido a una doncella... antes de que se acercara al tálamo nupcial... y esa joven es ahora... la esposa de mi suegro...

El sacerdote guardó silencio y Felipe prosiguió con dificultad.

—Me arrepiento verdaderamente,

pues solo fue una aventura... He amado, amo y amaré, por siempre y, sobre todo, a mi esposa Juana. La amo... desde el mismo instante... en que la conocí. Y pido a Dios... que me dé valor... para afrontar el final... en el que seré juzgado por toda la eternidad... con verdadero dolor y arrepentimiento de mis culpas...

—En el nombre de Dios, Padre Misericordioso, perdono todos vuestros pecados. Recibid la absolución y si Dios llama a vuestra alma en este día, irá a reunirse con Él, absuelta de toda mancha.

—Amén —respondió Felipe con el último aliento.

El sacerdote le dio la bendición y luego abrió la puerta de los aposentos e indicó a Juana, que esperaba de pie, que podía regresar.

Cuando Juana entró, Felipe ya no podía hablar. Ella se arrodilló a su cabecera agobiada por tanto dolor, mientras apretaba con desesperación aquellas manos que durante diez años la habían acariciado. El moribundo afirmó, con un movimiento de su cabeza, el rezo de las letanías.

Entre las luces del alba y de las velas, Juana pudo observar los rostros conocidos de muchos nobles que permanecían sentados dentro de la

recámara en completo silencio.

Dos criados entraron trayendo varios reclinatorios más, para quienes desearan unirse a los rezos de las invocaciones. Pero Juana no podía concentrarse para pronunciar aquellas frases como un rito. Solo pensaba en Felipe.

—Por aquella boca que ya no volverá a convocar mi nombre, ni a besarme con pasión, ni a murmurar tiernas frases de amor en mis oídos, ora pro nobis. Por aquellos ojos que ya no buscarán los míos entre las frescas sombras de los parques, o entre las luces vacilantes de los salones

palacios, o en la suave penumbra de un amanecer. Ora pro nobis. Por aquellos brazos que ya no aprisionarán con pasión mi cintura. Ora pro nobis. Por aquellos cabellos despeinados que mis dedos no volverán a peinar. Ora pro nobis. Por aquel pecho que ya no latirá agitado de tanto amarme. Ora pro nobis. Por aquellas piernas y aquellos pies que ya no me seguirán para protegerme por tantas ciudades y reinos, por tantos jardines, por tantos palacios, por tantos atardeceres y amaneceres juntos, como este, que quizá sea el último... ora pro nobis.

Aquella era la despedida definitiva.

La última. Porque después, aquel hermoso cuerpo dejaría la vida para quedar transformado solo en cenizas.

Los prelados rodearon el lecho aplicando sobre la helada y sudorosa frente los santos oleos de la Extremaunción. En medio de las plegarias y cantos fúnebres le fue administrado el Viático que lo fortificaría y reanimaría para su último y definitivo viaje.

Todos los médicos, entre los que se encontraban el dela reina Isabel, don Francisco Álvarez; el del rey Fernando, don Juan de la Parra y el del imperio, don Ludovico Marliano Milanés, habían

fracasado por salvarle el cuerpo, pero los prelados intentaban salvarle el alma.

Absorta y descompuesta por tanto dolor contenido, Juana escuchó su voz débil y ronca, doblegada por la agonía de la muerte.

—Juana... Os confío a Dios... Ya no puedo seguir entre vosotros... No puedo... seguir... defendiéndome... por más tiempo...

Juana acercó su oído hasta su boca.

—Juana... yo...

Volvió a mirarlo y sus ojos ávidos y desesperados se clavaron en los suyos para siempre, suspendidos en un instante de eternidad.

El filo del amanecer cortaba con su luz mortecina la recién estrenada mañana suntuosa del noveno día en Burgos. Era lunes 25 de septiembre del otoño de 1506. Felipe había muerto a los veintiocho años de edad.

Juana se irguió y con voz decidida se dirigió a todos los que se encontraban junto al lecho mortuorio.

—Señores, mi esposo el archiduque de Austria, Felipe de Habsburgo y rey consorte de Castilla, acaba de morir. Os ruego me dejéis a solas con él, en nuestra última despedida.

El conde de Pest, sin duda uno de los mejores amigos de Felipe, fue el

primero en retirarse y dirigiéndose a sus habitaciones escribió una misiva urgente a sus amigos de Hungría.

En la trágica hora del dolor, sobre los últimos instantes de vida de Felipe, su esposa, la reina Juana, le fortaleció constantemente con expresiones animosas sobre el porvenir. No hubo ningún momento en estos ocho días de dolorosa agonía, en que vuestra majestad, Juana de Castilla, flaqueara, doblegada por las terribles circunstancias, ni se dejara vencer por la desesperación.

Como un ángel protector le sonrió y sirvió hasta el postrer momento. Felipe le devolvía aquella sonrisa, a pesar de los atroces tormentos que soportaba, con la valentía que siempre caracterizó a mi noble

y fiel amigo de juventud. Con extraordinaria fortaleza y devoción, cumplió abnegadamente el deber de esposa amante, haciéndonos temer por el estado avanzado de gestación de su sexto vástago. Pero Juana parece ser una mujer hecha para soportar todo lo que el destino le depare, felicidades o tristezas, con una devoción y una resignación dignas de una santa.

El ángel de Juana no había podido con el ángel de la muerte, indestructible, imperativo e impaciente, el que venciendo, había arrancado de este mundo a su esposo, Felipe, el Hermoso. El archiduque de Austria, sin saberlo, había seguido el mismo destino de su abuelo, Carlos, el Temerario, el cual

había intentado persuadir al emperador Federico III, padre de Maximiliano, para que lo coronase como rey de Borgoña. Pero la muerte, adelantándose, le había arrebatado la vida, con sus mortíferas, negras y pavorosas alas y, con ella, la corona de aquel reino.

Cuando el último de los presentes se hubo retirado, Juana cerró tras de sí la oscura y pesada puerta de los aposentos con doble llave y en medio del silencio sepulcral se dirigió hasta el frío lecho donde yacía su esposo.

Detrás del traslúcido velo del baldaquino observó su cuerpo exánime. Parecía dormir serenamente

descansando al fin de los atroces tormentos. Entonces, suavemente, descorrió el blanco cortinado y con extrema delicadeza, como si el más leve ruido pudiera despertarlo, entró en el lecho y se tendió a su lado. Con sus tibias manos le rodeó la cara, con sus labios trémulos le besó la boca, con su pecho desconsolado quiso darle el calor que le faltaba, mientras los recuerdos desfilaban por su mente en una sucesión que parecía infinita.

—Adorado esposo mío, estará vuestra voz detenida en mi nombre la última vez, mi palabra quebrada en las mil luces de mis lágrimas y vuestra

ausencia siempre estará presente en mí.
Os lo juro.

Cerró sus ojos dulcemente y cuando el frío del cuerpo delató el cruel transcurso del tiempo, Juana le besó tiernamente para su último viaje. Le colocó las manos sobre el pecho y con un blanco lienzo cubrió su amado rostro inmóvil.

Felipe acababa de marcharse para siempre y ella se encontraba de repente en la línea divisoria entre la vida y la muerte. Siempre en el límite, como cuando le amaba, entre el amor y los celos. Entre el amor y la locura. Entre la vida y la muerte.

Dos caminos parecían bifurcarse por delante y tendría que optar por uno: o se encerraba con sus recuerdos, convirtiéndose en una reliquia negra que iría pasando los días hasta que la muerte viniera también por ella, o desafiaría el tránsito de la senda más difícil, aceptando el destino que la vida de allí en más pudiera depararle.

Vestida totalmente de negro con un velo que le tapaba el rostro y le llegaba hasta los pies, Juana apareció en la puerta, erguida e incólume.

Al verla salir los médicos que la esperaban, le ofrecieron una copa de jerez que ella bebió al borde del

desmayo. Pero aquel vino contenía una poción soporífera que de inmediato le obligó a dormirse para descansar.

Preocupadas por la expresión de aquel rostro, sus doncellas la acostaron por primera vez en ocho días y en ocho noches, cuando la luz del mediodía otoñal entraba por los cristales hiriendo los ojos cansados y las campanas de la catedral tañían gravemente a muerto.

Con su característico olor a funeral, teas, cirios, velas, hachones, antorchas, lámparas de aceite y todo cuanto fuera necesario, fueron encendidos en la espaciosa Casa del Cordón para velar a Felipe, en la interminable noche de su

inexistencia, mientras una multitud de siervos y nobles, flamencos y españoles, deambulaban por la estancia en completo silencio, aturdidos por tanto dolor.

Con la muerte de Felipe a Juana le parecía que se había hundido el mundo. Todo le parecía inimaginable e injusto pues su adorado Habsburgo solo había reinado oficialmente en Castilla menos de dos años: desde la muerte de la reina Isabel el 26 de noviembre de 1504 hasta su muerte acaecida el 25 de septiembre de 1506, pero su reinado efectivo había sido más breve ya que había llegado a la península el 26 de abril de 1506.

Tres horas más tarde, Juana se encontraba de pie nuevamente y, acercándose hasta el cuerpo de Felipe, levantó el velo con que lo había cubierto y sobre sus manos frías colocó dos flores aterciopeladas de amaranto, símbolo de la inmortalidad de sus almas unidas para siempre.

En aquel instante las luces de las velas oscilaron, como si un hálito invisible las hubiese soplado, y comenzaron a parpadear a punto de apagarse. Juana contuvo una exclamación y después emitió un prolongado gemido de horror que retumbó en el silencio del recinto. En

aquel momento era fácil creer que nada importaba. No importaba la vida, ni la muerte, ni el sufrimiento, solo el rostro de Felipe, detenido y cristalizado para siempre dentro de sus pensamientos, la perseguía. La desorientación era tan intensa que ella necesitaba luchar para rechazarla y repetirse por qué estaba allí en España y cuál era su obligación.

La muerte de Felipe de Habsburgo produjo una honda consternación y una profunda conmoción en todo el reino.

Con el débil resplandor del crepúsculo en el horizonte y las sombras de la noche invadiendo los cielos presurosas por instalarse, los

partidarios de Cisneros ingresaron a la residencia del Cordón. Traían la orden de acondicionar suntuosa y rápidamente ciertos aposentos para el establecimiento, por un tiempo no preciso, del regente general del reino, el arzobispo Cisneros. El cuerpo de Felipe no se había terminado de enfriar, cuando todo fue dispuesto, con tanto sigilo y tanta prisa que al retirarse las huestes del palacio, nadie había notado su paso por él.

Aquella noche, con toda rapidez, fue publicado un edicto por la regencia, estipulando que toda persona que fuese sorprendida robando alimentos sería

condenada a prisión y sin comer durante cuarenta días, en memoria de la abstinencia de Cristo, para que muriese de hambre si no podía resistir. Si se la encontraba circulando por las calles de Burgos con armas, sería sometida a la pena de los azotes. Si portaba daga o espada, perdería la mano con la cual la esgrimía; y si ocasionaba derramamiento de sangre, sería ajusticiada de inmediato por estrangulación, pues el cardenal Cisneros no aprobaba nada que significara tortura, salvo que el bien de las almas o del reino entrara en juego.

Después del edicto llegó la vigilancia. Todo un ejército fue el

encargado de custodiar cualquier levantamiento que se produjese en favor de la reina y que, lógicamente, impediría que Juana I de Castilla, comenzara a reinar.

Juana, la Reina

En medio de una extensa planicie de trigos y viñedos la luna daba su tono de plata a los campos y en la lejanía, algunos árboles altos y delgados salpicaban el paisaje simple y despojado.

Era la hora que mediaba entre los maitines y laudes, cuando Juana, la reina, velaba amargamente el cadáver de su adorado Felipe que pasaría a la historia sin ninguna victoria ni honor

más importante que los de haber sido conocido y llamado por todos como el Hermoso. Lo velaron a la usanza borgoñona. Yacía sobre un estrado vestido con sus mejores galas y rodeado de tapices.

Pasó la noche, llegó el día y el mundo seguía girando implacable con su rosario perpetuo de horas infinitas repetidas hasta el cansancio. La espaciosa residencia del Cordón se fue llenando de gente. Muchas de ellas que bien creían conocer a Juana esperaban que la hija heredera de Isabel de Castilla estallara en sollozos o en gritos de desesperación, mas la reina,

impávida y sin lágrimas, asistía con valor al último y más triste de los actos oficiales de los que participaría su esposo, Felipe de Habsburgo.

Amparados bajo aquellas circunstancias hubo quienes no dejaron pasar al olvido las escenas de celos vividas por Juana en la corte de Flandes, cuando con unas tijeras de plata cortó la hermosa cabellera de la que irónicamente se había convertido en su madrastra. Y serían aquellas conversaciones las que más tarde con el correr de los días, cuando algunos actos de gobierno fueron necesitando de ciertas explicaciones, darían origen a

nuevas calumnias y falsas habladurías.

En verdad, Juana se encontraba aturdida por el dolor y el sufrimiento. Todavía no alcanzaba a comprender ni estaba convencida de que aquella muerte era cierta, de que ya no volvería a ver más a su joven Hermoso, a tocar su cuerpo, a escuchar su voz, a sentir su calor. Ella deseaba haber muerto con él, o que hubiera sido su cuerpo, y no el de Felipe, quien inaugurara la muerte. Lo lloraría hoy y lo lloraría toda la vida sin poder resignarse, pues si algo opuesto existía en la vida, eso era Felipe y la muerte. Sin embargo desde el 25 de septiembre de 1506 serían una sola cosa

por toda la eternidad. Entonces se reprochó no haberle dicho más cuánto le amaba, o haberle amado más aún.

El avanzado estado de su embarazo y el cansancio de ocho días de agonía la habían ido sumiendo en un estado de total indiferencia. Pero aunque impasible ante las miradas que la escudriñaban, respondía con cortesía y amabilidad a todos cuantos la interrogaban.

Sus ojos observaban aquel escenario sin cambiar de expresión. Su mirada perdida y vacía parecía buscar anhelante la mirada del ausente y si algún feliz recuerdo se deslizaba por sus

pensamientos sacándola del letargo, sus labios esbozaban una sonrisa serena, sin motivos aparentes.

Así sumida en la enajenación de su ánimo parecía molestarle cuando alguien la interrumpía. Entonces hablaba del cielo como el lugar de su reencuentro con Felipe, donde él estaba esperándola y ella, preparándose para unírsele de inmediato.

El destino parecía burlarse constantemente y el rostro de Felipe seguía intacto en su memoria, su risa y su voz constantes en sus oídos. El día de su muerte había sentido que lo amaba más que nunca. No le interesaba ver a

nadie, no le interesaba comer, solo quería partir hacia la eternidad para que la muerte de él no estuviera acechándole a su espalda. Entonces pensó que la única manera de terminar con su dolor era que el dolor terminara con ella, pues el sufrimiento del alma era tan intenso que le trasminaba los huesos, la carne y el ánimo.

Con sigilo y diligencia constante, los sirvientes iban y venían llevando y trayendo caldos e infusiones calientes para reconfortar los cuerpos en aquella otra noche tortuosa que se avecinaba, mientras las figuras del cardenal Cisneros y del sacerdote Villaescusa

iban cobrando una inusual importancia para Juana, pues en esas horas de soledad y desesperanza trataba de aferrarse a ellos como si la sola presencia de aquellos representantes de Dios en la tierra e intercesores del cielo le produjeran cierto consuelo y alivio.

El clérigo Diego de Villaescusa siempre había admirado y elogiado la notable piedad de Juana, confirmándosele su comportamiento en aquellas horas luctuosas. Al llegar otra vez la madrugada, las damas de honor de la reina lograron que Juana se sentara. Parecía que sus pies ya no podían sostenerla y apoyando la cabeza

sobre el alto respaldar de un sillón
perdió su mirada en medio del gentío.
Al verla así, el padre Diego, vino a
hacerle compañía y se sentó a su lado
con un gesto paternal.

—Padre Diego.

—Sí, majestad.

—¿Qué debo hacer para seguir
viviendo?

—Debéis ser fuerte y pensar en
vuestros hijos y en vuestro reino. Estoy
seguro de que le agradecería a vuestro
esposo.

—Solo pienso en él y no puedo
apartarlo de mis pensamientos.

—Querida Juana, todos tendremos

que partir de este mundo, tarde o temprano. Y para que comprendáis la dimensión de ese momento, quiero dejaros un pensamiento atribuido a san Agustín que nos ubica ante el verdadero sentido de la vida y de la muerte.

No lloréis si me amáis... ¡Si conocierais el don de Dios y lo que es el cielo! ¡Si pudierais oír el cántico de los ángeles y verme en medio de ellos! ¡Si por un instante pudierais contemplar como yo, la belleza ante la cual las bellezas palidecen! ¿Me habéis amado en el país de las sombras y no os resignáis a verme en el de las inmutables realidades?

Creedme, cuando llegue el día que Dios os ha fijado y vuestra alma venga a este

cielo en que os ha precedido la mía, volveréis a ver a este corazón que siempre os ama, con todas las ternuras purificadas, transfigurado y feliz, no ya esperando la muerte, sino avanzando con vos por senderos de luz. Enjugad vuestro llanto, no lloréis si me amáis...

Cuando el padre Diego concluyó aquella plegaria, el rostro de Juana irradiaba una paz serena.

Pero el oleaje político que parecía no haberse detenido con las horas se fue volviendo más violento e impetuoso. La fuerza del edicto de Cisneros irrumpía sobre cualquier ilusión de los partidarios de Juana para efectuar un

levantamiento a su favor.

Los rumores de que el pequeño infante Fernando (aquel hijo de Juana y de Felipe nacido en Alcalá de Henares, que se estaba educando en España como un príncipe español) sería llevado por un grupo de flamencos para desarmar el ardid de Cisneros, también crecieron. Pero así como crecieron se fueron apagando con los días sin ningún fundamento. El infante Fernando había sido retenido en España cuando Juana partió hacia Flandes, por orden de sus abuelos maternos y se hallaba en Simancas, educándose bajo la mirada atenta de su ayo, don Pedro Núñez de

Guzmán. Pero ante los temores de que el niño fuera reclamado por los flamencos como el hijo de Felipe y nieto del emperador Maximiliano, o por los españoles como el nieto castellano de sus Católicas Majestades, don Pedro Núñez de Guzmán se trasladó hasta Valladolid llevándose al niño y poniéndolo a resguardo en el colegio de San Gregorio.

El sol había vuelto nuevamente al cenit derramando su fina capa de barniz dorado sobre todas las cosas, cuando don Lorenzo Galíndez de Carvajal, asesor y consejero de la reina Juana, pidió le hiciera llegar a los aposentos

que ocupaba el cuerpo de Felipe las prendas con que habrían de vestirle para su definitivo viaje.

Ayudada por sus doncellas, Juana fue abriendo de uno en uno los grandes arcones, aquellos que contenían las lujosas vestimentas del que fuera en vida el único hijo varón del emperador Maximiliano I, el yerno de los Reyes Católicos, el rey de los Países Bajos, el esposo de Juana I de Castilla, el cuñado del futuro Enrique VIII de Inglaterra y de Manuel I de Portugal, pero, sobre todo, el hermoso amante a quien ella había amado con locura.

Con manos nerviosas buscó en el

arcón de las finas y holgadas camisas, una de lino blanco bordada con sus iniciales. En el arcón de los jubones buscó el más suntuoso de brocado azul con el águila bicéfala del imperio bordada sobre la espalda con hilos de oro. En el arcón de las calzas-pantalón, unas de terciopelo negro y en el cofre de los zapatos, unos escaarpines azules realizados en cuero de Rusia y perfumados con esencias de abedules. Eligió guantes negros bordados con hilos de oro. De todos los sombreros, buscó uno de paño negro con plumas de pavo real azules, doradas y negras; y como último deseo, ordenó a don

Lorenzo le fuese colocado sobre el pecho la gruesa cadena de oro con el medallón del ducado de Borgoña.

Entre el humo de las velas y el olor de los inciensos, manos desconocidas desvistieron y volvieron a vestir aquel cuerpo que ella con tanto amor acariciara, guiadas por las precisas instrucciones de don Lorenzo Galíndez de Carvajal.

El último acto oficial de Felipe de Austria iba a tener lugar en Burgos, ciudad del reino de Castilla.

La pasión acallada de golpe en su pecho por la muerte traicionera hizo estremecer a la reina de frío. El frío de

la última noche junto a Felipe. Jamás lo había sentido durante el tiempo que estuvo a su lado, cuando sus cuerpos desnudos se amaban entrelazados el uno con el otro. Pero en esos momentos Felipe estaba bajo el mismo techo y ella sin embargo sentía frío, un frío intenso que traspasaba sus huesos. Felipe, el único, el irrepetible, el que había colmado su corazón de un amor inigualable hacía más de veinticuatro horas que se había marchado con el alba. Definitiva e imperiosamente.

Con el corazón desgarrado por la desesperación Juana no encontraba el camino a seguir dentro de aquel

laberinto que parecía haberse abierto dentro de su mente, confuso y oscuro. Había perdido su sol, su brújula, su timón. No soportaba la luz del día, ni el bullicio de la gente, se había vuelto frágil, débil. ¿Por qué Felipe se escondía amparado en las sombras de la muerte, privándola de su presencia tangible? Ya sin fuerzas interrogó a su consejero.

—Decidme don Lorenzo, ¿habéis ordenado ungir el cuerpo antes de vestirlo?

—Lo han ungido, majestad, con almizcle, ambarina y agua de nardos.

—¡Con almizcle! ¡Es el perfume de

los esponsales! Él y yo seguiremos unidos más allá de la muerte —afirmó con orgullo.

Los veinticinco cirios consumidos fueron reemplazados por otros veinticinco nuevos cirios. Así se debía efectuar el funeral, riguroso y austero, de acuerdo a las últimas disposiciones de Isabel la Católica. El luto observado debía ser solo de color negro, anulando el blanco para no ocasionar mayores gastos. Y dando cumplimiento a la ley pragmática denominada de Luto y Cera, publicada en Madrid el 10 de enero de 1502, no se podían llevar en el funeral más de veinticinco velas.

De todos modos, la comitiva del duelo no iría muy lejos. Apenas una legua separaba a Burgos de la Cartuja de Miraflores, construida en 1441 por Juan II de Castilla, abuelo materno de Juana. En el interior de la iglesia se alzaban los mausoleos del rey y su esposa, Isabel de Portugal, como también el de su hijo Alfonso, el único hermano de padre y madre de la reina Isabel I de Castilla, bajo cuyo mandato se habían mandado construir aquellas tumbas por el escultor y arquitecto español Gil de Siloé.

En su lecho de muerte, Felipe había expresado el deseo, incluido en su

testamento, de ser sepultado en Granada. De ese modo permanecería siempre cerca de su amada Juana. Y aquel último deseo se volvió para ella una orden de tan enorme preferencia que todo lo demás quedó relegado en el olvido.

Juana vistió de luto no solo su cuerpo sino también su alma y todo cuanto la rodeaba. Los amplios y fríos salones se cubrieron de colgaduras negras. En los corceles y en las carrozas reales se colgaron crespones negros y toda la corte de damas de honor de la reina vistió y veló sus rostros con velos negros por consideración a la joven viuda, su majestad, Juana I, reina de

Castilla.

El impresionante cortejo partió de Burgos a media mañana del tercer día de la muerte del archiduque. Cual una cinta negra que la brisa parecía agitar suavemente se extendió bajo el sol a lo largo del angosto camino que conducía hasta Miraflores. Los cantos religiosos y el olor a incienso se fueron perdiendo lentamente entre aquel espacio infinito que separa la tierra de los cielos, llevados por el viento de la desolación.

Caballeros de negras armaduras enarbolando en sus yelmos los escudos de armas más antiguos de las casas de Castilla, encabezaban la marcha,

precedidos por crucifijos, teas, dignatarios oficiales y religiosos, cuyas oraciones y salmos mortuorios, el aire parecía llevarse por momentos. Atravesaron el arco de Santa María y ascendieron por la pequeña colina y cuando los primeros caballeros llegaron a la Cartuja, los últimos integrantes del cortejo aún no habían terminado de transponer las murallas de la ciudad.

Bajo el gran pórtico de Miraflores adornado con los escudos de León, Castilla y del rey Juan II, esperaban en fila los cartujos para dar la bienvenida al mausoleo al rey de los Países Bajos y consorte de Castilla.

Juana avanzaba derrumbada en un carruaje negro, tirado por caballos negros. El viento se filtraba por las pequeñas ventas sacudiendo las suntuosas cortinas negras bordadas en hilos de oro con los escudos de Castilla, León y Granada. Junto con el viento también se filtraron hasta los oídos de la reina, las palabras de dos de los médicos que cabalgaban a la par del carruaje real. Aquella conversación llegó impunemente hasta Juana, perturbándola.

—Oí decir que embalsamaron el cuerpo de Felipe de Habsburgo.

—Habéis oído bien. Lo han

embalsamado.

—También se comenta que le han extraído el corazón, el que a estas horas irá viajando dentro de un precioso estuche de terciopelo y oro rumbo a Bruselas.

—Se le ha extraído el corazón y enviado a su padre, el emperador. No olvidéis que don Felipe fue el rey de los Países Bajos, durante mucho más tiempo que rey consorte de las Españas. Por lo tanto es el lugar donde debería dársele sepultura.

—Sin embargo donde está el cuerpo, debe estar el corazón.

Juana escuchaba atónita aquellas

afirmaciones que parecían ser verdaderas y aunque el corazón de Felipe le pertenecía totalmente, más peligrosa era la posibilidad de que también le quisieran robar su cuerpo. Pero le dolió profundamente que no hubieran solicitado su autorización para extraerle el corazón amado.

Los flamencos no solo se habían llevado el corazón de Felipe de Habsburgo, sino cuanto pertenencia había traído consigo a España, arcones con tapices, armaduras, joyas, cuadros, caballos y vajilla, como un modo de cobrarse por los servicios prestados al difunto rey y que su doliente esposa no

podía abonarles.

Aquello del corazón lo establecía el protocolo y sus médicos y embalsamadores se habían preocupado muy bien de no omitir tan terrible detalle.

Detenido el cortejo a las puertas de la iglesia del monasterio en medio de las letanías y rezos en latín de los monjes, el séquito fue ingresando dentro del recinto. Juana se ubicó detrás del féretro y caminó tras él hasta el altar. Allí se detuvieron todos, mientras los prelados movían ceremoniosamente sobre el ataúd los enormes incensarios de plata. Entonces Juana, con voz firme,

dio la orden de que lo abriesen de inmediato.

—¡Abrid el féretro! Es una orden.

El temor de que le hubieran arrebatado el venerado cuerpo le produjo el vehemente deseo de comprobarlo y ante el numeroso y sorprendido cortejo se procedió a cumplir con la orden de la reina, abriendo la triple caja de plomo, madera y cuero.

En aquellos estremecedores momentos, la ansiedad parecía consumirle. Y cuando finalmente la triple tapa de la caja mortuoria se abrió, le vio allí, nuevamente, con el gesto

sereno, como en sueños tranquilos y sobre su pecho, entre sus manos frías y apretadas, las dos flores de amaranto, símbolo de sus dos almas unidas para siempre.

Con manos ligeras y nerviosas rasgó los sudarios, pero ante la belleza insondable de aquel rostro, las fue aquietando y con la suavidad de un amoroso encuentro, abrió con delicadeza de una en una, las prendas que lo cubrían. Primero fue el jubón y luego sus camisas blancas y resplandecientes, en tanto el sol, filtraba sus destellos cegadores a través de los vitrales, hiriéndole los ojos.

De pronto sintió el dolor instalársele en el pecho a la vez que el corazón empezaba a latirle de un modo irregular, agitado. Entonces, sin saber por qué, metió sus dedos por debajo de la última camisa y abriéndola palpó su pecho helado, silencioso y la enorme herida le golpeó los ojos con su violencia. Allí, donde latiera su amado corazón de cuatro cavidades, no había más que una sutura cruel. Se lo habían arrancado brutalmente, ignorando su propia voluntad. Sin consultarle, ni tenerle en cuenta. Ignorándola.

—¿Por qué? ¿Por qué le habéis quitado su corazón que era mío? —y

aquel grito acalló las plegarias y se estrelló entre las ojivas, volviendo a caer, para herirle los oídos con su eco.

Debió haberse desmayado porque al abrir sus ojos estaba mirando en dirección al sol, aunque una sombra se lo impedía y una voz resonaba cerca de ella.

—¿Juana qué os sucede?

De repente el murmullo de las oraciones y de los cantos creció hasta aturdirla. A lo lejos, perdiéndose entre el follaje de los altos pinos, la voz seguía repitiendo con el viento.

—Juana... Juana...

Quiso volver a mirar pero no pudo,

la luz la enceguecía. De pronto volvió la oscuridad y creyó desvanecerse, mientras que por sus pensamientos daba vueltas la sombra, aquella sombra que se había colocado entre ella y el sol. Era la sombra de Felipe que volvía a marcharse nuevamente. Don Lorenzo Galíndez de Carvajal la sostenía con firmeza, tratando de que se recuperara. Los prelados la miraban con una actitud entre atónita y reprobadora. Juana se incorporó sobre el banco de piedras, bajo el sol del jardín de la Cartuja. El viento agitó los viejos y delgados cipreses y su silbido entre las ramas fue como un lamento fantasmal. Entre

tambaleante y decidida, la reina se puso de pie y volvió a ingresar a la iglesia. Después de observar el rostro amado de su Habsburgo, dio la orden de que cerraran el féretro nuevamente.

Con frialdad y cortesía solicitó al obispo de Burgos le fuese entregada la llave del ataúd. Y fueron sus propias manos las que dieron la doble vuelta sobre la cerradura, colgándola de su cuello con una gruesa cadena de oro cual si fuese la joya más preciada. En tanto la llave se agitó en su pecho al compás de su angustiado corazón, Juana, dirigiéndose a los presentes, les habló:

—¡Ya tienen su corazón que podrán

sepultar dónde lo deseen! Pero el resto es mío y jamás podrán quitármelo.

Y dando media vuelta salió del recinto sagrado en completo silencio, rodeada de sus damas de honor y su noble consejero. Subió al carruaje y ordenó el retorno a Burgos.

Septiembre finalizó como el peor de los meses vividos. El otoño se encargó de pintar todo de gris y la desolación comenzó a barrer la meseta burgalesa con su carga de nostalgia y soledad. El dolor se había apoderado de su cuerpo y de su alma, envolviéndola y transportándola a su feudo sombrío, inhabilitándola para aprender o entender

otro idioma que no fuera el estar junto al cuerpo exánime de Felipe. Ahora recién comprendía que ningún dolor era igual a otro, ni el mismo dolor volvía a repetirse. El dolor que sentía por Felipe no lo había sentido jamás ni por sus hermanos Juan e Isabel, ni por su abuela la reina de Portugal, ni por su sobrino Miguel, ni por su propia madre.

Nada le importaba a Juana después del adiós a Felipe, por lo tanto resultaba extremadamente difícil comunicarse con ella para las cuestiones políticas del reino. En vista de estas circunstancias la desesperación se iba adueñando de los altos dignatarios que llegaban a diario

hasta la Casa del Cordón. Cada nuevo día debían esperar interminables horas para poder entrevistar a la reina, que permanecía encerrada en sus aposentos y, una vez que lograban ser recibidos, les agradecía por sus servicios volviéndolos a despedir, mientras ella acumulaba distraídamente sobre las mesas los despachos, sin siquiera mirarlos.

Ante la inconmensurable dimensión de lo eterno, donde se había marchado Felipe, todo lo terrenal carecía de sentido. Las leyes que elaboraban las Cortes y sin las cuales el gobierno se veía imposibilitado de funcionar, debían

ser presentadas ante la reina una y otra vez, hasta que después de tantas insistencias lograban que las firmara.

Entonces volvió a resurgir, amenazadoramente, el antiguo rumor de que Juana había perdido la razón. La locura atribuida a razones de hechizos y brujerías envolvió a la reina que desconsolada se iba consumiendo en una total indiferencia hacia la vida, olvidándose hasta de comer.

Sus camareras reales, asustadas ante tan extraño comportamiento, decidieron cambiar de tácticas. Todos los días, cual una atractiva ceremonia, en el espacioso comedor del palacio, rodeado por

tapices pertenecientes a la reina Isabel I de Castilla, se encendían sobre la gran mesa dos magníficos candelabros de plata. (Desde el castillo de La Mota habían sido traídos varios tapices para deleitar los ojos de la reina triste. Entre ellos estaba aquel tapiz flamenco que ella le regalara a su madre en su primer viaje, siete años atrás: «La Misa de San Gregorio»). Al morir la reina Isabel el tapiz había vuelto a Juana. Sus damas de honor no se habían animado a traer conjuntamente el tapiz tejido en oro, obsequio de la condesa de Ribadeo y los tapices que obsequiaran a su madre las hermanas de Juana. Tampoco

descolgaron de los muros del castillo los famosos paños de Arrás, que Isabel de Castilla heredara de sus antepasados castellanos. Temían que la reina se disgustara. Pero lejos de causarle pesares, aquella actitud de sus damas hizo despertar en ella felices recuerdos que no deseaba dejar en el olvido. El resto de los tapices de la reina Isabel habían sido vendidos en la villa de Toro en una subasta, según la costumbre; y lo más exquisito de la colección enviado por orden testamentaria a la capilla real de Granada, mientras que los de menor valor habían sido comprados por personas desconocidas).

Una gran mesa, cubierta por un magnífico mantel de Damasco que llegaba hasta el piso, ofrecía a la indiferencia de Juana manjares exquisitos, tratando de atraerla.

Una suntuosa vajilla de plata reflejaba la luz de las velas y entre aquellas fuentes, Juana descubrió un día el manjar preferido de Felipe. Las pechugas de faisán en salsa frutada de almendras se ofrecían a su tentación.

—¡Faisán en salsa frutada! ¡Desde hoy y cada día quiero comer de este manjar!

Y su boca sintió el deleite de aquellos mismos sabores que daban al

paladar de Felipe un gozo sin igual. Aquel plato era el preferido del archiduque y desde aquel momento también sería el suyo. La receta heredada de un viejo cocinero de Carlos el Temerario figuraba siempre entre los papeles más importantes del Felipe de Habsburgo, pues donde viajaba se la hacía preparar.

«Las pechugas de faisán deben ser doradas en mantequilla, condimentadas con sal, pimienta, jengibre y nuez moscada. Luego se cubren con frutas de la estación y se les agrega una pequeña cucharadilla de miel y otra de canela. Cuando la fruta ya está cocida, se las

retira del fuego y se las cubre con una lluvia de almendras tostadas, finamente picadas».

Y así los rumores siguieron creciendo. Los trastornos que Juana sufría eran el blanco de todas las intrigas, pues no solo la reina ordenaba abrir el féretro de su esposo muerto para contemplarlo, sino que además solo comía hasta la saciedad de un solo manjar.

«La reina —decían las malas lenguas— espera cada día que su esposo abandone el mundo de los muertos y vuelva junto a ella».

«No hace otra cosa que pensar en él.

Vive para él. Se olvida de que el rey está muerto».

Las calumnias seguían creciendo y quienes ambicionaban el poder y deseaban destruirla se vieron favorecidos con aquellos comentarios. Su padre, Fernando II de Aragón, aunque distante y recluido en Zaragoza, se mantenía informado a través de un nuevo espía perteneciente al séquito de Juana, López de Conchillos.

La reina volvía a ser espiada. Eternamente espiada, se encontrara donde se encontrara.

Sin embargo Juana gozaba de muy buena salud, lo que no quería decir que

podría perderla si continuaban las fuertes presiones de los partidarios del rey Fernando que, tratando de intimidarla, afirmaban que padecía de locura.

Mientras tanto el reino se iba sumergiendo lentamente dentro de un oscuro abismo, demasiado abrupto y peligroso, pues la reina no tomaba las riendas del poder, descuidaba sus deberes y amontonaba sobre los escritorios despachos sin resolver. Siendo la suprema autoridad de España se negaba a obrar considerando que todo aquello carecía de importancia, comparado con el deber ineludible de

trasladar a Granada los restos mortales de su adorado Felipe.

Llegar a Andalucía y dar sepultura oficial a su esposo excluía todo lo demás. Y para no sentirse sola y contrarrestar en parte aquel círculo de poder que tramaba despojarla de todo, se rodeó de un grupo de nobles damas, entre las que figuraban su hermanastra, Juana de Aragón; la marquesa de Denia; la condesa de Salinas y su nuera, doña María de Ulloa. Aquel grupo de solícitas mujeres sería el que la ayudaría a soportar en los días sucesivos las presiones y reclamos que todo el séquito flamenco le haría, al

solicitar el pago de seis meses atrasados de sus respectivos salarios, para poder retornar a Flandes. Las arcas se habían agotado antes de morir Felipe, pues las Cortes no le habían concedido los cuatrocientos mil ducados para hacer frente a los gastos de aquel séquito y el mantenimiento de los dos mil hombres de su guardia. Y ante el temor de que aquellos flamencos, heridos en su orgullo, llegaran a profanar la tumba de Felipe exigiendo el pago de sus salarios, hizo que Juana tomara una drástica decisión.

Con un trazo de su pluma y el sacramental «Yo, la reina», despidió a

todos los flamencos junto a los austríacos y húngaros, entre ellos al incondicional amigo de Felipe, el conde de Pest.

Solo un reducido grupo de altos dignatarios y eclesiásticos, junto al embajador de Flandes en España, Philibert de Veyre, fueron exceptuados, como los elegidos para acompañarla en España.

Las sospechas de que pudieran llegar a profanar la tumba de Felipe a modo de venganza, creció con las horas. Y antes de que el sol asomara sobre el horizonte, todavía en medio de las sombras, Juana, la reina, salió de la

Casa del Cordón acompañada por Juana de Aragón, María de Ulloa y una reducida comitiva de escoltas.

Vestida de luto y montada en un caballo con gualdrapa de terciopelo negro, Juana y su comitiva atravesaron la puerta de Burgos. El frío del alba le golpeó la cara y la niebla y las sombras le golpearon su alma en completa soledad. Las tres mujeres vestidas de negro, con sus caras cubiertas por negros velos, se confundían entre las oscuras figuras de sus escoltas, todos cubiertos por largas capas con capucha. El silencio del viaje era denso, tremendo, triste. Solo se oía en aquella

madrugada el ruido de los cascos de los caballos. Juana miró hacia la Cartuja y aquel pensamiento que durante las veinticuatro horas había intentado anular dentro de su mente, emergió en toda su lógica, sombría y terrible. «Estoy sola en Burgos, acusada de loca, junto a un esposo muerto, del cual también me quieren despojar».

Las campanas de la iglesia llamaron a primas quebrando el aire de la madrugada y los monjes se disponían a celebrar su misa diaria, cuando la reina y su cortejo entraron en el recinto. El silencio que se hizo fue absoluto. Juana caminó por la nave central sin despegar

sus ojos del féretro que descansaba cercano al altar mayor.

A simple vista todo estaba en perfecto orden. Nada parecía indicar que aquella orda de enfurecidos flamencos hubiera pasado por allí, violando el eterno reposo del archiduque.

Su mente, ocupada de nuevo en el misterio y en el horror de aquella muerte temprana e injusta, dibujó una imagen y luego otra y otra, sin un esfuerzo consciente de su voluntad. La imagen de Felipe, lujosamente arropado y yaciendo en la fría caja de plomo, la invadía. De pronto su esbelta figura se paseaba por

la nave central, pálida y fantasmal. Y como esperándola, extendía sus brazos cual dos alas, abrazándola. Felipe le sonreía y ella se abandonaba a ese amor intenso y desesperado que le daba la bienvenida a un mundo misterioso y oscuro. Entonces se aferraba a él, reteniéndolo, porque tarde o temprano se esfumaría en la nada. Era un vacío insoportable que la ahogaba y no la dejaba respirar. Era algo incomprensible, inabarcable. Felipe se había convertido después de su muerte en la nada, en la carencia absoluta de todo ser. Pero en su mente y en su corazón viviría para siempre y desde

aquel lugar, la muerte no podría arrebatárselo.

—¡Quiero ver a mi esposo! —ordenó la reina imperativamente al prior de la Cartuja.

El religioso hizo una leve inclinación asintiendo con la cabeza.

Uno de los monjes se adelantó al resto y acompañó a las tres mujeres enlutadas. Juana, presurosa, descolgó de su pecho la pequeña llave en cadena de oro y extendiéndosela, esperó a que el fraile abriera la caja mortuoria.

Deseaba percibir cada detalle. Saber si el féretro había sido abierto. Si alguien lo había tocado o mirado. Los

latidos de su corazón eran más intensos que nunca. El aire mismo parecía emitir pulsaciones cuando por fin la tapa se abrió y pudo verlo.

Felipe se hallaba en idéntica postura tal como lo había dejado, mansa y amorosamente entregado a ella. Y así rendida ante tanta belleza, no pudiendo contenerse, lo besó en la boca. Deseaba más que nunca que las luces del alba no se escurrieran a través de los vitrales, porque con las horas llegaría también el tiempo del regreso, de la despedida.

Volver a dejarlo solo, volviendo a quedarse sola.

El silencio era conmovedor. Las

velas se reflejaban en mil destellos sobre el oro del altar y llegaban hasta los frescos donde una Virgen de los Dolores sostenía en sus brazos al Hijo muerto.

El mes de noviembre recién se iniciaba y los últimos pimpollos apretados de las rosas colgaban de sus espinosas ramas. Entonces Juana corrió hasta el jardín y, cortando seis de ellos, los depositó suavemente sobre las apretadas manos de Felipe que sostenían los dos incólumes amarantos. Aquellas manos también contendrían aprisionadas para siempre, su alma y su amor, desesperados.

—¡En nombre de nuestros seis pequeños infantes! —balbuceó con su voz entrecortada por la emoción.

Lo volvió a besar con ternura y dirigiéndose a doña María de Ulloa le pidió:

—¡Cerrad el féretro, doña María!

La mujer tomó la llave y dando una doble vuelta a la cerradura, volvió a entregarse a Juana, que la colgó de su cuello sobre su dolido pecho.

Reina de medio orbe, solo era dueña absoluta de una caja mortuoria. Aquella que guardaba los despojos de su amor y de su nada.

Cuando salieron al atrio, la claridad

del alba había llegado bajo un cielo gris de plomo. El agua de la fuente parecía sólida, como de plata fundida y en ella se reflejaban las rosas y los árboles del huerto.

La infanta Catalina

En esa fría y oscura mañana del 5 de noviembre, día de santa Isabel, madre de san Juan Bautista, Juana I de Castilla en avanzado estado de gestación, acompañada de sus damas de honor y sus escoltas, abandonó el monasterio de la Cartuja y se encaminó hacia Burgos. El cortejo cabalgó por el campo atravesando unos bosques de robles y luego un pequeño monte hirsuto, salvaje y desierto que bajo la ruda caricia del

viento de la madrugada ofrecía un aspecto trágico.

Fue entonces cuando marchaban por el camino colina abajo que los caballos se detuvieron espantados por algo extraño que emergía entre los matorrales del sendero. Los escoltas aprestaron sus espadas y, bajo la luz trémula de las antorchas, arremetieron contra las misteriosas sombras. Amparados en el sigilo de la oscuridad, varios burgaleses que les habían seguido, asustados, comenzaron a levantar sus manos y a dar gritos para que no los mataran.

La reina Juana, de quien se decía se hallaba prisionera en la Casa del

Cordón, había salido de madrugada con rumbo desconocido.

Ver a la reina les había producido un gran alivio, pues significaba que no se hallaba privada de su libertad y que gozaba de la buena salud que siempre la había caracterizado. Juana I de Castilla seguía montando a caballo a pesar de encontrarse en el séptimo mes de gestación.

Al ser descubiertos por la escolta real, uno de los burgaleses se animó a romper el silencio de la mañana con un grito que se fue multiplicando hasta convertirse en una ovación: «Castilla para la reina Juana, Castilla para la

reina Juana». La emoción embargó a la reina al ver a su pueblo que por primera vez la aclamaba con entusiasmo y sintió en aquel eco toda la fuerza guardada entre aquellos rudos brazos que se alzaban a su paso.

Entonces develando su rostro desmontó del caballo y comenzó a saludar a cada uno de aquellos hombres que habían ido a demostrarle su lealtad.

El sol apareció sobre el horizonte iluminando con su luz los anchos campos que se extendían más allá de la vista. El río se deslizaba lentamente entre castaños y encinas, mientras los rodales de pinos ocultaban a sus ojos el

lejano caserío de apretadas piedras.

Las campanas de las iglesias quebraron la quietud al echar a volar los repiques de la sexta, cuando Juana, algo cansada, ascendía por la escalinata del palacio del Cordón. Hasta allí la habían seguido, acompañándola, dándole fuerzas, vitoreando su nombre y fue entonces cuando por vez primera sintió el orgullo de ser reina de España, comparable al orgullo de ser la esposa de Felipe de Habsburgo.

Sin embargo aquella salida no logró desterrar los comentarios de que la reina visitaba por las noches la iglesia donde yacía el cuerpo de su difunto esposo.

Pero sí aquel de que se hallaba estrictamente vigilada y que se le impedía tomar contacto con la gente. Solo un grupo reducido de nobles y funcionarios le respondían con fidelidad dentro de su corte. Por su parte el embajador de Fernando de Aragón, don Luis de Ferrer, aparentando lealtad, informaba sin levantar sospechas a su rey, de manera puntual y detallada, de cada uno de los pasos que iba dando la reina, su hija.

El rey Fernando no compartía la idea de que sobre Castilla se hubiera instalado una regencia en manos del arzobispo Cisneros, pues todo se

prestaba a confusión y nadie sabía quién reinaba de verdad. Camino a Nápoles le había escrito a Cisneros que reconocía a Juana, y que la regencia no tenía razón de ser. Mientras el resto de los nobles se mostraba contrariado con el proceder obcecado de la reina, de no querer desprenderse de un cadáver después de tanto tiempo fallecido.

Aquel día cuando Juana desmontó del caballo, don Lorenzo Galíndez de Carvajal, su leal consejero y asesor, la aguardaba en la puerta de la Casa del Cordón. Viéndola agotada la condujo hacia el Gran Salón, le acercó un escabel para que se sentara junto al

fuego y, con paternal ternura, le alcanzó una toalla tibia para que enjugara sus manos y su frente. Luego le sirvió una copa de buen jerez, que según decían era conocido por sus efectos reconfortantes.

—Majestad, os ha sentado bien esta salida, pues observo cierta serenidad en vuestro rostro.

—Sois un buen observador, don Lorenzo. Nada me ha hecho sentir tanto orgullo como el escuchar hoy mi nombre vitoreado a los cuatro vientos.

—Y como deseo que vuestro ánimo no decaiga, yo también voy a contribuir con una buena nueva, porque no siempre todas las noticias son buenas.

—¿De qué se trata, don Lorenzo?

—Vuestra salida de hoy, majestad, ha causado un gran beneplácito entre vuestros súbditos que tanto os aman.

—Con cuánta rapidez la alegría y el alivio de sentirse amada, pueden convertirse en un sentimiento nuevo y distinto, incluso transformarse en disgusto. Y esto es cuando escucho murmullos que dicen que hay muchos que reniegan de mi real autoridad. Pareciera que todavía no saben reconocer que he llegado a España para reinar sobre lo que me pertenece legítimamente.

—Así es, majestad. Como vuestro

padre.

—A propósito, ¿qué sabéis de él, don Lorenzo?

—En estos momentos el rey Fernando se encuentra en Italia. Después de sus esponsales con la condesa de Foix, Francia y España llegaron a un acuerdo, dividiéndose de acuerdo a lo estipulado, el codiciado reino de Nápoles. Parecía que por fin había llegado la paz para Italia, pero no fue así.

—¿Qué sucedió entonces?

—No bien se firmó la paz, Luis XII, que había sido sutilmente engañado por el rey Fernando, retiró con rapidez sus

tropas, mientras España con astucia volvía a enviar apresuradamente grandes refuerzos para que se adueñaran de toda la región en litigio. El capitán Gonzalo de Córdoba, aquel que tantas glorias diera a los reinos de España, fue nombrado por la corona virrey de Nápoles, a la vez que se convirtió en uno de los amantes de Sancha de Aragón (esposa de Jofré Borgia, cuarto hijo del papa Alejandro VI y de Vannozza Cattanei y hermano menor de César, Juan y Lucrecia Borgia, siendo esta última, la duquesa de Ferrara, desposada en terceras nupcias con el duque Alfonso d'Este).

—El Gran Capitán sigue demostrando gran valor al entrar dentro de una familia tan peligrosa. Pero, ¿qué ha sucedido con Francia?

—El rey dispuso de sus guarniciones y artillería con tanta habilidad que a Francia le fue imposible volver a reconquistar Nápoles. Esta actitud del rey Fernando hizo que toda España se entregara al regocijo de volver a ver a su rey rejuvenecido por estas acciones militares. Volvió a ser el héroe de antaño, como en la época en que luchaba con valor contra los moros. Aunque sinceramente pienso, majestad, que gran parte de este rejuvenecimiento se debe a

su nuevo matrimonio. Pero antes debo advertiros que vuestro padre ha reconquistado nuevamente su antigua popularidad y todo eso, a expensas vuestras, mi señora.

—¿Por qué lo decís, don Lorenzo? ¿Su gloria no se debe acaso a la conquista de Nápoles?

—No toda, majestad. Mucho han contribuido las continuas llamadas de atención del arzobispo Cisneros que le invita con insistencia a retornar a Castilla para entregarle el gobierno, bajo las mismas condiciones de paz y seguridad que gozaba antes de morir vuestra augusta madre.

—Pero olvidáis algo, don Lorenzo, mi padre se marchó disgustado de Castilla.

—Sin embargo volverá, pues el cardenal Cisneros le solicita que olvide los agravios. Pero no será de inmediato porque en estos momentos se halla ocupado recibiendo las posesiones ganadas en Italia por el Gran Capitán, para gloria de la corona española.

—Conozco demasiado bien a mi padre y sé que solo regresará a Castilla si la ve en peligro inminente. Bajo esas circunstancias sería proclamado como el héroe y salvador de Castilla y podría disponer del poder de los grandes del

reino, como mejor él lo considerase.

—Entonces, majestad, pienso que lamentablemente pronto le tendremos por aquí, pues la hora del peligro está llegando.

—Don Lorenzo, no me abandonéis.

—Jamás lo haré, majestad.

Ciertamente Castilla había entrado en el caos. Juana, indiferente y doblegada por las luctuosas circunstancias no asumía su papel de reina y solo se limitaba a efectuar algunos cambios dentro de su propio séquito. Cambios que en nada beneficiaban las condiciones generales del reino. Ante esta cruda realidad (que

sin dilaciones le había planteado su fiel consejero), Juana citó con urgencia al inevitable cardenal Cisneros, regente de Castilla.

Su ilustrísima no había cejado en la lucha por obtener las riendas del poder y Juana parecía haber adivinado cada una de sus intenciones. Y así se lo hizo saber.

—En primer lugar, monseñor, quiero poner en vuestro conocimiento, por si aún lo desconocéis, que mi hijo, el príncipe Carlos, es mi heredero natural al trono de Castilla y será el rey cuando yo muera. Pero ahora soy yo la soberana y dueña absoluta de estos reinos que por

legítimo derecho heredé al morir mi madre. En su testamento me legó sus derechos, por tal motivo y acorde al ejercicio de mi dignidad, os exijo respondáis ¿por qué os habéis pasado al bando contrario?

—Señora, no me he pasado al bando contrario, sino que mi persona permanecerá siempre fiel al principio de fortalecer el poder real y os aseguro que toda vez me encontraréis donde haga falta para evitar la destrucción del reino.

Aquellas palabras fueron como agujones clavándose en los oídos de Juana.

—Lo que vuestra ilustrísima acaba

de hacer es definir magníficamente lo que entiende por infidelidad. Os agradezco vuestra actitud pues ella me clarifica con certeza la idea que desde hace tiempo me había forjado sobre vuestra excelencia. Y ahora, retiraos, vuestra presencia me produce náuseas.

—Antes, señora, necesito que firméis los nuevos nombramientos destinados a cubrir las sedes episcopales que se hallan vacantes.

—Pues nada firmare, monseñor, hasta que mi padre, el rey, llegue a Castilla y me aconseje sobre las personas más adecuadas para tales cargos.

—Vuestra actitud será perjudicial para la Iglesia.

—No temáis, porque más perjudicial es la jefatura del Consejo de Regencia que vos ejercéis, confundiendo a la gente.

Cisneros se retiró con una mueca de disgusto.

Y Juana comenzó a comprender con claridad las incontables dificultades que significaba mantenerse sin apoyo en aquel reino, considerado como uno de los más importantes de Europa. Felipe le había enseñado el arte de la diplomacia, el lograr acuerdos y el tejer alianzas, porque él había sido un rey

diplomático, el Príncipe de la Paz por antonomasia. Y en ese laberinto de emociones había que considerar la necesidad de un apoyo, de una persona de confianza que supiera transformar las indecisiones reales en reales concreciones. Desgraciadamente, jamás hubo ni habría persona alguna dentro del reino capaz de sostener con firmeza las quebrantadas fuerzas de la reina Juana.

Por aquellos días solo había logrado sustituir el cargo de tesorero dejado vacante por don Martín de Moxica, para reemplazarlo por aquel hombre que le había sido especialmente recomendado, el embajador y espía de su padre: don

Luis de Ferrer.

Aquel Grande de España, de modales cortesanos, era el mismo que recibía puntualmente la paga del rey Fernando, por espiar a su hija, la reina Juana. Su apellido era muy antiguo, lo que significaba a todas luces limpieza de sangre e impecable linaje, atestiguado por varias generaciones de honorable historial. Don Luis de Ferrer se instaló sin sospechas dentro del grupo selecto que rodeaba a la reina y se transformó en su nuevo vigía. Los ojos de Ferrer serían los mismos ojos que vigilarían en adelante, día y noche, los pasos de la desdichada Juana,

convirtiéndose en uno de sus más crueles carceleros.

Los informes secretos comenzaron a llegar a manos del rey aragonés con extrema puntualidad. Mientras en Castilla las cosas parecían desbordarse prometiendo el regreso al poder del viejo monarca.

Sobre los finales de noviembre llegó a manos del rey Fernando uno de los informes más relevantes de Ferrer:

Después del fallecimiento de su majestad el rey Felipe de Habsburgo, los asuntos de Castilla, las opiniones de los grandes de España y las cuestiones del pueblo, han caído en un gravísimo

desorden. Imperan en el reino la confusión y el desgobierno, los cuales entrañan un peligro como jamás se ha conocido otro. Cito aquí solo algunos de los ejemplos más flagrantes:

El duque de Medina-Sidonia ha cercado Gibraltar, plaza de la que le hiciera merced el rey Enrique IV, pero que le fue quitada después por vuestra majestad. Ahora el duque pretende restituirse por la fuerza en aquel señorío.

En Toledo, el conde de Fuensalida, ha cometido varios actos de violencia para despojar a don Pedro de Castillo del gobierno, sin que nadie se haya atrevido a impedirselo y las Cortes son impotentes para hacer frente a la situación.

En Madrid hay dos familias rivales, los Zapata y los Arias, que se disputan entre sí el dominio de la ciudad y luchan en las

calles. Cada mañana se descubren cadáveres apuñalados a traición por la espalda.

La marquesa de Moya, Beatriz de Bobadilla, se ha levantado en armas y sus tropas particulares luchan encarnizadamente contra las tropas privadas de un rival, para vengar el insulto inferido a la reina Juana, cuya conducta criticó en términos indignos el enemigo de la marquesa. Como es de vuestro conocimiento, la marquesa de Moya fue amiga de la infancia de la reina Isabel de Castilla, quien le entregó el alcázar de Segovia para que lo tuviese bajo su custodia. Además conoce a la reina Juana desde que esta era una niña, e intenta recobrar las propiedades de Segovia, especialmente el alcázar.

En Córdoba, el marqués de Priego ha abierto las prisiones de la Inquisición,

librando a toda clase de herejes y traidores. La reina Juana no hace nada para impedir todo ese desorden y nadie puede decir quién es en realidad el gobernante de Castilla, o si tal gobierno existe. Pero el pueblo desea unánimemente uno.

—Y lo tendrá —dijo el rey con firmeza al leer el informe—. Pero aún es demasiado temprano. No intervendré hasta que la situación se torne realmente insostenible. Entonces, sabrán reconocer quién debe gobernar Castilla.

Era verdad. Castilla se debatía en el caos y el desgobierno, mientras Juana, desconsolada, se debatía en el tormento de aquella soledad sin final frente a un

sinnúmero de solicitudes y pronto despachos sin resolver. Aquella difícil situación le permitió al arzobispo Cisneros prolongar su estadía sin problemas en la estancia de los duques de Frías, con el único objetivo para Juana, de contar en todo momento con un consuelo espiritual, pues a decir verdad, en el terreno personal, se trataban con un odio cordial.

Pero la inmediatez de su ilustrísima, que ejercía la jefatura del Consejo de Regencia con voluntad férrea, en nada ayudó a la reina, pues no supo brindarle ningún consuelo a su dolor, ni sabios consejos a sus indecisiones. Lejos de

aquello lo único que lograba Juana era que el cardenal Cisneros se entrometiera cada vez más en su vida privada.

De aquel humilde fraile franciscano nacido en Torrelaguna, dedicado con fervor a sus religiosos deberes y confesor de la reina Isabel, nada había quedado. Fundador en 1508 de la Universidad de Alcalá de Henares y el mismo que emprendiera la férrea tarea de escribir la *Biblia Políglota Complutense*, lo cual supuso un magistral esfuerzo de los orientalistas y clasicistas para fijar los textos bíblicos. Aquella obra sin igual se acabó de imprimir en sus primeros volúmenes, en

1517, interviniendo en su redacción Elio Antonio Nebrija, Demetrio Ducas Cretense, Núñez Pinciano y López de Stúñiga. Su delgada y alta figura de gesto autoritario iba ocupando día a día el vacío dejado por Felipe. Con decisión había empuñado las riendas del gobierno y por todos los medios trataba de imponerle a la reina Juana su propia voluntad, manejando y decidiendo antojadizamente sobre cada uno de los asuntos del reino de Castilla. Era una manera de desafiar la autoridad real, a la par de hacerla vigilar, como el rey, a toda hora.

A partir de entonces, intuyendo sus

verdaderas intenciones, Juana comenzó a librar contra el prelado una verdadera batalla, donde diariamente ella era la única vencedora. Porque para que cada decreto o ley tuviera la verdadera fuerza real que lo respaldara, Cisneros necesitaba de la sacramental firma de Juana. La reina. Todo debía hacerse siempre en nombre de ella.

Personificada en la ilustre y augusta figura del cardenal Cisneros, arzobispo de Toledo y primado de España, se escondía la tan temida Inquisición del reino. Con sus ochenta años a cuestas aún mantenía vivo el fervor para condenar a los sospechosos de herejías.

Pero con la misma firmeza con que condenaba, también defendía. Fue él el que insistió en que los «caribes» de las Nuevas Tierras (caníbales en el idioma castellano) fuesen tratados como seres humanos con almas inmortales y no como esclavos, y también fue él el que hizo fundir toda la platería ancestral de España y los cálices de la catedral de Toledo, a fin de proveer los fondos para equipar un ejército particular que combatió y aplastó a los moros del Norte de África, dispuestos y armados para retornar a la península.

Aquella fría mañana de principios de diciembre de 1506 amaneció

luminosa. El sol apuntaba directamente sus rayos sobre el río Arlanzón cuando Juana salió al patio de los naranjos y caminó hasta un banco de piedra, más allá de las cocinas y el huerto. Con los ojos entornados por los efectos de la intensa luz, no vio acercarse al cardenal, por eso se sobresaltó cuando este le habló.

—Buenos días, majestad.

—Buenos días, ilustrísima —
respondió con disgusto.

—Debo reclamaros que pidáis de inmediato el regreso de vuestro padre a Castilla, por lo que os solicito firméis el despacho apresurando su retorno.

—Mi padre no retornará a Castilla. Demasiadas ocupaciones le atan en Italia y yo no deseo imponerle otras urgencias. Además debéis saber que en nada me placen las incoherencias. No veo por qué, siendo yo reina de Castilla, deba existir un regente. Vuestra regencia es ilegal, pues no solo os habéis instaurado como regente sin pedir mi parecer, sino que además habéis sembrado la confusión dentro del reino. Nadie sabe si soy yo, o sois vos, su verdadero soberano.

—Majestad, os juro por mi honor y a Dios pongo como testigo, que haré todo lo que esté a mi alcance para salvar a

Castilla de la incertidumbre y el caos.

Y haciendo una reverencia, dio media vuelta y se marchó, tal como había llegado.

Era de esperar que nada bueno resultara de aquellos enfrentamientos. Y mientras Juana se resistía a la dominación de Cisneros que no cedía, otra figura aguzaba su vista y sus oídos, dispuesta a comunicar cada detalle en el momento justo en que el rey aragonés se decidiera retornar a Castilla. Esa figura no era otra que la de Luis de Ferrer.

Solo aquel grupo de nobles señoras que como un muro rodeaba a Juana, cuidaba de su cuerpo y de su alma con

verdadera compasión.

El mes de diciembre había comenzado demasiado frío pero Juana caminaba descalza por los pasillos y corredores, por las escaleras y salas, sobre las heladas baldosas del palacio, durante las largas e interminables horas de la noche, hasta cubrir mentalmente la distancia que la separaba del cuerpo amado de Felipe. La marquesa de Denia siempre pendiente de ella, le acercaba sus escarpines de piel para abrigar sus ateridos pies.

—¡Majestad, debéis cuidar vuestra salud! ¡El invierno es helado en España y podéis enfermar!

—Descuida mi buena amiga, pero primero debo velar por el alma de Felipe.

Y así Juana veía pasar los días y las horas que inevitablemente la conducirían a Felipe. Si las horas de la noche transcurrían sin descanso, la condesa de Salinas la persuadía para que se acostara.

—Majestad, debéis descansar. Nadie es capaz de soportar todo un día sin unas horas de reposo.

—Felipe es quien me sostiene. No quiero doblegarme al sueño, ni al reposo, ni al deseo de muchos de sentirme vencida. Eso esperan de mí los

que vigilan mis actos, noche y día. Pero mi voluntad no se doblega. Resistiré. Velaré por él hasta el día de mi propia muerte, aunque esto me cueste el terrible dolor de que me llamen loca.

Lo único que Juana deseaba era visitar diariamente la Cartuja de Miraflores, lo cual acrecentaba el escándalo. Gobernar, calzarse o descansar, todo carecía de sentido para ella. Nadie parecía comprender que la muerte de Felipe había arrastrado consigo también a la reina Juana, la que ante tantas insistencias respondía:

—Solo hay algo que yo nunca dejaré de hacer, y eso es rezar y velar por el

alma de mi esposo y cuidar de sus restos hasta que yo me muera.

Con su lánguido cuerpo cubierto por suntuosos camisones de encajes de Bruselas, con sus rubios cabellos sueltos a la espalda, con los pies descalzos y los ojos perdidos en algunos de los jardines, estanques, bosques o palacios de su reino de Flandes, aquel de los maravillosos años compartidos, iba por la casa durante las noches, sola con su voz, nombrándolo. Y cuando sobre el filo de la madrugada la abandonaban sus fuerzas y caía sobre el piso con sus pies helados y su garganta ronca de tanto llamarle, su hermanastra

Juana de Aragón y la marquesa de Denia, la condesa de Salinas y su nuera María de Ulloa, se acercaban con ternura y levantándola en los brazos, la depositaban sobre el vacío e inmenso lecho frío, mientras Juana, la reina, solo pensaba que ella también deseaba morir.

Con cada nuevo amanecer, nuevos castillos eran rodeados, nuevos ejércitos reclutados, nuevos caballeros armados, nuevas plazas tomadas y nuevas luchas callejeras se multiplicaban dentro del territorio de Castilla. Y todo, «en nombre de nuestra reina Juana, prisionera».

La sombría hora de la guerra civil

estaba próxima agotando la paciencia y desvelando los sueños del cardenal Ximénez de Cisneros, a quien le urgía imperiosamente, la necesidad de restablecer el orden dentro del destrozado reino castellano. Pero tropezaba con un grave problema, pues para hacerse obedecer, Cisneros necesitaba declarar incapaz a la reina de Castilla. Incapacidad que debería ser probada dentro de las solemnes Cortes del reino, y el solo hecho de convocarlas necesitaba de un decreto real con la firma de la reina Juana, a quien se la quería culpar precisamente de insana.

La rotunda negativa de Juana sumió a su ilustrísima en el desasosiego, dado que el notable prelado había maquinado su estrategia, perfeccionando el modo de sacar diplomáticamente a Juana de su camino de ascenso al poder.

Alterado, decidió vengarse y no vio mejor manera de hacerlo que arreciar con una lluvia de comentarios adversos sobre la desprotegida reina.

«No desea gobernar». «No le importa nada de su reino». «Solo le importa su difunto esposo». «La reina es indiferente a nuestros problemas»...

En aquellas horas cruciales solo los grandes nobles de Andalucía fueron los

únicos que apoyaron a su legítima reina. Y fue allí donde a Juana le pareció encontrar su cuerda salvadora, pues si se rodeaba de partidarios, estos evitarían que fuera declarada incapaz y encerrada en un castillo.

Ese era el camino. Pero lo más difícil de lograr sería llegar hasta ellos sin ninguna interferencia y sin levantar sospechas. Esta era la única y quizá la última de las oportunidades que se le presentaba, por lo que consideró necesario ocultar sus verdaderas emociones e intenciones y valiéndose de los deseos testamentados de Felipe, que su cuerpo fuese enterrado en Granada,

trató de llevar a cabo el difícil cometido.

Durante una semana Juana permaneció encerrada en sus habitaciones sin recibir a nadie, meditando y rezando. Al cabo de la misma citó a su despacho a cuatro de los miembros del Real Consejo de Estado y, ante el asombro de aquellos, presentó una orden donde revocaba las mercedes y donaciones efectuadas por Felipe, después que falleciera Isabel I de Castilla. Además ordenó que el gobierno se condujera del mismo modo en que lo hacía en épocas de la difunta reina, excluyendo del Consejo de Estado

a todos los miembros nombrados por don Juan Manuel, señor de Belmonte, partidario de Felipe de Habsburgo.

Las cosas regresaban al mismo punto de partida en que las había dejado Isabel al morir. Y mientras la confusión seguía creciendo, Juana planeó su huida de Burgos.

Escapar del cautiverio se tornaba imperioso para ella. Con un decreto despojó a los favorecidos en vida por Felipe, se enfrentó con los partidarios de Fernando de Aragón, a la par que le enviaba una misiva a su padre donde le comunicaba con firmeza que las riendas de Castilla estaban en sus manos y que

no necesitaba de él para gobernar.

Un día después de haber dictado las órdenes al Consejo Real, decidió marcharse. Aquella decisión había sido largamente meditada y Juana estaba dispuesta a convertirse en una reina independiente y responsable.

Era la tarde del 20 de diciembre de 1506, las luces del crepúsculo se desvanecían rápidamente dando paso a las sombras que penetraban imperiosas, cuando Juana tomó la decisión de escapar de Burgos. Bajo la excusa de que llegaba la epidemia de la peste informó sin dilaciones de su inmediata partida, ocultando a los ojos de todos

los verdaderos motivos de falta de libertad y de apoyo, puesto que si demoraba en marcharse, tendría que aceptar los ofrecimientos, capaces de mantenerla a salvo del flagelo de la peste.

Trágico y doloroso fue abandonar aquella estancia, la que había albergado entre sus gruesas paredes los últimos minutos de vida de Felipe. Trágico fue también comprobar las dificultades de costear los gastos del cortejo fúnebre que debía trasladar el cuerpo de Felipe hacia las tierras del sur. Pero don Lorenzo, siempre dispuesto a servirle, prestó el dinero necesario de su

patrimonio para realizar el viaje.

Y antes de que nadie pudiera demorar la partida, Juana se puso en camino.

El clima se había enrarecido y los nobles, molestos ante tantas marchas y contramarchas en los decretos, se sintieron dolidos. Y eso bastó para que se convirtieran en una amenaza latente para el reino.

Juana de Aragón había insistido a su hermanastra, la reina, para que la incluyera dentro del cortejo. Pero su esposo, el duque de Frías era un fiel partidario de Fernando de Aragón, motivo por el cual la reina Juana no

aceptó llevar consigo a la esposa de uno de aquellos espías o mercenarios, pagados por el rey o por Cisneros.

La noche iba llegando trágicamente fría y un cielo azul oscuro como flores de violetas se reflejaba sobre las gélidas aguas del río, mientras un viento fuerte dispersaba las nubes que ocultaban las constelaciones, cuando Juana detuvo su caballo en el portal del monasterio de la Cartuja. Le seguían las cien personas del cortejo, todas vestidas de luto.

Los monjes del convento salieron a recibirla amablemente y mientras Juana desmontaba, ayudada por uno de sus

palafreneros, les manifestó su intención de llevarse el cuerpo de Felipe consigo, para darle la sepultura definitiva. Aquella noticia sorprendió a los monjes y sus rostros se volvieron de pronto, adustos y serios.

—No será posible, majestad. Y unánimemente rechazamos vuestra petición. Según las leyes, el cuerpo no debe ser trasladado hasta tanto se cumplan los seis meses de enterramiento —observó el prior del convento.

—Lo que vosotros tratáis de hacer es ocultarme que alguien se adelantó y robó el cuerpo de Felipe de Habsburgo. Por eso vuestra negativa.

—Debéis confiar en nosotros, majestad. Nadie ha entrado a la iglesia, aparte de los monjes y, por ellos, doy fe.

—Para seguir confiando en vosotros debo comprobar que no me estáis engañando. Y dado que coinciden en su estancia en la Cartuja el obispo de Málaga, Ramírez de Villaescusa, y los de Jaén y Mondoñedo, junto con los embajadores de su santidad, el papa Julio II; del rey Fernando II de Aragón y del emperador Maximiliano, quiero que sean testigos de la apertura del féretro y certifiquen que es el cadáver de mi esposo el que ocupa su interior. Recién entonces, partiré hacia Granada.

Todos los allí presentes confirmaron que el cuerpo del ataúd era de Felipe de Habsburgo y cuando la noche cubrió totalmente con sus sombras los silenciosos claustros del convento, Juana dio la orden de partir, llevándose consigo el cadáver venerado.

Tanto los altos dignatarios civiles como los eclesiásticos, pidieron a la reina que retrasara la partida para la mañana siguiente. Pero la negativa fue rotunda.

—Partiré por la noche, porque «mi sol» ya no está en este mundo y porque cada hora que pasa es preciosa y no debo desaprovecharla. Además una

viuda no debe dar lugar a murmuraciones, por eso me amparo entre las sombras, como corresponde al luto que llevo dentro del alma.

A una sola orden de la reina los soldados de la guardia real portaron el féretro en andas, mientras que el grupo de lanceros alistó las antorchas encendidas para alumbrar el camino. Y así, envuelto por las sombras de la noche e iluminado por los resplandores de las teas ardientes, salió el cuerpo de Felipe de la iglesia del convento rumbo a un largo peregrinar por las tierras de Castilla.

Juana había ordenado se hicieran las

provisiones de hachas (teas de esparto y alquitrán) así como de una gran cantidad de cirios y velas grandes que se utilizarían para el trayecto y para velar el cuerpo de Felipe de Habsburgo en aquellas iglesias donde tuvieran que pasar la noche.

La reina junto al obispo de Málaga encabezaban el cortejo, seguidos por el espía del rey y tesorero de la corte de la reina, don Luis de Ferrer. Detrás de ellos marchaba el marqués de Villena. Los cánticos fúnebres acompañaron el inicio de la partida y luego cesaron para dar paso a las oraciones en latín.

Atravesaron los campos, colinas y

arroyos y antes del amanecer se detuvieron en Cobia.

Juana envuelta en su amplia y abrigada capa negra no dormía ni descansaba, apoderándose de ella una extraña premonición de cambio. Por ratos cubría con su capa de paño la caja mortuoria, como deseando transmitirle algo de su calor al amado que yacía dentro. Las circunstancias se movían en dirección inapropiada al fin y ella debía estar alerta.

En la nave central de la iglesia depositaron su precioso tesoro y antes de que terminaran de hacerlo, una gran multitud se había agolpado para ver a la

reina, la desventurada hija de Isabel la Católica, la que moría de amor consumida por la pasión y los celos hacia su esposo muerto y al que cada día, según decían, besaba amorosamente.

Juana ordenó a los guardias que desalojaran el recinto sagrado y, descolgando de su cuello la pequeña llave, la puso en la cerradura y abrió el cajón.

Solemnemente, como cada día, volvió a repetir el amoroso rito e inclinándose sobre aquel rostro helado y amado, lo besó. Un murmullo recorrió el recinto. Después cerró la tapa, pero no

levantó sus ojos, pues bien sabía que si lo hacía encontraría siempre otros ojos que, escondidos detrás de los gruesos pilares, no dejarían de mirarla.

En adelante tendrían valederos motivos para divulgar. Divulgar a los cuatro vientos la repulsión que les producía que su reina besara un cuerpo con tres meses ya de muerto. Pero no encontraba fuerzas para pedir ayuda. ¿Para qué? ¿Para que su dolor no fuera suyo?, si no solo era suyo y de nadie más, sino que ella era solo dolor y nada más. A él se aferraba todo su ser, porque era el único punto de unión con su amado. Tener el pensamiento siempre

puesto en Felipe, que ya no estaba a su lado, era su dolor más profundo.

Mientras en Burgos una sola voz se alzaba y una sola orden se imponía entre las paredes de la Casa del Cordón. Era la voz de Cisneros informado en todo momento de la marcha del cortejo.

—¡Olvidadla! ¡Es una orden! —
había dicho el cardenal en tono áspero —. Dejad tranquila a la reina que conduzca a su esposo según el testamento a la ciudad de Granada. Mientras ella marcha desconsolada por las tierras de Castilla, nosotros tendremos paz y tranquilidad para arreglar los graves problemas en que se

debate el reino.

Y así Juana continuó su largo y arriesgado viaje. Con cada legua que dejaba atrás estaba una más cerca de sus fieles andaluces. Aquel pueblo era su única esperanza pues siempre la había defendido y hacía todo «en nombre de nuestra reina Juana».

Antes de que Felipe muriese, los andaluces se habían pronunciado en contra de los flamencos y en contra del rey Fernando de Aragón y habían formado una liga en pro de la liberación de Juana. Y serían ellos, no cabía dudas los que la ayudarían a establecerse en el trono.

A la noche siguiente el cortejo reanudó la marcha y, con él, los rumores que no dejaron de acompañarla y fueron creciendo cada vez más, como queriendo ahogarla. Se decía que la obstinada reina Juana se desplazaba solo entre las sombras para no ser vista, pues a esas horas de la noche la gente se resguardaba detrás de los gruesos muros y al amparo del fuego de sus hogares. Pero el verdadero motivo era que, al morir Felipe, había perdido el sol de su alma.

Y sobre aquella legendaria piel de toro que simbolizaba España, se fueron grabando los surcos de aquel cortejo

fúnebre compuesto por sacerdotes, caballeros, soldados y una reina que, vestidos totalmente de negro y enarbolando crucifijos, estandartes y grandes hachones encendidos, escoltaban un cadáver que era llevado en angarillas. Mientras la reina, embarazada, marchaba detrás en una silla de mano, ausente, silenciosa, abrigada con paños y pieles negras, pensando en aquel hijo que llegaría a este mundo sin su padre, antes de que el cortejo fúnebre pudiera llegar a Granada.

El viento esparcía las plegarias, los salmos y el olor a cera de las velas por

aquella tierra de páramos, a la par que el eco incesante de los rumores proseguía: «La reina espera que su difunto esposo se levante de entre los muertos», decían unos. «La reina está loca de amor pues se niega a enterrar a un cadáver por no tener que separarse de él». «La reina ya es una leyenda y la historia algún día la conocerá como Juana, la reina Loca»... decían otros.

Durante el día el cortejo se detenía en iglesias o monasterios, siempre que no fuesen de monjas. Juana no deseaba que sus soldados entorpecieran ninguna comunidad de religiosas y aquello volvió a dar pie para los nuevos

rumores.

«La reina no desea que las monjas se acerquen a su esposo. Sigue igual de enamorada y de celosa, como cuando estaba vivo».

Pero fue en el pueblo de Torquemada donde el cortejo tuvo que detenerse, pues Juana estaba a punto de dar a luz. Instalada en la casa del clérigo, los dolores del parto apresuraban un nacimiento difícil y se temía por las vidas de la madre y del vástago. Ante tantos contratiempos sufridos y no bien enterada de que el parto sería inminente, Juana ordenó que trajeran, para su consuelo y compañía, a

su querida dama de honor, María de Ulloa, a quien hizo instalar en el aposento contiguo. Aquella mujer solidaria y afectuosa sería la que oficiaría de partera, recibiendo en sus nobles brazos a la hija póstuma de Felipe, último recuerdo amoroso de su fugaz paso por el mundo.

En la helada madrugada del jueves 14 de enero de 1507, antes de que las campanas llamasen a prima, nacía Catalina; nombre dado en homenaje a su tía, Catalina de Aragón, a punto de ascender al trono como reina de Inglaterra, y que al igual que su madre, Juana de Castilla, correría una suerte

desgraciada. ¿Qué extraña maldición pesaba sobre los hijos de aquellos Reyes Católicos? Si la hubo, piadosamente se la ocultaron a Juana hasta el día de su muerte.

En el instante en que Juana daba a luz, ocho soldados de la guardia real y una de las doncellas de Juana morían contagiados por la peste negra. Irónicamente habían huido de Burgos para evitar encontrarla, pero ella, traicionera, les había esperado agazapada en Torquemada.

Después de Leonor, Carlos, Isabel, Fernando y María, Felipe había querido, aun estando muerto, obsequiarle desde

la eternidad aquella hermosa hija, la segunda nacida en suelo español, cual un bello y tierno presente de su amor eterno.

El pequeño Fernando también iba con su madre. Juana había implorado reunirse con el niño que le fue alcanzado en Burgos. Había llegado de Simancas acompañado por don Pedro Núñez de Guzmán, su ayo.

Aquellas criaturas eran el epílogo de un pasado feliz que había puesto el placer en sus días y al que ya no se le permitiría volver jamás. Entonces sacando fuerzas de donde podía decidió proteger a los pequeños de la epidemia

y de la muerte que por aquellos días estaba causando estragos.

La pequeña infanta Catalina era una niña sana, robusta y hermosa, como lo habían sido todos sus anteriores hijos. La última criatura que Felipe había podido engendrar y también Juana, pues nadie había existido en su corazón antes que él y nadie existiría jamás en adelante.

Aquel nacimiento la había sumergido en una sensación extraña. Era como querer aquella niña sin padre, más que a sus otros hijos y mientras la amamantaba, la besaba tiernamente y se decía a sí misma.

—Catalina es el postrer regalo de Felipe. Él me la ha enviado desde el cielo.

Resguardada de los ruidos, pestes y calumnias, los días que siguieron al nacimiento de la infanta, Juana los dedicó al reposo, a la atención de la pequeña recién nacida y del pequeño Principito. En la casa del clérigo descubrió una gran biblioteca y sobre el escritorio encontró aquellos libros que, impulsados durante el reinado de su madre, habían visto la luz en esos gloriosos años, otorgando a Castilla una magnífica y notable literatura. *Artes de Gramática Latina y Castellana* y

Tratado de la Gramática Castellana de Antonio de Nebrija; *Historia de los reyes de Granada* de Pulgar; *Crónica* de Diego de Varela y el *Diccionario* de Alonso de Palencia.

Aquellos días de solaz y gozo ocupados solamente en cuidar de los niños, leer y meditar; dieron a Juana la tranquilidad de conciencia necesaria para encontrar nuevamente un sentido a su existir. Primero estaba el reino, su gobierno, su política y el futuro de aquel ramillete de niños belgas y españoles, fruto del amor y el éxtasis compartidos con Felipe. Aquel cuerpo que ahora trasladaba penosamente a través de la

extensa y desolada llanura de Castilla, el mismo que la había sumergido en el placer y en el gozo de un amor único e irrepetible, era el que la sometía ahora, con sus veintisiete años, al trágico e inagotable mundo de las sombras.

Pero mientras la mente de Juana se debatía entre los laberintos de la trama secreta de aquel oscuro destino, era imperioso salvar el reino. Para ello era urgente llegar a Granada, obtener el respaldo de los nobles andaluces y asumir como soberana de Castilla.

En la nave central de la iglesia de Torquemada, envuelto entre nubes de incienso y el olor de los cirios, el

cuerpo de Felipe seguía esperando, mientras Juana reponía sus debilitadas fuerzas para volver a reiniciar la marcha, acompañada solo por la curiosidad de quienes la rodeaban.

La epidemia seguía multiplicando por aquellos días de 1507 las muertes precoces y las muertes penosas. Muertes tanto más abrumadoras y capaces de exacerbar las sensibilidades, cuanto que caían con golpes redoblados sobre los más pequeños y los más inocentes.

El cortejo fúnebre

En el mes de marzo, dos meses después de que llegara a la vida la infanta Catalina, el cortejo fúnebre, encabezado por la reina de Castilla, intentó reanudar su melancólico peregrinaje camino hacia el sur. Pero fue imposible. La reina y su séquito estaban rodeados. Dos meses en Torquemada bastaron para que todos los grandes de Castilla, cada uno con sus huestes, se instalaran en el lugar. Quienes representaban a Fernando de

Aragón eran un número muchas veces superior al resto. El cardenal Cisneros trajo consigo más de cuatrocientos soldados bajo el mando de un oficial italiano y don de Luis Ferrer también acudió en su ayuda.

Nadie deseaba que Juana reanudara su marcha hacia Granada y, mientras la villa estuviera rodeada, no podría salir de ella. Otra vez volvía a estar prisionera.

Y así la situación, lejos de mejorar con el tiempo, se fue complicando cada vez más dentro de su propio entorno. Los partidarios del rey Fernando eran cada día más numerosos, mientras que

los partidarios de los Habsburgo, entre ellos el marqués de Villena, el conde de Benavente, el embajador del emperador Maximiliano I, Andrea del Burgo apoyaban a don Juan Manuel, señor de Belmonte, y acusaban a Cisneros y al condestable de Castilla de mantener prisionera a la reina Juana. De ese modo no tardarían en sublevarse en su contra los grandes de Castilla y el terreno quedaría abierto para los partidarios de los Habsburgo. Acceder al poder era la meta. Y en tanto Juana se demorase en llegar a Granada, más propicias se tornarían las posibilidades de sus adversarios.

Y fue don Juan Manuel, señor de Belmonte, válido de Felipe y fiel defensor del imperio, quien acusó recibo de una carta del emperador Maximiliano.

Enterado don Lorenzo Galíndez de Carvajal, con urgencia le informó a Juana.

—Majestad, su alteza el emperador Maximiliano le ha escrito a don Juan Manuel una misiva clara y breve.

—¿Y qué dice en la carta, don Lorenzo?

—La carta fue escrita desde Viena y al dirigirse al representante de vuestro esposo en España, el señor de

Belmonte, le aconseja los pasos a seguir y dice así —don Lorenzo sacó una copia de la carta de la pequeña bolsa que colgaba de su cinto y comenzó a leer:

Os doy a conocer la determinación de viajar personalmente al reino de Castilla, llevando conmigo a mi nieto y heredero, el príncipe Carlos. Si las cosas allí no estuvieran en paz como conviene, para el buen desempeño del reinado de mi hija Juana, daré la orden de que sea obedecida de inmediato y la sucesión del príncipe Carlos, por siempre asegurada, bajo mi propia regencia.

Nuevas dificultades surgidas me han hecho adelantar el viaje a esas tierras, el cual emprenderé dentro de dos semanas. Os ruego sepáis encargáros de los asuntos del

reino como lo habéis hecho hasta ahora y os entrevistéis con nuestro embajador y los servidores del príncipe, no dando lugar a situaciones riesgosas que pongan en peligro la libertad de Juana, la reina, ni la sucesión de mi nieto, el príncipe Carlos.

—Loable obra la de mi suegro al defender mis reinos, mi gobierno y mi sucesión. Sin embargo sé que muchos en mi propia tierra me han condenado, por negarme a considerar las cuestiones políticas, por no querer firmar decretos, por protestar con lutos y encierros, por amar apasionadamente a mi esposo, por volcar mi cariño en mis hijos, más que en mi propia tierra, y ello ha bastado

para llevar a Castilla al borde mismo de una guerra civil. Entiendo a los nobles, entiendo a las Cortes y a su legislación, pero no estoy de acuerdo en innumerables cuestiones. Nuestras diferencias se han tornado irreconciliables, pero jamás dejaré que me gobiernen de acuerdo a sus propias conveniencias.

—Os comprendo majestad y os acompaño —respondió don Lorenzo, mientras guardaba la copia de la carta dentro de la bolsa.

La peste continuaba sembrando la muerte por doquier y ante el temor de contraerla, en el momento preciso que

más lo necesitaba el reino, el arzobispo Cisneros abandonó a toda prisa la Casa del Cordón y corrió a refugiarse tras los altos muros de la ciudad de Palencia.

Juana, buscando la libertad tan apetecida, dio orden de proseguir el camino que seguiría por la villa de Santa María del Campo, donde residiría un periodo corto y luego continuaría a Hornillos, a donde llegarían a principios de la primavera.

Su escaso patrimonio se iba de a miles de maravedíes, solo para comprar las velas que a diario ardían alrededor del féretro de Felipe.

La dilatada tierra de Castilla de

amaneceres azules y crepúsculos rosas, con sus compactos pueblos de piedra y adobe, vio pasar lentamente aquel cortejo real envuelto entre el polvaderal de los caminos y flanqueado por salmos y letanías. Atravesaron tierras de pinares oscuros y suelos pedregosos encharcados de agua y de rocío. Siempre viajando de noche en medio de las sombras con los cirios ardiendo al viento. Así lo había ordenado la reina Juana y así correspondía a su alma doliente que había perdido la luz que alumbraba su vida y el fuego que alimentaba su pasión. Solo sus despojos humanos aún le pertenecían. Y mientras

tuviera vida, los mantendría a su lado. Él era suyo y, después de muerto, lo era más que nunca.

Con los ojos siempre clavados sobre el cuero de la caja, Juana marchaba acosada por las preguntas sin respuestas que desvelaban sus sueños: «¿Qué será de mí cuando lleguemos a Granada y deba dejarlo para siempre bajo una tumba de mármol? ¿Qué fantasmas lejanos vendrán a buscarlo y se lo llevarán consigo hacia el abismo infinito de esta soledad que me carcome? ¿Qué voy a hacer sin él?».

Pero solo en aquel andar interminable Juana encontraba el

consuelo de ver que vencía a la muerte implacable, a la inmutable quietud eterna, pues al menos el cuerpo de Felipe seguía en movimiento. Y fue por esa precisa y única razón que decidió postergar su llegada a Granada.

Los solitarios caminos, los puentes recoletos, los silenciosos castaños, los campos de viñedos, los cerezos silvestres, los serenos olivos fueron convirtiéndose en los mudos testigos de aquellos días en que la reina de Castilla arrastraba su dolor por este mundo con un destino preciso, pero indefinido en el tiempo, llevando vida adelante los despojos de su amado.

—¡Tened cuidado, no sacudáis su cuerpo! ¡Más despacio que podéis perturbar el descanso del rey! —exclamaba temerosa.

Y con aquella mágica ilusión de conservarle a su lado fue inventando excusas para dilatar el viaje: «Que estaba enferma» o «que la pequeña infanta Catalina se encontraba afiebrada» o «que el pequeño Fernando se sentía cansado de tanto andar». De ese modo la reina fue prolongando las estancias deliberadamente en cada pueblo al que llegaban.

Siempre con solemnidad y cortesía los altos dignatarios que la

acompañaban le sugerían que apresurara su andar, mas Juana rechazaba siempre de plano cualquier consejo o sugerencia ante la idea obsesiva de que solo buscaban arrebatarle el cuerpo de Felipe.

Tal vez fueran los flamencos o quizá los austríacos o, por qué no, los húngaros, si de todos ellos había sido su rey. Tal vez querían llevárselo a Flandes, o a Viena o a Budapest, entonces tendría que estar atenta y vigilante, pues de ella no solo había sido su rey, sino que lo había sido todo.

Instalada en aquel pueblo de Hornillos, la reina otorgó audiencias

que lograron despertar elogios por la inteligencia, el ingenio y la lucidez de sus respuestas, dejando sorprendidos a los que, habiéndose dejado llevar por los rumores de su incapacidad, ponían en duda su prudencia y su buen juicio.

Como siempre, reuniendo las fuerzas necesarias, Juana volvió a tomar las riendas del gobierno, pero los acontecimientos habían llegado demasiado lejos. Quienes la rodeaban no respondían a ella, sino al bando del rey Fernando, o al de Cisneros, o al del emperador Maximiliano, mientras Ferrer continuaba incesante con su tarea de vigilarla.

Entre aquellos oscuros laberintos de ambición y de poder, Juana fue descubriendo con tristeza un mundo de intrigas y envidias que se iba entretejiendo amenazadoramente a su alrededor. Su leal amiga doña María de Ulloa, como los obispos de Mondoñedo y de Málaga, este último su amigo y confesor desde la adolescencia, don Diego Ramírez de Villaescusa y Pedro Mártir de Anglería, el famoso autor de las *Décadas del Orbe Novo*, inspiradas en el descubrimiento de América, respondían al rey Fernando de Aragón.

Y los soldados de su guardia real, aquellos que tenían el deber de

defenderla, jurando protegerla hasta la muerte, incluso a costa de sus propias vidas, habían prestado juramento de fidelidad al arzobispo de Toledo, y era él quien, desde ese momento en adelante, les pagaría y mantendría. ¿Qué pretendía entonces su ilustrísima? ¿Proteger su puerta o impedir que salga?

El cardenal Cisneros fue preparando el camino durante toda su vida con extrema rigurosidad para afrontar el momento en que le tocara actuar por el bien de España. Y estaba convencido de que había llegado la hora.

Aquella trama urdida (producto de una cábala monárquica en contra de la

persona de Juana) sería la que finalmente triunfaría, condenándola al confinamiento para toda la vida.

Las constantes negativas de la reina a entrevistar al cardenal y las continuas invitaciones cursadas por este al rey Fernando, incitándole a regresar, dieron sus frutos.

El rey anunció su retorno, mas ninguna voz se levantó en su apoyo y ninguna campana repicó en Castilla, divulgando su regreso. Un grupo de nobles firmó un documento de lealtad a la reina mientras manifestaban su disconformidad por el retorno del rey de Aragón al reino de Castilla.

Preocupados ante estos acontecimientos desagradables, los partidarios de Fernando se encargaron de anunciar que el rey volvía a pisar el suelo de su antiguo reino, en pleno acuerdo con su hija, la reina Juana I de Castilla. Y mientras los hechos se precipitaban, el embajador del rey y espía de la reina, don Luis de Ferrer, le sugirió a Juana mandase a rezar por su padre las oraciones del buen viaje, en todas las iglesias castellanas.

Pero una dolida hija se plantó ante él, respondiéndole con una negativa.

—No necesito órdenes de embajadores para saber lo que yo, como

reina, debo hacer. Pero que os quede bien claro, solo rezaré por el alma de mis amados muertos, jamás por los que en nombre de Dios y del reino actúan dentro de mis dominios desconociendo mi autoridad.

A medida que las dificultades se sumaban y se iban acumulando unas tras otras, también el alma de Juana se iba marchitando día a día. Había vivido la terrible experiencia de perder en plena juventud lo que más amaba, y con aquella muerte parecía haberlo perdido todo. El destino estaba en su contra y a partir de entonces, comenzó a verse a sí misma como víctima de un conjuro.

El cortejo salió de Hornillos a principios de agosto con rumbo a Tórtoles, lugar fijado para encontrarse con su padre, el rey Fernando II de Aragón. Pero el séquito de Juana había realizado desmanes en aquel sitio, por lo cual la reina tuvo que indemnizar a los pobladores del lugar para reparar en algo el daño ocasionado.

Hacía calor y la tierra reseca se levantaba como nubes de harina depositándose sobre todas las cosas, cuando llegó la hora de la partida. Y aunque muchos eran los afectos que se agolpaban en el corazón de Juana, no podía alejar de sus pensamientos

aquellos ingratos recuerdos de la muerte. Ya no estaban en el mundo de los vivos ni su madre ni su esposo, ambos se habían marchado para siempre después de que viera al rey, su padre, por última vez.

Cuatro largos y dolorosos años habían transcurrido sin haber podido mirarlo a los ojos. Aquellos ojos que ya no serían los mismos. El dolor de la vida les habría quitado los destellos, opacando el brillo de los felices días.

La marcha como siempre se realizó por la noche, volviendo a reavivar los apagados rumores y mentiras que en la boca del pueblo corrían de uno al otro

confín.

Y mientras tantos males acosaban al reino, Juana hacía cuanto podía por gobernar con el escaso poder que poseía. Bajo la ardiente temperatura de un tórrido verano continuó valerosa su camino a Tórtoles.

Idéntico peregrinar siguió su padre, a quien la peste le fue impidiendo atracar en los puertos del Mediterráneo a su regreso de Italia. No pudo hacerlo en Barcelona, tampoco en Tarragona y en Castellón de la Plana. Desembarcó en El Grao, puerto libre del flagelo y cercano a la ciudad de Valencia del Cid.

Valencia se vistió de fiesta para

recibir a la nueva reina y esposa de don Fernando, la joven francesa Germaine de Foix. Por el camino del Guadalaviar hicieron su entrada triunfal bajo palio, por ser la primera vez que la reina de Aragón llegaba a aquellas tierras. Y recibir con palio era un atributo de la soberanía que ostentaba.

En la puerta de Serranos, abarrotada por el gentío curioso que se agolpaba a comparar a su nueva soberana con la magnánima reina Isabel, fueron vitoreados dándoles la bienvenida, mientras las campanas de la catedral se unían a los festejos. En la plaza fue levantado un arco triunfal y en una

ceremonia solemne se les hizo entrega de las llaves de la ciudad.

Aquella entrada era verdaderamente una fiesta en la que los símbolos políticos hacían visible la doble relación que unía a la sociedad española con el rey y consigo misma. El pueblo se ofrecía en espectáculo al recibir y honrar a los monarcas y mientras en Valencia reinaba la fiesta y el júbilo, en Tórtoles persistían el luto, las oraciones y las misas diarias por el alma de Felipe.

La historia de padre e hija parecía nunca dispuesta a coincidir. Aquella vida discontinua, hecha de saltos y

caídas, sonrisas y llantos, trajines y letargos, solo interrumpidos por un súbito y violento despertar, fue marcando dos vidas, con dos sendas opuestas que más tarde se tornarían irreconciliables. La del rey Fernando, como la más gloriosa para la humanidad. La de la reina Juana, como la más trágica de la historia de España. La muerte estaba esculpiendo su obra en la vida de aquella, haciéndole conocer todos los matices amargos de la pena, mientras la vida se le presentaba al rey colmada de gozos, celebraciones y placeres, junto a un torrente de ambiciones guardadas que esperaban el

momento de hacerse realidad.

El viejo monarca y su joven esposa se dirigieron hacia la catedral, ante cuyas puertas se elevaba otro arco triunfal y allí, en un solemne *Te deum*, el pueblo entero agradeció a Dios el retorno de don Fernando.

Al salir de la catedral se dirigieron hacia el palacio que oficiaría de residencia real, mientras permanecieran en Valencia. Dos días más tarde el rey iniciaba el camino del reencuentro.

Su joven esposa permaneció en Valencia, mientras él, atravesando a todo galope sus reinos, se dirigía a Castilla a encontrarse con su

desconsolada hija. En aquel galopar se le adhirieron con gran beneplácito los duques de Medinaceli y Alburquerque y el arzobispo de Zaragoza, mientras dejaba a sus espaldas las aclamaciones de júbilo y entusiasmo de los nobles y campesinos.

Montado en un corcel árabe negro galopó a toda prisa, sumergido en una gran cota de brocado gris, con las armas de sus reinos bordadas en la espalda, mientras el caballo lucía la insignia de Aragón en la testera protectora. Iba flanqueado por los duques, el arzobispo y cuatro lugartenientes que enarbolaban el estandarte del reino, seguido por sus

hombres de armas. Y tres días después de tan larga ausencia, pisaba nuevamente la tierra de los castillos y fortalezas, que imponentes recortaban sus siluetas sobre el azul límpido del cielo. Entró a Castilla por Monteagudo y siguió el camino de Aranda, Almazán y Villavela.

El río, las nubes y el paisaje se fundían en una especie de espejismo que flotaba sobre el camino abrazado por el intenso calor de aquel verano.

Las lágrimas resbalaron por las mejillas de Juana al contemplarle a lo lejos avanzar por el camino, desde una angosta ventana de la torre. Envuelta por

el polvo de los caminos, la real comitiva estaba llegando a Tórtoles, bajo el calor abrasador de la siesta. Los rebaños se guarecían a la fresca sombra de los robledales, los perros ladraban al tropel de los caballos que se acercaba y Juana sentía el desconsuelo de cuatro años de ausencias y desamor.

El rey desmontó deprisa y entregó el freno a uno de los palafreneros que le aguardaba en el patio empedrado del castillo. Juana se apresuró a bajar las angostas escaleras que parecían no tener fin, siempre vestida de negro, pero con el rostro sin velar. Al cruzar el umbral de la puerta, cayó de rodillas a punto de

desvanecerse a los pies de su padre. El rey también cayó de rodillas frente a ella y así, rindiéndose honores, mutuamente, padre e hija se fundieron en un abrazo que trataba de borrar los mil cuatrocientos sesenta días que habían demorado en encontrarse. Era el 29 de agosto del año del Señor de 1507.

—Padre —dijo Juana con voz acongojada.

—Hija mía. Mi pobre Juana —y lleno de ternura y compasión le besó las mejillas y secó las lágrimas con sus rugosas manos.

—No debéis llorar. Lo pasado, pasado es. Debéis seguir adelante, lo

demandan el reino y vuestros hijos.

—Por ellos he jurado continuar.

—Y entonces, ¿por qué tanta amargura en vuestros ojos?

—Mi vida es un duelo perpetuo, padre. Todavía no he podido asumirlo.

—El tiempo lo hará en cuenta vuestra, Juana. No hay dolor por grande que parezca que el tiempo no logre suavizar.

—Entonces, bienvenido sea su devenir, aunque dentro de mí no lo desee. Tarde o temprano deberé enterrar el cuerpo de Felipe y, ¿quién sabe el destino que me aguarda?

—El tiempo será el único remedio

para vuestra gran pena de amor.

—Y una rápida pendiente hacia mi muerte.

El rey solo se limitó a acariciar sus cabellos, mientras sus pensamientos le hicieron estremecer al evocar la irrevocable marcha del destino y el desenlace de los acontecimientos. No alcanzaba a comprender cómo alguien podía dejarse caer en tan profunda tristeza, cuando, en comparación con él, tenía toda la vida por delante.

No lograba admitir que su hija se sintiera más Habsburgo que Trastámara y que se rehusara a buscar consuelo a su duelo interminable, porque todo destino,

por más duro que este fuera, podía llevar implícita una misión fructífera.

Durante siete días padre e hija permanecieron en la residencia de Tórtoles. Fueron días de plenitud familiar junto a los niños, cada vez más demandantes de cuidados. En el ambiente reinaba una súbita paz y alegría y Juana iba recuperando su buen aspecto y su noble presencia, pero no podía alejar de sus pensamientos la gran carga que sobre ella pesaba como reina. Pero había sido bueno delegar por unos días en las manos de su padre los asuntos del reino.

Una semana después, antes del

amanecer, el rey partió de Tórtoles rumbo a Santa María del Campo, poblado cercano a Burgos donde fijaría la residencia oficial de la corte. Antes de partir le había confiado a Juana sus intenciones de entregar solemnemente el capelo cardenalicio, traído desde Roma, al arzobispo Ximénez de Cisneros, además de concederle el título de gran inquisidor.

—Tengo fe en Dios —había dicho Juana a su padre antes de que se marchara—, en que sabrá ampararme de las falsedades tras las cuales se esconde el arzobispo y puesto que no deseo celebrar absolutamente nada que

signifique honores para el gran inquisidor de España, os hago saber que no asistiré a esos festejos.

Cisneros recibió el capelo en el pequeño pueblo de Mahamut, lejos de la grandeza que el escenario de Burgos le hubiera otorgado, pero lo hizo ante la presencia del rey, del Nuncio Apostólico y un sinnúmero de nobles y prelados que dieron el brillo y esplendor que el severo inquisidor ambicionaba.

Antes de que Castilla terminara por hundirse en un abismo, el rey Fernando había retornado a la conducción del gobierno. Esto simbolizaba para Juana

el esperado descanso, al delegar el reino en manos de su padre. Sin embargo el rey planteó en términos algo duros la necesidad de mudar la corte a una ciudad más importante, dado que pasaría a ser la capital política del reino —y la más cercana no era otra que la amurallada Burgos.

Este hecho sorprendió a Juana que de allí en más se mantendría alerta. ¿Por qué Burgos? Tal vez porque de Burgos no podría escapar tan fácilmente. Sus altas y gruesas murallas la convertían en la gran fortaleza donde muro con muro terminarían encerrando su propia libertad. Cuando el rey manifestó la

necesidad de trasladar la capital del reino a dicha ciudad, Juana se negó terminantemente, aludiendo que le traía muy tristes recuerdos.

—Jamás regresaré a Burgos. ¡En esa ciudad perdí a Felipe!

Desde Tórtoles la reina ordenó a su cortejo proseguir hacia Arcos, un pueblo aislado y tranquilo donde sería bueno detenerse a meditar sobre el profundo sentido del porvenir. Allí residiría alrededor de un año. Pero ocultas ataduras la terminaron ligando definitivamente a las decisiones de su padre.

La plazuela de Arcos silenciosa e

íntima, rodeada de sólidas construcciones en cuyas portadas los escudos y remates le daban una nota de mágico atractivo y melancolía, le produjo a Juana una emoción profunda. Recorrió sus callejuelas en busca de la claridad para su espíritu y la luz para su alma, aquella luz que Felipe se había llevado al marcharse. Y en aquellos rincones silenciosos le pareció escuchar el eco de su voz, el pasado y el presente de un tiempo que parecía sin medida, monótono e interminable.

Insistentes fueron los argumentos de su padre por hacerla desistir, pues el pueblo de Arcos no reunía las

condiciones y las comodidades para que viviera la reina de Castilla. Allí llegarían diariamente nobles y embajadores, prelados y funcionarios a solicitar las audiencias reales. Protegida por la silueta de su viejo convento era una villa demasiado pequeña para servir de residencia a la corte castellana.

Esto no le impidió a Juana imponer su decisión por encima de los deseos de su padre que, ante el temor de hierirla, cedió a sus requerimientos.

El camino parecía allanarse para el rey. Don Juan Manuel, el señor de Belmonte, del bando del emperador Maximiliano había huido desde Burgos

hacia Flandes disfrazado de monje para no ser reconocido, dejando el campo libre para don Fernando y sus partidarios.

Y fue por aquellos días en que el séquito llegó a Arcos, donde se produjo un error increíble que hizo reír en silencio al rey y le sirvió para aprovechar las circunstancias de manera cruel, en su propio beneficio.

El arribo a Arcos se produjo cerca de la madrugada, entre las últimas sombras de la noche y las primeras luces del alba. A orillas de un gran barranco se levantaba el convento de La Magdalena de monjas de clausura. Pero

la reina Juana, cansada y en la oscuridad, lo confundió con un monasterio de monjes, interpretación que su propio padre le dio al error y que hubiese avergonzado a cualquier noble castellano que se preciara de serlo.

En cambio sirvió a los propósitos que anidaban en su duro corazón provocando en Juana otro confinamiento y echando a volar el rumor de una ilegítima enajenación mental. Como resultado de todo aquello los restos mortales del rey Felipe de Habsburgo jamás llegarían a Granada, bajo la amorosa y atenta mirada de su enamorada esposa.

La noche en que Juana llegó a Arcos hizo depositar el féretro de Felipe en la iglesia del convento, aquel que en medio de las sombras supuso era un monasterio. Conducida por sus doncellas a las habitaciones contiguas al recinto sagrado, podía ver desde allí, por la angosta ventana lateral, la caja mortuoria colocada en la nave central. Siempre cuidadosa a cualquier movimiento ante el temor de que conspiradores flamencos le robasen el cadáver, se había vuelto desconfiada.

Los hechos acontecieron de manera sencilla pero tratados con saña se convirtieron en trágicos, dando un giro a

la historia del mundo, donde el rey Fernando de Aragón fue el vencedor y su hija, la vencida.

Los acontecimientos reales se fueron tiñendo de insensatez, tergiversándose de tal modo que el cardenal Cisneros no dejó pasar la ocasión para declarar demente a la soberana. Con astucia, Luis de Ferrer informó a la reina Juana de que aquel apretado edificio que se levantaba sobre el barranco, entre las nubes y las sombras en medio del viento de la noche, era uno de los mil setecientos monasterios con que España contaba en aquel siglo. Juana le creyó y sin sospechar que era víctima de una

trampa, entró en él.

En marzo el clima de Arcos aún era riguroso y el cortejo se iba resguardando detrás de las fogatas y el aguardiente para calentar los huesos. Aquella bebida daba al cuerpo un agradable calor y hacía desaparecer el entumecimiento de manos y pies predisponiendo la mente a buscar otras comodidades aún más gratas.

Juana se había vuelto desconfiada. De pronto escuchó desde la iglesia el coro de las monjas y se sintió horrorizada pensando en la imprudencia que había cometido al dar la orden de que pernoctaran bajo el mismo techo. En

su mente se agolpaban las imágenes de todas las criadas, lavanderas, porteras, cocineras y aquellas hermanas legas que hacían las haciendas caseras para las monjas de la clausura. Casi todas aquellas jóvenes, fuertes y hermosas, observaban venirse con la noche y el frío, un cortejo de nobles libados y alegres, buscando en sus brazos placeres y consuelos a su desventurado peregrinar.

—No seré yo quien profane este lugar sagrado, ni la memoria de mi difunto esposo, con ocasiones de pecado y escándalo. Os doy la orden de que todos salgáis del convento de inmediato

y pernoctéis en la vega.

Luis de Ferrer, alegre por el aguardiente, se sintió tremendamente molesto por los escrúpulos de la reina. Les estaba negando la posibilidad de pasar una velada placentera y tibia, frente a las grandes chimeneas de las cocinas crepitantes o en los sótanos del convento, entre los brazos rollizos y bien dispuestos de las jóvenes y lindas campesinas que harían lo indecible por deleitar a los nobles caballeros del cortejo de la reina. Con tono mezquino e indigno se dirigió a la soberana mientras el odio crecía dentro de su mente y de su corazón, al tener que levantar en la vega,

en medio de la madrugada y el frío, las tiendas de campaña.

—Vuestra majestad hubiera hecho mejor en pasar el resto de la noche dentro del convento, pues si teme que le roben el cadáver de su venerado esposo, corre más riesgos en campo abierto que tras los gruesos muros de la abadía.

—Jamás aceptaré conductas de las cuales tenga después que arrepentirme. Y respecto al robo del cuerpo de mi esposo, respondió don Luis, ¿quién quiere robármelo?, ¿los flamencos?, ¿los austríacos?, ¿quién? Contestadme.

Aquella impetuosidad de la reina terminó por avergonzar a Ferrer, cuyo

solo propósito había sido quejarse y no desencadenar los temores y desconfianzas en la mente sensitiva de Juana.

—Cada rey, majestad, debe ser enterrado según las antiguas costumbres, dentro de su propio reino. Es tradición de Inglaterra sepultar a sus soberanos en suelo inglés, de los austríacos en Austria, de los franceses en Francia. Yo solo he querido expresar los deseos del embajador de Flandes: que los restos del extinto rey don Felipe de Habsburgo, soberano de los Países Bajos, deberían ser sepultados en Gante. Y creo que unas humildes y sencillas monjas

enclaustradas jamás podrían ser utilizadas como instrumento para robar el cuerpo del rey de los flamencos.

—En primer lugar debo decir — respondió Juana con indignación — que Felipe de Habsburgo era el rey de los Países Bajos pero también era el rey consorte de Castilla. Y en segundo lugar hay quienes, por las ambiciones desmedidas de poder, utilizan cualquier medio para llegar al fin propuesto. He aprendido a ser desconfiada pues la vida me ha demostrado que no sirve confiarse demasiado. Así es que desconfío de una monja, tanto como de un embajador o un tesorero.

Ferrer se llevó una gran sorpresa ante la tempestad que había provocado y se asustó. ¿Habría descubierto la reina que su padre le otorgaba una paga por espiarle? ¿O solo era una intuición? De todos modos la idea le dio coraje al pensar en el valor que aquellas noticias tendrían para el rey Fernando.

Las palabras de Juana despertaron en Ferrer una gran impresión y dadas las circunstancias las aprovecharía en su favor modificándolas de tal modo que pareciera locura.

La reina bajó sigilosamente por las escaleras que separaban sus aposentos de la iglesia conventual y, dirigiéndose

sin vacilar hacia donde se hallaba depositado el féretro de Felipe, quiso comprobar de nuevo que aquella caja contenía el cuerpo de su esposo y, sacando la llave que atesoraba en su pecho, la abrió. El resultado fue inmediato, pues colocó a la reina, inconscientemente, en una insostenible posición. El sufrimiento la atormentaba, y los designios natales se iban cumpliendo. ¡Tantas cosas podría haber dado a su reino! Sin embargo se hallaba rodeada de un entorno hostil y asfixiante que solo pensaba en destruirla. Mientras en Zaragoza una extraña combinación de expresiones surcó el rostro del rey

Fernando al leer aquel informe.

—¡Solo una necrófila puede hacer lo que hace mi pobre Juana! —exclamó disgustado. Y entre el falso acento de piedad que le dio a sus palabras, fue emergiendo la cruel condena que, implacable, se propagó por todos los confines del reino.

«La reina Juana ha besado los pies del rey muerto —informaba Ferrer— y los acarició largamente como si él estuviera vivo, aunque la pura verdad era que el cadáver ya despedía un hedor insoportable».

Y aquellas razones fueron suficientes para el rey y bastaron al cardenal

Ximénez de Cisneros, para otorgar a Juana el insultante título de loca.

Ante estos hechos, sin duda los más graves, las Cortes de Castilla obraron con prudencia como siempre lo habían hecho, pues la reina podía padecer demencia por haber actuado de ese modo, pero seguía siendo la reina de Castilla y de acuerdo a lo informado (canallescamente) ante ellas por el rey de Aragón sobre su conducta, produjeron el siguiente informe.

Hasta que llegue el momento en que nuestra soberana y señora doña Juana, reina propietaria de este reino, se restablezca y vuelva al pleno dominio de su razón; es

decisión de este cuerpo que vuestra majestad permanezca en Arcos o en cualquier otro lugar seguro, por su propio bien y el del reino. Dicha permanencia se hará con el respeto y la dignidad que merece su investidura, rodeada de por lo menos doscientos servidores y grandes de España, para que sea debidamente atendida; y dado que no acusa síntomas de locura violenta, sino por el contrario, solo manifestaciones de un amor que no ha logrado vencer ni la propia muerte, la infanta doña Catalina y el infante don Fernando tendrán libre acceso, y en todo momento, a las habitaciones de vuestra majestad. Es nuestro deseo que los infantes vivan y sean cuidados y criados por su propia madre de acuerdo a las leyes, tanto naturales como divinas.

Pero aquellas recomendaciones de las Cortes que habían asegurado un tratamiento compasivo para Juana, no habían previsto nada respecto al gobierno del reino.

Alguien tendría que gobernar en Castilla, ¿pero quién? ¿Quién?, sino el mismo rey que durante treinta años había compartido aquel feudo matrimonial con la excelsa Isabel I.

Decididamente monárquico, el cardenal Ximénez de Cisneros volcó todo su incondicional apoyo, influencia y poder, en favor del rey de Aragón.

La leyenda de la «reina loca» había terminado por convertirse en España en

una verdad absoluta y las Cortes decretaron entonces que «su Católica Majestad, el rey Fernando, gobernará, reinará y administrará, hasta tanto Dios se sirva devolver la razón a nuestra soberana y señora doña Juana, todos los reinos, dominios, principados y posesiones del viejo y del nuevo mundo, en nombre de la mencionada reina».

—¡Esa maldita cláusula no me abandonará jamás! —exclamó con furor el rey al leer lo estipulado.

Pero pasado el primer momento, el júbilo volvió a invadirlo como antaño, como cuando contrajo enlace con la hermosa Isabel de Castilla

convirtiéndose en el soberano de dichos reinos.

Ya nadie podría oponerse a que tomase nuevamente las riendas del poder. La locura de su hija estaba comprobada con la muestra concluyente de besar aquellos pies en descomposición, y él haría todo lo posible para que Juana continuara loca.

Con la autoridad conferida por las Cortes de Castilla, el más alto tribunal del reino, que le permitía y autorizaba a confinar a la reina Juana «en Arcos o en cualquier otro lugar seguro», el rey Fernando obró con astucia y rapidez, las mismas que durante tantos años había

ensayado.

Con el rechinar de las pesadas puertas sobre sus goznes, las rejas de una verdadera prisión se habían cerrado una vez más, sobre la infortunada joven reina.

Primero había sido su madre, luego su esposo y ahora su padre. Los tres seres que más había amado la habían confinado en otras tantas fortalezas o palacios, disimulados, pero prisiones al fin, tratando de ocultar las presiones que procedían de la inmensidad del más vasto de los reinos.

La misericordia exigía que aquel destino marcado por el dolor pusiera fin

a su desventurada vida. Pero ese fin piadoso estaba muy distante en el tiempo y aún faltaban muchas gotas amargas por tragar.

«Ir a la gloria a reunirme con Felipe es lo único que anhelo. Pero sé que Dios me dejó viva para que la historia pudiera recordarme, aunque de muy triste modo, ya que jamás lo hará por el desempeño de mi reinado. De ese reinado al que jamás me ha sido permitido acceder libremente, aunque por legítimos derechos maternos me pertenece en toda su integridad». (Había dicho Juana sobre el final de sus días casi cincuenta años más tarde de que

sucedieran estos acontecimientos).

La desesperación de un rey

Los días en Arcos monótonos e iguales se transformaron en una sucesión interminable de horas cuajadas de tranquilidad y Juana se entregó con enfermiza pasión a velar el cadáver de Felipe. Errando y rezando hasta altas horas de la madrugada a través de la espaciosa estancia de espejos velados y bajo la luz indecisa de los cirios, su

cuerpo enlutado parecía esfumarse entre las paredes tapizadas de negro.

Quienes la rodeaban la oían reír o hablar por las noches con su amado difunto y eso les preocupaba, porque las voces corrían a la velocidad del viento y era imposible detener aquella trama que iba tejiendo la leyenda de que el fantasma del archiduque visitaba a la reina en su alcoba, desde el mismo día de su muerte.

En aquella casa espaciosa y desierta, desprovista de muebles, Juana pasaría un año cargado de recuerdos y poblado de resonancias de una época feliz y aún no lejana vivida en Flandes.

Las misas se oficiaban a diario para dar cumplimiento a lo testamentado por Felipe hasta que su cuerpo fuera enterrado en Granada y en aquel pueblo sencillo y de recio sabor castellano, Juana encontró la soledad y la paz que buscaba. Protegido por la silueta del viejo convento y rodeado de pacíficas calles de gran abolengo histórico, le daba ocasión para sentarse a contemplar, desde la acristalada y amplia galería, los dos patios gemelos, el campo llano salpicado de robles y el viejo y solitario puente que unía Arcos con la otra orilla, escarpada y silvestre.

Desde el otro lado del puente se

podía contemplar la villa y mientras el viento traía el aroma de las retamas recién florecidas, Juana se aventuraba a detenerse diariamente a la vera del río, a meditar sobre el profundo sentido de su vida. Y cuando el sol comenzaba a ocultarse retomaba el camino de regreso por las silenciosas callejuelas empedradas. Sus ojos parecían perderse tras los portales de negras rejas de las austeras casonas, y allí, entre las sombras que iban llegando, le pareció más de una vez ver cruzar la sombra adorada de Felipe. Entonces esa angustiosa pesadumbre que parecía no abandonarla se convertía de pronto en

una gloriosa luz de esperanza y en la definición más exacta del amor perpetuo.

Se sentía en paz. Estaba serena y en aquellos atardeceres cárdenos de la vega, bajo las alamedas rumorosas, su espíritu parecía entregarse nuevamente a los brazos de Felipe. Pero a su alrededor los ecos de aquel amor hechizado, sin tiempo y sin medida, iban creando una leyenda amorosamente trágica.

—Debéis descansar, majestad —le suplicaba con afecto la condesa de Salinas, que siempre la acompañaba.

—Yo solo descansaré en los brazos

de Felipe. ¿Escucháis el viento, condesa?, ¿lo escucháis?

—Lo escucho, señora mía — respondía la condesa con temor.

—Él me trae sus ecos.

—¿Qué ecos?, ¿de quién? — preguntaba sobresaltada la noble dama.

—Los ecos de Felipe. Él me habla en el susurro del viento entre las ramas, en el rumor del agua entre las piedras, en el ruido imperceptible de la naturaleza. ¡Por eso amo Arcos!

—¡Señora, debo confesaros que me dais miedo!

—¿A qué teméis condesa? ¿Acaso teméis a un alma? ¿A un alma como la

vuestra que un día dejará ese cuerpo para escapar hacia los gozos celestiales y eternos?

—No puedo explicaros, señora, pero el miedo no me abandona.

—¡Ven, vayamos a verle! ¡Siento que me está llamando!

La reina y su noble dama retomaron el camino de la iglesia. Caía la tarde. Una guitarra se oía a lo lejos. Juana iba adelante seguida por la condesa de Salinas. El recinto sagrado se hallaba en penumbras cuando las dos mujeres entraron en él rompiendo el sepulcral silencio con el ruido de sus pasos. La condesa encendió los cirios que

rodeaban el féretro, pero una ráfaga de viento helado volvió a apagarlos mientras Juana besaba la caja y escudriñaba alguna señal que identificara si alguien había tocado o intentado robarle su tesoro.

—¿Lo veis? Es él. Es Felipe. Su espíritu está aquí, conmigo.

—Salgamos, señora. El ruido del viento me estremece.

—No temáis condesa y ayudadme a rezar por su alma.

Rezaron en voz alta junto al féretro hasta que se hizo la noche y los escoltas llegaron a buscarlas.

Dispuesta a salvaguardar sus más

íntimos secretos, Juana dio la orden a sus guardias reales de que el féretro de Felipe fuera trasladado dentro de sus aposentos. Allí en la intimidad y en su presencia nada ni nadie podría interferirles.

—Jamás os dejaré —susurraba amorosamente y en voz baja sobre la caja mortuoria, como si su adorado Habsburgo pudiera oírla.

Tampoco cambió de idea cuando su padre le comunicó los pedidos de mano que se iban acumulando a su favor.

—Juana —le comentaba su padre—, cuando volvimos a vernos después de cuatro años, os dije que solo el tiempo

suaviza las heridas del alma. El tiempo ha pasado, sois joven, hermosa y con un gran poder. El duque de Calabria: Gastón de Foix y señor de Narbona, don Alfonso de Aragón y Enrique VII de Inglaterra, el suegro de vuestra hermana Catalina, han solicitado vuestra mano y desean desposaros. ¿Qué decís a esto, Juana? ¿Cuál de estos tres nobles es de vuestra preferencia?

Al rey de Aragón le agradaba la idea de que su hija volviese a contraer nuevas nupcias. De ese modo al marcharse de Castilla, dejaría el trono libre y él podría erigirse en el rey absoluto de las Españas.

Juana le miró con asombro.

—¡Por el amor de Dios, padre! ¿por qué me lo preguntáis?

—Porque creo, Juana, que no tenéis otra salida.

—Aún no he sepultado el cadáver de mi esposo, así que no me pidáis una respuesta. Pero si deseáis saberla, os diré: jamás me volveré a casar. Sabéis muy bien que Enrique VII, como el resto de los pretendientes a mi mano, solo ven en mí el medio para lograr sus ambiciosos fines. Una boda con Juana I de Castilla les otorgaría poder y riquezas. Pero yo, padre, me desposé solo una vez con el amor de mi vida y

nunca más volveré a hacerlo.

El rey guardó silencio. Juana no era fácil de convencer y tal vez nunca aceptaría desposarse de nuevo.

Desde aquel día Fernando de Aragón dejó de insistir con aquellos argumentos. Juana olvidó aquella conversación y continuó su tranquila estancia en Arcos pero no por demasiado tiempo, porque las amarguras comenzaron a caer sobre ella unas tras otras, hasta agotar su serenidad y su discernimiento.

Su madrastra, la joven reina de Aragón, Germaine de Foix (aquella que arrojaba su hermoso cuerpo en una

balanza de lujuria y poder), entraría pronto en acción perturbando su alma, porque el viejo rey continuaba fiel a su propósito de engendrar un hijo que pudiese heredar todos sus dominios.

—Dios me ha proporcionado en vos, querida Germaine, un medio saludable para traer un nuevo príncipe al mundo. Lo cual me demuestra cuánta razón tengo en oponerme a las pretensiones de Juana de reinar sobre Castilla —le repetía el rey cada día a su joven esposa, para darse seguridad a sí mismo.

Afanoso en reunir pruebas que acreditaran la locura de Juana, su padre trataba de ocultar con su conducta el

terror que la inminencia de una vejez impotente le producía.

Por su parte, Germaine de Foix, joven simple y astuta, adoptó el papel de una vulgar cortesana con el solo fin de obtener el éxito rotundo en su relación amorosa con el rey.

—Haré todo lo que Fernando desee y seré lo que piensa que soy. Aunque viejo, él es mi esposo, está vivo y, sobre todo, me ama y su amor es respetable. Es el rey de Aragón y yo soy su esposa, la que en menos de un año logró ocupar el lugar que dejara vacío una de las reinas más grandes de la historia de España.

Pero lo que más le excitaba era que el viejo rey, treinta y cinco años mayor que ella, le diera un hijo. Solo por ese motivo estaba dispuesta a hacer lo imposible por complacerlo en todos sus deseos. Aquel cuerpo joven y sano estaba preparado para otorgar todo cuanto el rey temía perder.

Los informes de Ferrer continuaban llegando a las manos del rey, puntualmente.

«Gracias por vuestros informes —le escribía el rey a Ferrer—. Continúa bien alerta, no dejéis que se os escape nada y no temáis decir toda la verdad por repugnante que os parezca a quien

os pregunte por la insana conducta de mi querida hija Juana».

Mes a mes la reina Germaine recuperaba su esperanza con rapidez, considerando el hecho de no quedar embarazada como un accidente casual o fortuito. Ella tenía toda la vida por delante para seguir intentándolo, pero debía darse prisa, dado que el tiempo del rey se iba consumiendo con extraordinaria celeridad.

Por aquellos días volvieron a la memoria del rey Fernando los acontecimientos protagonizados por su hija Juana en el reino de Flandes, cuando en el afán de reconquistar el

amor de Felipe, encandilado por los ojos de Germaine de Foix, su actual esposa, había recurrido al sortilegio moro, incitándolo al amor. Los filtros afrodisíacos de las mujeres árabes habían dado como resultado una reconciliación amorosa cuyo fruto palpable era la pequeña infanta María.

Con las ilusiones propias de quien desea que sus sueños se realicen, el viejo rey hizo buscar a los magos y a las hermosas moras veladas, los cuales, atraídos por el oro real, aparecieron como un ejército dispuesto para la lucha.

Expertos en todos los misterios del

amor, leían el porvenir en las palmas de las manos, en las bolas de cristal y en las borras de infusiones aromáticas, y Fernando cayó en las redes de aquella hueste de magos, mientras la reina, incrédula, exclamaba para sí:

—No importa a quién le consulte, si a los físicos, alquimistas o adivinos, el resultado terminará siendo siempre el mismo.

Los magos recetaron pociones mágicas, baños calientes y masajes suaves. Y mientras el rey se sometía a todas las indicaciones, la reina, que estaba dispuesta a intentarlo nuevamente, pensaba en la gran

importancia que un hijo tendría para los planes del monarca y también, ¿por qué no? para los suyos.

El viejo rey dejaba sus baños calientes, tomaba las pociones que a diario le preparaban los magos y después de los masajes que le daban con esencias de Oriente las bellas moras, corría envuelto en toallones hasta el lecho real a encontrarse con su ardiente esposa. Pero todo resultaba en vano y el tiempo transcurría sin pausa y sin producirse ningún embarazo.

La ansiedad comenzó a torturar a la reina, que jamás había podido tener un hijo de ningún amante. ¿Tal vez Dios

solamente concedía hijos a los rectos de corazón? Como Juana, tan prolífera. Por lo tanto sería inútil ampararse en el secreto, buscar un amante, engendrar un niño con él y hacerle creer al rey que era su hijo. Mejor sería buscarlo honestamente, por medio de plegarias y habilidades propias.

El castillo de los reyes de Aragón albergó por algún tiempo aquel séquito de magos, moras y eunucos que continuaba tratando al rey, quien a cambio les entregaba generosas pagas. Pero la tiranía del tiempo comenzó a desesperarlo y cansado ya de tantos tratamientos sin resultados concretos

buscaba consuelo en el corazón de su joven esposa francesa que al verle desprotegido sintió que podría amarle.

—Deberemos buscar otros consejos —dijo un día alegremente Germaine.

—¿En quién?, ¿en los eunucos?, ¿en los magos? ¡Estoy cansándome de no obtener resultados!

—No, amor mío. A ellos no les pediremos nada. He pensado en alguien más. En alguien distinto.

—¿En quién, entonces?

—En vuestra hija. En Juana. ¡Seis hermosos retoños paridos sin problemas, bien justifican nuestra visita para pedirle consejos!

—Es una sugerencia muy digna de tener en cuenta —respondió el rey, ilusionado.

En la villa de Arcos los llanos se cubrieron de flores de verbena, dando al paisaje un resplandor violáceo y un aire apacible de belleza simple. Fue entonces cuando Juana pensó que ya era tiempo de reanudar el viaje hacia Granada.

Antes de que sacaran el féretro de sus aposentos se encargó personalmente de colocar imperceptibles briznas alrededor de la triple tapa. Y así cada noche sus ojos buscaban el código secreto de su seguridad. Si las secas y

pequeñas gramíneas permanecían en su lugar, ella sabía que nadie había osado tocar aquel cuerpo.

Los días continuaron y las diminutas pajas permanecieron inalterables en el mismo lugar donde las había dejado. Entonces poco a poco la confianza volvió a anidar en su corazón. Pero al ordenar los preparativos para reiniciar la larga marcha hacia el sur, pudo comprobar que muy pocos nobles habían quedado a su lado, y que de aquel grupo la mayoría eran mujeres.

El obispo de Jaén había tenido que retornar a su sede episcopal para atender las urgencias de su despacho. El

Nuncio Apostólico alegó que le habían mandado llamar desde Roma. El embajador del imperio había viajado a Viena porque el emperador Maximiliano I había sufrido un ataque al corazón, aunque sin consecuencias graves, pero impidiéndole viajar a España. El embajador de Flandes había retornado mucho tiempo atrás acompañando el corazón de Felipe cuando fue enviado a Gante en una caja de oro; y el delegado del rey de Aragón había sido llamado por el propio monarca con urgencia, a Zaragoza.

El único que permanecía imperturbable a su lado era Luis de

Ferrer, aparentando estar preocupado por el bienestar de la reina y no dejándola sola en ningún momento.

—Hace algún tiempo tuve un tesorero que me traicionó. Espero que no suceda lo mismo con vos. Me preocupa el esmero que ponéis en mi cuidado. Puedo deciros que me resulta excesivo, pues no delegáis en nadie tareas que otros bien podrían cumplir — le cuestionó Juana.

—Vos señora, sois mi reina y jamás podré sacar de mi corazón esa costumbre de estar pendiente de vuestras solicitudes —respondió un sonriente Ferrer—. Sin duda, majestad, para mal

de muchos que se ven privados del placer de servirlos.

—La lealtad no es un defecto, Ferrer, sino, por el contrario, una de las virtudes más escasas —respondió la reina con un gesto de fastidio y de amargura.

Sin embargo los fuertes deseos de proseguir la marcha hacia Andalucía se vieron perturbados por las dificultades. La peste y la sequía assolaban las tierras del sur y los consejos de Ferrer hicieron postergar la partida por varias semanas más.

—Majestad, no es aconsejable aún la partida. Podríais contraer la peste, o

vuestros pequeños infantes podrían contagiarse. Además, según noticias llegadas de Zaragoza, vuestro padre proyecta haceros una visita.

—¡Qué bondadoso es mi padre! Pero lo más sorprendente y extraño es el hecho de que ninguno de sus emisarios me haya anunciado su venida.

Juana percibía que cada vez eran menos frecuentes los emisarios que llegaban trayéndole sus noticias.

—¿Cuándo llegará?

—Dentro de pocos días, majestad.

—A propósito, ¿cómo sigue su reina Germaine?

—Bien, majestad y será ella quien le

acompañe en este viaje.

El rostro de Juana no denotó entusiasmo y los informes de Ferrer con esas noticias llegaron a las manos del monarca.

La reina no manifiesta la menor animosidad sobre vuestra visita, majestad, y yo pondré en juego mi reputación al afirmar que no se producirá ninguna escena desagradable cuando vuestras majestades visiten a la reina, en Arcos.

Germaine de Foix escuchaba atenta mientras el rey Fernando leía en voz alta. Pero al terminar la carta con un gesto de contrariedad, exclamó:

—No puedo olvidar cuando en Flandes cortó mis cabellos, humillándome como jamás ningún mortal lo había hecho antes. Sin embargo simularé que lo he olvidado y trataré de sacarle el secreto de su fertilidad. Podéis estar tranquilo, mi rey y señor, que vuestra pequeña Germaine conseguirá todo lo que quiera saber.

—Cuanto antes lo consigáis, querida, mucho mejor será para nosotros. Y para que no os sintáis indigna, no olvidéis nunca que vos sois mi esposa, ¡una Católica Majestad!

—¡No lo había pensado! ¡Tenéis razón! Lo soy. Y todo os lo debo a vos,

mi amado esposo.

Pero los tiempos del rey no eran los mismos de Germaine y aquella prisa terminó por molestar a la joven condesa francesa, reina y esposa del rey de Aragón.

Con el informe de Ferrer, el ánimo del monarca se vio contrariado y poco dispuesto a buscar una entrevista con su propia hija. En cambio Germaine se volvió repentinamente ansiosa por lograr su cometido, pues muy cerca estaba el reino de condenarlos: a ella por estéril y al rey por impotente.

—Me extraña en demasía la tranquilidad manifiesta de Juana —dijo

el rey a su esposa—. Pero creo que todo se debe a que desconoce aún que no podrá salir de Arcos, aunque lo desee. Las puertas se han cerrado para ella — concluyó con tono áspero.

Se hizo un silencio absoluto. Y ninguno de los dos volvió a pronunciar una sola palabra.

Desde hacía bastante tiempo los reyes de Aragón habían abandonado Zaragoza y se habían trasladado a Valladolid para vivir, gobernar, reinar y administrar en nombre de la reina Juana. El gobierno de Castilla parecía haberse encarrilado bajo el férreo puño del experimentado rey aragonés.

Pero la monotonía de los días en Arcos y las ansias de partir de Juana se vieron rotas por la llegada a la villa del rey y su joven esposa.

Fernando ponía todo el empeño para que Germaine fuese aceptada por los grandes nobles castellanos, pero para que aquello aconteciera, primero debía ser recibida en audiencia por Juana I, reina propietaria de Castilla.

La nueva reina de Aragón y de Nápoles se presentó ante Juana vestida al más puro estilo francés.

Su vestido era de seda color violeta y la falda formaba delicados pliegues que caían graciosamente desde su

apretada cintura. Un broche de oro y perlas sostenía y levantaba la seda de la falda sobre el lado derecho, formando una onda impecable que dejaba ver sus blancas medias. Sus pechos, altos y apretados, se insinuaban desde el provocativo escote cubierto de encaje, haciendo las delicias del viejo rey.

Sus cabellos rubios se recogían prolijamente bajo un tocado blanco y sobre él, una pequeña diadema de perlas y oro le enmarcaba sus ojos claros y sus mejillas rosadas y pecosas.

La reina Juana los recibió imperturbable con un austero y riguroso vestido negro de doble manga y velo de

luto. Solo un pequeño cuello de encaje de Malinas, color blanco, hacía resaltar su bello y demacrado rostro marcado por el rictus del desconsuelo.

Cuando estuvieron frente a frente y los ojos de ambas reinas volvieron a encontrarse, Juana sintió un rechazo instintivo, no solo hacia aquella mujer, sino también hacia su padre. Un denso silencio parecía quebrar el aire y la sangre que corría por sus venas parecía agitarse palpitante pulsando por salirse de su cauce. Frente a ella se encontraba de nuevo la que un lejano día, allá en Flandes, había compartido el lecho con Felipe. La que había compartido sus

besos, sus abrazos, sus caricias, su piel, su boca y sus manos. Y luego, con el tiempo y como una bofetada del destino, ocupaba el lecho sagrado de su madre, compartiendo otra vez, pero con su padre, sus besos, sus abrazos, sus caricias, su piel, su boca y sus manos.

Sin embargo, Juana, mostrando gran entereza y dignidad, saludó a su padre con afecto, y a su nueva esposa con diplomática frialdad. Mientras los nobles castellanos observaban atentos cómo las puertas de Arcos se habían abierto para recibir a la nueva reina de Aragón.

Después de los saludos de rigor y un

poco más relajado, el rey Fernando, impaciente, fue directamente al objetivo causante de la visita.

—Hija, motivos tendréis de preguntar el porqué de nuestra presencia. Voy a deciros que responde a una inquietud compartida con Germaine. Nosotros deseamos que nos reveléis el secreto de vuestra admirable fertilidad. Seis hijos sanos y fuertes demuestran lo prolífera que sois.

Germaine permanecía en silencio percibiendo la manera absurda con que el rey se comportaba. Sin duda Juana se negaría a dar razones y no le respondería. ¿Qué le sucedía a

Fernando, uno de los reyes más diplomáticos de toda Europa? ¿La desesperación y el miedo a la vejez lo habían atrapado entre sus redes?

Cuando el rey terminó de hablar, con una avergonzada y fingida sonrisa, dijo a su hija:

—Soy un verdadero fracaso, pero os agradecería nos reveléis todos vuestros secretos.

Juana escuchaba atónita aquella solicitud, tan extraña como singular y, sin responder ni una sola palabra, se les quedó mirando.

Impaciente, el rey, volvió a intervenir, pero esta vez en tono más

duro.

—¡No es necesario que os diga qué verdaderas e importantes razones para el reino urgen a Germaine y a mí para que tengamos un heredero!

Imperturbable, Juana, respondió esta vez.

—Perdonadme, padre, pero no os comprendo.

—Será mejor que este tema lo tratéis entre vosotras —dijo el rey, mientras que con un ademán señalaba a su esposa—. Mi corazón interfiere y no me deja razonar con lógica.

Fue entonces cuando, para ayudar al rey, intervino con timidez Germaine de

Foix.

—Puesto que comprobado está que tanto el rey Fernando como el rey Felipe, vuestro esposo, han engendrado varios hijos, debe haber algo que yo no sé hacer correctamente y que impide mis embarazos. Algo sin duda que vuestra madre y vos habéis hecho de maravilla. Decidnos entonces, por Dios, ¿qué es?

—¡Desearía que al dirigiros a mi hija lo hagáis llamándola majestad! —le reprochó el rey.

—¡Vos mismo me habéis dicho que soy yo la Católica Majestad!

—¿Eso le habéis dicho? —preguntó Juana a su padre.

—No he dicho eso —mintió el rey con brusquedad.

Con los ojos cargados de indignación, Juana presidió la comida que fue servida en el espacioso y austero salón de la residencia, adornado con colgaduras negras. De las paredes pendían los blasones de los Habsburgo, de los Trastámara y el escudo de Borgoña. El mantel immaculado y la vajilla de plata, sobrios y sencillos, hacían juego con el dolor de su duelo. La reina de Castilla permaneció toda la comida en inmutable silencio. Apenas tocó los platos y no respondió a ninguna de las preguntas que le hizo su padre.

Finalmente cuando la cena hubo concluido y los tres se levantaron de la mesa, Juana se acercó a ellos y, tomándolos a ambos del brazo, comenzó a caminar en dirección a la puerta que comunicaba con los aposentos.

—Para lo que solicitáis, no hay secreto alguno. Pero sí estoy convencida de que el secreto radica solo en la voluntad de Dios. Rezaré por vosotros para que Dios en su infinita bondad os dé el hijo que tanto ansiáis, si esa es su voluntad.

Germaine y Fernando guardaron silencio.

Dos días más tarde los reyes de

Aragón emprendían el retorno. Cuando la villa de Arcos fue quedando atrás, una dolida Germaine le reprochó al rey.

—¡Vuestra hija está realmente loca! Dice que va a rezar por nosotros. ¿Solo con eso piensa ayudarnos?

—¡Podría haber sido con menos! —respondió el rey con voz apagada.

—¿Qué os sucede? ¿Os sentís mal?

—No. No es eso. Solo pienso en Juana. Cuando era niña su carácter era dulce y alegre. «Suegrita» le llamaba Isabel, porque se parecía extraordinariamente a mi madre. Pero la vida la ha endurecido demasiado.

La reina Germaine miró con

desprecio e intolerancia al monarca y estalló en carcajadas. Se estaba cansando de incitar las ya agotadas energías del viejo y lastimoso rey y cada día odiaba con más fuerza a su hija Juana, la que a todo respondía siempre con una sola respuesta: «Dios».

Lo que contestaba la reina «loca» equivalía para ella a no contestar.

—Ahora comprendo que he sido demasiado indulgente con Juana — prosiguió el rey con voz cansada e ignorando aquellas risas—. Arcos es demasiado abierto y peligroso. Tendré que ordenar la trasladen a un lugar con mayores seguridades.

—No veo razones para que Juana necesite de doscientas personas que le sirvan —replicó Germaine con falsedad.

—Ya veréis como será muy necesario —contestó pensativo el rey.

Si bien Juana había sentido un profundo desagrado al haber tenido que ofrecer su hospitalidad a la ambiciosa e impúdica mujer de su padre, las Cortes castellanas se sintieron complacidas con aquel encuentro y el efecto que surtió no solo fue beneficioso para el rey, sino también para su hija. Aquel tribunal no solo perdonaría la urgencia con que Germaine de Foix había venido a sustituir a la inigualable Isabel I de

Castilla, sino que en todo el reino se acallaron los rumores sobre los trastornos mentales de la reina Juana, olvidando por completo la idea injusta de confinarla en alguna fortaleza.

Y fue por aquellos días en que el reino de Castilla pareció reencontrar el camino de la razón y la confianza.

Las riendas del gobierno estaban en las férreas manos del monarca aragonés quien visitaba asiduamente a Juana en Arcos. Y la reina con su firma rubricaba los actos de su gobierno.

Pero el camino de Juana no estaba hecho de pétalos de rosas sino de punzantes espinas. Y un episodio

desgraciado vino a empañar la reciente estrenada pacificación del reino. El rey Fernando terminó de una manera abrupta la fiel, leal y sostenida amistad que mantenía con aquel que cosechara en vida los triunfos más resonantes de Europa para la corona española: el gran capitán, Gonzalo Fernández de Córdoba.

Aquel desencuentro había sido producto de un crimen cometido por el marqués de Priego y señor de Aguilar, sobrino del Gran Capitán. Y pese a los pedidos de perdón de su viejo tío, el marqués de Priego fue condenado al destierro perpetuo de Andalucía. Todas sus propiedades pasaron a manos del

rey Fernando de Aragón, que ordenó además derribar las estancias de los rebeldes encerrados en prisión, don Alonso de Cárcano y don Bernardino de Bocanegra y ahorcar en la plaza pública a varios de los regidores de Andalucía, por haber cerrado la villa de Niebla a uno de sus emisarios.

Estos actos de extremo rigor endurecieron también a los nobles del sur, aquellos a los que Juana iba a apelar para que apoyaran su causa cuando llegara a Granada. Y aunque una vez restaurado el orden, el rey Fernando se dedicó a continuar con su acostumbrada política de astucia y

disimulo, los nobles súbditos de Andalucía comenzaron a murmurar que el rey había usurpado a su hija el trono de Castilla.

Coincidentemente por aquel tiempo, el rey entregó a Diego de Colón, hijo del gran almirante y educado en el convento de la Rábida, el gobierno de las Indias, hecho que hizo despertar las sospechas de que la reina Juana no tenía absolutamente ninguna intervención en los actos de gobierno.

Previendo el rey que aquella situación iba a volver a empeorar, le propuso a Juana acudir a Valladolid para ser coronada.

—Ya es hora de que vuestra cabeza ciña la corona de oro que perteneció a vuestra digna madre. Además en Valladolid estaréis más cerca de mí para llevar a vuestra consideración cada acto de gobierno.

Pero la mente del rey, demasiado mezquina, no albergaba coronas de oro para Juana, sino coronas de encierro y confinamiento en el castillo de Tordesillas.

Aquella severa fortaleza se alzaba sobre una colina en la pequeña villa, a orillas del Duero. En ella habían firmado el 7 de junio de 1494 el célebre tratado, los reyes Isabel y Fernando de

España y Juan II de Portugal, mediante el cual sometían al arbitraje del papa el establecimiento de una línea imaginaria que corría de norte a sur por el meridiano situado a trescientas setenta leguas al oeste de las Islas de Cabo Verde. Esta línea separaba los dominios españoles, recién descubiertos, de los portugueses, en el océano Atlántico.

El navegante y cosmógrafo catalán, Jaime Ferrer, fue el que trazó la línea del Tratado de Tordesillas y en lo sucesivo serviría para delimitar lo que le correspondía a España y a Portugal.

—No deseo trasladarme —
respondió Juana.

Pero el rey cargaba sobre su vieja y cansada espalda las presiones constantes del emperador Maximiliano I, que no estaba dispuesto a ceder la herencia que le pertenecía a su nieto mayor, Carlos de Habsburgo, el hijo primogénito de Juana y Felipe. El emperador sospechaba que los nobles castellanos, cansados del rey de Aragón, no tardarían en hacer sentar en el trono de Castilla, al segundo hijo varón de los archiduques, el infante Fernando, nacido en Alcalá de Henares en tierras de España.

A estas noticias siguieron otras. La de don Pedro de Guevara, espía al

servicio del emperador, que fue sorprendido vestido de siervo, por los emisarios del rey Fernando, entrando por Vizcaya, recién llegado de Alemania. De inmediato y como acción ejemplificadora, el rey de Aragón le mandó a Simancas, donde sufrió los tormentos para purgar su castigo de infidelidad. Y fue en medio de aquellas torturas que don Pedro de Guevara confesó que varios nobles, entre ellos el gran capitán Gonzalo Fernández de Córdoba, el duque de Ureña y el duque de Nájera, conspiraban en alianza con Maximiliano I, en contra del rey de Aragón.

La noticia de que el duque del Infantado se oponía también al monarca y que el cardenal Cisneros, sabiendo de aquellas conspiraciones, nada le había comunicado, hizo temer al rey Fernando.

—¿Es que nadie necesita de mí? — preguntó a su viejo secretario—. Una mitad de España pareciera estar con el emperador y mi nieto, el príncipe Carlos, y la otra mitad prefiere a la loca de mi hija Juana. Pero yo no estoy dispuesto, después de haber luchado durante treinta años junto a Isabel, a que los reinos de Aragón y de Castilla vuelvan a desunirse en un futuro, que por el momento se presenta incierto.

¿Entendéis lo que digo?

—Os comprendo y me hago cargo, majestad —con testó el viejo y leal secretario del rey.

De pronto la villa de Arcos se tornó para el monarca demasiado peligrosa a sus propósitos. Cualquier conspirador podría entrevistarse con Juana, conseguir su consagrado «Yo, la reina» y, bruscamente, despojarlo de todo el poder que había logrado sobre Castilla.

Presentía que un solo traidor que llegara hasta ella podría hacerle perder todos sus años de esfuerzos para volver a reinar sobre aquellas tierras. Entonces él también tendría que conspirar para

obtener lo que deseaba y mientras galopaba nuevamente hacia Arcos junto a su esposa, ideó un plan macabro.

—¿No deseáis retornar a Valladolid? —preguntó el rey a su hija, no bien hubo llegado.

—En Arcos me siento bien —respondió Juana— y cuando el tiempo cambie y la peste desaparezca, reiniciaré mi marcha hacia Granada.

—Pero Arcos no es una villa para que viva una reina.

—Para una reina a quien tratan como vos me tratáis a mí; sí, padre.

—¿Qué significa ese reproche, Juana?

—Significa que me estáis tratando como vuestra prisionera. Siempre hay una excusa que impide que continúe mi marcha. Siempre un obstáculo que no me deja que llegue hasta Granada.

—Cometéis un error al acusarme pues solo cuido de vuestra salud.

—Estoy sana, soy fuerte, jamás tuve problemas en los embarazos, tengo seis hijos sanos, ¿a qué salud os referís?, ¿a mi salud mental?

—Es posible.

—¿Qué es posible?

—Que vuestra mente esté enfermando, Juana.

—Vos sois el que me acusa de que

estoy volviéndome loca y ordenasteis la lectura del diario de Martín de Moxica frente a las Cortes del reino. También me acusó mi madre cuando quería separarme de Felipe, obligándome a permanecer aquí en España y sé que este rumor, difundido, mucho podría beneficiaros.

El rostro del rey mudó de color y, no pudiendo responder a la verdad, dio media vuelta y desapareció. Cuando con el alba se marchó, envuelto entre las nubes de polvo por el camino de Ávila rumbo a Valladolid, el infante Fernando no se encontraba en la estancia de Arcos.

—¡Quiero ver a mi hijo! —ordenó Juana a sus doncellas, pero nadie se perturbó ante aquella orden suya, ante aquel pedido, ante aquella súplica— ¡Por Dios!, ¿qué sucede con mi hijo? ¡Decídmelo! —gritó presa de la desesperación.

Su dama de compañía, María de Ulloa, se acercó a ella y con cariño trató de consolarla.

—Majestad, no desesperéis, nada grave sucede con la vida del infante Fernando.

—¿Nada grave me decís y el niño no aparece en casa junto a su madre? —preguntó llorando la reina—. De eso se

enterará mi padre. Y haré que aquel que se lo haya llevado sea castigado como lo merece. ¡Ordeno busquéis al rey!

—El rey se ha marchado con el alba—respondió la dama en medio del trágico silencio.

—¿Y la reina Germaine?

—También se ha marchado.

—¿Y sin despedirse de mí?

—Los reyes de Aragón no se han despedido de vos, señora —dijo María de Ulloa—, pues son ellos los que se han llevado consigo a vuestro infante.

El dolor le golpeó de forma tan brutal e inimaginable, cual si le hubieran arrancado el corazón estando viva. ¿Por

qué? ¿Por qué la iban despojando de todo? Amores, bienes, honor, todo. Primero se habían marchado con la muerte sus dos hermanos, después la habían alejado de sus hijos que continuaban educándose en Flandes bajo la tutoría de su cuñada Margarita, más tarde le habían arrebatado a Felipe y el trono de Castilla. Y ahora al pequeño Fernando. Lo único que le quedaba en la vida para no morir eran sus dos hijos españoles. Lo único que le quedaba para poder besar y estrechar entre sus brazos vacíos de todo. Pero también a él, a su niño, se lo habían llevado lejos.

Descompuesta por tanto dolor y

desbordada en su amor de madre desvalida, Juana gritó hasta quedar sin voz. Encerrada en sus habitaciones permaneció inmóvil por varias semanas. No hablaba, no comía y por horas enteras lloraba sin consuelo, mientras día a día su salud se iba debilitando, esperando inútilmente el regreso del infante. Era el invierno de 1508.

Su deteriorado estado la obligó a guardar cama, pues su cuerpo no podía resistir tanta tragedia. Mientras el rey, su padre, divulgaba a los cuatro puntos cardinales del reino que había separado al niño de su madre, llevándoselo a Córdoba, por las consecuencias que le

podía acarrear su perjudicial locura. Quería evitar así una conspiración y cumplir con sus fervientes deseos de arrebatarse el trono a su nieto mayor (Carlos), porque él deseaba que el infante Fernando (quien llevaba su mismo nombre y había nacido en suelo español) fuera el heredero de sus reinos.

Pero Juana sabía con certeza que mientras su padre tuviese a Fernando, temerosa de no verlo jamás, ella obedecería ciegamente todo lo que él le ordenara.

Las tropas de los guardias reales que llegaron desde Valladolid custodiaron la residencia de Arcos, aislando

nuevamente a Juana y garantizando así la imposibilidad de nuevas conspiraciones. Todos cuantos la rodeaban obedecían fielmente las órdenes del rey.

Juana estaba sola en este mundo. Tan sola como jamás lo había estado hasta ese día y como en adelante lo estaría. Pero estoicamente decidió resistir. Resistir por lo único que le quedaba: su hija Catalina. Resistiría a los brutales tratos, a la soledad, a la muerte. Resistiría con sufrimiento, como en sus años de infancia, cuando con flagelaciones y tormentos deseaba alcanzar la santidad. No dormiría, no comería, no se asearía, no se abrigaría,

no hablaría.

Tirada sobre las frías baldosas del piso en un rincón de sus desoladas habitaciones, estrellaba contra el suelo los platos de comida que las doncellas le dejaban. Mientras tanto escribía y escribía, unas tras otras, cartas a su padre, peticionando le fuera devuelto su amado hijo Fernando.

El silencio se tornó abismal. Nadie contestó a sus reclamos y nadie respondió a sus cartas. Juana enfermó gravemente. Tan gravemente que, dolido por el arrepentimiento, el obispo de Málaga, el viejo confesor de su infancia, Diego de Villaescusa, escribió

atribulado una misiva urgente al rey Fernando.

«Vuestra hija, la reina Juana I de Castilla, se muere».

Ante aquella fulminante noticia, el rey respondió con la misma urgencia.

«Decidle a la reina Juana que en breve estaré en Arcos con mi nieto, el infante Fernando».

Tordesillas

La respuesta del rey fue como un milagro de resurrección para Juana. Un repentino estremecimiento del alma. En su cuerpo despertó el apetito y el deseo de asearse. Tenía que volver a estar hermosa para el pequeño Habsburgo que regresaba a sus brazos.

Arcos se llenó de alborozos cuando a principios del frío mes de febrero de 1509, el calor de los besos del infante devolvieron a Juana la alegría que creía

perdida para siempre.

Ataviada con un magnífico vestido de terciopelo azul con canesú recamado en oro, que debido a sus suntuosos pliegues disimulaba su delgadez, la reina, enternecida, recibió a su hijo. En la cabeza llevaba una corona de diamantes y rubíes, majestuosa, así recibió a su padre que se alegró de verla, y ella de volver a ver a su niño. Sobre su cuello pendía de una cinta azul el brillante refulgente de la Casa de Borgoña y en sus ojos, un brillo más intenso. Era el brillo de la felicidad.

El rey Fernando le pidió que recibiese en audiencia al duque de Alba

y al condestable de Castilla que llegaban a rendirle pleitesía. Audiencia que sería el último acto oficial de Juana como reina y que terminaría por descubrir la vil mentira de la que había sido objeto, otorgando al rey Fernando plenos poderes para gobernar con libertad.

Encerrada en Arcos, los vientos del reino juntaron los rumores distantes desde los cuatro puntos cardinales y, cual hojas secas, fueron esparcidos por el aire con la noticia de que Juana había muerto.

Luciendo cierto esplendor y serenidad se hacía necesario que el

duque y el condestable desmintieran la versión y la echaran también a los vientos para contrarrestar los rumores nefastos de la muerte y el olvido.

Y mientras el cuerpo del archiduque de Austria seguía esperando en la iglesia su definitivo entierro en suelos de Andalucía, diariamente y por todo el reino se continuaban celebrando misas en sufragio de su alma.

Pero por aquellas cosas tremendas del destino, en el momento en que Juana se retiraba a sus aposentos, llevando de la mano a su pequeño Fernando, unas voces desconocidas, anónimas e hirientes, llegaron hasta sus oídos.

—¿Se han aplacado los nobles o continúan sublevándose?

—En algunos lugares continúan en rebelión.

—¿Y por qué ha regresado el rey a Arcos?

—Regresó por su hija Juana. La reina iba a morir de pena. Y si esto acontecía, Castilla corría peligro de caer en manos del emperador Maximiliano I, el que sin duda actuaría como regente de su nieto, el príncipe Carlos, hasta que aquel, alcanzando la mayoría de edad, sea proclamado rey.

La traición volvió a lacerar su pobre corazón. Lejos habían quedado el amor

y la consideración de su padre, al que ahora solo parecían moverle mezquinos intereses políticos para usurparle su reino.

La infanta Catalina había cumplido sus dos años de edad y la alegría de volver a mecer en su regazo a sus dos niños la hizo olvidar sus angustias, mas no impidió el desenlace del trágico destino. Tampoco ignoraba el rey el nombre de Tordesillas que cual una filosa espada se balanceaba lentamente, a punto de precipitarse, sobre los cansados hombros de la reina viuda.

Pero el 14 de febrero de 1509 llegó implacable, sellando para siempre con

rigor extremo el destino de la desamparada soberana. En pocos meses cumpliría treinta años. Treinta años que nunca más volverían a ver un cielo que no fuera detrás de unos barrotes.

La política que ejercía su padre denotaba un poder impuro, una declinación en el arte de gobernar. Jamás había amado realmente a esa hija. Solo albergaba para ella, dentro de su corazón, un conjunto de frías tácticas y macabras estrategias que le permitirían manipular a su antojo su alma desprotegida.

Nunca quiso ayudarla, sino condenarla. Porque ¿podía un padre

condenar a una hija a prisión perpetua por el solo hecho de haber amado demasiado a su esposo? Curiosa perversión la del rey que convirtió su ambición por el trono de Castilla en un verdadero combate en contra de su propia sangre. Y así transformándose en el más severo censor de Juana, denunció a todos, cada día, cada una de sus actitudes. Como rey que gobernaba su reino su tarea consistía, entre otras, en velar por la rectitud de las opiniones y la conducta de Juana y no podía sino escandalizarse ante aquel amor sin límites que su hija prodigaba al cuerpo exánime de Felipe. Entonces juzgándole

severamente, llegó al extremo de decidir enclaustrarla por el resto de su vida.

Aquel amor exaltado era a los ojos del rey una ofensa demasiado grave a su investidura de reina y en la intensidad de aquel amor no vio sino la infidelidad hacia el propio reino de Castilla. Entonces su conciencia justificó el encierro como una confirmación de que todas las faltas de Juana tenían un origen común: su desmedida adoración por Felipe de Habsburgo.

El recuento de sus faltas pasadas culminaba en cada caso en el tema de su desbordada pasión. Pasión que la había llevado a vivir poco religiosamente y, al

final, a la locura.

Sin duda, Juana se defendió hasta lo último, negándose a ser enclaustrada de por vida, por eso, cuando en la madrugada anterior del 13 de febrero, el rey la despertó con brusquedad y le anunció que partirían deprisa, ella se negó.

—¡Despertad Juana, que debemos partir para que no se nos vuelva a hacer tarde!

—¿Hacia dónde partiremos, padre?
—preguntó la reina sin poder abrir sus ojos de cansancio, mientras sus pies ateridos pisaban sobre las heladas baldosas.

—Partiremos de viaje hacia el sur.

Ahogada por el desconcierto y lo inesperado de la hora, Juana se terminó de incorporar en la tibia cama. El aire gélido de la madrugada le golpeó la cara, y el desamor triunfal de su padre le golpeó el recuerdo de una infancia lejana.

El rey lograba al fin llevar a cabo su cometido, aquel que demasiados disgustos le iba causando y por el cual tuvo que desterrar de su corte al viejo procurador de Toledo, don Pedro López de Padilla. Este deseaba guardar fidelidad a la reina hasta la muerte y se negaba a las pretensiones del rey de

encerrarla en Tordesillas contra su propia voluntad. También se destacaron como partidarios de la libertad de Juana el duque de Medina-Sidonia, el conde de Ureña, el marqués de Priego y el conde de Cabra. Pero finalmente había logrado dominar a los nobles castellanos y andaluces; y si su esposa Germaine lograba tener un hijo, el destino incierto de los reinos divididos se encauzaría con el tiempo.

Mas si él llegaba a morir imprevistamente, Castilla y Aragón volverían a separarse y todas las luchas y todos los desvelos compartidos con la inigualable reina Isabel, todos los

esfuerzos por querer legar un reinado glorioso para la humanidad, todas las guerras libradas, toda la sangre derramada, todas las muertes ocasionadas, todo, absolutamente todo, habría resultado en vano.

—Pero decidme, padre, ¿hacia dónde partiremos con el alba y tan deprisa?

—Solo debéis apresuraros, lo demás ya lo sabréis.

—Pues yo tampoco habré de obedeceros. ¿O es que habéis olvidado que aunque sea vuestra hija, soy la reina de Castilla?

Los recuerdos nublaron sus ojos.

Jamás sus opiniones habían sido consideradas. Jamás sus deseos tenidos en cuenta. Siempre la prisa y las razones del reino de por medio, entre sus amores y ella.

—¡Juana!

—¡No iré con vos, padre! ¡Podéis marcharos si así lo deseáis y si la prisa os desvela, pero yo no puedo partir aún, con el alba y en medio de las sombras y este frío! Catalina es muy pequeña, podría enfermar. Además necesito alistar mis pertenencias. No soy vuestra esclava o prisionera. ¡Soy la reina, y como tal, necesito de un tiempo y de un espacio, tanto como vos los necesitáis!

A todo lo nuestro debo disponer además el traslado del féretro de Felipe.

—¡Igual habremos de marcharnos, Juana!

—¿Y cuál es el destino que me tenéis reservado y le debéis tanta prisa?

—Vuestro destino es...

—Incierto, padre, ¿verdad?

—¡No! No hay nada más certero que el camino que debéis recorrer. Daos prisa, Juana.

—¿No me habéis oído, padre? ¡No partiré ahora!

Y aquella frase resonó cortante, quebrando el silencio de la madrugada. Y ante el temor de que Juana se

disgustara y adoptara una postura contraria, de la que bien sabía el rey jamás se retractaría, dejó de insistirle y conservando la serenidad, producto de su astucia, decidió esperar un día más.

—Entonces Juana, ¿qué os parece si partimos mañana, con las primeras luces del alba?

—Dadme veinticuatro horas y partiremos, si así son vuestros deseos.

—De acuerdo, en veinticuatro horas emprenderemos el camino.

Dieciocho meses había estado Juana en la villa de Arcos. Constantemente vigilada y controlada, experimentaba la horrible sensación de haber perdido su

intimidación. Fuera de la residencia se sentía acorralada y custodiada por los guardias reales y dentro de ella, observada por doncellas, damas de honor, tesoreros, presbíteros y escuderos.

Las veinticuatro horas de aquel día pasaron veloces, demasiado escasas para guardar en los arcones la libertad apetecida.

A las tres de la madrugada del día siguiente volvieron nuevamente las prisas, las órdenes, los desvelos, los temores. La misma asfixia que en el alba anterior.

La figura de una Juana solitaria,

rodeada de espías, se dibujó en la fría madrugada. Los grandes hachones iluminaron su rostro demacrado vencido por la derrota de una larga serie de encierros. En La Mota, en Segovia, en Alcalá de Henares, en Flandes, en Burgos, en Arcos. Siempre controlada, siempre acusada, siempre culpable y condenada por el solo hecho de haber amado y seguir amando el cuerpo y el alma de su difunto esposo.

La marcha se inició en medio de las sombras. Delante de Juana iba el féretro de Felipe con los cirios encendidos y un amanecer que se había tornado más frío por el aire que soplaba sobre aquellos

campos bordados por la escarcha. Como agujas heladas y penetrantes que se clavaban en los rostros, en las manos y en los cuerpos, las ráfagas de un viento helado parecían congelar al cortejo cuando abandonó Arcos y cruzó el puente recoleto siguiendo el camino que serpenteaba colina abajo.

A las orillas del sendero unos campesinos se agruparon presurosos para ver pasar a su reina. Aquella reina sobre la que se entretejían infinitas historias dolorosas, de amor y de muerte, de pasión y locura.

—¡Decían que la reina había muerto!

—No. ¡Decían que se había vuelto

loca!

—¡Qué la tenían encadenada!

—¡Qué estaba hechizada!

—Pero nada de eso era verdad.

Gritemos por ella: «Juana por Castilla»,
«Juana por Castilla».

Asentada en un pequeño escarpe sobre el Duero se levantaba la villa de Tordesillas. Y a lo lejos, entre las sombras, erguida en medio de una desolada naturaleza sobre las orillas del río, se recortaba la inmensa fortaleza. Rodeada por un profundo foso lleno de agua, había sido construida en tiempos de Alfonso XI, rey de León y Castilla. Las sombrías paredes verticales daban

al lugar un carácter trágico, acorde con el alma de la reina Juana.

Después de bordear la corriente de agua, el cortejo real avanzó ladera arriba, hacia donde se alzaba, amenazador y desafiante, con sus torres envueltas por nubes de tormenta, el lúgubre e inmenso castillo.

Un grupo de labradores saludó con cautela el paso de la reina, al tiempo que agitaban sus callosas manos, pero Juana no veía nada, solo el fulgor de las frías y lejanas estrellas, testigos de su desdicha.

Con el ánimo alterado supo con certeza que en aquel día se había

decidido de forma irrevocable lo que de ella sería el resto de su vida. Sin embargo la esperanza jamás abandonaba su cristiano y resignado corazón y, en aquella tenaz lucha, decidió continuar resistiendo.

Los escuderos del rey la escoltaron hasta cruzar el puente levadizo para después acampar en el llano. Su padre fue el primero en entrar al castillo por la puerta principal y Juana le siguió dócilmente, seguida por Ferrer. Dentro del patio de piedras, apenas iluminado por la luz vacilante de las antorchas, un grupo de palafreneros de caras curtidas esperaba para ayudarlos a desmontar y

encargarse de los caballos.

En ese momento un trueno ensordecedor retumbó sobre sus cabezas y el cielo se rasgó atravesado por la luz cegadora de un rayo. Gruesas gotas comenzaban a caer estrellándose contra las piedras y los rostros ojerosos del rey y su hija. Al ver todo aquello, Juana sintió miedo. Un miedo negro e insondable que por unos instantes la mantuvo paralizada, movida solo por el deseo de dar media vuelta y salir corriendo, amparada por la tenebrosa borrasca. Pero una tierna voz la llamó «mamá» y Juana despertó de sus ausencias. Desde un rincón lejano ya en

el tiempo, Felipe de Habsburgo la seguía mirando con ternura, a través de los ojos claros de su bella hija Catalina.

Tomándola entre sus brazos, besó sus rosadas mejillas, apretándola con fuerza contra su pecho. Al menos aún podía gozar de aquel tesoro y de aquella tibieza, de su última y pequeña hija nacida en suelo español, pues por aquellos días, su pequeño Fernando había vuelto a Simancas, a los brazos de su ayo para continuar con su estricta educación. Las manitas tibias de la infanta acariciaron su rostro dándole calor y entereza. Por el amor de Catalina quería seguir viviendo.

—¡Apresuraos Juana, que la tormenta ya está sobre nosotros! —ordenó el rey.

—¡Catalina y yo estamos demasiado cansadas, os ruego nos tengáis paciencia!

Avanzaron por uno de los corredores laterales y luego comenzaron a subir lentamente la angosta escalera que se alzaba al final. Delante de ella ascendía el rey Fernando II de Aragón y V de Castilla, Cataluña, Sicilia, Nápoles, Rosellón y Cerdeña, duque de Atenas y Neopatria, conde de Barcelona, Sobrarbe y Ribagorza, marqués de Oristano, Gociano y Católica Majestad,

por derechos especiales, otorgados por el papa español de Roma, Alejandro VI. La sangre real que corría por sus venas no podía negar todo el poder que detentaba, pero si de poder se trataba, Juana llevaba consigo toda la sangre de un mismo linaje, aumentado por la herencia de su madre, a través de la cual había heredado los títulos de reina de Castilla, León, Granada, Toledo, Valencia, Galicia, Sevilla, Cerdeña, Mallorca, Córdoba, Murcia, Jaén, Algarves, Algeciras, Gibraltar, Islas Canarias y todas las tierras desconocidas e incommensurables que se hallaban disponibles para la corona de

Castilla en el nuevo mundo.

Pero Juana había cruzado el umbral del castillo de Tordesillas y aquel hecho equivalía a renunciar a todos sus títulos, a todos sus reinos, a toda su vida.

Como en vísperas de su nacimiento, aquel 5 de noviembre de 1479, la naturaleza volvía a estremecerse como si la Providencia Divina hubiera querido avisar al mundo de que Juana había nacido y que ahora tendría que partir nuevamente para desandar el largo camino de los despojos. Despojos de ternura que le irían sumergiendo en el más vil de los sometimientos.

El Duero se desbordó sobre los

barrancos de la orilla, igual que el Tajo cuando Juana había llegado al mundo, mientras las seis torres de la imponente fortaleza castellana eran iluminadas brevemente por una sucesión interminable de relámpagos. Pero Juana aún debía aprender la trágica lección.

Temblorosa de frío y de miedo se detuvo de repente.

—Este lugar no me agrada. Así es que en cuanto pase la tormenta, reanudaremos la marcha hacia Andalucía. Debo llegar a Granada.

Ferrer dirigió una mirada al rey que se hallaba en el último de los peldaños observando en silencio el lento ascenso

de Juana por las escaleras. Un viento lúgubre, cargado de agua, se filtraba como un aullido por las angostas ventanas del frío pasadizo, mojando los arcones que transportaban los guardias.

—¡Mucho me temo que permaneceréis en Tordesillas más tiempo del que tarden en desaparecer los nubarrones! —respondió el rey.

—Reveladme la causa del retraso —exigió Juana y clavó sus ojos en los suyos. Desafiante.

—No os preocupéis, hija. Es necesario que descanséis unos días para reanudar después la marcha hacia Granada. Ferrer seguirá siendo vuestro

tesorero y responsable del castillo y vuestra querida amiga María de Ulloa vuestra dama de compañía, siendo el resto de las señoras del cortejo vuestras damas de honor. Instalaos en el castillo y descansad. Yo me marcharé mañana muy temprano.

Una sensación de alivio embargó a Juana al escuchar la respuesta.

La fortaleza parecía encontrarse en total abandono. ¿Quién habría vivido allí antes?

Juana se instaló en la torre de homenaje. Las habitaciones eran inmensas, de gruesas paredes y ventanas altísimas, desprovistas de lujos y

comodidades. El escaso mobiliario estaba cubierto por el polvo de varios años de ausencias. Dio orden para que los aposentos contiguos a los suyos fueran acondicionados para la pequeña Catalina. Desde las altas ventanas de sus habitaciones podía divisar el monasterio de Santa Clara que había sido fundado en 1363 por las hijas de Pedro el Cruel, y la iglesia de San Antolín de estilo gótico y artesonado mudéjar recubierto de oro. A través de sus ventanas custodiaría la irremediable soledad de Felipe.

—Juana, ¿necesitáis algo más? — preguntó el rey.

El alba se insinuaba con una claridad sobre el Este, cuando Fernando II de Aragón se despidió de su hija para partir raudo hacia Valladolid, que se había convertido por aquellos días en la capital cultural y política de España.

—Solo un poco de vuestra ternura —respondió con tristeza la reina.

Pero el rey no comprendió la profunda dimensión de aquella frase.

—La tenéis —le respondió y besándola en la frente, igual que el viento helado, se fue huyendo con las sombras. Cruzó la puerta de la vieja muralla poblada de búhos y cubierta de polvo. Atravesó el foso y llegó al puente

de piedras con sus diez arcos reflejándose en el Duero. Y a todo galope se perdió en el espacio infinito de la desolada meseta castellana sin llegar a comprender la súplica de Juana.

Solo un poco de ternura hubiera bastado para que su desamparado corazón se rindiera con docilidad. Pero el rey jamás pudo entenderlo.

El eco de las plegarias en la iglesia cubrió el otro eco, más terrenal e interesado, de los goznes de la pesada puerta de la fortaleza que chirriaron con fiereza. Mientras el galopar de los caballos, inversamente, se iba perdiendo en la lejanía, ocultando en aquel sordo

retumbar el trágico girar de las llaves y el chasquido de la inmensa tranca de hierro al caer pesadamente sobre sus soportes.

Juana llevó consigo al encierro de Tordesillas todas las pertenencias que poseía en España. Entre ellas se destacaban más de setenta tapices bordados en oro y plata, de los que sobresalían los seis paños llamados «de oro» que había adquirido en Flandes y que representaban escenas de la Santísima Virgen: El Triunfo de la Madre de Dios, Dios envía al Ángel Gabriel a la Virgen, Coronación de la Virgen, Nacimiento de Cristo,

Anunciación y Episodios de la Vida de la Virgen. Llevó también consigo cinco retratos, uno de su madre, otro de su hermana Isabel, dos de su hermana Catalina cuando era princesa de Gales y uno de ella.

El tesoro en joyas era impresionante. Cien perlas grandes como avellanas, un balax grande como una castaña con tres diamantes, collares de oro, entre los que se destacaba el de las bellotas de oro que pesaba 1.818 gramos de oro. Cadenas de oro, la de «las ruelas» de casi dos kilos de oro. Sortijas de oro, azabache, coral, algunas con pedrerías, diamantes y rubíes, medallas, pulseras y

todo tipo de objetos como preciosos espejos, marcos, retablos, lámparas y peines. Entre sus cosas personales también había llevado un pequeño cofre cuadrado con cerradura de oro e incrustaciones de rosicler. Juana mantuvo durante muchos años una larga lista de piezas de plata para su servicio como platos, cubiertos y fuentes. Pero aquellas cosas materiales no lograron jamás alegrar su alma, despojada de todo y prisionera de las ambiciones mezquinas de su padre, el rey (quien al llegar a Tordesillas tomó del tesoro de su hija Juana mil quinientos marcos de plata —345 kg— y en el año 1512, otra

cifra similar).

Desde aquel fatídico 14 de febrero de 1509, Juana no pudo salir jamás de Tordesillas. Solo lo haría después de muerta.

En la torre de homenaje en cuyas almenas de piedras anidaban los búhos y los cuervos, se hallaba la sala. De ventanas más amplias que el resto de los aposentos podía verse desde allí, a través de los pequeños cristales circulares, el patio y su guardia real, el río, el campo y hasta un pedazo de cielo. Una gran chimenea se alzaba sobre una pared lateral donde unos inmensos troncos encendidos se veían forzados a

entibiar el aire helado que se filtraba por las rendijas de puertas y ventanas. Un viejo libro de autor anónimo cubierto por el polvo y las telarañas descansaba sobre un arcón. Era el único ejemplar dentro de toda la estancia. Alguien lo había dejado allí desde hacía mucho tiempo, tal vez olvidado.

Juana sacudió sus tapas llenas de polvo por el paso de los años y abriendo sus amarillentas páginas, comenzó a leer: «La Leyenda de Tordesillas... cuyo castillo, viejo e inexpugnable, construido para imponer el terror en la región, cual un gigante animado, necesitaba en cada siglo

alimentarse de algún alma cautiva... El siglo XIV albergó a la esposa de Juan I de Castilla, que murió desterrada, prisionera de la fortaleza. El siglo XV albergó otra notable reina, Leonor de Castilla, esposa de Carlos III de Navarra, que murió en 1416... Y el siglo XVI está esperando a la reina de la leyenda, que de acuerdo a las premoniciones de los astrólogos reales será reina de Castilla por herencia materna y heredera de los reinos de Aragón a la muerte de su padre...».

Juana sintió que estaba al borde del desmayo. El libro resbaló de sus manos y cayó sobre los leños encendidos de la

gran chimenea que en un instante hicieron presa de él, convirtiéndolo en cenizas.

Haciendo un esfuerzo por sobreponerse agitó con desesperación su campanilla de plata y al instante apareció Ferrer.

—Quiero partir mañana. No me importa si los cielos están cubiertos, si está lloviendo, si llega la peste, si hace frío o si hay sequía. ¡Quiero marcharme de aquí y cuanto antes!

—Majestad —respondió Ferrer con tono severo—, ¡deberéis permanecer en Tordesillas hasta que os sintáis mejor!

—¿Mejor? ¡Ordeno que os

explicuéis!

—Majestad, quiero deciros hasta que mejoréis vuestro discernimiento.

—¿Con qué autoridad habláis así de vuestra reina? ¿Quién os ha dado esa orden?

El rostro de Juana se volvió pálido mientras su mano derecha se extendía hasta un pesado candelero de hierro, con la intención de arrojárselo al cruel tesorero que la miraba con ironía. Entonces gritó con furia.

—¡Sois un traidor! ¡Un verdadero conspirador!

Ferrer asustado retrocedió, mientras el candelero se estrellaba contra la

gruesa pared y rodaba por el piso.

—Vuestro padre, el rey don Fernando de Aragón, regente de Castilla, y las Cortes del reino han acordado conjuntamente que seáis confinada hasta que Dios, en su infinita bondad, restituya a vuestra majestad el pleno dominio de vuestras facultades.

—¡Sois unos traidores! ¡Pretendéis decirme que me he vuelto loca! ¡Jamás les perdonará la historia el insulto con que me habéis coronado!

—¡Me temo que no, señora!

A partir de entonces Tordesillas no solo se convirtió en el sinónimo del célebre tratado, sino también en la

cárcel de Juana I, la noble reina de Castilla, puesta en prisión por su propio padre.

Sometida a reclusión perpetua antes de cumplir los treinta años, custodiada, vigilada, espiada, intimidada, abandonada, castigada y condenada de por vida a una angustiosa soledad, Juana terminó por enloquecer.

En tanto el rey Fernando y la reina Germaine no cesaban de esperar al hijo que salvaría la herencia de los reinos.

Una mañana al despertar, Fernando invitó a salir de caza a su joven esposa.

—Tesoro mío, deseo que hoy salgamos de cacería. Haré que preparen

los caballos, los perros y los halcones. ¡Cuento con vuestra compañía! —dijo el rey a su esposa, mientras la condesa le miraba tendida desde la gran cama.

—¡Amor! —contestó melosa—, me temo que por varios meses no podré montar a caballo.

La esperanza transfiguró el rostro del viejo y astuto rey, mientras fingía un aire de cautelosa indiferencia y se gloriaba interiormente por tanta buena suerte.

—Mi reina, esta es mi victoria. ¡Dios lo quiere! ¡Por fin llegará el príncipe que ocupará el trono de Castilla! ¡Descansad, mi bien, que seré

yo quien vele por vosotros!

Desde entonces el rey no hizo otra cosa que preocuparse por la salud de Germaine y de su futuro hijo. Si debían trasladarse de una ciudad a otra, la reina siempre lo hacía en litera, mientras los escoltas iban informando a quienes se agolpaban en las orillas del camino que aclamasen a la reina sin demasiados gritos para no perturbar su tranquilidad.

Muy lejos en el recuerdo habían quedado los meses de gravidez de la reina Isabel, cuando sumergida dentro de su férrea armadura y montada en su brioso caballo marchaba a la guerra, empuñando con fiereza la espada de la

conquista.

El tiempo había reblandecido al rey, quien anunciaba de inmediato el estado de su nueva reina, mientras ordenaba fuesen elevadas las plegarias en todas las iglesias por la salud de la madre y del futuro heredero.

Y aunque ambicioso, distribuyó generosamente fondos en todas las instituciones benéficas, rogando en favor de un feliz alumbramiento. Lo que no pudo ordenar, lo compró, procurando que no faltaran los ruegos por la reina y su anhelado hijo. Si los que llegaban hasta él solicitando favores así lo hacían, ¿por qué entonces él no podría

emplear la misma estrategia para llegar hasta Dios?

Sopas de legumbres, truchas del Tormes y naranjas de Tánger, nutrían a la reina Germaine que descansaba en el castillo de Zaragoza, entre mullidas almohadas, immaculadas sábanas de hilos y cobertores de pieles.

El astrólogo real había asegurado que la criatura sería un varón, pero antes de que la reina diera a luz, el mago desapareció misteriosamente de la corte con una bolsa repleta de oro del nuevo mundo.

Mientras los meses transcurrían y conforme iba avanzando el embarazo, el

rey dejó de requerir los amores de Germaine ante el temor de malograr el tan ansiado feliz alumbramiento.

—Venid, tonto —le decía la reina sonriente, mientras con sus dedos desordenaba los cabellos encanecidos del monarca—. No sucederá nada, pues soy fuerte y joven como un roble. Amadme y no temáis.

—Sois un ángel para mí. ¡Un ángel que ha venido a salvarme! —decía el monarca mientras se sumergía entre sus tibios brazos.

Pero el rey, viejo y apasionado, buscaba consuelo por aquellos meses de relativa abstinencia en una oscura mujer,

sierva del castillo. Su frenética actividad tanto física como política, parecía no detenerse esperando la hora de retornar al trono de Castilla.

El día del alumbramiento llegó para Germaine. Era el 3 de mayo de 1509. Médicos y comadronas fueron llamados con urgencia al altivo y vetusto castillo de Zaragoza. Como un padre primerizo el rey padeció de los nervios igual que cualquier mortal, mientras los nobles y cortesanos le contemplaban compasivamente.

Una hora después la vieja comadrona apareció en la puerta y con voz entrecortada le pidió al rey que

entrarse para presenciar el bautismo del infante moribundo, a quien le fue impuesto el nombre de Juan, igual que aquel otro hijo, muerto doce años atrás.

El pequeño había nacido con deficiencia respiratoria. Poco a poco se fue tornando de color violáceo y unas horas más tarde dejaba de existir. Fue entonces cuando el rey, cayendo de rodillas al lado del lecho de su esposa, rompió a llorar desconsoladamente como un niño. Todas sus esperanzas parecían haberse esfumado de repente. Pero él no era de los que se entrenaban sin pelear y ante aquella trágica jugada del destino, se aferraría a la vida y

lucharía hasta el final.

En los años que siguieron, el viejo rey no cesó de buscar un heredero para sus reinos, por los que temía quedaran a la deriva el día de su muerte. Mientras Juana, encerrada en el impenetrable castillo de Tordesillas, se convirtió en una leyenda. Una misteriosa leyenda donde Ferrer se erigió en su famoso carcelero, y todas las damas de su cortejo en sus vigías.

De muy poco o nada se enteraba la reina y aquellas escasas noticias, insuficientes e inconclusas, nunca sirvieron para que supiera cómo marchaba en realidad su reino de

Castilla. En Tordesillas no existían privilegios para ella y durante cuarenta y seis años imploraría en el vacío, en una atmósfera repleta de injusticias y engaños hasta terminar perdiendo también su identidad.

Alejada brutalmente del mundo, maltratada y olvidada, no era extraño que la reina terminara enloqueciendo, tratando de descifrar aquel juego macabro al que la habían sometido. Toda su vida se había visto, de repente, reducida a unas cuantas habitaciones desnudas y frías en una fortaleza abandonada en los confines de Castilla. Siendo ella la verdadera soberana de

los reinos más importantes del mundo cristiano, penosamente subsistía en silencio a los castigos corporales a los que Ferrer la sometía, cuando negándose a comer, permanecía inmóvil y en ayuno. Incapaz de defenderse, Juana solo atinaba a amenazarlo con vengarse algún día, avisándole a su padre, el que en el transcurso de siete años solo la visitó dos veces. Sin embargo Ferrer no dejó jamás de informar al rey, hasta el día de su muerte, de cuanto acontecía en el castillo. Él era su representante en Tordesillas, gozaba de todos los poderes y nadie podía contradecir sus órdenes.

Hay días —escribía Ferrer al rey— en que la reina se sienta en el suelo, llora, grita y su habitación se halla en un completo desorden, pues cuando es presa de la ira derriba y rompe todo aquello que por su propio peso no ha podido arrojar contra la puerta. Por momentos su aspecto es deplorable, sus cabellos están revueltos, sus vestidos convertidos en harapos y su boca no deja de proferirme insultos. Cuando me ve, grita: «Infierno, infierno, fuego del infierno, consumid a los traidores». Parece que la reina hubiese conjurado con los poderes del mal. Cuando se calma, comienza a lamentarse: «Fuegos del infierno, consumidme a mí también». Al desmayarse y perder el conocimiento, los médicos le administran soporíferos. Mi secretario se sentó a su lado para escuchar las palabras que la reina, en medio del

sopor e inmersa en el delirio, exclamaba: «Dios mío, no queméis a Catalina, ni a mi padre, ni a mi madre, ni a Felipe». Esto demuestra que la reina confunde el mundo de los vivos con el mundo de los muertos. Majestad, solo me limito a informar; pero según los expertos, el santo exorcista, los médicos y el astrólogo oficial dicen que vuestra hija se referiría probablemente al fuego del purgatorio. Se sugiere que la reina Juana está manchada de herejía, y el Tribunal del Santo Oficio podría intervenir en esta cuestión. Majestad, quedo a la espera de vuestras instrucciones.

Pero el rey Fernando respondió con violencia.

Tocadle un solo pelo de la cabeza y os

haré quemar vivo. Juana será loca, pero no es hereje y si en algo teméis de vuestra posición y vuestra vida, no olvidéis lo que acabo de deciros, también válido para todo el séquito de mi hija.

Yo, el rey.

—Por menos motivos habéis enviado a la hoguera a otras personas — le reprochó Germaine.

—¡Callad!, ya no tolero vuestras sutilezas. ¡A veces me repugna lo que habláis! —respondió el rey con dureza.

Sin embargo a Germaine de Foix poco o nada le importaba la reina prisionera, pues mientras Juana pasaba sus jóvenes años tras los gruesos muros

de Tordesillas, ella iba cosechando numerosas satisfacciones, aunque cada día se le hiciera más difícil soportar al rey.

Para herir más aún el alma de la reina, el carcelero Ferrer se atrevió a hablarle sobre la terrible posición en que se encontraba como prisionera en Tordesillas y que había sido declarada legalmente incompetente para reinar, gobernar y administrar, mientras otros eran designados para hacerlo en su nombre. La brutal realidad golpeó duramente a Juana que se sumergió en un profundo pozo de melancolía, negándose a comer y gritándoles a las doncellas

que pretendían asearla, vestirla o peinarla.

Una mañana al despertar corrió hasta las ventanas del ala oriental para poder ver, entre el titilar de las velas de la iglesia, el ataúd de Felipe, pero se encontró con la sorpresa de que en todas las ventanas del castillo habían hecho colocar, mientras ella dormía, gruesos barrotes de hierro. Entonces se negó a dormir en el lecho, rompió las sábanas, las almohadas de plumas y los cobertores y los fue arrojando en jirones a través de las rejas. A partir de aquel día se le administró una mayor cantidad de soporíferos que le hacían pasar cada

vez más horas en un estado de sopor o de sueño profundo.

Juana I de Castilla era víctima de un tiempo histórico. Conducida traidoramente hasta una encrucijada fatal de depresiones políticas insostenibles, terminaron usurpándole sus reinos, su trono y su vida.

El comportamiento de Juana fue siempre informado a su padre, el rey Fernando II de Aragón y V de Castilla; a su esposo, Felipe de Habsburgo, rey de los Países Bajos y de Borgoña; a su hijo, Carlos I de España y V de Alemania, heredero del grandioso imperio que pasaría a sus manos, una

vez muerta su madre, dado que en vida Juana jamás legaría sus derechos al trono de Castilla; y a quien sería el sucesor de Carlos I, su hijo Felipe II, nieto de la reina Juana. Pero ni su padre, ni su esposo, ni su hijo, ni su nieto, nadie, absolutamente nadie escuchó nunca sus súplicas. Súplicas que solo clamaban por un poco de justicia y de piedad.

Sin embargo la salud inquebrantable de Juana, después de tantos sufrimientos, malos tratos, castigos y sometimientos; seis hijos, cuatro de ellos belgas, siempre ausentes y alejados de su vida, un esposo muerto y la indiferencia de su

padre al que tanto había amado, hizo que resistiera.

En sus primeros años de encierro se aferró a la pequeña Catalina, en ella volcaba todo su amor y su ternura pues la preciosa niña resumía todo un pasado feliz que no deseaba olvidar. Y fue su intensa vida interior, poblada de bellos recuerdos, la que le ayudó a sobrellevar hasta los setenta y seis años, sus días de cautiverio en soledad.

Los años fueron pasando y la pequeña infanta se transformó en una adorable niña de ocho años, de mente curiosa e inquisitiva que dejaba admirados a todos sus preceptores, los

que elevaban periódicamente sus informes al rey, sobre los progresos de la princesa.

—Madre Teresa, no me gustan las sombras, prefiero siempre la luz del sol —decía Catalina a la monja encargada de enseñarle religión.

—Las sombras y el sol son obras de Dios —respondía con una sonrisa la religiosa.

—Pero prefiero la luz del sol —reiteraba la niña.

La raíz más profunda de aquel rechazo a las sombras se encontraba en Tordesillas. La sórdida fortaleza atrapaba la umbría desde horas muy

tempranas para iluminarse apenas durante el mediodía. Luego, cuando el sol volvía a declinar, las frías sombras penetraban presurosas cubriendo con su oscuridad las altas paredes. El musgo trepaba por las piedras del foso y ascendía por los arcos de las puertas y ventanas, mientras el frío de las habitaciones se iba instalando definitivamente para no abandonarlas nunca.

En materia de religión, educación y ciencia médica, las mentes más destacadas de Castilla se habían unido para asistir bondadosamente a la pequeña infanta, hija de un padre

difunto, de una madre sometida, hermana de cinco príncipes ausentes y desconocidos, princesa de las Españas y futura reina de algún país europeo.

La niña crecía feliz junto a su madre en una vida saludable y normal. Había aprendido a rezar, escribir, leer, bordar, coser, montar a caballo y a tocar el clavicordio. Esto último se lo había enseñado su madre que siempre permanecía a su lado, con su amorosa y atenta mirada, ante el temor de que quisieran llevársela lejos.

Todo aquello estaba de acuerdo a lo expresado por las Cortes que no se habían rectificado: «Doña Catalina

tendrá libre acceso, y en todo momento, a las habitaciones de vuestra majestad. Es nuestro deseo que la infanta viva y sea cuidada y criada por su propia madre, de acuerdo a las leyes, tanto naturales como divinas».

El rey, su esposa Germaine, el cardenal Cisneros, las Cortes y, con el tiempo, también el príncipe Carlos, educándose por aquellos años en Flandes, tenían puestos sus ojos en Tordesillas, aunque sus corazones jamás traspasaron las altas murallas del aquel siniestro castillo.

El cardenal Cisneros declaraba orgulloso por aquellos días que España

era cada vez más poderosa y más rica y eso en realidad era lo único que importaba, aunque esto fuera a costa de un ser inocente e injustamente condenado a reclusión perpetua. Pues según palabras del propio cardenal: «Dios perdona y acoge siempre en su seno, a los dementes».

En cuanto a las Cortes, se mantuvieron siempre en la misma posición: «Doña Juana de Castilla sigue siendo la reina, nuestra señora y soberana, y si bien no le es posible reinar, retendrá todo su séquito de doscientas personas, así como su dignidad y posición. ¡Ay de aquel que

intente reinar, gobernar y administrar de otra manera que no sea EN SU NOMBRE!»).

La reina por su parte logró preservar dentro de sí los recuerdos felices de su vida en Flandes, aquellos recuerdos que habían quedado suspendidos sobre los jardines de sus palacios, con sus estanques inmóviles, sus bosques umbrosos, sus senderos bordeados de lavanda. Aquellos por donde sus pies nunca más volverían a pisar, pues jamás se le iba a permitir regresar hacia aquellos días acrisolados. Jamás volvería a caminar sin prisa por las galerías acristaladas de Brujas,

buscando con sus ojos verdes el verde destello del agua. Jamás volverían los labios de Felipe a convocar su nombre al final de las sombreadas avenidas de los parques imperiales, ni sus trémulas manos a acariciar su rostro, ni su huérfana boca a besar sus cabellos.

Solo de ese modo podía volver. En la memoria feliz de aquellos días fugaces, prolongando el recuerdo, comprimiendo el dolor.

Su hijo heredero, Carlos, había cumplido quince años y con el tiempo llegaría a ser el heredero más grande que conocería la historia. Heredero de un imperio donde el sol jamás se ponía

dentro de sus extensos dominios, a lo largo y a lo ancho de los dos hemisferios del planeta.

Educándose en Malinas junto a sus hermanos, bajo la tutela de su tía Margarita, ya no recordaba a su madre, a quien había dejado de ver cuando tenía seis años. Casi no la conocía, pero temía por ella, pues más de una vez había comentado a su abuelo, el emperador Maximiliano I:

Mucho me temo que la enfermedad de mi madre sea una herencia de familia. Mi bisabuela, la reina Isabel de Portugal, murió completamente loca, después de un largo confinamiento en Arévalo y mi pobre tío

abuelo, el rey Enrique IV de Castilla, terminó volviéndose loco, pues muchas veces le vieron en la corte paseándose vestido con ropas de mujer. Pero por mis venas también corre la sangre de los Habsburgo, fuerte, victoriosa y arraigada a la costumbre de reinar, y que yo sepa, ningún Habsburgo padeció de demencia.

Según las leyes del Sacro Imperio Romano Germánico los dieciséis años le darían a Carlos la madurez para reinar. En 1514 había sido nombrado gobernador de los Países Bajos y el 5 de enero de 1515 en la gran sala de los Estados del palacio ducal de Bruselas (en el mismo lugar donde cuarenta años más tarde abdicaría), fue nombrado por

los Estados Generales duque de Borgoña y proclamado mayor de edad. (Este fue el primero de los setenta títulos reales y principescos, enumerados por orden de importancia en el preámbulo de la Dieta de Worms, de 1521). El burgomaestre Jan Van de Werbe le recibió el juramento. Durante aquel acto se dirigió a sus súbditos con las siguientes palabras: «Sed buenos y leales súbditos y yo seré para vosotros un buen príncipe».

Nodum fue la divisa elegida por el joven Habsburgo hasta que más tarde la reemplazó por *Plus Ultra*, la cual lo identificaba con Hércules y el mito de

las columnas.

Su aspecto físico, donde una barba cuadrada disimulaba el prognatismo de los Habsburgo, su inocultable ambición y su mente sutil eran todos atributos heredados de esta casa, aunque también la ambición había dominado a sus antepasados Trastámara. Sin embargo poseía buenos sentimientos que aún no habían sido contaminados por el deseo ingobernable de reinar... «Algún día visitaré a mi madre, pobrecita...».

La otra hija de Juana, Leonor, la mayor de todos, había cumplido diecisiete años y era la que más la recordaba, pues tenía ocho años cuando

vio a su madre por última vez (cuando sus padres debieron partir hacia España). Destinada a ser reina de Portugal y Francia, pues se casaría dos veces (la primera con su tío, Manuel I de Portugal, viudo dos veces de sus dos tías maternas Isabel y María, ambas hermanas de Juana, y la segunda vez, con Francisco I, rey de Francia).

Isabel, de catorce años, era la tercera de las hijas de Juana y Felipe. Tenía cinco años cuando la vio por última vez. Más tarde llegaría a ser reina de Dinamarca, Suecia y Noruega, por sus esponsales con el rey Cristian II, quien en 1523 (año en que los tres

reinos se rebelaron contra él, marcando el fin de la unión), fue hecho prisionero.

Su cuarto hijo era Fernando, español, nacido en Alcalá de Henares. Tenía tres años cuando sus padres retornaron a España. Acababa de cumplir doce y continuaba educándose en territorio español. Años más tarde se uniría al séquito de su hermano Carlos y el 23 de febrero de 1518, para evitar posibles escollos, sería embarcado a Flandes. Posteriormente ascendería al trono como Fernando I, rey de Bohemia, entre 1526 y 1564, al desposarse con Ana Jaguellón, hija de Ladislao VII de Hungría y Bohemia. Aquella era una de

las dinastías más poderosas de Europa, fundada en 1386 por Ladislao II, el cual había incorporado a la corona a Lituania y a Polonia y sus antepasados habían ocupado los tronos de Polonia, Lituania, Bohemia y Hungría. Desde 1558 hasta su muerte, fue también emperador germánico, designado por su hermano Carlos V.

Su quinta hija era María, la más pequeña que dejó en Flandes, cuando apenas contaba con un año de edad. Tenía diez años y no recordaba absolutamente nada de sus padres. María sería reina de Hungría y Bohemia al desposarse con Luis II y, al quedar

viuda en 1526, sería gobernadora de los Países Bajos.

A Juana solo le quedaba a su lado la pequeña Catalina de ocho años de edad. El último de los frutos de su amor compartido. La única hija que tenía a su lado y a quien podía besar y abrazar y la que un, día no muy lejano, partiría a desposarse con el rey Juan III de Portugal, siendo ella también reina del vecino país, donde ya lo habían sido dos de sus tías y lo sería Leonor, una de sus hermanas.

Y mientras el mundo continuaba girando y los hechos se iban sucediendo sin pausa, los días dentro de Tordesillas

transcurrían muy lentamente para Juana, pues aquel era un lugar donde se podía llorar o gritar sin importunar ni molestar a nadie. La reina terminó por convertirse tan solo en un problema administrativo para el reino.

La conciencia de Juana, cada vez más sumergida entre las sombras, y su corazón, cada vez más abandonado de afectos, contribuyeron a terminar por borrarla de la memoria de sus súbditos. Juana no existía. Era solo una leyenda que se iba esfumando con el tiempo, sepultada tras los altos muros del castillo de Tordesillas.

Ante las tremendas injusticias y

siendo incapaz de sublevarse, aceptó con entereza y estoicismo las calumnias que sobre su indefensa persona arrojaron cuantos la rodeaban: hereje, hechizada, loca o enferma.

Con todas las esperanzas perdidas acudió al último recurso que le quedaba, suplicar a su padre le restituyese la dignidad de reina. Pero el rey solo aceptó visitarla dos veces en el encierro y por muy breves periodos. ¿En tan poco tiempo dedicado, cómo explicar las angustias padecidas? ¿Cómo explicar los castigos corporales recibidos, las perpetuas injusticias, las constantes blasfemias, la injustificada

incomunicación, la tremenda despersonalización a la que la habían sometido y la cruel desconsideración sufrida? ¿Cómo explicarle a su padre tantos padecimientos, si cuando el rey llegaba, el orden, el buen trato, los buenos modales y la limpieza eran astutamente extremados por orden del carcelero Ferrer? Pero apenas el caballo del rey traspasaba el puente levadizo, el rigor volvía a imperar como único señor dentro de la fortaleza.

Nadie le hablaba, nadie le informaba de nada, nadie le visitaba. Pero sobre todo sentía que nadie la amaba. Tan solo Catalina, también cautiva como ella.

Corría el año 1516, Juana aún no había cumplido sus treinta y siete años y las paredes de sus aposentos habían sido acolchadas y se habían retirado todos los objetos frágiles y cortantes por temor a que llegara a lastimarse durante los ataques de ira y de furia que le producían el verse privada ilegítimamente de su libertad. No poseía espejos y los extrañaba. Acostumbrada a mirarse, ¿Cómo estaría su rostro? ¿Y sus cabellos? ¿Cuántos años tendría? ¿Cuánto tiempo hacía que había muerto Felipe? ¿Qué año sería? También en sus aposentos habían dejado de existir los candelabros, los jarrones, las flores, los

cristaleros, como en Flandes. Flandes. Flandes. ¿Había existido Flandes? o ¿sería solo un sueño?

No. No era un sueño. El cuerpo helado de Felipe en la cripta de San Antolín lo atestiguaba. Y Catalina, su pequeña, era el epílogo de aquella maravillosa etapa de su vida que había terminado demasiado temprano, sepultándola viva ¡Solo habían sido diez años junto a Felipe! ¡Qué escaso el tiempo compartido y cuántos años de sufrimientos en soledad!

Sus cabellos habían crecido demasiado y seguían completamente revueltos pues continuaba negándose a

que los peinaran.

—¡No me peinaré hasta que no me devuelvan mis espejos, mis cepillos de nácar y mis peines de plata! ¡Soy la reina, no una mendiga! —clamaba Juana a quien quisiera escucharla.

Por las noches dormía acurrucada en un rincón sobre el piso duro y frío y sus ropas sucias y arrugadas despedían mal olor.

Con distintas excusas los preceptores de la infanta Catalina y sus damas de honor mantenían a la niña alejada de su madre, ante el temor de que la princesa la viese en ese estado.

Sin embargo la reina poesía

periodos de lucidez y fue en uno de aquellos que dándose cuenta del paso del tiempo, recordó a su hija. ¿Dónde estaba Catalina? ¿Porqué no dejaban que la viera?

Recorrió lentamente todas las habitaciones y observó con tristeza la desolación de la estancia. Ningún mobiliario, paredes acolchadas, desorden y suciedad por los rincones, oscuridad y olores nauseabundos. No había luz, no había espejos, no había una pluma para escribir, no había una campanilla para llamar, para pedir ayuda, pero, ¿quién acudiría?, ¿quién?

Se paró sobre una silla y a punto de

perder el equilibrio se alcanzó a mirar a través del reflejo en el vidrio de una alta ventana, advirtiendo su lastimoso estado. El sol de la razón había comenzado a abrirse paso entre las nubes de sombra de la locura. Peinó con sus dedos lo mejor que pudo sus largos cabellos, alisó con sus manos sus harapos y golpeó suavemente la puerta que estaba cerrada por fuera con llave. Una doncella acudió deprisa a su llamado.

—¿Deseáis algo majestad? — preguntó la joven.

Juana, dando a su voz el tono más normal posible, respondió:

—Mucho me agradecería que alguien viniese a limpiar mis habitaciones —pero en aquel pedido no solo se traslucía astucia, sino miedo, mucho miedo de que le arrebataran a su adorada hija Catalina. Y se juró a sí misma mantenerse prudente.

«La reina Juana ha experimentado una leve mejoría —escribía Ferrer al rey envejecido y enfermo—, y, a excepción de los momentos de alienación de su mente, su comportamiento demuestra lucidez, siendo una madre normal, amante de su hija y una dama digna y cortés...».

Las escasas visitas que recibió

Juana mientras duró su cautiverio, coincidieron en afirmar «haber hallado a la reina, por casualidad, en uno de aquellos momentos lúcidos...». Si tan casuales eran aquellos periodos de lucidez, más llamativo era aún que siempre coincidieran cuando alguien la visitaba, ¿O era que Juana al verse privada de su libertad, apelaba a la locura, como un recurso para obtener un trato más justo y más afable?

Sin embargo en Valladolid al recibir el rey el periódico informe de Ferrer, el comentario de la reina Germaine fue implacable:

—¡Jamás volverá a curarse! ¡Esa

experimentada lucidez no ha de ser duradera!

—¿Y qué es lo que dura para siempre? —preguntó con tristeza y nostalgia el rey de Aragón— nada. ¡Nada es para siempre! Ni coronas, ni reinos. Nada. ¡Absolutamente nada!

Mucho le molestaba a Fernando pensar que cuando ya su cansado cuerpo se fuera a reposar para siempre a la ciudad de Granada, junto a su primera esposa, Isabel I de Castilla, con los leones de la victoria rendidos a sus pies y en su rostro la serenidad que solo la muerte otorga, su nieto, el príncipe Carlos, educado como flamenco, sin

conocer el idioma español, bajo la tutela de quien fuera en tiempos pasados su nuera, Margarita de Austria (esposa de su único hijo varón, Juan, príncipe de Asturias, que murió a la temprana edad de diecinueve años), heredaría todas las coronas de los reinos españoles, sin el más mínimo sacrificio.

Pues si de preferir se trataba, prefería que el trono de España fuera ocupado por el príncipe Fernando, segundo hijo varón de Juana, nacido en suelo español, en el año del Señor de 1503 y bautizado con su mismo nombre, por él impuesto. Pero las leyes establecían otra cosa. La herencia

magnífica en reinos pertenecía por legítimos derechos al príncipe primogénito, siempre y cuando muriese Juana. Mientras el príncipe Fernando solo recibiría como legado una renta vitalicia de cincuenta mil ducados procedente del reino de Nápoles. El único camino que le quedaba era ceder su herencia a Juana, su hija heredera, o a su nieto, Carlos de Habsburgo.

Los intentos por desheredar a la dinastía de los Habsburgo de la corona española no habían dado sus frutos. Germaine había perdido en el parto al único niño capaz de destronar a su hija y a sus nietos extranjeros, no pudiendo

obtener jamás el secreto inviolable de Juana sobre su fertilidad. Mientras, experimentaba con dolor que estaba llegando el momento de abandonar este mundo. Cansado, enfermo, padeciendo de fiebres e inapetencias, el rey se aprestaba con miedo a enfrentar el destino final. Pero por el bien de España, Juana tendría que continuar loca, aislada y confinada de todos. Confinada de sus reinos, de su pueblo, de Europa. Así, el mundo pronto la olvidaría. O tal vez, ya la había olvidado.

Buscando la salud y las fuerzas que lo habían abandonado, el rey se dedicó a

visitar las distintas ciudades del reino, pero siempre lejos de Tordesillas, donde malvivía su abandonada hija, la reina.

Muerte de un usurpador

—¿Sabéis madre? —dijo Catalina—, le pregunté a la madre superiora, mi preceptora de religión, por qué el reloj del patio tiene una leyenda que dice: «Solo marco las horas resplandecientes de sol» y ella me respondió: «Eso princesa, significa que cuando el sol está oculto, o está nublado, o es de noche, no es posible saber qué hora es, porque no hay sombras».

—Hija querida, las horas de

sombras no cuentan —di jo Juana con dulzura.

—¡Madre, esa es la verdadera respuesta! ¡Odio las horas de sombras y esas horas son las que abundan aquí!

—No os aflijáis por las sombras, mi pequeña. Daré la orden para que sean abiertas otras ventanas en los muros de vuestras habitaciones.

—Me encantaría, madre, ¿pero será posible?

—Claro que será posible, hijita mía. Pero una duda interior asaltó el corazón de la reina, porque con la excusa de que ella buscaba nuevas oportunidades para huir de la fortaleza,

le negarían la solicitud.

—¡Le escribiré a mi padre para que ordene sean abiertas esas ventanas! Ya lo veréis.

Los mensajes de Ferrer llegaron a Valladolid con la misma puntualidad de siempre.

Tengo que informar a vuestra Católica Majestad de que la reina Juana habló recientemente de introducir importantes cambios en la edificación del castillo, totalmente impracticables desde el punto de vista arquitectónico, debido al grosor y la dureza de las paredes de piedra. Al mismo tiempo os informo de que, si consideráis oportuno hacerlo, correrá peligro la seguridad de la reina.

—¡Qué olvide ese tema! —gritó el rey al leer la noticia.

Luis de Ferrer (convertido en el cruel y despiadado carcelero de una de las reinas más trágicas de la historia) disfrutaba de aquella posición y se aferraba a ella por conveniencias pecuniarias, dado que de él dependían las pagas de los doscientos servidores del castillo y los gastos relacionados con la alimentación y mantenimiento de aquella corte de leyenda. El egoísmo y el interés le impulsaban a mantener a la reina en aquellas condiciones inhumanas y de ese modo había logrado doblegarla por completo. Mantenerla aislada, en la

más absoluta de las ignorancias, estando siempre pendiente e implacable de algún posible error de discernimiento, capaz de ser trocado por locura para el mundo exterior, era la consigna del rey, estrictamente cumplida por su fiel y terrible verdugo.

—Ferrer, ¿qué ha contestado mi padre sobre mis deseos de que la infanta goce de más luz en sus aposentos? —preguntó Juana, una mañana soleada del mes de octubre.

—Majestad, vuestro padre el rey ha respondido que todo cambio en la arquitectura del castillo deberá ser abonado del peculio de vuestro difunto

esposo, el rey don Felipe. Pero debido a que la administración de aquellos fondos ha cesado en sus funciones, es mi consejo que pidáis autorización al emperador Maximiliano.

—¿Escribir al emperador Maximiliano por unas ventanas? — preguntó con cierta inquietud.

Pero Juana no se atrevió a solicitar a su suegro aquel insignificante pedido.

Mientras el rey Fernando perdiendo su salud a raudales cada día, se iba acercando al final de su vida. Enfermo de hidropesía, fiebres, sudores, dolores de estómago y asma, la muerte le iba siguiendo. Pero en el afán de no rendirse

ante ella cabalgaba de una a otra ciudad con la excusa de cazar, aunque en realidad lo único que le aliviaba la fiebre era el aire puro de la meseta y la fresca sombra de los montes de encinas. Hacía mucho tiempo que su viejo y moribundo cuerpo no reposaba en el mismo lecho de la reina Germaine, mas ella por su parte no dejaba de alegrarse, pues el rey ya le resultaba desagradable, así es que lejos del contacto físico, aquellos días fueron los mejores.

Por las noches, al regresar de sus penosas y dilatadas cabalgatas, se dedicaba a dictar su testamento (el que llegó a contener cuarenta folios). En él,

no dejó de atender a ninguno de sus allegados, pero en su mayor parte se refería al bien de España.

Dos provisiones menores hicieron referencia a Germaine y a Juana. Sobre la primera, le dotó de una renta anual que ascendía a quinientos mil florines, un usufructo de viudedad que quedaría anulado en caso de contraer enlace nuevamente. Además recomendaba a su nieto Carlos, le diera protección... «Carlos cuidará de Germaine, cual si fuera su madre...».

Y para Juana, la que en su infancia había sido su hija preferida, aquella que al mirar sus claros ojos veía los ojos de

su propia madre (Juana Enríquez), no tuvo ninguna palabra en especial. Solo la mencionó sobre el final, ordenando a quienes regirían los destinos del reino, ocultaran a su hija su muerte. Solo así, creyendo que él vivía, la mantendrían sojuzgada y obediente.

La provisión en favor de Juana era muy extraña. Allí afloraban los sentimientos del monarca, mezclándose lo tortuoso con el odio y el bien de España... «Cuando muera, es de mayor importancia que la noticia de mi fallecimiento sea ocultada a mi hija Juana, pues temo que el dolor de mi pérdida perturbe su ya precaria y

desequilibrada mente y prolongue todavía aún más su insania...».

Mientras su tiempo final se acercaba, los vómitos de sangre se fueron anunciando. El astrólogo real consultó los planetas y le vaticinó que moriría en una población de Castilla, llamada Madrigal, en la misma que un día lejano naciera Isabel.

Desde aquel fatídico día jamás se detuvo en aquel lugar. Otro adivino le predijo que conquistaría Jerusalén antes de morir y renunció a la cruzada para ganarle tiempo a la muerte.

Pero sus días en esta tierra se habían cumplido inexorablemente. Y fue en uno

de aquellos paseos solitarios cuando iba al monasterio de Guadalupe, buscando nuevas fuerzas para seguir adelante, en que le atacó repentinamente un fuerte dolor de estómago. Sintiendo su corazón demasiado debilitado y la respiración dificultada por los constantes ahogos del asma, se detuvo en una villa para pasar la noche.

—¿Qué pueblo es este? —preguntó entre los estertores, a un labrador.

—Madrigalejo, majestad —respondió humildemente aquel hombre, sin saber que con aquella respuesta el destino del rey se había cumplido con la fuerza implacable de la muerte. Muerte

que arrancaría de este mundo a su amada flor, la vida, llevándola al más allá.

—Es Madrigal en diminutivo — sonrió con ironía débilmente el rey y dio por descontado que allí moriría.

Fray Tomás de Matienzo, monje dominicano y antiguo espía de Juana en la corte de Flandes, confesó, otorgó la eucaristía y la extremaunción al rey Fernando II de Aragón, que dejó de existir a la edad de sesenta y cuatro años, pasada la medianoche del 23 de enero de 1516.

Su fiel amigo, el duque de Alba, le cerró los ojos para siempre. Aquellos ojos que en los últimos años solo habían

vivido alucinados ante el temor de tener que delegar sus reinos. Y fue otro de sus amigos y primo, don Bernardo de Sandoval y Rojas, marqués de Denia y conde de Lerma, quien acompañó su cuerpo hasta Granada. Estaba casado con doña Francisca Enríquez, y pertenecía a una de las veinticinco familias grandes de España.

La reina Germaine le lloró sinceramente, pues él había sido el único que le había dado más cosas de las que ella jamás había soñado, aunque no tardó en programar, años más tarde, en 1521, su segundo matrimonio con el marqués Fernando de Brandenburgo del

séquito del príncipe Carlos. Pronto volvió a quedar viuda y a casarse por tercera vez con otro Fernando de Aragón, duque de Calabria, siendo nombrada virreina de Valencia.

«... *Mulier, ecce filius tuus...*» fueron las últimas palabras que el rey dirigió a Germaine en su lecho de muerte. Y aquella viuda, a quienes todos odiaban y era causa de risa para muchos, fue encomendada a la protección del futuro heredero, Carlos I de España.

El rey dejó al morir como regente de Aragón y Nápoles a su hijo natural, Alfonso, arzobispo de Zaragoza, y al

cardenal Cisneros, como regente de Castilla.

Unos días después de su muerte, cuando ya sus restos mortales descansaban en Granada, Ferrer se dirigió a la reina Juana.

—Es mucho mi pesar, majestad, informaros de que vuestro padre, el rey Fernando, se halla muy enfermo.

—¿Qué sucede? ¿Qué enfermedad padece mi padre?

—Aún se desconoce, pero una carta vuestra calmaría su agotado corazón.

—Le escribiré de inmediato. Que me traigan pluma y papel —pidió Juana con cautela, pero lo pensó bien y dado que

hacía tiempo no tenía noticias suyas, cambió de opinión.

—Lo mejor será no distraerlo, así es que cuando vos le escribáis, enviadle mis cariñosos saludos y decidle que rezo por él todas las noches.

Pero Ferrer, que perseguía un objetivo, insistió:

—Vuestra carta le ayudaría a restablecerse.

—Le escribiré entonces y aprovecharé para solicitarle que ordene autorizar la apertura de las ventanas en las gruesas paredes de los aposentos de Catalina. Sé que será una gran alegría para la infanta.

—Vuestra idea es excelente, majestad —respondió astutamente el carcelero.

Y así fue que al día siguiente, el traidor Ferrer tenía en su poder la carta de Juana dirigida a su padre muerto.

En Castilla las campanas de todas las iglesias no habían dejado de llamar a duelo y Juana se perturbó pensando en Catalina. De inmediato mandó llamarla y la pequeña infanta apareció al final del corredor vestida de riguroso luto.

—¡Hijita! —le interrogó Juana—, ¿a qué se debe vuestro luto en el vestir?

—Ferrer me ha informado de que un terremoto ha sacudido Andalucía

produciendo gran cantidad de muertos. Tenemos que vestir luto, madre, ¿no os lo dijo don Luis?

—Claro que me lo dijo, pero lo había olvidado —mintió la reina—. ¡De inmediato ordenaré que me traigan un nuevo vestido de color negro!

La reina —informaba Ferrer a Cisneros — ha concebido la idea de que en Andalucía se ha producido un terremoto. Y a pesar de que el último se produjo hace muchísimos años se ha vestido de luto por las víctimas y ha obligado a la infanta Catalina ¡a vestir también de negro! Esto ha ocasionado nuevos gastos al tener que confeccionar los flamantes atuendos.

Ferrer también escribió una misiva al joven Carlos, coronado en Flandes, aquel mismo mes, como el rey de España.

Vuestra majestad, que pronto se hará cargo de la real heredad tan dignamente merecida, puede desear antes de visitar a vuestra augusta madre, la reina Juana, propietaria de Castilla, consultar a este vuestro humilde servidor que más abajo firma, teniendo en cuenta que nadie puede reinar, gobernar o administrar este reino, como no sea «en su nombre». Yo, que conozco y sirvo a la madre de vuestra majestad desde hace muchos años, en su lamentable enfermedad que todavía persiste, me encuentro en condiciones de informar a vuestra majestad de muchas

cosas que nadie más sabe, así como de guiar a vuestra majestad por la senda de conducta y conversación que menos probabilidades ofrezca de causar dolor a vuestra madre, la reina de Castilla.

Cuando Carlos I de España recibió aquel informe, concluyó:

—¡Ferrer debe de ser un hombre muy fiel a mi madre!

Un día, de repente, cual un milagro del cielo, la situación cambió radicalmente para la reina Juana. De nada sirvió acallar a las doncellas y soldados sobre las penurias padecidas dentro del castillo porque las noticias traspasaron los gruesos y húmedos

muros de Tordesillas y se esparcieron, salvadoras, por todo el reino que la amaba y que exigía su libertad.

El rey Fernando estaba muerto y aunque aquella noticia no había llegado a los oídos de la reina, sirvió para que el pueblo enardecido clamara clemencia por su soberana y pidiera la destitución y la cárcel para su carcelero.

El pueblo de Tordesillas se sublevó arrastrando con él a los guardias y doncellas del castillo. Se incendiaron las puertas, se rompieron las trabas y se arrojaron las llaves en los fosos de agua.

Juana escuchó los ruidos y

temblando de miedo se sentó en la cama. Se oían pasos por las escaleras que luego avanzaban por el corredor de sus habitaciones. Movida por la intuición se levantó de prisa y corrió hasta los aposentos de Catalina. La infanta dormía apaciblemente. De pronto la puerta cayó derribada por una gran multitud que la aclamaba y que portaba picos, palos y lanzas.

Curtidos pobladores, pálidas doncellas y valientes soldados se encontraban en el corredor detrás del umbral y aquella infinidad de ojos se clavó victoriosa en los ojos desolados de su reina cautiva.

—¿Dónde está nuestra dignidad de castellanos si permitimos que nuestra propia reina viva prisionera en esta fortaleza? ¿Dónde está nuestro coraje, si no sirve para derribar las trabas y otorgarle la libertad a la reina Juana I de Castilla?

—Venimos todos humildemente a salvaros, señora —di jo uno de los cabecillas de la revuelta con tono apremiante.

—¡No debéis perder un segundo, majestad!

—¿Qué ha pasado? —preguntó Juana, mientras cubría sus hombros con una manta.

—¡Solo queremos que seáis libre y que libremente reinéis sobre Castilla, señora nuestra! Hemos abierto una brecha en la muralla para entrar al castillo. Tal vez vengan por nuestras cabezas, tenedlo por seguro, pero queremos que sepáis que nuestro amor y lealtad hacia vos, señora, son inalterables. Exigimos vuestra liberación a cambio de nuestra vida.

Aprovechando aquellos confusos momentos, hubo quien entre tantos intentó exorcizarla, porque según decían la reina había sido hechizada en su reino de Flandes. Mientras su dama de honor, María de Ulloa, alcanzó a despachar a

un mensajero con una carta al cardenal Cisneros, informándole de la insurrección producida en Tordesillas.

Con la urgencia del caso y considerando la gravedad de la situación, el cardenal envió a la fortaleza al obispo de Málaga, don Diego de Villaescusa. Curiosamente aquel sacerdote siempre estuvo presente a lo largo de la vida de Juana, en los momentos en que el destino parecía poner a prueba su temple y fortaleza.

Don Diego de Villaescusa llegó al día siguiente, aplacó los ánimos, investigó y descubrió las silenciosas vejaciones a las que era sometida la

reina Juana.

Cuando el cardenal Cisneros recibió los informes del obispo, no dudó en destituir del cargo a Luis de Ferrer, uno de los más terribles verdugos que la reina tuvo en su vida. Junto con él también fueron despedidas todas las personas a su mando, aquellas que nunca la habían respetado. Pero lamentablemente todo había sucedido demasiado tarde y los largos años de trato indigno y despiadado jamás pudieron restituirse ni borrarse del noble corazón de Juana. Aquel corazón que seguía latiendo gracias a un rico y sensible mundo interior, por el que se

escapaba a veces, através de los inmensos jardines de Flandes, de los umbrosos bosques de Brujas, de las terrazas del palacio de Bruselas, de aquellos senderos bordeados de rosas de los parques de Borgoña, para poder así seguir viviendo.

Durante aquellos años nunca la abandonaron los besos, las caricias, las palabras y los ojos de Felipe, que le siguieron siempre, fuese por donde fuese, deambulando acorralada entre aquellas paredes infinitas, monótonas y grises de su prisión, a través de la persona de su pequeña hija Catalina. A veces una vaga sonrisa dejaba ver sus

blancos dientes y sus ojos sin brillo parecían escabullirse a jugar con las aguas de algún estanque lejano. Solo su cansado cuerpo quedaba en Tordesillas, porque su mente hacía tiempo que había volado muy lejos de allí.

Carlos de Habsburgo fue proclamado rey con el nombre de Carlos I, rey de las Españas, de las dos Sicilias y soberano de América, conjuntamente con su madre, en la catedral de San Miguel y Santa Gúdula, en Bruselas, aquella catedral donde sus padres se habían desposado, veinte años atrás, «... doña Juana y don Carlos, hijo suyo, Reina y Rey Católicos...». Aquella

fórmula conjunta era una original manera de adueñarse del trono de su madre, aún viva en Tordesillas. Sin embargo faltaba ser reconocido por los reinos de España y no todos estaban conformes. Algunos preferían a su hermano Fernando, nacido en suelo español y que se hallaba por aquellos años con su pequeña corte en Aranda del Duero.

Rey de España en los primeros meses de 1516, contaba entonces con dieciséis años de edad. Hasta su llegada al territorio español, producida el 19 septiembre de 1517, sería regente de España el cardenal Cisneros, quien moriría sin conocer al nuevo heredero

de los reinos españoles (Por error del almirante, la escuadra que traía al joven Carlos, arribaría a Villaviciosa y no a Laredo donde lo iba a esperar una importante comitiva, y aquello fue considerado, posteriormente, como un mal presagio para su reinado).

El cardenal Cisneros había mandado llamar al nuevo heredero que se embarcó con urgencia hacia su nuevo reino, con todo el protocolo diplomático heredado de su padre y de su abuelo. El nuevo rey de España y futuro heredero del Sacro Imperio Romano Germánico, nacido en Prisenhof, Gante, dio la orden de que, en el palo mayor de su nave,

fuesen izadas las banderas de todos los países por donde navegaría, pero por sobre todas ellas, ondearía la de la arrogante águila bicéfala del imperio.

Carlos I fue saludado con todos los honores a su paso por las costas de Inglaterra y de Francia desembarcando finalmente en Asturias, otrora el primer reino cristiano de la península ibérica. Establecía así su primer contacto con un país cuyas costumbres y lengua le eran desconocidas. Lamentablemente no iba a saber hacerse querer por sus súbditos españoles, a quienes no tardaría en agobiar con excesivos impuestos, originados en su ambiciosa política

exterior.

Llegó rodeado por el círculo de sus favoritos asesores flamencos que conformaban la corte, causando un profundo desagrado en la nobleza española. Este clima de hostilidad fue creciendo lentamente hasta provocar, en 1519, grandes conmociones internas que culminaron con el levantamiento de las comunidades castellanas y de las germanías valencianas.

Carlos I de España solo permanecería en España hasta mayo de aquel año, cuando tras la muerte de su abuelo paterno, el emperador Maximiliano, debió partir hacia

Alemania para ser elegido emperador.

Ya en suelo asturiano se sintió incómodo.

—Me resultará muy extraño reinar en nombre de otro. Aunque ese otro sea mi propia madre —había comentado Carlos a su fiel asesor Adriano de Utrecht. Pero si mi madre ha enloquecido, entonces creo que no opondrá dificultades. ¡Además Ferrer me ayudará, pues mucho conoce de ella y aunque ya no esté a su cargo, sabrá guiarme en el desenvolvimiento y trato que yo no conozco!

—Confiad en Dios y en vuestro buen tino —le aconsejó su fiel consejero.

En Valladolid se entrevistó con Ferrer, quien acudió a brindar sus informes y sus versiones sobre la realidad a pedido del monarca.

—Vuestra pobre madre le ha escrito una carta a vuestro abuelo muerto —dijo Ferrer, enseñándole al joven Carlos la carta de Juana a su padre, solicitándole fueran abiertas unas nuevas ventanas en los aposentos de la infanta Catalina.

Con su rostro de mentón prominente, sus claros ojos y sus cabellos rubios heredados de los Habsburgo, Carlos afirmó con su cabeza y permaneció en silencio.

—¡Es grave! —concluyó finalmente.

—¿No habéis informado a mi madre de la muerte de su padre? —interrogó el joven rey.

Fingiendo inocencia, Ferrer respondió:

—Majestad, he sido yo mismo el encargado de anunciarle sobre la trágica pérdida, pero la reina se ha negado a aceptar la realidad. Confunde a los vivos con los muertos y la realidad con sus fantasías.

—Comprendo —respondió el rey con dificultad, pues no hablaba bien el español y debían traducirle—. Iré a ver a mi madre.

—Os ruego majestad, no informéis a

vuestra madre que el rey Fernando ha muerto, puede caer víctima de un ataque de ira.

—Sé muy bien lo que debo decir — respondió en tono cortante el monarca.

—Además, majestad, debo advertiros de que fingirá estar cuerda, para que de ese modo, jamás vos podáis gobernar España.

—Descuidad, me mostraré comprensivo.

—Majestad —prosiguió el que fuera su carcelero—, respecto a vuestra hermana, la infanta Catalina, me permito aconsejaros que seáis prudente en el decir, ¡pues la niña vive dominada por

vuestra pobre madre!

—¡Pobrecita Catalina! ¿Por qué permitisteis eso?

—Las Cortes de Castilla lo han dispuesto, majestad. Los españoles tenemos puntos de vista demasiados rigurosos.

—¡Lo estoy comprobando!

Diciendo esto el rey despachó a Ferrer que se retiró con la certeza de que el joven Carlos de Habsburgo ya estaba preparado para ver, después de once años, a su madre. Pero no pensó en el profundo alcance que su visión despectiva sobre los puntos de vista rigurosos de los españoles, tendría

sobre el nuevo rey.

Aquella frase lo había condenado y destituido definitivamente en la mente del futuro emperador, pero él ni siquiera lo sospechaba.

Otro caballero tendría en su poder, de allí en adelante, las llaves de Tordesillas. Aquellas llaves que encerraban con doble vuelta a la reina de Castilla y, desde la muerte del rey Fernando, también reina de Aragón.

Don Hernán, duque de Estrada, asumiría como el nuevo carcelero de la reina. Por su parte, Carlos decidió visitar de inmediato a su madre en Tordesillas.

Al enterarse Juana de que su adorado hijo Carlos estaba por llegar a verla, fue presa de una crisis de nervios. Once años habían pasado. Once años de amargos sinsabores donde la presencia del pequeño, ahora joven, evocaba en su recuerdo la etapa más feliz de su existencia. Volver a verlo sería como volver a transitar el pasado. Se veía corriendo por detrás del pequeño al comenzar a dar sus primeros pasos por los espaciosos salones alfombrados de su palacio de Gante, entonces, tomándolo entre sus brazos y levantándolo bien alto para que el Principito se viera reflejado en los

espejos comenzaba a reír atrapado por la curiosidad. Lo recordaba cantándole canciones de cuna en castellano antiguo acompañada por su clavicordio en la tibia sala de Música; y sobre todo lo recordaba en aquella tarde cuando le regalaron el caballito árabe y junto a Felipe le enseñaron a montar por vez primera. ¡Cuántos recuerdos! Sin embargo, entre tantas bellas imágenes jamás había podido olvidar la del instante de la despedida, cuando las lágrimas bañaban aquellas tiernas mejillas sonrosadas y sus bracitos regordetes querían aferrarse a su falda y ella, contra sus deseos, debía partir

presionada por las circunstancias históricas, hacia una España que la reclamaba. Tanto dolor, tanto suplicio ¿para qué? Para confinarla después de castillo en castillo hasta terminar recluida en un oscuro rincón del mundo, desarraigada contra su voluntad de sus amorosos retoños. Bellas simientes del árbol de la vida que había plantado con Felipe, pero que tuvieron que crecer amparadas bajo la sombra de una madre postiza. Aquella madre que la había reemplazado con sus besos y caricias, mientras ella, obligada en España, sentía desgarrársele el corazón con cada día que pasaba, separándola más y más en el

recuerdo de sus hijos, hasta que la olvidaran.

¡Qué distinta hubiera sido la vida si desafiando el destino se hubiese negado a retornar! ¡Si pudiera volver atrás en el tiempo! Tal vez Felipe hubiera continuado viviendo y amándola y sus hijos no hubieran sufrido la necesidad de llamar «mamá» a la tía Margarita, una mujer a la que Dios nunca le dio hijos propios, pero que tomó como suyos a sus queridos sobrinos, pequeños herederos de inmensos Imperios, de diversos reinos, de preciosas coronas, pero desheredados a poco de nacer de lo más sublime de este mundo: del amor

de madre.

Ella también lo había padecido y sabía el dolor que provocaba en el alma de un niño.

Por eso ahora que Carlos había venido a verla, aquel hijo primogénito que ya ni conocía y en el que tantas esperanzas habían cifrado Felipe y el emperador, no sabía qué hacer, ni qué decir. ¿Cómo sería? ¿A quién se parecería? ¿Aún la recordaría y amaría, tanto como ella a él?

Suponía que Carlos ya sería rey de Flandes. Después de fallecer Felipe, la corona habría pasado a su poder. Sí, no cabían dudas, ¡los flamencos ya

deberían haberlo coronado! ¡Carlos era rey! Si, ¡Su hijo era rey!

Tímidamente pidió por favor a una de las doncellas que le acercara un espejo. Quería verse, era urgente. ¿Cómo luciría? ¿Cuántos años tendría? ¿Treinta y ocho? ¿Cuarenta? ¿Cincuenta? ¿Cuántos años había vivido ya? Fueran los que fueran, le parecían un siglo. Pero no recordaba bien, ¡Carlos debería de tener diecisiete años, o tal vez menos!

—¿Qué le habrán dicho de mí? —se preguntaba ansiosa—, ¿le habrán dicho que me encerraron por loca? ¿Qué mentiras y qué verdades le habrán contado sobre mi existir? Esta es la

oportunidad. ¡Ahora podré conseguir que abran las nuevas ventanas para mi buena Catalina! ¡Mi hijo es rey! no podrá negármelas. ¡Y qué cruel mi padre no responder a mi carta! Le pediré a Carlos que ordene abrirlas. Catalina necesita sol, luz, claridad y yo también. Este castillo es demasiado frío. ¡Tengo mucho frío! ¡El tiempo de las sombras ha pasado, ha quedado en el olvido, en un rincón! ¡Le pediré a mi hijo haga abrir las ventanas, pero no debo despertar sospechas!

—Sin despertar sospechas me llevaré de Tordesillas a nuestra hermana Catalina —dijo Carlos a su hermana

Leonor que le había acompañado a España. Es por su propio bien.

Los ojos de Ferrer, que continuaban rondando al monarca, se iluminaron cuando se enteró por labios del rey de que al partir se llevaría consigo a su hermana menor Catalina. ¡El único eslabón que unía a Juana, la prisionera, con el mundo real, era la infanta Catalina! y si se la llevaban, ¡por fin podrían aislarla totalmente!

—¡Majestad —dijo Ferrer con asqueroso servilismo—, vuestra sagrada persona reúne la sabiduría de los Césares, a quienes sucederá algún día en el trono imperial y la piedad de un buen

cristiano, herencia de vuestra inigualable abuela materna!

—¡No hago otra cosa que cumplir con mis deberes! —respondió diplomáticamente el rey, mientras la desconfianza hacia Ferrer iba en aumento. Además el rey había sido informado por carta del cardenal Cisneros que Ferrer había sido destituido, siendo nombrado en su lugar Hernán duque de Estrada. Lamentablemente Cisneros no había podido entrevistarse con el joven rey y en breve moriría, sin poder conocerlo.

La sala del castillo de Tordesillas había sido suntuosamente decorada con

tapices, alfombras, muebles y escudos. Y sentada en su trono, con los hombros cubiertos por una capa de pieles grises, sujeta sobre el pecho con un broche de esmeraldas que simbolizaba el águila imperial y dejando ver debajo un magnífico vestido color verde oscuro, luciendo sobre su cabeza una sobria diadema de oro, se hallaba la reina Juana. Extremadamente nerviosa, aguardaba la entrada de su hijo.

Con la incomodidad de aquel que se siente tremendamente solo, separado del mundo, miraba constantemente a la selectísima asamblea allí reunida, integrada por los más grandes del reino,

diplomáticos, extranjeros, altos dignatarios de la iglesia, representantes del imperio y el séquito flamenco del rey, los que sumaban unas trescientas personas. Aquella multitud de ojos se había clavado sobre ella, paralizándola. Era el 4 de noviembre de año del Señor de 1517. En dos días más cumpliría treinta y ocho años y llevaba nueve años ya de prisionera.

Pero la reina Juana de Castilla y su hija, la infanta Catalina, ignoraban — pues se les había ocultado— que aquel hermoso y joven rey que avanzaba con seguridad y aplomo sobre la larga alfombra roja, acompañado de aquella

bella joven, vestida al más puro estilo centro europeo, eran el nuevo rey de Castilla y Aragón y su hermana, la princesa Leonor de Austria.

Juana no solo ignoraba que había llegado a suelo español su hija mayor, sino también que Carlos ceñía sobre sus sienes todas las coronas de los reinos españoles. Habían llegado dos días antes sin que Juana lo supiera. Los allí presentes habían sido advertidos para guardar celosamente el secreto.

—Majestad, el rey Carlos de Habsburgo y su alteza la princesa Leonor de Austria —dijo su fiel amiga, María de Ulloa al oído de la reina.

A Juana aquel instante le pareció sublime, mientras confundida y desorientada veía avanzar por el medio de la inmensa y repleta sala, a sus dos hijos, Carlos de diecisiete y Leonor de diecinueve años. Los había dejado de ver cuando Carlos tenía seis años y Leonor ocho. Once años perdidos, lejos de sus vidas.

La princesa poseía un rostro nórdico heredado de sus antepasados alemanes y lucía un hermoso vestido celeste con una pequeña capa de armiño, mientras que Carlos vestía una brillante armadura con manto de seda amarillo, rojo y blanco con su divisa *Plus Ultra* bordada en

hilos de oro y, sobre su cabeza imperial, un gorro de terciopelo negro con plumas blancas.

Entre el asombro y la emoción, Juana les veía acercarse lentamente, mientras su precipitado corazón se agitaba como queriendo salirse del pecho. El esfuerzo era enorme, debía contenerse para no lanzarse a correr, a estrechar entre sus brazos a aquellos dos hijos suyos y besarlos hasta cansarse, devolviéndoles en un instante los once años de besos perdidos y ausentes de ternura. Guillermo de Croy, señor de Chriève, consejero de Carlos, le anunció en voz alta la llegada de sus hijos. Y fue

quien horas más tarde opinó que Juana debía abdicar en favor de su hijo Carlos.

El joven rey y su hermana se detuvieron varias veces en aquel andar que parecía irreal para inclinarse en profundas reverencias, como un gesto hacia su madre de sumisión y respeto.

¿Vendrían sus hijos a devolverle la libertad perdida?

Pero el duro carácter del joven Carlos no logró enternecerse con los padecimientos de su madre. Solo le produjo una gran impresión a su espíritu abúlico y ambicioso el conocer la existencia de su hermana Catalina,

enclaustrada en Tordesillas, junto a la reina demente.

Apartada del mundo, la niña tenía como misión acompañar a su madre y aquello causó una gran conmoción en su alma.

La infanta Catalina era retraída y esquiva con la gente que no pertenecía al castillo. Así había vivido desde su nacimiento, sin conocer nada del mundo. No conocía el mar, ni las lejanas montañas, ni los bosques imperiales, ni los alegres y espléndidos palacios de Flandes poblados de risas, música y fiestas fastuosas. Su sórdida realidad conmovió entonces a aquellos dos

hermanos que llegaban desde muy lejos.

La mayor autoridad del reino en aquella ceremonia, era la propia Juana, reina de Castilla y también de Aragón, Navarra, Nápoles, Sicilia y las tierras del nuevo mundo. Sin embargo ella no lo sabía. Por expreso deseo de su padre, manifestado en su testamento, la mantuvieron ignorante de sus reinos y en la creencia de que el rey Fernando seguía vivo, jamás se le ocurrió reclamar el ejercicio del poder.

—¿Quién es de mis hijas, la hermosa joven que avanza junto a Carlos, que no recuerdo? —preguntó Juana a su dama de honor, María de Ulloa.

—Vuestra hija Leonor, majestad.

¿No sabíais que vendría?

—Nadie me lo había dicho —dijo

Juana con los ojos nublados por las lágrimas.

Y en aquel momento creyó que iba a desmayarse. ¡Pero no, tenía que ser fuerte!

El silencio era profundo. Todo el mundo estaba pendiente de aquel encuentro demorado por once largos años.

Su hijo Carlos bien asesorado por Ferrer, en el papel que debía desempeñar, habló en aquella oportunidad en francés, muy cortésmente

y con piadoso tacto. Pues aunque los hijos de Juana disfrutaban de una excelente cultura y un notable talento, desconocían la lengua materna. Ante el asombro de la concurrencia, que finalmente los aprobó con una sonrisa, Carlos y su hermana llegaron hasta el trono donde se hallaba su madre y después de abrazarla y besarla, se arrodillaron ante ella, besándole la mano.

Una Juana emocionada hasta las lágrimas, de pie frente a ellos, los tomó de las manos y los obligó a levantarse, volviendo a besarlos en ambas mejillas. Por un momento, bajo sus labios, sintió

el palpitar de la piel de sus dos pequeños, aquellos que se habían quedado mirándola, llorosos, cuando ella se marchara de Gante. Su mente estaba ahora en las ventanas del carruaje que corría velozmente por el parque, mientras sus manos se agitaban al viento, respondiendo a aquellas manitas desesperadas y aquellos ojitos desconsolados, hasta perderlos de vista en un recodo del camino. Once trágicos y largos años, que ahora llegaban a su fin, en este tierno abrazo.

—Madre, ¿en qué pensáis? — preguntó Carlos.

—En vosotros. ¡Y en que el rey de

Flandes no tiene motivos para arrodillarse delante de la reina de Castilla! —dijo Juana, con dignidad, a su hijo Carlos de Habsburgo.

—¡Pero un hijo debe demostrar siempre el amor y respeto que merece su madre! —respondió el rey visiblemente emocionado y dominando su voz, aquella voz que sonaba igual a la voz de Felipe, grave, tierna, pero al mismo tiempo, firme y decidida. Era su misma voz, aquella que tantas cosas hermosas le había susurrado en sus oídos. El espectro de Felipe rondaba en el aire, en los ojos, en los gestos, en la voz y en las sonrisas de sus hijos.

Entonces tuvo que contener el deseo irrefrenable de apretar entre sus brazos a aquellos dos seres de su propia sangre y de la adorada sangre de Felipe. Tuvo deseos de besarlos, de devolverles las caricias guardadas solo para ellos, pero se contuvo, porque no era conveniente. Sus hijos ya no eran suyos. Ya no le pertenecían. Él, era el rey de los Países Bajos y su hija, una princesa, futura reina consorte de algún reino europeo.

Con voz clara y notable, que los allí reunidos pudieron oír, Juana les preguntó algunas cosas, que aunque limitada en su información sobre el mundo exterior, pudo hacerlo con

perfecta lucidez.

Les preguntó sobre las minas de plata del nuevo mundo, del estado del tiempo en Flandes, de la marina de guerra española. Y mientras duró aquella amable conversación con sus hijos, su corazón parecía gritarles en silencio, un silencio que jamás podría haber roto: «Ayudadme hijitos, que aquí en Tordesillas suceden cosas demasiado injustas, de las que vosotros no estáis enterados».

La conversación derivó de los asuntos políticos a los asuntos familiares, pues a Juana le parecieron menos peligrosos. Ansiosa preguntó por

su hermana Catalina de Aragón, reina de Inglaterra y se alegró, porque había sido madre de una niña, a la que habían puesto por nombre María (Con el tiempo, sería la reina María I Tudor). Desgraciadamente, Catalina de Aragón correría su misma suerte al terminar sus días en cautiverio, repudiada por su esposo, el rey Enrique VIII, por no poder engendrar un heredero varón. En 1527 se divorciaría de ella, casándose con Ana Bolena y enviando a Catalina, cautiva, a la torre de Londres, donde sería atormentada a diario, con constantes amenazas de ser asesinada.

También se conmovió con el

nacimiento de su sobrino, el príncipe Alonso de Portugal, hijo de su hermana María, reina de aquel país y se entristeció con la muerte de Enrique VII de Inglaterra, volviéndose indiferente con la de Luis XII de Francia, pues jamás olvidó los desplantes que la esposa de aquel le había hecho durante su viaje a Francia.

Carlos le habló a su madre sobre el libro: *Institutio Principis Christiani*, que Desiderio Erasmo, autor de *Elogio de la locura*, le dedicó, alegrándola sobremanera. Pero la conversación concluyó en un error fatal, cuando Juana preguntó por su padre.

—¿Habéis visitado a su majestad, el rey Fernando? ¿Cómo le habéis encontrado?

Con disimulada piedad, uno a uno los presentes fueron abandonando la sala. Algunos miembros de las Cortes movieron tristemente sus cabezas. Era evidente que la reina se había vuelto loca. Otros ojos seguían brillando con gran intensidad, mientras la voz de la conciencia le repetía a Carlos en sus oídos «Será muy fácil reinar, en nombre de vuestra madre».

—Madre —respondió Carlos—. ¡Vuestra majestad, el rey Fernando, ya no sufre de ninguna enfermedad!

—¡Eso me da alegría!, pues no he tenido noticias recientes de mi padre. Estoy alejada de todo, aquí en Tordesillas, esperando el día en que pueda reiniciar mi camino a Granada, pues debo llevar el cuerpo de vuestro padre para que sea enterrado allí. Sé que mi padre es un rey muy ocupado y no quiero causarle molestias distrayendo su atención por cosas sin importancia. Pero, ¿sabéis algo, hijo?, necesito que autoricéis la apertura de algunas ventanas para los aposentos de vuestra hermana Catalina. ¡Si vierais qué oscuras son sus habitaciones, estaríais en todo de acuerdo conmigo!

¡Excesivamente oscuras, para una infanta tan pequeña!

De pronto, Juana sintió que la invadía el terror. Sin querer, sus palabras habían ido demasiado lejos y en el rostro de Carlos le pareció ver el rostro de Felipe, cuando se tornaba adusto y serio si algo le disgustaba.

—Tenéis razón, madre mía — respondió cariñosamente el rey—. La oscuridad no es alegre ni sana, y Catalina es aún muy pequeña para vivir entre las sombras. Haré que abran de inmediato las ventanas en el muro.

—Pero deberíais consultarle primero al rey Fernando, podría

disgustarse mucho si no lo hacéis —
respondió Juana temerosa.

—No temáis madre, jamás me
atrevería a causar un disgusto al rey de
Aragón.

—¡Gracias hijo mío! ¡Muchísimas
gracias y bendiciones para el que algún
día será el rey de España y emperador
del Sacro Imperio Romano Germánico!
¡Seréis muy bueno, pues sois audaz!

—¡Qué Dios escuche vuestros
ruegos, madre, pues en Él he puesto mis
esperanzas!

—¿Qué Carlos seréis, hijo mío? No
lo recuerdo.

—Seré Carlos I de España, madre

—y dio a su voz el tono seguro de aquel título, que todos conocían, menos su madre.

—¿Y si sois emperador? ¿Carlos IV? ¿Carlos V?

—Carlos V, madre —respondió el noble rey y sintió unos tremendos deseos de escapar corriendo de aquel castillo terrible y tenebroso, habitado de intrigas y poblado de búhos que no dejaban de sisear no bien entraba la noche.

Con Leonor la conversación giró en torno a sus estudios y a sus otras dos hermanas, María que había quedado en Malinas, e Isabel que era reina de Dinamarca desde el 11 de junio de

1514. Leonor respondió con cariño cada una de las preguntas que le hacía su desvalida madre.

—¿Y el infante Fernando? — preguntó Juana.

—Madre, vuestro hijo Fernando pronto se unirá al cortejo de Carlos, así es que en poco tiempo, lo volveréis a ver.

—No dejo de dar gracias a Dios — respondió Juana con una sonrisa.

Una hora después, Carlos y Leonor se retiraron de la sala, seguidos por todo el séquito flamenco con que habían llegado y con una sola idea. Raptarían a Catalina.

Juana se les quedó mirando con tristeza, mientras sus hijos se alejaban, perdida en el recuerdo de aquellos ojos, a los que no deseaba borrar jamás de su memoria.

—¡Se han marchado demasiado pronto! ¡Muy deprisa! —dijo Juana a la doncella que se hallaba a su lado.

—Ya es hora de que vuestra majestad también se retire a descansar —respondió la joven.

Juana, irritada, olvidó por un instante su condición de prisionera.

—¡Es grande mi soledad cuando me dejan sola!

—Majestad, será mejor que os

retiréis a descansar, hoy ha sido un día muy agotador y estáis demasiado cansada.

Juana sintió unos tremendos deseos de llorar, pero se contuvo. No deseaba separarse tan pronto de sus hijos, después de tantos años de ausencias, pero una multitud de ojos la miraba y la noticia de que la reina continuaba loca hubiese cruzado España a la velocidad del viento. Entonces haciendo un gran esfuerzo, trató de mantenerse serena, pues su hijo, el rey de Flandes se molestaría mucho y su hija Catalina ¡volvería a quedar sin sus ventanas!

—Es verdad, Catalina y yo nos

hemos fatigado demasiado con tantas emociones.

Y mientras Juana y Catalina se retiraban hacia sus aposentos, la reina le habló alegremente a su pequeña infanta.

—¿Sabéis hijita?, tendréis las habitaciones más bonitas del castillo. Llenas de luz y de sol. ¡Desde ellas veréis el Duero, las iglesias de San Antolín y Santa María, la llanura con sus viñedos y sus rebaños! Vuestro hermano Carlos dará la orden y así podréis disfrutar al fin de una buena vista. Dicen que en los días muy claros se ve desde aquí Medina del Campo.

La niña soñolienta bostezó y,

mientras se frotaba los ojos con sus manitas, respondió.

—¡Madre, ya no deseo esas ventanas!

—¿Qué no deseáis las ventanas? — preguntó Juana contrariada.

Catalina se dio cuenta de que había cometido una imprudencia y trató de enmendar el error.

—Madre, no es que no las quiera, lo que he querido decir es que ya no me interesan tanto como antes.

—Comprendo hijita. Lo único que lamento es el haber rogado como una sierva a dos reyes para que autoricen las ventanas ¡y ahora vos, no las deseáis

como antes!

Pero todo el amor de Catalina no pudo preservar a Juana de su cruel destino. Su rostro cansado, tras un día demasiado difícil, se tornó en otro rostro totalmente desconocido para la candorosa infanta. Y cuando Carlos y Leonor de Habsburgo se marcharon de Tordesillas, el castillo volvió a convertirse en una mole de piedras y de sombras, aislada del mundo, donde solo reinaban la inclemencia y la injusticia.

El ataúd de Felipe continuaba descansando imperturbable en la nave principal de la iglesia y Juana seguía buscando siempre para visitarle las

horas oscuras de la medianoche. Cuando todo se sumergía en el silencio, abandonaba descalza sus habitaciones y envuelta en su negra capa, corría por los pasillos que llevaban hasta el recinto sagrado. Aferrada a una pequeña vela encendía el resto de los cirios que rodeaban al féretro y bajo aquel tembloroso resplandor, rezaba de rodillas sobre las piedras, hasta que sus piernas, ya cansadas, se tornaban insensibles por el frío y los calambres. Entonces se arrastraba, moviéndolas de apoco, hasta lograr ponerse nuevamente de pie, apoyándose en los altos candeleros de hierro. Así lentamente,

volvía a desandar el camino que la separaba de sus aposentos.

En las últimas noches había logrado atrapar algunas arañas y colocándolas entre las ranuras de la tapa del ataúd, al igual que aquellas briznas secas, unos años atrás, esperó con paciencia que tejieran su tela. Entonces con la excusa de rezar sus nocturnas oraciones, penetraba en silencio dentro la iglesia y después de mirar hacia todas partes, por si algunos ojos vigilantes la hubiesen seguido, corría hasta el féretro para ver si estaban rotas las telarañas. Jamás lo estuvieron, pero la atmósfera en la que Juana malvivía, continuaba plagada de

mentiras, malos tratos e indiferencia.

Ferrer había sido reemplazado por un segundo carcelero, don Hernán, duque de Estrada, antiguo mayordomo de corte del rey Fernando de Aragón, que llegó dispuesto a tratar a la hija de su difunto rey, ahora su reina, con gran consideración.

Las ventanas de Catalina no se abrieron, pero las ventanas del alma, aquellas por donde penetraba la luz de la esperanza y de la felicidad, esas sí se volvieron a abrir para la pobre e inocente Juana.

Don Hernán trató de recuperar todo el tiempo perdido, cumpliendo hasta con

los mínimos deseos de la reina. Le mudaron a otra ala del castillo más amplia y más luminosa. Ahora Juana podía gozar de espejos, candelabros y alfombras, como correspondía a su alcurnia, recibir gente, escuchar misa diariamente en la iglesia del castillo junto al féretro de Felipe, mientras todos los habitantes de la fortaleza le tributaban los honores de una reina.

Pero una pregunta le laceraba el alma. ¿Por qué el destino la aguardaba siempre agazapado, para coronarla como prisionera?

Prisionera en Segovia y en La Mota, prisionera en Flandes y en Tordesillas,

prisionera de los celos, de sus amores, prisionera de todos los que la juzgaban con verdadera injusticia, prisionera de los recuerdos, de las penas, de las sombras.

Desde que el nuevo carcelero tomó el gobierno del castillo, las cosas cambiaron radicalmente para el bien de Juana.

La limpieza se extremó dentro de los aposentos destinados a la reina y a la pequeña infanta. Todo lucía impecable y armoniosamente en orden. El fuego de la chimenea volvió a perfumarse con semillas de espliego y la reina volvió a bañarse junto a las llamas, en una gran

bañera de madera. Volvió a cambiar diariamente su ropa interior, a vestir dignamente, a dormir en el lecho real, ahora con immaculados velos que pendían del elegante baldaquino. Sobre el tocador brillaba un inmenso espejo veneciano en forma de medialuna y sobre un costado le fue instalado el oratorio de su amada madre. Aquel era un conjunto delicioso de tablitas pintadas por Juan de Flandes, el pintor flamenco preferido de la difunta reina, referidas a la vida de Jesús, resaltando entre ellas, la inferior de la parte central: *Non me tangere*, alusivo a las palabras que pronunció Jesús cuando se

le apareció a María Magdalena: «No me toques, porque aún no he subido a mi Padre». Aquel altarcito, había sido un regalo de boda de su madre.

A un lado de este emotivo recuerdo, Juana comenzó a encontrar, diariamente, un ramillete de lilas, tréboles y violetas. La hacedora de tan delicado presente era una misteriosa doncella.

—¿Por qué lo hacéis? —preguntó la reina con dulzura una mañana—. Nadie me ha tratado aquí con tanta delicadeza y cariño, como lo hacéis vos.

—Nunca olvidaré, señora, que os debo mi vida.

—Decidme por qué.

—He sido yo quien alertó a los pobladores de Tordesillas sobre las injusticias a la que estabais sometida en los años en que gobernó el castillo don Luis de Ferrer. Descubierta mi proceder, aquella bestia amenazó matarme y fue el día de la insurrección, ¡bendita sea!, el mismo que Ferrer había elegido para ahorcarme. De no ser por vos, mi reina, que salisteis de vuestro encierro seguida por quienes os juraron fidelidad, ¡yo estaría muerta!

—Ya no debéis temer, entonces —dijo Juana, y acarició con maternal ternura los cabellos de la joven—. ¡Dios todo lo puede!

La doncella, emocionada, se hincó en el suelo.

—Ofrezco a Dios mis plegarias y a vos mis flores, señora, para que Él, en su infinita bondad, os otorgue larga vida.

Y así diciendo, la joven besó las manos frías de la pobre reina y desapareció tras la puerta. Juana dejó escapar de sus labios una sonrisa y luego, cerrando sus ojos, su mente voló hacia Flandes.

Carlos I, rey de España

El 8 de noviembre 1517 murió en Roa (una villa de Burgos) quien fuera elevado a cardenal por el papa Julio II: su ilustrísima Francisco Ximénez de Cisneros. Había regentado España hasta la llegada del rey Carlos I y, cuando iba a recibirlo con toda la corte a un puerto del Cantábrico, enfermó y murió sin poder conocer al nuevo monarca. Su alma voló hacia la paz de la eternidad, segura de que el reino

quedaba en buenas manos.

Pero la herida española estaba destinada a no cerrar. Tocados en su dignidad, los españoles presenciaron con desilusión el nombramiento de Guillermo de Croy, un joven de diecisiete años, sobrino del primer ministro, el cual, sin haber llegado aún a España, fue nombrado sucesor de los cargos y obras del cardenal Cisneros, por Carlos I.

Parecía que el difunto cardenal se había marchado llevándose consigo aquella pacífica vida de la que hasta ahora había gozado la reina.

Unos meses después de la muerte del

cardenal, el sensible mayordomo don Hernán, duque de Estrada, partió de Tordesillas dejando el buen recuerdo y el ejemplo de los días de mayor bienestar que Juana I de Castilla viviera mientras estuvo prisionera.

Su salud inquebrantable pese a tantos encierros, tormentos y amarguras, pronosticaba muchos años de vida y con ella, la imperiosa necesidad de perpetuar la vigilancia en torno a la fortaleza de Tordesillas, como si la libertad de la reina fuera la misma peste de la que había que resguardarse.

Su propio hijo (aquel que usurparía de sus manos, reinos, coronas y joyas)

fue el que dispuso la designación del tercer carcelero. Y a pesar de que Juana jamás perdió la noción de que la reina era ella, y como tal lo fue hasta el día de su muerte, no tuvo más remedio que aceptar al anciano y rígido don Bernardo de Sandoval y Rojas, marqués de Denia y conde de Lerma, como su nuevo verdugo.

Las Cortes consultaron a la reina si autorizaba a su hijo a reinar conjuntamente con ella, y Juana no se opuso, pero ellas pusieron ochenta y ocho condiciones para reconocer la corona de su hijo Carlos. Tres de ellas se referían al gobierno del castillo de

Tordesillas y trataban: Primero, sobre la dignidad que merecía Juana I de Castilla como reina propietaria. Segundo, si Dios devolvía la salud a la reina, su hijo debía retirarse y tercero, debía dejarla reinar. Carlos I llegó a Valladolid donde reunió a las Cortes de los reinos de Castilla y fue jurado rey conjuntamente con su madre.

Don Hernán, duque de Estrada el día de su partida se despidió de la reina y, después de besar su mano, le dijo tristemente:

—Ambos somos siervos de otros, doña Juana.

Ella le sonrió dulcemente, pero

guardó silencio.

El marqués de Denia asumió el cargo con plenos poderes otorgados por Carlos de Habsburgo sobre el castillo, la corte en su totalidad y sobre las autoridades y pobladores de la villa de Tordesillas. Había llegado acompañado de su esposa, doña Francisca Enríquez, solo el rey debía darle las órdenes y solo a él debía rendirle cuentas. Y así, convertido en dueño absoluto de aquella isla de horror, el cuerpo de Juana comenzó a deambular por las frías galerías del castillo, mientras que su fantasma, aquel que rondaba en la imaginación de sus súbditos, traspasaba

los muros de la fortaleza presa de la locura.

Todo lo que se hacía dentro de Tordesillas era bajo el expreso consentimiento de su propio hijo. Una corte de doscientas personas, que no la servían sino que la sometían, obedecían los mandatos del marqués arrastrándola hacia un estado mental que todo el reino dudaba y discutía.

El nuevo carcelero imprimió al castillo una rigurosa disciplina totalmente distinta a la impuesta por sus dos antecesores. La reina era tratada respetuosamente, pero vigilada al extremo y nada de lo que ocurría en

Tordesillas debía trascender. Sin embargo, todo aquel que se animaba a pasar frente al umbral de la fortaleza se santiguaba y un escalofrío recorría su espalda pensando en los tormentos y sufrimientos a los que era sometida la pobre reina cautiva.

En la mañana del 15 de marzo de 1518 en que don Bernardo de Sandoval y Rojas asumió el cargo, se dirigió hasta la sala donde lo esperaba la reina para saludarle, y él en persona le leyó las nuevas disposiciones que regirían el castillo a partir de aquel día:

A su majestad, la reina Juana I de

Castilla, le será prohibido a partir de hoy:

Primero: asistir a la misa diaria en la iglesia de San Antolín del convento de Santa Clara, colindante al castillo y unido a él a través de un pasillo que será clausurado. Solo podrá hacerlo, si lo desea, dentro de sus propias habitaciones.

Segundo: tampoco le será permitido caminar libremente dentro del castillo. Solo podrá hacerlo en el sector destinado a sus aposentos.

Tercero. No se le permitirá recibir visitas, cartas u otros informes, si previamente no son inspeccionados por mí, evitando así cualquier peligro hacia su majestad.

Y así, desde aquel triste día, dos mujeres custodiaron a la reina dentro de

sus habitaciones durante las veinticuatro horas, invadiendo su privacidad, y una docena de damas la rodearon permanentemente con la excusa de ocuparse de sus cosas. Veinticuatro soldados armados montaron guardia para impedir que la reina visitase la iglesia o cualquier otro lugar del castillo que no fueran sus aposentos, y el marqués de Denia controló absolutamente todos los movimientos del castillo.

A partir de entonces como un acto de rebeldía, Juana se negó a oír misa y aquella actitud levantó una ola de falsas acusaciones que no tardaron en hacerse

oír. El marqués hizo despertar sospechas en el rey al comunicarle que su madre se había refugiado en el protestantismo, motivo por demás valedero para que la reina continuara prisionera.

Día a día, Juana veía cada vez más reducida su aprisionada libertad hasta que terminó por recluirse totalmente, dentro de las cuatro paredes de su habitación.

Desesperada por aquella opresión intolerable e ignorando aún que su padre había muerto le pidió al marqués de Denia le escribiese al rey Fernando de Aragón para que la visitara.

—Escribidle vos, marqués, a mi

padre, que sois su primo.

Pero el tiempo fue pasando y al no tener noticias del rey Fernando, ella misma le escribió una carta. En dicha misiva le imploraba que la trataran mejor, pues aquella vida, su vida, era un verdadero calvario. La carta por supuesto jamás fue enviada y terminó siendo destruida por el fuego. A cambio se extremó aún más la vigilancia. Las dos doncellas vigilaban permanentemente sus aposentos y los veinticuatro soldados controlaban su puerta. Y aquellos ojos extraños, mirándola día y noche, interfiriendo sus sueños y sus horas de vigilia, su soledad

y su tristeza —pues hasta el consuelo de escuchar misa junto al féretro de Felipe se le negaba— se inmiscuían en su intimidad total y enteramente, terminando por hacer enfurecer a Juana y alterando el frágil equilibrio de su mente.

Desde sus ventanas de gruesos barrotes pedía auxilio a todas horas. Esto motivó que el marqués de Denia la hiciera trasladar a un cuarto sin ventanas para que nadie pudiera escuchar sus gritos.

Hacía tiempo que Juana no se preguntaba el porqué de su enclaustramiento, solo deseaba saber los

motivos por los cuales habían dejado de prodigarle aquel excelente trato que le otorgara don Hernán, duque de Estrada. Jamás imaginó y tampoco nunca llegó a saber que su hijo Carlos, su primogénito, deseoso de poder y decidido a hacer realidad el viejo sueño de su abuelo paterno (continuar con toda grandeza la fundación de la casa de Austria en territorios españoles), proclamaba a los cuatro vientos de la península ibérica, que su madre, la reina Juana I de Castilla, afectada de demencia, estaba incapacitada para reinar y tampoco deseaba hacerlo.

Los nobles castellanos, hartos del

favoritismo del círculo flamenco que rodeaba al rey (el cual necesitaba de traductores para poder comunicarse con ellos), y cansados de los atrevimientos con que el joven Habsburgo decidía sobre los destinos de su pobre madre, presionaron al monarca de tal manera que lo obligaron a jurar que restituiría a la reina los tronos de Castilla y Aragón si recuperaba su deteriorada salud, fruto de la tortura psíquica y física a que era constantemente sometida.

Primero había sido el rey Fernando, su padre, y después, el rey Carlos, su hijo, los que sabiendo de los derechos que gozaba, no le permitirían reinar.

La sangre flamenca ardió en las venas de Carlos I de España a punto de cumplir sus diecinueve años. Ávido de ambiciones y dispuesto a hacer cumplir sus órdenes, instauró en Tordesillas normas de trato aún más duras.

—¡De ahora en adelante nadie podrá visitar a la reina! —ordenó el rey— ¡Y ay de aquel que se muestre adicto a su causa! La reina debe ser olvidada hasta que recupere su salud. Nadie podrá verla, ni hablarle, ni comunicarse de otro modo con ella.

Y el silencio en torno a Juana creció como una hiedra silvestre, trepó por los muros, se encaramó a los techos,

invadió el aire y también el alma de una Juana exasperada por querer comprender lo incomprensible.

Pero el secreto jamás se supo. Carlos I de España y V de Alemania se lo llevó en 1558, cuando murió, a su tumba. Solo él y nadie más conocía la verdad. ¿Se había vuelto loca la reina Juana? ¿O Tordesillas ocultaba, bajo aquel silencio aterrador impuesto por su hijo que quería ser rey de las Españas, la cordura de una reina capacitada para reinar? Nunca quedó claro y jamás nadie nunca pudo ni podrá saberlo.

Las cartas reveladoras de don Bernardo de Sandoval y Rojas, dirigidas

a Carlos de Habsburgo, carcomen de dudas.

Ha hecho bien majestad en no dejar que la reina se comunique con alguien. Sus ideas convencerían a cualquiera. Nadie debe saber lo que ocurre en Tordesillas... Me cuesta mucho trabajo resistir a sus conmovedoras palabras y sus súplicas y quejas inspiran la mayor piedad...

Aquellas palabras, sin duda, revelaban los tormentos que la reina soportaba con notable entereza.

Mientras el tiempo transcurría, Juana seguía sufriendo demasiado. Nieta, hija, esposa, madre y finalmente abuela de

reyes, no se resignaba a llevar aquella vida tan dura y sin ninguna libertad. Sin embargo su fortaleza espiritual era admirable, comparada a la de los santos mártires, aquellos que tanto trató de imitar en su adolescencia.

Con el tiempo, todos los integrantes del castillo pasaron a pertenecer a la familia de Sandoval y Rojas. Doncellas, oficiales, maestresalas, palafreneros, mayordomos, encargados de los guardarropas y cocineros, que como crueles verdugos, mantuvieron en el más insano de los sometimientos a la indefensa Juana, la reina de Castilla cautiva y a la que nadie visitaba, a la

que jamás nadie defendía y a la que nunca nadie recordaba. Doscientos verdugos trabajaron diariamente para que la historia la cubriera con el manto del olvido. Pero nada de eso sucedió y la verdadera justicia, la justicia divina, llegaría un día lejano para la reina de España, la reina olvidada, enalteciendo su nombre a través de la leyenda, sin que las generaciones que siguieron en la historia de la humanidad pudieran jamás olvidarla.

Por aquellos años infames, Juana solía decirle a su hija Catalina:

—Mi vida podrá ser del carcelero, hijita, pero el honor es patrimonio del

alma y el alma es solo de Dios.

Los años fueron pasando atroces, oscuros, mientras la reina continuó en vano siempre clamando por justicia. Justicia que solo llegaría con la propia muerte.

La historia jamás pudo explicar con exacta profundidad su comportamiento, mientras Juana no dejó nunca de preguntarse con tristeza por qué desoyó aquella fatal madrugada la voz premonitoria de su conciencia que le anticipaba la prisión de Tordesillas. Pero el amor que sentía por su padre había sido más poderoso que la penosa traición anunciada, terminando así con

su vida para siempre.

La coronación a tantos dolores aún estaba por producirse y fue cuando Carlos I de España, ayudado por su hermana Leonor, decidió llevarse consigo a la infanta Catalina de doce años de edad. El plan urdido debía ser efectuado con la máxima prudencia para evitar terribles desequilibrios en la reina prisionera.

A partir de aquella decisión, sordos ruidos comenzaron a escucharse por las noches en el castillo de Tordesillas. El marqués de Denia proseguía en su puesto y aprovechaba aquel hecho como una nueva tortura para su víctima.

—Marqués, ¿escuchasteis anoche golpes en los muros? —preguntaba Juana con inquietud.

—No he escuchado nada, majestad.

—Eran golpes de hierro contra las piedras. ¿Verdad, que no los habéis escuchado?

—Os aseguro, majestad, nada he oído. Tal vez han sido truenos.

—¡Es extraño! Anoche no había tormenta —respondía Juana.

Pero en las noches sucesivas el ruido continuó y solo en el castillo podía oírlo Juana, pues nadie más escuchaba aquellos golpes.

El marqués de Denia escribió de

inmediato una carta a Carlos de Habsburgo.

Majestad, la reina, vuestra madre, se queja constantemente de los golpes que escucha por las noches, así es que me he permitido ordenar a vuestros camareros, envuelvan las herramientas con trapos, para evitar el estruendo y las sospechas.

Desde aquel día los ruidos mermaron y el plan sobre el rapto de la infanta Catalina permaneció en el más estricto de los secretos. Para llegar a las habitaciones de la princesa no existía otro camino que atravesar la habitación de la reina, entonces los camareros

flamencos al servicio del rey Carlos I abrieron un boquete en la pared que daba a uno de los corredores. Siempre trabajaban de noche para evitar sorpresas y cuando todo estuvo listo, también en medio de la noche, entraron los flamencos y despertando a Catalina y a su doncella les hicieron vestir a toda prisa. Salieron del castillo sin hacer el menor ruido, rumbo a Valladolid.

Era necesario para los intereses de los reinos y del imperio, que Catalina se casara algún día, de manera conveniente, con el rey de alguna de las casas reinantes de Europa.

Con mordaza, ahogando los gritos de

la niña que se resistía a abandonar a su madre con la que había compartido toda su vida, sin conocer otra cosa que no fuera aquel impenetrable y legendario castillo, el séquito de Catalina no se detuvo hasta llegar a su destino.

En la residencia de la corte vallisoletana le esperaba ansiosa su hermana Leonor dispuesta a brindarle todo su amor y la suntuosidad propia de los Habsburgo, que no tardó en deslumbrar a la pequeña.

En el transcurso de sus tristes doce años de infancia no hizo otra cosa que educarse en un clima austero, oscuro, en perpetua compañía de una madre viuda y

doliente y el féretro de un padre muerto, al que nunca conoció, pero al que jamás había abandonado.

Carlos ideó aquel plan conjuntamente con su hermana Leonor. Los dos coincidieron en que su madre, en aquel estado de enajenación, jamás volvería a recordar a la niña si dejaba de verla.

Mientras tanto, Catalina, sería preparada para desempeñar el papel de reina. Aquel que le tocaría ejercer cuando llegase el momento.

La hija póstuma de Felipe no tuvo una infancia feliz. Jamás pudo compartir sus juegos con otros niños de la corte, ni

con sus propios hermanos. Los pequeños de la villa se acercaban hasta el castillo y Catalina, para poder verlos, arrojaba monedas por entre los barrotes de las altas ventanas. Los niños, allá abajo, se arremolinaban para recogerlas, entonces ella, aprovechando la ocasión, les interrogaba con una sonrisa.

—Vosotros que estáis allí afuera, decidme ¿cómo es el campo?, ¿cómo es el río?, ¿cómo es el aire en libertad?

Los niños, mirándola con compasión, le contestaban:

—Venid, princesa, bajad. Venid con nosotros que os enseñaremos los pájaros, los peces, las ovejas, las

palomas y también los perros. ¡Venid, jugad con nosotros!

—No puedo. Si pudiera salir, allí estaría. Pero no puedo, debo estar con mi madre. Ella también me necesita.

—¿Y queréis que subamos nosotros a jugar con vos?

—No os dejarán. ¡Nadie puede visitarnos!

—¿Y por qué nadie puede visitaros, princesa?

—Porque no quieren que alguien pueda ver a mi madre. ¡Dicen que está muy enferma!

—Y vos princesa, ¿qué decís?, ¿está enferma de verdad?

—Ella no está enferma, solo un poco triste, pues aquí no hay sol, no hay río, no hay pájaros. Mi madre siempre me cuenta que en su palacio de Gante, donde ella también es reina, hay jardines con flores, árboles gigantes y fuentes de agua donde los pájaros beben.

Los niños la miraban enternecidos y le sonreían. Pero no bien los guardias veían a los pequeños les obligaban a retirarse.

—¡Deprisa niños, salid de inmediato! ¡No os está permitido que habléis con su alteza!

Los niños asustados corrían colina abajo seguidos por varios perros,

mientras Catalina les miraba alejarse con nostalgia, deseosa de poder correr tras ellos, entonces sacando sus manos por entre los barrotes les decía adiós a la distancia. Desde lejos, los niños se paraban sobre una colina y le seguían haciendo señas con sus manos hasta que la princesa era llamada por su doncella y cerraba la ventana.

En Valladolid la infanta se sintió feliz por primera vez, junto a sus tres hermanos, aunque poco pudo compartir con ellos, porque Carlos partió para Austria y Fernando tuvo que partir a Bélgica de acuerdo a las órdenes impartidas por el emperador antes de

morir. Aquel prudente alejamiento se debía a que Fernando, el hijo español de Juana, era afable y cortés y gozaba del amor de todos los españoles, mientras que Carlos, nacido en Gante, iba cosechando cada día más impopularidad y disgustos por todo el reino de España. (Cuando en 1556, Carlos V abdicó, su hermano Fernando le sucedió como emperador de Alemania. Por aquellos años Fernando se había casado con Ana Jaguellón y a la muerte de su cuñado, Luis II de Hungría, Bohemia y Croacia —casado con su hermana María, el 29 de agosto de 1526—, también heredó las coronas de Hungría y de Bohemia).

Cuando la reina Juana despertó a la tarde siguiente, víctima de un soporífero agregado a su cena, Catalina y su doncella habían desaparecido. Nadie pudo explicarle lo sucedido y cuando penetró en la habitación de la infanta se detuvo para mirar a su alrededor. Descubrió entonces bajo un inmenso tapiz, el gran hueco hecho en el muro. Una espantosa sucesión de gritos y lamentos brotaron de su garganta y no se apagaron más. Sus sollozos resonaban día y noche, a toda hora, y aunque ronca y ya sin voz, continuó llamándola y llorando su inmenso dolor.

Juana volvió a dejar de comer, de

dormir y de asearse. Catalina, su pequeño sol, la única persona que la mantenía viva, ya no estaba a su lado y si no se la devolvían, ella prefería morir.

La crueldad de aquel acto sacudió de arrepentimiento el corazón sensible de Carlos, cuyo tutor y asesor, el holandés Adrian Florensz Boeyens (conocido como Adriano de Utrecht), le formara en las máximas virtudes. (Aquel hombre sería el que, el 9 de enero de 1522, asumiría como papa de Roma con el nombre de Adriano VI)

Adriano se hallaba en España desde el año 1515, en que había llegado

reclamando el poder del reino español para Carlos de Habsburgo. En 1517 había recibido el cardenalato y se lo tituló obispo de Tortosa y en 1520, cuando Carlos tuvo que abandonar España para hacer valer sus derechos al trono imperial, Adriano asumió las funciones de regente de la corona. (Como tal, enfrentó la sublevación de los comuneros de Castilla que se oponían a los intereses extranjeros del nuevo emperador y que terminó con la derrota de Villalar, pues las ciudades, desanimadas, se fueron rindiendo una tras otra. Solo resistió Toledo, bajo la inspiración de María de Pacheco, hija

del conde de Tendilla y esposa de Juan de Padilla; pero finalmente terminó por rendirse en 1522. Sin éxito habían tratado de ganar para su causa a la reina Juana, contra la política de su hijo, el emperador Carlos V).

Preso del remordimiento, pensando que aquella actitud suya podía ocasionar la muerte de su madre, Carlos optó por restituir a su hermana Catalina a la vieja fortaleza de Tordesillas. Pero esta vez, una corte de damas de compañía y de doncellas aliviaría su soledad. Ordenó que los aposentos de la infanta fuesen reacondicionados, amueblados y embellecidos y que se diera más luz con

nuevas ventanas, aquellas que tantos desvelos causaran a su madre. Además Catalina estaba autorizada a salir del castillo y a cabalgar por el campo. La reina Juana se alegró mucho y alentó expectativas de una pronta liberación, pero esta nunca llegó. Catalina permaneció con ella en Tordesillas hasta 2 de enero de 1525, fecha en que salió definitivamente para contraer enlace con el rey Juan III de Portugal, en la ciudad de Salamanca, el 2 de febrero de aquel mismo año y ocupar así el trono que anteriormente habían ocupado dos de sus tías, Isabel y María (hermanas de Juana) y su hermana Leonor.

Un año más tarde, el 11 de marzo de 1526, también contraería enlace, en el alcázar de Sevilla, Carlos I de España y V de Alemania, con Isabel de Portugal, su prima, hija de Manuel I de Portugal y de María, y hermana del rey Juan III.

En el año 1557, al morir su esposo, el rey de Portugal, y hasta el año 1562, Catalina asumiría la regencia del reino con energía y se caracterizaría siempre por ser una mujer muy religiosa y resuelta. En aquel año le cedería la regencia a su cuñado el cardenal Enrique, pues todos sus hijos habían muerto y su nieto Sebastián era muy pequeño. Los años junto a su madre no

habían pasado para ella en vano.

Como en un sueño

El 12 de enero de 1519, Maximiliano I moría en Wels, Austria, después de dejar preparada la elección de su nieto como emperador. Carlos de Habsburgo, candidato favorito para tan elevada distinción estaba en Barcelona y le fue mandado a anunciar por el duque Federico, conde Palatino. Carlos I partió a la Coruña de donde embarcó para ir a recibir en Aquisgrán la primera corona imperial. Su madre, Juana, fue

mantenida en la más completa ignorancia respecto al glorioso futuro que se le anunciaba a su hijo. Futuro que asumiría con el nuevo nombre de Carlos V de Alemania.

Desde el año 1356 se había fijado en forma definitiva, mediante un documento que tenía sello de oro, dónde y cómo debían elegirse los emperadores del Sacro Imperio Romano Germánico: en Fráncfort y por siete príncipes electores. Cuatro laicos: el rey de Bohemia; el duque de Sajonia; el margrave de Brandeburgo y el conde Palatino, y tres eclesiásticos: los arzobispos de Maguncia; Tréveris y

Colonia.

En los escasos dos años que Carlos de Habsburgo pasó en España, antes de ser nombrado emperador del Sacro Imperio Romano Germánico, las cosas lejos de mejorar fueron empeorando. En nada coincidía la actitud real con las aspiraciones de pueblo español y el enfrentamiento con los flamencos fue cada día mayor. Las Cortes de Valladolid, deseosas de mediar en aquella situación, solicitaron al joven rey una serie de peticiones, las cuales jamás fueron aceptadas ni tampoco cumplidas:

Siendo vuestra majestad, Carlos I, rey de las Españas, se hace imperioso para el buen gobierno que hable con su pueblo en lengua española y no otorgue cargos a ningún extranjero, pues suficientes personas que puedan cumplirlos habitan el reino. Además se solicita a vuestra majestad que la reina Juana I de Castilla reciba consideraciones de tal, como así también cese la constante salida de plata y oro desde España hacia el resto de Europa...

Nada de todo aquello fue atendido y los consejeros flamencos y neerlandeses ocuparon los cargos y ejercieron dignidades que pertenecían por derecho al pueblo español.

Carlos de Habsburgo nombró primer ministro al señor de Chièvre, Guillermo de Croy; canciller de Castilla a Sauvage y cuando este murió por la epidemia de peste que asoló España fue reemplazado por el piamontés Mercurino Gattinara que familiarizó a Carlos V con su idea de lo que debía ser el compromiso de un emperador y el concepto de imperio.

También aumentaron los impuestos y el oro y la plata abandonaron la península para pasar a formar parte de las arcas extranjeras del rey y de sus ministros.

Al morir el emperador Maximiliano I en 1519 se hizo necesaria una mayor

cantidad de dinero, pues aseguraba la elección de Carlos I de España. Dicha corona imperial también fue disputada por Enrique VIII de Inglaterra, tío político del joven Habsburgo y por el rey Francisco I de Francia, su rival político (y futuro cuñado de Carlos, al desposarse años más tarde con Leonor, en segundas nupcias, cuando quedó viuda del rey Manuel I de Portugal).

Cada aspirante a tan magnífico imperio recurría a toda clase de donaciones para pagar los votos de los electores que desde el siglo XIII lo conferían los siete dignatarios más altos.

Pero Carlos de Habsburgo sería

finalmente el elegido, no solo porque su abuelo Maximiliano I había dejado preparado el camino para su elección, sino además por la dote que el banquero Fugger ofreció por el joven rey de Borgoña, Austria y los Países Bajos, titulado también rey de las Españas.

Jakob II, el Rico, fue quien respaldó económicamente la política del emperador Maximiliano I y posteriormente financió la candidatura de Carlos al trono imperial. A cambio de su apoyo a la casa de Austria había recibido el arrendamiento de los Maestrazgos de las Ordenes Militares de España, entre las que se contaban las

minas de mercurio de Almadén (primeras en el mundo) y las de plata de Guadalcanal (aunque sus arcas también se vieron provistas con oro y plata del nuevo mundo).

Carlos I de España fue designado emperador de Alemania y rey de los Romanos, por el arzobispo de Maguncia el 28 de junio de 1519, en la ciudad de Fráncfort del Main, en la iglesia de San Bartolomé, y fue coronado oficialmente en la catedral de Aquisgrán, en la capilla Palatina —tumba de Carlomagno— el 22 de octubre de 1520, por el papa León X (lugar donde también fue coronado Carlomagno en el año 800 por

León III). Cuando Carlos de Habsburgo fue elegido emperador de Alemania y rey de los romanos tenía tan solo diecinueve años.

Los sueños de su abuela, la visionaria Isabel I de Castilla, se habían hecho realidad, mas no así los de su madre que permanecía silenciada tras los altos muros de Tordesillas, ignorándolo todo.

Aquel hombre excepcional, de una actividad incansable y de un talento inigualable, el más poderoso de los monarcas de todos los tiempos, también vio cumplidos sus sueños. Aunque detrás de él, hacedora de aquel destino

de grandeza, no estaba más que su desdichada y maltratada madre que por amor a su hijo y a sus reinos sepultaría cuarenta y seis años de su vida en la más cruel de las soledades, en la más terrible de las indiferencias y en el más absurdo de los sometimientos.

Cuando Carlos I partió hacia Aquisgrán, el pueblo estalló cansado de sufragar los gastos destinados a la coronación y a las guerras europeas. Una a una las ciudades comenzaron a sublevarse. Primero fueron las comunidades de Castilla, cuyas Cortes fueron convocadas unos meses antes en Santiago de Compostela y más tarde en

La Coruña, para obtener los mencionados subsidios. Después se levantaron las germanías de Valencia, donde residía Germaine de Foix y finalmente la revolución llegó a Mallorca.

Toledo se declaró en franca rebeldía en abril de 1520, negándose a enviar sus representantes a las Cortes. Solo por medio de sobornos y presiones el gobierno consiguió finalmente que los procuradores votaran los subsidios. El furor de las distintas ciudades contra estos fue tal, que el segoviano Rodrigo de Tordesillas fue linchado. En este comienzo de guerra civil los nobles no

intervinieron a pesar de estar resentidos con Carlos V por la costumbre que tenía el emperador de reservar los altos cargos para los alemanes y flamencos y por haber aceptado el título de emperador del Sacro Imperio Romano Germánico, pues consideraban mucho más honroso el de rey de las Españas.

Al partir hacia Alemania, Carlos V había dejado el gobierno de la península en manos del cardenal Adriano de Utrecht, quien envió a Rodrigo Ronquillo a castigar a los sublevados en Segovia y sobre todo, a su cabecilla, Juan Bravo. Los segovianos resistieron y Toledo les envió una fuerza

capitaneada por Juan de Padilla quien impidió la entrada a la ciudad de las tropas de Ronquillo.

La sublevación se extendió a Burgos y a Madrid; Cuenca y Ávila se unieron en junio y en julio de 1520 respectivamente y en esta última ciudad se reunió la Junta Santa Comunera, declarada en Ávila como la autoridad suprema del reino. Dicha junta preparó una serie de peticiones tendientes a reforzar las atribuciones de las Cortes en el gobierno del país. Su presidente, Pedro Lasso de la Vega, nombró capitán de sus fuerzas a Padilla, mientras el gobierno enviaba a Antonio de Fonseca

a Medina del Campo para apropiarse de la artillería de la plaza.

Los medinenses lo impidieron y la ciudad fue arrasada. Este suceso conmovió a toda España y ciudades como Cáceres, Badajoz, Soria y Palencia se sumaron al movimiento comunero. Fortalecidos con las armas medinenses los insurrectos destituyeron al cardenal Adriano del puesto de regente de Castilla, junto a su Consejo de Estado y así, bajo aquellas circunstancias, marcharon hacia Tordesillas.

El castillo fue tomado por asalto y los comuneros requiriendo a la soberana

cautiva le dijeron que se habían alzado «en servicio a la reina doña Juana», ofreciéndole todo lo que podían ofrecerle: su trono, su libertad y una constitución. Juana se sintió feliz y emocionada y actuó con serena tranquilidad y cordura y acercándose a ellos les habló con palabras que nunca nadie pudo olvidar: «Yo, Juana I de Castilla, tengo mucho amor por mis súbditos y me pesa en el corazón cualquier mal engaño que hayáis padecido...».

Ella sufría mucho pero no se quejaba, a la vez que se compadecía de su pueblo.

Don Pedro Lasso de la Vega fue el encargado de informarle, en tan solo un par de horas, de todo lo acontecido en el reino desde aquel fatídico 14 de febrero de 1509, en que confiando en el amor de su padre, cruzara para siempre el puente levadizo del castillo de Tordesillas.

La reina escuchó con asombro los acontecimientos relatados y con entereza asumió las noticias del fallecimiento de su padre y de su suegro.

—Acabo de darme cuenta de que hace diecisiete años que nadie me dice la verdad. Todos aquí me han maltratado y el marqués de Denia ha sido el primero en engañarme. De haberseme

notificado la muerte de mi padre, yo hubiese gobernado —les respondió Juana con tristeza.

Los comuneros expulsaron al marqués de Denia del castillo, pero la confusión imperante entre los nobles y el pueblo terminó por hacer que la reina desconfiara también de ellos.

Así se esfumaba la única y última oportunidad que la historia le brindaba a Juana durante sus años de encierro, para volver a ser libre, ascender al trono como soberana de Castilla y ser declarada sana de juicio y capaz de gobernar el reino.

Solo le hubiera bastado escribir con

su pluma «Yo, la reina», en el documento que admitía la validez de la Junta General del Reino allí proclamada y un memorial de agravios que acusaba a Carlos de Habsburgo como usurpador del trono de su madre. Pero Juana amaba demasiado a su hijo y se negó a firmar, frustrando así el desesperado intento de los rebeldes por legitimarse, asegurando que:

—¡Por nada del mundo, ni siquiera por todos mis reinos, podrán separarme de mi hijo Carlos!

Los comuneros se dieron cuenta de que habían tratado sin éxito de ganarla para su causa.

La insurrección tomó un giro radical atemorizando a los nobles que veían con preocupación cómo penetraba el espíritu revolucionario dentro de sus mismas posesiones.

Desde Alemania, Carlos V intentó congraciarse con la nobleza española nombrando al condestable y al almirante de Castilla, Iñigo de Velasco y Fadrique Enríquez, respectivamente, asesores del gobernador Adriano. Pero lo que más lo ayudó fue el error de los comuneros al elegir como capitán a Pedro Girón, un noble poco fiable que despreció al valeroso Juan de Padilla, quien desencantado retornó a Toledo en

octubre de 1520.

Adriano de Utrecht se refugió en Medina de Río Seco tras la sublevación de Valladolid que quedó sitiada y fue allí donde el ejército comunero perdió el tiempo, mientras las tropas reales, incrementadas con numerosos nobles apartados de la causa popular, se adueñaban de Tordesillas en diciembre, apresando a varios procuradores de la junta.

Ante la deserción de Girón los comuneros volvieron a llamar a Padilla, quien capturó Torrelobatón, en febrero de 1522. La superioridad numérica de su ejército de más de diez mil hombres

parecía presagiar el éxito de la campaña, pero todo cambió en solo dos meses; las negociaciones propuestas por los imperiales fueron aceptadas por Padilla y Lasso, pero la junta las rechazó. Mientras tanto el ejército comunero mermó y cuando los imperiales se acercaron a Torrelobatón, Padilla intentó refugiarse en Toro. Alcanzado por la caballería enemiga fue derrotado en Villalar, el 23 de abril de 1521.

Padilla, Bravo y Francisco Maldonado, jefe de los sublevados, fueron degollados un día después por orden del emperador. Sus muertes fueron

el escarmiento por haber querido recortar el vuelo del águila imperial.

En rigor, la guerra acabó con la derrota de Villalar, pues las ciudades lentamente se fueron rindiendo unas tras otras. La única que resistió fue Toledo, defendida por doña María de Pacheco, viuda de Padilla, que se encerró dentro de los muros de la ciudad y protagonizó una heroica resistencia, pero finalmente tuvo que capitular en febrero de 1522. Doña María de Pacheco jamás fue perdonada. Desterrada, murió en Oporto 1531 al otro lado de la frontera sobre las verdes orillas del río Duero. El mismo río sobre cuyas márgenes se

asentaba en un pequeño escarpe el castillo de Tordesillas.

Desde entonces se fortalecieron en España los poderes de la nobleza y de la monarquía.

Ante los violentos disturbios causantes de tantas muertes y ante la conmoción producida en una España sin regente, el emperador Carlos V regresó de inmediato con una imponente flota de ciento cincuenta barcos y una guardia personal de cuatro mil lansquenets.

Después de visitar a su madre en Tordesillas decidió terminar de una vez por todas con el amenazante peligro que merodeaba la fortaleza y volvió a

restituir en su cargo al marqués de Denia, marchándose luego hacia Valladolid.

Cuando las libertades conseguidas por la reina Juana y su hija parecían ser el premio a tanto dolor e injusticia, el marqués de Denia, sediento de venganza, volvía a la escena cargado con todo el odio, la maldad y el rencor de aquel tiempo de postergaciones.

El levantamiento dejó una marca indeleble en la memoria del gran emperador y durante los cuarenta años que reinó sobre España nunca pudo olvidar que, de haber triunfado el movimiento revolucionario, él jamás

hubiera podido reinar en aquel suelo.

Activo e incansable vivió trasladándose desde uno al otro confín de sus dominios, lo cual le insumía muchísimo tiempo. De los cuarenta años de su reinado, solo estuvo efectivamente diecisiete años en España y visitó a su madre doce veces en Tordesillas. Viajó nueve veces a Alemania, seis a España, siete a Italia, diez a Flandes, dos a África, navegó cuatro veces por el océano Atlántico y ocho por el Mediterráneo.

Vengativo, el marqués de Denia regresó a Tordesillas, pues no quería dejar pasar la oportunidad que el

destino volvía a brindarle para cobrarse el humillante trato a que lo sometieron los comuneros. El marqués ordenó cerrar definitivamente el pasillo que unía el castillo con la iglesia de San Antolín, aunque ya hacía mucho tiempo que se le había prohibido a la prisionera real visitar el recinto sagrado.

El rigor fue instalado en su punto más extremo y la crueldad y la falta de respeto hacia la reina Juana y la infanta Catalina se volvieron cotidianas.

Única víctima aún en cautiverio después de aquella revolución, la reina tuvo que soportar sobre su indefensa persona la venganza del desalmado

carcelero. Ella, la reina, la que nada había tenido que ver con el levantamiento, desaprovechando la única e irrepetible oportunidad de volver a reinar sobre Castilla, aceptó su destino con resignación, convirtiéndose en la causa sobre la que se volcaba la furia incontenible del inhumano marqués de Denia.

El terrible ruido de sus botas, su voz amenazante y el maltrato físico y psíquico volvieron a hacerse oír en la espaciosa y lúgubre estancia. El pánico retornó para instalarse en el corazón de Juana y un cómplice e injusto silencio cubrió definitiva y amargamente

Tordesillas. La reina se encerró en sí misma y dejó de comer, de dormir y de asearse, como siempre lo hacía cuando caía en la desesperación como el único modo de defenderse. Catalina, azorada, contemplaba sin saber qué hacer, imposibilitada de buscar auxilio.

Ya adolescente, piadosa y caritativa, la infanta no hacía más que tratar de pedir ayuda en cada una de las muchas cartas que escribió, dirigidas a su hermano, el rey, y que nunca Carlos recibió, porque el marqués de Denia, dispuesto a defender a toda costa su lugar de privilegio se encargaba cuidadosamente de que jamás misiva

alguna saliera del castillo. Solo las por él escritas al emperador.

La buena Catalina aterrada por el ayuno prolongado de su madre, logró finalmente enviar, en el más estricto de los secretos, una carta para su hermano. Lo hizo a través de la misteriosa doncella de las lilas que en combinación con una sierva de las cocinas logró sacar la carta en un carro, escondida bajo una parva de heno. Una vez fuera de los muros, el mensajero la depositó en las propias manos del cardenal Adriano, llevando el último y más desgarrador pedido de auxilio.

Suplico de rodillas ante vuestra majestad Imperial, Carlos V de Alemania y I de las Españas, que por el amor a Dios que ambos profesamos, se dé crédito a mis palabras. Nuestra digna madre, Juana I de Castilla, vive inmersa en el más grave de los tormentos morales, sometida por el marqués de Denia. A diario le dejan la comida en la puerta de sus habitaciones y si nuestra querida y pobre madre no la recoge, nadie se la sirve, aunque transcurran los días.

En sus aposentos jamás entra el sol, no hay ventanas, no hay luz. Sus ojos se lastimarían al contemplar la claridad, sometidos a tan largos periodos de oscuridad. No se le permite salir fuera, pues se lo impide un guardia permanente que custodia su puerta. También le han prohibido caminar en mi compañía por los

corredores del castillo, con el solo fin de que nuestra madre no sea molestia para la marquesa de Denia y sus hijas, que disponen del castillo como si les perteneciera. Ellos son los verdaderos amos de aquí y nosotras sus prisioneras.

Nuestra madre se ve obligada a permanecer encerrada en tan tremenda oscuridad y tampoco se le consiente hablar con su confesor, el padre Juan de Ávila.

También yo he sido privada de mi aya y varios guardias me custodian prohibiéndome hablar, escribir o comunicarme por otro medio con mi madre. La doncella encargada de mi guardarropa ha entregado los vestidos que vuestra majestad me regalara a las hijas de la marquesa, quienes los lucen, mientras la marquesa de Denia y sus hijas se burlan y ríen de nosotras cuando pasan frente a

nuestra puerta. Esta actitud altera a nuestra madre que, al solo pronunciamiento del nombre de Denia, comienza a llorar y a gritar pidiendo auxilio, pues también el marqués la ha sometido a maltratos físicos y ella vive con miedo. Nos esconden las joyas, nos menosprecian en público y nos posponen detrás de sus propias hijas.

Solo en vuestra ayuda confiamos y amparadas en vuestra sensibilidad recurrimos a vos, majestad, para ser liberadas de tan espantosos tormentos. Una humilde servidora:

Catalina de Austria, infanta de España.

El cardenal Adriano quedó perplejo e impresionado por la cantidad de abusos cometidos e intercedió de

inmediato ante Carlos V, en favor de la reina Juana y de su hija, la infanta Catalina. Pero frente a tan apremiante situación, el joven Habsburgo solo respondió con el silencio. El mismo silencio que trataba de imponer en torno de aquel lugar olvidado.

Más adelante, tal vez, encontraría el momento oportuno para dar solución a la petición de su hermana, pero por ahora se haría necesario buscar primero las conveniencias propias.

En realidad el pensamiento de Carlos estaba puesto en Portugal, lugar hacia donde algún día marcharía Catalina. Aquel país era un sueño que

parecía siempre inalcanzable para las apetencias españolas. Isabel, hermana de Juana, había sido desposada, por orden de sus padres, con el príncipe Alfonso, hijo del rey Juan II de Portugal. A los ocho meses de haberse casado quedó viuda y seis años más tarde, en 1497, Isabel volvía a casarse con el rey Manuel I. En 1498 murió al dar a luz al príncipe Miguel y dos años más tarde, también moría el niño, desvaneciéndose los sueños de una unificación ibérica. Viudo el rey Manuel I, volvió a desposarse con María, la otra hermana de Juana. El sueño parecía volverse realidad. Con María el rey vivió feliz

hasta 1517. Sin duda aquella fue la única hija de los Reyes Católicos que conoció la felicidad duradera, si por duradera se entiende aquella que se disfruta hasta el día de la muerte. Solo que el fin llegó demasiado temprano, pues María apenas tenía treinta y cinco años de edad cuando murió. Nuevamente viudo, Manuel I volvería a casarse por tercera vez con su sobrina política, Leonor, la hija belga de Juana y de Felipe. Tres años después, en 1521, moría el rey, ascendiendo ese mismo año al trono Juan III. Aquel rey estaba destinado a contraer enlace con su prima, la infanta Catalina de Austria,

rescatándola de la prisión que sufría en Tordesillas.

El bondadoso corazón de la infanta se vio sacudido una vez más por la fuerza de la contradicción. La esperanza de una vida feliz despuntaba con gran esplendor desde el otro lado de la verde frontera, pero una tremenda angustia instalada en su pecho le abrumaba continuamente al pensar que su madre quedaría para siempre sola y desamparada, librada a su propia suerte.

Envuelta en la más grande oscuridad y en el más impenetrable de los silencios, la reina Juana deambularía sola, buscándola; lloraría sola,

clamándola; gritaría sola, nombrándola y Catalina se sentía aterrada de solo pensar que ya no podría volver a abrazarla, a consolarla o a responderle, jamás.

—Mi pobre madre, inmersa en la más terrible de las soledades afectivas, se sentirá desamparada y no quiero ser yo la causa de tantos dolores para su corazón —había rogado la infanta a su hermano, antes de la partida.

Desconsolada, Catalina, no quiso hablar con su madre sobre el futuro trono en Portugal, aquel trono que la esperaba, con aquel primo y rey que la amaba y deseaba convertirla pronto en

su esposa y en su reina.

Acongojada, Catalina pidió a Carlos la ayudase en tan doloroso deber. Al borde de derrumbarse por la culpa y los temores de herir a su madre, pues bien sabía que solo una cosa la mantenía viva, y era ella, hizo que aquel verano de 1524, el emperador se presentara en Tordesillas.

Había salido de Valladolid para cruzar la desolada y ardiente meseta castellana, acompañado de un numeroso grupo de flamencos. En el castillo de Tordesillas, después de descansar y refrescarse, el emperador entró en el salón del Trono rodeado de su corte

extranjera. La reina había sido aseada, vestida y peinada para aquella ocasión, luciendo digna y austera. Tenía cuarenta y cinco años y un hermoso rostro sin arrugas. Solo sus cabellos dejaban ver algunas canas, tornándola más interesante. Juana miró más allá de su hijo con los ojos heridos por la gran claridad del lugar que le impedía mirar y presintió lo temido.

Llamativas le resultaron las largas horas de diálogo que su primogénito le dedicó, pues Carlos jamás tenía tiempo para dedicarle a ella. Conforme fueron pasando los minutos el emperador fue detallando pormenores de su imperio y,

como al descuido, dejó escapar la necesidad de expandir la divisa de los Austria.

—Para eso he venido, madre. Para que España siga el camino de la grandeza y de la gloria que soñaron nuestros antepasados. Nuestra divisa debe flamear en la casa de Avis.

—¿Qué intentáis decirme? — preguntó Juana con desconfianza.

—Intento deciros que es necesario que Catalina sea desposada con vuestro sobrino, el rey Juan III de Portugal.

La reina escuchó impávida y en silencio.

—Madre —dijo Carlos—, también

yo habré de desposarme un día con la princesa Isabel, hermana de Juan III, en Sevilla, y con quien estoy comprometido. Mi boda se realizará varios meses después de la de mi hermana Catalina. Este doble compromiso matrimonial con la dinastía lusitana permitirá hacer realidad los fervientes deseos de vuestra augusta madre, Isabel I de Castilla, de poder reinar sobre toda la península ibérica.

La aparente serenidad de Juana terminó de repente.

Desesperada, imploró con un grito.

—¡No me dejéis sin Catalina! ¡Por favor os lo suplico!

—Debéis comprender, madre —dijo con frialdad el rey—, que todo lo que hago es por el bien de los reinos.

Un sollozo incontrolable dominó a la reina y mientras el sol se ponía detrás del horizonte, sus gritos desgarradores continuaron resonando por toda la fortaleza.

—¡Por el amor de Dios, no me llevéis a Catalina! ¡Ella es mi vida! ¡Es lo único que me queda! ¡Por ella sigo viva! ¡Tened piedad de mí! ¡No me matéis!

Pero todo fue inútil. Carlos sabía que Catalina saldría de Tordesillas definitiva e imperiosamente para

casarse con el rey de Portugal.

Apelando a todos los argumentos la reina recurrió a lo último que le quedaba.

—Hijo, ¿por qué no puedo yo también salir de aquí? Os prometo que seré dócil, obediente y no molestaré — suplicó una vez más, llorando desconsolada.

Pero Carlos solo atinó a decir.

—¡Me marcho madre, yo no puedo con vos!

Y renunciando a la misión de convencer a la reina, abandonó el salón por la puerta más lejana, mientras escuchaba los desgarradores sollozos de

su madre. Para no escucharla, cubrió con sus manos sus oídos, hasta que finalmente se alejó del lugar y ya no pudo oírla llorar.

Atormentado por aquellas circunstancias, Carlos envió al general de los Franciscanos para que tratara de convencerla, mientras Juana, con su ingenio e inteligencia, impediría por todos los medios que se llevaran a Catalina.

Transcurrió el verano, también el otoño y cuando el invierno comenzó a esparcir sus grises y frías nubes sobre el inmenso y desolado cielo castellano, Carlos retorno a Tordesillas con el fin

de lograr el beneplácito de su madre.

Ataviado de pies a cabeza con su refulgente armadura y portando su divisa personal, con treinta lansquenetes y sus escuderos por detrás, enarbolando las banderas del imperio y del reino de España, el emperador parecía preparado para desafiar al mundo y no para tratar de convencer a su madre prisionera.

Mansamente y con paciencia, Carlos se dirigió nuevamente a ella.

—Ha llegado el momento, madre — anunció con firmeza, y Juana supo que no había más remedio. No obstante seguiría luchando hasta el final.

—¿Por qué lo hacéis? —preguntó

con tristeza la reina—. Disponéis de mis reinos, saqueáis mi casa llevándoos mis joyas, ¿y aún no os basta? Ahora pretendéis llevaros a mi Catalina.

—Madre, sé que finalmente lo aceptaréis. Sabéis que sí, y yo por ello siempre estaré en deuda con vos.

Después los pasos apresurados del emperador se perdieron por los fríos corredores y el corazón, una vez más herido y destrozado de Juana, se sumió entre las nieblas de la sinrazón.

Era el día 2 de enero de 1525 cuando Carlos partió de Tordesillas, llevándose para siempre a Catalina.

Todos los habitantes del castillo y

también los de la villa les vieron pasar. El frío y el silencio eran implacables.

Catalina tenía dieciocho años cuando su cortejo silencioso inició la marcha lentamente, rumbo a Portugal.

A Juana, su madre, solo le fue permitido mirar desde una ventana a través de los barrotes. Quizá para torturarla más, para que jamás olvidara su condición de prisionera. Con los ojos enrojecidos e hinchados por el llanto, contempló el cortejo que descendía por la suave ladera hasta cruzar el puente de arcos de piedras sobre el Duero y bordeando el río, cual una cinta de seda multicolor ondeando con la brisa, se fue

alejando en el campo, hasta perderse en la nada.

Entre jirones de recuerdos, Juana fue rescatando el rostro de Catalina, que a fuerza de tanto pensarlo se le fue volviendo borroso. Sus ojos claros, sus rubios y largos cabellos que tan amorosamente trenzaran sus manos cuando niña, aquellos cabellos del mismo color que los de Felipe y con los cuales tantas veces había secado sus lágrimas, ya no volvería a acariciarlos entre sus manos.

Las sombras fueron llegando y dentro del castillo, poco a poco, se fueron encendiendo los candeleros. El

sol ya se había ocultado totalmente en el horizonte, mientras Juana, inmóvil, de pie frente a la ventana, continuaba mirando el infinito.

Así la sorprendió la noche, una noche de la que jamás volvería a salir.

Dos días permaneció de pie mirando la nada de aquel espacio vacío. Aquel mismo espacio que por dieciocho años poblara de risas y cariño su inolvidable Catalina. Un tiempo lejano que jamás regresaría.

Al tercer día, doblegada por las circunstancias, se dejó acostar dócilmente y pensando en ella, decidió resistir. Jamás se doblegaría aunque la

quisieran sumergir en la locura. Su destino no era fácil, tendría que acomodarse a él y lo iba a lograr a pesar de que el cansancio y el desasosiego se apoderaran de ella por breves periodos. Tampoco Dios la abandonaría, sino que la asistiría como siempre, mientras ella con resignación se inmolaría por el bien de sus reinos, en el nombre de Felipe y por la felicidad de sus seis hijos.

—¿Qué edad tenía vuestra majestad cuando aprendió a montar a caballo?

Aquella voz era la de la misteriosa doncella de siempre. La que en tiempos del duque de Estrada ponía flores lilas sobre su tocador y la que en tiempos del

marqués de Denia había hecho salir la carta de Catalina, en combinación con la sierva de las cocinas, pidiendo auxilio. Los años habían pasado también para ella, sin embargo el amor y el respeto hacia su reina no habían variado.

—Aprendí de pequeña —contestó la reina, buscando en la oscuridad el rostro de la doncella. Y evocó en el recuerdo aquellas imágenes de su infancia—. Tenía tres o cuatro años, no recuerdo bien. Mi padre solía llevarme a cabalgar con él, era en Segovia. Después fue en Granada, Toledo, Medina del Campo transformándome en una buena amazonas y cuando me desposé con Felipe,

también en Flandes. Salíamos a cabalgar por aquellos verdes prados, por sus colinas. ¡Galopábamos a gran velocidad! Aquello encantaba a Felipe, pues yo siempre perdía los tocados y mis cabellos caían sueltos sobre mi espalda; entonces él me decía: «Nada me produce tanto placer, como veros con los cabellos al viento».

Y mientras los recuerdos iban aflorando a borbotones, sus ojos se iban iluminando con los destellos de la felicidad que parecía volver en retazos más o menos nítidos, cual si fuera un camino que volvía a conducirla hacia sus años más felices. Los compartidos

en Flandes junto a Felipe.

—Pero decidme mi buena amiga, ¿quién sois? —preguntaba la reina con curiosidad, y su boca dejaba asomar una sonrisa melancólica.

—Dios me envía, majestad.

—¿Qué significa eso? —preguntaba Juana asombrada.

—Que Dios me usa como instrumento para que yo cuide de vuestra majestad.

—Sois mi ángel de la guarda y yo agradezco a Dios que así sea —respondía la reina. Pero la doncella siempre volvía a marcharse y ella quedaba sola, contemplando la nada,

viviendo de recuerdos, como el único modo de no morir.

Juana jamás supo que su hijo había sido coronado emperador. De habersele comunicado se hubiera sentido muy feliz.

Diez años permanecería en Tordesillas, don Bernardo de Sandoval y Rojas y al morir en 1528 le sucedería su hijo, Luis, transformándose la reina de Castilla en una pertenencia absoluta y perpetua del feudo de los marqueses de Denia.

Con los años se fue borrando de Castilla el nombre de la reina olvidada. Solo aquellos que atinaban a pasar por

las cercanías de Tordesillas decían de ella: «La reina Juana es una mujer creada como ninguna, para soportar indoblegable lo bueno y lo malo, sin el menor desfallecimiento de ánimo en su corazón...».

Y era verdad. Enclaustrada durante cuarenta y seis años, soportó todo con extrema valentía, resistiendo al cruel destino que le había tocado en suerte.

En todo ese periodo solo salió una vez de su reclusión y fue en el año del Señor de 1533. Juana se fue caminando atravesando el campo, y alejada de cualquier población, para regresar prontamente de nuevo a Tordesillas

custodiada por los soldados y vigilada por el marqués y las doncellas.

En la Navidad de 1536 su hijo Carlos V llegó a visitarla con su esposa, la emperatriz Isabel de Portugal y la pasaron junto a su madre en Tordesillas. Fue una fecha que Juana jamás pudo olvidar.

En 1538 murió la reina Germaine de Foix, a la edad cincuenta años.

Pero la muerte para Juana tardó en llegar, mas no así los informes que periódicamente y a lo largo de aquellos años, el marquesado de Denia, dueño absoluto de Tordesillas, hacía llegar a Viena, informando sobre la reina, a su

hijo Carlos, el emperador.

Es doloroso para mí, majestad, pero al mismo tiempo alentador —escribía el marqués de Denia— observar de vez en cuando lágrimas en los ojos de la reina. Opino que se está produciendo un cambio favorable para su majestad, doña Juana, pues ha permitido que sean exterminadas las ratas que infestaban su lecho. Ahora se deja bañar, cortar las uñas y peinar, aunque por momentos se niega a sentarse en la silla y lo hace en el suelo, como siempre, o se acurruca en un rincón, con el mismo vestido lleno de agujeros que tenía puesto el día en que se marchó la infanta Catalina, hace ya veinte años.

Don Luis de Sandoval y Rojas, marqués de Denia y conde de Lerma.

Vuestras noticias son alentadoras y reconfortantes —respondía el emperador, (que hacía casi treinta años, reinaba en nombre de su madre)— pero no permitáis que ninguna noticia alentadora sobre la salud de la reina traspase los muros de Tordesillas.

Deseo que continuéis al servicio de mi infortunada madre, cuidando muy especialmente de que ni una sola de las personas que la rodean introduzca en el castillo moda nueva alguna, que pueda ser vista por la reina. Por su propio bien y por el reino, mi querida madre no debe ser arrancada de la época en que eligió vivir.

Carlos V de Alemania y I de España.

Aquel hijo de Juana cumplió sus ambiciosos sueños.

El azar de la historia decidió que vinieran a reunirse en su persona las herencias de sus cuatro abuelos, forjando así uno de los más vastos Imperios hasta entonces constituidos en Europa y en el mundo, erigiéndose en el primer monarca que reinaba sobre ambos hemisferios.

De su abuela materna, Isabel I de Castilla, heredó los reinos de Castilla, Navarra, Islas Canarias, las plazas africanas y los territorios recién descubiertos en el nuevo mundo.

De su abuelo materno, Fernando II de Aragón, la corona de Aragón, Baleares, Cerdeña, Sicilia, Nápoles y

Rosellón.

De su abuela paterna, María de Borgoña, los Países Bajos, el ducado de Borgoña, el más importante de toda Francia, Flandes, Artois, Luxemburgo, el Franco Condado y Charolais.

De su abuelo paterno, el emperador Maximiliano I, heredó Austria, Estiria, Carintia, Carniola, el Tirol y los derechos al Imperio y al Milanésado.

Como rey de Castilla, Carlos tuvo que dominar las sangrientas insurrecciones de Castilla, Valencia y Mallorca y proseguir con la conquista del nuevo mundo, conquistando México en 1519; Perú en 1531; Chile en 1535 y

la Amazonia en 1540.

Como emperador de Alemania el comienzo de su imperio se vio alterado por la propagación de la Reforma luterana que escindió Alemania y determinó una guerra civil de carácter religioso. También tuvo que luchar contra el enemigo turco que amenazaba gravemente a la cristiandad. Como heredero de Borgoña y de los Países Bajos, luchó contra las aspiraciones de Francisco I, rey de Francia, con el cual sostuvo cuatro guerras. La primera desde 1521 a 1526, la segunda desde 1526 a 1529, la tercera desde 1535 a 1538 y la cuarta desde 1542 a 1544,

concluyendo con la tregua de Niza y la paz de Créspey.

Ese mismo año de 1544 murió en Bruselas Barbe Serval, el aya del emperador, aquella mujer que lo había acunado en sus brazos siendo apenas recién nacido, lo había cuidado cuando niño y le había aconsejado y guiado siendo un adolescente. El emperador la había querido como a su segunda madre, por eso dispuso que fuera enterrada en el coro de la catedral de Santa Gúdula.

Carlos I de España y V de Alemania ostentaba entre los muchos títulos el de rey de Aragón, rey de Castilla y sus dominios, rey de las dos Sicilias,

archiduque de Austria, duque de Borgoña, de Brabante, conde de Flandes, del Tirol, de Barcelona y emperador de Alemania.

Durante casi un siglo la monarquía hispana nacida de la política de unificación de los Reyes Católicos desempeñó un papel de primera línea en la historia del mundo, bajo los reinados de Carlos I y, más tarde, de su hijo y sucesor, Felipe II.

Ya sobre los finales de su larga vida, Juana continuaba revelándose contra las injusticias. Desamparada, volvía a aflorar en ella la rebeldía de su juventud.

Su nieto, el príncipe Felipe (el que sería más tarde, rey de España, con el nombre de Felipe II), sintió siempre profunda pena por la rebeldía de su abuela hacia las cuestiones religiosas. Él era un hombre en extremo piadoso y, sintiéndose responsable de la salvación del alma de la reina, envió en 1554 al comisario general de la recién fundada Orden de la Compañía de Jesús para las provincias españolas: Francisco de Borja, cuarto duque de Gandía y marqués de Lombay. Aquel santo sacerdote era sobrino nieto del papa Alejandro VI, sobrino de César y Lucrecia Borgia y célebre por las

conversiones que realizaba.

(Al morir en 1539 la emperatriz Isabel de Portugal, esposa de Carlos I de España y V de Alemania, Francisco de Borja fue encargado por el emperador de conducir el cadáver de Toledo a Granada. Allí al ser descubierto el féretro y al ver el estado de descomposición de la Emperatriz, sufrió su vida un cambio total y juró «nunca más servir a un señor que se pueda morir». Antes de ser sacerdote había sido virrey de Cataluña entre 1539 a 1544 y al fallecer su esposa, doña Leonor de Castro, ingresó en 1546 a la Compañía de Jesús. Rehusó al capelo

cardenalicio y se dedicó a predicar junto a san Ignacio de Loyola, hasta ser nombrado en 1554 comisario general de su orden).

El encuentro entre Francisco de Borja y Juana I de Castilla estuvo marcado por los afectos, pues la reina al verlo pudo recordar.

—Os conozco bien —dijo cariñosa—, ¡habéis sido paje de mi bien amada hija Catalina!

—¡Mucho me alegra, señora, que me hayáis reconocido! ¡Y así, como no os habéis olvidado de mí, supongo que tampoco os habéis olvidado a Dios!

—Suponéis bien. A los ojos del

mundo me muestro como una rebelde. Esa es mi estrategia, mi defensa. Una forma de despertarlos de la indiferencia que me profesan. Pero muy dentro de mi corazón siempre estoy cerca de Él. Sin embargo el mundo ya me ha olvidado.

—El mundo no olvida a una reina, majestad.

—Sin embargo nací signada por la desgracia de un futuro que me predestinó a cargar con el peso de más de doscientas coronas, las cuales, lejos de elevarme a la gloria, me hundieron en la desesperanza y el olvido.

—No debéis temer, señora. He venido a ayudaros para que nadie vuelva

a mostrarse indiferente con vuestra dignidad.

Juana sintió un gran alivio y un gozo sereno dentro de su angustiado corazón.

En su segunda visita, don Francisco de Borja celebró en un pequeño altar improvisado una misa privada para la reina. El olor del incienso impregnó el ambiente, mientras las velas pequeñas y llameantes hacían revivir en Juana dulces momentos de felicidad perdida.

Atraída por la bondad y el misticismo de aquel santo, Juana se confesó y comulgó. Después pidió una pluma, tinta y papel, pues deseaba antes de morir escribir a sus hijos. Y aunque

públicamente siguió manifestándose hostil hacia la religión y acusando a sus doncellas de brujas, por impedirle rezar y tirarle su agua bendita, muy íntimamente, ella y san Francisco de Borja sabían que no era así.

Finalmente la muerte llegó implacable, cansada y sedienta, buscando aquella vida que tantas batallas le había ganado.

Las piernas de la reina se hincharon y los ataques de calambres se hicieron cada vez más frecuentes e intensos, hasta que llegó el momento en que se le paralizaron, después se le ulceraron y le atacaron los vómitos y el insomnio. Sin

embargo antes de morir, la serenidad y la lucidez que demostró fueron incomprensibles para aquellos que durante cuarenta y seis años la habían sepultado bajo el insultante título de loca.

Confesó, comulgó y recibió la extremaunción asistida por san Francisco de Borja. Después pidió como último deseo que la llevaran en una silla de mano hasta la iglesia del castillo, aquella a la que los marqueses de Denia le habían prohibido asistir, para rezar por unos breves minutos por el alma de Felipe... De vuelta en sus aposentos, tres horas más tarde, mientras

el sacerdote rezaba las letanías de los moribundos, Juana supo con certeza que había llegado la esperada y gloriosa hora de volver a reunirse con su esposo.

Fue entonces cuando clavando sus ojos perdidos en quienes la rodeaban, Juana habló:

—Sin la intervención de un esfuerzo especial de la memoria, los muertos solo se reducirían en los recuerdos a la proclamación de un nombre escrito sobre una lápida de piedra. Y eso fue lo que yo jamás quise para mi amado Felipe... Jesucristo crucificado, sea conmigo...

Ninguno de sus seis hijos estuvo a su

lado en los momentos postreros. Por eso apretó muy fuerte entre sus viejas y arrugadas manos, aquella carta destinada a ellos.

Solo que ahora no soñaba con la sorpresa de ver entrar por la puerta de sus aposentos a su madre, Isabel I de Castilla, resplandeciente de gloria, seguida de sus jóvenes hermanos Isabel y Juan, y más atrás, como en un sueño, magnífico y majestuoso, Felipe. Sí, su adorado Felipe, que le tendía sus brazos, sonriéndole con dulzura, y delante de todos iba corriendo alegremente el principito Miguel. Habían venido a llevársela. A salvarla,

para que nunca más volviera a sentirse sola.

Un túnel de luz cegador e infinito se extendía ante ella.

—Venid a mí, Juana. Venid a mí, mi amada reina, mi único bien —le pedía Felipe dulcemente, mientras se acercaba a su lecho.

Aquella sensación era maravillosa, inexplicable. Escaparía para siempre de Tordesillas de la mano de Felipe. Escaparía a la vigilante y atenta mirada del marqués de Denia y de sus terribles injusticias.

Era el alba del Viernes Santo, 12 de Abril de 1555, cuando el alma de Juana

voló a la eternidad a las siete de la mañana. Tenía setenta y seis años de edad.

Las campanas doblaron por ella en todos los confines del mundo.

En España y el nuevo mundo donde reinaba su hijo Carlos I de España y V de Alemania, como también en todos los dominios del imperio. En Portugal donde reinaba su hija Catalina. En los Países Bajos donde gobernaba su hija María. En Noruega, Dinamarca y Suecia, donde había reinado su hija Isabel; en Polonia, Bohemia y Hungría, donde reinaba su hijo Fernando; en Francia donde Leonor había sido reina.

En Inglaterra, donde su nieto Felipe II había estado casado en segundas nupcias con la hija de Catalina de Aragón y Enrique VIII, María Tudor, siendo príncipe consorte.

Un año y medio más tarde, el 28 de septiembre de 1556, Carlos arribó a Laredo procedente de Flandes. Cuando a mediados del mes de octubre las puertas de Tordesillas se abrieron para el emperador Carlos V, el marqués de Denia dijo al recibirlo:

—Majestad, cuánto siento la muerte de vuestra majestad, la reina Juana.

—Gracias, marqués, ¿ha dicho algo mi pobre madre antes de morir? —

preguntó el emperador con tristeza.

—Majestad, en el instante de su muerte, la reina pronunció «Jesucristo crucificado sea conmigo» y sonrió, mientras apretaba entre sus manos una carta que aquí os entrego.

—¿Recibió los sacramentos?

—Si majestad, el prelado Francisco de Borja le administró los santos sacramentos antes de morir.

—Eso me tranquiliza.

Con gran solemnidad y vestido de riguroso luto, el emperador Carlos V comenzó a leer la carta que el marqués de Denia le había entregado. Y mientras sus ojos recorrían las últimas letras que

su madre escribiera en su agonía, las lágrimas brotaron incontenibles.

A mis amados hijos:

A lo largo de todos estos años fui descubriendo con tristeza que todo lo que alguna vez había soñado, no como lo deseado, sino como lo temido, se iba cumpliendo paso a paso, inexorablemente. Me sentí aterrada, pues si todos mis sueños llegaban a tomar estado real, todas mis ilusiones junto a mis ansias de permanecer y pertenecer se esfumarían en un abismo sin final.

Me sentí perdida sin saber qué hacer, aunque sabía. Mas lo temido se esquivo ante el desasosiego de futuros dolores y los que me esperaban, en nada se parecían a los ya sufridos. Aquellos fueron tremendos, pero

estos serían desgarradores, insoportablemente imposibles de resistir. Era el dolor de sentirme despojada de lo más amado, carne de mi propia carne, sangre de mi propia sangre, de mis amores, de mis adorados hijos.

No hay dolor en el mundo comparable a este. Mas si es terrible el sufrimiento de ver morir a los que amamos, al menos nos queda el consuelo de que el alma gozará del Paraíso. Pero al vernos despojados de ellos cuando vivos, no existen palabras que puedan describir ese suplicio.

Quise morir, pero no había yo pagado aún mis culpas en esta tierra y la muerte hubiese sido demasiado premio para mí. Viendo pasar los días en un sucesión infinita de horas vacías, mis ojos se cansaron de mirar, pero no veían, mis oídos se cansaron de escuchar, pero no oían, mi

lengua se cansó de hablar, pero no entendía, mis manos se cansaron de tocar, pero no sentían. Sufrí maltrato físico, psíquico y se me obligaba a hacer cosas contra mi voluntad, tales como impedirme salir del palacio al monasterio a rezar frente el féretro de vuestro padre Felipe. Hasta ese consuelo me habían quitado.

Me lo habían quitado todo, absolutamente todo. Pero no podían quitarme la vida. Una vida que se prolongó en cautiverio durante cuarenta y seis años, que se transformaron en 16.790 días sin final, en los que viví prisionera de los poderes terrenales. Pero aquellos poderes que encerraron mi cuerpo jamás pudieron encerrar mi alma, que siempre permaneció libre, que cada día voló junto a vosotros y que, al final de mi vida, volará junto a Felipe.

Os amaré por siempre.

Vuestra madre, Juana.

La reina murió en 1555, pero en realidad había desaparecido en 1509 al llegar a Tordesillas.

Condenada a la locura nunca fue declarada incapaz por las Cortes ni se le retiró, mientras vivió, el título de reina, convirtiéndose en la primera mujer titular de las coronas de Castilla y de Aragón y en la primera reina de España.

Después de su fallecimiento se procedió a hacer un inventario de sus pertenencias. Increíblemente no quedaba nada, todo había desaparecido de una

manera extraña. Tal vez nunca iba a llegar a saberse lo que sucedió con todas sus joyas, manteniéndose el secreto, pero un incidente sin importancia descubrió todo el proceso. Unos meses antes de morir, previendo que sucedería lo inevitable, se recontaron todos sus bienes. En aquel momento la reina Juana guardaba con entrañable esmero un arca de pequeñas dimensiones, pero repleta de joyas de oro, plata y pedrería. En el momento de su muerte, había desaparecido misteriosamente. Su nieto, Felipe II, ordenó investigar qué había sucedido y dado que los métodos eran severos, los

servientes de la reina contaron todo lo acontecido. Nunca se aclaró la pérdida del arca que desapareció ocho días antes de morir, pero sí se dijo cómo había salido del castillo de Tordesillas la totalidad del tesoro de la reina.

Los sirvientes más viejos testimoniaron que en el año 1524, el rey Carlos I había pasado un mes en Tordesillas preparando el estado de ánimo de su madre para que aceptara sin demasiados problemas la boda de Catalina. Durante ese tiempo el emperador mandó tomar todas las piezas de valor para su patrimonio y para cumplimentar la dote obligada de su

hermana menor.

Así fue que de noche, utilizando cuerdas para bajar los arcones desde los aposentos de la reina y en el más impenetrable de los silencios, para evitar que su madre se diera cuenta, fueron vaciados de uno en uno. Con el fin de encubrir el vil despojo, los arcones fueron llenados con piedras, de modo que si la reina trataba de mover alguno, supondría que estaban repletos y que nadie los había tocado. Pero la reina apenas tardó unos días en darse cuenta del robo, entonces llamando al camarero responsable de sus bienes le exigió una respuesta. Aquel hombre no supo qué

responder. Por un lado, él era el responsable, pero por otro, era su rey quien había dado la orden de sacar todas las joyas de la reina. Juana comprendió de inmediato lo que sucedía y, para gran sorpresa de todos que esperaban una reacción airada, dijo que estaba bien que, si su hijo lo había ordenado de ese modo, ella no tenía nada que objetar. El rey Carlos I debió haber sentido vergüenza, porque no solo había despojado del trono a su madre, sino que además se apropiaba sin pudor de todo su tesoro. Él era el mismo que ordenaba que su madre no abandonase Tordesillas, «aunque la peste estuviera

llamando a la puerta de sus aposentos y se hubiera evacuado toda la villa». (Cuando llegaba la peste, lo único que se podía hacer era abandonar la población y quemar todos los enseres y los muertos. Varias veces la peste asoló Tordesillas en cinco décadas, matando hasta sirvientes de la reina. El marqués de Denia escribió al emperador para evacuar el palacio, pero Carlos se negó a que su madre abandonara el encierro para evitar que fuera vista).

Lo único de valor que le había quedado a la reina era un cáliz de plata sobredorada que fue donado al monasterio de Santa Clara, al morir

Juana.

El cuerpo de Felipe permaneció en Tordesillas hasta 1525. El 15 de diciembre de ese año sus restos llegaron a la Capilla Real de Granada donde descansan hasta hoy.

El cuerpo de Juana descansó en la cripta del convento de Tordesillas hasta 1574, momento en que su nieto Felipe II lo trasladó al Escorial, y años más tarde, a la Capilla Real de Granada, junto a su esposo Felipe. Y como si el destino hubiese querido aliarse con Juana I de Castilla, el palacio de Tordesillas en el que vivió prisionera durante casi cinco décadas, comenzó a

arruinarse hasta desaparecer total e irremediablemente en el siglo XVIII.

Epílogo

Mucho más decisivas que las propias circunstancias personales y los cambios psicológicos sufridos, las circunstancias históricas fueron posiblemente las causales de todos los cambios producidos en la reina Juana.

Durante los años que vivió en este mundo se sucedieron circunstancias imprevistas y accidentales que nunca nadie ha podido medir, ni prever, para dar conclusiones reales y verdaderas.

Historia fue su casamiento con Felipe de Habsburgo y su rivalidad con

Germaine de Foix; también la obcecada y ambiciosa terquedad del rey Fernando y del cardenal Cisneros de no querer dejarla reinar sola. Historia fue la política inquisidora de España; la noble y fiel amistad de su adolescencia con el padre Diego de Villaescusa; el nacimiento de sus cuatro hijos belgas y de sus dos hijos españoles. Historia fue su madre, Isabel I de Castilla, severa y autoritaria, su inmensa herencia y sus innumerables coronas. Historia fueron sus años de esplendor en la corte flamenca y sus años oscuros como prisionera de Tordesillas. En suma, historia fue todo lo que fue su vida.

Pero también lo que fue la historia del siglo que le tocó vivir, las circunstancias únicas e irrepetibles que la llevaron por un camino sin retorno, hasta conducirla a su reclusión perpetua en Tordesillas.

Sin las muertes tempranas de sus hermanos mayores, o sin la muerte de Felipe el Hermoso, acaecida en 1506, quizá Juana habría encontrado protección contra la codicia de su padre y la severidad de la corte castellana.

Su historia personal estuvo hecha de la misma sustancia maleable de la historia del mundo que le tocó vivir. Pero entre todos los hechos de su vida,

dos son los más importantes, aunque insuficientes por sí solos para explicar su caída final... El primero fue la constante contradicción interior que sentía entre la vida de esposa enamorada y celosa y la vida de reina, con su pesada carga de deberes y obligaciones. El segundo fue su condición de mujer y esto último fue, sin duda, decisivo. Si Juana hubiera sido hombre, nadie se hubiera atrevido a usurparle sus coronas, como nadie se atrevió a hacerlo con los decadentes reinados de Juan II de Castilla o Enrique IV; ni la hubieran atormentado durante cuarenta y seis años en Tordesillas. Pero

la incompatibilidad más profunda fue la contradicción entre poseer el poder y ser mujer. Por eso al final de su vida, Juana no se convirtió en una reina conocida en la historia, como tantas otras, sino que se transformó en una prisionera que enterró con su nombre el gran poder que pesaba sobre su desamparada persona.

Juana I de Castilla cedió finalmente, pero no sin antes luchar. Luchó con su creciente soledad y le hizo frente a la rigurosa persecución a la que por casi medio siglo fue sometida. Al mismo tiempo que el cerco de sus afectos se iba destruyendo, sentía tambalearse los

cimientos de su mundo interior. El poder se mostraba simultáneamente vacilante y cruel. Su padre y su esposo se lo disputaban, el pueblo se amotinaba y los carceleros se transformaban en sus propios verdugos. Y hasta el amor incondicional hacia su esposo muerto se tornó finalmente en cómplice total de su derrota.

El sacrificio de su vida ante Dios fue un acto de entera sumisión frente a la soberbia de su padre. Los poderes que la destrozaron fueron los mismos a los que ella había amado: su padre, su esposo y su hijo.

Solo la muerte pudo liberarla de

aquellos padecimientos, pero tardó demasiado en llegar.

Por la lejanía del tiempo en que Juana vivió en este mundo, nadie sabrá a ciencia cierta, si Juana heredó la locura de su abuela materna, si enloqueció por amor o si se volvió loca bajo el rigor del encierro en Tordesillas. Lo extraño de todo esto hubiera sido que no enloqueciera, viviendo cuarenta y seis años de su vida prisionera en aquel castillo que inspiraba terror con solo mirarlo.

Lo cierto y concordante de todas las investigaciones históricas es que Juana enloqueció, pero nadie podrá dictaminar

con certeza en qué fecha aconteció esto, pues con el paso del tiempo, testigos y acontecimientos se fueron esfumando por el túnel del olvido, cubiertos por el polen deharina de los siglos.

Por todos estos motivos rindo mi homenaje a aquella que nunca fue coronada reina y prefirió hundirse en la oscuridad de la locura, tan solo por mantener la fidelidad a su esposo muerto.

¡Ojalá que estas páginas sean la puerta que deje salir a la luz, para que todos lo vean, el espíritu noble de quien debió brillar como la más grande y poderosa!

Nota histórica

Al morir su madre, Carlos V reinó sobre España por derecho propio y no ya en nombre de la reina Juana. Pero ese reinado duró menos de un año, pues en 1556, movido por los remordimientos que jamás dejaron de perturbar su sensible corazón y abrumado por el peso de tantas responsabilidades, abdicó, legando la corona del imperio a su hermano Fernando I, rey de Bohemia, y la corona del reino de España y los Países Bajos a su hijo primogénito, Felipe II. El día de la abdicación vestía

de luto y lucía sobre su pecho, como único brillo, el Toisón de Oro.

Vistiendo luto permanente y cubriendo de paños negros las paredes de los aposentos, se retiró al monasterio de San Jerónimo en Yuste, en la provincia de Cáceres, región de Extremadura. En sus últimos años narran que el señor de ambos hemisferios era aquejado de la gota y apenas se movía de sus modestos aposentos. Acompañaba con frecuencia a los monjes en el coro y en el refectorio, pescaba en un reducido estanque y su mesa seguía estando tan bien provista de viandas como siempre.

Aquel convento, construido en 1402 por los Jerónimos, contaba con una comunidad de treinta y ocho monjes, además de una gran iglesia, con un sencillo y austero palacio que albergó los últimos dos años de vida del emperador. Allí le siguieron dos de sus hermanas, Leonor y María, al quedar viudas. Tenía una servidumbre compuesta de cincuenta personas.

Carlos I ordenó fuera construido el mausoleo de Juana y de Felipe en la Capilla Real de la catedral de Granada, junto a los de sus abuelos, Isabel y Fernando. El inmenso lecho de sus tumbas fue esculpido en blanco mármol

de Carrara por Bartolomé Ordóñez, siendo esta la última obra del escultor.

Es notable destacar que a pesar de tantas y tan prolongadas separaciones circunstanciales, los hijos de Juana I de Castilla y de Felipe de Habsburgo permanecieron siempre muy unidos. De los seis hijos de Juana y Felipe descendieron doce reyes de la cristiandad. En el imperio, España, Italia, Portugal, Francia, Hungría, Inglaterra, Polonia y Dinamarca las dinastías procedían de Juana directamente o por matrimonios con descendientes de la infortunada reina.

El retiro de Carlos V duró hasta el

día de su muerte, acaecida a las dos de la madrugada del 21 de septiembre de 1558. Su aguda percepción del tiempo hizo que muriera rodeado de atlas, brújulas y relojes. El emperador expiró con los ojos fijos en el último cuadro de Tiziano, su pintor favorito, realizado en 1554. Este último retrato mostraba a Carlos con los rasgos de «un pobre pecador». En la bóveda celeste resplandecía la Trinidad: el Padre, el Hijo y bajo la forma de paloma, el Espíritu Santo, cuadro que fue llamado «La Gloria» y representaba, en efecto, el triunfo de la trilogía divina, con la Virgen María junto a Dios, en calidad de

Mediadora. Más abajo, aparecía Moisés con las tablas de la ley y Noé, que sostenía un modelo en miniatura del arca. En el ángulo derecho, el emperador Carlos V, arrodillado y vestido con sudario, imploraba la gracia divina para él y los suyos.

Sus funerales, a los que según la leyenda quiso asistir en vida, han sido objeto de frecuentes alusiones. Es muy posible que, con sentido arrepentimiento, pasara el resto de sus días en un ambiente impregnado de misticismo, penitencia y oración. Con frecuencia, desde aquel monasterio de los Jerónimos, dictaba su voluntad a su

hijo y sucesor, Felipe II, a quien no transmitió en herencia el Imperio alemán, por juzgar que este no tenía la suficiente flexibilidad para afrontar la responsabilidad de dirigir un territorio escindido por el drama religioso.

Dudó también en concederle los Países Bajos, pero Felipe los reclamó juzgando ya con un criterio post-renacentista, que la supremacía política no se encontraba en Italia sino en el centro de Europa, cuya clave podía ser aquel país.

Aunque aparentemente la monarquía hispana de Felipe II retrocedió en extensión con respecto al Imperio de

Carlos V, lo cierto es que la aumentó, ya que aparte de los nuevos territorios colonizados en América y Asia por los españoles se incorporó a ella el reino de Portugal y su vasto Imperio colonial, en la misma América, en África y en Asia, completando así la unidad ibérica soñada por los últimos Trastámara, reinantes en Castilla y Aragón.

Cronología

1469 ESPAÑA. Matrimonio en Valladolid de los Reyes Católicos: Isabel I de Castilla y Fernando II de Aragón.

RESTO DEL MUNDO. El dominio turco sobre el Mediterráneo se impone por la fuerza a los venecianos, extendiéndose en Asia hasta el Éufrates.

1470 ESPAÑA. Nace Isabel. Primera hija de los Reyes Católicos.

1473 ESPAÑA. Introducción de la

imprensa en España.

RESTO DEL MUNDO. Se inicia en Roma la construcción de la Capilla Sixtina.

1475 ESPAÑA. Concordia de Segovia. El rey Fernando es reconocido como rey consorte de Castilla, «mientras su esposa Isabel viviere».

1477 RESTO DEL MUNDO. Carlos el Temerario pierde Borgoña. Fundación de Uppsala.

1478 ESPAÑA. Se restablece la Inquisición en España. Nace Juan, segundo hijo de los Reyes

Católicos.

RESTO DEL MUNDO. El 22 de julio, nace en Brujas, Felipe el Hermoso, hijo de María de Borgoña y de Maximiliano de Austria.

1479 ESPAÑA. Nace en Toledo, Juana, tercera hija de los Reyes Católicos. Isabel y Fernando, titulares de Castilla y Aragón, sientan las bases del nuevo Estado español. Tratado de Alcaçovas con Portugal para delimitar las zonas de influencias de las costas africanas e islas atlánticas.

RESTO DEL MUNDO.

Venecianos y turcos firman la paz.

1482 ESPAÑA. Se inicia la guerra civil en el reino nazarí de Granada, apoyada por Castilla. Nace María, cuarta hija de los Reyes Católicos.

RESTO DEL MUNDO. Muere María de Borgoña, esposa de Maximiliano de Austria y madre de Felipe el Hermoso.

1483 ESPAÑA. Torquemada es nombrado inquisidor general para Castilla y Aragón.

RESTO DEL MUNDO. Muere Luis XI. Carlos VIII le sucede,

bajo la regencia de Ana de Beaujeu, hermana mayor. Ricardo III manda matar a los hijos de Eduardo IV, sus sobrinos, en la torre de Londres.

1484 RESTO DEL MUNDO. Carlos VIII es consagrado en Reims. Muere el papa Sixto IV y es elegido Inocencio VIII.

1485 ESPAÑA. Nace Catalina, quinta hija de los Reyes Católicos, futura esposa de Enrique VIII.

RESTO DEL MUNDO. Sucediendo a Ricardo III, asciende al trono inglés Enrique

VII, desposando a la hija de Eduardo IV, uniendo en su persona las casas Lancaster y York, poniendo fin a la guerra de las Dos Rosas. Se inicia la dinastía Tudor.

1486 ESPAÑA. Fin de la guerra de los Remences en Cataluña.

1487 RESTO DEL MUNDO. Bartolomé Días dobla el Cabo de Buena Esperanza.

1489 RESTO DEL MUNDO. Carlos VIII logra, mediante el Tratado de Fráncfort, romper la peligrosa alianza de Maximiliano de

Austria, Enrique VII y Fernando el Católico. Chipre pasa a los venecianos.

1490 RESTO DEL MUNDO. Boda por procuración de Ana de Bretaña con Maximiliano I de Austria.

1496-1516 RESTO DEL MUNDO. Reinado de Ladislao II, elegido rey por los nobles.

1491 RESTO DEL MUNDO. Ana de Bretaña, hija y heredera de Francisco II, último duque de Bretaña, es sitiada en Rennes por los Beaujeu (Ana y su esposo Pedro II de Borbón, señor de

Beaujeu) y es obligada a casarse con Carlos VIII y recupera así Bretaña en manos de Francia.

1492 ESPAÑA. 2 de Enero. Rendición de Boabdil. Conquista castellana del reino de Granada. En marzo, expulsan a todos los judíos de la península ibérica. El 12 de octubre, Cristóbal Colón descubre América.

RESTO DEL MUNDO. Muere Lorenzo de Medici, el Magnífico. Crisis en Florencia.

1493-1502 ESPAÑA. Segundo, tercer y cuarto viaje de Colón en los que

hace nuevos descubrimientos en el Caribe.

RESTO DEL MUNDO. Muere Federido III, emperador. Maximiliano I es nombrado primer emperador, elegido. Desposa a Bianca Sforza. Tratado de Senlis entre Carlos VIII de Francia y Felipe el Hermoso, dominio efectivo de este sobre los Países Bajos.

1494 ESPAÑA. Tratado de Tordesillas entre España y Portugal. Reparto de los nuevos mundos, avalado por el papa Alejandro VI, delimitando las zonas de

influencias para los portugueses y españoles.

RESTO DEL MUNDO. Carlos VIII toma el título de rey de Sicilia y de Jerusalén en razón de los derechos legados a su familia por los príncipes de Anjou.

1495 RESTO DEL MUNDO. Carlos VIII se adueña del reino de Nápoles. Se enfrenta a la Liga Veneciana, formada por el rey Fernando, Maximiliano I, Venecia, Ludovico Sforza y Alejandro VI. Regresando a Francia, batalla en Fornovo, victoria que se atribuyen tanto milaneses como franceses.

Comienza el reinado de Manuel I de Portugal, que concluirá en 1521.

1496 ESPAÑA. Casamiento en Valladolid, por poder, de Juana y Felipe. El papa Alejandro VI les otorga a los reyes Isabel de Castilla y Fernando de Aragón el título de Majestades Católicas.

1497 ESPAÑA. Boda del príncipe de Asturias, don Juan, con Margarita de Austria. Muere cinco meses más tarde el príncipe Juan, sin dejar descendencia.

RESTO DEL MUNDO. Juan

Caboto, veneciano al servicio de Enrique VII de Inglaterra, descubre las costas de Estados Unidos. Vasco de Gama, dobla el Cabo de Buena Esperanza.

1498 ESPAÑA. Nace en Flandes Leonor, primera hija de Juana y Felipe. Cisneros inicia la construcción de la Universidad de Alcalá de Henares. Muere Isabel, hermana de Juana al dar a luz al príncipe Miguel de Portugal.

RESTO DEL MUNDO. Muere Carlos VIII, rey de Francia. Le sucede Luis XII, duque de Orléans quien reclama sus derechos sobre

el ducado de Milán, de donde expulsa a Ludovico Sforza. Luis XII pide al papa la anulación de su matrimonio con Juana de Francia, hija de Luis XI, a fin de desposarse con Ana de Bretaña. Como prueba de acercamiento al Vaticano, Luis XII, ofrece a Carlota Albret como esposa de César Borgia. Savonarola es acusado de hereje y quemado en Florencia.

1499 ESPAÑA. Sublevación de los moriscos granadinos.

RESTO DEL MUNDO. Milán se convierte en posesión francesa,

tras la derrota de Ludovico Sforza, por Luis XII, cuya abuela era Valentina Visconti, sostiene sus derechos a la herencia de Milán. Encarga al condottiere Trivulcio la conquista en su nombre. Ana de Bretaña, viuda de Carlos VIII se casa con Luis XII.

1500 ESPAÑA. Se inicia el periodo de máximo esplendor de la cultura en España y Portugal, con manifestaciones en todos los campos. Nace en Gante, el segundo hijo de Juana y Felipe: Carlos de Habsburgo. Futuro rey de España y emperador de

Alemania. Colón pisa tierra firme en el nuevo continente. Muere el infante don Miguel, nieto de los Reyes Católicos. Tratado entre Fernando II de Aragón y Luis XII de Francia, para repartirse Nápoles y nuevo motivo de conflictos bélicos entre Francia y España. Enlace de la infanta María, hija de los Reyes Católicos, con Manuel I de Portugal, viudo de su hermana Isabel.

RESTO DEL MUNDO: Rebelión de los milaneses ultrajados por los franceses. Ludovico Sforza

intenta recuperar su ducado, pero el general de la Trémouille lo captura y lo envía Francia, donde morirá. Alvares Cabral y los portugueses llegan a Brasil.

1501 ESPAÑA. Nacimiento de Isabel tercera hija de Juana y Felipe. Enlace de Catalina, hija de los Reyes Católicos, con Arturo, heredero de la corona de Inglaterra. El comercio de América se encuentra en manos castellanas.

1502 ESPAÑA. Juana y Felipe son designados herederos de los

reinos de Castilla y Aragón, siempre que Fernando el Católico «no tenga hijo varón de matrimonio legítimo».

RESTO DEL MUNDO. Las tropas de Luis XII son derrotadas en Garellano por el ejército del Fernando de Aragón.

1503 ESPAÑA. Juana da a luz en Alcalá de Henares a su cuarto hijo, Fernando. Boda de Catalina, hija de Isabel y Fernando con el futuro Enrique VIII (oficial en 1509), hermano del difunto heredero príncipe Arturo.

1504 ESPAÑA. Juana es encerrada por su madre en el Castillo de La Mota. Finalmente le autoriza a viajara Flandes, para encontrarse con Felipe. El 26 de noviembre, en el castillo de La Mota, muere Isabel I de Castilla. Juana hereda el trono de Castilla, hasta que su hijo Carlos, alcance la mayoría de edad. Mientras el rey Fernando se desempeñará como regente «solo para el caso en que Juana se halle fuera del reino, o no quiera o no pueda gobernar». Las Cortes castellanas apoyan a Felipe, desconfiando de Fernando II de

Aragón.

RESTO DEL MUNDO. El Mongol Babur conquista Kabul. Tratado de Blois: alianza entre Maximiliano I, Felipe el Hermoso y Luis XII. Investidura de Milán para Luis XII y sus descendientes varones, o, a falta de ellos, Claudia de Francia, hija de Luis XII y Ana de Bretaña que aportaría La Bretaña con la dote.

1505 ESPAÑA. Por la «Concordia de Salamanca», Cisneros como mediador, se acepta en Castilla un triple gobierno de Juana, Felipe y su padre Fernando. Nace María,

quinta hija de Juana y Felipe. Fernando II de Aragón contrae enlace con la condesa Germaine de Foix, al no poder tener heredero varón, se desunirá la península. Las leyes de Toro regulan los mayorazgos. Se funda en Sevilla su Universidad. Toma de Mazalquivir a los piratas. Poderío de los banqueros Fugger a costa del oro indiano y minerales ibéricos.

RESTO DEL MUNDO. El papa Julio II firma la bula *Cum tanto Divino*, destinada a impedir la simonía en las elecciones

pontificias. Muerte de Iván II, zar de todas Rusias. Por la constitución de Radom, la dieta nacional polaca se convierte en el órgano legislativo supremo.

1506 ESPAÑA. Convenio de Villafáfila entre Felipe y Fernando, para usurpar el trono de Castilla. Pero es impugnado. Muere el 25 de septiembre, en Burgos, Felipe de Habsburgo. Cisneros encabeza la Junta de Regencia y pide el retorno de Fernando de Aragón. Con la muerte de Felipe se acentúan los desequilibrios de la reina Juana I de Castilla.

RESTO DEL MUNDO. Reinado de Segismundo I, en Polonia. Para liberarse del Tratado de Blois, Luis XII convoca en Tours a los Estados Generales, que anulan el matrimonio de Claudia de Francia. Esta desposa a Francisco de Angulema (Francisco I), de modo que Francia continuará conservando Bretaña.

1507 ESPAÑA. Nace en Torquemada Catalina, sexta hija de Juana y Felipe. Cisneros es nombrado cardenal. El término América, aparece escrito por primera vez, en la *Cosmographiae* de Waldsee

Müller.

1508 RESTO DEL MUNDO.

Formación de la Liga de Cambrai, por el emperador Maximiliano I, Fernando el Católico y Luis XII para despojar a Venecia, de sus posesiones en el continente. Alfonso d'Este y Francesco de Mantua integran la Liga.

1509 ESPAÑA. Juana es encerrada de por vida en Tordesillas. Muere el príncipe Juan al nacer, hijo de Fernando II de Aragón y Germaine de Foix. Cisneros conquista Orán.

RESTO DEL MUNDO. Muere Enrique VII de Inglaterra y su hijo Enrique VIII accede al trono. *Elogio de la Locura*, escrito por Erasmo de Róterdam.

1510 ESPAÑA. Julio II, adversario de Francia, concede a Fernando de Aragón la investidura de rey de Nápoles, a cambio de su neutralidad.

RESTO DEL MUNDO. El papa Julio II acepta el ofrecimiento de Mateo Schinner, obispo de Sión, de confiar a la infantería suiza, la defensa de la Iglesia de Roma.

1511 ESPAÑA. Primer Consulado Comercial en Bilbao. La Audiencia de Santo Domingo, primera del nuevo continente.

RESTO DEL MUNDO. Se forma la Liga Santa, integrada por España, Inglaterra, el emperador Maximiliano I, el papa Julio II, Venecia y Suiza contra los franceses en Italia. Gastón de Foix, sobrino de Luis XII, es nombrado a los 22 años lugarteniente del rey, en el Milanesado. Concilio de Pisa contra Julio II. Excomuni3n de los cardenales Contestatarios.

Enrique VIII se enfrenta contra Jacobo IV de Escocia a quien derrota en la batalla de Flodden Field. Milán es recuperado por la familia Sforza.

1512 RESTO DEL MUNDO. El Ejército de la Santa Liga es derrotado en Rávena. Los portugueses controlan las Molucas y el comercio de las especies. La dieta de Colonia impulsa la reorganización del imperio basada en la creación de diez territorios. Formación de un Consejo áulico. Julio II convoca al Concilio de Letrán. Selim I

inicia su reinado en el Imperio otomano.

1513 ESPAÑA. Descubrimiento del mar del Sur por Vasco Núñez de Balboa.

RESTO DEL MUNDO. Maquiavelo escribe *El príncipe*. Tratado de Blois entre Venecia y Luis XII. Los ingleses desembarcan en Calais, e infligen a la caballería francesa. La jornada de las Espuelas. Enfrentamiento entre Francia y la Santa Liga, concluye con la victoria de Guinegate. Luis XII es obligado a firmar la paz, con cada

uno de los rivales. Derrota total de las tropas francesas en Movara. Reinado de Cristian II de Dinamarca.

1514 ESPAÑA. Se inicia la redacción de la *Biblia Políglota Complutense*.

RESTO DEL MUNDO. Paz con Francia. Muere Ana de Bretaña. Francisco de Angulema, desposa a Claudia de Francia. Nuevo casamiento de Luis XII con María Tudor, hermana de Enrique VIII.

1515 ESPAÑA. Crítica del padre Las Casas a la política de conquista

aplicada en las Indias.

RESTO DEL MUNDO. El pirata Barbarroja se apodera de Argel. Muere Luis XII. Francisco de Angulema le sucede con el nombre de Francisco I. La victoria de Francisco I en Marignano lo convierte en amo del Milanesado. Los tratados de sucesión con Bohemia y Hungría ponen las bases de una gran monarquía de los Habsburgo.

1516 ESPAÑA. El 3 enero, muere en Madrigalejo (Cáceres) Fernando II de Aragón. Carlos I de España, hijo de Juana y Felipe, hereda de

sus abuelos todos los reinos de Europa y América.

RESTO DEL MUNDO. Por el Tratado de Noyon, firmado entre Francisco I de Francia y Carlos I de España, los franceses conservarán Milán y renunciarán a sus pretensiones sobre Nápoles.

1517 ESPAÑA. Llega Carlos I a España. Muere Cisneros.

RESTO DEL MUNDO. Martín Lutero clava en la puerta de la iglesia de Wittenberg sus 95 tesis contra la venta de indulgencias, punto de partida para la Reforma. Durante la dieta de Augsburgo se

niega a retractarse de ellas.

1518 RESTO DEL MUNDO. Ulrich Zwinglio predica en la catedral de Zürich, para devolver al cristianismo su pureza primitiva: comienzo de la Reforma.

1519 ESPAÑA. Carlos I es coronado como Carlos V, emperador de Alemania. Comienza el viaje de Magallanes alrededor del mundo. Cortés llega a las costas mejicanas y es recibido por el emperador Moctezuma.

RESTO DEL MUNDO. Muere en Austria el emperador

Maximiliano I. Lutero recusa la primacía de Roma.

1520 ESPAÑA. Sublevación de las comunidades de Castilla. Los comuneros se entrevistan con Juana en Tordesillas que les niega su apoyo por escrito. Los comuneros son derrotados en Villalar.

RESTO DEL MUNDO. Primeras manifestaciones del protestantismo en Francia. Reinado del sultán otomano Solimán I, que realiza incursiones en Hungría y Austria y derrota a Luis II de Hungría, en la batalla

de Mohacs.

1521 ESPAÑA. Guerra entre Carlos I de España y el rey francés, Francisco I, que cae preso, tras la derrota francesa en la batalla de Pavía.

RESTO DEL MUNDO. Enrique VIII toma partido contra Lutero y recibe del papa el título de Defensor de la Fe.

1522 ESPAÑA. Juan Sebastián el Cano da la primera vuelta al mundo.

RESTO DEL MUNDO. Los turcos amplían su control sobre el Mediterráneo al tomar Rodas.

1523 RESTO DEL MUNDO. Reinado de Gustavo I Vasa, en Suecia, durante el cual se extiende la Reforma protestante.

1525 ESPAÑA. Boda de Carlos I con Isabel de Portugal.

RESTO DEL MUNDO. Ulrich Zwinglio funda en Zürich una teocracia.

1526 RESTO DEL MUNDO. Formación de la Liga de Cognac con Francisco I, el papa Clemente VII y el duque de Milán. La Liga de Torgau, formada por los príncipes alemanes partidarios

del protestantismo, consigue la promulgación de la Dieta de Spira.

1527 RESTO DEL MUNDO. Venecia y Florencia se unen contra el dominio español en Italia. Enrique VIII, molesto al no conseguir que su favorito alcance el solio pontificio, se casa con Ana Bolena y rompe las relaciones con la Iglesia de Roma, que lo excomulga en 1533.

1529 ESPAÑA. Creación del Virreinato mejicano de Nueva España. La paz de Cambrai pone fin,

momentáneamente, a las hostilidades entre franceses y españoles.

RESTO DEL MUNDO. Los turcos detenidos ante Viena.

1530 ESPAÑA. Carlos I de España es coronado emperador por el papa Clemente VII. El emperador nombra a Alejandro de Medici gobernante hereditario de Florencia.

RESTO DEL MUNDO. La dieta de Augsburgo, dictada por Carlos V, trata de salvar la unidad de los cristianos intentando el regreso de los reformadores, al seno de la

Iglesia. Los protestantes forman la Liga de Smalkalda.

1533 RESTO DEL MUNDO. Reinado de Iván el Terrible en Rusia (coronado zar en 1547).

1534 ESPAÑA. Fundación de la Compañía de Jesús por Ignacio de Loyola.

RESTO DEL MUNDO. En Inglaterra se establece el Estatuto de supremacía del rey, que lo coloca a la cabeza de la Iglesia. Comienza la Reforma inglesa. Reinado de Cristian III de Dinamarca. La Reforma se

extiende en el país y se confiscan las propiedades de la Iglesia católica. Pontificado de Paulo III que, ante el auge de la Reforma, reconoce a los Jesuitas y convoca al Concilio de Trento.

1536 RESTO DEL MUNDO. Alianza de Francisco I de Francia con Turquía, contra el emperador Carlos V.

1537 ESPAÑA. Muere en Liria Germaine de Foix.

1538 ESPAÑA. Carlos V y Francisco I acuerdan la tregua de Niza, que confirma la paz de Cambrai,

aunque Francia conserva parte del Piamonte.

1539 RESTO DEL MUNDO. Enrique VIII de Inglaterra es el jefe de la Iglesia anglicana, al imponer sus leyes de supremacía.

1541 RESTO DEL MUNDO. Juan Calvino organiza la ciudad de Ginebra como un estado teocrático.

1542 ESPAÑA. Las Leyes Nuevas regulan el estatus del indio americano.

RESTO DEL MUNDO. Enrique VIII se declara rey de Irlanda.

Llegada de los portugueses al Japón.

1543 ESPAÑA. Enlace de Felipe II con María Manuela de Portugal.

RESTO DEL MUNDO. Las revolucionarias teorías heliocentristas de Copérnico son fijadas por escrito.

1544 ESPAÑA. La paz de Crépy pone fin a un nuevo enfrentamiento entre Francia y España por el dominio de Italia.

1545 RESTO DEL MUNDO. Celebración del Concilio de Trento en el que no participaron

los protestantes. Reforzamiento de las estructuras de la Iglesia y confirmación de sus dogmas.

1546 ESPAÑA. Guerra entre el emperador Carlos V y la Liga de Smalkalda, constituida en 1531 por los estados protestantes europeos. Rendición protestante en la batalla de Mühlberg.

1547 RESTO DEL MUNDO. Reinado de Enrique II, quien consigue anexionar definitivamente Bretaña. La guerra con España se salda con la derrota francesa de San Quintín.

1548 RESTO DEL MUNDO. Durante el reinado de Segismundo II se divulga en Polonia la Reforma protestante, aunque finalmente queda establecida la supremacía de la Iglesia católica.

1551 RESTO DEL MUNDO. Redacción de los cuarenta y dos artículos de religión de Tomás Cranmer, base del protestantismo anglicano.

1552 ESPAÑA. Guerra entre el emperador Carlos V y Enrique II de Francia, aliado a los príncipes protestantes. Derrotadas las tropas imperiales en Innsbruck,

Carlos V, abandona Alemania. Establecimiento de la Inquisición con carácter general.

RESTO DEL MUNDO. La conquista por Rusia de todo el curso del Volga abre el camino de su expansión hacia el este.

1553 RESTO DEL MUNDO. María Tudor es proclamada reina de Inglaterra.

1554 ESPAÑA. Se escribe el libro *Vida del Lazarillo de Tormes*.

RESTO DEL MUNDO. Enlace matrimonial de María Tudor con Felipe II de España. Mercator

completa el primer mapa de Europa.

1555 ESPAÑA. Muere en Tordesillas, el 11 de abril, Juana I de Castilla y Aragón.

RESTO DEL MUNDO. Por la paz de Augusburgo, Carlos V reconoce la libertad de culto a los príncipes alemanes. Pontificado de Paulo IV, durante el cual se inicia la Contrarreforma y se redacta el índice de libros prohibidos. Regreso al catolicismo de Inglaterra y represión de los protestantes, varios de cuyos dirigentes, entre

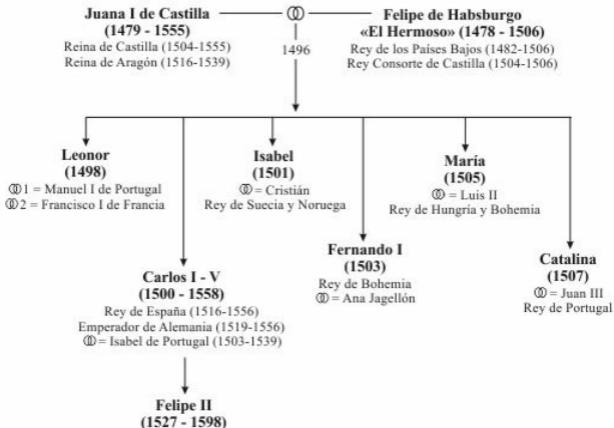
ellos Thomas Cranmer, son ejecutados.

1556 ESPAÑA. Carlos V abdica en favor de su hijo Felipe II y de su hermano Fernando.

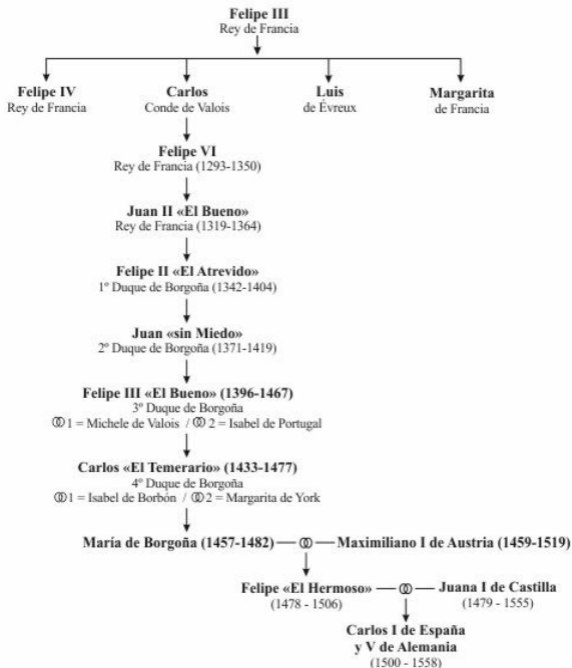
1558 ESPAÑA. Muere el 21 de septiembre, en Yuste, Carlos I de España y V de Alemania.

Árboles genealógicos

Casa de Austria en España



Casa de Borgoña



Casa de Habsburgo

Rodolfo I de Habsburgo (1218-12-

1)

Emperador (1273-1291)

Adolfo de Nassau...

Emperador (1291-1298)

Alberto I sw Habsburgo (1255-

1308)

Emperador (1298-1308)

Enrique VII de Luxemburgo

(1269-1313)

Emperador (1308-1313)

Luis IV de Baviera (1287-1347)

Emperador (1314-1347)

Carlos IV de Luxemburgo (1316-1378)

Emperador (1347-1378)

Wenceslao de Luxemburgo...

Emperador (1378-1400)

Roberto de Baviera...

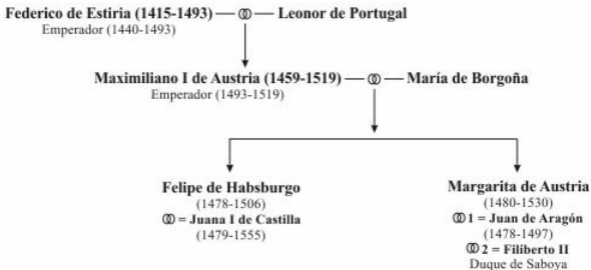
Emperador (1400-1410)

Segismundo de Luxemburgo...

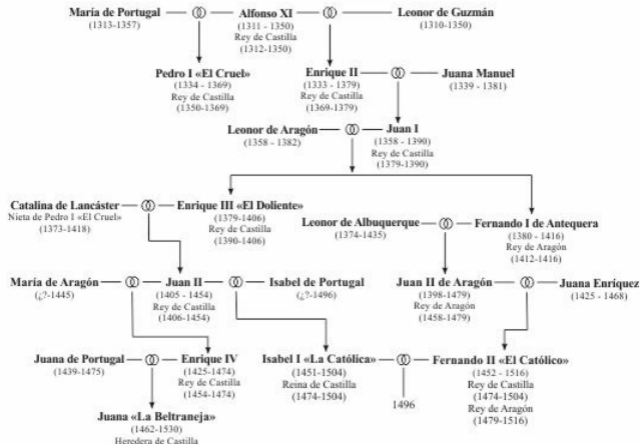
Emperador (1410-1438)

Alberto II de Habsburgo (1397-1439)

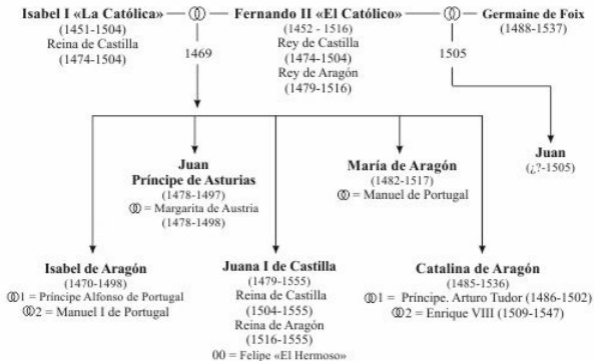
Emperador (1438-1439)



Casa Trastámara



Casa Trastámara





YOLANDA SCHEUBER. Nació el 29 de marzo de 1953 en Villa Maza, Provincia de Buenos Aires (Argentina). Escritora de novelas históricas que descubrió su vocación al leer e investigar sobre la vida de la reina Juana I de Castilla. Escribió y publicó

su primera novela histórica titulada *Juana la reina, loca de amor* que se convirtió en best seller, alentándola a continuar con su trabajo de investigación sobre las cuatro hijas olvidadas de esta reina: Leonor, Isabel, María y Catalina de Habsburgo, escribiendo y publicando la saga: «Las hijas de la reina».

También ha escrito la historia real de su abuela, nacida en la Rusia imperial y que se titula: *El largo camino de Olga*, libro que estuvo entre los 25 más vendidos en España en el primer trimestre del año 2008 y que fue editado en Estados Unidos con el nombre: *Más allá de los mares*. Yolanda tuvo una

infancia feliz en el campo, en La Pampa-Argentina.

En la actualidad vive con su familia en una villa rodeada de cerros y de árboles, llamada San Lorenzo en la Provincia de Salta, en el Norte de Argentina. Es Licenciada en Ciencias Políticas, graduada en la Universidad del Salvador de Buenos Aires.

Trabajó en la Administración Pública de La Pampa y al presente lo hace en la Administración Pública de la Provincia de Salta, donde colabora en publicaciones para el sector público.

Ha sido profesora titular de la Cátedra de Introducción a las Ciencias

Sociales en la Facultad de Humanidades de la Universidad Nacional de La Pampa. Apasionada por la historia y la literatura, considera que lo que la historia no puede reivindicar, la literatura sí puede hacerlo.